
MI SANGRE POR EL IMPERIO
LAURA DÍAZ
matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Epílogo

Agradecimientos

Cita

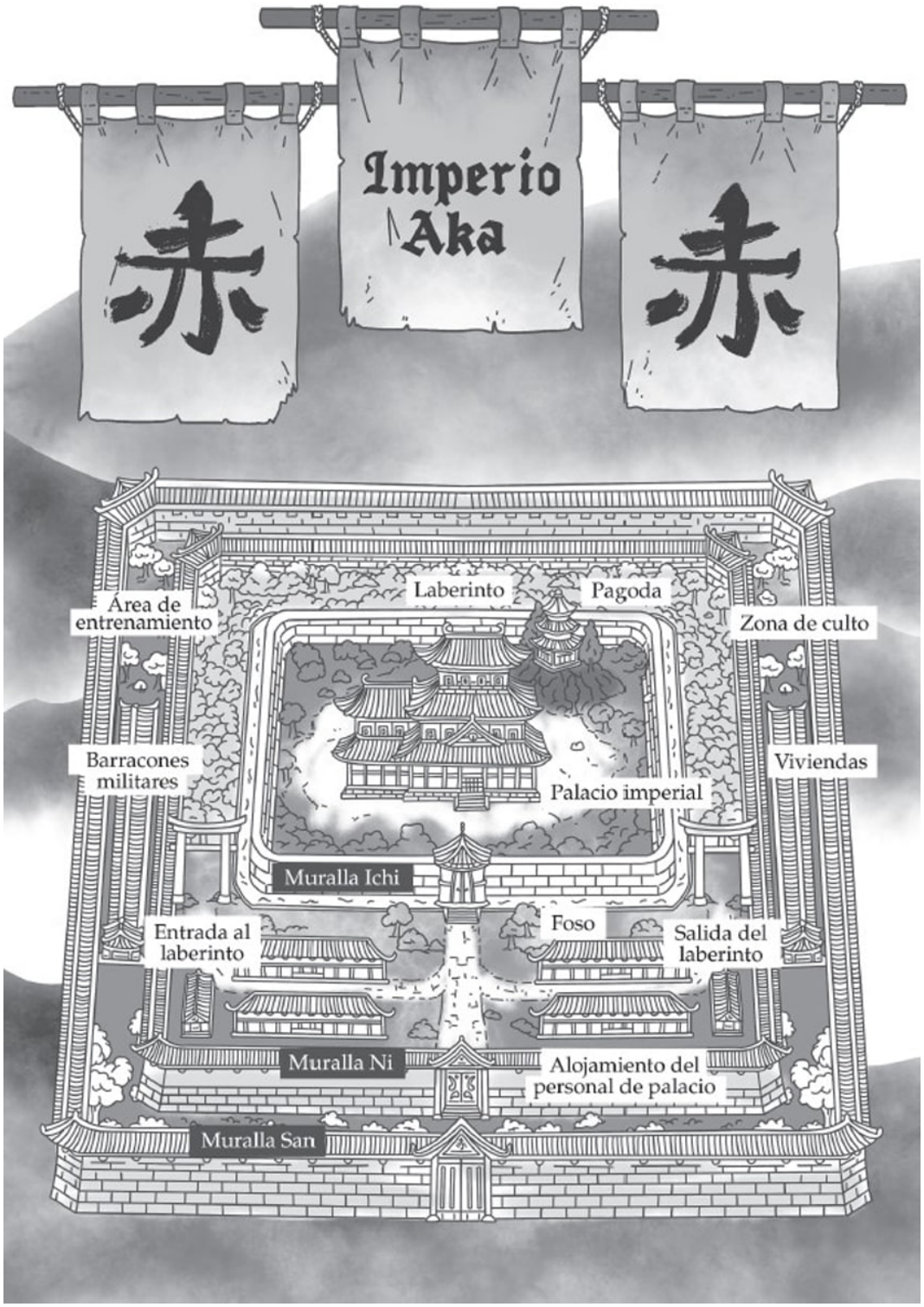
Créditos

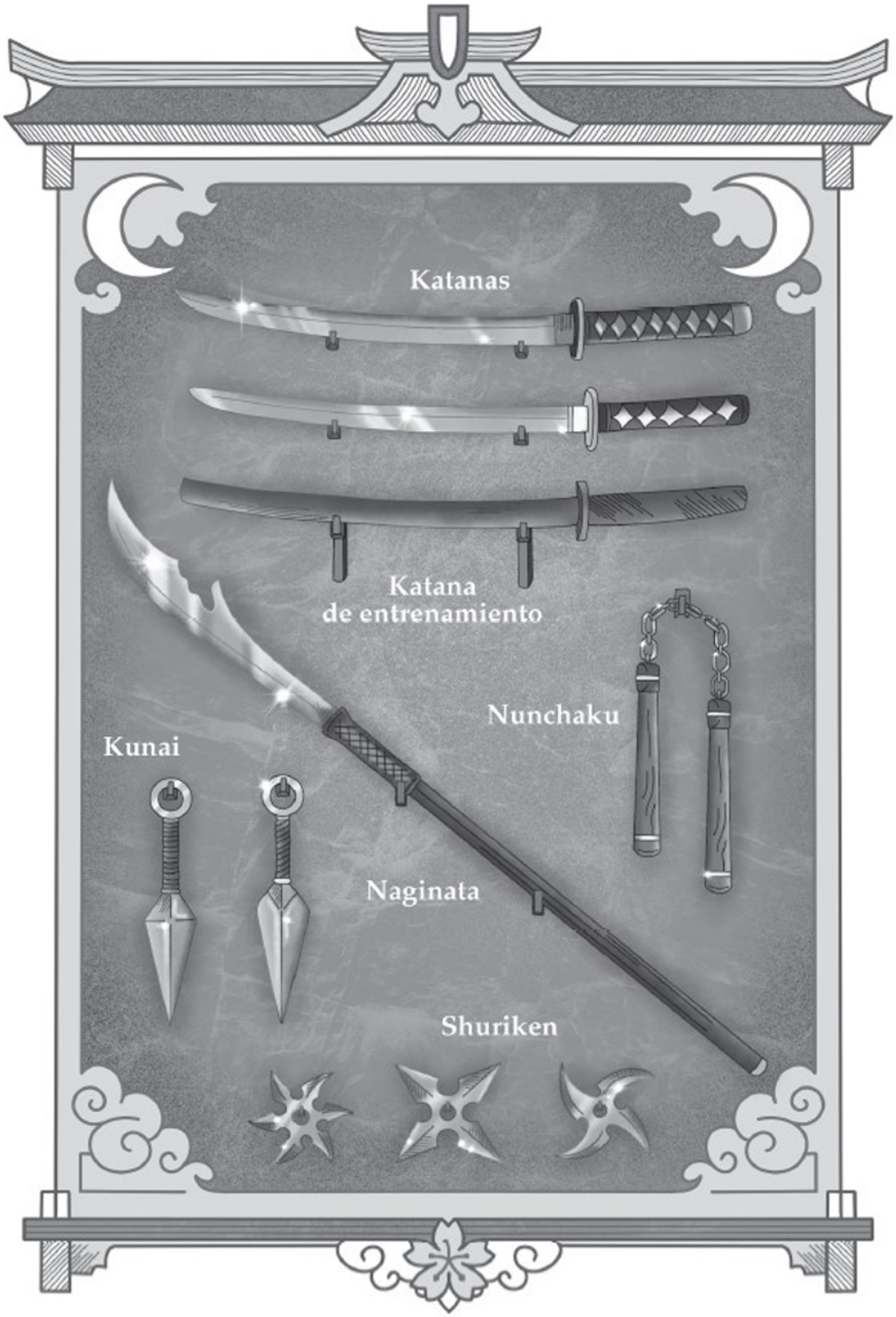
Mi sangre por el Imperio

Laura Díaz

matchstories

Para ti, papá.
Por razones infinitas.


Imperio
Aka
赤
赤
Área de entrenamiento
Laberinto
Pagoda
Zona de culto
Barracones militares
Palacio imperial
Viviendas
Muralla Ichi
Entrada al laberinto
Foso
Salida del laberinto
Muralla Ni
Alojamiento del personal de palacio
Muralla San

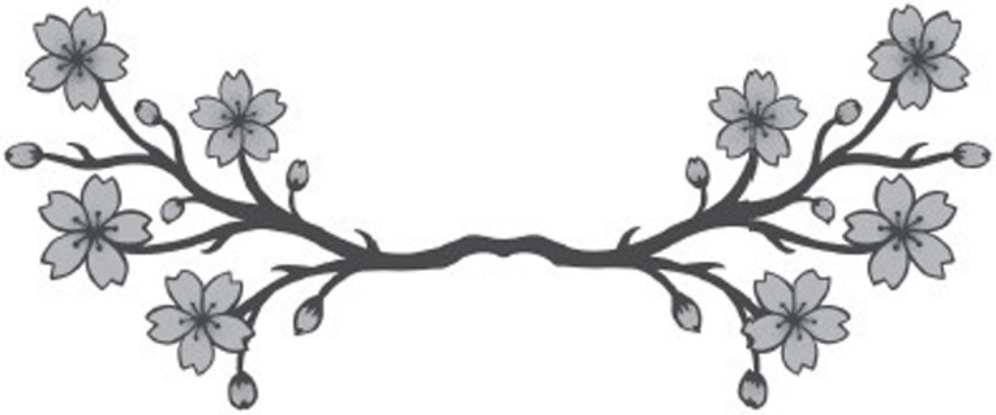

Katanas
Katana
de entrenamiento
Nunchaku
Kunai
Naginata
Shuriken

«Fata volentem ducunt, nolentem trahunt».

«El destino guía al que lo acepta y arrastra al que se resiste».

SÉNECA

Prólogo



El fin había llegado, implacable y cruel.

En la cima del monte Tenjou, en la rama más cercana al suelo del imponente cerezo sagrado, el último pétalo de la última flor pendía precariamente de su rama. Los vientos gélidos, susurrando en su vuelo, contenían el aliento. El destino de la humanidad estaba atrapado en ese delicado instante. Cientos de personas se habían reunido frente a la gran Lápida de los Dioses, expectantes de su futuro. Permanecían en el silencio más absoluto, en vilo, con el tiempo detenido en una espera que ardía.

Y entonces, el pétalo cedió.

Se soltó con una gracia devastadora, iniciando su caída en una danza lenta y angustiante hacia el suelo. Las miradas de los presentes recorrían cada giro en el aire, que parecía tener su propio eco. Lo que aquellos devotos no conocían era el alcance del esfuerzo

entregado, de las batallas libradas, de los sacrificios realizados..., de las vidas segadas.

En lo alto de la montaña sí eran conscientes de todo lo que se había arriesgado y perdido, pues ellos eran la moneda de cambio, el sudor derramado. Y en ese instante, con la partida jugada, el final parecía inevitable.

El pétalo tocó el suelo.

Un silencio profundo y opresivo cubrió el mundo como un manto funerario. Era el tipo de vacío que dolía, el que marcaba la antesala del caos. En la base de la montaña, un halo de niebla rodeó la inmensa piedra tallada con la antigua profecía e hizo refulgir sus versos. El suelo comenzó a vibrar como respuesta a aquel fenómeno.

La piedra, por siglos intacta, se agrietó con un sonido terrorífico. Líneas profundas surcaban la superficie, fracturando las palabras sagradas que habían advertido a generaciones sobre lo que estaba por venir. Las fisuras se expandían con un ritmo implacable, y de ellas brotó un líquido oscuro. Sangre. La sangre que había sido entregada a aquel pacto. Conforme fluía con una voluntad que parecía viva, pintó de rojo la inscripción, recorriendo cada letra como una blasfemia. La profecía, teñida ahora de un carmesí brillante, presagiaba su condena:

Sin que el último pétalo toque el suelo,
la kitsune, en su mayoría plena,
cumplirá su ascensión al quinto cielo,
o la Purga será la cruel condena.

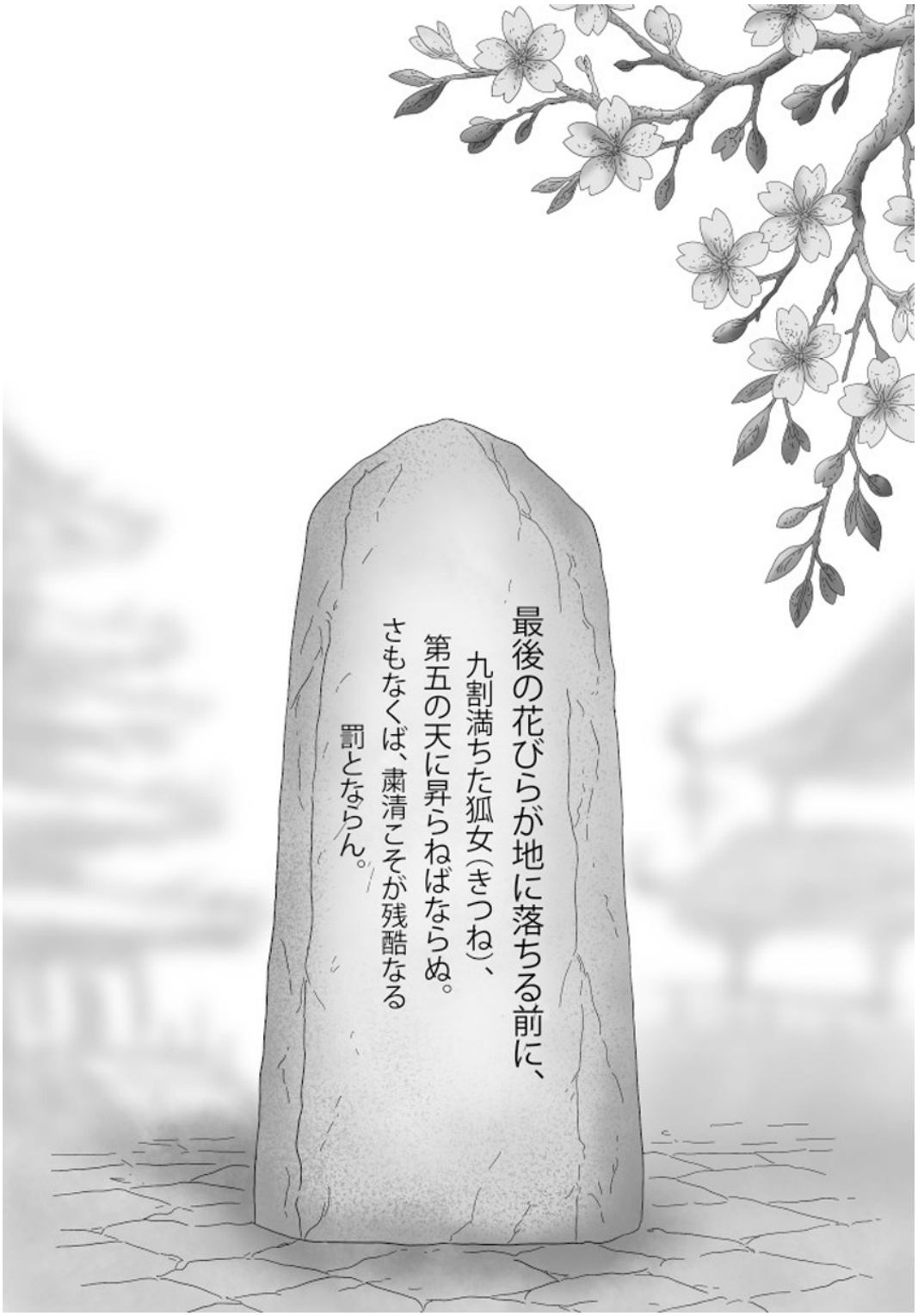
La sangre no se detenía. Escapaba de las grietas, serpenteando como ríos oscuros hasta el suelo, mientras un temblor profundo sacudía la tierra. Desde las raíces del cerezo hasta el corazón mismo

de la montaña, un latido oscuro y ancestral parecía haber despertado.

Fue entonces cuando, desde las sombras del bosque que cubría parte de la montaña, se alzó una voz. Fría, antigua y tan profunda que el cielo pareció rasgarse con su sonido:

El pacto ha sido quebrado; la Purga da comienzo.

Un trueno siguió a aquella condena. Desde las alturas, densas nubes negras se arremolinaban, devorando el cielo, extinguiendo la luz. Un grito colectivo cargado de terror se unió al rugir de la tierra; almas que comprendían, en un mismo instante, que el juicio de los dioses había comenzado. Que su fin estaba cerca.



«Sin que el último pétalo toque el suelo,
la kitsune, en su mayoría plena,

cumplirá su ascensión al quinto cielo,
o la purga será la cruel condena».

1



En el templo erigido en lo alto del Palacio Imperial, donde el aire siempre parecía más puro y la quietud más densa, la claridad del amanecer atravesaba los ventanales de papel de arroz de la pagoda e iluminaba los dioses esculpidos en piedra que flanqueaban la sala. Un humo de incienso espeso llenaba el aire, envolviendo a Suki en una fragancia que hacía difícil ignorar el peso de las oraciones de todo el Imperio y su misión de transmitirlas a los dioses.

De rodillas en un tatami gastado e inclinada sobre un pergamino deslucido, recitaba las palabras sagradas. Su voz, dulce y suave, acallaba el piar de los pájaros y atenuaba el sonido de la lluvia contra la tierra. Un mechón de su largo cabello blanco se deslizaba por su rostro, y sus dedos jugaban inquietos con el cinturón de su kimono salpicado de dorado.

—Más fuerte, Suki —ordenó Noboru con ese tono severo que usaba tan solo cuando impartía sus lecciones—. Recuerda que debe notarse tu devoción.

Ella miró de reojo a su tío y se mordió la lengua para no replicar. Elevó un poco más la voz, siguiendo las escrituras con una precisión mecánica.

Sentado tras ella, Noboru la guiaba como un juez implacable, con su figura erguida y angulosa envuelta en un hábito rojo, el color del Imperio. Su cabeza rapada y el corte de su túnica lo delataban como el líder espiritual y regente del Imperio; ocupaba el trono hasta que la legítima soberana, su sobrina, alcanzara su destino de kitsune y heredase el poder. El bastón que sostenía golpeó el suelo y generó eco en la gran estancia, «pum, pum, pum», para marcar el ritmo de la oración, pero también a modo de recordatorio de su autoridad.

Suki cerró los ojos y paró un momento, emitiendo un sonoro suspiro mientras trataba de silenciar la batalla que se libraba cada día en su cabeza: «¿Por qué debo dedicar toda mi vida a algo que no he elegido? Tan solo diecinueve años y destinada a cargar con el destino del Imperio...».

«La kitsune, en su mayoría cumplida, deberá ascender al quinto cielo», leyó en las paredes del templo. La profecía que marcaba su legado. Y para ello faltaban pocas semanas.

—Suki, no te despistes —pidió Noboru al ver su gesto—. ¿Prefieres que repasemos los cinco templos del monte Tenjou?

—Estas semanas están siendo muy intensas, tío, la profecía me persigue incluso en sueños —respondió ella, hastiada—. Queda muy poco para mi cumpleaños..., y el resto de mi vida la viviré como kitsune.

Noboru se levantó con la agilidad que le conferían sus subidas diarias al templo, se aproximó a ella y le sostuvo la barbilla en un

gesto de cariño.

—Una vida sagrada, Suki. Es el legado de todos los que vinieron antes de ti. Tus ancestros se sacrificaron para preservar este equilibrio, y ahora es tu turno. Sabes que tu abuela estaría orgullosa de cómo lo estás haciendo.

Suki giró la cara con tristeza, apartando la vista hacia la lluvia. Más allá de los ventanales, bajo el cielo grisáceo, descansaba la tumba de su padre. Su pecho se contrajo.

—Mis ancestros se sacrificaron por mantener esta conexión con los dioses. Padre se sacrificó... Y la abuela no está aquí para guiarme... Ella podría contarme todos los secretos del ascenso. Cómo dominó el poder kitsune y, sobre todo, cómo lo hizo todo sin desmoronarse.

Los ojos de la muchacha, de un intenso color naranja que evidenciaba su conexión divina, regresaron al interior del templo, deteniéndose en las estatuas de los dioses, que parecían juzgarla sin palabras, antes de reparar en el gesto de su tío. A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si su padre, Yukio, siguiera vivo. Aunque su único propósito en la estructura sagrada del Imperio era engendrar a la siguiente portadora del espíritu divino; un destino impuesto al nacer, como el suyo. Pero no había sido el único con una carga predestinada. Su hermano gemelo, Noboru, había sido separado de él desde la infancia y entregado al templo. Uno para la sangre, el otro para los dioses.

Y, sin embargo, con su padre muerto y su abuela Kaya recluida en el Quinto Templo, era Noboru quien ocupaba el lugar que nunca le correspondió. Un monje convertido en regente.

Kaya, como legítima emperatriz, debería haber asumido el poder hasta que Suki estuviera lista para ascender, como dictaba la tradición. Pero, tras la muerte de Yukio, embargada por la pérdida

de su hijo, se había retirado al quinto cielo y nunca había regresado. De ahí que Suki no guardara recuerdo alguno de ellos; tenía apenas unos meses cuando sucedió.

Algunos decían que su pena fue demasiado grande, ya que los cuatro miembros de su guardia también habían perecido intentando proteger a Yukio. La kitsune no soportó vivir en un palacio lleno de recuerdos de lo que había perdido. Otros aseguraban que había visto el mundo con nuevos ojos y había decidido que su lugar estaba en los templos, lejos de los juegos de poder.

Pero Noboru siempre decía lo mismo: «Es la voluntad de los dioses».

—Dominas la teoría, conoces las oraciones, sabes cómo afrontar la ascensión y tu transformación gradual en zorro —aseguró—. No anheles una carga más liviana, sino unos hombros más fuertes para sostenerla. Llevas toda una vida formándote para ello. Llevo toda una vida instruyéndote. Lo intentarás con todas tus fuerzas, porque la vida de tu abuela, de Aoi, de tu madre y de todos nosotros está en juego.

Suki se estremeció.

—Lo sé... —dijo en una exhalación.

«Si no, la Purga nos destruirá a todos», pero eso tan solo lo pensó, sintiendo aquel terrible peso sobre unos hombros que aún no estaban listos para cargarlo.

Noboru asintió con la cabeza. Sus labios formaron una sonrisa tan amarga como la de Suki. Nombrar a su hermana Aoi, de apenas siete años, siempre servía de motivación, pero cuanto más se acercaba el momento de iniciar el ascenso, menos animada se sentía.

Temía lo que sucedería si fracasaba, ¿cómo no iba a hacerlo? La Purga sería la consecuencia de ese fracaso; la destrucción de la

humanidad provocada por un castigo divino. Algo temido durante siglos y que tan solo las kitsunes, con su poder y su conexión con los dioses, podían evitar. Ellas eran el nexo de unión y la voluntad de las deidades en la Tierra, por eso se les había concedido magia y poder, una combinación perfecta para gobernar el Imperio con fe y justicia. Para evitar que las puertas del infierno volvieran a abrirse.

—Cuando llegues al Quinto Templo, verás que todo habrá merecido la pena —dijo Noboru—. Sigue rezando, por los dioses, por tu familia, por el Imperio... Y para que la Orden cese en su empeño de verte caer.

La mención de esa organización fue como un golpe invisible, aunque Suki lo ocultó con esa habilidad para la actuación que había desarrollado preparándose para ser la futura emperatriz. De todas formas, no pudo evitar que la piel se le erizara. La Orden de la Purga. Su sombra amenazaba con destruir el legado kitsune, con destruirla a ella. Sus ataques comenzaban a intensificarse de nuevo y, lo más importante, las historias contaban que eran responsables de la muerte de su padre. Aunque eso no sabía si creérselo.

—Kami-sama, guiadnos con vuestra luz en este sendero incierto —cantó Suki, bajando la cabeza y dejando que su cabello níveo se deslizara sobre sus hombros hasta tocar el suelo.

Esa vez oró más alto, suplicando a los Kami, los dioses que los guardaban, por las peticiones que habían llegado a palacio el día anterior. Pero en su corazón había una súplica privada. «Ayudadme a lograrlo, prestadme vuestro auxilio para que todos vean en mí a la kitsune que debo ser, para llegar al quinto cielo con honor, como lo hicieron quienes me precedieron, siguiendo el legado que ha pasado de generación en generación. Ayudadme a salvarlos a todos de la Purga».

* * *

La punta de la pluma temblaba sobre el pergamino, dejando un rastro de tinta que Suki intentaba convertir en un esquema coherente. Sus pensamientos, sin embargo, vagaban lejos del veneno que estaba estudiando. Cada línea que trazaba parecía un barrote en su prisión dorada, donde se le permitía aprender, pero nunca experimentar. Dibujó el contorno de una flor venenosa, la *higanbana*, con movimientos rápidos y tensos, como si al hacerlo pudiera arrancarle un pétalo y sentirlo entre sus dedos. Y ojalá lo pudiera hacer.

—¿Qué haces dibujando eso, Suki? —la corrigió una voz cortante detrás de ella—. Te he pedido que cartografíes la provincia de Hande.

—Ay, lo siento, estoy completamente desconcentrada —replicó la kitsune, dejando caer el pincel con un chasquido sobre el soporte de porcelana.

—¿Y ahora por qué? Si conoces la geografía del Imperio perfectamente —dijo Sora, su maestra, dando un par de pasos hacia ella.

Vestía un kimono sencillo, negro y ceñido a su finísima cintura, que revelaba su posición de samurái, y su pelo negro y liso caía alrededor de su rostro anguloso. Alcanzó un pesado libro y lo abrió sobre la mesa para señalar el contorno de la provincia que le había pedido que replicase.

—Los conocimientos sobre plantas tóxicas no tienen nada que ver con la clase de Política; imagínate que entra tu tío por la puerta, ¿cómo le justificarías eso?

Suki se recostó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho y recorriendo con la mirada las paredes de piedra de la torre este del

palacio donde tomaba sus clases. La frustración bailaba en su rostro mientras observaba a su maestra.

—No sé... Si me dejara aprender sobre esto... Aunque ya sé cuál es su sermón: demasiado peligroso, podría ser malinterpretado, no estamos en tiempos de guerra, bla bla bla... —enumeró con tono irónico—. Noboru me lo ha repetido miles de veces. El mismo número de veces que yo se lo he pedido. Pero ¿cómo se supone que voy a ascender si no sé ni protegerme a mí misma?

Sora cerró el libro de golpe y sus profundos ojos negros enfrentaron los de su discípula.

—Escucha, Suki —la cortó con un enfado inesperado—. Aprendes lo que las kitsunes anteriores estudiaban. Lo que tu abuela y su abuela aprendieron. Sin embargo, te comprendo, y hago todo lo que puedo por darte facilidades. Pero la confianza no puede cegarte en cuanto a tus responsabilidades. Me arriesgo por ti más de lo que debería. No lo olvides.

Los dedos de la joven jugueteaban con una barra de tinta sólida sobre una bandeja a la que había añadido unas gotas de agua para prepararla.

—Sé lo que arriesgas...

—No, no eres consciente de lo que podría ocurrirme. —La voz de Sora era fría y directa.

Sora era de las pocas que hablaba a Suki con esa cercanía, sin llamarla «alteza», algo que agradecía. Por un momento, guardó silencio arrepentida, consciente del peligro. Hacía un par de noches, como cada segundo día de la semana, la samurái le había enseñado a bloquear golpes y desarmar enemigos, lecciones que impartía en secreto en los rincones más oscuros del palacio. Aquellas sesiones clandestinas eran el único respiro de Suki, una chispa de acción real

en medio de un mar de restricciones. Al igual que sus otras clases secretas.

—Perdóname, Sora. Es solo que, con la cercanía de las pruebas, Noboru últimamente me exige tanto que todo se me hace más pesado...

—Tal vez deberías dejar de forzarte tanto..., apenas tienes tiempo para dormir con tus escapadas nocturnas.

—Estoy acostumbrada, no es eso —aseguró Suki—. Es que..., de repente, falta poco más de un mes para mi ascenso.

«Para demostrar que soy digna cuando el poder de mi abuela se debilite en ella y crezca en mí; para que el Imperio me vea como su líder legítima; para que Noboru esté orgulloso; para que yo misma lo esté... Es demasiado. Me voy a volver loca. Podría centrarme solo en la teoría y abandonar mis clases adicionales, pero quiero valerme por mí misma, sentir que puedo defenderme y no depender únicamente de mi guardia para alcanzar mi destino. Quiero ganármelo con cada paso, quiero ser fuerte, quiero poder estar junto a mi pueblo, no como mi abuela». Sus pensamientos se agolpaban cada vez que intentaba autoconvencerse de su objetivo.

Sora suspiró y se acercó a su alumna. La conocía lo suficiente como para saber todo lo que se arremolinaba en su cabeza.

—Estás completamente preparada, aunque no es solo gracias a tu tío; también es gracias a Ada y a mí —dijo en un susurro—. Aparte de las oraciones y el conocimiento político, religioso y geográfico, sabes bloquear ataques, te mueves con equilibrio y puedes reconocer venenos. Eres la kitsune más preparada de la historia.

Suki abrió los ojos con asombro; Sora, siempre fría y seca, rara vez hablaba así, y aquellas palabras la llenaron de una fuerza renovada.

—Gracias, Sora, y... perdona.

Una ligera sonrisa de labios finos fue respuesta suficiente. Luego, se limitó a señalar la vela junto a la mesa con un movimiento de la cabeza.

—Quema ese pergamino y continuemos con la región noreste del Imperio —respondió sin dar importancia a sus disculpas—, el hogar de los guerreros jaguar, que se decoran la cara con tatuajes tribales para invocar su instinto animal.

Momentos después, mientras Suki escuchaba la lección con la mirada perdida en la ventana, la pesada puerta se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire fresco que agitó las páginas.

—¡Suki! —La voz de Lili, su dama de compañía, llenó la sala con su estridencia.

Su tocado desarreglado y el rubor en sus mejillas evidenciaban que había corrido sin descanso para llegar allí. Sorprendía ver en ese estado a alguien que siempre cuidaba su aspecto.

Sora se levantó de inmediato, su mano instintivamente sobre la katana a su espalda.

—¿Qué pasa, Lili? —preguntó avanzando hasta la puerta con rapidez inaudita. Su mandíbula, ya de por sí afilada, se endureció aún más.

—Kami divinos... Algo grave ha ocurrido. La Orden de la Purga... —resopló— ha intentado atacar las puertas exteriores del palacio.

El pincel de Suki resbaló de sus dedos y rebotó en el suelo.

2



El repiqueteo del pincel sobre el suelo se desvaneció al mismo tiempo que el miedo echaba raíces.

—¿Qué? ¿Otra vez? —La voz de Suki salió más baja de lo que esperaba.

Lili tragó saliva, su pecho subía y bajaba mientras buscaba la calma.

—Intentaron incendiar las puertas y lanzaron humo negro a través de las almenas para crear confusión. Parece que los soldados han logrado detenerlos antes de que cruzaran al interior del recinto, pero hubo bajas. Todo ocurrió hace menos de media hora.

Sora intercambió una mirada rápida con Suki antes de hablar.

—¿La situación está bajo control? —preguntó a modo de evaluación.

Antes de que Lili pudiera responder, una flecha encendida chocó contra el cristal, sin llegar a romperlo. Gritaron al mismo tiempo.

—¡Ya veo que no! —exclamó sorprendida Sora, al tiempo que saltaba frente a Suki para protegerla—. Al suelo, detrás del biombo. ¡Ya!

Unos pasos apresurados sonaron de pronto en el pasillo. La figura de Noboru apareció con esa solemnidad que solía acompañarle, pero con visibles muestras de cansancio. Estaba rodeado por cuatro soldados. Las tres se giraron hacia él con una chispa de temor en la mirada.

—Suki, debes acompañarme —ordenó—, de inmediato.

—¿Adónde? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Al salón interior del consejo. Esto no puede esperar. —Golpeó el suelo con el bastón, marcando el final de cualquier discusión. Luego dirigió su mirada hacia Sora—. Necesito que te unas a los centinelas y realicéis una inspección completa de las murallas. Asegúrate de encontrar al dueño de esa flecha.

—Entendido —asintió la samurái. Se giró hacia Suki, dándole la espalda al monje, y sacó algo del bolsillo de su antebrazo—. Toma esto. Escóndelo en tu kimono y no te pongas nerviosa.

Tras eso, se encaminó hacia la puerta ladrando órdenes.

Suki miró de reojo el pequeño puñal en la palma de su mano y lo guardó rápidamente. Agradeció en silencio a su mentora por aquel gesto y dirigió su mirada a Lili, quien permanecía al margen, inquieta, con el moño hecho un desastre.

—Lili vendrá con nosotros —dijo Suki, su voz sonando más decidida de lo que se sentía—. No podemos dejarla aquí.

Noboru pasó una mano por su brillante y ligeramente sudada calva y la miró por un instante con una mueca conocida.

—No puede, Suki. Todo el ejército está en los pasillos. Te prometo que no le pasará nada. El consejo no es lugar para damas de compañía —agregó con un deje de aquella soberbia que sacaba a relucir en momentos de tensión—. No hay espacio para distracciones.

Lili dio un paso al frente.

—Estaré bien. Por favor, no te preocupes —aseguró con comprensión al ver las manos apretadas de su amiga.

El monje asintió y se giró hacia la puerta. Suki no pudo hacer otra cosa que seguirlo de mala gana tras abrazar a Lili.

* * *

El salón interior del consejo se encontraba en la parte más baja del palacio, una sala amplia pero sobria, con paredes de madera oscura adornadas únicamente por un tapiz central que representaba el monte Tenjou con sus cinco templos envueltos en nubes.

Suki entró tras Noboru con el eco de sus sandalias de madera anunciando su presencia. Cada paso hacía que el calzado le pareciera más incómodo, más inútil. Odiaba llevar aquellas cosas, pero la obligaban a ello debido a su corta estatura y a que, por supuesto, la kitsune debía vestir como correspondía a la realeza: capas y capas de tela y zuecos de madera realmente incapacitantes.

Una larga mesa decorada con los caracteres de la profecía presidía el centro de la sala, flanqueada por asientos bajos de madera, ya ocupados por los consejeros. Todos salvo uno, el asiento que había pertenecido a su padre. Siempre permanecía vacío.

Noboru avanzó sin titubear hacia el extremo de la mesa. El lugar del regente. Ella se quedó unos pasos atrás, sintiendo las miradas inquisitivas de los consejeros mientras su tío tomaba asiento.

La madre de Suki estaba sentada cerca del centro de la mesa, con la espalda erguida y una presencia que, en otro tiempo, habría impuesto respeto. Pero su mirada estaba fija en algún punto lejano, como si su mente estuviera atrapada en un lugar al que nadie más podía acceder. Su cabello recogido con precisión y el elegante kimono azul resaltaban su bello rostro y esas arrugas que hablaban de un pasado mejor. Todo en ella denotaba realeza, aunque su expresión vacía lo desmentía.

Había sido una figura de autoridad en el palacio, destinada a ocupar la regencia tras la muerte de su esposo y la marcha de la kitsune. Era el orden que dictaba la lógica. Su derecho, su deber. Sin embargo, hacía mucho que algo dentro de ella se había resquebrajado. O tal vez se había roto por completo. Y un alma rota no podía gobernar un imperio. Ni siquiera ejercer de madre.

Suki supuso que su hermana Aoi estaría en el establo de la malla interior, el único lugar donde podía moverse con libertad. A la niña no le estaba permitido aparecer en público junto a su madre o su hermana, una restricción impuesta por su condición de bastarda, una palabra que a Suki le dolía. Por suerte, aún era demasiado pequeña para comprenderlo. Para ella, los establos no eran un refugio impuesto, sino un mundo propio donde podía perderse entre los caballos, cepillarlos y acurrucarse con ellos sobre la paja. Al menos allí, lejos de las miradas del palacio, estaba a salvo.

—Suki no solo estará aquí como testigo, como viene siendo habitual estos últimos meses —anunció Noboru rompiendo la calma —. Es hora de que entienda la magnitud de lo que enfrentamos. Está preparada para tomar su asiento; con ello, logrará mucha más confianza en su misión.

Los murmullos comenzaron entre los ancianos consejeros, hombres y mujeres cuyas edades y rostros reflejaban décadas de

experiencia y preocupaciones acumuladas.

Tomar asiento en esa sala no era nuevo para Suki, pero hacerlo junto a su tío lo cambiaba todo. Era ofrecerse como blanco, y a la vez reclamar un fragmento del poder de un reino destinado a ser suyo.

—La Orden de la Purga no había mostrado este nivel de actividad desde hace años —comenzó sin anestesia el consejero de Comercio, un hombre grueso cuyo pelo se concentraba únicamente en una barba blanca que parecía flotar con cada palabra. Suki lo conocía bien, pues llevaba decenas de años en su puesto—. Y esta es la segunda vez que intentan atacar las puertas del palacio. No es una coincidencia que retomen sus ataques ahora, a tan pocas semanas de...

—¡Quieren impedir el ascenso! Ese ha sido siempre su principal objetivo, destruir a la kitsune o impedir que llegue a la montaña sagrada —interrumpió una mujer mayor desde el extremo opuesto de la mesa, la consejera de Protocolo. Suki odiaba las lecciones con ella; por suerte, habían acabado hacía casi un año—. Llevamos décadas advirtiéndolo. Y han atacado hoy para arruinar las pruebas, o meter miedo a los participantes... Y con ello provocar la Purga. Si la kitsune heredera cae...

Una calma angustiosa llenó el salón tras esas palabras tan desafortunadas. Suki sintió un nudo formarse en su estómago. Aquel grupo de rebeldes siempre había sido una amenaza distante, casi fantasmal. De hecho, apenas se había hablado de ellos en consejos anteriores, salvo por la consejera de Protocolo, a quien rara vez se escuchaba. Pero ahora se habían vuelto tan reales como el sonido de su propio corazón martilleando en sus oídos.

—No podemos subestimar su habilidad, han tenido tiempo para reorganizarse, para mejorar —retomó Noboru, golpeando el suelo

con su bastón para enfatizar sus palabras. Ese sonido hacía rechinar los dientes de Suki—. Son expertos en explotar debilidades, y no cometeremos el error de ignorarlos de nuevo. Los ataques contra palacio se volverán más frecuentes, como antaño, de eso no cabe duda. Quieren desestabilizarnos.

La amenaza hizo que las respiraciones se agitaran en aquella atmósfera opresiva. El aire olía a madera envejecida y cera de vela, una mezcla que parecía pesar más allí abajo, donde no había ventanas por seguridad.

—La vigilancia alrededor del palacio y del monte Tenjou debe intensificarse inmediatamente —continuó Noboru, ordenando, no sugiriendo—. Necesitamos un escuadrón de élite patrullando los alrededores las veinticuatro horas del día.

—Por supuesto —contestó el general Ota, el único miembro del consejo que portaba un arma.

El ejército del palacio estaba dividido en escuadrones militares de disciplinas diferentes, y su general, aquel hombre imponente sentado en el consejo, era experto en la esgrima con katana y otros tipos de espadas. Suki sintió una punzada de envidia al verlo y pensar en las lecciones de estrategia militar, y manejo de armas, todo aquello que le había sido negado por considerarlo «innecesario» para la kitsune.

—Suki..., ¿recuerdas los ataques de la Orden de cuando eras niña? —preguntó su madre, dirigiéndose a ella por primera vez en muchos días.

La joven alzó la mirada, sorprendida más por escuchar su voz que por la pregunta. Asintió despacio, las imágenes vagamente familiares de incendios y gritos emergieron a su memoria.

—Sí. Recuerdo que... desaparecieron después de un tiempo. —Su voz sonó más débil de lo que pretendía, temerosa de tocar la herida

aún abierta de la pérdida de su padre.

—Se esfumaron, pero no desaparecieron —la consejera de Protocolo volvió a tomar la palabra—. Se reagruparon, se fortalecieron. Y ahora regresan más decididos que nunca. Solo esperemos que no se alíen con los demonios.

Un revuelo más urgente inundó la sala.

—Debimos haber ido ir a por ellos cuando pasó lo que pasó —dijo otra voz, fría como el hielo, que fue fácil de asociar a la consejera de la Seda.

¿Se refería a la muerte de su padre? Suki miró a su madre nuevamente, pero no pudo ver su rostro; tenía la cabeza gacha, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Sin embargo, pudo sentir la inquietud en su postura.

—¿Y qué hay de las pruebas samuráis? —preguntó el consejero Civil, ladeando la cabeza hacia Noboru—. ¿Es prudente llevarlas a cabo con esta amenaza tan cerca? Si la guarnición de palacio tiene que estar pendiente de tantas cosas, ¿no será peligroso?

—¿No te das cuenta de que la Orden quiere precisamente eso? Pretenden que nos sintamos amenazados, que las anulemos. Pero son imprescindibles y ya están convocadas. Mañana da comienzo la recepción de participantes —respondió el monje sin titubear—. Sin las pruebas, no podremos seleccionar a los guardianes de la kitsune. Y sin los cuatro guardianes, no hay ascenso. Así lo dicta la profecía. Quedan pocas semanas para que Suki cumpla su mayoría de edad. No podemos retrasar los planes...

El corazón de Suki de pronto inundó sus oídos al recordar su cumpleaños. Los murmullos regresaron en forma de quejas; algunos consejeros asentían con aprobación, aunque la mayoría intercambiaban miradas preocupadas y exponían su punto de vista en voz alta.

—Puedes intervenir —susurró Noboru a su sobrina. Pero Suki nunca lo había hecho; tenía pánico a decir algo y que le reprocharan que no estaba preparada—. Hazlo.

«Yo puedo, yo puedo, yo puedo. Soy la kitsune, debo liderar», se dijo, casi hiperventilando.

—¿Y si...?

Pero los murmullos seguían, y su seguridad amenazaba con ceder. Su tío golpeó de nuevo el suelo de piedra con el bastón, silenciando la sala para concederle espacio.

—¿Y si posponemos un par de días el inicio de la prueba? Dos días no nos retrasarán demasiado, y de esa forma podremos fortalecer la seguridad y organizar mejor las patrullas.

Su tío le dirigió una mirada de aprobación. Suki suspiró aliviada.

—Los participantes se alojarán en el patio frontal de la muralla San, como estaba establecido —reforzó Noboru con un asentimiento —, y podremos vigilar su llegada más de cerca por si hubiera... incidencias. No habrá descansos en el ejército; todos los miembros serán llamados, incluso los novatos que se encuentran en formación este año. No habrá un lugar sin vigilancia. ¿Os parece suficiente?

La mayoría aceptó la idea, aunque no sin reparos por tratarse de la primera intervención de Suki. Pero rápidamente la discusión derivó en detalles sobre la logística y las pruebas que enfrentarían los aspirantes. Suki escuchaba sin intervenir, aún nerviosa. No era la primera vez que escuchaba hablar sobre el tema, aunque en esa ocasión todo parecía más real. En pocos días, por primera vez en su vida, podría tomar una decisión propia: elegir a los miembros de su guardia. Podría relacionarse con más gente que los trabajadores del palacio. Se rodearía de personas que darían su vida por protegerla, no porque les fuera impuesto, sino porque ellos mismos lo habrían elegido. Por honor, por lealtad.

Cuando la reunión terminó, Noboru se levantó con un gesto que indicaba a Suki que era momento de irse. Ella se puso de pie, alisó las arrugas de su kimono sin mucho cuidado y avanzó hasta el asiento de su madre, que aún estaba perdida en su propia tristeza. Colocó la mano sobre su espalda para indicarle que la acompañase, a lo que reaccionó con lentitud.

Suki caminaba junto a ella, unos pasos detrás de su tío, hasta que se detuvo en el corredor principal.

—Madre y yo vamos a buscar a Lili y a Aoi —dijo en voz baja.

El monje se paró y se giró lentamente hacia ella. Sus ojos se tornaron de pronto más duros que la Lápida de los Dioses.

—Tus oraciones esperan —dijo su tío con una frialdad que Suki no esperaba—. Y recuerda, hoy es día de ayuno. —Vaciló antes de marcharse y suavizó la expresión, como dándose cuenta de su dureza—. Sabes que los planes de los dioses son claros y hay que respetarlos. Tan solo espero que cada vez seas más consciente de ello.

Suki sintió cómo la ansiedad comenzaba a hervir en su interior, pero apretó los labios. Debía mantenerse firme. Asintió lentamente en señal de obediencia. El ayuno no le preocupaba; sin embargo, cuando su tío adoptaba esa actitud soberbia, algo en ella se encendía con la necesidad de rebelarse. Tenía claro que esa noche, después de su entrenamiento con Sora, se daría un festín en las cocinas.

El pensamiento le arrancó una pequeña chispa de satisfacción en medio de su preocupación. A veces se sentía culpable por eludir alguna oración o entrenar a escondidas, sabiendo que su tío dedicaba toda su vida a su preparación. Pero ella no solo quería estar lista..., quería sentirse capaz. Y, por qué no, un poco libre también.

Cuando el eco del bastón se desvaneció, Suki giró sobre sus talones, tomó la mano helada de su madre y tiró de ella, aunque encontró resistencia.

—Ven conmigo, madre —pidió en voz baja—. Juntas nos sentiremos más seguras...

Ella apenas reaccionó. Su mirada seguía perdida, como si la sensación de sus dedos entrelazados con los de su hija no la alcanzara.

—Cariño, ve tú... Estoy cansada —murmuró, y se deshizo del agarre.

La joven sintió una punzada en el pecho, pero se obligó a sonreír.

—Un poco de aire te haría bien. Podemos ir despacio... No tienes que hablar si no quieres —insistió.

—No, Suki. No hoy —respondió con un suspiro pesado, dejando caer los hombros—. Necesito descansar...

Siempre era la misma excusa. No obstante, el descanso nunca traía alivio, nunca le devolvía a su madre. Suki tragó la frustración que se formaba en su garganta.

—Madre...

—Ve, por favor. Estaré bien.

Pero ella sabía que no estaría bien. Nunca lo estaba.

Suki apretó los labios y asintió con la cabeza, dándose por vencida una vez más. Aprendió a base de momentos como ese que quien se hunde sin oponer resistencia arrastra consigo incluso al que nada para salvarlo.

Sin mirar atrás, avanzó hasta reunirse con las dos únicas personas que lograban arrancarle algo de alivio, mientras la sombra de su madre quedaba atrás, atrapada en su propio mundo oscuro.

3



El sol se desperezaba entre los árboles mientras Sora avanzaba con paso firme hacia la muralla San. Las primeras luces del alba eran sus acompañantes diarias, el único momento de frescor en aquellas jornadas tortuosas. Aunque ni siquiera eso parecía calmar el agotamiento que arrastraba. Había sido una noche larga: primero el entrenamiento clandestino con Suki, cuya testarudez siempre ponía a prueba su paciencia; luego, el interrogatorio al arquero que habían capturado durante el ataque de la Orden de la Purga.

Las respuestas habían sido decepcionantes. Aquel hombre, tembloroso y poco preparado, a pesar de poseer el tatuaje que lo marcaba como miembro de la Orden y el uniforme con la capucha naranja, no parecía más que una pieza sacrificable en un plan mal ejecutado. Querían comprobar si el ejército de palacio no estaba listo, y no se habían equivocado del todo. Desde aquel momento

redoblarían la vigilancia, que había menguado por culpa de la preparación de las pruebas. Ahora Sora tenía una misión clara: organizar el escuadrón que recibiría a los futuros guardianes kitsune.

Llegó a la entrada de la muralla tapizada de banderas rojas y Ota la saludó con un breve asentimiento. Aquel hombre imponente, cuya espalda bloqueaba incluso los primeros rayos del sol, parecía la personificación misma de la seguridad. Su espada descansaba en la cintura, y escrutaba el horizonte con la precisión de un halcón. Sora no podía negar que su presencia le agradaba.

—Todo listo, Sora —dijo sin preámbulos—. Los primeros participantes están llegando.

—Perfecto. Me aseguraré de que los reciban y los organicen en grupos pequeños. No puede haber caos, no hoy —respondió ella, colocando los brazos en jarras mientras observaba cómo se desplegaban los escuadrones.

—Por cierto, mis soldados estaban conversando de nuevo sobre los Itan-momen. Esta vez han visto algunos colgando del gran árbol de la entrada norte de la muralla.

—¿Otra vez? Pensé que ya nos habíamos librado de esos yokais tan irritantes. —Sora suspiró, recordando cómo el verano anterior habían invadido los terrenos del palacio. Aunque a simple vista no parecían peligrosos, sabía bien que esas criaturas podían asfixiar a cualquiera que se despistara. Era increíble como una simple tira de tela alargada podía causar tantos problemas—. Mandaré a mi gente a deshacerse de ellos de inmediato.

A lo lejos, un grupo de guerreros se aproximaba. En sus apariencias se podían detectar habilidades y orígenes distintos: algunos llevaban armaduras pesadas que relucían con el sol, mientras que otros preferían ropajes ligeros que permitían movimientos ágiles. Había espadas, lanzas, arcos y hasta armas

menos convencionales. Sora los observó con atención, evaluando cada pequeño detalle, midiendo sus capacidades. Cualquiera podía presentarse a las pruebas para formar parte de la Guardia Kitsune. Cualquiera que estuviera dispuesto a entregar su vida por el Imperio y a cambio obtener honor, un lugar en palacio y un estatus que pocos alcanzaban. Pero no era una decisión que se tomara a la ligera. De entre las incontables castas samuráis y tribus guerreras, solo un puñado se atrevía a intentarlo, pues pocos eran los aspirantes que sobrevivían, y únicamente cuatro serían elegidos. Y si alguien se arrepentía una vez se iniciaban las pruebas, su destino no era el exilio ni la humillación. Era la muerte.

—Tú los supervisas —ordenó Ota antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Los nervios flotaban en el ambiente. Los participantes intercambiaban miradas, algunos con curiosidad, otros con desdén. Sus conversaciones se perdían en el aire mientras los soldados los organizaban en filas y los ubicaban en los barracones.

Sora revisaba cada grupo, buscando posibles peligros entre ellos. Su mirada se detenía en los fragmentos de piel descubierta, atenta a cualquier marca que delatara una afiliación con la Orden de la Purga. En su deambular, no tardó en captar fragmentos de una conversación que despertó su interés y provenía de uno de los barracones que ya estaba completo.

—¿Creéis que será tan mortal como la última vez? —preguntó uno de los guerreros, un joven alto con el pelo recogido en una larga trenza que le llegaba a la cintura. Emanaba confianza en su aspecto y su tono de voz.

—Mortal es por naturaleza... Pero dicen que la última prueba fue un baño de sangre —respondió una chica vestida completamente de

blanco, como una flor de sakura—. Aunque sabemos a lo que nos enfrentamos, no quiero morir de manera tan brutal.

—El ascenso de Kaya fue legendario gracias a sus guardias —susurró un hombre corpulento con una lanza al hombro—. Todos lo sabemos.

—Pero también extraño —replicó la misma joven.

—De eso hace más de cuarenta años. Deja de ser paranoica, Azumi —interrumpió un joven vestido de azul oscuro con capucha que parecía idéntico a ella.

Sora arqueó una ceja al notar que eran mellizos, dado que no era algo común, pero siguió caminando. Aquellas preocupaciones eran comunes entre los novatos, especialmente cuando sus mentes buscaban algo que explicara sus propias inseguridades. Sin embargo, una palabra llamó la atención de Sora y le hizo detenerse cuando se disponía a rodear el barracón por la parte trasera.

—¿La Orden? —preguntó una arquera que llevaba un carcaj lleno a la espalda—. Mi maestro decía que hubo amenazas antes del anterior ascenso, igual que ahora.

—Ah, ¿sí? Tal vez por eso la antigua kitsune no vive en el palacio —interrumpió el mismo chico de la trenza con voz burlona—. Dicen que no puede salir del quinto cielo porque todos sus guardias murieron y nadie podría protegerla.

Esas palabras provocaron un murmullo de sorpresa, hasta que un joven vestido completamente de negro, con el cabello semirrecogido en un moño alto al estilo samurái, cerró con fuerza su baúl. Su rostro era tan inmutable como una máscara de piedra, y no llevaba ningún emblema visible que indicara su procedencia.

—Prestar atención a los rumores es de débiles —dijo con voz profunda y controlada al tiempo que salía de la tienda con pasos medidos.

El grupo se quedó paralizado, observando cómo se alejaba.

Sora lo estudió desde la distancia.

—¿Habéis visto cómo nos ha mirado? —comentó un muchacho con músculos marcados—. Empezamos fuerte...

* * *

El sol comenzaba a ocultarse tras la muralla San cuando se acercaron las siluetas de los últimos participantes. Los ciudadanos, que los habían esperado cerca de la puerta hasta esas horas, los recibieron con vítores, honrando su valentía. La milicia se encontraba por todas partes: en las calles, sobre la muralla, en los patios interiores... Cada rincón estaba protegido; cada acceso, vigilado.

Los soldados, engalanados con sus armaduras de seis piezas doradas, no se relajaban ni un instante, revisando las armas y pertenencias de cada guerrero, buscando cualquier signo de peligro o traición. Las dos reglas eran claras y habían sido comunicadas desde el momento de llegada: en primer lugar, la paz debía mantenerse en el recinto. En segundo, la norma de sangre cero, que no permitía ni una sola gota de sangre derramada. Cualquier violación de esos mandatos sería tratada con severidad.

En total eran veintiséis guerreros los que en ese momento ocupaban el campamento, divididos en grupos mixtos de cinco o seis. La mayoría eran hombres, aunque tres mujeres destacaban entre ellos. A medida que el campamento se organizaba, se encendió una hoguera en el centro; su luz y calor creaban un punto de reunión para los aspirantes.

Tras recibir los uniformes de tonos rojo y negro, los colores del Imperio, con sus nombres bordados en el pecho, los participantes comenzaron a concentrarse alrededor del fuego para comer algo,

sentándose en bancos improvisados o sobre el suelo. Ryuu, apartado del grueso de aspirantes, observaba cómo las llamas se reflejaban en sus rostros, iluminándolos como en oleadas. Las conversaciones fluían de forma desigual, algunas llenas de entusiasmo apenas contenido, otras cargadas de murmullos temerosos.

—Es un buen despliegue de soldados para un grupo tan reducido, ¿no creéis? —preguntó un joven de pelo corto y sonrisa fácil cuyo uniforme rezaba «Haru», mientras acomodaba su sombrero de paja sobre sus rizos—. Es como si no se fiasen de nosotros..., interesante.

—No es interesante, es comprensible —terció Sogo, el de la trenza, con la boca llena—. Estamos en el Palacio Imperial, poco ejército me parece.

—O tal vez están aquí para recordarnos que no somos más que piezas en su juego —añadió en voz baja Mei, la única que no se había desprendido de su defensa: el arco y el carcaj. Su tono era seco, casi desinteresado, pero Ryuu apreció, incluso desde la distancia, el modo en que sus ojos analizaban al grupo, como si cada uno de ellos fuera un blanco que debía acertar.

—¿Piezas? No seas tan pesimista —intervino Azumi, sentada junto a su hermano, Riku. Ambos mantenían una postura erguida que denotaba su entrenamiento—. Esto es una oportunidad, no un castigo.

—Para algunos, quizá —terció Sogo con una sonrisa confiada—. Yo sé que formaré parte de la Guardia Kitsune, no tengo ninguna duda.

Haru levantó una ceja y se balanceó con interés.

—Ah... ¿Y cómo estás tan seguro de eso? —preguntó mientras se servía su tercer cuenco de arroz.

—Provengo de los famosos samuráis Tanaka. Seguro que nos conocéis, nos formamos en la lucha durante toda la vida y hemos protegido al Imperio durante siglos. Todas las familias nobles nos

contratan para proteger sus casas. ¡Ni un yokai podría conmigo! —exclamó con una confianza que atrajo miradas—. Llevo entrenando desde mi nacimiento para este momento.

Los otros aspirantes callaron, expectantes. Todos eran conocedores de que en la anterior Guardia Kitsune, tres de los cuatro integrantes eran samuráis Tanaka.

—Guau, increíble, tío. Sois legendarios. Lo raro es que seas el único Tanaka por aquí.

—Tras lo sucedido con..., bueno, ya sabéis. Mi tío abuelo fue uno de ellos, y desde entonces, el miedo ha superado al honor en mi clan. Eso o la superstición. Durante décadas, hemos permanecido en las sombras, pero yo estoy aquí para cambiarlo. Para recuperar nuestra grandeza.

Hizo una pausa, como si midiera sus palabras.

—Y para comprender lo que pasó en realidad.

Todos callaron, sin saber cómo responder a algo tan personal.

—Pues nosotros también buscamos lo mismo, ¿sabes? —intervino Riku, pasando un brazo sobre el hombro de su melliza—. Honor, grandeza. Restaurar el nombre de nuestra familia.

Una vez más, nadie se atrevió a alzar la voz y preguntar qué había ocurrido para necesitar esa restauración.

—¿Y tú, chico del sombrero? —preguntó Azumi, devolviendo la pregunta a Haru.

—Riqueza, claro está. Estatus, una buena vida..., lo típico que nadie dice. —Haru sonrió ampliamente, mordiendo un trozo de pescado seco que acababa de tomar de una bandeja—. No me juzguéis por ello, que también estoy aquí por honor de mi Imperio y todo eso. Pero el oro abre puertas, sobre todo las de los restaurantes. Y, sinceramente, estoy cansado de pasar hambre.

Un par de risas se escaparon de los labios de los demás y rompieron momentáneamente la tensión que flotaba en el aire. Incluso Ryuu, que mantenía la distancia, esbozó una leve sonrisa.

—¡Si llevas todo el día comiendo! —soltó un chico algo mayor que todos los presentes.

Su voz era rasposa, acorde a su apariencia. Ryuu prestó atención a los laterales de su cabeza, los llevaba rapados, dejando una franja superior de cabello atado en una coleta que le daba cierto aire de fiera indomable. Pero lo que realmente destacaba era el tatuaje de espinas que le recorría la frente y el cuello, serpenteando por ese lateral sin pelo, como un aviso de que no era alguien a quien subestimar.

«Vaya, vaya, tenemos aquí un guerrero jaguar», informó una voz familiar en la mente de Ryuu. Ese dato le instó a fijarse con más interés.

Sobre su uniforme, el nombre «Kaito» resplandecía en letras doradas, un detalle menor en comparación con lo que realmente imponía su presencia. Estos guerreros habitaban el bosque Jintoku, hogar del templo más peligroso del Imperio. No hacía falta preguntar qué lo había llevado allí. Los de su linaje no solo se presentaban a las pruebas, las ganaban.

—De hecho —continuó Kaito—, entraste justo antes que yo, y lo primero que hiciste fue preguntar si aquí daban desayuno.

—Y no lo hacen, por cierto —añadió Haru con fingida indignación, alzando las manos—. ¿Cómo esperan que uno enfrente pruebas mortales con el estómago vacío?

Algunas risas se escaparon entre los presentes.

—Claro, porque eso es lo más preocupante... —replicó el guerrero jaguar.

—Para un hombre con prioridades claras, sí. El honor y la gloria están muy bien, pero no se pueden comer —sentenció Haru, llevándose otro trozo de pescado seco a la boca—. Además, tengo que alimentar este cuerpazo.

Otra oleada de risas sonó en respuesta.

—Ya..., cuerpazo... Aunque no por ello tienes que dejar a los demás sin comer —respondió Kaito mirándole de arriba abajo.

El muchacho le respondió llenándose los carrillos de arroz nuevamente y con una sonrisa de la que se escaparon algunos granos.

—¿Y tú, Mei? —preguntó Azumi con curiosidad, girando la cabeza hacia la arquera, que había permanecido muda—. Siempre con el arco a cuestas, preparada para la batalla, ¿qué buscas?

Mei levantó la mirada de las llamas.

—Supongo que estoy aquí por... la kitsune. Le debemos nuestras vidas. Ella nos salvará a todos. —El tono en su voz dejó claro que no quería profundizar.

—¡Vaya! Mírala qué noble. —La voz fanfarrona del joven de la trenza interrumpió la conversación—. Pues yo vengo a demostrar que soy el mejor. Aunque, visto lo visto, eso va a quedar claro en la primera prueba.

—El mejor fanfarrón, dices, ¿no? —preguntó Haru, con una sonrisa socarrona—. Bueno, supongo que alguien tiene que ocupar el último lugar.

La burla arrancó algunas carcajadas a los presentes, y Sogo respondió con una mirada desdeñosa antes de volver a centrarse en su comida, rumiando alguna respuesta que solo su cuenco pudo escuchar.

La conversación se dispersó en varios hilos a medida que los guerreros se relajaban, hasta que, minutos más tarde, sonaron los

gongs que indicaban que debían retirarse a sus lugares de descanso.

Ryuu fue el primero en entrar a su barracón, seguido de cerca por otros aspirantes. Enseguida notó que algo no andaba bien. Sin dudarlo un instante, desenfundó su arma, una hoja gruesa entre espada convencional y katana, con un mango clásico de puño descubierto, y asestó un golpe certero contra una de las literas. Esta se derrumbó sobre la cama de abajo con un sonoro crujido.

—Pero ¡¿qué demonios haces, idiota?! —vociferó Sogo, agarrando con un puño enorme su trenza.

Sora, seguramente alertada por el escándalo, entró de golpe seguida por dos soldados. Apartó al resto de los jóvenes y agarró del brazo a Sogo, que se disponía a comenzar un altercado mayor contra el samurái de la coleta.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—¡Que ese descerebrado acaba de romper la litera! —acusó Sogo, señalando a Ryuu—. ¡Mi litera!

Todos dirigieron su atención al supuesto culpable, que los miraba tranquilo, con los brazos cruzados.

—Tú, chico —dijo Sora, fijándose en el nombre bordado de su uniforme negro—. Ryuu, ¿es cierto lo que dice?

Él la miró, imperturbable. Su vestimenta le quedaba más ceñida que al resto, los músculos se le marcaban como si estuvieran cincelados en la propia tela.

—Sí —confesó tranquilamente, haciendo que los ojos del otro chico casi saliesen de sus órbitas—. Había un yokai sobre el colchón de la cama inferior.

Aquella frase dejó a todos los presentes con los labios sellados mientras intercambiaban miradas incrédulas.

—¿Un yokai? ¿Un demonio? Aquí en la muralla San es... infrecuente, ¿estás seguro? —preguntó un soldado, escéptico.

—Sí. Pero, según las normas que nos habéis impuesto, no puedo derramar sangre en el campamento, aunque tampoco estoy seguro de que esa cosa la tenga, dado su aspecto. Así que, considerando las pocas opciones que tenía, lo atrapé bajo la madera, entre las dos estructuras. —Ryuu señaló las barras partidas de la litera, ahora transformada en dos camas separadas y apiladas.

—Haceos a un lado, todos —ordenó Sora sin perder un segundo mientras sacaba sus dagas y señalaba a los soldados—. Vosotros dos, levantad la cama superior cuando os diga, ¿de acuerdo?

Obedientes, se colocaron inmediatamente en posición, listos para actuar. El público presente dio un paso atrás, ahora temeroso.

—Chico —dijo girándose y mirando a Ryuu esta vez—, ¿qué tipo de yokai es?

—Ah, es un Makura-gaeshi. No es para tanto, pero prefería que no molestara —respondió sin perder esa tranquilidad alarmante.

Sora suspiró y devolvió las dagas a sus caderas con un gesto de alivio. Pareció que reprimía una sonrisa al ver la cara asustada de Sogo tras su bravata en la hoguera.

—¿Qué es un Makura-gaeshi? —preguntó uno de los chicos desde fuera del barracón.

Con un gesto de Sora, los miembros del ejército levantaron la cama. Bajo la madera, un revoltijo de sombras estaba acomodado sobre la almohada, claramente dormido e indiferente al caos. No tenía una forma definida, aunque se asemejaba a un gato acurrucado. Una especie de aura brillante lo rodeaba, dándole el aspecto mágico que tenían aquellos demonios yokai con origen mestizo entre lo divino y lo demoníaco. La luz de las antorchas, o tal vez los gritos ahogados que surgieron al verlo, lo hicieron despertar al fin. Abrió unos ojos rojizos e intensos y enseñó una especie de

dientes vaporosos en un gesto de rabia para luego esfumarse en el aire sin dejar rastro.

—Era un cambiador de almohadas. No es peligroso, tan solo travieso... —intervino Azumi—. Es un yokai menor. En mi aldea los había a montones, aunque con otras formas, como mapaches o murciélagos. Lo único que pueden hacer es convertir los sueños en pesadillas vívidas y molestar un poco; por lo demás, son inofensivos.

—¡Pero si era un demonio! ¿Cómo puedes decir que esa cosa era inofensiva? ¿Voy a tener pesadillas? —preguntó Sogo, visiblemente perturbado.

«¿*Viy i tinir pisidillis*? —imitó una voz con un tono burlón en la cabeza de Ryuu—. ¿Y este es el payaso que decía que sería el mejor? Vaya prodigio».

Él no reaccionó, acostumbrado ya a su voz interna. Sin embargo, ese sarcasmo espontáneo seguía resultándole irritante, incluso en los momentos más insustanciales.

Nadie se molestó en responder a Sogo.

—Gracias por ocuparte —dijo Sora, dirigiéndose a Ryuu con un leve asentimiento.

—Lo que sea por el Imperio —aseguró el chico, recto y serio. Una actitud que sabía que concordaba con su aspecto pulcro y la coleta fija en lo alto de la cabeza, dejando el resto de pelo suelto en una caída elegante, como una cascada de agua negra.

Acto seguido, la maestra samurái levantó las manos y ordenó a los curiosos que abandonaran el barracón. Luego, se volvió de nuevo hacia Sogo y Ryuu.

—Vosotros dos dormiréis en la litera rota. No quedan más en este lado de palacio y no da tiempo a traer otra para estos días —ordenó firmemente, dejando claro que no habría más discusiones. Tras girarse hacia el resto, continuó—: Y para todos, una nueva regla

importante: tras el gong nocturno, se acabó. Todos debéis ir a descansar. Sin charlas, sin paseos, sin un solo ruido o movimiento, ¿queda claro? Buenas noches.

Con esas palabras, Sora desapareció por la puerta. Sogo apretó los labios, molesto por la resolución, mientras colocaban las camas una junto a la otra. Ryuu, por su parte, se acomodó sobre el colchón sin decir una palabra, ignorando la mirada cargada de resentimiento que su nuevo compañero le lanzaba desde su esquina.

«¿Sabes? Podrías haberle dejado sin cama, hubiera sido más divertido», comentó de nuevo su voz interna, burlona.

Ryuu exhaló con lentitud, cerrando los ojos mientras apoyaba una mano sobre la empuñadura de su arma. «Cállate de una vez», pensó, aunque sabía que rara vez obedecía.

4



El sendero que llevaba a los aseos estaba tranquilo, salvo por el murmullo de hojas agitadas por el viento. El guerrero, en su camino desde el barracón, distinguió dos figuras agachadas junto a los cuerpos de un par de centinelas. Trabajaban rápido y habían despojado a los caídos de sus uniformes dorados llenos de detalles con movimientos bruscos, vigilando a su alrededor.

—Rápido, antes de que alguien pase por aquí —murmuró un muchacho de veintitantos, corpulento y con una cicatriz que le atravesaba el cuello. Se estaba peleando con las correas de una pechera—. Quítate cuanto antes el uniforme de participante en esta pantomima, vamos. Debemos llegar al palacio esta misma noche.

—Estoy en ello, maldita sea —respondió el otro, delgado y de rostro afilado, mientras desabrochaba la hebilla de un brazal—. ¡Agh, estúpidos adornos!

En ese momento, los pasos suaves sobre las piedras del aspirante que los observaba rompieron el silencio que creían tener de su lado.

—Anda, ¿es una especie de fiesta secreta de disfraces y no he sido invitado?

Ambos se giraron, poniéndose tensos. Frente a ellos, a unos metros de distancia, Haru se apoyaba con una rodilla en el suelo, el rostro oculto bajo su gran sombrero de paja. Recogió con rapidez una katana que pertenecía a uno de los centinelas caídos y la elevó con desparpajo para apoyarla sobre un hombro mientras los miraba con una sonrisa curiosa.

—¿Quién eres tú? —gruñó el hombre corpulento, irguiéndose con la armadura a medio abrochar.

—Solo alguien con buen oído y algo de curiosidad —respondió Haru, meneando la katana como si fuera un juguete—. ¿Y vosotros qué, amigos? ¿Fiesta de intercambio de uniformes?

La pareja se miró en las sombras.

—Creo que el gong ya ha sonado y deberíais estar durmiendo con el resto de nosotros —volvió a intervenir el muchacho al ver su falta de iniciativa—. Oh, disculpad, tal vez no escucháis bien...

El delgado, ahora con la coraza y las hombreras de soldado imperial puestas, entrecerró los ojos y avanzó un paso.

—Esto no te concierne, chico. Lárgate si no quieres problemas.

Haru ladeó la cabeza, como si estuviera considerando la propuesta, y esbozó una sonrisa.

—Humm... No, creo que no. Puesto que vosotros ya os habéis convertido en mi problema, ¿no creéis?

Sin más advertencia, el corpulento se abalanzó sobre él con un gruñido, blandiendo una daga alargada. Haru reaccionó al instante, reconociéndolo como el más peligroso de sus dos contrincantes. Con un giro rápido de su arma, bloqueó el ataque, desviándolo hacia un

lado, y de un movimiento fluido cortó la única fijación que había conseguido anclarse al pecho. Logró desestabilizarlo y hacerle chocar contra un árbol cercano. La daga cayó al suelo con un ruido seco y el rostro del hombre se contrajo.

El delgado intentó atacar por el otro lado, pero Haru deslizó la katana en un arco rápido, obligándolo a retroceder para evitar ser golpeado.

—¿Sabéis? No soy muy fan de la violencia. Pero si vais a insistir...

Con una agilidad sorprendente, Haru evitó un puñetazo y se lanzó hacia el que creía que era una amenaza menor. Antes de que este pudiera reaccionar, lo desarmó con un golpe de su codo en el antebrazo y, aprovechando el impulso, con un barrido de su pie lo hizo caer al suelo. No se equivocaba, era el más débil de los dos. Haru se movía como un contorsionista de circo en plena actuación, con una facilidad que espantaba. Lo más impresionante era que su sombrero no se meneaba de su cabeza ni cuando rodaba por el suelo. El corpulento, ya recuperado del golpe, intentó placar con todo su cuerpo, pero Haru giró sobre sí mismo en el aire, lanzando un estacazo con la empuñadura de la katana directamente a su sien. Crac. Aquel sonido le confirmó que había dado en el blanco, en uno de los puntos de presión clave. El objetivo cayó de bruces, inconsciente. Y sin una gota de sangre.

El delgado, jadeando, intentó arrastrarse para contratacar, pero Haru colocó la punta de la katana a milímetros de su cuello y, para evitar otro intento que le hiciera perder el tiempo, aplastó la mano que lo mantenía erguido sobre el suelo con su pie, arrancándole un quejido lamentable.

—Ni se te ocurra moverte, amigo.

Sin esperar un momento más, Haru echó un vistazo en derredor para localizar algún punto de luz; al no verlo, gritó:

—¡Soldados! ¡Intrusos aquí!

Tuvo que gritar un par de veces más hasta que el sonido del gong resonó en la distancia y los soldados llegaron corriendo. Haru se apartó, dejando que los recién llegados se encargaran de los dos hombres.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno de ellos, que parecía más dormido que despierto.

—Estos dos son candidatos a la Guardia Kitsune, como yo. Los vi esta mañana paseando entre los barracones. Atacaron a vuestros compañeros y querían infiltrarse con sus uniformes, o eso es lo que puedo suponer de su conversación —explicó Haru, girando la katana en sus manos antes de entregarla al hombre por el mango en un gesto elegante—. Aunque no se molestaron en hacerlo bien, si os soy sincero. No me ha costado nada reducirlos.

—¿Están muertos? —preguntó el soldado, observando la figura inconsciente en el suelo.

Haru negó con la cabeza.

—Estos inútiles no, pero porque estoy siguiendo la norma de sangre cero. En cambio, de tus compañeros creo que no puedo decir lo mismo.

Los soldados inspeccionaron los cuerpos de los atacantes y, tras asegurarlos con cadenas, los llevaron hacia las instalaciones principales.

Antes de irse, el que parecía estar al frente de aquel escuadrón se volvió hacia Haru.

—Has hecho un buen trabajo, novato. Informaré al general del ejército. Ahora, vuelve a tu barracón.

Haru sonrió con la satisfacción del reconocimiento.

—Claro, pero si no te importa, debo ir al baño primero —se permitió decir.

Sin esperar respuesta, se ajustó el sombrero y siguió su camino, levantando la cabeza con orgullo.

* * *

Una niebla helada rodeaba el patio central del palacio, donde los ahora veinticuatro participantes habían sido convocados a la salida del sol. Los uniformes de los aspirantes resaltaban contra el suelo húmedo por el rocío nocturno, haciéndolos parecer un ejército en formación. La tranquilidad era inalcanzable, pues lo que tenían ante ellos hubiera alterado incluso al más sereno de los guerreros.

En el centro del patio, una plataforma de madera había sido erigida apresuradamente, flanqueada por dos filas de soldados con ballestas cargadas en sus manos, preparados para atravesar el cuerpo de cualquiera que se atreviera a dar un paso en falso. Sobre la tarima, dos figuras encapuchadas estaban arrodilladas, con las manos atadas a la espalda. A su lado, un verdugo con una katana desenvainada aguardaba en reposo, su rostro cubierto por una máscara roja que solo dejaba ver sus ojos y le confería un aspecto aterrador.

Un murmullo inquieto empezó a recorrer el grupo de participantes cuando la luz del alba les permitió distinguir que los condenados llevaban el mismo uniforme que ellos: rojo y negro. El pánico parecía extenderse como una llama en aceite.

Un golpe seco resonó en el patio, acallando los murmullos y sobresaltando a Suki. Noboru, con su bastón en alto, avanzó hacia el frente de la tarima. Pronto aprenderían, como había hecho ella, que aquel bastón tenía una autoridad mayor que la de cualquier persona. La kitsune se encontraba tras él, como un faro en la penumbra, arrebujada en un kimono violeta que resaltaba su largo cabello

blanco, ondeando al viento como una bandera de luto. Aunque mantenía la compostura, sus ojos evitaban mirar directamente a los condenados. Sentía cómo las miradas se desviaban hacia ella, pues era la primera vez que los aspirantes veían a aquella por quien estaban dispuestos a dar su vida.

—Todos estáis aquí por una razón —comenzó Noboru, dando unos pasos hacia delante—. Para demostrar que sois dignos de proteger a la kitsune heredera.

El monje se quedó frente a la tarima y señaló a las dos figuras arrodilladas con un movimiento lento.

—Estos hombres, hasta ayer vuestros compañeros, participantes en las pruebas para ascender junto a la kitsune y proteger al Imperio, son miembros de la Orden de la Purga —gritó al tiempo que se acercaba a ellos. Con un fino cuchillo que sacó de sus ropajes, abrió una raja en el pantalón de uno de los condenados, revelando el tatuaje en forma de sol ardiente en lo alto de su muslo —. Atacaron a dos centinelas para intentar infiltrarse en el palacio.

Los aspirantes intercambiaron miradas nerviosas.

—El Imperio no tolerará traiciones ni amenazas contra su futura kitsune —continuó, con un tono aún más frío—. Aquellos que desafíen la seguridad de Suki, la única esperanza del Imperio, tendrán el mismo destino que estos hombres.

Suki vio cómo, con un gesto apenas perceptible, su tío indicaba al verdugo que comenzara. No hubo cortesía, ni una leve espera que precediera una posible salvación. Ni siquiera unas palabras de despedida.

El acero cortando el aire fue como un aleteo, rápido e inevitable. Pero el sonido que más impactó a la joven fue el de las cabezas de los dos infiltrados cayendo al suelo y rodando hasta deslizarse fuera de la plataforma. Sus cuerpos inertes se desplomaron poco después

como marionetas rotas. Algunos participantes desviaron la mirada, otros cerraron los ojos, pero ninguno dijo nada.

—Esto es un recordatorio para todos vosotros —dijo Noboru con calma, aunque sus ojos parecían perforar a cada uno de los candidatos—. Estáis aquí para proteger a la kitsune, para servir al Imperio. Estos hombres no tendrán un entierro, sus almas no trascenderán y se quedarán atrapados en este mundo. Vagando durante toda la eternidad. Correréis la misma suerte si vemos el mínimo indicio de traición. Este será el primer y el último recordatorio.

Desde su lugar, Suki bajó la cabeza, afectada. Aunque intentaba mantener la compostura, sabía que el temblor en sus manos sería evidente para cualquiera que la observara con detenimiento.

El aire en el patio parecía haberse vuelto más denso. La joven pudo distinguir cómo algunos participantes tragaron saliva con dificultad mientras los murmullos comenzaban a surgir entre ellos como una melodía de pánico. Entonces, tres figuras se movieron casi a la vez. Un hombre de complexión robusta, una joven samurái que apenas parecía haber cruzado la mayoría de edad y otro muchacho de mirada esquiva.

—No puedo hacer esto —murmuró el hombre robusto, sacudiendo la cabeza.

A su lado, la joven tembló al hablar.

—Es demasiado... Yo... No pu-puedo... —tartamudeó entre susurros.

El tercero no pronunció palabra, su cuerpo lo dijo todo: sus pies se deslizaron instintivamente hacia atrás, alejándolo de la escena, del juramento, del destino que ya no quería.

Los soldados avanzaron sin titubeos.

—¡No! ¡Soltadme! —rugió el hombre de espalda ancha, forcejeando.

—La vacilación es una ofensa para el Imperio —sentenció la voz firme de Noboru, sin emoción—. Quien cruza las puertas de palacio para competir por un puesto en la guardia solo puede salir con honores... o sin vida.

Desde las almenas, tres flechas descendieron como juicios inapelables. Tres impactos certeros en los cuellos de los desertores.

Un gemido ahogado. Un instante de parálisis. Y luego, el silencio.

Tres menos.

Suki sintió su estómago encogerse mientras un frío punzante ascendía por su columna.

Ningún otro aspirante se movió. Algunos cerraron los ojos, como si pudieran obviar lo que acababan de presenciar. Otros apenas ocultaron una sonrisa satisfecha: menos participantes significaban mejores probabilidades de éxito.

Los guardas arrastraron los cuerpos fuera del patio dejando líneas de sangre sobre la arena. Suki, incapaz de presenciarlo, miró a Noboru con el ceño fruncido, la indignación ardiendo en su pecho.

—Esto es horrible... —murmuró incrédula—. Tío, no es justo.

Él no apartó la vista del patio.

—No apeles a la justicia. Vinieron sabiendo lo que arriesgaban —dijo, agarrando la mano de su sobrina, sin el más mínimo rastro de duda en su tono—. Esta es la ley y siempre ha sido así.

—¡Participantes! —Ota alzó la voz—. Confío en que no será necesario repetir la lección. Todos sabéis a lo que os presentáis, así que actuad en consecuencia.

Dejó unos segundos para que se recompusieran, segundos que también aprovechó Suki para serenarse.

—Por otro lado —continuó con un tono más sosegado—, debemos agradecer a uno de vosotros su labor al descubrir y frustrar el ataque de anoche.

Suki, que ya estaba informada sobre quién era esa persona, observaba su reacción desde lo alto de la tarima, viendo como el resto de los posibles miembros de su Guardia Kitsune se preguntaban quién habría sido.

—¡Haru! —llamó Ota.

Las miradas se dirigieron hacia el chico del sombrero, que estaba quieto y mirando a su alrededor, como si no entendiera lo que ocurría.

—Yo —dijo casi como una pregunta, señalándose a sí mismo con la consternación aún impresa en su cara.

—¿Él? —preguntó como un eco Sogo, incrédulo.

—Gracias a tu habilidad y honor, logramos capturar a estos infiltrados antes de que causaran más daño —lo alabó Ota—. Has demostrado tener el espíritu de un verdadero guardián kitsune.

Unos pocos aplausos tímidos comenzaron a escucharse entre los participantes. Algunos se acercaron a Haru para felicitarlo, transformando el ambiente gélido en uno un poco más cálido.

Suki se dio la vuelta para regresar a la seguridad de la segunda muralla, desde donde podía ver cómo los elogios a Haru por parte del grupo continuaban. Una sonrisa relajada había aparecido en su rostro, y era un auténtico contraste con la tensión previa y la sangre que aún adornaba el suelo. Por un momento, sintió curiosidad por aquel joven que parecía tomarse todo con tanta ligereza. Sin embargo, su mirada pronto se desvió hacia otra figura.

Un chico alto y enigmático. Ryuu, o al menos eso dejaban entrever los caracteres de su uniforme negro que podía atisbar desde lejos.

Se mantenía a unos pasos de distancia, observando a los demás con una quietud casi inquietante. Su coleta azabache, recogida con precisión sobre su cabeza, parecía tan inamovible como él. Había algo en su postura, en su presencia, que le confería un aire de aislamiento deliberado, como si el bullicio a su alrededor no le concerniera en absoluto.

Pero lo que más le inquietó a Suki fue su mirada.

No era juicio. No era curiosidad. Tampoco era simple indiferencia. Era algo más profundo, algo que no alcanzaba a descifrar, y esa incertidumbre la descolocó. Tal vez era la mano en la empuñadura de su arma, la forma de observar sin participar. O quizá la sensación de que sabía más de lo que dejaba ver.

Sin previo aviso, él alzó la vista.

Suki sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Como si hubiese percibido su escrutinio, sus ojos se encontraron. No hubo palabras, solo aquella intensidad muda que la dejó sin aliento.

Durante un instante, sus latidos parecieron detenerse, como si su propio cuerpo esperara algo. Un aviso. Una advertencia.

Miedo. No un miedo común, sino algo más primitivo, más confuso. El temor a lo desconocido. A la certeza de que las personas que estaban ahí, para luchar por ella, para protegerla, también podían ocultar cosas. También podían ser peligrosas.

Pero ese miedo no llegó solo. La emoción lo acompañó.

Suki apartó la mirada de golpe. Su corazón retomó su ritmo con fuerza justo cuando Ryuu giró sobre sus talones y desapareció en dirección a los barracones.

Decenas de pensamientos la asaltaron.

«¿Habría sentido mi abuela este desconcierto cuando estuvo en mi lugar? Seguro que sí. Seguro que también temió no saber en quién

confiar. Ojalá estuviera aquí... Ojalá hubiera podido hablar con ella alguna vez. Si no se hubiera ido cuando yo apenas tenía unos meses, ahora tendría una guía mucho más cercana, mucho más real. Podría decirme qué hacer, a quién elegir. Tal vez entonces no sentiría este vacío».

Apretó sus párpados, tratando de sacudirse la sensación de encima. Toda la escena había sido como un jarro de agua fría. Un recordatorio punzante de que la confianza debe ofrecerse con cuidado, pues en las manos equivocadas se puede convertir en un arma.

5



–Entonces, ¿qué pasó después? —preguntó Aoi con ojos grandes y brillantes, masticando un triángulo de arroz envuelto en algas.

A las chicas les gustaba madrugar para pasar un ratito con Suki, así que el sol apenas trepaba sobre los tejados del palacio cuando se sentaron en el tatami de la habitación. La kitsune sonrió con ternura sosteniendo un cuenco humeante de sopa de miso frente a ella.

—Pues... llegaron todos los participantes, claro. Algunos parecían bastante impresionantes a primera vista —dijo Suki, haciendo un gesto amplio con las manos—. Noboru se puso muy serio y, bueno...

La joven tomó los palillos y los giró entre los dedos, reflexionando un momento antes de seguir. No quería revelar detalles escabrosos a su inocente hermanita.

—¿Qué? —insistió Aoi con curiosidad.

—Descubrieron a dos infiltrados entre ellos.

La niña abrió los ojos como platos, incorporándose levemente para apoyar las rodillas sobre el suelo y acercarse más a Suki, instándola a seguir.

—Intentaron causar problemas, pero el ejército del palacio se encargó de todo antes de que ocurriera algo grave —aseguró la kitsune, y decidió omitir el suceso posterior—. Lo mejor de todo es que los atraparon gracias a uno de los participantes, uno que lleva un sombrero de paja sobre sus rizos.

—¡Hala! Ese seguro que formará parte de tu guardia, ¿verdad? ¿Y cómo son los demás? —siguió Aoi, ladeando la cabeza.

—Pude ver que uno llevaba la cabeza tatuada con unas espinas; daba miedo, pero era impresionante. Ah, hay un par de chicas que parecen muy fuertes y... Bueno, también estaba un chico que parecía bastante... serio. Con un pelo negro intenso, y una espada enorme. Se encontraba apartado de los demás. —Suki dejó que su voz se desvaneciera mientras tomaba un sorbo de su sopa humeante.

Lili, que había escuchado todo con una sonrisa divertida, no dejó pasar la oportunidad. Con una mirada traviesa, le dio un codazo a la joven.

—Uy, uy..., ¿un chico misterioso? —canturreó con picardía—. ¿Y qué tal el de los tatuajes? ¿Es guapo? Podría acompañarte mañana a la prueba y hacer una evaluación muy detallada.

Suki bufó ante el descaro de su amiga.

—¡No digas tonterías! —replicó, sacudiendo la cabeza—. Lo importante es que sean leales.

Lili soltó una risita. Adoraba hablar de chicos. De hecho, Suki sabía que tenía dos amantes entre los trabajadores del palacio; siempre decía que la vida era demasiado corta como para no disfrutarla.

—Oh, claro, claro... —murmuró, poniendo los ojos en blanco con exageración—. Pero si además de leales alegran la vista, pues mejor, ¿no?

Aoi, ajena al juego entre ambas, miró a Suki con inocencia.

—¿Y crees que esos dos van a ser parte de tu guardia? —preguntó mientras tomaba una cucharada de sopa y la miraba de reojo.

—No lo sé. Es demasiado pronto para decirlo, bichito —respondió su hermana.

—¿Crees que verás *koyais* en el monte, Suki? —siguió con sus preguntas, interesada.

—¡Se dice yokais, Aoi! —exclamó con una carcajada—. Y claro que sí, pero eres muy pequeña para saber cosas sobre demonios.

La niña se puso de pie con las manos en la cintura y la espalda tan recta como pudo.

—Eso es mentira, ¡tengo siete años y sé lo que son los *koyais*!

—¿Ah, sí? —intervino Lili alzando una ceja—. A ver, ¿y qué son, listilla?

—Son demonios malos malosos —anunció orgullosa, volviendo sobre su esterilla como si hubiera ganado la batalla.

Suki dejó escapar un suspiro teatral mientras sonreía.

—Bueno, solo has acertado en lo de que son demonios —respondió sonriendo con paciencia, tratando de buscar la manera para que entendiese lo que eran estas criaturas nacidas del resentimiento, la venganza y el caos—. Escucha, bichito, los yokais no son solo malos o buenos. Su espíritu tiene parte de divino y parte demoníaco. Dependiendo de qué abunde más en su interior, pueden incluso servir a los humanos si con ello obtienen un propósito, pues es lo que anhelan al ser almas atormentadas.

—A-tor-men-ta-das... —repitió la niña con un dedo en alto—. Ajá, con tormentas.

Otro coro de risas inundó la habitación.

—Eso es —concedió su hermana—. Además, en el palacio hay unos pocos. De los que son inofensivos, claro. ¿Recuerdas las linternas de papel del área de entrenamiento? Esas que vemos parpadeando casi todas las noches.

—¡Sí! No entiendo por qué las dejan encendidas.

—¡No son lámparas normales! Y tampoco las dejan encendidas. Son Chōchin-obake. Se encienden y se apagan cuando quieren, y he oído entre los soldados que tienen una lengua larga y pegajosa.

—¡Agggh, qué ascoooo! —exclamó la niña torciendo el gesto, pero recobrando de pronto su curiosidad—. ¿Podemos ir a verlas?

—Seguro que podemos ir pronto, bichito; eso si no tienes miedo... —aseguró Suki, y luego, cambiando de tema, dejó el cuenco a un lado y se giró hacia ambas con tono serio—. Necesito pediros que me hagáis un favor.

Lili dejó de mordisquear un trozo de fruta y arqueó una ceja.

—Eso suena importante.

—Lo es —admitió Suki—. De todo para lo que tengo que prepararme, lo que más me inquieta es mi transformación en kitsune. Sé que se supone que pasará naturalmente cuando llegue el momento, que es algo que forma parte de mí..., pero ¿y si no lo hago bien? ¿Y si fracaso?

Aoi miró a su hermana con confianza.

—Serás la mejor kitsune y tendrás una cola blanca y suave.

—Y Noboru te está preparando, ¿no? —reafirmó Lili.

Suki suspiró y asintió, aunque su expresión seguía llena de dudas.

—Sí, pero él nunca ha pasado por esto. Siempre ha sido otra kitsune quien guiaba a la siguiente generación. Sin mi abuela, no tengo a nadie que me enseñe realmente qué esperar, cómo sentirlo...

Apretó los labios, notando un nudo de frustración en la garganta.

—Y lo peor es que hasta ahora ni siquiera me había permitido el tiempo de preocuparme por esto. Entre las lecciones, las oraciones, los entrenamientos nocturnos y ahora las pruebas de los guardias, apenas tengo un respiro. Debería haber investigado antes... Y ahora este miedo ha aparecido de repente, y no sé cómo quitármelo de encima.

Lili la miró en silencio unos segundos antes de chasquear la lengua.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—Tal vez podáis ir a los archivos y buscar información. Libros, pergaminos, lo que sea que hable sobre la transformación kitsune. Algo tiene que haber en los registros antiguos del palacio. Mi abuela, o incluso mi tatarabuela, pudieron dejar constancia de algo... No puedo depender solo de lo que me digan los monjes o de lo que debería pasarme. Sé que debería hacerlo yo, pero entre lecciones, entrenamientos nocturnos y oraciones, no me queda tiempo ni para respirar.

Lili intercambió una mirada con Aoi antes de sonreír con diversión.

—Bueno, eso es fácil. Conozco a alguien en el archivo —aseguró guiñando un ojo—. Encontraremos algo. Y con la irresistible carita de Aoi, conseguiremos cualquier cosa.

—Así es, soy irresistible —afirmó la pequeña con orgullo, levantando la barbilla y riendo.

Suki dejó escapar una carcajada a coro con la de su hermana.

Una llamada a la puerta interrumpió la conversación. La risa de Aoi se apagó mientras Lili se apresuraba a abrir. Al otro lado, un soldado de aspecto severo hizo una reverencia.

—Alteza —dijo mirando a Suki—. Es hora de que os preparéis. La primera prueba se llevará a cabo a la hora del Caballo en la muralla

Ni.

Ella asintió con serenidad y elevó la voz para que la escuchara.

—Estaré lista enseguida, puedes retirarte.

Cuando el soldado se fue, Lili cerró la puerta y regresó con paso rápido.

—Muy bien, Suki, manos a la obra. No puedes presentarte así —dijo, señalando el cabello suelto de su amiga—. Si hace viento, terminarás pareciendo un *koyai*, como dice Aoi.

—Se dice yokai, Lili —protestó la niña—. ¡Jum! ¿Ves como sé más que tú?

—Toda una experta —dijo Suki abrazando a su hermana.

—Haremos una trenza y la recogeremos en un moño —sugirió Lili, tomando el peine de la mesita cercana—. Así no se te soltará ni un mechón.

Las dos ayudaron a Suki a arreglarse. Lili movía sus manos con precisión mientras Aoi sujetaba los mechones con delicadeza. El resultado final era impecable: un moño trenzado que hacía resaltar las facciones de la joven y le daba un aire de elegancia sin dejar de lado la practicidad. Parecía una corona blanca y reluciente, adornado con dos horquillas del mismo color que su kimono.

Suki sonrió levemente, observando su reflejo en el espejo. Con un último vistazo a sus dos cómplices, se levantó del tatami y salió de la habitación hacia el recibidor, desde donde sería escoltada hacia la muralla Ni.

* * *

La segunda muralla del palacio era aún más alta que la anterior. Sus paredes de piedra oscura coronadas con tejas curvas eran como la columna vertebral de una bestia dormida, cargando con siglos de

secretos. Tres murallas rodeaban el palacio: San, Ni e Ichi —tres, dos y uno—, fácil de recordar. Y hasta el día anterior, Suki no había salido nunca más allá de la muralla Ichi, la más cercana al palacio, solo la había visto desde lo alto del templo; por esa razón se sorprendió tanto al llegar bajo el enorme *torii* rojo de madera que custodiaba el jardín interior. Sus columnas estaban decoradas con grabados de dragones enroscados en troncos de cerezos, como el de la profecía. Un muro de abeto bloqueaba la entrada a aquel espacio conocido por su belleza engañosa y por los yokais que estaban condenados a vivir en su interior. El viento matutino transportaba el leve aroma de pinos y flores frescas, mezclado con el incienso quemado en los braseros encendidos a derecha e izquierda del acceso.

El nuevo día había traído consigo la sorpresa de dos nuevas bajas entre los participantes. Suki no quiso preguntar para no conocer los detalles escabrosos, ya que era obvio en qué había acabado. Quedaban así diecinueve hombres y mujeres que ya se encontraban alineados en dos filas frente a los soldados y monjes que escoltaban a Noboru, Ota y Sora. El jardín a su izquierda, la muralla San a lo lejos tras ellos y la muralla Ni frente a sus ojos. Nadie hablaba, pero las respiraciones contenidas y el leve repiqueteo de armas al moverse dejaban entrever la inquietud por la espera de las instrucciones para dar comienzo a su primera prueba.

Las armaduras de los caballos sobre los que montaban los soldados reflejaban la luz del sol, mientras los estandartes ondeaban con elegancia en las almenas. Cada enseña señalaba los reinos que formaban el Imperio. Desde Kori, las gélidas montañas heladas, hasta Suna, los inmensos desiertos del sudoeste. Regiones de las que provenían algunos de los aspirantes a Guardia Kitsune.

Noboru, junto al cabeza del ejército, Ota, se hizo notar. Con su bastón firmemente en la mano, golpeó el suelo para captar la atención del grupo, así como la de Suki.

—Bienvenidos a la primera prueba —dijo elevando la voz—. Hoy demostraréis si sois capaces de superar el primer obstáculo en vuestro camino hacia la Guardia Kitsune.

Con un paso al frente, Ota cruzó los brazos sobre su pecho ancho. Su armadura crujió con el movimiento. Recorría la fila de novatos con una mirada que parecía evaluar a cada uno de ellos.

—El jardín que tenéis frente a vosotros no es lo que parece —dijo el general, señalando las puertas de abeto—. No es solo un espacio de belleza y serenidad: es un laberinto, y, como todo laberinto, contiene trampas, un foso y... habitantes poco amistosos. Son yokais menores, y la mayoría no busca vuestra muerte directamente. Tienen la capacidad de alterar vuestros sentidos, haceros dudar y distraeros del camino. Tampoco os confiéis, hay veces que el peor enemigo habita dentro de uno mismo...

Algunas miradas nerviosas recorrieron la fila. Suki distinguió cómo Haru se llevaba la mano a su sombrero con un gesto inconsciente mientras los mellizos se asentían uno al otro con confianza.

—Tendréis tres horas para cruzar el jardín. Entraréis por el *torii* rojo y recorreréis el laberinto alrededor de la muralla Ni —continuó Noboru, mirando a los participantes con frialdad y señalando al otro lado del patio—. La salida es aquella que veis allí, el *torii* dorado, donde os esperaremos. Aquellos que no hayan salido antes de que el gong suene, serán eliminados de la competencia.

El jardín formaba un semicírculo, o un semicuadrado, más bien, lo que les proporcionaba a los participantes una pista de cómo hallar la salida. Y, por supuesto, los colores del Imperio siempre presentes: rojo en la entrada, representando la sangre de la humanidad, dorado

en la salida, como imagen de la conexión divina. Todo por lo que vivían. El éxito siempre se pintaba en el color del oro, y, ahora, era a lo único a lo que aspiraban.

—La norma de sangre cero queda anulada dentro de las fronteras del jardín, por eso no solo debéis temer a los posibles demonios que se puedan interponer en vuestro camino, sino a vuestros propios compañeros —advirtió Ota—. Aunque debemos recordaros la importancia del trabajo en equipo para pertenecer a la Guardia Kitsune. Cada decisión será evaluada; si atacáis a vuestros compañeros, se tendrá en cuenta. Salir indemne y a tiempo no os asegura una plaza, pero no salir os descalificará de inmediato.

«Oh, maravilloso —saltó aquella voz ronca que solo uno de los samuráis podía escuchar—. Esto me gusta».

—Id con cuidado, pues si alguien fallece en el interior, su cuerpo no será recuperado y su espíritu pertenecerá al jardín. Confiad en vuestras armas elegidas o tomad una del baúl a la entrada. Vuestras vidas pueden depender de ello.

«Vigila al tal Sogo, tiene pinta de ser de los que atacan por la espalda. Y ese monje... —Volvió a hablar la voz interior de Ryuu—. Es el líder espiritual, el tío de la kitsune y el regente del Imperio, ¿no? Con ese rol tan complejo tal vez convenga prestar especial atención a sus movimientos».

La desconfianza era un arma de doble filo, pero rara vez se equivocaba esa voz en sus percepciones, así que sería conveniente observar con mayor cuidado.

La concentración de todos se desvió de pronto hacia un movimiento en la entrada del jardín. La figura de Suki surgió envuelta en un kimono compuesto por telas rojas y blancas superpuestas que la hacía destacar frente la inmensa pared verde. Desfilaba en el mismo color que la estructura del *torii* sobre ella.

Estaba nerviosa, poco acostumbrada a hablar en público, y mucho menos ante gente que no conocía. Veía potencial en ellos, pero también tenía miedo de posibles traiciones teniendo en cuenta los días anteriores.

Como todo en el palacio, los colores elegidos y su manera de presentarse ante ellos, casi como una igual, estaban cargados de significado.

—Quiero agradeceros vuestra presencia —dijo, adelantándose a la posición de su tío. Su voz fue demasiado baja, pero rectificó enseguida subiendo el tono—. Estáis a punto de enfrentaros a la primera prueba, y sé que no será fácil, pero no dudo de vuestra valentía. El hecho de presentarse aquí ya supone un gran logro. Sabéis que el Imperio depende de cuatro de vosotros. Yo... dependo de vosotros.

—La kitsune os explicará parte de la profecía en su oración —indicó Noboru, situándose junto a su sobrina—. Es importante que la comprendáis, aunque todos la conozcáis ya.

Suki cerró los ojos un instante y tomó aire. Las oraciones se recitaban, pero la kitsune las debía cantar. Cada nota entonada llevaba consigo el peso de generaciones, el eco de todas las kitsune que habían elevado su voz al cielo antes que ella.

Con un tono sereno, dejó que la melodía fluyera:

Cuatro almas valientes, un solo destino,
junto a la kitsune cruzarán el camino.
El torii primero abrirá su sendero,
y el monte Tenjou aguardará severo.
Cuatro guerreros en prueba forjados,
con llaves sagradas por dioses guiados.
Los templos ocultos su juicio darán,
y el yokai dormido la puerta abrirá.

Cinco almas, la senda cumplida,
cinco llaves, unidas en vida.
Solo así, con fe y voluntad,
el torii final se abrirá al pasar.

Las últimas notas se desvanecieron en el aire, dejando un ambiente solemne tras ellas. Suki hizo una pausa, valorando la reacción de los presentes. Uno de ellos llevó su mano al pecho, visiblemente emocionado.

—Confío en que entendáis la importancia de la profecía y en que atraveséis este jardín con la misma valentía que os trajo hasta aquí. Que la suerte camine a vuestro lado y afile vuestras armas.

Todos hicieron una reverencia profunda en señal de respeto, y Suki caminó unos pasos hasta situarse frente al muchacho del sombrero de paja.

—Quiero agradecerte personalmente tu hazaña del otro día —dijo con timidez—. No solo arriesgaste tu vida, sino que lo hiciste cumpliendo las normas.

Haru, claramente sorprendido, dio un paso adelante y la miró con atención. Ese movimiento hizo que Sora, constantemente alerta, se situase al lado de Suki.

—No es necesario, alteza. Solo hice lo que cualquiera habría hecho.

Suki negó con la cabeza, manteniendo la seriedad.

—Aun así, quiero entregarte algo que podría ayudarte en las pruebas.

De entre los pliegues de su kimono, sacó una pequeña pulsera de cuentas con un colgante de piedra pulida en forma de medialuna, brillante como la misma luz que el astro refleja.

—Es un amuleto de protección, tallado en jade lunar, el material con el que se forjan las llaves que he mencionado en la oración —

explicó—. Lleva mi energía. Quizá te dé suerte... o, al menos, confianza.

Tras murmurar un agradecimiento que parecía sincero, Haru regresó al grupo de participantes, acariciando el amuleto como si ya le ofreciera un extraño consuelo.

Suki se fijó en que Ryuu, como siempre, permanecía inmóvil, pero sus ojos parecían bastante atentos al amuleto.

Con un gesto de Ota, las puertas de abeto se abrieron lentamente, revelando la entrada al jardín. Un aroma a tierra húmeda y flores invadió el aire, junto con un susurro de hojas a modo de saludo inquietante.

—La prueba da comienzo en este instante —ordenó el general al tiempo que un monje hacía resonar el gong—. Entrad y recordad: tres horas.

Decenas de centinelas vigilaban desde lo alto de las murallas cuando los participantes avanzaron, temerosos, hacia su primer reto. Haru fue de los primeros, moviéndose con un paso ligero que probablemente reflejaba más confianza de la que sentía. El pelotón avanzó poco después. A Suki la embargaba la emoción por lo que podría suceder mientras admiraba las actitudes del resto de los guerreros que cruzaban el umbral con cautela. Algunos se detenían a examinar las armas disponibles, otros accedían sin perder más tiempo.

El último en acercarse a la entrada fue Ryuu, quien, antes de continuar, se detuvo por un segundo y giró la cabeza hacia la entrada. Suki no supo decir si la miraba a ella, pero un cosquilleo recorrió sus terminaciones nerviosas. Un mechón cayó sobre los ojos oscuros del chico, y acto seguido bajó la vista, se colocó la capucha e hizo una reverencia respetuosa. Sin decir una palabra, cruzó la puerta, desapareciendo entre las sombras del laberinto.

Suki permaneció con la mirada en la entrada, inmóvil, envuelta en el susurro de las ramas replegándose entre sí, consciente de que el destino de cada miembro de su futura guardia estaba a punto de escribirse. El hormigueo en las yemas de sus dedos continuó durante unos minutos.

* * *

La exuberante vegetación y los senderos entrelazados rodeaban a los aspirantes. El sonido del metal al colocarse las armas fue interrumpido con la propuesta de Haru.

—Bueno, ¿y qué tal si dejamos los egos a un lado y trabajamos juntos? —propuso, ajustándose el sombrero una vez más, una manía que, estaba seguro, todos habían empezado a notar—. Escuchad, este lugar está diseñado para hacernos fallar. Pero si nos apoyamos unos a otros, seguro que podemos salir de aquí todos y enteros.

Los demás intercambiaron miradas dubitativas. Kaito, el hombre de los tatuajes y el pelo rapado, soltó una risa seca desde el borde del grupo.

—¿Trabajar juntos? ¿Y eso en qué nos beneficia si solo se necesitan cuatro miembros en la Guardia Kitsune? —soltó con desdén—. Muy bonita tu visión de la vida, pero no estamos aquí para cantar canciones de amistad. Estamos compitiendo.

—Me pregunto por qué no podríamos ser todos guardias kitsune..., por si alguno fallase en la misión. Es absurdo que solo elijan a cuatro pudiendo ser veinte —dijo otro hombre que portaba una lanza a la espalda, quizá el mayor de todos ellos. Su kimono llevaba bordado el apellido «Kazo».

—¿Tú no has escuchado la profecía? —preguntó Azumi, atónita—. Creía que en todas las aldeas se estudiaba cada verso...

—No todos hemos tenido el privilegio de perder el tiempo en templos y escuelas, querida —respondió con un deje de burla—. Algunos hemos estado ocupados aprendiendo a pelear.

Riku, que ya lo observaba con recelo, entrecerró los ojos y avanzó un paso.

—Cuidado con cómo hablas —advirtió—. No es culpa nuestra si vienes a competir sin entender ni lo más básico.

Kazo giró la cabeza lentamente hacia él. Su sonrisa se ensanchó, aunque seguía sin haber rastro de amabilidad en ella.

—Vaya, qué protector. Qué conmovedor ver cuánto cuidas a tu hermana. Me intriga si los mellizos van a pelear en equipo... o si al final solo quedará uno de los dos.

Al notar cómo el ambiente se cargaba de electricidad, Haru suspiró y se interpuso entre ambos antes de que la discusión fuera a más.

—A ver, chicos... Es más fácil explicarlo que recriminarlo. —Se giró hacia Kazo con un gesto relajado—. La kitsune acaba de cantar el verso: si los elegidos no son exactamente cuatro al cruzar el *torii* que da inicio al ascenso, los yokais custodios no son llamados a sus templos y no entregan sus llaves. Sin esas llaves, no se puede abrir el quinto cielo. Así de simple.

Kazo asintió frunciendo los labios y Haru alzó las cejas y se volvió hacia los gemelos.

—Ahora que está claro, tal vez podamos dejar las puñaladas verbales para después. Porque, por si nadie se ha dado cuenta..., estamos rodeados de trampas y yokais que pueden jugarnos malas pasadas en cualquier momento. Así que vuelvo a proponer que colaboremos para salir del laberinto. No significa que tengamos que ser mejores amigos ni que vayamos a tomarnos el té después de esto —sonrió de lado—, pero si alguien vigila tu espalda mientras tú

vigilas la de otro, todos tendremos más posibilidades de llegar al final.

El silencio que siguió fue distinto al anterior. Esta vez no era duda, sino consideración.

Kaito avanzó un par de pasos, imitando la sonrisa de Haru, y un murmullo incómodo recorrió el grupo.

—¿Y qué pasa si la persona a la que vigilo es demasiado lenta? ¿O si me arrastra con su incompetencia? No pienso arriesgar mi oportunidad por nadie. —Kaito se dio la vuelta, encaminándose a uno de los senderos mientras hablaba—. ¡Deberías ver más allá de ese sombrerito, guaperas!

Las sombras del jardín se lo tragaron.

—Bueno, pues ya hemos conocido al más amigable del grupo —comentó Haru, recuperando la sonrisa—. ¿Alguien más quiere irse por su cuenta?

Mei se movió, con su cabello recogido en una esfera perfecta en lo alto de su cabeza, sostenida con dos palillos puntiagudos que parecían más armas que ornamentos. Sin prisa, pero con precisión, colocó una flecha en su arco, ajustó el carcaj en su espalda con un movimiento fluido y se encaminó hacia otro sendero.

—¿No vas a decir nada, arquera? ¿Ni un «buena suerte»? —bromeó Haru, que ya había notado que el silencio era su lenguaje, mientras la observaba alejarse.

—Buena suerte, guaperas —respondió, complaciente, utilizando irónicamente el apodo que le había puesto Kaito. Sin embargo, no le concedió ni una mirada antes de desaparecer entre los árboles con pasos ágiles y seguros.

El grupo comenzó a fragmentarse aún más. Inspirados por la actitud de Kaito y Mei, otros participantes también decidieron avanzar por su cuenta, cada uno eligiendo un camino diferente. En

cuestión de minutos, Haru se encontró con un grupo reducido de seis personas: los gemelos Azumi y Riku, el engreído Sogo, Kazo y dos guerreros más cuyo entusiasmo parecía haber disminuido después del discurso de Noboru.

Haru suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, creo que esto nos hace oficialmente el equipo optimista —dijo, mirando a los que quedaban—. ¿Alguien tiene experiencia saliendo de laberintos? ¿No? Genial, aprenderemos sobre la marcha.

—Que quede claro —interrumpió Sogo, con su trenza enrollada alrededor de la cabeza, fijada con pasadores, y los puños apretando su arma—. Si me quedo contigo es por el amuleto de la kitsune, no porque necesite tu ayuda. No creo que tu idea de equipo vaya a funcionar.

—Vaya, qué esperanzador. —Haru se le acercó y añadió, bajando la voz como si compartiera un secreto—: Pero, tranquilo, si no funciona, podrás echarle la culpa al amuleto...

El comentario arrancó una risa leve de Azumi, mientras su hermano Riku sacudía la cabeza con una mezcla de exasperación y diversión.

Haru había notado que Ryuu observaba la escena desde la distancia, como siempre, con la misma calma que precede a la tormenta. Su figura, envuelta en sombras, parecía parte del paisaje.

—¿Y tú, chico misterioso? —le preguntó Haru, alzando la voz lo suficiente para que lo escuchara—. ¿Vas a unirte al club o prefieres desaparecer como el resto?

Ryuu permaneció callado un momento, sus ojos recorriendo el grupo antes de fijarse en el cabecilla.

—Tan solo estaba presenciando el espectáculo. Pero prefiero ir por mi lado —respondió finalmente, sin sentimiento.

El chico del sombrero perdió la sonrisa momentáneamente.

«Ese amuleto... puede ser útil. ¿No será mejor estar cerca?», gruñó su voz mental. Ryuu entrecerró los ojos, pensativo, pero tenía claro que su camino debía ser solitario.

—Se te olvida llevarte un arma —advirtió Azumi.

—Tengo mi espada, Sangreluna, es suficiente —dijo alzándola con un destello—. Os deseo suerte. La vais a necesitar.

—¡Qué épico el tío! —murmuró Riku dando un codazo a su hermana.

Haru se quedó mirando por un instante cómo se perdía entre el follaje, y volvió a centrarse en los que quedaban. Pero Azumi se adelantó un paso, colocándose las manos en las caderas.

—Bueno, ya que ni le hemos dado nombre a nuestras espadas, ni somos suficientes para formar un escuadrón de caza decente, al menos asegurémonos de no convertirnos en presas, ¿de acuerdo? —dijo con un toque de sarcasmo, siguiendo la estela de Haru—. Vamos, con los ojos abiertos.

El pequeño grupo asintió y, juntos, comenzaron a avanzar por el sendero del centro, el mismo que había seguido Ryuu.

El aire se sentía más denso a medida que se adentraban, y la vegetación, cada vez más cerrada, parecía querer comérselos. Los pasos de los demás participantes ya no se escuchaban; estaban completamente solos.

Fue entonces cuando llegaron a un callejón sin salida. Frente a ellos, un foso profundo, casi imposible de medir con la vista, bloqueaba su avance, y, al frente, la imponente muralla Ni.

—¿Qué demonios hacemos ahora? —preguntó Sogo, dando un paso atrás con un creciente cabreo—. Qué bien comenzamos...

—Quizá podamos volver atrás y tomar otro desvío —sugirió Azumi, aunque su tono no era especialmente seguro.

—¿Regresar? —intervino uno de los guerreros, un hombre joven de cabello corto y manos inquietas—. La última bifurcación la pasamos como hace cinco minutos. Eso nos llevará una eternidad. No tenemos tiempo para rodeos.

—¿Y qué propones, genio? —preguntó Haru, apoyándose en el seto y observando al hombre con una sonrisa sarcástica.

—Saltar. —El guerrero señaló al foso con decisión—. Es... parece agua, ¿no? Pensadlo, si nadamos todo el foso rodeando el muro, daremos la vuelta hasta la salida. Luego solo habrá que trepar de nuevo y fin. Ganaremos tiempo. Es lo más lógico —explicó con gestos exagerados.

—¿Lógico? —replicó Riku, asomándose para examinar la supuesta «agua»—. ¿Desde cuándo un foso en un laberinto encantado y lleno de bichos peligrosos es lógico? Esto... podría ser cualquier cosa salvo agua.

—Exacto —añadió Azumi, con los ojos clavados en la superficie brillante que reflejaba una luz inquietante—. Ni por diez sacos de oro me meto ahí.

—Ni por veinte —confirmó su hermano.

Pero el muchacho no escuchó.

—No voy a quedarme aquí discutiendo... Bah, Kaito tenía toda la razón, ¿sabéis? Ir en equipo es un lastre. Vosotros sois un lastre —dijo. Sin dar tiempo a que alguien pudiera frenarlo, retrocedió unos pasos para tomar impulso y se lanzó al vacío.

—¡No! ¡Espera! —gritó Haru, extendiendo la mano inútilmente.

El chico cayó en picado hacia lo que parecía un líquido cristalino. Por un breve instante, el joven del sombrero tuvo un atisbo de esperanza al verlo sumergirse sin salpicar. Sin embargo, lo que ocurrió después hizo que todos retrocedieran instintivamente.

—Por los dioses... —exhaló Sogo.

El líquido se transformó ante sus ojos. Lo que al principio parecía agua clara y cristalina se tornó de un color verde oscuro, casi negro, con reflejos brillantes que recordaban al aceite derramado. Su superficie empezó a ondular y a agitarse, como si estuviera dotada de vida propia, amenazadora y antinatural. El guerrero emergió con una bocanada, cubierto hasta la cintura. Aunque intentó gritar, la densa sustancia se pegó a su piel y lo envolvió con rapidez, arrastrándolo hacia abajo sin emitir más sonido que el que haría una burbuja al explotar. Sus manos se alzaron, luchando desesperadamente por aferrarse a algo, pero, en cuestión de segundos, fueron engullidas sin dejar rastro.

El grupo quedó paralizado. Nadie dijo nada más, ni siquiera respiraron. El único sonido era el zumbido de los insectos alrededor y el tenue burbujeo del foso, que ahora, con hambre satisfecha, parecía completamente tranquilo y había recuperado su tono turquesa, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué... qué ha sido eso? —murmuró Sogo, retrocediendo otro paso, su voz temblorosa.

—Os lo dije. No era agua. —Riku hablaba en un tono bajo, con el rostro pálido, sin poder apartar la vista del lugar donde su compañero había desaparecido.

—He tenido suficiente. No pienso quedarme aquí para averiguar qué más nos espera —soltó Kazo. Su expresión era de puro terror mientras daba media vuelta—. Prefiero enfrentarme a las consecuencias de salir que terminar como él.

—¿En serio? ¿Y ya está? —preguntó Haru, aunque su tono carecía de la usual confianza. La escena lo había dejado afectado.

—Tú sabes a lo que te enfrentas si te rindes, ¿verdad? —preguntó Azumi—. ¿O eso tampoco te ha quedado claro con los ejemplos de ayer?

—Tengo mujer y dos niñas y no pienso morir aquí por vuestra idea de «trabajo en equipo». Si les imploro que me dejen regresar, tal vez tengan piedad.

—Kazo, te matarán —advirtió Haru, completamente seguro de las consecuencias.

El hombre no respondió. No quería escuchar la verdad, no cuando su mente ya había decidido que huir era la única opción. Era el instinto de supervivencia en su forma más cruda.

Sin más, comenzó a caminar apresuradamente de vuelta por el sendero.

Nadie lo siguió.

Haru dejó escapar un suspiro, pasándose una mano por la nuca.

—En fin..., eso ha sido... educativo —dijo finalmente, en un intento de aliviar la tensión, aunque su sonrisa parecía más forzada que nunca.

Azumi lo miró con seriedad.

—Tenemos que traerlo de vuelta —afirmó, con un tono que no admitía discusión—. Esto no es un juego, Haru.

—Es él o nosotros —contestó el joven, encogiéndose de hombros —. Somos adultos, tomamos nuestras decisiones.

—Pero ¡lo matarán! —insistió la chica, con los ojos encendidos de furia.

—Ya lo sabía cuando decidió irse.

Riku se acercó a su hermana y la rodeó con los brazos, sujetándola con firmeza.

—Azumi, escúchame. Debemos continuar. Debemos cumplir nuestra misión.

Ella bajó la cabeza, pero no respondió.

—Nuestra familia es lo más importante —prosiguió Riku, con más suavidad—. ¿Recuerdas por qué estamos aquí? Esto no es solo por

nosotros. Es por ellos. Por su bienestar, por su futuro.

Azumi respiró hondo, cerrando los ojos un instante.

—De acuerdo. Entonces, ¿tomamos otro camino? —preguntó Haru —. Porque, sinceramente, saltar ya no me parece una gran opción.

Azumi se limitó a asentir. Con un último vistazo al foso, comenzaron a buscar un camino alternativo, moviéndose con más cautela que antes.

6



Mientras el grupo de Haru asimilaba las primeras bajas, a unos cientos de pasos de distancia, Kaito avanzaba con firmeza por un camino que él mismo había decidido forjar. Para el samurái de la cabeza tatuada, la paciencia no era una virtud.

«Malditos senderos inútiles», murmuró para sí mismo la tercera vez que se encontró un seto que bloqueaba el paso, dejándole sin opciones de continuar y obligándole a dar la vuelta.

«No pienso perder tiempo siguiendo los setos y extraviándome en el proceso. Yo haré mi propio camino», se dijo al tiempo que lanzaba un tajo certero con su katana, que desgarró los densos arbustos a su paso. Cada golpe arrancaba hojas y ramas que caían como si fueran insignificantes, pero, para su irritación, los restos parecían cobrar vida, entrelazándose nuevamente para cerrar las aberturas tras él pasados unos segundos, como si el laberinto se resistiera a

ser vencido. Aunque aquello podía considerarse positivo, ya que nadie aprovecharía su esfuerzo para seguir su mismo camino.

Entre los sonidos de las ramas cerrándose a su espalda, escuchó un leve silbido, distinto al que hacía su hoja al cortar el aire. Kaito se detuvo un instante, no porque dudara, sino porque su instinto le decía que ese ruido no provenía de un insecto o un pájaro. Observó a su alrededor, escaneando los árboles cercanos y la sombra que proyectaban los arbustos. Su experiencia en la selva iba a serle útil.

—¿Quién anda ahí? —espetó cuando volvió a escuchar el mismo silbido, pero esta vez más cerca—. Muéstrate, cobarde.

Una figura pequeña y ágil emergió de las sombras y adoptó una postura de ataque. Era un Kamaitachi, una criatura que parecía una mezcla entre una comadreja y una cuchilla personificada. Su cuerpo estaba cubierto de un pelaje gris que darían ganas de acariciar si no estuviera acompañado de aquellas garras afiladas y curvadas como hojas de guadaña. Sus ojos naranjas observaban a Kaito con algo que oscilaba entre el hambre y la burla.

—i¿Esto es lo mejor que tienes, laberinto miserable?! —dijo el samurái con una sonrisa torcida, alzando su katana y colocándose en posición de combate.

El Kamaitachi no respondió, claro, pero su reacción fue inmediata. Para Kaito, sin embargo, aquello no era más que otro reto; había enfrentado jaguares, tigres y algunos yokais en la jungla de la que provenía en las tierras del este. Eso sería un juego más. Con un chillido agudo que cortó el espacio entre ambos, el yokai se lanzó hacia él; sus garras dibujaban arcos peligrosos en el aire. Kaito esquivó el primer ataque con un movimiento rápido hacia un lado y escuchó el silbido de las cuchillas al pasar junto a su mentón.

—Eres rápido, ¿eh? —murmuró, y sacó un puñado de *shuriken* del bolsillo del pantalón—. Veremos si más que yo.

Las estrellas de seis puntas, no más grandes que la palma de su mano, salieron disparadas con destellos metálicos y cortaron el aire en dirección a la criatura. El Kamaitachi, con la agilidad que lo caracterizaba, esquivó los *shuriken*; sus movimientos eran casi demasiado rápidos para seguirlos con la vista. Kaito apretó los dientes mientras se preparaba para el siguiente embate.

La criatura volvió a atacar, esta vez por su flanco izquierdo. Kaito reaccionó a tiempo y alzó su espada justo para bloquear sus garras, pero el impacto fue mayor de lo esperado y la fuerza del Kamaitachi lo hizo retroceder un paso. Un segundo después, un dolor agudo se extendió por su brazo. Una de las garras había alcanzado su antebrazo y había dejado una línea de sangre.

—Hijo de... —gruñó, tensando la mandíbula. Sin embargo, en lugar de retirarse, avanzó hacia la criatura con renovada ferocidad.

Si algo le había enseñado la vida, era que no bastaba con sobrevivir al peligro; debía mirarlo a los ojos... y volverse su igual.

El intercambio fue breve pero intenso. Kaito sabía que no podía empatar con la velocidad del yokai, pues sus poderes demoníacos le otorgaban características sobrehumanas, así que jugó con otros factores. Esperó el momento justo, el instante en que la criatura volviera a abalanzarse sobre él con demasiada confianza. Y cuando lo hizo, Kaito giró sobre su eje, esquivando por un pelo las garras mortales y dejando que la inercia del Kamaitachi y la gravedad lo llevaran directamente al filo de su katana. La hoja entró limpiamente.

El yokai se precipitó al suelo con un chillido ahogado y su cuerpo quedó inmóvil entre las ramas que habían caído durante la batalla. Kaito lo observó durante un momento, su respiración superficial pero controlada.

—Eso es lo que pasa cuando te metes con alguien como yo —dijo, limpiando el filo de su arma con la tela de su cinturón negro.

Examinó su brazo herido. La sangre goteaba y necesitaría unas cuantas puntadas, pero no era nada que no pudiera soportar. Además, cada nueva cicatriz era prueba de que, pese a todo, seguía en pie. Con una patada al cadáver del Kamaitachi, dio un paso adelante, decidido a seguir avanzando.

«Abrir mi propio camino sigue siendo la mejor estrategia», pensó a la vez que cortaba otro arbusto y desaparecía entre el follaje.

* * *

Al tiempo que los ecos del combate de Kaito se perdían entre los altos setos del laberinto, Mei avanzaba discretamente, como una sombra deslizándose entre la oscuridad. Había tomado su decisión incluso antes de presentarse: avanzar en solitario. No tenía interés en las alianzas ni en discusiones inútiles; dependía únicamente de su instinto y de su entrenamiento.

Con la palma de su mano derecha tocando la pared del laberinto, avanzaba sabiendo que ese método podía hacerle recorrer más distancia de la estrictamente necesaria, pero que también le aseguraba no perderse.

«Arco tenso, mente clara», se recordó a sí misma, repitiendo su mantra. Su avance era constante, un ritmo rápido casi militar, la respiración controlada.

La luz que se filtraba por los pasillos de setos cubiertos de árboles comenzó a cambiar. Las ramas se cerraban más sobre su cabeza, bloqueando el brillo del sol, y la temperatura pareció descender levemente. Un escalofrío recorrió su espalda, pero no disminuyó la velocidad; es más, aceleró.

La oscuridad la fue abrazando con dedos lentos. Mei mordió el interior de su mejilla llamando a su concentración. Ajustó el arco y la flecha, y volcó todos sus sentidos en no perder el camino que le marcaba su mano derecha. Una sensación familiar de alerta prendió una llama en su interior. Había algo ahí, acechando. No podía verlo aún, pero lo sabía. Los ruidos del laberinto, antes constantes y naturales, ahora se sentían lejanos, como si algo los hubiera silenciado.

De pronto, un destello, brillante en la repentina penumbra, llamó su atención a un lado. Paró en seco, girando la cabeza hacia el origen del brillo. Un leve resplandor danzaba entre las hojas, como un farol que se balanceaba con el viento. No estaba sola. Y no, no eran simples insectos luminiscentes.

«Yokais», pensó, repasando mentalmente los bestiarios que tanto había estudiado.

El resplandor se multiplicó. Primero dos puntos, luego tres, y pronto media docena de luces amarillentas y verdosas flotaban a su alrededor, parpadeando en colores iridiscentes. Los yokais, pequeños y etéreos, tenían cuerpos traslúcidos, como si estuvieran hechos de cristal líquido, simples esferas luminosas que danzaban en movimientos hipnóticos. A simple vista, parecían inofensivos, pero Mei sabía que esa apariencia podía ser engañosa, así que endureció su mente para enfrentarse a aquellos visitantes indeseados.

Un millar de susurros comenzó a llenar el espacio, palabras vagas, fragmentadas, que parecían surgir de las criaturas brillantes. No era eso lo que la perturbaba, sino las imágenes que aparecían ante sus ojos, titilando en el resplandor amarillo. Primero fue su familia, sonriente, como la última vez que los vio antes de la tragedia. Pero, en cuestión de segundos, esas sonrisas se distorsionaron en muecas

de fatalidad. Cada visión, cada fragmento de lo que parecía ser su vida, amenazaba con detenerla, con hacerle cuestionar su avance.

—¿Por qué sigues corriendo, Mei? —preguntó una voz suave, demasiado familiar.

—Ven con nosotros —susurró otra voz, esta vez la de su hermano menor. El tono era triste—. Te extrañamos.

La luz de los yokais comenzó a intensificarse, proyectando imágenes distorsionadas en las paredes del laberinto. Mei quiso seguirlas, ir con ellos, regresar con su familia.

—No sois reales. No sois reales —repitió una y otra vez, mientras sus dedos se aferraban al seto con más fuerza, resistiéndose a correr hacia aquellas visiones—. No sois reales.

Las figuras no desaparecían. Las voces no cesaban. Mei supo que necesitaba un enfoque distinto para no sucumbir a la necesidad. Separó por un momento su mano del seto y cortó un trozo de la tela de su camiseta con un pequeño puñal. Después lo ató firmemente sobre sus ojos para cegarse por completo.

«Si no los veo, no existen; si no los escucho, desaparecen», se dijo, como una declaración de guerra.

Entonces comenzó a cantar. Lo primero que le vino a la mente fue una canción de su infancia, una que su abuela solía entonar cada noche. Pero apenas logró terminar la primera línea cuando su voz se quebró. Una lágrima rodó por su mejilla al recordar a la mujer que la había criado. Mei apretó los dientes y se limpió la cara rápidamente con el dorso de la mano.

—Ven, hija... —sonó por detrás de ella.

—Ahora no, por los dioses. Tú no, aya —murmuró para sí misma, obligándose a continuar, a no escuchar la voz de su abuela llamándola.

Agarró una rama con rabia para no arrancarse la venda, recuperó el verso por donde lo había dejado y cantó aún más alto. Su voz, temblorosa al principio, se fue fortaleciendo con cada palabra. La melodía se convirtió en un ancla, algo tangible a lo que aferrarse mientras avanzaba.

Con los ojos cubiertos y el ritmo de su voz como guía, Mei sintió cómo su respiración se estabilizaba. Confiaba en sus otros sentidos: el roce constante de su mano contra la pared, el sonido firme de sus pasos, el latido rítmico de su corazón marcando el compás. Dio un paso adelante, luego otro.

Pero incluso la determinación puede tropezar. Una raíz escondida entre las piedras se interpuso en su camino y la hizo caer al suelo con un golpe seco. El dolor le recorrió la rodilla y le arrancó una maldición que casi rompió su concentración. Sin embargo, su mano no se separó de la pared verde. Se aferró a ella con fuerza, como si fuera la única conexión con la realidad.

No dejó de cantar.

«Caer no significa fallar», el verso de la canción parecía extrañamente conveniente.

Conforme avanzaba, el aire parecía hacerse más liviano y las voces comenzaron a desvanecerse, hasta que el eco de su canción se convirtió en la única compañía en el laberinto. Los yokais seguían flotando a su alrededor, sus luces parpadeando con frustración, pero ella no los veía. Para ella ya no existían.

* * *

A muchos metros de su posición, Ryuu respiraba con dificultad, su frente perlada de sudor.

Había pasado menos de una hora desde que había entrado en el laberinto y, hasta el momento, solo había tenido que enfrentarse con un par de Gokiburi, cucarachas gigantes con mandíbulas afiladas como dagas. No habían sido un gran desafío, pero sus embestidas eran rápidas y letales, lo suficiente como para dejar varios cortes en sus brazos y sus manos.

Sin embargo, el verdadero peligro estaba frente a él.

A pocos pasos, donde una estructura rojiza asomaba entre las sombras, un grito ahogado rompió el silencio. Ryuu giró el último recodo justo a tiempo de ver cómo unas ramas afiladas —que surgían de un seto con un tono extrañamente distinto al del resto de la vegetación— atravesaban el pecho de uno de los participantes. La víctima jadeó una última vez antes de quedar inmóvil mientras el ramaje se retraía con un crujido húmedo.

Las hojas vibraron con un estremecimiento y su forma comenzó a distorsionarse, como si la realidad misma se evaporase a su alrededor. Ya no era solo un arbusto.

El cuerpo del aspirante tembló entre espasmos y algo comenzó a introducirse por su boca.

Entonces, Ryuu lo vio.

Durante un segundo, solo uno, su verdadera forma brilló bajo un haz de luz que se colaba entre el follaje.

Era un Tanuki. Un yokai cambiante, un astuto impostor.

El mapache de ojos oscuros y sonrisa perversa se introdujo en el cuerpo inerte de su víctima. Claro..., qué inteligente, no podía salir del laberinto con su propia forma al estar condenado a pasar la eternidad en su interior, pero si tomaba el cuerpo de un humano..., entonces tal vez sería capaz de burlar las reglas.

Ryuu no iba a dejar que eso sucediera. De ninguna de las maneras.

Con un movimiento lento y calculado, desenvainó a Sangreluna.

«Oh, maravilloso —saltó aquella voz ronca que solo él podía escuchar—. Esto me va a encantar».

—Eh, tú. Quieto ahí.

La criatura alzó la cabeza; sus ojos brillaron con malicia y, sin previo aviso, saltó con su nuevo cuerpo.

Ryuu reaccionó al instante. Se impulsó hacia un lado justo cuando la boca del participante muerto se abría de golpe y de ella salía disparada una rama afilada, buscando atravesarlo. Cortó la primera con facilidad.

No vio la segunda.

Las espinas que decoraban la rama voltearon y cortaron su espalda de un extremo a otro. Ryuu gruñó de dolor. La herida ardió al contacto con el aire y notó la sangre caliente deslizarse por sus músculos, pero no titubeó.

Con un empuje violento, lanzó al Tanuki hacia el *torii* de la salida. El suelo vibró. La puerta de vegetación comenzó a abrirse lentamente al identificar un participante cerca. La salida del laberinto estaba ante ellos.

Por un instante, el yokai volcó su concentración en la puerta. Sentía su libertad muy cerca.

Ese instante fue suficiente.

Ryuu atravesó el pecho del participante con un solo golpe limpio y preciso.

Los ojos del hombre, aún abiertos, se llenaron de un horror que actuaba como espejo de la criatura invasora cuando el filo lo perforó por completo. Un líquido oscuro brotó de la herida, mezclando la sangre con la esencia oscura del Tanuki.

La puerta terminó de abrirse.

Ryuu se enderezó con su respiración aún firme. No había piedad en sus ojos.

De un solo movimiento, sacó la espada del cadáver, dejando que el peso inerte resbalara por su hoja antes de envainarla con un giro preciso.

La sangre manchó el suelo de piedra donde se estaba formando un charco cada vez más grande.

Sin inmutarse, el guerrero cargó el cuerpo inerte sobre sus brazos. Su postura era impecable, como si aquello no requiriese esfuerzo alguno. Pero las heridas en su espalda y en su hombro izquierdo contaban otra historia.

A pesar de querer mantener su estoicismo intacto, cada paso hacia la salida le costaba más que el anterior.

La adrenalina que le había mantenido con fuerzas comenzaba a disiparse, dejando solo el ardor punzante de la herida abierta. Sentía la sangre pegajosa empapando su costado, el pulso latiendo con fuerza en la carne desgarrada.

El mundo pareció inclinarse levemente cuando cruzó el *torii*.

Fuera del laberinto el aire era más fresco. Pero también lejano.

«Esto no es bueno, te han visto matar a un compañero —sonó en su cabeza—. Aguanta y deja las explicaciones para cuando te las pidan».

Pero Ryuu casi no lo escuchó, pues apenas dio dos pasos fuera antes de que su visión comenzara a oscurecerse por los bordes. Intentó mantenerse firme; sin embargo, su cuerpo ya había tomado la decisión por él.

El peso del cadáver en sus brazos pareció duplicarse de repente. Sus rodillas cedieron.

La última imagen que tuvo antes de perder la conciencia fue el suelo acercándose a su rostro y el sonido lejano de alguien corriendo

hacia él.

Y luego, nada.

* * *

En la plataforma de observación, junto al gong, Suki se puso de pie instintivamente, sin poder quitar la vista de aquella escena. Aunque lo que más le llamó la atención no fue el asesinato en sí, sino el extraño rastro que Ryuu dejaba tras él. Una tenue estela de fuego violeta danzaba en el aire allí por donde pasaba, como si su presencia estuviera impregnada de algo más allá de lo humano. Miró a su alrededor, intentando buscar el mismo reconocimiento en su tío o en Sora, pero de pronto el muchacho se desplomó contra el suelo junto al cuerpo del otro participante.

Los soldados del palacio, apostados cerca de la salida, corrieron a socorrerlos. Cargaron con sus cuerpos hasta el centro del patio, donde un grupo de sanadores acudió de inmediato.

Suki, incapaz de contenerse más, dio un paso hacia el borde de la plataforma, acercándose a Noboru.

—¿Qué ha pasado ahí? —susurró.

Su tío ni siquiera la miró. Su atención permanecía en el guerrero.

—Cuando suene el gong, será momento de explicaciones —aclaró su tío—. Aunque puedo decirte algo desde ya: este participante, aunque haya sido el primero en llegar, no me gusta nada. Has visto lo que ha hecho. Debes estar atenta a cada detalle como este a la hora de escoger a tu guardia. Anota mentalmente cada movimiento y guíate por mi criterio.

Los ojos de Suki volvieron a escrutar al chico, que seguía tendido sobre el suelo. Estaba gravemente herido. La piel de su espalda, ligeramente tostada, mostraba un corte terrorífico que le hizo

estremecerse al pensar en la clase de criaturas que habitarían en el laberinto.

El *torii* recibió al segundo finalista unos minutos después y su puerta vegetal permaneció abierta, esperando que los siguientes participantes la cruzaran.

7



Un crujido vibró en el aire, seguido de un ruido sordo que hizo que Haru se detuviera de golpe. Delante de ellos, el sendero se ensanchaba para hacer espacio a unos altos árboles de troncos delgados. Pero uno de esos árboles resaltaba entre los demás. Sus ramas no se movían con el viento, sino con una cadencia propia, como si su condición no fuera un impedimento para tener voluntad. Un segundo crujido, más fuerte que el anterior, dejó claro que estaban en peligro.

—¡Cuidado! —gritó Sogo al tiempo que una rama gruesa se precipitaba hacia ellos desde lo alto.

El grupo se dispersó rápidamente, esquivando el impacto, que levantó una nube de polvo y hojas. Las ramas del árbol comenzaron a sacudirse con violencia, vivo y furioso. El tronco parecía retorcerse, y las raíces comenzaron a emerger del suelo, buscando atraparlos.

—¡Esto es una locura! —exclamó Sogo mientras retrocedía, tratando de esquivar otra rama que casi le golpeó—. Echaos atrás, ¡regresemos!

Se escuchó un restallido justo tras ellos, donde una rama de dimensiones extraordinarias bloqueaba ahora el camino por el que habían llegado.

—¡No! No te detengas, sigue moviéndote —ordenó Haru, con los ojos fijos en el árbol. Podía sentir el pánico en sus compañeros, y sabía que, si no actuaba rápido, las cosas se pondrían peor.

Azumi tensó su postura y agarró con ansiedad al mango de su katana.

—¿Qué hacemos? ¿Corremos hacia delante? —preguntó nerviosa.

—Primero, que nadie entre en pánico —dijo Haru, levantando la mano para calmar al grupo. Se giró hacia Sogo—. Tú, distrae a las ramas de la derecha. Haz ruido, pero no te acerques demasiado. Riku, Azumi, mantened el centro despejado. Si veis una oportunidad, avanzad. Hanzu, apunta a las raíces con las flechas mientras rodeas la zona y sales por el este. No te pegues demasiado a la pared vegetal.

—¿Y tú? —preguntó Sogo, alzando una ceja mientras sacaba un *nunchaku* de su cinto.

—Yo me encargo de la izquierda. Hay menos ramas —respondió Haru con una media sonrisa, aunque por dentro dudaba de si esa estrategia funcionaría.

Mientras Sogo comenzaba a golpear su *nunchaku* por la parte de la cadena contra una roca, generando un sonido metálico que atrajo la atención del árbol, Haru se lanzó hacia el flanco izquierdo. Sacó sus *kunai*, que siempre llevaba a mano, esas dagas que podía hacer girar gracias a su aro en la base. Atacó las raíces que se movían con mayor lentitud, cortándolas antes de que alcanzaran a Riku y Azumi.

Las ramas seguían golpeando el suelo a su alrededor, y Haru apenas logró esquivar una que pasó peligrosamente cerca de su oreja.

—¡Dioses, esto es peor de lo que pensaba! —murmuró mientras daba un salto hacia atrás, observando cómo las raíces parecían multiplicarse.

Aunque torpe al principio, Sogo había logrado atraer la atención de la mitad de las ramas hacia su lado, permitiendo que Haru se enfocara en el resto.

—¡Vamos, arbolito endemoniado! —gritó mientras seguía haciendo ruido—. ¡A ver si te atreves conmigo!

Riku y Azumi aprovecharon el momento para avanzar un par de pasos hacia el otro lado del camino, manteniéndose cerca de Haru mientras este cortaba la salida frente a ellos.

—¡Ya sé! ¡Usemos fuego! —gritó de pronto el guerrero del sombrero—. ¡Hanzu, busca pedernal!

El muchacho, que ya se encontraba al otro lado del camino con una ruta despejada, vaciló. Por un instante, pareció debatirse entre abandonarlos y seguir adelante por su cuenta o regresar para ayudar al grupo.

—¡¿A qué demonios esperas, inútil?! —vociferó Azumi, jadeando mientras intentaba recuperar el equilibrio tras haber sido desarmada por el golpe preciso de una raíz.

El grito sacudió al muchacho, arrancándolo de su parálisis momentánea. Con movimientos apresurados, comenzó a buscar entre los arbustos cercanos hasta dar con dos piedras de pedernal, comunes en aquel jardín, pero que parecían esconderse a propósito en ese momento de necesidad. Sin perder tiempo, empezó a golpearlas con fuerza, buscando desesperadamente generar chispas. Mientras tanto, el resto del grupo continuaba luchando contra las

ramas, que no cesaban en su violento ataque, como si intentaran devorar a los intrusos.

Haru, consciente de que el tiempo corría en su contra, clavó la mirada al frente y se lanzó hacia el tronco del árbol. No era una decisión impulsiva; sabía que alguien tenía que hacer algo o todos estarían perdidos. Sin embargo, el ruido que provenía del flanco de Sogo se detuvo cuando Haru apenas había avanzado un par de metros. Como consecuencia, una rama gruesa y serpenteante lo atrapó por el tobillo y lo arrastró hacia el suelo con fuerza.

—¡Hanzu! ¡Date prisa! —gritó Riku, atento al ataque.

El muchacho, que seguía intentando encender el fuego, levantó la vista justo a tiempo para ver a Haru en problemas. Sin pensarlo, dejó a un lado las piedras, cargó una flecha en su arco y tensó la cuerda hasta el límite.

—¡Aguanta! —exclamó al mismo tiempo que soltaba la flecha, que voló en línea recta, cortando de un golpe certero la rama que atrapaba a Haru.

El guerrero rodó hacia un lado, recuperando el aliento antes de mirar a Hanzu con gratitud.

—Vaya, pues no eras tan inútil —murmuró Azumi, acercándose para tomar el relevo con el fuego.

Con movimientos más cautelosos, Haru trepó por el árbol, sintiendo cómo cada músculo de su cuerpo protestaba ante el esfuerzo. Finalmente, localizó una abertura irregular en la corteza, un punto vulnerable oculto entre las grietas.

—¡Toma! —celebró Azumi al prender una chispa que comenzó a alimentarse de la hojarasca, formando una pequeña nube de humo que despistó momentáneamente al árbol.

Una fina rama le azotó la cara con un golpe seco. La joven perdió el equilibrio y tropezó hacia atrás, con un corte abierto en su mejilla

y su ceja.

—¡Azumi! —gritó Riku, girando la cabeza hacia ella, pero no tuvo tiempo de ayudarla. Otra raíz emergió del suelo y se enroscó peligrosamente alrededor de su pierna.

La chica parpadeó, aturdida por el impacto, un ojo cegado por la sangre.

Aprovechando que habían desviado la atención del árbol, Haru clavó su *kunai* hasta la empuñadura en la zona expuesta que había encontrado. El tronco emitió un crujido profundo, como un suspiro de dolor. Poco a poco, los movimientos frenéticos del árbol comenzaron a ralentizarse, hasta que, finalmente, quedó inmóvil, dejando al grupo en una apacibilidad cargada de alivio. El equipo, jadeando y cubierto de sudor, se reunió en el centro del sendero.

—¿Está... está muerto? —preguntó Azumi, que parecía mareada —. ¿Era eso un yokai dentro de un árbol?

—O un árbol yokai. Qué más da —murmuró Haru, dejándose caer al suelo para recuperar el aliento—. Lo importante es que ya no nos está atacando. ¿Estás bien?

Azumi asintió y se llevó la mano a la mejilla. Seguía sangrando. No era un corte profundo, pero necesitaría asistencia. Tal vez se llevaría una cicatriz de recuerdo.

Haru se giró hacia el grupo y se percató de que todos tenían la vista fija en Sogo, que estaba sentado en el suelo, con una expresión de horror absoluto. Sus manos temblaban mientras sostenían algo entre los dedos.

—¿Sogo? ¿Estás herido? —le preguntó con preocupación.

El muchacho levantó las manos, revelando un mechón de cabello cortado que descansaba sobre sus palmas.

—Mi-mi trenza... —balbuceó afligido.

El grupo se quedó mudo ante un inesperado y quejumbroso sollozo. Sogo sorbió por la nariz y se serenó.

—Un samurái Tanaka no es nada sin su trenza. Representa el valor a lo largo de los años, las batallas ganadas...

—¿En serio dejaste de hacer tu parte por eso? Es solo un ridículo mechón de pelo... —rio Hanzu.

Pero la risa se le borró de inmediato cuando la katana de Sogo apareció a un centímetro de su cuello a una velocidad fulminante. El resto de los samuráis permanecieron serios y momentáneamente inmóviles.

—No hables de lo que no entiendes, ignorante —espetó Sogo, con los ojos ardiendo de furia.

—Vamos, chicos, ya está —intervino Haru colocándose entre ellos —. Sogo, deja la ira para otro momento, debemos salir de aquí. Y tú, Hanzu, no deberías ser tan irrespetuoso con las tradiciones que no comprendes; seguro que hay cosas que nos parecen ridículas de tu pueblo y no vamos a mofarnos de ello.

—¿Irrespetuoso? Casi os matan por una trenza.

—El honor de los guerreros Tanaka depende de la longitud de su trenza —comentó Riku, observando a ambos y acudiendo a ayudar a su hermana—. ¿Es que no te enseñaron nada en el colegio?

El reproche surtió el efecto esperado, pues Hanzu bajó su mirada con un gesto de vergüenza.

—Esto... —dijo Sogo, mirando el mechón de cabello cortado— esto significa una grave deshonra.

—Nadie aquí sale ileso. Tú has perdido parte de tu trenza, yo he ganado una cicatriz. —Azumi exhaló lentamente, templando su tono —. Sigamos adelante antes de que alguien pierda algo más vital que eso.

Antes de que la situación pudiera volverse más incómoda, el sonido de unos pasos rápidos llamó la atención de Haru. Por el sendero contrario, dos participantes pasaron corriendo en direcciones opuestas, solos, sin siquiera mirar al grupo. Entonces fue consciente de que el tiempo apremiaba y no había espacio para discusiones.

—Sigamos adelante —apremió, extendiendo una mano hacia Sogo para ayudarlo a levantarse.

Mientras retomaban el camino, Haru quiso decir algo para tranquilizar a su compañero.

—Yo vengo de una aldea pequeña, apenas lo bastante relevante como para que figure en los mapas —empezó, con confianza—. Todos se rieron de mí cuando dije que me presentaría a las pruebas para la Guardia Kitsune cuando era pequeño. No... quisieron tomarme en serio y prefirieron darme un matrimonio arreglado.

—Normal, mírate, guaperas. El marido perfecto —bromeó Azumi, intentando aliviar la tensión.

—Muy graciosa —respondió Haru con una sonrisa leve—. Pero lo que quiero decir es que el honor máximo es estar aquí. Hay muchos que ni siquiera tienen el valor de intentarlo.

—Nosotros... —empezó Azumi—. Nosotros solo queremos que el honor de nuestra familia sea restaurado.

Riku asintió mientras caminaba a su lado.

—Nuestro padre desertó del ejército. Y, antes de que digáis nada, no fue por cobardía, sino porque nuestro hermano menor tenía problemas de corazón. Nadie podía cuidarlo, así que eligió quedarse con él.

—Pero el Imperio no ve esos actos con compasión —continuó Azumi, con los labios apretados—. Nadie quiere contratar a un desertor. Nadie quiere darle una segunda oportunidad. Y lo peor es

que... —Hizo una pausa, su voz tembló—. Nuestro hermano murió a causa de la falta de oro para medicinas.

—Queremos limpiar el nombre de nuestra familia. —Riku tragó saliva—. Si logramos ser guardias kitsune, si conseguimos ese honor, nadie podrá humillarnos más. Podremos volver a caminar con la cabeza alta.

—Y nuestro hermano —añadió Azumi, con un atisbo de tristeza—, aunque ya no esté, al menos será honrado.

Sogo, que aún sostenía los restos de su trenza, desvió la mirada hacia ellos. Sus dedos se apretaron sobre el mechón con más fuerza, como si algo dentro de él se estuviera reubicando.

—No sois los únicos que quieren recuperar algo —dijo en voz baja.

Haru dejó escapar un suspiro.

—Escuchadme bien. La valentía y el honor no dependen solo de una trenza, ni de una reputación manchada por las circunstancias —dijo, mirando a cada uno de ellos con determinación—. Lo que realmente importa es el aquí y el ahora.

Sogo guardó su tesoro con cuidado en su cinturón y murmuró algo ininteligible.

El grupo siguió avanzando, con el eco de aquellas palabras entre ellos. Cada uno cargaba con su propia batalla. Todos tenían algo que perder... y algo por lo que luchar.

* * *

El filo de la espada de Kaito cortaba sin piedad los gruesos setos del laberinto. Para él, no eran más que una molestia, un obstáculo inútil que se interponía en su camino y que se negaba a ceder. Con movimientos rápidos y precisos, fue tallando una abertura lo suficientemente amplia como para atravesarla, eran huecos que se

iban cerrando a los pocos segundos de abrirse, como objetos de un encantamiento.

—Argh... —masculló, limpiándose el sudor de su frente con el dorso de la mano, sin molestarse por la sangre que le resbalaba desde diferentes cortes.

Envainó su espada y se preparó para cruzar.

Pero, justo en ese instante, otro participante vio la oportunidad y corrió hacia la abertura sin dudarlo.

Apenas unos segundos antes de que los setos volvieran a cerrarse, el intruso se deslizó al otro lado, esquivando por poco las ramas espinosas que desgarraron la manga de su kimono.

—¡Tramposo! —rugió Kaito al darse cuenta de la jugada—. Te vas a arrepentir.

Su mano se cerró con fuerza alrededor del cuello de la chaqueta del otro chico, frenándolo en seco. Tensó la mandíbula con el enfado burbujeando en su interior, listo para estallar.

Pero la expresión de su presa cambió de golpe. Sus ojos brillaban, reflejando algo que Kaito aún no había visto.

Levantó la mirada y vio lo que había más allá. El *torii* de salida. Y varios participantes ya estaban al otro lado. Habían llegado antes que él.

Su agarre se aflojó y, con un gesto brusco, empujó al tramposo contra el suelo. Su ira no era solo porque se hubieran aprovechado de su avance, sino por haber perdido la ventaja.

Sin malgastar más tiempo, atravesó la salida y se dirigió hacia la plataforma donde los supervivientes comenzaban a agruparse.

Su katana aún vibraba débilmente en la mano, como si el acero recordara los golpes que había descargado contra el seto. A pesar de su arrogancia, su pecho subía y bajaba con rapidez, y la sangre y el sudor se mezclaban en su piel.

—¿Qué demonios ha pasado ahí dentro? —murmuró Kaito, retrocediendo un paso al ver el cuerpo inerte a los pies de Ryuu, que estaba lleno de vendas—. ¿Has derramado sangre, chico misterioso?

—No quieres saberlo —respondió sin más explicación.

En la plataforma, las autoridades contaban el tiempo con un reloj solar situado sobre el suelo ante ellos.

La calma del ambiente era irracional, y justo antes de que Kaito tomara la decisión de acercarse a preguntar el tiempo restante, un grupo emergió de entre los setos. Haru lideraba, con su habitual sonrisa, aunque esta vez parecía algo más apagada. Lo seguían Azumi y Riku, con Sogo y Hanzu cerrando el grupo, este último visiblemente más agotado que el resto.

—¡Eh, mirad quién ha llegado! —exclamó Haru, alzando una mano para saludar al resto—. Pensé que seríamos los últimos, pero parece que no somos los peores parados, ¿eh?

Los recién llegados intercambiaron miradas tensas. Kaito se fijó en cómo Azumi observaba la escena de reojo.

—Eh, mira a los pies de Ryuu —la escuchó murmurar hacia Riku, quien asintió con expresión sombría al ver el cuerpo—. ¿Se lo habrá cargado él? La verdad es que le pega, aunque también parece herido.

* * *

Frente a la salida del laberinto, Suki, en una silla adornada con sedas bordadas que formaban delicados patrones, observaba con atención cada detalle de lo que ocurría. Su postura intentaba transmitir serenidad, pero el leve movimiento de sus dedos sobre el regazo delataba su nerviosismo. La confirmación de los médicos sobre la muerte del joven a los pies de Ryuu la mantenía

preocupada, una sensación que se mezclaba con la ansiedad que le provocaba la espera.

A su lado, Noboru permanecía inmóvil junto al grupo de soldados y sanadores. A pesar de su postura relajada, los ojos del monje se movían de un lado a otro en una estricta evaluación de cada participante que lograba salir.

Cada vez que un aspirante emergía de los setos, Suki lo observaba, analizando cada rostro mientras contaba con los dedos cuántos faltaban por salir.

—Cinco minutos —anunció Ota con voz firme.

¿Tan solo cinco minutos? Suki dio un respingo.

—Quedan demasiados todavía ahí dentro, tío, no podemos dejarlos —comentó en voz baja.

—Trece no han salido —respondió Noboru, posando su mano sobre la de Suki con una caricia—. Repito: sabían a qué se enfrentaban.

El oxígeno pareció esfumarse mientras los segundos avanzaban. La cuenta regresiva continuaba, marcada por el bastón de su tío.

—Un minuto —informó Ota nuevamente.

Suki exhaló despacio, convencida de que nadie más saldría. Pero cuando el gong estaba a punto de sonar, un crujido rompió la paz. Las hojas de los arbustos se sacudieron, y, con un último esfuerzo, Mei emergió del laberinto. Sus ropas, cubiertas de tierra y rasguños, hablaban de una experiencia dura. Pero lo que capturó toda la atención fueron otros dos detalles: la venda improvisada sobre sus ojos y el rojo que cubría sus manos. Los participantes y soldados comenzaron a murmurar palabras de asombro.

—¿Está ciega? —preguntó alguien.

—¿Cómo demonios ha salido así? —dijo Kaito, incapaz de ocultar su sorpresa.

Mei llegó al borde del *torii*, palpando con una mano el marco de la salida como si necesitara confirmar que realmente había llegado. Con un movimiento decidido, se arrancó la venda. Sus ojos, ligeramente enrojecidos, parpadearon contra la luz del sol, y recorrió a los presentes con una mirada firme.

El gong reverberó de manera ensordecedora, marcando el final del desafío. Las puertas vegetales se replegaron sobre sí mismas, como si el propio laberinto, a modo de juez y verdugo, sellara la sentencia de los que habían quedado dentro.

—Vaya espectáculo —comentó Sogo mirando a Mei—. ¿Y ahora qué, un premio al mejor número dramático?

Suki distinguió cómo Haru, que estaba sentado cerca, le lanzaba una mirada de desaprobación antes de levantarse y acercarse a Mei.

—¿Estás bien? —le preguntó con sinceridad alargando su mano—. Deja que te ayude.

—Estoy bien —respondió Mei, su voz seca pero estable—. Es solo que... los ojos me estorbaban.

El comentario provocó un estupor momentáneo antes de que uno de los aspirantes soltara una risa nerviosa. En la plataforma, sin embargo, todos permanecieron inamovibles, observándola con atención.

—Esa chica... —murmuró Suki para sí misma.

—Es diferente, ¿verdad? —respondió Sora, acercándose a la kitsune—. Curioso cómo cada uno tiene una técnica, aunque la de ella ha sido absolutamente inesperada. Tal vez deberías considerarla para tu equipo.

Suki no respondió, pero sus ojos permanecieron fijos en Mei mientras esta se unía al grupo de finalistas. Y aunque los murmullos continuaron, ahora estaban teñidos de respeto.

El bastón golpeó tres veces contra el suelo, silenciándolos a todos.

—El tiempo ha terminado —anunció Noboru con voz firme—. Los que estáis aquí habéis superado la primera prueba. Pero no os confiéis; lo que acabáis de enfrentar no es nada comparado con lo que os espera. Y, por supuesto, el simple hecho de estar aquí no os hace aptos para servir al Imperio.

Noboru comenzó a caminar entre los participantes, evaluando sus heridas y su estado general. Cuando llegó al cadáver que Ryuu había dejado en el suelo, el monje se giró hacia él con una mirada inquisitiva.

—¿Has matado a uno de los participantes para ser el primero en salir del laberinto? Habla con la verdad, muchacho, o se te juzgará conforme a tu respuesta.

—No lo maté yo. Algo lo había matado antes, pero estaba siendo... controlado.

Las conversaciones entre los participantes crecieron hasta que uno de ellos, el chico menudo que estaba cerca de Ryuu y había salido después que él, levantó la voz temblorosa.

—Yo... lo vi en la distancia —confirmó, agarrado de su propio brazo malherido—. Vi cómo algo entraba en su interior y se hacía con el cuerpo... Esa cosa ya no era humana. Estaba como poseído.

El chico tragó saliva, mirando a Noboru con algo muy cercano al miedo. El monje lo observó con detenimiento, evaluando cada gesto como si pudiera leer la verdad en sus movimientos.

Ryuu dirigió una mirada fugaz a Suki, lo suficiente para que ella la captara al instante. ¿Qué buscaba con ese gesto? ¿Estaba intentando medir si le juzgaba? ¿Cómo no iba a hacerlo? Todos lo habían visto atravesar con su katana a un compañero.

—¿Poseído? Ya veo —repitió Noboru, dejando que sus cejas se alzasen—. Qué conveniente...

Antes de que alguien pudiera responder, el general del ejército dio un paso al frente.

—En unos instantes, sabremos cada movimiento que habéis dado dentro del laberinto —dijo, cortando todo posible pensamiento—. Si alguien se ha servido de trampas, traiciones o asesinatos, lo descubriremos.

Hizo especial énfasis en la palabra asesinatos, lo que provocó miradas furtivas hacia Ryuu.

—Traed al Hyakume —ladró Noboru a los soldados, que tocaron una trompeta alargada que emitió un sonido tan agudo y extraño como una interrogación al aire.

El grupo permaneció en calma, sin saber qué respondería a aquella llamada. Suki, desde su posición elevada, seguía observando a Ryuu con creciente desconfianza.

Atravesando la puerta cerrada del laberinto, como un fantasma que no tenía necesidad de tocar el suelo, emergió el Hyakume, un horrendo ser que provocó un murmullo colectivo. Era un yokai de aspecto grotesco, con un cuerpo humanoide desnudo y esquelético. La huesuda columna encorvada emergía de su espalda cual cordillera y su piel estaba cubierta de ojos parpadeantes; cada uno giraba en diferentes direcciones, como si vigilara todos los rincones a la vez. No llevaba ropajes, claro, pues, de lo contrario, sus múltiples ojos serían cegados por la tela. Sus movimientos parecían no seguir las reglas físicas del mundo, y un extraño resplandor amarillo emanaba de su piel traslúcida.

El asco se reflejó en cada rostro, incluido el de la kitsune.

—Este yokai os ha observado desde el momento en que cruzasteis las puertas del laberinto —anunció Noboru con un tono gélido—. El Hyakume ve todo y recuerda todo. Gracias a él, sabremos quién

merece avanzar y quién debe ser descartado. Recibiréis el veredicto esta noche.

No era el primer yokai que Suki veía, y a pesar de que había oído hablar de él, no se lo había imaginado tan espantoso. Se le puso la piel de gallina cuando un gran ojo del pecho de la criatura enfocó en su dirección.

El Hyakume enseñó unos dientes negruzcos y emitió un jadeo húmedo y vibrante. Todos los ojos de su cara recorrían a los presentes, mientras los del cuerpo se movían hacia Noboru.

—Sanadores, atended a los heridos. Los demás, retiraos por hoy. Mañana os espera otra prueba —ordenó el general del ejército, rompiendo la burbuja de horror que mantenía a todos inmóviles.

—¿Eso es todo? ¿No nos van a explicar qué ha visto? —preguntó Sogo, lleno de curiosidad e inquietud.

—¿No me has oído, chico? Lo sabréis cuando sea necesario —cortó Noboru con enfado.

Mientras los participantes comenzaban a dispersarse, Suki vio cómo Haru ofrecía su brazo a Mei, que se rehacía la coleta. Su rostro estaba cubierto de pequeñas heridas.

—¿Qué crees que dirá ese bicho sobre nosotros? —preguntó el chico.

—La verdad —respondió Mei ignorándole y avanzando hacia el barracón—. Espero que nuestras acciones hablen por sí solas.

—Espero que sí —confirmó Ryuu levantándose.

Todos los ojos del Hyakume lo siguieron, sin perder movimiento, antes de volver su atención al monje que reclamaba su servicio.

Suki sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No sabía qué era más inquietante: el yokai con sus infinitos ojos o el hecho de que todos ellos parecían haberse fijado directamente en Ryuu y solo en

él. ¿O tal vez en ese fulgor violeta que aún acompañaba a la espada del muchacho?

—Solo pueden quedar cuatro, recordadlo —añadió Noboru cuando se retiraban, dejando en el aire una advertencia que, seguro, caló en cada uno de los participantes.

8



Una extraña sensación de abotargamiento acompañó a Suki al inicio del día, un peso añadido al del informe del yokai del día anterior. Algunos participantes, en su afán por avanzar, habían seguido las huellas de sus contrincantes para ahorrar energía; otros, menos escrupulosos, habían dejado trampas a su paso, sacrificando la ética por la victoria. Y Ryuu... Ryuu había intentado salvar una vida, solo para que la piel sin alma de aquel desafortunado se convirtiera en el refugio perfecto para una de esas perturbadas criaturas, que casi escapó del laberinto en su desesperado intento por ser libre.

Quizá por eso, mientras caminaba arrastrando los pies hacia su reunión con la maestra del té, su juicio hacia él había comenzado a suavizarse. Ya no era solo el misterioso samurái de mirada impenetrable.

Su mente embotada saltó hacia los entrenamientos con Sora de la noche anterior. Hubo momentos en los que se había sentido invencible, como si las enseñanzas de su mentora la transformaran en algo más fuerte, más firme. El nuevo calzado que le había ofrecido parecía haber contribuido, dándole una estabilidad que nunca antes había logrado mantener. Sin embargo, el precio había sido un agotamiento que la seguía como una mosca insistente.

—Querida, hoy tengo una sorpresa que te va a gustar —la saludó Ada, la maestra del té y su mentora en venenos, con una sonrisa enigmática.

Eran apenas las cinco de la madrugada, pero no había otro momento para reunirse a escondidas en ese rincón apartado donde Suki aprendía lo que no debía aprender. A pesar de la promesa de algo de su gusto, en días como aquel, cuando la noche previa había sido agotadora, le costaba mantenerse despierta. Y era peor durante las oraciones posteriores, lo que inevitablemente le valía una reprimenda de Noboru.

—Dime que es un té con suficiente teína, Ada, porque lo necesito más que respirar —murmuró Suki, dejando caer su peso sobre una de las sillas bajas.

—Es algo mucho mejor —respondió Ada, agitando un ramo de tallos frente a ella como si fuera un cetro. Su sonrisa tenía ese toque de complicidad que siempre lograba despertar la curiosidad de Suki.

La joven kitsune abrió los ojos como platos. El sueño y el cansancio se desvanecieron en un instante.

—¿Has conseguido acónito? Pero ¿cómo lo has logrado?

—Ah, no te voy a contar todos mis secretos tan fácilmente. ¿Dónde estaría la diversión?

Suki entrecerró los ojos, fingiendo una súplica exagerada. Ada suspiró dramáticamente, como si su resistencia se hubiera quebrado.

Las canas que adornaban su pelo brillaban a la luz de los faroles.

—Está bien, ha sido gracias a Ota. Ese hombre musculoso me tiene loca... —admitió con una risita, dejando cuidadosamente las plantas sobre la mesa.

Suki soltó una carcajada suave. Conocía a Ada desde que tenía memoria, y esa relación se había forjado no solo a través de sus lecciones, sino también de la forma en que la había comenzado a ayudar cuando sus dolores menstruales empezaron a atacarla con fuerza. Solo sus tés conseguían calmarla. Acudía en busca de la medicina, pero siempre terminaba pasando largas horas conversando con ella. Ada era la única, aparte de Noboru, que podía hablarle de su abuela Kaya con verdadero conocimiento; la única que guardaba recuerdos de ella más allá de las historias oficiales.

Ambas habían crecido juntas en palacio, aunque sus vidas habían discurrido en senderos muy distintos: una como hija de un consejero, la otra como futura kitsune y emperatriz. Aun así, sus caminos se cruzaron en algunas lecciones y, años después, Ada había tenido el privilegio de asistir a Kaya en la primera etapa de su ascenso.

No había participado directamente, pero había estado allí, y eso era información de primera mano que Suki no podría obtener de nadie más.

Aquello había sido el inicio de un vínculo especial, uno que eventualmente había llevado a la joven a rogarle que le enseñara sus conocimientos de plantas.

Sabía que Noboru nunca lo aprobaría. Pero Sora, como siempre, había sido su cómplice, ayudándola a conseguir aquello que se le negaba sin que su tío se enterara. No dudaba de que Ota también estaba al tanto de esas lecciones clandestinas. Sin embargo, él no interfería. Era un hombre que, aunque formal y respetuoso, parecía

entender que detrás del título de «alteza» había una joven que anhelaba algo más que las limitaciones de su posición.

—¿Vamos a elaborar aconitina? —preguntó Suki.

—Claro. Pero ya sabes que no es un proceso fácil. Requiere una pizca de arte y conlleva un peligro, como todo lo valioso en esta vida —respondió Ada, señalando los guantes de cuero y un paño de lino impregnado en eucalipto que debía usar para cubrirse la boca y la nariz.

La muchacha asintió, tomando las precauciones necesarias mientras Ada desplegaba los utensilios y las instrucciones. La siguiente hora y media pasó en una concentración intensa, rota solo por las indicaciones precisas de Ada y el ocasional suspiro de Suki. Elaborar aquel líquido letal, que los soldados usaban para impregnar flechas en tiempos de guerra, era un proceso delicado, y, como bien indicaba Ada, casi artístico.

—Mañana te enseñaré a preparar el antídoto. No sirve de nada crear algo mortal si no sabes cómo revertirlo cuando es necesario. La vida, querida, siempre es cuestión de equilibrio. No lo olvides.

A las siete, Suki se apresuró hacia lo alto de la pagoda para cumplir con sus oraciones. El aire congelado de la mañana no logró despertarla del todo. Allí, como presumía, la esperaba Noboru.

—Llegas tarde... —puntualizó él sin darle los buenos días—. Hoy dedicaremos las oraciones a la leyenda del cerezo. No necesitarás tu cuaderno, ¿verdad? Porque te la sabes de memoria.

Los retos de su tío solían esconder un reproche disfrazado de lección, pero aquella historia, la del cerezo, ya no era una lección para Suki; era un recordatorio constante de su destino, una sombra que la seguía incluso en sus sueños. Eran frecuentes las noches en las que despertaba empapada en sudor frío, con el eco de un pétalo

cayendo en su subconsciente. Siempre el mismo final: el último pétalo tocando el suelo, marcando el destino que tanto temía.

La elegida traerá la floración,
cuando el tiempo marque su maduración.
El cerezo brillará en su esplendor,
llenando el Tenjou de su color.

Quince días cantarán sus pétalos al viento,
danza efímera, el divino momento.
Del primero al último deberán caer,
plazo suficiente para al templo ascender.

Kami-sama, que veláis con compasión,
protegéis la vida, guiais la oración.
La elegida a todos salvará,
y siglo tras siglo la paz reinará.

Repitió las frases una y otra vez, cambiando las entonaciones según las instrucciones de su tío, hasta que se volvió tedioso.

Luego, Noboru repasó los versos del inicio del pacto:

—Cuando la arrogancia de los hombres desafió el orden divino, la furia de los dioses se desató sobre la tierra...

Las oraciones que siguieron contaban la historia que todo el Imperio conocía; cada hombre, mujer y niño, desde la más tierna infancia.

Incontables generaciones atrás, cuando los lazos entre los kami y los mortales aún eran frágiles, un espíritu zorro fue encontrado y sometido por la ambición humana hasta su muerte. Lo despojaron de su poder a la fuerza, extrayendo su fuego interior como si fuera un recurso más, sin importar el precio. Los kitsune no eran solo

bestias místicas ni meros guardianes. Eran la personificación misma del poder de los dioses en la tierra, la chispa encarnada de lo divino. Arrebatarle su voluntad fue un ultraje imperdonable.

El castigo no tardó en llegar.

Los cielos se rasgaron con gritos de tormenta, los mares se agitaron como si los dioses mismos quisieran engullir la tierra. Pero lo peor no vino desde arriba..., sino desde abajo.

Las puertas del Jigoku fueron abiertas.

Desde lo más profundo del inframundo, las sombras tomaron forma. Los yokais escaparon a la Tierra y reclamaron cada rincón donde alguna vez se había pronunciado una blasfemia contra los dioses.

Fue un juicio implacable.

Todo aquel que alguna vez había maldecido el nombre de los kami, todo aquel que había deshonrado sus leyes, fue erradicado sin piedad. El mundo ardió bajo la Purga divina, y los hombres comprendieron, demasiado tarde, que habían despertado fuerzas que jamás debieron perturbar.

Pero alguien se levantó en medio del caos. La misma mujer que había asesinado al espíritu kitsune, en su desesperación, alzó su voz a los cielos y suplicó que cerraran las puertas del infierno y detuvieran la masacre.

Tal vez gracias al remanente del espíritu divino que había sido sometido, los dioses escucharon su ruego. Y respondieron. Pero su misericordia nunca fue gratuita.

«El equilibrio debe ser restaurado —tronó su sentencia—. Lo que ha sido tomado no puede ser devuelto sin sacrificio. Sellaremos el abismo, pero, a cambio..., tu linaje deberá pagar el precio».

La antepasada de Suki no dudó.

Había visto las ciudades devoradas por los demonios. Había visto la sangre correr como ríos, el cielo ennegrecido por el odio de los dioses. Aceptó sin titubeos.

Los kami la miraron, impasibles, y anunciaron que, durante cincuenta generaciones alternas, la sangre de su estirpe estaría atada a aquel pacto. Cada descendiente mujer nacería con el deber de mantener el equilibrio entre los mundos. Se le otorgaría el poder del kitsune al que le había arrebatado la vida. Cada nueva kitsune sería un lazo entre los dioses y los mortales, y cada sacrificio, la garantía de que las puertas de Jigoku permanecerían cerradas.

Y así fue sellado el pacto.

El infierno fue encadenado de nuevo.

Pero no sin un pago.

A pesar de que la puerta se había cerrado, miles de yokais ya habían escapado, dispersándose por la Tierra, convirtiéndose en el terror de los hombres.

Y así había nacido la tradición. Desde aquel día, cada descendiente del linaje maldito había cargado con la tarea de mantener el equilibrio, de garantizar que la Purga no regresara.

La humanidad agradeció aquel sacrificio, pero no fueron pocos los que siguieron culpando a la estirpe kitsune de ser, en un principio, quien había provocado todo aquel caos.

Noboru recitó las oraciones que sellaban el pacto:

—Cada generación recordará el pecado cometido. Cada generación pagará el precio. —El monje guardó silencio tras las últimas palabras—. Te estás durmiendo —la riñó.

Suki abrió los ojos con esfuerzo. Agarró los dobladillos de su kimono, intentando anclar su cuerpo al presente.

—Estoy despierta —murmuró reprimiendo un bostezo—. Cada generación pagará el precio.

—Todo depende de ti, Suki. Tómatelo más en serio —siguió con la charla que había escuchado innumerables veces—. Si fallas, el Imperio caerá. ¿Qué diría tu abuela?

—Eso me pregunto yo —replicó, las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Qué has dicho? —El tono severo de Noboru fue contundente, ante lo que Suki encogió los hombros como si quisiera desviar el impacto de su propio atrevimiento.

—Nada, tío, solo digo que sería fantástico poder preguntárselo. Conocerla de verdad, hablar con ella, saber cómo afrontó su ascenso. Tener una guía que no sea solo oraciones vacías a dioses que no responden.

Aquella última frase la había dejado sin aire, como si hubiera liberado un nudo que llevaba tiempo en su interior.

—La voluntad de los dioses es que nos vele desde el quinto cielo, ya lo hemos discutido —respondió Noboru dándose la vuelta para irse, con una ofensa que no se molestó en ocultar—. Es el deber de la kitsune que ha ascendido: aguardar a su sucesora allí.

Suki miró la espalda de su tío, con una duda corroyéndole, que en ese momento parecía gritar dentro de ella.

—¿Y por qué los dioses querrían que no estuviera en palacio? —preguntó, con el corazón martilleando, temerosa de su reacción—. Quiero decir... Durante toda su vida fue formada para ascender y después gobernar como emperatriz. ¿Para qué regresar de nuevo al quinto cielo tantos años después de su ascenso?

Noboru no respondió, como las veces anteriores que había abordado el tema. Suki, incapaz de soportarlo, dio un paso al frente, como si al acercarse pudiera obligarle a hablar.

—La gente habla, tío... Sé que su Guardia Kitsune también murió al tiempo que padre, defendiéndola de la Orden de la Purga. Si algo

así puede pasarme a mí, debería saberlo —siguió, bajando la mirada para no tener que soportar el reproche en los ojos de su tío—. Es tu madre..., deberías...

El bastón de Noboru golpeó el suelo al voltearse, un eco que reverberó por los pasillos. Miró a Suki con una expresión pétrea, sus ojos oscuros fijos en ella como si intentaran perforarla.

—No cuestiones lo que no comprendes, Suki —dijo tajante—. Fue llamada cuando todo eso sucedió, y tú tan solo tenías unos meses. Ella mantiene la conexión con los dioses, y yo mantengo el Imperio en paz y te formo para ser la legítima heredera.

La joven apretó los puños sin comprender nada. No iba a dejarlo pasar ahora que había tenido el valor de sacar el tema.

—¿Y si los dioses me llaman como a ella? No podría volver a palacio —repitió—. Me gustaría hablar con ella, y haber podido conocer a padre... Si los dioses son tan poderosos, no comprendo por qué dejaron que muriese el hijo de la kitsune.

Aquello la quemaba desde hacía años. Noboru frunció el ceño, pero, antes de que pudiera replicar, Suki continuó:

—Y no me digas que es porque los dioses lo quisieron. Porque..., si eso es todo lo que pueden hacer, tal vez no sean mejores que nosotros. Madre me dijo en una ocasión que...

El rostro de Noboru se endureció aún más, pero sus ojos dejaron entrever algo distinto, algo que Suki no pudo identificar del todo: una mezcla de enfado y... ¿era eso ira?

—Tu madre no es un término en esta ecuación. No después de Aoi —espetó de forma amenazante—. Así que no sigas por ahí.

Suki sintió que algo dentro de ella estallaba, una burbuja de miedo que había estado acumulándose durante años. Sabía que debía callar, que debía asentir y seguir adelante, pero cuando alguien nombraba a Aoi, un torrente de sentimientos la inundaba.

No podía soportar que corriese ningún peligro, que fuese el objetivo de nada.

«Madre necesitaba a alguien. Sin embargo, en el Imperio Aka, en la dinastía kitsune, una viuda no tenía permitido mancillar el honor de su esposo fallecido. No podía permitirse amar de nuevo y mucho menos engendrar otra vida. La condenarían por ello. Dicen que fue un miembro del ejército de palacio, pero ¿qué importa? No todo es estatus. No todo es poder. No cuando Aoi es solo una niña que anhela a su hermana y, aun así, le niegan su compañía en público —se dijo mentalmente aguantando un sollozo—. A veces me cansa el peso de las leyes, del Imperio, de este legado que nunca elegí. A veces... daría lo que fuera por una vida sencilla, lejos de todo esto, junto a mi familia».

Aquellas palabras pugnaban por salir, por explotar ante su tío, frente al que jamás se podía hablar de incumplir normas o rebatir oraciones. Suki intentó morderse la lengua, pero su incipiente indignación se lo impidió.

—No, tío, Aoi es mi hermana, sea o no hija de mi padre —disparó, sin pensar en las consecuencias, sin importarle aquel tema tabú que había sido cerrado antes siquiera de abrirse.

La reacción de Noboru fue inmediata. Dio un paso hacia ella y el bastón golpeó el suelo como un trueno. Seco. Frío. Definitivo. Acercó su cabeza a la suya con rabia y le agarró el brazo con una fuerza inesperada.

—Parece que no hayas aprendido nada después de todo. Vuelve a decir eso, y te aseguro que, como alguien se entere de que tienes una hermana bastarda, tu madre y ella desaparecerán más rápido que una sombra al amanecer —gruñó—. Y esta vez no podré disimular tu ingenuidad con estratagemas.

Suki sintió la palabra *bastarda* como una aguja atravesándole las costillas.

Pero no retrocedió. No podía.

Sus ojos, brillantes de rabia contenida, se clavaron en los de su tío. Las lágrimas quemaban, pero no caían.

Aoi no era un error.

No era algo que ocultar bajo la alfombra.

Echó los rebeldes mechones níveos tras sus orejas e intentó serenarse.

—¿Eso es lo que piensas, tío? —preguntó con voz quebrada e intentando que no le temblase la barbilla.

Noboru no respondió. Su mirada helada se clavó en ella durante unos segundos demasiado largos. Y, de repente, algo cambió. Suki sintió una grieta, una pequeña fisura que demostraba que algo se había roto.

El hombre cerró los ojos y agitó la cabeza.

—No, hija —dijo, soltando el brazo de su sobrina con un gesto casi torpe, como si acabara de darse cuenta de que lo tenía agarrado—. No pienso eso en absoluto. Siento si mis palabras han sido duras, sé que lo has pasado mal. Tal vez... todo esto del ascenso nos está poniendo demasiado nerviosos. ¿Qué tal si hoy lo dejamos aquí? Sin rezos vespertinos, ¿de acuerdo?

Su tono había cambiado; había perdido la severidad habitual y había adoptado algo más cercano a la culpa, o tal vez al cansancio. La kitsune respiró un poco aliviada, pero todavía con un nudo en su interior que parecía haberse enredado aún más. Tal vez su tío tenía razón y la cantidad de estrés los estuviera poniendo al límite, aunque tenía que admitir que sus palabras habían calado más hondo de lo esperado.

—Gracias, tío —dijo en tono neutro.

—No me lo tengas en cuenta, Suki. Pero no vuelvas a nombrar el tema; eres plenamente consciente de las implicaciones —pidió de nuevo él con cautela, pero con gesto compasivo—. ¿De acuerdo?

Ella asintió, se deslizó hacia la puerta de papel de arroz y salió al amanecer sin mirar atrás. Necesitaba alejarse, respirar, correr, pensar. Todas esas cosas a la vez. La cercanía del ascenso era como una jaula, y solo quería dejar los barrotes atrás por unos momentos.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. No sabía si era rabia, tristeza o ambas cosas. Hizo un alto en un pasillo y apoyó la frente contra una columna, buscando consuelo en el frío mármol. «Si yo no fuera la kitsune...», pensó con amargura. Cientos de imágenes de cómo sería su vida comenzaron a desfilar ante ella.

«Si no tuviera esta maldita responsabilidad, padre seguiría vivo y madre estaría bien. Seríamos una familia normal. No habría oraciones interminables, ni desafíos mortales, ni decisiones que marcarían el destino de la humanidad». Pero la realidad era distinta. Los participantes muertos en el laberinto eran otra prueba de cómo todo lo que tocaba se desmoronaba.

9



Cuando llegó a la sala privada del palacio donde Lili la esperaba, Suki dejó caer el peso de su cuerpo sobre un cojín y exhaló con fuerza, conteniendo un grito.

—¿Otra sesión agotadora, mi radiante flor de cerezo? —preguntó su amiga, siempre halagadora mientras colocaba un cuenco de té frente a ella.

Suki levantó la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Hoy no soy una flor de cerezo, Lili... Soy un gusano atrapado entre los pétalos. —Se volteó y, de forma dramática, agarró un cojín para simular que era una larva de insecto—. No sé cuánto más puedo soportar esto.

Lili se sentó a su lado, acomodando su kimono con cuidado.

—¿Qué ha pasado, pequeño y hermoso gusanito? —bromeó.

La kitsune miró alrededor con gesto serio, comprobando si Aoi estaba presente. Se irguió y sostuvo el té entre sus manos temblorosas. Su piel estaba tan blanca como la porcelana.

—He discutido con mi tío, han muerto participantes en la prueba del laberinto y otros tantos por echarse atrás antes de la prueba, y yo... Yo no sé cómo afrontar todo esto... Es una locura... ¡No puedo más! —Su voz se rompió mientras apartaba el té sin beberlo—. A veces... a veces no quiero ser la kitsune.

Lili la escuchaba con atención, pues no era la primera vez que la joven acababa mentalmente sobrecargada.

—No digas eso, Suki. Eres fuerte, valiente y la salvación de todos. Además..., ¿qué pasa con los samuráis que quedan? Algunos te han impresionado, ¿no? Seguro que no todo es negativo.

—Sí, claro —respondió ella, su tono ahora más apagado.

—Venga, cuéntame —la animó su amiga, en un claro intento de mantener su mente ocupada—. ¿Cómo han salido del laberinto?

Suki tardó un momento en recomponerse.

—Hay dos..., Haru y Mei, que tienen algo especial. Él lideró un pequeño grupo, por lo que nos contó el yokai de los mil ojos, y ella recorrió la red de pasillos completamente a ciegas, pero...

—Ya..., no confías en ellos, ¿verdad? —Se levantó para alcanzar una pasta de la mesita y regresó a su sitio—. Pero no todo va a ser como en el pasado, Suki, tienes que mirar adelante y ver más allá del miedo.

Mirar adelante... ¿Cómo se suponía que debía hacerlo, si cada vez que lo intentaba, el pasado la arrastraba de vuelta?

La gente siempre se había acercado a ella con sonrisas y palabras bonitas. Hijos de consejeros, herederos de clanes, sobrinas de damas de compañía... Siempre con un propósito oculto. Siempre con el mismo disfraz de amistad.

«Seremos inseparables». «Confía en mí». «No me importa quién seas, me gustas por lo que eres».

Mentiras. Siempre mentiras.

Al principio, cuando era más joven, había querido creer. Porque necesitaba compañía; porque, con su madre apenas presente, quería sentir que podía contar con alguien más allá de su papel como la kitsune, como la futura emperatriz.

Y Suki había creído en una de ellas. La única a la que realmente había considerado su amiga. La única a quien había confiado lo más importante: la verdad sobre Aoi.

Y esa confianza había sido su error.

Aquella persona la había traicionado. Lo que comenzó como un murmullo en los pasillos se convirtió en un secreto prohibido susurrado en boca de demasiados. Un rumor que creció... y creció... hasta que casi destruyó a Aoi. Hasta que casi las condena a ambas.

Toda una vida de precaución, de ocultamiento. Toda una vida de mentiras cuidadosamente tejidas. Su madre abandonando el palacio durante el embarazo, fingiendo asuntos diplomáticos en regiones lejanas. Aoi viviendo en las sombras, prácticamente criada por las sirvientas, por Ada.

Y todo había estado a punto de derrumbarse por unas palabras malintencionadas, por una historia esparcida entre los cortesanos con la crueldad del veneno.

Si el rumor se hubiera confirmado, habría sido su condena pública. El pueblo habría exigido justicia, habrían pedido la ejecución de su madre.

Pero, por suerte, Lili estaba ahí.

Una simple sirvienta a cargo de sus aposentos, la única que jamás le había pedido nada, que tan solo quería estar al lado de la kitsune y servirla.

Lili fue quien dio la cara; quien, sin dudarlo, había afirmado ante todos que Aoi era su hija.

Ella había convencido a todos con aquella mentira, y había asumido verse señalada por ser una madre soltera. Había perdido su honor para siempre, la opción de poder tener marido, pero, a cambio, había ganado la confianza de la kitsune.

Noboru, ante las súplicas de Suki y sabiendo que no podía arriesgar la reputación de la kitsune, había atajado los cotilleos y respaldado la historia frente al consejo y el pueblo.

Desde entonces, Lili se había convertido en la mejor amiga de Suki, en su confidente, en su otra hermana. Aoi era una niña lista y sabía cómo eran las cosas. Había crecido con ellas, y eran su familia, aunque el mundo se empeñara en negarlo.

Por eso, para Suki, la confianza no era un regalo, sino un riesgo..., uno que no podía permitirse volver a tomar.

—No puedo confiar en nadie. —Negó con la cabeza; el miedo había regresado—. ¿Y si alguno de ellos me traiciona? ¿Y si su misión oculta es destruirme o frustrar el ascenso, como la Orden de la Purga? ¿Y si lo único que quieren es hundir al Imperio y traer la destrucción? ¿Y si... le hacen daño a Aoi?

Lili colocó una mano en la de la kitsune y la apretó con suavidad.

—No puedes vivir pensando en «¿y si...?» todo el tiempo. Serán tu guardia, te protegerán. Se han presentado voluntariamente y están dando su vida de manera altruista por ti. ¿Qué más razones necesitas?

—¿Y si no necesito protectores? —replicó Suki, con un tono más desafiante—. ¿Y si elijo a todos como mi Guardia Kitsune? O..., mejor todavía, ¿y si no elijo a ninguno? Tal vez no necesito subir a esa estúpida montaña.

Su dama de compañía arqueó una ceja ante tantas dudas.

—Sabes que eso no funciona así —dijo tajante—. Hum..., tal vez solo necesites unas vacaciones.

—¿Cómo? —dijo Suki, poniéndose de pie—. Estoy hablando en serio, Lili.

—¡Y yo! Piénsalo, tú, Aoi y yo. Y tal vez tu madre, si se encontrase bien —continuó ella, un paso más cerca—. Podríamos irnos... a las tierras de mi familia en el norte, allí aún me quedan dos tíos. Aunque sea unas semanas, solo hasta tu cumpleaños.

Por un momento, Suki dejó que la idea se asentara en su mente. Podía imaginarlo..., unas pocas semanas lejos de las oraciones, de Noboru, de las responsabilidades que la consumían. Unos días donde podría ser simplemente Suki. Pero la burbuja de irrealidad se rompió.

—¿Y qué pasa con mi guardia? Tengo que conocerlos antes de darles mi confianza. ¿Y mis clases? No estoy preparada para subir a la montaña, los dioses esperan que llegue en tan solo quince días. ¿Tú has visto la altura del Tenjou? Quince días para superar pruebas, para enfrentarme a cinco yokais aterradores, para dejar mi vida en manos de unos extraños... No es tiempo suficiente. —La habitación comenzó a cerrarse sobre ella—. No estoy preparada. Tengo que ser capaz de hacerlo sola, para no depender de nadie, para que no puedan traicionarme.

—Suki, ¿te das cuenta de lo que dices? No puedes hacerlo todo sola.

—¿Y por qué no? Si no necesito a nadie, nadie puede fallarme.

Lili suspiró, claramente acostumbrada.

—Ah, claro, su alteza es invencible —ironizó Lili—. No come, no duerme, no necesita a nadie, solo va a escalar una montaña llena de monstruos sin dejarse ayudar por sus guardianes, ¿verdad?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo entiendes. —Suki sonó más áspera de lo que pretendía, pero se derrumbó—. No es que quiera subir sola, sino que no quiero volver a depender de nadie. Si se presenta un problema, quiero ser capaz de afrontarlo, de salir victoriosa, de no depender de otros.

La kitsune regresó al futón y se encogió de nuevo entre los cojines bajo la atenta mirada de Lili. La dama de compañía se acercó y simplemente la abrazó.

—Mira..., fíjate cuánto haces por el ascenso, por los kami-sama y su voluntad —murmuró con lentitud—; te entregas a ellos en cuerpo y alma. Pero dime, Suki, ¿qué han hecho los dioses por ti últimamente?

Ella abrió la boca; sin embargo, las palabras no salieron. La pregunta quedó flotando en el aire mientras Suki miraba hacia la ventana. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía respuesta.

Una brisa ligera movió las cortinas y, por un instante, la idea de descansar parecía alcanzable. Pero en algún lugar de las sombras, una figura permanecía inmóvil apretando un bastón con fuerza.

* * *

Los participantes fueron conducidos al interior de la muralla Ichi, donde se encontraba la arena para su siguiente prueba. Para muchos de ellos, estar tan cerca del palacio era una experiencia que nunca habían imaginado. Los aspirantes eran incapaces de apartar la vista de las paredes marmóreas de la residencia de la kitsune, que brillaban bajo el tenue sol de la mañana. Incluso Ryuu, acostumbrado a mantener su expresión impasible, dejó escapar un leve suspiro de asombro ante la magnitud y perfección del lugar.

—Bien, podéis practicar por aquí —informó Ota, señalando el amplio patio empedrado frente a la puerta levadiza, que permanecía alzada, impidiendo el acceso al interior—. A media mañana será la prueba; va a ser dura, así que aprovechad este tiempo para entrenar. Por allí tenéis los aseos y el resto de las instalaciones. Desayunad algo, por favor; en aquella dependencia podéis serviros arroz y verdura. Estad preparados. Tenemos que dividir los escuadrones para atender un pequeño ataque de unos Noppera-bo en el mercado de la ciudad.

—¿Los yokais sin rostro? —preguntó Riku, visiblemente emocionado—. ¿Creéis que podría ayudaros? Soy bueno con las dagas.

La sonrisa se le borró de inmediato ante la expresión de Ota.

—Chico, estás aquí para conseguir un lugar en la Guardia Kitsune; si tienes tantas ganas de ver yokais, haberte inscrito en el ejército.

—Ya veremos más yokais en el ascenso —le dijo su hermana, poniendo una mano sobre su espalda.

El grupo intercambió miradas antes de dispersarse. Ryuu había notado que Haru seguía a Mei de cerca desde el día anterior, intentando entablar conversación. El chico del sombrero insistió en ir a por comida, y los gemelos no tardaron en alcanzarlos. Kaito, por otro lado, ya había comenzado su rutina de taichí en un rincón más apartado, mientras otros practicaban con sus espadas.

Ryuu estiró la espalda, aún dolorida. Finalmente no había necesitado sutura, pero la herida se le había abierto aquella mañana al vestirse y le escocía. Observó a todos por un momento antes de decidir que el lugar estaba demasiado concurrido para su gusto. Murmuró algo entre dientes y miró en derredor. Nadie parecía interesado en los baños ni en el empedrado que se extendía justo detrás y rodeaba el palacio hacia una zona más tranquila. Pensó que

un paseo para despejar la mente y familiarizarse con el terreno no estaría mal.

El aire tenía un frescor particular, mezclado con el aroma de la vegetación cuidadosamente podada que crecía a lo largo del foso. Ryuu se tomó un momento para admirar los detalles: las flores de loto flotando en el agua, las ramas de los cerezos inclinándose graciosamente sobre el borde. Pero su atención se desvió cuando vio una estructura al fondo. Parecían establos, y la idea de la tranquilidad que ofrecían le pareció atractiva. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia allí.

El ambiente cambió a medida que se acercaba. Esperaba encontrar el relincho de los caballos y el crujir de la paja bajo los pies; no obstante, en su lugar, se topó con una tensión inesperada. Al girar la esquina y entrar en la penumbra del establo, sus sentidos se afinaron de inmediato.

En un rincón bajo el techo de madera, dos figuras estaban enfrascadas en lo que parecía una discusión acalorada. Uno de ellos llevaba el uniforme de un sirviente del palacio, mientras que el otro, más corpulento y vestido con ropa de montar, tenía una postura amenazante, como si estuviera intentando intimidar al primero.

Ryuu se movió con cautela, ocultándose entre las sombras al tiempo que intentaba captar lo que decían. Su instinto le advertía que algo no estaba bien. Se acercó aún más, con sigilo, intentando captar las palabras que intercambiaban, pero apenas logró oír fragmentos.

—Te habían ordenado la simple tarea de dejar la puerta entornada —gruñó el hombre corpulento—. Ábrela de inmediato.

—No puedo... no puedo hacerlo. Si me descubren, estoy muerto —respondió el sirviente con voz temblorosa mientras retrocedía un paso.

El extraño no esperó más. En un movimiento brusco, sacó el puñal y lo colocó contra el cuello del sirviente.

—Ya estás muerto si no lo haces. Elige quién prefieres que sea tu verdugo.

—Prefiero morir con un poco de honor...

Ryuu avanzó rápido, aunque no lo suficiente. La hoja se hundió en la carne antes de que pudiera intervenir. El sirviente dejó escapar un sonido ahogado, sus manos subieron automáticamente hacia la herida mientras su cuerpo caía hacia delante. El atacante le arrebató la llave que llevaba colgada al cuello y abrió una puerta lateral que parecía conectar con el interior del palacio.

—¡Alto! —gritó Ryuu, desenvainando su espada, Sangreluna, pero el hombre ya había cruzado la puerta y desaparecido en la penumbra.

Se agachó sobre el cuerpo del sirviente, pero ya era demasiado tarde. La sangre teñía el suelo de piedra, y la vida se había escapado de él. Dando un golpetazo a la puerta de pura frustración, cruzó el umbral hacia un pasillo tenuemente iluminado con las lámparas de aceite.

Siguió el camino, pasando por unas escaleras, y, al doblar una esquina, vio la silueta desdibujada del hombre a la carrera. Ryuu aceleró el paso, pero, de pronto, el perseguido se quedó parado al emerger a una gran sala semejante a un vestíbulo. Giró la cabeza hacia él y sonrió. Fue entonces cuando el guerrero la vio.

Una niña de unos siete u ocho años se encontraba ante él. Su cabello liso y largo caía sobre su kimono azul, y sus ojos, todavía somnolientos, parpadearon con confusión.

—¿Li? —preguntó su voz dulce y preocupada—. ¿Dónde está Li?

El intruso fijó su atención en la niña, y Ryuu vio cómo cambiaba su postura. Un depredador que acababa de localizar a su presa.

Sin pensarlo dos veces, Ryuu se lanzó, poniéndose entre la pequeña y el extraño. Extendió un brazo hacia ella y la apartó suavemente hacia un lado, colocándola fuera del alcance del peligro.

—Corre. Ya —le susurró.

La niña dio un paso atrás, sus ojos llenos de miedo. Pero antes de que pudiera alejarse, un ruido de pasos llenó el pasillo. Noboru apareció envuelto en su hábito y acompañado de otro monje, ambos con expresiones de sorpresa y completamente desarmados. El intruso giró su atención hacia ellos y cargó, puñal en mano.

—¡Atrás! —gritó Ryuu—. Dejádmelo a mí.

Noboru intentó esquivarlo, pero el filo encontró su objetivo, hundiéndose en su costado. El monje que lo acompañaba retrocedió, horrorizado, mientras Noboru caía al suelo con un gemido de dolor.

La katana de Ryuu cortó el aire con precisión letal, obligando al atacante a retroceder. El hombre intentó bloquear el ataque con su puñal, pero la fuerza del guerrero era demasiada para él. De un salto elegante contra la pared y tras una vuelta en el aire, Ryuu se posicionó enfrente de su contrincante. En cuestión de segundos, logró desarmarlo y reducirlo, haciéndolo caer de espaldas en el suelo gracias a una finta bien ejecutada; su cabeza rebotó sobre el suelo de piedra pulida como si fuera un coco.

—Esto se acaba aquí.

El hombre no respondió, pues se hallaba inconsciente con una mueca de odio ya permanente.

Ryuu desvió la mirada hacia la niña, que observaba el cuerpo con los ojos abiertos de par en par, temblorosa.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó con suavidad, tratando de no asustarla más.

Ella negó con la cabeza, alternando la mirada entre la sangre que manchaba el suelo y su salvador, como si estuviera hipnotizada por

la escena.

—Sangras —dijo simplemente.

Entonces Ryuu se dio cuenta de que la espalda goteaba de nuevo. La niña, seguramente impresionada por la situación, dio un paso hacia atrás, después otro, hasta que, de repente, giró sobre sus talones y echó a correr, dejando un eco de pasos apresurados tras de sí. Antes de perderse de vista, frenó en seco e hizo una reverencia breve.

—¡Gracias! —exclamó a lo lejos. Y desapareció entre los pasillos.

«Esa niña..., hay algo en ella», sonó la voz en la mente de Ryuu.

El guerrero envainó su espada.

—La forma de la cara, la nariz, el pelo... Estoy casi seguro de que es la hermana de Suki —susurró en respuesta—. Siempre hubo rumores de que tenía una hermana, ¿no? Supongo que, si es cierto, algún vestigio de poder divino debe habitar en ella..., como en la kitsune. La sangre tiene memoria.

Al oír un quejido, volvió la cabeza hacia Noboru, que estaba en el suelo, sosteniendo su costado con una mano ensangrentada. El monje que lo acompañaba se arrodilló junto a él, presionando la herida para detener la hemorragia.

—¿Está bien, alteza? —preguntó Ryuu mientras aseguraba al intruso antes de que despertase.

—Estaré bien —respondió Noboru con esfuerzo—, pero ¿qué haces tú en palacio? ¡Soldados!

Ryuu apretó los dientes y miró por última vez hacia el pasillo por donde había huido la niña.

10



Noboru le había dado el resto del día libre, así que Suki tenía unas horas hasta que comenzase la segunda prueba. Se abrigó bien y aprovechó para pasear. Había salido un poco el sol y quería sentir su calidez. Subió el montecillo tras el palacio, coronado por la pagoda y siguió caminando un poco más hasta llegar frente a la tumba de su padre. Se sentó frente a la lápida y encendió una espiral de incienso para, tal vez, pedirle consejo a él.

—Kami-sama, velad por el espíritu de mi padre —suplicó en voz baja—. Velad por mí, por mi ascenso, por la integridad de mi familia. Asumo el castigo que me ha legado la sangre, asumo mi rol, pero no dejéis que le pase nada a mi hermana.

Cuando se disponía a seguir con la oración, Lili llegó corriendo al pequeño jardín. El aliento se le escapaba en jadeos descompasados. El clima no acompañaba, pues volvían a caer esos copos de nieve

tan típicos de finales de enero. Desvió la mirada del grabado que adornaba la lápida fría y silenciosa.

—¡Suki! —gritó Lili, interrumpiendo sus pensamientos.

Algo en la voz de su dama de compañía hizo que se levantara de inmediato. Era la segunda vez en pocos días que Lili acudía corriendo a donde se encontraba, y la experiencia de la vez anterior no auguraba nada bueno.

—¿Qué ha pasado?

—Es Aoi... Hubo un ataque en palacio. Intentaron entrar, y Aoi estaba ahí. —Las palabras le salían atropelladas—. También han atacado a Noboru..., está herido.

Antes de que pudiera terminar, Suki ya había comenzado a correr hacia el palacio, con Lili siguiéndola de cerca. El aire parecía volverse más helado con cada paso, le atravesaba los pulmones como cuchillas afiladas. Aquellos malditos zapatos iban a matarla. Los lanzó hacia un lado mientras corría, sin importarle nada más que su hermana. Los gritos y órdenes de los soldados le llegaban como un eco lejano, y las lágrimas ya brotaban con el esfuerzo y la preocupación. Al llegar, casi resbalando por la humedad de sus calcetines de lana, vio a su hermana pequeña sentada en el suelo y rodeada por soldados y sanadores en una esquina del pasillo. Aquellos mofletes siempre colorados lucían pálidos ahora, pero al menos estaba viva.

—¡Aoi! —Suki cayó de rodillas junto a ella y tomó su rostro entre las manos—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Aoi negó con la cabeza, el rostro demudado. Los soldados dieron unos pasos hacia atrás.

—Estoy bien, Suki... Solo... tenía mucho miedo —lloriqueó—. El señor Li se... se ha muerto, pero un chico muy fuerte me salvó. Daba volteretas y... y tenía una gran espada.

A Suki casi se le rompió el corazón al escuchar aquellas palabras tartamudeantes. La abrazó con fuerza, como si con ese gesto pudiera protegerla de cualquier mal.

—¡Suki! —La voz de Noboru llegó desde detrás de ella acompañada de una mirada de reproche que le hizo darse cuenta de que estaba abrazando a Aoi delante de todo el mundo.

Su tío apenas podía caminar; tenía el tórax vendado y usaba el bastón para lo que realmente servía, como punto de apoyo.

—¡Tío! —Corrió a su lado, sin poder abrazarle debido a su herida —. ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho?

—Estoy vivo... Pero ¿te das cuenta ahora? ¿Entiendes por qué tu papel es vital? No se trata solo del Imperio, Suki. Es tu familia.

—¿Quién os ha salvado? ¿Ota? ¡Cuéntame qué ha pasado!

Noboru negó con un gesto lento.

—Aoi y yo estamos vivos gracias a Ryuu, que estaba convenientemente dentro del palacio. —El tono de su voz era gélido, cargado de desconfianza—. No me fío de ese chico, parece que todo es muy casual a su alrededor. Vigílalo.

—Entró de repente y me apartó antes de que ese hombre pudiera tocarme. Fue increíble, Suki. Peleaba como si no tuviera miedo de nada —intervino Aoi.

—¿Y qué hacía Ryuu en palacio? —preguntó finalmente Suki, mirando a Noboru con el ceño fruncido.

Su tío aprovechó la pregunta como una oportunidad que hubiera estado esperando.

—Exactamente, Suki. ¿Qué hacía aquí? En este mundo, nada ocurre por azar.

—Él salvó a Aoi, ¿no, tío? —respondió finalmente, su voz firme—. Puede que te parezca todo demasiado conveniente, pero hablaré con él para que me explique qué hacía ahí, para saber si puedo

confiar en él como parte de mi guardia. No podemos descartar a alguien tan capaz.

Noboru fue a quejarse; sin embargo, antes de poder discutir, un sanador acudió a vendarle de nuevo el costado, que volvía a sangrar.

Con la voz llena de dolor, dio las órdenes pertinentes para investigar la brecha en la seguridad que había permitido un infiltrado y para que le dieran un entierro justo al mozo de cuadras.

Un sentimiento de culpa se clavó de pronto en el pecho de Suki al darse cuenta de que su tío continuaba preocupándose por el Imperio incluso herido, y ella seguía enfadada con él por la discusión de aquella mañana. Pero, antes de que pudiera acompañarle a la enfermería, uno de los soldados se acercó.

—Alteza, los finalistas han sido reunidos. La prueba comenzará pronto.

* * *

Suki salió corriendo sin sus zuecos, tan solo con los gruesos calcetines empapados que eran más un adorno que una prenda de ropa. Agarró su incómodo kimono hasta llegar al borde de la arena, observando cómo los participantes practicaban con espadas y lanzas. Sus ojos encontraron a Ryuu, quien apretaba una venda alrededor de su torso y movía los labios, tal vez en un rezo privado. Pero antes de que pudiera acercarse, Ota la interceptó.

—Alteza —dijo el general del ejército, bajando la cabeza en un saludo respetuoso—. ¿Hay algo que necesite?

Suki alzó la mirada hacia él sin hostilidad.

—Quiero hablar con Ryuu. A solas.

El general se inclinó de nuevo, esta vez con una pizca de curiosidad en sus ojos, antes de dar un paso al costado. Suki avanzó

hacia donde estaba Ryuu.

—Buenas tardes, kitsune —la saludó, torciendo ligeramente la cabeza.

—Necesito hablar contigo. Ahora.

Tal vez había sido un tono demasiado brusco para su primera interacción, pero a Suki la comían los nervios, y si lo hacía de otra manera, se amedrentaría ante los ojos del muchacho. No quería admitir que le daba miedo, pero lo hacía.

Él asintió sin hacer preguntas, ató los extremos del vendaje con fuerza y la siguió. Ota se mantuvo a una distancia prudente, aunque vigilante. Una vez alejados del ruido y las miradas curiosas, Suki se giró hacia él, cruzándose de brazos.

—Estás herido —observó ella.

—No es nada, ya está sanando.

—Hoy salvaste a alguien importante para mí. Sin embargo, necesito entender algo —comenzó—. ¿Qué hacías dentro del palacio cuando ocurrió el ataque? No es que no aprecie lo que hiciste, pero quiero saber por qué estabas allí. No te correspondía.

Ryuu la observó con calma. No había ni un solo rastro de nerviosismo en su expresión, solo respeto y sinceridad.

—Estaba protegiéndola, alteza —respondió con una claridad que la desarmó—. No solo a vos, sino a todo lo que rodea su misión sagrada.

—¿Y cómo sabías que había una amenaza?

—Mi deber como Guardia Kitsune es prever cualquier peligro antes de que se convierta en un problema. Simplemente pasaba por los establos cuando vi al intruso dirigirse al interior; no tuve otra opción que actuar, que seguirle antes de que provocara más bajas.

«Vaya, qué poético ha quedado eso», dijo la voz de su cabeza.

—Por favor, no me trates de manera tan formal —pidió ella, sabiendo que cruzaba un límite de confianza, pero era necesario—. Dime, ¿de dónde vienes? ¿Cuál es tu ascendencia?

—Provengo del desierto en la región de Suna. Mi clan, Tsukikage, es poco conocido fuera del reino, alteza. Somos discretos y silenciosos; no por nada nos llaman alacranes.

—¿Y por qué alacranes? —quiso saber la chica.

—Porque nos movemos sin ser vistos. Atacamos desde las sombras solo cuando es necesario. Aunque, a diferencia de estos seres, nosotros únicamente aceptamos misiones que armonicen con el bien común.

Era difícil saber si estaba diciendo la verdad o solo lo que ella quería escuchar. La mirada de Suki bajó por un instante a su cuello. Su piel era un poco más tostada que la del resto. Detalles pequeños que encajaban en la historia que contaba. Pero ¿qué historia no estaba contando?

—No dudaste en clavar tu espada en un compañero —dijo sin rodeos.

—No dudé. Ni dudaré cuando de ello dependa el bien común. La seguridad de la kitsune, la salvación del Imperio.

Suki sintió un escalofrío en la nuca provocado por la seguridad con la que hablaba, como si realmente creyera en cada palabra que decía. Y por su porte, su figura recta con las manos entrelazadas a la espalda, como un soldado.

—Muchos te miran con desconfianza tras lo ocurrido. Parece demasiada coincidencia que siempre estés en el lugar indicado, en el momento justo.

La kitsune estaba poniendo en duda su lealtad y era comprensible. A pesar de la confianza que tenía en sí mismo, la mirada que le

dedicó le hizo dar un respingo y pensar que ojalá pudiese mostrarle lo entregado que estaba a su causa.

—En ocasiones pienso que los problemas me persiguen, aunque prefiero creer que esta vez tan solo fue una coincidencia desafortunada.

—O demasiado afortunada para ser casualidad.

Ryuu alzó levemente la comisura de sus labios. Un gesto apenas perceptible, pero que Suki no pasó por alto.

—¿Y vos? Perdón... ¿Y tú? —corrigió con una ligera inclinación de cabeza. El cambio de tono formal parecía costarle.

Ella se cruzó de brazos, expectante.

—¿Yo qué?

—¿También desconfías de mí?

Suki arrugó la nariz. Por supuesto que lo hacía. Desconfiaba de todo el mundo, pero además ese samurái también la asustaba. Había algo oscuro en él, y no solo eran sus ojos.

—Pronto lo descubriremos, alacrán del desierto. Espero que me demuestres que no hay razón para temer a los escorpiones... ni a su veneno.

Ryuu elevó una ceja, evaluándola con más interés. No había imaginado así a la kitsune: atrevida, exigente, firme. Él, que había planeado envolver su presencia en un halo de misterio, manteniéndose en las sombras, se encontró con que la muchacha ante él parecía dispuesta a derribar cualquier barrera que intentara imponer.

Su misión era clara. Protegerla. Mantener su integridad. Asegurar su llegada al quinto cielo. Pero lo que no había previsto era que ella también intentaría descubrir quién era él. No al menos tan pronto.

La conversación finalizó tan rápido como había comenzado, pero Suki no pudo evitar sentir que él había conseguido más información

de ella que ella de él. Se dirigió a la grada de la arena con pensamientos enfrentados y la calma impenetrable de Ryuu, que no se iba de su mente.

* * *

En la sala estaban reunidos los ocho finalistas. Ryuu distinguía diferentes grados de tensión y concentración en sus compañeros. El espacio era amplio, con armas alineadas en estantes a los lados: espadas, lanzas, arcos y flechas. Pero no podían usarlas todavía.

Ota, el general, se encontraba frente a ellos, acompañado por Noboru, que estaba sentado en una silla con la cara pálida.

—¡Participantes! —comenzó Ota, poniéndose firme—. Notaréis que faltan algunos de vuestros compañeros. El Hyakume nos facilitó la tarea de descalificar a varias personas que se sirvieron de trampas o simplemente de una estrategia cuestionable para salir del laberinto. Las dudas sobre algunos de ellos fueron clave para no contar más con su presencia. En esta prueba seréis ocho, y no solo mediréis vuestra habilidad en combate, sino vuestra capacidad para trabajar en equipo. Frente a vosotros liberaremos a un yokai superior, una criatura peligrosa que tendréis que vencer con estrategia y colaboración. Os adelantamos que no se clasificará quien lo venza, sino quien, mediante el trabajo conjunto, consiga resultados.

—No se os permitirá usar vuestras armas personales —añadió Noboru desde su asiento, dolorido, mientras fijaba su mirada en Ryuu—. Las que veis aquí son las únicas que podréis emplear, y solo una vez que estéis en la arena.

«Te das cuenta del propósito de esto, ¿verdad? Pretende descalificarte. Piensa que eres bueno solo con tu arma —susurró

calmadamente la voz dentro de Ryuu, y añadió en una carcajada—, aunque no le quito la razón...».

Lanzó una mirada curiosa hacia el estante. Había siete armas, correspondientes a diferentes disciplinas. Y, a la derecha, un poco apartado del resto, se encontraba un palo.

—Me pido que no me toque el palo —dijo en voz baja Sogo.

—Cualquier muestra de egoísmo, deslealtad o incapacidad para adaptarse será considerada en vuestra evaluación —continuó Ota, ignorando el comentario—. Recordad: la guardia de la kitsune no es un lugar para héroes solitarios. El objetivo principal es simple: acabar con el demonio. No sintáis compasión por esa criatura. Fue capturado hace tres semanas en un pueblo cercano. Desde entonces no ha probado bocado, probablemente aún esté digiriendo la cantidad de humanos que devoró. Es hora de que pague por sus crímenes.

Ryuu vio cómo Haru se cruzaba de brazos y miraba de reojo a Mei, que permanecía tan estoica como siempre, la vista fija en el arco colgado en la pared. Kaito, en cambio, parecía impaciente; sus dedos tamborileaban contra el mango de su espada, a pesar de que no podría usarla.

Las adornadas puertas dobles que conducían a la arena se abrieron lentamente, dejando entrar un rayo de luz que iluminó el suelo de piedra.

—Es hora —dijo Ota, dando un paso atrás—. Repartíos las armas y entrad.

Frente a los participantes, las siete armas relucían al sol: una katana, una espada convencional, una lanza, un arco con su carcaj, unos *nunchaku*, un látigo de cuero reforzado y una daga. Y, al final, casi como un chiste cruel, un palo tosco, probablemente arrancado de algún árbol cercano.

Haru fue el primero en romper el hielo.

—Bueno, al menos no tenemos que pelear por el palo, ¿no? —dijo con una sonrisa torcida, señalando el objeto con un gesto de la cabeza.

—¿Quién lo dice? —intervino Azumi con una mirada desafiante y la herida del día anterior adornando su rostro—. Tal vez el palo tenga más utilidad de lo que parece y todo sea una prueba.

—Claro, porque golpear yokais con un palo es lo que todos soñamos hacer en estas pruebas —replicó Sogo, cruzando los brazos y lanzando una mirada de incredulidad al resto—. Quédatelo tú, entonces, lista.

Ryuu no hacía ni un movimiento al lado de Kaito, evaluando cómo proceder. Como era costumbre, Mei no intervino. Simplemente observó las armas y luego al grupo, esperando a que alguien tomara la iniciativa.

Haru suspiró dramáticamente.

—Está bien, está bien, vayamos eligiendo antes de que nos lancen al yokai sin nada en las manos. —Dio un paso adelante y tomó la daga con un gesto seguro—. Yo me quedo con esta pequeñina.

Kaito, sin esperar a que Haru terminara de hablar, se adelantó y agarró la katana, como si temiera que alguien pudiera arrebatársela.

—Perfecto —dijo, dando un paso atrás mientras desenvainaba levemente la hoja para comprobar su filo—. Yo lucharé con un arma de verdad.

Azumi y Riku se movieron casi al mismo tiempo, como si hubieran decidido de antemano qué querían. Azumi tomó el látigo, mientras Riku optó por la lanza.

—Parece justo —comentó Azumi—. Nos serán útiles.

Mei se acercó al estante con calma. Sus dedos se cerraron alrededor del arco, examinándolo brevemente antes de equiparse

con el carcaj.

Sogo alargó la mano para hacerse con los *nunchaku*, una de sus armas preferidas. Sonrió con satisfacción, pero no dijo nada.

—Queda la espada —señaló Haru, mirando alternativamente al último participante y a Ryuu.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos mientras miraban el palo.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—No pienso usar un maldito palo para defen... —comenzó Koshiro, el muchacho restante.

—Yo me quedo con el palo. —La voz de Ryuu cortó la queja.

Todos se giraron hacia él, sorprendidos.

—¿Tú? —preguntó Kaito con una mezcla de burla y escepticismo —. ¿El chico misterioso con el aura de «soy invencible» va a luchar con un palo?

Ryuu dio un paso al frente, ignorando la provocación. Se aproximó y tomó el palo entre sus manos, como si fuera una espada ceremonial.

—No es el arma lo que define al guerrero, sino lo que es capaz de hacer con ella —dijo, sin dar más explicaciones.

Después giró sobre sus talones, con el palo en la mano, y se dirigió hacia el centro de la arena, dejando al resto mirándose entre sí.

Las paredes de piedra subían más de tres metros y formaban un círculo perfecto, un coliseo improvisado que parecía diseñado para retener a cualquier criatura dentro de sus límites. La arena marrón que cubría el suelo estaba apelmazada para evitar resbalones. Emanaba el aroma de la tierra recién humedecida por la nieve, que se entrelazaba con el inconfundible olor del miedo. Sí, para Ryuu el miedo tenía un aroma muy peculiar: era la primera gota de sudor, la

respiración agitada, un aliento entrecortado. Era el recordatorio de que, por mucho que uno se preparase, la muerte nunca dejaba de parecer más grande que la vida.

El rugido del Oni resonó como un trueno, reverberando en las paredes de la arena, sacudiendo la mente del guerrero.

—Oh, no —susurró Mei—, eso suena a algo grande. Mantengámonos juntos.

Que ella pidiera unidad cuando hasta entonces había decidido actuar sola decía bastante del peligro que estaban a punto de enfrentar. Nadie se negó a aquella petición.

La puerta de hierro chirrió al abrirse, deslizándose lentamente como si quisiera darles tiempo para preparar sus mentes para lo que se avecinaba. De entre la oscuridad, como envuelta en humo negro, emergió una figura que no necesitaba presentación.

—Que los dioses nos asistan... —susurró Azumi agarrando la mano de su gemelo.

11



Frente a ellos se desplegaba una visión de pesadilla, un demonio de leyenda que había cobrado vida. Ryuu distinguió un pedazo de su piel roja, que parecía arder bajo la luz del día, y casi pudo sentir cómo temblaban algunos de sus compañeros. Cuando asomaron los cuernos que coronaban su cabeza y parecían destinados a atravesar cualquier obstáculo, hasta él rezó internamente lo que sabía. Cada paso que daba levantaba una nube de polvo, y el suelo temblaba bajo su peso. Una vez bajo la luz que entraba por el techo descubierto, se podía distinguir claramente su pecho, recubierto por placas de hueso que parecían un exoesqueleto natural y se movían al compás de su respiración. En la calavera que era su cara, unos ojos, dos esferas de fuego líquido tan ardiente que era casi blanco, se deslizaron por el grupo frente a él con una inteligencia burlona; y la sonrisa que mostró, retrayendo la poca piel que cubría su

mandíbula, dio paso a unos dientes afilados como dagas. Ese fue el único saludo.

Haru, el primero en reaccionar, levantó su daga, las manos temblando ligeramente. El sudor empezaba a acumularse en su frente, pero aun así tomó la iniciativa.

—¡Escuchad! —gritó, girando la cabeza para asegurarse de que todos podían oírlo—. Necesitamos un plan. Si atacamos sin coordinación, estamos muertos. ¡Ryuu, Azumi, Koshiro, tomad posición detrás! ¡Kaito, conmigo por el flanco izquierdo, ataca las piernas! ¡Tú, Riku, flanco derecho! ¡Mei, ojos! Distraedlo. Sogo, tu vigila sus movimientos, trata de encontrar un punto débil. Yo me encargo de dirigir...

Antes de que pudiera terminar su frase, Ryuu ya había avanzado. Sostenía el palo como si fuera el arma definitiva, moviéndose con una rapidez que dejó al grupo momentáneamente paralizado. No había duda en sus movimientos, ni titubeo en su postura. Con una precisión casi coreografiada, esquivó de una elegante voltereta en el aire hacia atrás el primer golpe del Oni, un puño masivo que bajó con fuerza hacia él, levantando un vendaval de polvo y fragmentos de piedra.

—¡Ryuu, espera! —gritó Haru con desconcierto.

El palo de Ryuu impactó contra la muñeca del Oni con un golpe seco que resonó más fuerte de lo que debería haber sido posible para un simple trozo de madera. Aunque el monstruo no mostró señales de dolor, el impacto fue suficiente para desviar su atención y obtener unos preciosos segundos.

—¡Tomad posición! —gritó Ryuu sin mirar atrás, esquivando un segundo golpe del Oni con la agilidad de un gato—. Seguid el plan de Haru, ¡estoy ganando tiempo para que os organicéis!

—¡Vamos! —añadió Haru rápidamente, intentando mantener el liderazgo.

Kaito se desplazó hacia el lado opuesto de Ryuu, su katana arrancaba destellos bajo la luz del sol.

—¡Empiezo por las piernas! —advirtió.

Sin perder tiempo, se coló por debajo y lanzó un corte directo a la corva izquierda del Oni, apuntando al tendón. La hoja cortó la gruesa piel del monstruo, haciendo que este rugiera de furia y cambiara momentáneamente de objetivo. Sin embargo, a pesar de la herida, el Oni mantuvo su postura, como si su inmenso cuerpo se negase a ceder.

De reojo, Ryuu distinguió que Mei ya estaba en posición desde la retaguardia mientras el resto trataba de sobrevivir como podía. Con la concentración de una cazadora nata en el rostro, tensó el arco, se tomó su tiempo para acompasar la respiración y disparó una flecha directamente hacia los ojos de la criatura. El primer disparo falló por un pelo, la adrenalina le habría jugado una mala pasada. El guerrero la vio tomar aire más profundamente y esperar otro minuto, sin dejarse llevar por la ansiedad del momento. La segunda saeta impactó en su objetivo, haciendo que el Oni retrocediera y se llevase las manos a la cara ahora ensangrentada.

—¡Buen tiro, Mei! —gritó Haru, quien ya estaba alineando su ataque—. ¡Ciégalo!

Aprovechó la distracción y, asegurando su sombrero, se lanzó al flanco izquierdo. Sin embargo, el Oni giró con una velocidad sorprendente para su tamaño, haciendo un amplio e inesperado barrido con sus brazos que se llevó por delante a Haru y a Koshiro, lanzándolos contra la pared de roca en un estallido que paralizó a todos los presentes. Un quejido de dolor emergió de uno de ellos.

No habían pasado ni diez minutos y el demonio tenía ventaja.

Ryuu alzó la vista a la grada, donde Suki se había levantado de un salto, con los ojos desorbitados y las manos temblorosas apretando un paipay que, en su desesperación, había terminado por romper en dos. Los fragmentos de madera astillada se clavaron en su piel, pero no pareció notarlo; su interés estaba fijo en la arena. Los rugidos del Oni, los gritos de los participantes, el polvo que le impedía ver qué pasaba con exactitud... Todo la envolvía en una vorágine de impotencia. Quería gritar, hacer algo, pero ni su formación ni su posición le permitían bajar a ayudarlos.

En ese momento, una nube bloqueó el sol, como un augurio. Y el demonio aprovechó para moverse. Levantó tierra, con la intención de limitar la visión de sus contrincantes, y movió la mano hasta un objetivo. Hizo blanco sin esfuerzo.

—¡Riku, Riku! —chilló Azumi con ojos llenos de terror al ver que su hermano había recibido el impacto y, consecuentemente, había salido despedido contra la pared de piedra de un violento barrido. Echó a correr hacia él, ignorando por completo el peligro y su posición dentro de la estrategia grupal de ataque.

Por suerte, Mei, desde la retaguardia, no perdió el ritmo. Tensó su arco una vez más y disparó otra flecha directa al rostro del Oni. El proyectil pareció impactar en el único ojo que le quedaba funcional, arrancando un rugido de agonía y haciendo que cayese hacia un lado, desestabilizado.

La tierra vibró con la caída, y un pedazo de muro cayó demasiado cerca de Azumi, que abrazaba el cuerpo de su hermano. Koshiro aún estaba inconsciente cuando aquella gran cantidad de piedras cayó sobre él.

Todos gritaron al mismo tiempo.

—¡Ahora! ¡Es el momento! —gritó Haru con esfuerzo y escupiendo algo más rojo que la saliva. Había evitado aquella avalancha por

unos centímetros y sus ojos escanearon rápidamente a los demás—. ¡Atacad juntos, por los costados!

Kaito no necesitó más órdenes. Ya estaba avanzando por el lado derecho, su katana lista para golpear. Bloqueó un puño de la criatura que iba directo hacia Azumi, quien se negaba a moverse del lado de Riku. De un salto ágil, cortó una de las enormes manos del Oni. Pero su ataque fue demasiado directo; el yokai reaccionó con un chillido ensordecedor, girando su torso y golpeándolo con la otra mano, enviándolo al suelo con un impacto sordo.

—¡Maldita sea! —gruñó Kaito, tosiendo mientras intentaba levantarse. Se había raspado el costado contra el suelo. Notaba al menos un par de costillas rotas, pero no era la primera ni sería la última vez que le ocurría. Sabía perfectamente cómo moverse a continuación para que el hueso no perforase sus pulmones, pero debía ser cauto. Otro golpe como ese podría mandarle al otro mundo.

Mientras tanto, Ryuu, con el simple palo en sus manos, se movía con precisión y calma, esperando el momento exacto para intervenir. Observó cómo Azumi intentaba levantar a Riku, pero el Oni ya los había localizado y reconocido como los más débiles. Aquello le hizo darse cuenta de que no había perdido su visión por completo, y, lo que era peor, sus movimientos erráticos y la sangre que goteaba de sus heridas lo hacían aún más peligroso incluso mutilado.

La criatura rugió con renovada furia y arremetió en dirección a Azumi y Riku, levantando una nube de polvo y piedras con cada paso. Diez metros y lo tendrían encima.

—¡Azumi, aléjate! —gritó Haru, pero ella no parecía escuchar.

Su enorme puño cayó al suelo, apenas a un paso de distancia de donde la chica se agitaba con desesperación sobre su hermano.

—¡Riku, por favor, despierta! —gritó, sacudiendo el cuerpo inerte de su gemelo mientras las lágrimas se mezclaban con la suciedad de su rostro. El pánico nublaba su juicio.

Al mismo tiempo, Suki perdía la cordura casi tanto como la propia Azumi. Las lágrimas le goteaban mientras, con la voz quebrada, suplicaba a Ota y Noboru que hicieran algo, que intervinieran, que salvaran a los participantes. Se aferró al brazo de Ota, apretándolo con fuerza, incapaz de seguir mirando.

—¡Van a morir! —gritó Suki con tanta fuerza que llegó hasta los oídos de Ryuu—. ¡Por favor, haz algo, tío!

La respuesta no llegó. Levantó la vista para ver a Azumi inclinarse sobre el cuerpo de Riku, mientras la sombra del Oni se alzaba sobre ellos como un presagio de muerte. Suki sintió que el mundo se desmoronaba bajo sus pies, pero no había nada que pudiera hacer.

—¡Azumi, muévete! —bramó Haru desde el otro lado de la arena, sin poder acercarse lo suficiente. La criatura seguía bloqueando su camino.

Mei tensó otra flecha, apuntando al brazo del Oni que se alzaba para asestar un golpe fatal. Disparó con precisión y el proyectil se clavó en la articulación. El monstruo rugió de dolor, desviando por un instante su atención, lo que le permitió a Haru correr sin peligro.

Desde detrás de unas piedras, Sogo asomó la cabeza, su tez lívida de miedo. Miró la escena, sopesando sus opciones. Sus dedos temblaban pero sostenían sus *nunchaku*.

—Sogo, ¡haz algo! —gritó Kaito con reproche al verle oculto como un cobarde—. ¡Sal de ahí y ayúdanos, desgraciado!

El chico tragó saliva y volvió a esconderse tras las rocas, murmurando algo inaudible para el resto.

Ryuu, mientras tanto, avanzaba lentamente, el palo en sus manos como si fuera un arma letal. Azumi seguía sobre Riku, intentando

reanimarlo.

—¡Azumi, no puedes quedarte ahí! —gritó Mei, lanzando otra flecha, que falló al impactar contra una de las placas óseas del monstruo, que estaba ocupado intentando arrancarse la que le impedía flexionar el codo sin sufrir punzadas de dolor—. Muévete de una vez, ¡ya!

Azumi levantó la vista un instante, sus ojos llenos de desesperación.

—¡No puedo dejarlo! ¡Es mi hermano! —sollozó, justo cuando el Oni levantaba su brazo nuevamente, dispuesto a aplastarlos.

Fue en ese momento que Haru, con una rapidez que parecía imposible tras el agotamiento acumulado, se lanzó hacia Azumi. Su cuerpo chocó contra el de ella con fuerza, empujándola hacia un lado y sacándola de la trayectoria del golpe. El crujido estremecedor de huesos al romperse y el salpicar de sangre pintaron la arena mientras Azumi soltaba un grito desgarrador, un sonido que parecía arrancado de lo más profundo de su alma. Su hermano había sido abatido de manera brutal.

La criatura dejó escapar una carcajada gutural, como si disfrutara del caos que estaba causando, dejando a la vista sus horribles dientes afilados, preparado para lanzarse a por su comida.

Fue el instante decisivo. Ryuu se lanzó. No dejaría que eso pasara.

—¡Ryuu, cuidado! —gritó Kaito, quien se incorporaba con dificultad.

El Oni desvió su atención hacia el samurái, justo como él había planeado. Con un movimiento rápido y preciso, saltó hacia el cuello del monstruo y usó el palo para golpear con fuerza una de las heridas que Mei había abierto con sus flechas. La criatura soltó un gruñido gutural, tambaleándose una vez más.

Sogo finalmente salió, blandiendo sus *nunchaku* de manera torpe, como si intentara armarse de valor en el último segundo. Dio un par de pasos hacia el Oni, pero sus manos temblaban visiblemente. En lugar de atacar, se quedó a unos metros, levantando los brazos y gritando con toda la fuerza que pudo reunir:

—¡Muere, monstruo!

El grito, aunque angustiado y evidentemente más para aparentar que por valentía, distrajo al Oni el tiempo suficiente para que Ryuu pudiera trepar por la espalda ósea y asestar el golpe final. De una estocada, clavó el extremo del palo en el ojo herido del Oni, hundiéndolo hasta el fondo, atravesando el tejido y llegando al cerebro con un sonido chapoteante.

El monstruo soltó un último rugido que se transformó en un gemido reprimido antes de caer; su masivo cuerpo levantó una última nube de polvo que cubrió la arena. Sogo, jadeante, miró a su alrededor como si esperara una ovación por su «valiente» intervención, mientras Ryuu, sereno como siempre, se apartaba del cadáver del Oni con calma.

No hubo silencio. Los gritos trágicos de Azumi llenaban el recinto, capaces de perforar los corazones de todos los presentes como si cada uno compartiera su dolor.

—Lo... lo conseguimos —murmuró Sogo.

Mei tensó la mandíbula, como si quisiera decir algo, pero supiera que no era el momento.

* * *

El polvo aún no se había asentado cuando las puertas de la arena se abrieron de golpe, dejando entrar una avalancha de soldados y sanadores. Noboru avanzó al frente, cojeando y golpeando su

bastón contra el suelo para demandar silencio, aunque los sollozos de Azumi no se apagaron. Ota daba órdenes rápidas para despejar la arena y atender a los heridos.

Suki bajó de las gradas como una exhalación, con pasos tambaleantes, sus manos todavía apretaban los fragmentos astillados del paipai roto. Cuando llegó a la arena, se quedó inmóvil al ver a Azumi aferrándose a lo que quedaba del cadáver de su hermano, como si con suficiente fuerza pudiera devolverle la vida.

—No hay tiempo para esto —gruñó Noboru, mirando la escena con una mezcla de desdén y pragmatismo—. Retirad los cuerpos. Los vivos deben descansar y prepararse para lo que sigue.

—¡No puede seguir! —exclamó Suki con incredulidad. Sus ojos no podían apartarse de Azumi, que estaba siendo apartada de Riku por dos sanadores mientras luchaba y gritaba por soltarse—. ¿No es suficiente?

—Si no pueden soportar esto, no merecen ser parte de tu guardia.

—Finalistas —voceó Ota—, volved a los barracones junto a los sanadores. Habrá una evaluación final, pero ahora necesitáis tiempo para serenaros.

Ryuu se retiró el último, y, al pasar junto a Suki, su expresión permaneció tan inescrutable como siempre. Sin embargo, justo antes de seguir adelante, hizo una pausa. Con un movimiento lento, casi dubitativo, se giró hacia ella. Sus ojos, oscuros y profundos, buscaron los suyos, y Suki sintió cómo su respiración se detenía por un momento.

—Permíteme. —Su voz había ganado una pizca de confianza tras la tensión de su primera conversación.

Antes de que pudiera reaccionar, Ryuu alzó sus manos con cuidado, como si estuviera esperando su permiso. Cuando ella no se apartó, tomó sus dedos con una delicadeza inesperada,

examinándolos. El roce fue suficiente para que Suki sintiera cómo la recorría un leve hormigueo.

—Los trozos de madera —murmuró—. Si no los retiran pronto, podrían infectarse.

Suki intentó apartar las manos instintivamente, pero Ryuu mantuvo su agarre firme, aunque sin presión. Levantó la vista y sus ojos se encontraron de nuevo. Esa vez, la intensidad de su mirada la hizo estremecer. Había algo más allí, algo que no sabía cómo interpretar. ¿Era preocupación? ¿Culpa?

—No... no es na-nada —balbuceó Suki, desviando la mirada.

—Un sanador debería verlo de inmediato.

¿Cómo podía siquiera preocuparse por unas heridas tan diminutas después de lo que acababan de vivir? El mismo Ryuu tenía contusiones visibles, la herida de la espalda aún sangraba y lucía cortes y arañazos por toda su piel, pero ni siquiera parecía notarlos. Y, aun así, en lugar de buscar un sanador para sí mismo, se había detenido para preocuparse por ella.

«Es porque soy la kitsune, lo mismo de siempre. No te fíes, no te fíes», se dijo, aunque la idea le supiera amarga. Sacudió la cabeza como para despejar los pensamientos que amenazaban con arremolinarse en su mente. Los gritos de Azumi aún permanecían en el aire. Era demasiado para un solo día.

Cuando Ryuu soltó sus manos finalmente, lo hizo con la misma delicadeza con la que las había tomado, y su ausencia dejó una extraña sensación de vacío en Suki. Hizo una reverencia, y luego siguió su camino hacia la salida, sin mirar atrás.

12



El consejo había sido convocado de urgencia, esa vez en la gran sala del palacio, donde colgaban estandartes y antiguos grabados que representaban a las kitsunes de épocas pasadas. El grabado central, el más imponente, mostraba a Kaya en todo su esplendor, presidiendo sobre el resto. Suki sintió una punzada en el pecho al cruzar las pesadas puertas de madera, que se abrieron con un leve chirrido. Su kimono blanco de luto ondeaba a su espalda.

Entró junto a Noboru, a quien había rogado que convocara al consejo para tratar el tema de la tercera prueba, a lo que había accedido no sin renuencia. Era el regente, pero no era injusto. Ota, siempre prudente, se puso de pie de inmediato, haciendo que el resto de los consejeros le imitaran.

—Tras lo acontecido en las dos primeras pruebas —comenzó Noboru con frialdad, apoyándose precariamente en su bastón—, la

kitsune heredera quiere proponer un cambio de planteamiento.

—Quisiera pedir al consejo reflexionar sobre la necesidad de una tercera prueba —anunció Suki, avanzando hasta quedar frente a la mesa de madera tallada—. Necesitamos a los guardianes en plenas facultades para velar por mi seguridad, no cansados y heridos.

Noboru se permitió una mueca, Suki no sabía si de duda o de dolor por su herida.

—Las normas establecen tres pruebas —informó.

—Entiendo las normas —dijo Suki, con un asentimiento de cabeza hacia los presentes—. Pero quien va a asumir el peligro del ascenso y el posterior gobierno del Imperio soy yo. La tercera prueba afecta directamente a mi guardia, y ellos representan no solo mi protección, sino la de todos nosotros.

El consejero Civil, siempre severo, intervino con tono cortante:

—Hasta la mayoría de edad no puede cambiar leyes y normas, alteza.

Suki pasó la vista por cada uno de los presentes. Por fin vio a Sora entre ellos; había estado ausente durante la prueba, pues tenía que organizar la partida que se encargaría de frenar la amenaza yokai. Sin embargo, no había reparado en la presencia de su madre hasta que levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. En ese gesto había tristeza, sí, pero... ¿podía ver algo más?

—No vengo a cambiar las normas, ni a imponer nada. Solo apelo a la clemencia y a que reconsideréis esta última prueba. Mi guardia ya ha demostrado su valía. —Hizo una pausa, dejando que sus nervios se calmasen—. Lo que pido no es un favor, sino una muestra de sabiduría. Estas pruebas no solo juzgan las habilidades de los participantes, también desgastan su ánimo y los recursos del Imperio.

El murmullo de los consejeros comenzó a extenderse por la sala.

Noboru la observó, inmóvil, pero la joven notó un leve temblor en su mandíbula. Sora, que había permanecido al margen todo ese tiempo, decidió intervenir:

—La voz de la kitsune heredera no debería ser ignorada, incluso si todavía no ha ascendido. Ella es quien nos traerá la salvación, y su juicio debe ser tenido en cuenta.

El murmullo entre los consejeros aumentó; algunos asintieron, otros mostraron desacuerdo. Noboru alzó la mano, y todas las bocas se cerraron.

—Basta. Esto es un consejo, no una plaza pública —dijo con tono duro—. Evaluaremos su petición con la misma seriedad con la que hemos evaluado todas las demás. Pero no olvidemos que las tradiciones nos han guiado durante siglos, y no podemos permitirnos ponerlas en duda con tanta facilidad.

Suki asintió lentamente, bajando la cabeza en señal de respeto.

Noboru alzó el mentón al levantarse, pero sus ojos traicionaron el agotamiento que le pesaba en los párpados. Su mano se aferraba con más fuerza al bastón, y aunque era evidente que intentaba ocultarlo, su respiración era irregular.

—Dicho esto, procederemos con la votación —declaró, aunque su voz se quebró en la última palabra.

El temblor en su mandíbula se hizo más evidente y, por un instante, pareció que su espalda se encorvaba bajo un peso invisible y la mano que sostenía el bastón resbaló.

—Tío...

Ota reaccionó inmediatamente, pero Suki llegó antes, atrapando a Noboru antes de que su peso colapsara por completo.

—¡Llamad a un sanador! —exclamó alguien entre los consejeros.

—No, no es necesario —murmuró Noboru con un hilo de voz—. Es solo... un mareo pasajero.

Pero Suki ya no escuchaba sus protestas. Con un gesto rápido, indicó a dos soldados que la ayudaran a sostenerlo.

—Llevadlo a la enfermería. Ahora mismo.

Los hombres obedecieron de inmediato.

—Votad, por favor —dijo la kitsune antes de salir tras su tío—. Ota, cuenta los votos.

Llegaron precariamente a la enfermería. Noboru apenas podía mantenerse sentado en el futón cuando Suki se inclinó sobre él, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Por qué no dijiste que estabas así?

Su tío soltó un suspiro cansado.

—Porque no era el momento. No lo es ahora tampoco.

Por primera vez en mucho tiempo, parecía simplemente un hombre viejo y agotado, no el monje severo que regía su destino.

Los sanadores comenzaron a retirar la tela ensangrentada de su costado, y Suki vio el vendaje empapado y con un color oscuro y alarmante.

—Dioses... —susurró.

Uno de los sanadores la miró con seriedad.

—Necesitamos tiempo para tratar la herida. No es grave, pero la infección avanza. Si no descansa, empeorará.

Asintió, mirando a su tío una última vez antes de incorporarse.

Las voces del consejo ya se apagaban y salían en pequeños grupos cuando Suki regresó. Su mirada buscó a Sora. Sin pensarlo demasiado, la llamó con la mano y miró hacia su madre.

Como siempre, era la última en salir. Su paso era pausado; su mirada, perdida en algún punto indescifrable del suelo. Con suavidad, pero con firmeza, tomó las manos de su madre entre las suyas. El contacto fue un choque inesperado. La mujer parpadeó,

desconcertada. La sensación del calor de otra persona sobre su piel parecía extrañarle.

—Necesito hablar contigo —dijo Suki, sosteniendo su mirada—. Con vosotras —añadió, desviando la mirada brevemente hacia Sora, ya a su lado—. Debo pediros algo.

—Si es por la decisión del consejo... —intervino Sora—. Han votado a favor de tu petición. No habrá tercera prueba.

Suki sintió un vuelco en el estómago.

—¿En serio?

—Sí —corroboró—. Fue una decisión ajustada, pero, al final, primó el argumento de que un guardia debilitado no serviría en el ascenso.

—No lo esperaba... —murmuró, sorprendida.

—Yo sí —dijo su madre—. No todos los consejeros son cabezas de piedra. Algunos tienen suficiente sentido común como para ver lo que es evidente.

Suki asintió lentamente, aunque había algo más, algo que aún debía decir.

—No era solo eso. Lo que necesito pediros... es algo más importante. Acompañadme.

Fruncieron el ceño, pero la siguieron hasta la habitación vacía de Lili y Aoi en el ala este, lejos de oídos ajenos. Cerró la puerta y se colocó frente a ellas, tomando de nuevo las manos de su madre.

—Las cosas en palacio se están volviendo demasiado peligrosas —comenzó, tragando saliva—. La Orden de la Purga ya no se esconde. Noboru acaba de salir herido y Aoi... —Su voz se quebró levemente —. Aoi estuvo a punto de ser su blanco.

La mención de su hermana menor hizo que el rostro de su madre palideciera.

—Lo sé. Pero...

—No quiero que os pase lo mismo —la interrumpió Suki—. No quiero esperar a que el próximo ataque os tenga a vosotras en el centro. Necesito que os alejéis de palacio hasta que todo esto haya terminado. Hay un lugar seguro en la parte norte del Imperio, lejos de los ojos de la Orden. Si algo ocurre durante el ascenso..., no quiero que estéis aquí para pagar las consecuencias.

Su madre negó con la cabeza, retirando las manos de entre las de su hija.

—No. No podemos irnos. No así, no ahora.

—¿Por qué no? —replicó Suki, con un temblor en la voz, aunque sin ceder—. Madre, ¿no lo ves? No fue un accidente. No fue casualidad. La Orden está presionando más que nunca. Aoi se ha salvado hoy..., pero ¿y si la próxima vez no lo hace? Después de todo por lo que has pasado, no dejaré que sufráis más por algo que me concierne solamente a mí.

—Si nos vamos ahora, levantaríamos sospechas —argumentó la mujer—. Si Noboru ve que huimos, lo interpretará como un acto de traición o cobardía. Es un hombre cruel...

—¿Mi tío cruel, madre? —preguntó asombrada—. Claro que se opondrá, seguramente se enfadará, pero no os culparía. Él mismo sabe que el peligro es real.

—Si desaparecemos, temo que te pase algo. No solo él lo notará. Todos lo harán.

Suki sintió incomodidad; no obstante, lo importante era ponerlas a salvo.

—Por eso hay que hacerlo bien —intervino Sora—. No es cuestión de si se darán cuenta, porque lo harán. Lo importante es el momento y la forma en que lo hagamos.

Suki notó a su madre temblar y varias lágrimas se deslizaron por sus mejillas. La atrajo contra su pecho.

—No quiero que os vayáis porque no os necesito. Quiero que os vayáis porque no soportaría que os pasara algo.

—Si algo te ocurre a ti... —murmuró su madre—. ¿Cómo podría vivir con la idea de no haber estado aquí?

—Y si algo os ocurre a vosotras por quedaros, ¿cómo viviré yo con ello? —contratacó Suki, con un nudo en la garganta—. No sé qué pasará cuando ascienda. No sé si sobreviviré, si fracasaré, si todo esto habrá valido la pena. Pero lo único que puedo hacer ahora es poneros a salvo.

Su madre bajó la cabeza, incapaz de responder.

—Si piensas mandarme lejos a mí también, ni lo sueñes —declaró una cuarta voz tras ellas, entrando en la estancia con la tenacidad chispeando en sus ojos—. Estoy de acuerdo con tu decisión, pero yo no pienso abandonarte, Suki. Me importa un comino lo que digas. Si tú no te vas, yo me quedo contigo.

La kitsune se giró con sorpresa, su corazón se debatía entre la gratitud y la preocupación.

—Lili..., ¿estabas escuchando?

—Venía de los archivos, como me pediste, y, ¿acaso no es esta mi habitación? —replicó ella con una risa—. Y te he dicho que no vas a deshacerte de mí, ¿entendido?

—Pero hablarán, si Aoi no está, y tú sí... —murmuró, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Esto no es solo peligroso, es una locura. Si algo me pasa...

—Si algo te pasa, me pasará a mí también, ¿vale? —la interrumpió Lili—. No soy solo tu dama de compañía. Soy tu amiga, Suki. Te quiero como a una hermana. Y si vas a enfrentarte a todo esto, yo estaré contigo. Siempre van a hablar, pero Aoi se encontrará lejos; no podrán hacer nada.

El nudo en la garganta de Suki se hizo más fuerte. Las lágrimas comenzaron a brillar en sus ojos, aunque esta vez no eran de desesperación, sino de una profunda gratitud. Dio un paso hacia Lili y la abrazó con fuerza.

—Eres una idiota, ¿lo sabes? —susurró con una risa ahogada mientras enterraba el rostro en su hombro.

—Y tú eres peor —respondió Lili, apretándola con igual intensidad.

Desde un lado, su madre y Sora observaron la escena. Cuando Suki y Lili se separaron, fue la guerrera quien continuó, su seriedad suavizada con una ligera curva en sus labios.

—Haré lo que me pides, Suki. Pero necesitaré más instrucciones. Si partimos, debe ser de inmediato. Al amanecer.

La kitsune recuperó la compostura, aunque aún sintiera el peso de la decisión en su pecho.

—Gracias, Sora. ¿Podrás reunir a todo tu escuadrón sin que nadie lo note? Necesitamos que la salida sea discreta. No quiero levantar sospechas y debéis ir protegidas.

Sora asintió con compromiso.

—Al amanecer estaremos listas. Puedo camuflar la salida como otro ataque yokai. Pero será necesario disfrazarnos para pasar desapercibidas. Túnicas de monjes serían perfectas para el viaje.

—Yo puedo conseguirlas —intervino Lili rápidamente—. Hay suficientes en el almacén cerca del templo interior, y el soldado al cargo..., bueno, digamos que me entiendo bien con él.

Guiñó un ojo con picardía.

—Perfecto —aprobó Sora, pensativa—. Creo que necesitaré unas veintitrés túnicas, contando con nosotras tres. Hay dos personas en mi escuadrón en las que no confío del todo, así que llevaré solo a veinte. Serán suficientes para escoltarnos.

Suki asintió mientras su mente ya trazaba los últimos detalles.

—Yo conseguiré provisiones —aseguró su madre.

—Bien. Nos reuniremos en los establos a la hora del Conejo.

Sora inclinó la cabeza, mostrando su compromiso.

—Por supuesto. Déjalo en mis manos. Todo saldrá bien.

Suki respiró hondo, sabiendo que estaba haciendo lo mejor para su madre y su hermana, aunque el vacío que dejaba esa decisión siguiera pesando sobre ella. A veces, las decisiones más dolorosas son las únicas que pueden salvarnos.

Justo antes de que se fuera, Lili se acercó con su paso ligero, agitando una pequeña funda dorada delante de ella como si fuera un premio.

—¿Y esto? —preguntó Suki, sin quitarse la sensación de pérdida inminente.

—Un regalito —respondió la dama de compañía, ofreciéndoselo con una sonrisa ladina—. No sé si te servirá, pero creo que esto está escrito del puño y letra de una kitsune.

—¿Una kitsune? ¿Cuál?

—Eso es lo interesante —canturreó Lili—. No lo sé. Solo firma como kitsune, sin más. Pero la caligrafía es antigua, y el texto indica que es previo a su ascenso.

Suki tomó el pergamino que le extendía con cuidado, notando el ligero desgaste en la funda dorada.

—¿Cómo has logrado sacar esto del archivo?

La muchacha ladeó la cabeza con fingida inocencia.

—Ay, querida, una dama tiene sus métodos.

—¿Métodos legales?

—Definamos «legal».

—Lili...

—¡Oh, por favor! No me mires así. No he hecho nada demasiado terrible. Solo me tuve que ligar un poquito al que tenía la llave de

una sección, por lo visto, restringida.

Suki la miró como si quisiera estrangularla.

—¿A un monje? Pero ¿estás loca?

—De nuevo..., definamos «loca»...

Reprimió una sonrisa y deslizó los dedos sobre la cubierta dorada, intrigada.

—Lo leeré..., gracias por el esfuerzo.

Lili sonrió con aire satisfecho y la dejó a solas.

Suki contempló un segundo más el pergamino antes de dejarlo con cuidado sobre su mesa. Con los hombros pesados, se apartó del escritorio. Esa noche no podía cargar con más pensamientos; necesitaba forzar su mente a otra cosa, algo sencillo y mecánico que la ayudara a llamar al sueño sin pensar.

Ya lo leería mañana, cuando el mundo pesara un poco menos.

13



Tras una noche dando vueltas en la cama, con el estómago encogido por aquella decisión, el aire frío de la madrugada le mordía las mejillas a Suki mientras atravesaba los pasillos del palacio sin un ruido. La hora del Conejo todavía no había llegado, y la oscuridad que cubría el recinto era su cómplice. Se había vestido con varias capas de las ropas negras de entrenamiento para mitigar el frío. Esa simple elección de vestuario parecía darle la fuerza que necesitaba y corrió hacia los establos.

El ruido de los relinchos apagados la recibió. Se oían pasos de cascos sobre el suelo de piedra y la voz de Sora en susurros. La discreción de su maestra había sido como su lealtad, completa.

Los caballos estaban preparados, tres en fila con sus monturas listas. Sora verificaba los nudos de las bolsas cuando la vio llegar. Le dedicó un leve asentimiento de cabeza y, sin decir una palabra,

señaló hacia un rincón donde, envueltas en capas para protegerse del frío, estaban su madre y Aoi conversando con Lili.

Suki avanzó hacia ellas. Su madre tenía los ojos entrecerrados, apenas despierta, mientras Aoi frotaba sus pequeñas manos con las mangas de su abrigo y las miraba confundida.

—Suki, ¿por qué madrugamos tanto? —preguntó su hermana al verla, dando un sonoro bostezo.

Respiró hondo. No había forma fácil de explicar aquello. Dio un paso adelante, tratando de enfrentar la situación cuando las palabras se enredaban en su garganta.

—Bichito, sabes lo que pasó el otro día, cuando entró una persona y atacó a Li y a Noboru... Seguro que has oído a los soldados hablar de la Orden de la Purga..., así que no puedo arriesgarme a que estéis donde yo esté —dijo con angustia, tomando las manos de la niña—. Mi destino como kitsune, por desgracia, hace que sea el foco de los ataques..., y quiero asegurarme de que vosotras estéis protegidas en un lugar donde nadie pueda heriros.

Las lágrimas ya se formaban en los grandes ojos de Aoi.

—Pero yo no quiero irme, Suki —sollozó—. Quiero quedarme contigo. ¡Quiero subir al Tenjou contigo! ¡Y ser una kitsune como tú! Y-y... va a ser tu cumpleaños y siempre lo celebramos juntas...

El corazón de Suki se rompió al escucharla. Se arrodilló frente a su hermana.

—Aoi..., tú me das más fuerza de la que imaginas —dijo en voz baja, conteniendo la emoción—. Pero no puedo permitir que corras peligro. Ahora tú tienes una misión muy especial: prométeme que serás valiente y cuidarás de madre, ¿sí? Sora te ayudará.

La pequeña se sorbió los mocos y asintió, sin dejar de llorar.

—Pensaré en vosotras cada día —aseguró Suki levantándose de nuevo, pero sin soltar las manitas de Aoi—. Y, cuando regrese, te lo

contaré todo sobre los yokais, ¿vale?

Su madre, aún asimilando la situación, la abrazó con ternura.

—Esto que haces, hija, es algo muy noble. Solo te pido que seas cauta con tu tío, no estará contento cuando sepa de nuestra huida. Debes decirle que hemos ido a las tierras de mi padre, tal vez eso le mantenga entretenido y termine tirando la toalla.

—¿Dónde se encuentran?

—Al oeste, en la costa. Mi padre era el farero de un pueblo de pescadores y él no sabe que ha fallecido, así que inténtalo. Pero Noboru es inteligente, por favor, ten cuidado —susurró. A lo que Suki asintió, aunque su gesto era de preocupación—. Lo harás bien. Confiamos en ti, serás una gran kitsune.

La joven sintió un nudo en el pecho.

Kami-sama, ¿cómo iba a afrontar ahora tanta responsabilidad? Aguantó las lágrimas mientras sacaba dos pequeños objetos de la manga de su kimono. Eran dos prendedores para el cabello, con sus dos palos de madera pulida y decorados con el símbolo del zorro y del cerezo. Uno para cada una. Había estado tallándolos y esmaltándolos la noche previa para que no se fueran con las manos vacías.

—Quiero que tengáis esto —dijo, entregándoselos y señalándose el suyo, que recogía su pelo en un moño alto—. Yo llevaré el tercero. Cada vez que los miréis, pensad en mí. Seréis mi fuerza en el ascenso, mi guía cuando dude. Prometedme que los cuidaréis.

Su madre y Aoi asintieron, conmovidas. Aoi lo tomó con manos temblorosas mientras sus lágrimas caían sobre el delicado adorno.

—Prometo no perderlo —murmuró entre sollozos, aunque Suki vio que una extraña sombra cruzaba su mirada. Tal vez fuera la tristeza.

Ignorándola, abrazó a su hermana con fuerza. No hubo más palabras, no eran necesarias, tan solo el calor de aquel último

abrazo. Entonces, Suki se separó y dejó que Lili se despidiera.

—Es hora de marchar, mi escuadrón está fuera de la muralla Ni, para despistar —indicó Sora, que aguardaba ya preparada—. Nos uniremos a ellos y saldremos por la puerta oeste, bordeando el acantilado para que no nos vea nadie.

Maestra y aprendiz se dieron un abrazo emotivo y se susurraron unas palabras al oído que hicieron suspirar a Suki, que aún tenía en el corazón la duda sobre si hacía lo correcto.

Sora ayudó a Aoi a subir a su caballo, pues montaría con ella, mientras su madre montaba en otro. Un tercer animal llevaba las bolsas de equipaje.

Las riendas se tensaron, y el sonido los cascos sobre el empedrado del suelo fueron el fin de aquella despedida.

Suki observó cómo se alejaban hacia la salida de la muralla Ichi. Se quedó quieta, apretando los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en sus palmas. Cerró los ojos un momento, dejando escapar tres lágrimas que rodaron por sus mejillas antes de extinguir las demás. Se prometió que serían las últimas. No derramaría más hasta cumplir con su destino.

En la penumbra de la muralla, una sombra se movió con el viento mientras el pequeño grupo cruzaba la muralla y desaparecía en la distancia.

* * *

Lili empujó la puerta de la habitación de Suki con la cadera, llevando una bandeja con un desayuno humeante. La kitsune, ya vestida como su rango demandaba, estaba sentada en el alféizar de la ventana, contemplando cómo, por fin, el sol lucía, esperando que también alejase las nubes de su cabeza.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día o vas a comer algo? —preguntó Lili, dejando la bandeja sobre la mesa.

Con lentitud, Suki suspiró, se levantó y caminó hacia la mesa. Se dejó caer en el cojín, sin fuerzas, antes de tomar la taza de té entre las manos para calentarse.

—No voy a contarle nada a Noboru —dijo de pronto.

—¿Nada?

—Nada —repitió Suki, su voz firme—. Que lo descubra él mismo. No voy a poner en peligro a mi madre y a Aoi por él ni por nadie. No es que no me fíe de mi tío, es mi familia, pero tengo miedo a su reacción. A que pueda mandar que regresen, a que me haga sentir culpable, a tantas cosas... Normalmente es bueno, pero a veces es demasiado rígido. Incluso en ocasiones se ha puesto algo agresivo...

—Tienes razón —admitió Lili—. Aunque no creo que vaya a reaccionar bien cuando lo descubra. ¿Estás preparada para eso?

Suki tomó un sorbo de té antes de responder.

—No me queda otra que aguantar lo que venga. Rezaré a los dioses por que me manden una bendición que relaje a Noboru.

La dama de compañía sonrió y le ofreció un bol de arroz que Suki rechazó antes de ponerse en pie de nuevo.

—Voy a ver a Ada. Quiero cambiar el horario de las lecciones, y tal vez ampliarlo ahora que Sora no está y no puedo entrenar con ella.

Lili dejó su taza a un lado y aplaudió orgullosa.

—¡Serás toda una experta en venenos! Nadie va a poder contigo —dijo con ánimo—. Por cierto, antes de que se me olvide... Hace un rato, de camino al comedor, vi al tal Ryuu. Es quien salvó a Aoi, ¿verdad? Vaya con el samurái, ¿eh? Podía contar sus músculos en la distancia. Y esa coleta... ¡Tiene el pelo más brillante que yo! Así que me dio curiosidad y le seguí...

—¡Lili! Eres una chismosa —la reprendió su amiga.

—Eso no es una novedad, querida florecilla. Pero escucha: le vi hablando en voz baja. Aunque lo extraño es que no había nadie con él... Parecía enfrascado en una discusión consigo mismo. Ese chico es muy guapo, ¿eh?, pero está un poco tocado.

«Curiosa información», pensó Suki, que se quedó dando vueltas a aquello, anotando mentalmente que debía prestar más atención al chico misterioso, aunque, para ser honesta, ya le prestaba más atención que al resto.

* * *

Absorta en sus pensamientos, Suki caminaba hacia las cocinas cuando un joven sanador apareció apresurado y la detuvo con un gesto urgente.

—Kitsune, por favor, acompáñeme a la enfermería.

—¿Qué ocurre?

—Es el maestro Noboru —respondió, antes de girarse y avanzar por el pasillo con pasos rápidos.

Sin oponerse, Suki hizo un gesto a uno de los centinelas cercanos para que la escoltara y siguió al sanador. Noboru siempre había parecido inquebrantable, la idea de verlo debilitado era casi inconcebible. Al llegar a la enfermería, el aroma a hierbas y ungüentos la envolvió, familiar y reconfortante. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de frascos donde reconoció la mayoría de los ingredientes, pero lo que reclamó toda su atención fue la cama donde su tío descansaba.

Su rostro, pálido y cubierto de sudor, ni siquiera se alzó para mirarla. El bastón que siempre lo acompañaba descansaba apoyado contra la pared, y un sanador mayor estaba reclinado sobre él, revisando las vendas.

—¿Cómo está? —preguntó Suki con urgencia.

—Una infección severa; la puede oler, ¿verdad? La herida no era profunda, y la costura fue firme y eficiente, pero sin reposo adecuado, suele suceder esto. Su recuperación será lenta. Debe permanecer aquí varios días; al menos, hasta que baje la fiebre —respondió con seriedad.

Noboru gimió levemente y sus ojos se entreabrieron al escuchar las voces. Cuando enfocó su mirada en Suki, su expresión era más débil de lo normal, si bien aún tenía ese brillo autoritario que la hacía enderezarse automáticamente.

—Suki... —Su voz era rasposa—. Escucha, la prueba... ¿ha sido anulada?

La joven se dio cuenta de que su tío no lo sabía, y a ella volvió a sorprenderle haber conseguido ese logro.

—Sí, tío, votaron a favor de anularla.

—Escoge bien a los guardianes. No te dejes llevar por favoritismos ni impulsos. —Hizo una pausa, luchando por respirar con normalidad —. Pero algo te diré ahora... Ryuu... No confío en él.

Suki frunció el ceño, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—Tío, Ryuu te ha salvado la vida..., y la de otras personas. ¿Por qué desconfías de él?

Noboru cerró los ojos un momento, como si reunir las palabras fuera un esfuerzo titánico.

—Porque no es lo que parece. Hay algo en él... algo que no encaja. Parece que las cosas se dan a su favor, que está siempre en el lugar adecuado. Y su espada...

Negó con la cabeza como para quitarse un pensamiento de encima.

—Debo escoger al que mejor pueda defenderme, tío...

—Sí, pero piensa en Kaito y Sogo, por ejemplo..., son buenas elecciones. Necesito... —Su voz se apagó, aunque sus ojos se abrieron un instante más para mirarla directamente—. Prométeme que no escogerás a Ryuu. Iré al nombramiento. En unas horas estaré mejor.

El sanador chasqueó la lengua discretamente, señalando con la mirada que las expectativas de Noboru eran demasiado optimistas.

Pero ¿qué le pasaba a su tío con Ryuu? Si había salvado su vida, había ayudado al grupo en la última prueba, se había demostrado que no había matado al otro participante... Tal vez las medicinas o la fiebre le dieran algún tipo de demencia, porque Suki no podía comprender la desconfianza que sentía.

—Tío, deberías descansar. No te preocupes por mí. Te agradezco que me hayas dejado proponer la votación para anular la prueba final —dijo Suki, esforzándose por mantener la calma y transmitirle tranquilidad.

Noboru dejó escapar una risa amarga, un sonido débil pero cargado de significado.

—Realmente yo no estaba de acuerdo... El último desafío hubiera afilado más a tus guardias, pero, a fin de cuentas, eres la kitsune; tu opinión también cuenta. —Sus palabras cayeron como si pesaran una tonelada—. Hay instrucciones para su formación una vez los escojas. Síguelas a rajatabla, ¿me oyes? Y haz caso al consejo, ellos estarán vigilando cada paso.

Suki asintió lentamente, empezando a preocuparse.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Entrenamientos intensivos. Rutinas estrictas. Y tú, no olvides tus deberes espirituales. Oraciones tres veces al día. Un ayuno semanal. Todo es necesario para que logres lo que se espera de ti. —La voz de Noboru se fue apagando, y el sanador se acercó para tenderle un

vaso con un líquido turbio que Suki pudo reconocer como un fuerte relajante.

—Gracias, tío. Prometo que seguiré tus indicaciones. Pero, por favor..., descansa y recupera fuerzas. Te necesitamos.

Noboru cerró los ojos, apenas asintiendo, mientras su respiración se hacía más pausada. El sanador hizo un gesto a Suki para que se apartara, y ella obedeció, retrocediendo lentamente.

* * *

Tras hablar con Ada y cambiar las lecciones a última hora de la noche, Suki regresó a sus aposentos a relajar su mente tras la intensidad de aquella mañana. Pero no había pasado ni una hora cuando llegó el anciano consejero del Tesoro a informarle de que la elección de su guardia sería a la hora de la Serpiente. Apenas tendría tiempo de comer y prepararse, así que comenzó a hacer todo a la vez con ayuda de Lili.

Los copos de nieve danzaban en el aire cuando Suki llegaba a la muralla Ichi, al portón que separaba el patio intermedio del Palacio Imperial. Desde la distancia, distinguió a Azumi entre los finalistas que esperaban firmes bajo la fina nevisca que comenzaba a cubrir el patio. Verla allí, a pesar del dolor que seguro que la atenazaba, le provocó un nudo en el estómago. La chica tenía los ojos hundidos, el dolor y la pérdida grabados en su rostro como una herida perpetua cuya cicatriz jamás desaparecería.

Suki apretó los puños, intentando conciliar sus pensamientos enfrentados.

«Todo esto es mi culpa. Y ahora, ¿cómo voy a ordenar su ejecución si no la escojo para mi guardia? Si es eso lo que los dioses esperan de mí... creo que no estoy de acuerdo».

La imagen de Riku y su impacto contra la pared volvió a su mente como una bofetada. Una ráfaga de viento hizo que ese golpe mental se sintiera real.

«No puedo hacerlo y no lo haré». Había tomado una decisión.

Ota y uno de sus escuadrones rodeaban el lugar. También habían asistido la mitad de los consejeros, vestidos con túnicas blancas en señal de respeto. Ninguno de los samuráis levantaba la mirada, como si el peso del día anterior todavía los aplastara. Ninguno, salvo Ryuu.

Suki se colocó frente a ellos, dejando que la calma se alargara un momento. Luego, con paso decidido, caminó hacia Azumi. La chica la miró con recelo, pero, antes de que pudiera decir algo, Suki la envolvió en un abrazo. Azumi se puso tensa de inmediato; sin embargo, tras fijarse en su kimono blanco, en honor a su hermano y al otro participante caído, le devolvió el abrazo.

—Azumi —susurró Suki—, siento profundamente lo que ocurrió con Riku. Ambos habéis demostrado un valor que pocos poseen. Pero... no puedo permitir que entres en la Guardia Kitsune.

La chica alzó la vista, su rostro reflejando sorpresa, y se echó a llorar, sabiendo que eso significaba su condena.

—Seguir enfrentando peligros no te ayudará a sanar —aclaró ella —. Necesitas tiempo para enfrentarte a tu duelo, para recuperar lo que has perdido dentro de ti. Por eso, quiero ofrecerte algo más adecuado a este momento. Quiero que formes parte del ejército de palacio, siempre que Ota esté de acuerdo. Espero que entiendas y respetes mi decisión.

El general del ejército imperial giró la cabeza sorprendido, pero asintió con un gesto de respeto. La expresión de los miembros del consejo, en cambio, era de rechazo, algo que Suki ya esperaba, así que se dirigió a ellos.

—Conozco las normas, prácticamente las tengo grabadas en la piel, pero no someteré a votación la decisión de salvar una vida. Azumi ha demostrado una ferviente lealtad que será recompensada de esta forma.

—Kitsune, no puedes tomar decisiones así sin consultar —se enfrentó uno de los miembros—. Socavas nuestra autoridad y desestabilizas el Imperio.

Ota dio un paso al frente.

—Como miembro del consejo diré que esta es una gran muestra de estabilidad, no de lo contrario. Salvar una vida y ponerla al servicio de todos nosotros es una decisión de emperatriz.

El resto se contuvo de añadir nada más, porque Suki tampoco dejó espacio para la discusión. Se dio la vuelta y regresó junto a Azumi.

—¿Aceptas tu absolución y juras lealtad al ejército imperial y a la kitsune? —preguntó con seriedad.

Azumi titubeó; sin embargo, cuando entendió lo que Suki le estaba diciendo, cayó de rodillas. Un puesto en palacio, una vida digna, un honor restaurado. Su cuerpo temblaba mientras un sollozo ahogado escapaba entre sus labios.

—Gracias..., gracias... —murmuraba una y otra vez, inclinando la cabeza hacia el suelo, las lágrimas cayendo en la nieve.

Suki se quedó allí un momento más, observando cómo Azumi luchaba entre la tristeza y el alivio. Luego, con un peso menos intenso en su corazón, se giró hacia los otros finalistas. No sabía si la elección que estaba a punto de hacer era la correcta, pero sí sabía algo con absoluta certeza: era suya. Y ella afrontaría las consecuencias. Respiró y soltó el aire a la vez que se hinchaba de fuerza.

—Hoy tomaré una decisión que cambiará no solo mi destino, sino también el vuestro —dijo, tragándose la ansiedad que le oprimía el pecho—. Mi guardia será el pilar que sostendrá mi ascenso, y cada uno de vosotros ha demostrado su valía de una forma u otra.

Todos alzaron la vista y echaron los hombros atrás ante sus palabras.

—Haru —llamó finalmente, fijando su mirada en el chico del sombrero—. Tu liderazgo y valentía, aunque impulsivos, son cualidades que admiro. Serás el pegamento que mantenga unida a mi guardia. No puedo no contar contigo.

El samurái del sombrero sonrió ampliamente e hizo una exagerada reverencia con esa chispa de desenfado tan propia de él.

—Mei. —La arquera se enderezó—. Tu habilidad para adaptarte a las situaciones y proteger a los demás es algo que necesito. Bienvenida a mi guardia.

Mei bajó su cabeza con solemnidad, aceptando la decisión sin más palabras, aunque sus labios torcidos delataban que estaba conteniendo una emoción más profunda.

Su siguiente elección sería, tal vez, la única que compartía con su tío.

—Kaito —dijo—. Tu carácter, fuerza y determinación te hacen un guerrero invaluable. Formarás parte de mi escolta.

Él asintió, su expresión severa, aunque Suki notó el brillo fugaz de orgullo que se reflejó en su mirada.

El frío, implacable y penetrante, comenzaba a calarle los pies, obligándola a moverse para mantener el calor. Empezó a caminar frente a la fila de participantes, dejando que sus pasos y el ritmo de su respiración la guiaran. Tenía muy clara su elección final, pero algo en su interior tiraba de ella, un pequeño eco de intuición que no

lograba descifrar del todo. Era una sensación que la inquietaba y la empujaba al mismo tiempo.

—Ryuu —dijo, con un tono que la sorprendió incluso a ella misma por su firmeza—. Tu calma y precisión en combate son exactamente lo que el Imperio Aka necesita. Eres mi última elección.

Los murmullos comenzaron a extenderse entre los participantes y los miembros del consejo, con miradas de incertidumbre y desconfianza dirigiéndose hacia el hombre que sostenía su espada envainada con calma.

Con un semblante que parecía irritar a algunos, Ryuu avanzó lentamente hacia Suki. Aquello obligó a los soldados cercanos a ponerse tensos y llevar una mano a sus armas. El movimiento no pasó desapercibido para Suki, quien levantó una mano para calmarlos.

—Alto, soldados —ordenó, manteniendo su mirada fija en Ryuu.

Cuando llegó hasta ella, el guerrero se inclinó con elegancia, bajando una rodilla al suelo. Levantó la vista hacia Suki con un respeto que hizo callar hasta al viento.

—Seré el filo que nunca se quiebra. La sombra que siempre te guarde —dijo con inmensa convicción—. Mi sangre por el Imperio.

Suki quedó desconcertada y, por unos segundos, se olvidó de respirar. Aquella actitud, tan diferente a la frialdad distante que siempre lo caracterizaba, la desarmó por completo. Y esas cinco palabras, el lema de la Guardia Kitsune que parecía conocer a la perfección, sonaban peligrosamente bien en sus labios. Su única respuesta fue un leve asentimiento, incapaz de articular palabra alguna.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —vociferó Sogo, su rostro rojo de furia. Avanzó con pasos rápidos, apuntando su dedo tembloroso hacia la kitsune y los seleccionados—. ¡He sacrificado todo para

estar aquí! ¡He hecho lo que debía hacer! ¿Y me dejas fuera por estos... inútiles?

Suki permaneció impasible, con las cejas levantadas por el asombro, pero Ota dio un paso adelante.

—Cuidado con tus palabras, Sogo. Estás cruzando un límite peligroso.

—¿Peligroso? —gritó el guerrero con una carcajada histérica—. ¿Qué peligro hay aquí? ¡Una niña jugando a ser kitsune y un grupo de bastardos que la siguen! He arriesgado mi vida, perdido mi trenza, mi orgullo, todo por ti, ¿y me dejas fuera por ellos? ¡Por un grupo de incompetentes! ¿Y no me ofreces ni un puesto en el ejército como a esa otra niñata llorica? ¿Es que tengo que llorar yo también?

Cegado por la ira, Sogo desenvainó su *nunchaku* con un gesto brusco y lo lanzó en un giro violento hacia Azumi. Pero Ryuu ya estaba en movimiento.

En un movimiento tan fluido como letal, desenvainó su espada. Sangreluna destelló, y antes de que el *nunchaku* alcanzara su objetivo, lo cortó limpiamente por el centro. Las dos mitades cayeron inservibles al empedrado. Sin perder un segundo, giró sobre sí mismo, y, en un abrir y cerrar de ojos, la hoja estaba apuntando directamente al cuello de Sogo, dejándolo casi desplomado en el suelo.

Suki observó, conteniendo la respiración, mientras un halo de energía violeta emanaba de la espada. Parecía visible solo para ella, algo que casi podía sentir palpitar en su pecho.

«Sangre. Quiero sangre.» susurró la voz en la cabeza de Ryuu, vibrante con una sed furiosa.

El chico endureció su agarre y respiró profundamente tratando de calmar el impulso oscuro que crecía dentro de él. Entonces, la

kitsune rompió el momento. Dio un paso adelante, y su voz, aunque temblorosa, fue clara:

—Ryuu, basta.

Los párpados del guerrero bajaron un instante, reflejando una lucha interna. Entonces retiró la espada de forma calculada, dejando a Sogo desplomado en el suelo y humillado.

—Hijo de... —jadeó.

—¡Soldados! —gritó la kitsune mientras miraba con rabia al iracundo Sogo—. Pensaba perdonarte la vida, dejarte regresar, pero ahora permanecerás en los calabozos hasta que el consejo tome una decisión de qué hacer contigo. Yo ya no voy a interceder por ti.

Cuatro miembros del ejército arrastraron fuera de la vista a Sogo, que seguía vociferando insultos incoherentes.

Suki, con el corazón aún latiendo con fuerza, se dio la vuelta hacia los cuatro seleccionados. Reunió toda la fuerza que pudo antes de hablar.

—Haru, Kaito, Mei, Ryuu —anunció—. Habéis sido elegidos para ser mis guardianes sagrados. A partir de este momento, sois la Guardia Kitsune.

Intercambiaron miradas breves antes de dar un paso al frente y arrodillarse ante ella.

Ota carraspeó, llamando la atención de los elegidos.

—A partir de mañana, comenzará el entrenamiento conjunto hasta la mayoría de edad de la kitsune. No os equivoquéis, esto es un honor, pero también una responsabilidad. El ascenso al Tenjou no es un camino que se recorra solo con fuerza o habilidades individuales. Necesitaréis trabajar juntos, confiar los unos en los otros, y, en definitiva, ser un verdadero equipo. Recordad que esta confianza aún puede cambiar.

Esa noche, nuevos barracones individuales fueron instalados a los pies de la muralla Ichi, dentro del patio frente al palacio interior. Serían los alojamientos de la recién nombrada Guardia Kitsune, un espacio más cerca de las dependencias de Suki.

14



A la mañana siguiente, Suki se dirigió a los barracones para hablar con Ota, preparada para su próxima gran decisión. Cuando llegó, el general estaba organizando un entrenamiento en lo alto de la muralla. Los cuatro seleccionados subían y bajaban sacos llenos de cereales para mejorar su resistencia. Ryuu ya casi se había recuperado de su herida en la espalda, y el resto presentaba heridas que ya cicatrizaban en su piel.

—Ota —llamó, apartándolo a un lado para hablar con él en privado—. Quiero ser parte del entrenamiento conjunto.

Él, que le sacaba más de dos cabezas a Suki, bajó la mirada con sorpresa.

—Alteza, estoy al tanto de... —se acercó un poco y bajó la voz— la falta de Sora. También conozco vuestros entrenamientos

nocturnos, pero no estoy seguro de que hacerlo a la vista de todos sea... apropiado.

—Si no entreno con ellos, ¿cómo puedo esperar que me protejan en el ascenso? Debemos ser un equipo. Los cinco. Además, debo aprovechar ahora que Noboru no puede regañarme.

Ota vaciló.

—Mira allí, kitsune —indicó con las cejas las miradas reprobatorias que escaneaban la vestimenta de Suki—. El consejo está vigilante, y va a informar de todo a tu tío; es mejor que actuemos con cautela.

—Yo hablaré con ellos, convocaré una reunión ahora mismo. Quiero subir al Tenjou valiéndome por mí misma, estoy segura de que lo entenderán. Y si no lo hacen, tampoco pueden encerrarme e impedírmelo.

El general la observó durante un largo momento.

—Tengo una idea. Vamos a hacer una prueba a ver cómo te desenvuelves; tratemos de convencerlos de que necesitas esto, ¿de acuerdo? —Se acercó con confianza y bajó la voz—. Demuestra lo que Sora te ha enseñado.

Suki asintió con entusiasmo renovado, se deshizo de la capa y se arremangó su kimono.

El entrenamiento se inició con ejercicios básicos bajo la mirada juiciosa de un grupito de consejeros.

Los nuevos guardianes parecían incómodos con la idea de entrenar directamente con la kitsune. Aunque intentaban disimularlo, sus movimientos eran demasiado cuidadosos, demasiado lentos, temiendo incluso rozarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Suki a Ota en un descanso entre ejercicios—. ¿No van a tomarme en serio?

Ryuu se acercó e hizo una reverencia respetuosa.

—Con permiso, kitsune —pidió la palabra—. Tomamos en serio tu entusiasmo, pero no queremos dañarte.

A decir verdad, Suki se lo temía, pero ¿cómo iba a entrenar entre algodones? Así nunca avanzaría. No mejoraría.

Kaito, con su habitual actitud desafiante, dio un paso al frente. Se pasó las manos por su cresta despeinada para fijar su coleta y elevó la vista.

—Yo puedo entrenar con vos, alteza, ya que nadie más se atreve.

Ryuu levantó las cejas. «¿No se cansa de ser idiota? Pregunto», interrumpió esa voz en sus pensamientos.

—¿O es que te estabas prestando tú, Ryuu? —habló de nuevo Kaito, enseñando sus dientes en una mueca que no era amigable—. Tal vez debamos enfrentarnos para ver quién debería entrenar con ella. Vamos, ¿qué dices?

Ryuu no agregó ni una sola palabra. Simplemente se colocó en posición de ataque, con una calma que pareció irritar aún más a Kaito. Ambos empezaron a amagar ataques, aunque no llegaron muy lejos.

—Basta —intervino Ota con cara seria—. Estáis aquí para entrenar juntos, no para ver quién es el más fuerte.

—¿Por qué no ambas cosas? —respondió Kaito, sonriendo con arrogancia.

—Entrena conmigo si eso te satisface —dijo Ryuu al fin, con una voz tan baja que Suki tuvo que hacer un esfuerzo por escucharle—. Pero que sea por mejorar, no por demostrar nada.

—De eso nada, aquí las bravatas se pagan con doble esfuerzo —reprendió Ota—. Como estoy seguro de que va a ser la primera y la última, Kaito, vas a dar veinticinco vueltas a toda la muralla. Sin descanso.

—¡¿Cómo?! —exclamó ofendido—. ¿Yo por qué?

—Y Ryuu diez, por responder al desafío.

—Claro que sí, general —dijo Ryuu obediente, y dirigió la mirada a Suki—. Me disculpo.

Suki dio un respingo. Había en ese gesto una reverencia suave, casi devota, distinta a todo lo que había sentido antes. Una chispa sutil, imposible de nombrar, y quizá era eso, ese enigma silencioso, lo que parecía atraerla.

Haru chasqueó la lengua.

—Vaya ducha de humildad, ¿eh? —soltó divertido.

Lo único que se oyó fue la saliva de Kaito atravesando su garganta antes de comenzar con el castigo.

* * *

El entrenamiento llegó a su fin, y Suki, exhausta pero con la mente acelerada, convocó una reunión.

Algunos consejeros no acudieron, firme muestra del desacuerdo que sentían hacia las últimas decisiones de la kitsune. Pero lo que más le sorprendió a la joven fue que, aquellos que faltaban, llegaron momentos más tarde llevando a su tío precariamente en una silla portada por varios soldados.

Al dejarla sobre el suelo, Noboru se irguió, con el ceño fruncido por el dolor.

—¿Qué hacéis? —reprochó Suki—. Necesita descansar, vais a provocar que empeore.

—¿Has hecho tus oraciones esta mañana? —preguntó Noboru sin saludar—. ¿O estabas demasiado ocupada jugando a ser samurái?

Suki apoyó los codos sobre la gran mesa de madera, con una calma que no reflejaba su verdadero estado interior.

—Lo siento, tío —dijo bajando la cabeza—. Enfrentar los cinco templos del monte Tenjou requiere un entrenamiento con mi guardia, necesito conocerlos mejor, saber en quién debo confiar para cada tarea. Ganarme mi ascenso.

—Te pones en peligro constante —respondió con debilidad, llevándose la mano al costado con una mueca—, a la vista de todos, el blanco perfecto, ¿te das cuenta?

Se le notaba adolorido, pero su mente parecía muy clara.

—Te voy a preguntar esto una sola vez, y no quiero mentiras —dijo, mudando la expresión y fijando en ella unos ojos que se veían más oscuros de la cuenta—. ¿Dónde están?

El corazón de Suki dejó de bombear por unos segundos. Las palmas de las manos le sudaban y las palabras se negaban a salir.

—Tu madre. Aoi. No están en el palacio. Y Sora tampoco. No voy a repetirlo, ¿qué has hecho?

La furia contenida en sus palabras apenas disfrazaba su preocupación, porque estaba preocupado por su propia familia, ¿no? Suki respiró hondo para calmarse antes de responder, recordándose que estaba enfermo.

—Las he puesto a salvo —explicó con unos nervios que casi le impedían sonar segura—. No pienso arriesgarme a que algo les ocurra mientras los ataques van dirigidos a mí. A ti también te pondría a salvo, tío, pero tu misión es subir al Tenjou conmigo.

El enfermo tosió, retorciéndose con un quejido. Un consejero intentó intervenir, aunque no tuvo tiempo.

—¿Ponerlas a salvo, niña? ¡Las has enviado directas al peligro! Las afueras están plagadas de grupos de la Orden de la Purga. ¡Has cometido una locura imperdonable! Me dirás dónde están y mandaré al ejército a por ellas.

—Iban escondidas, escoltadas, totalmente protegidas. Están... —llegó el momento de sonar convincente— en el pueblo natal de madre. No hagas que regresen, por favor. Parece... parece que no quieres que estén seguras, tío. Seré más competente si sé que ellas no se encuentran expuestas.

Noboru desvió la mirada. Algo en su gesto era confuso. Tenía una expresión de lucha interna.

—No... no sabes cuánto daría por ti, Suki. No entiendes mi... —Su gesto constreñido pareció serenarse de pronto—. No puedes tomar decisiones tan precipitadas. No puedes hacer esto. Mandaré una dotación tras ellas y tú... tú dejarás de hacer tonterías.

—Seguiré entrenando. No puedes quitarme eso...

La más anciana del consejo, junto a otros dos miembros, pidió la palabra.

—Sin duda, así no es como se hacen las cosas. Sin decidir en conjunto, sin aprobar —admitió la consejera—. Pero hemos sido testigos de su empeño esta mañana, su equilibrio, sus movimientos. Creemos que podría no solo llegar a defenderse, sino además forjar un vínculo que su abuela no llegó a tener con su guardia. Será positivo en el ascenso.

—Mucho más útil que cantar o-oraciones —balbuceó Ota, tan bajo que Suki creyó que solo ella lo había escuchado.

Con un peso menor en su estómago y sorprendida por la actitud del consejo, Suki agradeció aquellas palabras. Noboru, en cambio, no parecía contento con nada de aquello. Abrió la boca para volver a protestar; sin embargo, su sobrina no se lo permitió.

—¿Debe ser sometido a votación? Porque esto ya no es una decisión del Imperio, sino mía propia —estableció la kitsune—. Llevad a mi tío a descansar y dejad que me prepare para el ascenso.

Al pasar por detrás de Noboru, este agarró su muñeca con una fuerza inesperada.

—Aún no te corresponde gobernar, Suki, aunque veo que tienes apoyos... Espero que también den la cara por ti cuando vengan las consecuencias. No sabes a lo que te arriesgas con tus decisiones —dijo con esa oscuridad todavía presente en su mirada.

Suki salió de la sala con el corazón atrapado entre la confusión y el vacío.

Qué frustración sentía..., pero por fin había establecido que era dueña de sus decisiones, que se haría responsable y que, como kitsune, podía cambiar, aunque fuera un poco, las rígidas normas de palacio. Un pensamiento se coló en su cabeza: su hermana y su madre ¿estarían bien? Confiaba en que Sora las protegería con su vida, pero esa era la única decisión de la que no estaba segura.

Mientras cruzaba los pasillos hacia sus aposentos, algo la hizo desviar la mirada. Desde el ventanal pudo ver a Ryuu. Estaba allí, bajando de la muralla con la respiración controlada pese al esfuerzo. Habían pasado ya dos o tres horas, y parecía que justamente terminaba sus diez vueltas; la joven prefirió no imaginar cuánto tiempo tardaría Kaito en completar su castigo. El guerrero se había deshecho de la parte superior de su kimono de entrenamiento, y el sudor trazaba senderos por su piel, marcando cada músculo que se tensaba con el esfuerzo. Había algo hipnótico en su postura, en la manera en que su cuerpo transmitía fuerza y poder, pero no era solo su físico lo que la retenía observándolo. Era la disciplina en cada movimiento, la precisión, la forma en la que parecía existir solo en el presente, sin distracciones, sin fatiga visible. Como si el agotamiento no le perteneciera; como si el dolor no lo tocara.

Suki se quedó inmóvil con las manos sobre el alféizar, siguiéndolo con la vista sin saber exactamente por qué. La embargaba el mismo

tipo de sensación que se tiene cuando se observa una bestia salvaje desde la seguridad de la distancia. Fascinación... y cautela.

No apartó los ojos hasta que el chico desapareció de su campo de visión, dejándola con un cosquilleo extraño en el pecho.

Y luego, momentos después, casi se chocó con él.

Su pecho desnudo, aún húmedo por el esfuerzo, estaba justo delante de ella cuando giró la esquina de camino a las cocinas. Parecía que ambos necesitaban un tentempié por razones distintas.

—Alteza —se sorprendió, bajando la mirada—. Disculpe.

—Te dije que dejases a un lado las formalidades, Ryuu, y ahora que ya has obtenido tu puesto, con más razón. Puedes llamarme Suki.

—Sí, perdón, Suki. —Qué raro sonaba su nombre en la boca del alacrán del desierto—. Me dirigía a las cocinas. Ota dejó encargado el almuerzo para Kaito y para mí, ya que, debido al castigo...

Sin darse cuenta, la mirada de Suki se deslizó hacia su clavícula, donde el cabello húmedo se le pegaba a la piel. Se obligó a apartar la vista de inmediato.

—Acompáñame, son esas puertas de ahí delante —dijo cortante—. Y colócate la túnica dentro de palacio, no querrás que ningún sirviente se escandalice.

El guerrero se cubrió con un movimiento rápido y preciso. Ella se adelantó unos pasos y habló con los centinelas antes de entrar en la gran sala. Ryuu la siguió, en silencio, observando.

Esa chica lo confundía. A veces parecía débil, casi frágil, protegida por su título y los muros del palacio. Otras veces, la emperatriz que llevaría el peso del Imperio se asomaba en sus órdenes duras y en su mirada fría.

¿Cuál de las dos era la real? Se puso como objetivo averiguarlo.

Sobre una de las encimeras habían dejado un bol de gachas y dos piezas de fruta con una pequeña nota con los caracteres del nombre del chico. Al lado, lo mismo para Kaito.

—Gracias por indicarme el camino —dijo Ryuu desde su espalda.

Sin embargo, ella apenas le prestó atención. Fue directamente hacia los estantes y empezó a revolverlos con poca paciencia.

—Siempre me cambian de sitio las ciruelas..., maldita sea.

Ryuu se quedó quieto. No intentó ayudarla, simplemente la observó.

Tras varios cajones abiertos y un par de maldiciones más, Suki sacó una pequeña bolsa de tela de un tarro de cristal con entusiasmo. Se giró con su botín en las manos y se acercó a Ryuu.

—¿Quieres una? —le ofreció, alargando la bolsa—. Son ciruelas desecadas con azúcar. Un manjar.

—Vaya, gracias, probaré una si tanto te gustan.

Emitió un ruidito al comerla. Suki, al ver la fugaz reacción, sintió un destello de satisfacción.

—Están buenísimas. Las hace el repostero y son las mejores del Imperio. Pero en el desierto no tenéis ciruelas, ¿verdad?

—No. En Suna, la fruta es un lujo raro. Todo lo que crece en la arena debe ser fuerte, resistente. Nada brota con facilidad.

La kitsune entrecerró los ojos. No solo por la frase, sino por la forma en la que la había dicho.

—Entonces, ¿te presentaste a guardia kitsune para irte de allí?

—No. No huyo de Suna.

Suki ladeó la cabeza, esperando que continuara, pero no lo hizo.

—Pues, dime, ¿qué haces aquí? —insistió.

Él tragó y cogió aire, como si estuviera calculando cómo responder.

—Lo mismo que tú, supongo. Cumplir con mi destino.

—Eso no es una respuesta. Quiero conocer a mis guardias antes de hacer el viaje más importante de mi vida con ellos —dijo Suki, con los brazos cruzados y adelantándose un paso. Después, exhaló lentamente por la nariz; era exasperante—. Y no me gusta dar órdenes..., así que, ¿qué tal si colaboras?

Ryuu por fin pareció darse cuenta de con quién estaba hablando y no tardó en responder:

—¿Y si te dijera que no puedo darte una razón? Simplemente sentí que era mi destino, un llamado de los dioses.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Cuál te haría sentir más cómoda?

«¿Estás jugando al gato y al ratón con la kitsune, chico?», preguntó con burla aquella voz que tan solo él podía escuchar.

Suki se apoyó en la encimera, rendida.

—Eres un enigma, Ryuu. Y, si te digo la verdad, no sé si me gustan los enigmas.

—Tú también lo eres, Suki.

Otra vez su nombre en su boca. Nunca se acostumbraría.

—No soy ninguna incógnita, soy conocida en todo el Imperio.

—No es lo mismo ser conocida que ser comprendida.

Ella parpadeó, sorprendida por la respuesta. No sabía si le molestaba más el descaro de la afirmación o la verdad que encerraba.

—Así que hablas en acertijos ahora —dijo, notando un calor en las mejillas que no sabía si era vergüenza o rabia—. Dime qué esperas después del ascenso entonces. ¿Poder? ¿Dinero? ¿Estatus? Todos desean algo.

¿Qué deseaba? Paz, quizá. Tranquilidad. Pero nunca conoció aquello. Solo la servidumbre. Solo la obediencia. Solo la sombra de la muerte.

—Deseo el bien del Imperio, alteza. Un mundo sin temor.

Las ciruelas rodaban por las manos de Suki.

«Te has pasado con el misterio. Mira cómo ha cambiado su expresión de interés a decepción —se coló aquella voz de nuevo—. A ver si aprendes a interactuar sin meter la pata».

—No sé si me sirve como respuesta...

No, no le servía. Porque, en ese instante, de alguna manera, lo supo. Él no estaba diciendo toda la verdad.

Pero eso solo lo hacía más interesante.

Y más peligroso.

—Me retiro a mis oraciones, alacrán —dijo finalmente, apartándose de la mesa—. Llévate tu comida y la de Kaito a los barracones. Hoy no entrará nadie más a palacio.

Ryuu asintió con una leve reverencia, sin palabras innecesarias.

Suki, por su parte, recorrió los pasillos hasta la salida que llevaba al jardín interior y a la pagoda casi a la carrera. Como si necesitara escapar.

Porque el problema no era Ryuu, ni siquiera la desconfianza que provocaba en ella. El problema era que, incluso a pesar de esa desconfianza, siempre despertaba su interés.

A veces sentía que aquel chico era como una luz en medio de la oscuridad y ella, una polilla incapaz de resistirse a su atracción. Era una conexión extraña, inexplicable, pero profundamente magnética. La trágica realidad de las polillas, pensó, era que muchas veces terminaban consumidas por la intensidad que las atraía. Solo pudo desear, en silencio, que a ella no le aguardara el mismo destino.

15



Las casi dos semanas siguientes transcurrieron con un frenesí que dejó a Suki poco tiempo para respirar o pensar. Lili, en cambio, parecía florecer en el caos. Tal vez porque nunca le habían pesado demasiado las normas ni las expectativas ajenas. Cuando había asumido el papel de madre de Aoi frente a todos, no le había importado el precio que eso le costaría. La posibilidad de casarse, de encontrar un marido «adecuado», se habían esfumado con aquel gesto. Pero no era algo que le quitara el sueño. Lili nunca había sido de enredarse en un solo tallo cuando había un jardín entero esperándola.

Y, como siempre, cuando algo captaba su interés, lo convertía en una obsesión.

—He venido a evaluar el material —anunciaba cada vez que se colaba en los entrenamientos.

Suki ponía los ojos en blanco.

—No estás cualificada para eso.

—Por favor, llevo años supervisando el nivel estético del palacio. Me considero una experta en arte. Y créeme, querida florecilla, lo que estoy viendo es una exhibición digna de los mejores artistas del Imperio.

Le encantaba el chismorreo, y siempre era la primera en enterarse de los cotilleos de palacio; algo que había servido en su momento y que aún era de utilidad. Tenía una habilidad casi sobrenatural para desentrañar rumores antes de que siquiera fueran susurrados. Las familias de los consejeros, el ejército, los monjes con sus discípulos... Eran muchos los que vivían en palacio, separados del área reservada para la kitsune, pero Lili se movía entre ellos como un espíritu inquieto en busca de historias jugosas.

Y, en ese momento, su última fijación eran los miembros de la guardia.

—Escúchame bien, Suki, tienes entre manos a tres hombres diseñados por los mismísimos dioses. Es una injusticia que tengas acceso exclusivo a semejantes obras maestras.

La kitsune los miró de reojo.

—¿Así es como hablas de los guerreros que arriesgarán su vida por mí?

—Ay, claro, claro, la devoción, el honor, la entrega absoluta... —dijo Lili, moviendo la mano con desinterés—. Pero vamos a lo importante: ¡¿has visto los enormes brazos tatuados de Kaito?! Parecen esculpidos por los sagrados kami.

Suki suspiró, resignada ante tal dramatismo.

—Solo vienes a los entrenamientos para verlos sudar, ¿verdad?

—¡Claro que no! —se escandalizó Lili—. También vengo a exagerar sus hazañas heroicas para que sus leyendas empiecen a crecer antes

de tiempo.

—Eres incorregible.

—Y encantadora.

Suki bufó, aunque, en el fondo, agradecía la presencia de Lili más de lo que admitiría en voz alta. Porque en medio del deber, la responsabilidad y la presión, su amiga era el único recordatorio de que aún quedaba algo de normalidad en su vida.

Pero había cosas que ni siquiera ella podía aliviar, como sus responsabilidades. Y para recordárselas ya estaba Noboru, que, a pesar de su estado, no dejó de ejercer su influencia, aunque fuera en menor medida. Había días en los que su mente parecía más clara, y entonces llamaba a Suki para guiarla en los rezos que tanto valoraba. Sin embargo, esas sesiones rara vez eran pacíficas. El tema de su madre y Aoi salía a relucir con una frecuencia alarmante, y las discusiones se intensificaban.

—No sabes lo que has hecho al enviarlas fuera del palacio —le había dicho en una ocasión, con una voz cargada de reproche—. Las has condenado. Si algo les ocurre, será tu culpa, Suki.

Al menos, aquello le garantizaba que aún no las había encontrado el escuadrón que había mandado tras ellas.

En otras ocasiones, su tono era más sombrío, casi derrotado.

—No entiendo por qué no confías en mí. Yo habría encontrado una solución mejor. Pero ya está hecho..., solo reza para que no tengas que arrepentirte.

A veces, incluso en su debilidad, mostraba una agresividad que le sorprendía.

—Estás jugando a ser algo que no eres. Entrenando como si pudieras enfrentarte a lo que viene. ¡Eres una kitsune, no una guerrera! Deberías estar orando, no perdiendo el tiempo.

No obstante, había momentos inesperados en los que su voz se suavizaba y dejaba entrever un atisbo del hombre que tal vez había sido antes de que las sombras de aquella obsesión por el ascenso le consumieran.

—Ten cuidado, Suki. No puedes proteger a nadie si te destruyes en el intento.

Cada conversación con él dejaba a la joven en un estado de confusión y agotamiento emocional. Era como si su tío librara una batalla consigo mismo que oscilaba entre el apoyo y la crítica.

Entretanto, las semanas de entrenamiento pasaron como un torbellino y sin ataques de la Orden de la Purga, para su sorpresa. Hubo un par de amenazas yokais en las que el ejército necesitó intervenir, pero, como siempre, casos puntuales y poco peligrosos. Afortunadamente, ya no era como hacía años, cuando yokais inmensos y destructivos amenazaban ciudades y pueblos día sí, día también.

Su cuerpo estaba agotado, pero Suki se vio inundada de una fortaleza que no había experimentado antes. Los días estaban repletos de ejercicios físicos extenuantes, clases de estrategia en las que Ota la desafiaba constantemente, y largas horas con Ada, donde memorizaba tóxicos y antídotos. Se había convertido en una rutina que, a pesar de su intensidad, le otorgaba un extraño sentido de plenitud.

Por primera vez en su vida, Suki se sentía casi feliz. Era como si, en medio del caos, hubiera encontrado un propósito más lógico que las oraciones repetitivas y los rezos sin respuesta. Sin embargo, la plenitud no era completa. Cada mediodía, cuando hacía una pausa para comer, el vacío de no ver a su hermanita corriendo hacia ella con una sonrisa le apretaba el corazón. Echaba de menos los

entrenamientos nocturnos y la voz sosegada de Sora. Incluso extrañaba a su madre, aunque fuera solo por su presencia ausente.

Eran sacrificios que había hecho por su propio bien, pero, en momentos de soledad, no podía evitar preguntarse si realmente había tomado la decisión correcta. Al menos la compañía de Lili era un gran consuelo. Y, poco a poco, el acercamiento de su guardia también empezó a calentar aquel frío que sentía.

Durante uno de los entrenamientos, sucedió algo que permaneció grabado en la mente de Suki, como si fuera el primer indicio de que su guardia realmente comenzaba a formarse como un equipo. Aquel día en particular, soplaba un viento helado, y el circuito de resistencia impuesto por Ota había llevado sus cuerpos al límite.

Suki jadeaba mientras intentaba mantener el ritmo. Las semanas de entrenamiento le habían dado cierta resistencia, pero aún sentía que estaba a miles de kilómetros de igualar la destreza física del resto. Haru pasó junto a Kaito con su habitual sonrisa despreocupada mientras se adelantaba:

—Kaito, ¿no te avergüenza dejar atrás a la kitsune? Un poco de respeto, tío —bromeó, ajustándose el saco de arena al hombro.

La chica frunció el ceño. Estaba cansada de que su esfuerzo nunca pareciera suficiente. Intentó acelerar el paso, pero el ardor en sus piernas empezaba a ser insoportable y avanzaba forzosamente. Fue entonces cuando notó que Kaito, unos metros adelante, había reducido la velocidad para ponerse a su altura.

—Vamos, Suki —dijo, utilizando por primera vez su nombre desde que ella se lo había pedido a todos—. No te quedes atrás.

La joven alzó la vista, sorprendida. Esa no era la clase de comentario que esperaba de él. Por un momento, su orgullo quiso responder por ella, pero fue imposible.

—No puedo más. Es demasiado —confesó casi parándose.

Kaito se acercó. Goterones de sudor adornaban el tatuaje en forma de espinas dibujado en su cabeza. Pasó el brazo bajo el de Suki para servirle de apoyo.

—Si es duro, es efectivo. Me enseñaron que quien más suda en el entrenamiento, menos sangra en la batalla. Pero no tienes que hacerlo sola todo el tiempo. Para eso está tu guardia, ¿no?

Ambos avanzaron juntos por el siguiente tramo del circuito. Kaito le daba indicaciones de cómo colocar el saco para repartir el peso y que no se agitase demasiado. Cuando alcanzaron a Haru y a los demás, este los observó con un gesto entre asombro y diversión.

—Vaya, ¿me he perdido algo? ¿Desde cuándo Kaito es el motivador del grupo? —comentó mientras caminaba de espaldas con la sombra de su sombrero sobre los ojos.

—Cierra la boca y termina el circuito —cortó Kaito con su voz grave y en un constante enfado.

—Aah, esto ya me cuadra más, ha regresado el gruñón que conocíamos —respondió Haru riéndose.

Ryuu y Mei iban al frente, charlando entre ellos y lanzando miradas hacia atrás, soltando algún «¡ánimo!» de vez en cuando.

A pesar de ser uno de los días más agotadores de su vida, Suki sintió que, por primera vez, había dado un pequeño paso hacia algo más grande.

* * *

Al amanecer del decimoquinto día, el sol apenas se filtraba entre las nubes cuando Noboru reapareció tras su larga ausencia. Se le notaba recuperado del ataque, y su tez pálida había dado la bienvenida de nuevo al color. Traía la noticia de la primera misión conjunta.

—Hoy iniciaremos la misión del amuleto sagrado —anunció, situándose a la altura de Ota—. Esto no es un simple ejercicio, sino una prueba que os pondrá al límite. Debéis recuperar un amuleto sagrado oculto en el jardín, el mismo jardín de vuestra prueba de acceso. Por supuesto, no estará exento de peligros. Y lo más importante: vuestra prioridad será proteger a la kitsune. Si al finalizar el día no lo encontráis, debéis regresar al siguiente. Y así sucesivamente. Esta misión no termina hasta que cumpláis con ella.

Ryuu, que estaba al lado de Suki, torció la cabeza poniéndose una mano sobre la boca.

—Podríamos pedirle al yokai de los mil ojos que nos lo encuentre —murmuró en voz baja.

Suki alzó una ceja, sorprendida por el comentario del guerrero. Había algo inesperadamente afilado en su lógica. Una pequeña risa nació en su garganta.

—Aprended juntos, y, sobre todo, no dejéis que Suki salga herida —repitió el general—. Esta misión estaba diseñada tan solo para la guardia, pero el consejo ha decidido incorporar a la kitsune para demostrar las habilidades conjuntas. Así que no falléis.

—Ni un solo rasguño —advirtió Noboru incisivamente—. O será evidente que la kitsune se está arriesgando en vano.

Por supuesto, esa era la verdadera razón por la que le habían permitido participar en la prueba: no para apoyarla, sino para desacreditar de manera sencilla su decisión de entrenar. Una jugada demasiado obvia.

El grupo, ahora con una carga de responsabilidad mayor, se dirigió hacia la entrada del jardín, saliendo por la muralla interior. Suki sintió que el lugar estaba impregnado de algo antiguo, algo que parecía observarlos. Los muros que habían conformado el laberinto ya no existían; árboles enormes y retorcidos ocupaban ahora su espacio.

—No echaba de menos este sitio —comentó Haru mientras miraba a su alrededor—. Y no tenemos soldados imperiales vigilando. Casi se siente como si estuviéramos de vacaciones, ¿no creéis?

Nadie respondió. A medida que avanzaban, Suki trató de asumir el papel de liderazgo que se esperaba de ella. Alzó la voz, asegurándose de sonar firme:

—Deberíamos dividirnos en dos grupos para cubrir más terreno. Mei y Haru, tomad el flanco derecho. Kaito, Ryuu y yo iremos por el izquierdo. Cubriremos los caminos principales y los laterales al mismo tiempo.

Kaito se detuvo, con la espada descansando sobre su hombro, y la miró con una expresión que rozaba el desdén.

—Con todo mi respeto, kitsune, tu seguridad debería ser nuestra prioridad. Si te expones demasiado, comprometerías la misión, ¿no te parece? Quizá deberías quedarte en un lugar seguro mientras nosotros buscamos.

Suki hizo una mueca. Su orgullo había recibido un golpe, pero no pensaba dejar que nadie viera su frustración.

Haru, siempre mediador, intervino rápidamente.

—Creo que la estrategia de la kitsune tiene sentido. Cubrimos más terreno si nos dividimos. Además —añadió, lanzando una mirada a Kaito—, no subestimemos a nuestra líder. Si algo me ha enseñado estas semanas, es que tiene más agallas de las que aparenta.

Ryuu inclinó levemente la cabeza.

—Dividirnos es eficiente, pero peligroso. Si algo sale mal, no estaremos cerca para cubrirnos.

—Por eso necesitamos una señal clara para pedir ayuda —intervino Mei—. Si alguien está en peligro, que silbe dos veces. ¿Todos sabéis hacerlo?

Hubo un breve silencio antes de que Kaito respondiera con enfado:

—No.

Haru lo miró con incredulidad.

—¿Tú, que has vivido en la jungla, no sabes silbar? ¿Y cómo os comunicáis allí si estáis en problemas?

Ignorando la provocación, Kaito se aclaró la garganta. Luego puso los labios en círculo y dejó escapar un sonido bajo y gutural, similar al ulular de un búho, pero con un tono profundo y siniestro.

El grupo le miró con estupefacción y Haru contuvo una risita.

—Esta es mi llamada personal —explicó—. Cada miembro de mi clan tiene la suya.

—¿Te molestaría si la usáramos entre nosotros? —preguntó Suki con genuino interés.

La sorpresa llegó a los ojos de Kaito.

—¿Cómo? ¿Imitarla?

—Sí, como código de alerta —confirmó Mei.

Por primera vez, el chico no respondió de inmediato. Miró a los demás y luego bajó ligeramente la cabeza.

—Sería... sería un honor —dijo, con un deje de solemnidad en la voz—. El llamado se hereda de padres a hijos. Es familiar.

Como si acabara de aceptar un desafío invisible, Haru sonrió.

—A ver si me sale...

Infló los pulmones y trató de imitar el sonido. No fue perfecto, pero se acercó lo suficiente.

—Vaya, te ha salido bastante decente —admitió Kaito.

Haru se llevó una mano al pecho con fingida emoción.

—¿Esto quiere decir que ahora eres mi padre?

Kaito le propinó un empujón en el hombro, murmurando un insulto, pero el grupo estalló en risas. Incluso Ryuu esbozó una

sonrisa fugaz.

Uno a uno, fueron imitando la llamada hasta que todos la dominaron. Aquello ya no era solo una señal de auxilio, era un vínculo que los unía más allá de la batalla.

Cuando terminaron, Suki asintió, retomando el control.

—Bien. No perdamos más tiempo.

El grupo comenzó a dispersarse siguiendo las instrucciones. Haru, siempre animado, se giró hacia Mei mientras se alejaban por un camino lateral.

—Bueno, Mei, ¿me vas a enseñar por fin la utilidad de esos palillos de tu moño? —bromeó.

Ella le dedicó una mirada impasible antes de responder con tono seco:

—Si sobrevives a esta misión, tal vez te lo demuestre.

—Vaya, qué generosa —se rio Haru.

Pronto, sus voces se desvanecieron en la distancia.

Ryuu se quedó quieto un momento más, observando la espesura del bosque con la misma expresión inescrutable de siempre.

—¿Dudas de la estrategia? —preguntó Suki sin mirarlo.

El samurái negó con la cabeza.

—No. Solo estaba pensando en algo.

—¿En qué?

—En que no es la sangre que corre por las venas lo que define un vínculo..., sino la que uno está dispuesto a derramar por protegerlo.

Suki giró el rostro para mirarlo, pero él ya había empezado a caminar.

Horas después, regresaban con las manos vacías.

* * *

El amanecer tres días después trajo consigo un calor sofocante, extraño para esa época del año. El aire era denso, cargado de humedad, y la brisa que solía recorrer el bosquecillo parecía haberse desvanecido por completo.

No había trinos de aves ni el crujir del viento entre las hojas. Solo un silencio denso, como si algo estuviera conteniendo el aliento. El amuleto seguía sin aparecer y el sentimiento de frustración comenzaba a asentarse entre algunos miembros del grupo, aunque nadie lo expresaba abiertamente.

—Bien, creo que es mejor primar la eficacia que la rapidez, así que hoy no nos dividiremos —propuso Suki tras deliberarlo.

—Vayamos por el este, pegados al foso —propuso Haru, sacando un pequeño pergamino doblado y un lápiz.

—¿Estás marcando en un mapa todo lo que recorremos? —admiró Ryuu.

—Exacto, así evitaremos perder tiempo.

—Brillante —admitió Mei.

—Completamente brillante —reiteró Suki—. Qué inteligente, Haru; tal vez ese sombrero te da superpoderes.

Todos la miraron antes de reír, sorprendidos por la primera muestra de camaradería de alguien con tan alto rango.

Conforme avanzaban por el jardín, al compartir tantas horas juntos, Suki había empezado a notar algo peculiar en el comportamiento de Ryuu. A cada paso que daban, él parecía estar cerca de ella, como una sombra sigilosa. Ante el menor ruido, se posicionaba automáticamente frente a Suki, su cuerpo tenso y preparado para cualquier amenaza, con sus prioridades claras.

La kitsune también notó que, aunque con esfuerzo, Mei ya había tomado la suficiente confianza tras las semanas de práctica y se acercaba a ella con mayor frecuencia.

Reconocía las buenas decisiones de su protegida cuando escogía un sendero u otro y le preguntaba frecuentemente por alguna de las plantas del camino, ahora que sabían que Suki se había formado en sustancias letales y sanación.

Quizá Mei buscaba construir una conexión similar a la que Haru había logrado con ella, pues él, con su carácter amigable, había conseguido que la chica hablara un poco más, incluso fuera del combate.

A Suki le encantaba la forma de ser de Haru: cuando se reía de algo que Mei había dicho, las ocasiones en las que picaba a Kaito, las historias sobre su aldea... Era evidente que la dinámica entre los guardianes estaba evolucionando gracias a él, transformándose poco a poco en un grupo unido. Sin embargo, el fracaso pendía sobre sus cabezas con el cuarto día de búsqueda sin resultados.

Al llegar al límite del foso, la tierra, normalmente fresca en la mañana, estaba tibia bajo sus pies.

—No oigo nada —susurró Mei.

El jardín se encontraba demasiado silencioso.

—Algo nos está observando —murmuró Ryuu, desenfundando su espada.

El aire pareció volverse aún más sofocante.

Luego, todo ocurrió demasiado rápido.

Desde la maleza, algo surgió a una velocidad imposible. No fue un rugido lo que los alertó, sino el sonido sordo de algo golpeando el suelo... y el grito desgarrador de Kaito.

—¡Kaito! —gritó Suki.

Unas sombras deformes lo habían atrapado y permanecían aferrando su pierna. No eran garras normales.

No cortaban. No desgarraban la carne.

Pero los gritos del muchacho demostraban que dolían como el mismísimo infierno.

Las sombras envolvían la piel de su muslo como si quisieran hundirse en su interior para consumirlo desde dentro. Arqueó el cuerpo de puro dolor, y su rostro se retorció en una mueca de agonía.

—¡Agárrate! —gritó Haru, extendiendo su mano hacia él.

Pero Kaito gritó de nuevo, su voz quebrada de sufrimiento.

—¡No... me toques! —jadeó entre dientes, apretando los ojos por el dolor—. ¡O tú también arderás por dentro!

Kaito conocía a esa criatura, y Suki también. La había estudiado, pero jamás pensó que se encontraría con un Yamima en el jardín de palacio.

Mei disparó una flecha a las sombras, que atravesó a la criatura sin efecto alguno.

Justo delante de ella, Ryuu intentó avanzar, pero otro tentáculo oscuro surgió de la nada y lo golpeó con brutalidad, lanzándolo varios metros hacia atrás. Su cuerpo chocó contra un árbol con un golpe seco.

El calor en el aire aumentó.

Suki no pensó. No midió el riesgo. Se lanzó hacia Kaito y aferró su brazo con ambas manos.

—¡No voy a dejar que te lleve!

La criatura gruñó y tiró de Kaito con más fuerza.

El dolor en la mano de Suki fue inmediato. Era un frío abrasador. Un ardor helado que se extendió por su piel como si algo intentara devorar su propia esencia.

Pero no soltó a Kaito. No iba a soltarlo.

—¡Haru, ayuda a Ryuu! —gritó con los dientes apretados al ver un rastro de negrura avanzando hacia el chico, que lo había localizado

como víctima fácil—. ¡Yo me encargo de Kaito!

Haru dudó, pero ella, con la determinación ardiendo en los ojos, lo apremió con un gesto de la barbilla.

Las sombras intentaron arrastrar a la kitsune también. Sintió el tirón glacial en su piel, como si algo le succionara la vida misma.

No soltaría a Kaito. No lo haría.

Hundió los pies en el suelo y tiró con toda su fuerza. Por un segundo eterno, creyó que perdería. El dolor era insoportable, cada músculo de su cuerpo gritaba en protesta. La criatura, ambiciosa como cualquier demonio, quería más de lo que podía contener. Siempre era así con esos yokais. No mataban rápido; usaban el dolor como arma para alejar a quien intentara rescatar a las víctimas. Pero si los enfrentabas con suficiente resistencia, exponían sus debilidades.

Entonces Suki dio un último tirón, empleando todas las fuerzas que le quedaban. El mundo se quebró en un solo latido de dolor absoluto. Un tormento punzante la atenazó. Tan intenso que pensó que le había traspasado la piel y la carne y se había instalado en su interior para siempre.

Chilló.

Pero funcionó.

La criatura gruñó... y soltó a Kaito.

El chico cayó de espaldas sobre Suki, su pecho subía y bajaba con violencia, como si aún luchara por respirar.

La chica jadeó, tambaleándose, sus extremidades temblaban con el esfuerzo. Sus manos seguían congeladas, como si la sombra hubiera dejado una parte de sí dentro de su piel.

Kaito se incorporó con dificultad. Su rostro estaba pálido, empapado en sudor.

Y entonces Suki lo vio. Las marcas. Negro. Quemado. Oscuros patrones recorrían su pantorrilla y su muslo, como un tatuaje.

—Oh, no... —jadeó el samurái, sus manos temblorosas recorrían la piel ennegrecida.

—Lo siento —murmuró Suki tragando saliva—. No se irán.

Kaito exhaló y se pasó una mano por la cara, como si intentara borrar el miedo de sus facciones.

—Bueno... Tampoco es un drama... —resopló, forzando una sonrisa—. Otro tatuaje más para la colección.

Pero su voz se quebró en la última palabra. Suki no le creyó.

—Gracias por no soltarme, Suki —dijo Kaito, intentando sonar despreocupado—. ¿Te duele?

Tomó su mano con suavidad, buscando algún rastro de esas sombras en su piel. Pero la kitsune no tenía marcas. El dolor solo había sido el reflejo de lo que había sentido Kaito.

—No —admitió—. Ya no me duele.

El guerrero bajó la mirada a su nueva marca.

—En realidad... no queda tan mal —intentó bromear.

Ryuu se acercó a ellos con su pelo negro revuelto. Un hematoma oscurecía su brazo, pero no parecía realmente dañado.

Tras eso, todos tomaron una decisión sin necesidad de palabras: lo ocurrido quedaría entre ellos. Tal vez el yokai de los mil ojos ya lo sabía todo. Tal vez había estado observando desde las sombras, registrando cada instante en su mirada insondable. Aun así, no dirían nada.

Salieron antes de lo esperado. Demasiado pronto. Y lo peor de todo: lo hicieron sin el amuleto.

* * *

La jornada siguiente comenzó de nuevo con una calma inquietante. El jardín estaba sumido en una niebla cada vez más densa y, a medida que avanzaban por el noroeste, el único lugar que les faltaba por investigar, el aire helado era una antítesis del día previo. La sensación de que algo los observaba no abandonaba a la kitsune.

—Esto no me gusta —murmuró Kaito—. Es mejor ir con las armas preparadas.

Ryuu asintió en silencio y adoptó una postura más tensa.

—Hay algo ahí delante —informó Mei, cuya visión parecía mejor que la del resto.

Tensó el arco que llevaba en la mano, y el resto hizo lo mismo con sus armas. Suki, sin nada con lo que defenderse, sintió cómo el temor le reptaba hasta el cuello.

—Siempre es peor cuando el silencio precede a algo —comentó intentando no parecer asustada.

Justo al terminar de pronunciar aquella frase, un crujido los hizo saltar como resortes. Antes de que el grupo pudiera reaccionar, un enjambre de diminutas flechas surgió desde todas las direcciones, zumbando en el aire como insectos furiosos. Ryuu fue el primero en moverse, interponiéndose entre Suki y las flechas, bloqueando las que pudo con su espada mientras otras chocaban en su brazo y hombro.

—¡Al suelo! —ordenó Kaito, derribando a Haru con un movimiento brusco mientras sacaba su katana y avanzaba hacia las sombras de donde provenían los disparos.

Suki sintió cómo Mei tiraba de su brazo hacia atrás, colocándola detrás de un árbol grueso. Los cuerpos de su escolta la protegían, pero la kitsune no quería sentirse inútil. De pronto, notó un movimiento a sus pies.

—Raíces, ¡cuidado con las raíces! —advirtió desde el suelo, sacando una de las flechas del carcaj de Mei que tenía delante y clavándola en una de aquellas hinchadas y agrietadas protuberancias que ondeaban a su alrededor.

Al introducir la saeta profundamente, se dio cuenta que no se trataba de una raíz. De la incisión manó un líquido marrón con un fuerte olor a putrefacción.

—¿Qué demonios son estas cosas? —gritó Mei, perdiendo el equilibrio cuando se agitaron aquellos tumores serpenteantes.

—Ni siquiera son flechas lo que nos han lanzado, tan solo palos afilados —aclaró Kaito, tomando uno que había quedado prendido de la hombrera de Ryuu.

Se miraron entre ellos para ver si alguno tenía alguna respuesta, pero el jardín no esperó a que su conversación terminara, y aquello que los había atacado volvió con más fuerza y un renovado aluvión de proyectiles.

—Avancemos —ordenó Suki en cuanto cesó la oleada, poniéndose de pie y ayudando a Mei a recuperar el punto de gravedad—. Sea lo que sea, parece anclado al suelo.

Se pusieron en marcha, pero antes de avanzar lo suficiente, los latigazos de esa especie de gusanos que brotaban de la tierra comenzaron a sacudir el suelo como un terremoto. Eso hizo que, momentáneamente, el lugar en el que se encontraban se liberase de la incómoda niebla que parecía tratar de rodearlos.

—¡Mirad! —gritó Haru desde la retaguardia al tiempo que señalaba a los pies del árbol, de donde acababan de levantarse—. ¿Es una puerta?

Ryuu no dudó un segundo y se abalanzó en aquella dirección, cortando los nuevos ataques al vuelo en un salto que más parecía una pirueta circense. Impactó con sus pies sobre la plataforma de

madera, rompiéndola en pedazos hacia dentro, donde cayó estrepitosamente.

—¡Venid! —gritó desde dentro—. ¡Es un pasadizo!

16



El grupo corrió hacia el inesperado camino oscuro para librarse de aquel yokai misterioso no sin dificultad, pues una de aquellas alargadas extremidades le arrancó media camisa a Haru y le regaló un buen raspón en la espalda. Mei también se ganó pequeños cortes en el cuello tras aquella carrera. Se lanzaron sin dudarlo hacia aquel agujero en la tierra que prometía, por lo pronto, una protección necesaria. Tras un par de minutos caminando uno detrás de otro, con miedo de despertar algo oculto en la negrura, llegaron a una sala iluminada por una claraboya superior.

Las paredes de piedra pulida delataban que la mano humana había intervenido en el lugar. En el centro, había una mesa de piedra con un objeto encima. Todo estaba cubierto de musgo verde, y los insectos revoloteaban en los haces de luz. Parecía mágico.

Suki notó cómo las antorchas se iluminaban automáticamente al llegar y supo que lo habían logrado.

—Esto es casi acogedor —bromeó Haru, rompiendo la quietud llena de preguntas—. Un poco sucio, pero con algo de limpieza y unos cojines...

—¿Siempre eres tan charlatán cuando estás en peligro? —preguntó Kaito en tono de reproche.

Sus voces rebotaban en las paredes de la sala.

—No siempre. A veces lo soy también cuando estoy a salvo. ¿Y tú? ¿Siempre eres tan quejica?

Mei sonrió levemente y dio un paso al frente. Los demás la siguieron.

«El del sombrerito es agudo, ¿eh? —susurró la voz en la cabeza de Ryuu con una carcajada—. Me encanta que le calle la boca al otro idiota».

A veces Ryuu deseaba que todos escuchasen su voz interior.

El grupo siguió lentamente a Mei hasta la mesa cubierta de grabados desgastados, posiblemente con alguna oración ritual. Encima, una caja de madera oscura, incrustada con detalles metálicos, esperaba cubierta de polvo, como si hubiera estado aguardando a alguien durante siglos.

Suki alargó sus dedos hasta rozar el borde de la caja mientras el resto mantenía la distancia.

—Espera, Suki —advirtió Mei, colocando su mano sobre el hombro de la kitsune—. Puede estar protegida... o hechizada.

—¿Protegida cómo? —bufó Kaito con tedio—. ¿Eres supersticiosa? Pero si no parece gran cosa.

—¿Sabes? —intervino Ryuu con voz grave—. Subestimar lo desconocido es la forma más rápida de morir. La desconfianza no

solo es lógica, es una de las mejores armas que tienes para seguir vivo.

Suki se quedó pensando en aquella frase y estudió la caja con atención. Notó que tenía pequeñas muescas y marcas en los laterales que parecían encajar de alguna forma. Entrecerró los ojos mientras inspeccionaba cada detalle.

—Es un puzle —dijo en voz baja.

—Supongo que eso significa que no podemos simplemente romperla —dedujo Haru.

—No sería prudente —advirtió Ryuu desde detrás de Suki—. Algo podría activarse si intentamos forzarla.

Suki respiró hondo y se concentró. Había algo familiar en las marcas. Centró su mente como solía hacerlo en sus oraciones, o como cuando estudiaba Geografía y Cartografía con Sora. El pensamiento espacial iba a ser de utilidad por fin.

—No es solo un diseño al azar —dijo, moviéndose alrededor de la mesa para examinar mejor la caja—. Mirad aquí. Estas líneas... se conectan como si fueran un mapa.

—¿Un mapa? —preguntó Mei, acercándose para observarla más de cerca.

—Exacto. —Suki trazó las líneas con los dedos en el aire para darles sentido—. ¡Ah! ¡Son del palacio interior!

Tomó en su mano la caja, sin miedo ahora que había descubierto el mecanismo.

—¿Veis? Esta es la sala del trono —indicó al girar en un sentido la parte superior—. Y aquí el piso superior. Esto es el salón interior del consejo —añadió al darle la vuelta para volver a girar una esquina.

Cada movimiento revelaba un nuevo patrón, como si la caja estuviera viva y cambiando con cada ajuste. Con un último giro de una de las esquinas, un suave chasquido hizo eco en la sala.

Contuvo la respiración y colocó la caja entre sus dos manos. La tapa se abrió lentamente, revelando el amuleto en su interior. Era una pieza pequeña, pero irradiaba majestuosidad. Un zorro tallado en jade rojo descansaba sobre seda blanca, brillando débilmente a la luz de la claraboya.



—Es hermoso —susurró Mei.

—Y probablemente está maldito —murmuró Kaito—. Larguémonos de aquí.

—Ah, mira, el que no era supersticioso —comentó Mei con ironía.

La kitsune tomó el amuleto con cuidado, notando un peso inesperado para su tamaño. Era cálido al tacto, como si llevara consigo una energía propia.

El grupo se encaminó por el pasadizo desprovisto de iluminación. La tensión del peligro parecía haberse disipado ligeramente, aunque no del todo.

—Oye, Suki —dijo Haru mientras caminaban—, tienes talento para esto de resolver enigmas. Nunca me habría imaginado cómo abrir esa caja.

—Supongo que es práctica. Demasiados años estudiando mapas han servido para algo —respondió ella, sin darle demasiada importancia.

—¿Práctica? —intervino Ryuu justo detrás de ella, tan cerca que se le puso la piel de gallina—. No creo que hayas tenido muchas oportunidades de enfrentarte a enigmas de este tipo en el palacio.

—La soledad es una gran maestra —respondió ella con solemnidad.

* * *

La sala de reuniones privada del palacio estaba iluminada por la tenue luz de las lámparas de aceite. Era el lugar que utilizaba Noboru para reunirse a solas con alguno de los miembros del consejo para debatir, casi como su despacho de regencia. Esa era la primera vez que Suki acudía allí. Los guardianes se acababan de retirar a sus barracones, dejando tras ellos un rastro de cansancio y

suciedad. La kitsune entró en solitario, también agotada, pero orgullosa. Y sin un rasguño, tal y como le habían impuesto.

Su tío ya ocupaba su lugar, y Ota se mantenía firme junto a la puerta. Con una confianza en sí misma ganada tras días de esfuerzo, Suki no esperó a que él hablara primero. Colocó el amuleto sobre la mesa, dejando que el eco del jade contra la madera sonara como un triunfo. Sus ojos permanecieron fijos en su tío.

—Lo conseguimos —anunció, intentando ocultar el agotamiento.

—Sí —concedió Noboru—. Tras cuatro días. La guardia de tu abuela lo logró el segundo día.

Ota abrió los ojos, sorprendido ante el reproche, pero no dijo nada.

—Os falta bastante organización. El ascenso al Tenjou no es un camino de rosas.

—Nos estamos consolidando como equipo —respondió Suki, bajando la cabeza—. Solo necesitamos unos días más.

—Tiempo que no tenemos. En cinco días alcanzarás la mayoría de edad.

Suki se quedó inmóvil. Cinco días. El tiempo parecía habérsele escapado como agua entre los dedos. Estaba por articular una respuesta cuando un golpeteo urgente interrumpió la conversación. La puerta se deslizó con rapidez, dejando entrar a un monje que, tras inclinarse respetuosamente, habló con voz apresurada.

—Disculpad la interrupción, kitsune, maestro Noboru. Pero ha ocurrido algo... muy grave.

El estómago de Suki se contrajo al instante y se puso en pie. Imágenes de su madre y su hermana pasaron ante sus ojos, desatando una ola de ansiedad. Se temió lo peor. Antes de que pudiera preguntar, Ota se colocó a su lado y la rodeó con un gesto

protector que agradeció, pues, de no haber sido por su firmeza, sus piernas habrían cedido con la noticia.

—Es Lili... —continuó el monje, tragando saliva—. La han encontrado muerta en las cocinas.

El aire abandonó los pulmones de Suki.

17



No podía ser verdad. Se negaba a creerlo.

Suki sostuvo la mirada de Ota por un instante, buscando en él una fuerza que apenas sentía propia. Su respiración se volvió irregular, pero no dejó que el temblor en sus piernas la dominara. Con un movimiento rápido, se soltó del agarre protector del general y salió disparada hacia las cocinas, deshaciéndose casi con rabia de la capa que la cubría.

El pasillo parecía más interminable que nunca y, al cruzar la puerta de las cocinas, el mundo se encogió hasta reducirse al cuerpo inerte de Lili, tendido en el suelo junto a un plato roto. Sus manos, siempre diligentes y hábiles, estaban rígidas; sus dedos señalaban al vacío. A Suki le costaba mirar aquellos ojos, completamente abiertos en un rictus trágico que indicaba el terror que debió de haber sentido en sus últimos momentos. Se fijó en la comisura reseca de sus labios;

en su piel, que había adquirido un tono celeste que la hizo estremecerse y derramar todas las lágrimas que se había prometido no volver a dejar libres.

—No... —Se arrojó al suelo sollozando—. Tú no..., Lili.

Lili no era solo una sirvienta, no era solo su dama de compañía. Era su confidente, la única que conocía los rincones más oscuros de sus pensamientos, sus miedos más profundos, y que, aun así, siempre encontraba la manera de hacerla sentir bien. Ya no habría más «hermosa florecilla», ni sus chismorreos emocionados. No podría volver a tomar el té con ella después de un día duro. Y a Aoi, su hermana, le dolería tanto... Suki sintió que algo dentro de ella se rompía, una grieta más profunda que la que ninguna otra tragedia de su vida había podido causar. La culpa y el miedo se volvieron un remolino en su pecho, formando un nudo insoportable que la ahogaba. «Esto iba por mí», pensó cuando las lágrimas ya nublaban su visión.

Ota apareció tras ella, manteniendo la distancia suficiente para no invadir su espacio. Su presencia fue el recordatorio de que debía recomponerse. Cerró los ojos, tomó la mano de su mejor y única amiga entre las suyas y dejó que una lágrima recorriera su mejilla mientras susurraba una promesa.

—Encontraré a quien te ha hecho esto y juro por los dioses que te vengaré, aunque me cueste la vida.

Y corrió a expulsar el miedo y la tristeza convertidos en bilis.

Una hora más tarde, se convocó a todo el mundo en la sala del trono. Habían sido llamados tanto la nueva Guardia Kitsune como el ejército del palacio interior bajo las órdenes de Ota, los nobles que vivían en dependencias del palacio y todo el consejo, así como los sirvientes. Noboru, al frente de todos, sostenía su bastón con ambas manos, dejando que su presencia fuera una bienvenida a los últimos

que entraron. Suki, con sus emociones oprimiéndole el pecho, miraba a cada uno de los presentes apretando la mandíbula. Conocía a muchos de vista, pero de pocos recordaba sus nombres.

—Hoy hemos perdido a Lili —comenzó Noboru lentamente—. La dama de compañía de nuestra kitsune ha sido asesinada.

Un murmullo inquieto se extendió entre los presentes. Noboru levantó una mano para restablecer el orden.

—Hemos evaluado la escena —continuó—. Aunque no hay pruebas concluyentes, los indicios apuntan a un ataque de la Orden de la Purga.

La mención de la Orden provocó que las conversaciones se intensificaran. Uno de los consejeros, el más joven de todos, se levantó para intervenir.

—¿Está sugiriendo que este era otro ataque dirigido a la kitsune? —preguntó, aunque la respuesta era evidente.

Ota se alzó y, con sus casi dos metros de altura, hizo que cesaran los susurros en la sala.

—Sería estúpido no pensar en esa posibilidad. Pero, por alguna razón, no lograron su objetivo, y... —explicó el general. Desvió la mirada hacia Suki con un gesto de compasión antes de pronunciar las siguientes palabras—: El intento acabó con la vida de Lili.

El nudo en el estómago de Suki se apretó aún más. Era como si todos los ojos de la sala le recordasen su culpabilidad; aun así, se negó a bajar la vista. Observó atentamente las reacciones de cada persona. Cada expresión, cada tic o desvío de mirada se convertía en una nueva pieza que agregar a su rompecabezas. No podía confiar en nadie, y ahora su objetivo era encontrar al culpable.

El recuerdo del cuerpo de Lili la invadió de nuevo, nítido y cruel. Durante esos minutos que había pasado junto a su amiga, había registrado detalles que, para alguien estudioso de las sustancias

como ella, no pasaban desapercibidos: los labios teñidos de un azul tenue; el leve rastro de espuma en la comisura de su boca; el brillo opaco de sus ojos. Lo tenía claro: veneno. Su formación le había enseñado lo suficiente como para reconocer el rastro de una muerte silenciosa.

—Nadie abandonará esta sala —anunció Noboru, cortando el aire con su voz grave. El bastón en su mano se clavó contra el suelo como un juez dictando sentencia—. Hasta que no se haya inspeccionado cada aposento del palacio, nadie irá a ninguna parte. Las únicas nuevas incorporaciones aquí son la Guardia Kitsune. Comenzaremos por ahí.

Los monjes salieron en tropel a cumplir el mandato. Ota se dispuso a acompañarlos, seguido por varios de los miembros de su ejército.

—Irán mis monjes, general —anunció Noboru antes de que salieran por la puerta—. Necesitamos a la milicia imperial en esta sala.

Ota asintió con frialdad e hizo señas a sus hombres para que ocupasen posiciones.

Suki, todavía incapaz de procesar que Lili estuviera muerta, veía cómo todo el peso de la tragedia parecía dirigirse a su guardia. ¿Podría realmente uno de ellos ser culpable?

Paseó su mirada por cada uno de los miembros mientras esperaban. Haru, con su sombrero de paja doblado por el ala, la observaba con un gesto compasivo desde una esquina. Mei, a su lado, bien erguida y con aquellos palillos en la cabeza que le otorgaban un aspecto fiero, le dedicaba la misma mirada.

Con la cabeza gacha y su coleta cayendo hacia delante, Kaito pasaba sus manos por los laterales tatuados de su cabeza. ¿Estaba preocupado? ¿O era tan solo cansancio?

Por último, miró a Ryuu, que tenía los ojos clavados en ella. Apretaba los dientes, y eso hacía que su mandíbula, que tenía una sombra de barba, se marcase mucho más. Llevaba el pelo suelto y mojado tras el baño apresurado. Cuando vio que sus miradas se cruzaban, levantó su puño cerrado y lo colocó sobre el corazón con un leve golpe. Suki conocía ese gesto samurái, el *hara* o *uchi*, un símbolo de juramento. Sora le había explicado que era una promesa de honor. Dejó que aquello fuera un consuelo para ella.

Los minutos pasaban como la cera de una vela consumiéndose, lentos y pesados. Suki no podía frenar sus pensamientos, que volvían a su amiga sin descanso. La confianza que alguna vez pudo tener en cualquiera de los presentes quedaba extinguida; un vacío que había sido fácilmente sustituido por algo que nunca había sentido. Ansia. Unas ganas irrefrenables de venganza. Un sentimiento oscuro que dejó que la envolviera y le nublara el juicio.

Cuando pensó que no podría aguantar más la angustia y que ella misma se levantaría a buscar al culpable, la puerta se abrió de golpe. Un monje entró con pasos apresurados, acercándose rápidamente ante Noboru antes de hablar.

—Maestro Noboru, hemos encontrado restos de veneno en uno de los barracones. —Hizo una pausa para bajar la voz—. El de Ryuu.

La declaración, aunque en un susurro, fue clara y audible. Todos se giraron hacia el joven samurái de ojos intensamente oscuros, cuya expresión permanecía inmutable, aunque su mano derecha se colocó firmemente sobre la empuñadura de su espada. Suki sintió que su corazón se detenía un instante ante la revelación.

—Apresadlo—dijo con rapidez Noboru.

Haru dio un salto para levantarse.

—Eso no prueba nada. Puede ser una trampa —dijo, mirando al soldado y luego a Noboru.

—Cuidado con lo que dices o se te tratará de igual modo —advirtió uno de los consejeros.

Mei también se alzó, con los brazos cruzados y su tono más frío que nunca.

—¿De verdad vais a basaros en eso para señalarle? ¿El real consejo del Imperio basa sus juicios en la primera prueba sin analizar? —preguntó anonadada—. ¿No os parece que ha sido muy fácil?

Los miembros del consejo se miraron entre sí, confusos.

«Mira la cara del monje —aconsejó esa voz permanente en el cerebro de Ryuu—, ¿ves satisfacción en él?».

Ryuu, con dos soldados imperiales ya agarrándole de cada hombro, se sacudió para soltar el agarre.

—Jamás traicionaría a Suki ni a mi misión —dijo con calma.

—¡Eso dices! —lo interrumpió Kaito, señalando a Ryuu con un dedo acusador—. ¿Qué clase de samurái tiene veneno en su habitación?

Ese comentario fue como afilar aún más la sospecha. Algunos de los consejeros asintieron lentamente, mientras otros miraban a Noboru, esperando que tomara una decisión.

Suki cerró los ojos un instante, dejando que el caos a su alrededor se amortiguara. A pesar de la conmoción en su interior, su instinto le decía que Ryuu no era el traidor. No era una sospecha, era una convicción.

—Quiero ver el veneno —dijo, cortando la discordia como un filo bien templado—. Ahora mismo.

—No tienes suficientes conocimientos y puede ser peligroso —rebatió su tío—. Además, no necesitamos más pruebas.

Como kitsune, no podía dejar que una injusticia así terminase con la investigación de la muerte de su amiga. Se puso de pie de golpe.

—Entregadme inmediatamente el veneno —ordenó mirando a los monjes que aún aguardaban en la puerta.

Noboru también se levantó, con su bastón ejerciendo de apoyo. Pero Suki notó cómo los ojos de todos los presentes la perforaban, esperando su siguiente acción. Él miró a su sobrina y sonrió de mala gana ante su primera muestra de rebeldía pública.

—Lo examinarás en la enfermería. Bajo mi supervisión —dijo intentando sonar cordial.

—Para ser neutral, deberá acompañarme un miembro de cada estrato a modo de testigos —cedió, sabiendo cómo jugar sus cartas —. Un miembro del ejército, uno de tus monjes, un sanador, alguien del consejo y uno de mis guardias.

Tras un instante de vacilación en el que pareció a punto de negarse, Noboru asintió al soldado para que le entregase el frasco. Parecía que las lecciones de estrategia militar impartidas por Sora empezaban a dar sus frutos.

—Mientras tanto —continuó Suki, con la misma resolución—, Ryuu quedará bajo custodia. No haremos juicios apresurados, así que examinad el resto de las habitaciones.

Ryuu movió ligeramente la cabeza en señal de aceptación. Por suerte, no intentó defenderse más; cualquier cosa que dijera solo serviría para avivar el fuego de las sospechas.

Al llegar a la fría sala, la luz de los faroles oscilaba sobre los estantes llenos de frascos vacíos y morteros sin limpiar. Los ojos naranjas de Suki reflejaban el brillo del líquido mientras lo observaba en el pequeño vial, que parecía casi inofensivo en su transparencia.

Mei se encontraba a su lado, inmóvil, pero observando atentamente cada movimiento de la kitsune.

—Es muy valiente lo que haces, Suki —dijo con una voz casi reverente.

—No lo es —respondió ella abriendo el frasco—. Es necesario.

La guerrera esbozó una sonrisa tenue.

—Eso es lo que lo hace valiente. Tu corazón está dolido, pero el dolor es más intenso cuando está aderezado con la culpa. Y, a pesar de eso, aquí estás.

Suki no respondió. La imagen de Lili tendida en el suelo de la cocina volvió a invadir su mente. Aunque el dolor seguía ahí, lo apartó con un esfuerzo consciente. Con manos firmes, comenzó a examinar el contenido del vial.

Durante lo que parecieron horas de análisis meticuloso y tras varias órdenes al sanador que los acompañaba para que le acercara el material que necesitaba, pudo hacer todas las pruebas que necesitaba para volver al salón del consejo. Desafortunadamente, las pruebas en animales fueron necesarias, pero Suki pudo salvar la vida de la rata en la que testearon el veneno, hallando y elaborando un antídoto al ver los primeros síntomas. Los testigos parecían asombrados ante el ingenio de la kitsune.

Al regresar, colocó el vial sobre la mesa esperando alguna reacción.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Ota frente a ella.

—El veneno hallado en la habitación de Ryuu es de efecto cutáneo. Actúa a través del contacto directo con la piel, causando daño en cuestión de minutos. —Hizo una pausa, esperando que comprendiesen—. Pero el tóxico que mató a Lili... no es el mismo. Fue ingerido, probablemente mezclado con su comida o bebida.

Haru frunció el ceño, como si estuviera procesando la información.

—Entonces..., esto podría exonerar a Ryuu —dijo, con un tono que denotaba cautela y alivio a partes iguales.

Suki asintió.

—Podría, pero no significa que el peligro haya pasado. Esto confirma que alguien está jugando con nosotros. Y aún no sabemos quién —dijo tomando asiento—. Traed a Ryuu.

—Ryuu está arrestado por tener veneno entre sus enseres —se interpuso Noboru—. Su lugar es el calabozo.

La kitsune regresó su mirada hacia Ota e hizo un gesto de asentimiento que ignoraba la intervención de su tío.

—Tío, en mi guardia y en el Imperio que voy a gobernar siempre habrá juicios justos —sentenció Suki—. Y en los juicios, como bien sabes, el acusado puede exponer su defensa.

Los miembros del consejo se mostraron de acuerdo casi de manera unánime.

La adrenalina desbordaba a Suki, y eso le impidió notar la magnitud de sus propias órdenes, la lucidez con la que estaba actuando o la sorpresa creciente entre los habitantes del palacio. Pero, sobre todo, no fue consciente de cuántas veces había desafiado a su tío en tan solo unas horas.

La puerta se deslizó a los pocos segundos y Ryuu apareció con su característica tranquilidad y mirada fija. Era como una roca en medio de un río turbulento: imperturbable, pero consciente de la corriente que lo rodeaba.

Noboru volvió a intervenir en un intento de recuperar su autoridad:

—Explica la razón del veneno en tu habitación.

El samurái inclinó ligeramente la cabeza, un gesto de respeto, antes de dirigirse solamente a la kitsune.

—Ese veneno es parte de mi arsenal —comenzó, dejando que sus palabras calasen en los presentes—. Es sangre de rana arborícola de la jungla Mitsurin y lo uso para impregnar el filo de mi espada. En

combates contra yokais, especialmente aquellos que requieren un golpe definitivo, puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Los comentarios empezaron a brotar en la sala, como un viento inquieto sacudiendo las hojas secas. Noboru no parecía impresionado.

—¿Por qué no mencionaste esto hace un momento? —preguntó enfrentándolo.

—Porque sabía que mis palabras no serían suficientes —respondió —. Cualquier cosa que dijera sería cuestionada. Preferí dejar que los hechos hablaran por mí. Sé que puede parecer insensible, pero pensé que el tiempo sería mejor empleado verificando mis acciones que defendiéndome de acusaciones infundadas.

Suki no percibió rastro de disculpa en él. Era como si simplemente estuviera exponiendo una verdad que, a su juicio, era evidente. Sin embargo, mientras algunos parecían ver en sus palabras una lógica impecable, otros las interpretaban como una muestra de indiferencia.

—¿Así que no crees necesario defenderte ante la muerte de una inocente? —espetó el monje, buscando claramente el enfrentamiento.

Ryuu giró la cabeza lentamente hacia él, desviando por vez primera su mirada de Suki.

—Lamento profundamente la pérdida de Lili. Sin embargo, prefiero emplear mi tiempo en honrar su memoria encontrando al verdadero culpable, en lugar de desperdiciarlo en esta discusión.

Aquella respuesta, aparte de acelerar el corazón de la kitsune, había sido como una declaración de guerra, y la joven contuvo el aliento junto al resto de los presentes, sabedora de que nadie osaba dirigirse así a Noboru.

—Confío en la explicación de Ryuu —intervino Suki cortando la réplica que se adivinaba en los labios de su tío—. Conozco su habilidad y experiencia, y si este veneno es una herramienta en combate contra yokais, es algo que deberíamos valorar, no cuestionar.

Se levantó para que toda la sala pudiera verla y comenzó a caminar. Los días de entrenamiento la habían hecho físicamente fuerte. Alejar a su madre y a su hermana la habían hecho endurecerse también mentalmente, aportando tranquilidad y seguridad a su carácter. Pero aquel golpe había sido la motivación definitiva para tomar su cargo con seriedad. Se juró que así lo haría.

—Seguirán las investigaciones, las tomaré por mi mano si el consejo me lo permite —pidió—. Y declaro oficialmente dos días de luto en honor a Lili. Nadie podrá entrar ni salir del palacio interior durante el duelo. El servicio de cocina quedará temporalmente suspendido y, lamentablemente, hoy no habrá almuerzo ni cena para nadie hasta que no averigüe quién ha sido el traidor y se revise cada plato o bebida. Podéis retiraros.

Uno a uno, los presentes comenzaron a marcharse, algunos con rostros tensos y otros sumidos en pensamientos propios. Suki permaneció en pie, con las dudas agitándose en su mente como un mar en tempestad.

Su guardia se acercó, Ryuu al frente. Se detuvo a pocos centímetros de ella y bajó la cabeza en agradecimiento.

—Gracias —murmuró.

—No me des las gracias —respondió Suki—. Demuestra que tengo razón al confiar en ti.

Él sostuvo su mirada unos segundos más antes de enderezarse.

—Kaito, tío —dijo de pronto Haru—. Le debes una disculpa a Ryuu, ¿no crees?

Kaito puso los ojos en blanco e inició la marcha hacia los barracones.

—Claro, siento mucho dudar de alguien que tiene sustancias mortíferas en su habitación —dijo con sarcasmo, levantando las manos mientras se retiraba.

—Te perdono —contestó Ryuu, a lo que siguió un gruñido sonoro en respuesta.

—¡No era una disculpa, zoquete! —gritó su compañero mientras se alejaba.

—Tendremos que conformarnos con eso —finalizó Haru con una palmadita en la espalda de Ryuu.

* * *

Noboru se sentía profundamente agraviado, y así se lo hizo saber a Suki en dos ocasiones esa misma noche. Pero ella había perdido parte de la sensibilidad con el dolor del luto, por lo que no le importó lo más mínimo.

La tensión en el palacio se acrecentó, todos miraban con desconfianza al resto. Y, sin alimentos, algunos comenzaron a elaborar sus hipótesis, a culpar a otros, a enfrentarse entre sí.

El segundo día en honor a Lili amaneció con pasos acelerados por los pasillos y la voz de alarma de uno de los monjes. Suki, que apenas había podido dormir, acudió al lugar del que provenían los gritos: las habitaciones interiores del servicio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la kitsune al llegar y ver ya a varias personas reunidas a la puerta de un pequeño dormitorio.

Ota se abrió paso.

—Kenji... se ha quitado la vida —dijo el general, alzando su voz por encima de los murmullos—. Hay una nota. Confiesa ser el

responsable del envenenamiento de Lili.

Kenji, el jefe de cocina. El rechoncho y agradable hombre que escondía a diario un pastel o una galleta para cuando Aoi hacía su visita nocturna a las cocinas.

—Abrid paso —ordenó Ota mientras Suki avanzaba hacia la puerta esquivando a los presentes—. Cada uno a sus asuntos, inmediatamente.

Todos abandonaron el lugar sin rechistar.

El cuarto de Kenji era austero, como cabía esperar de un cocinero dedicado a su trabajo. Sin embargo, ahora estaba teñido de tragedia. El cuerpo del hombre colgaba del techo, balanceándose como un adorno. En la mesa había medio pergamino rasgado, con una escritura temblorosa que confirmaba sus peores temores.

Suki se acercó lentamente y lo tomó en sus manos. Intentaba por todos los medios no mirar el cuerpo sin vida.

—«Lili no era el objetivo» —leyó la joven en voz baja, pasando los ojos por la nota—. «El veneno estaba destinado a la kitsune. No tuve elección. Él amenazó con matar a mi familia, pero no puedo cargar con esto más tiempo. Lo lamento».

Las últimas dos palabras eran casi ilegibles, como si Kenji las hubiese escrito con la mano temblando. Noboru abrió la puerta con ímpetu y entró en la sala a tiempo para que Suki le entregase la nota.

—Kenji nunca habría hecho algo así sin coacción —dijo ella, cerrando los ojos mientras una oleada de emociones la atravesaba. No podía cargar otra muerte a sus espaldas.

—Parece que el caso está cerrado. Si fue obligado por amenazas, entonces los verdaderos culpables están fuera de estas paredes y suponemos quiénes son. Pero, por ahora, Kenji se ha llevado la verdad con él.

—¿Y ya está? —preguntó Suki, girándose hacia Noboru con una chispa de desafío en los ojos.

Noboru entregó la nota a uno de los monjes a su espalda y avanzó hasta su sobrina.

—A veces, aceptar lo inevitable es la única forma de avanzar. La vida sigue, tu misión continúa. Hay un reino que proteger y un propósito más grande que cumplir.

Suki rechinó los dientes y se fue con la mirada clavada en el suelo para evitar volver a ver aquella cara inocente sobre la que ahora recaían todas las culpas.

* * *

En el pasillo vacío solamente se oían las sandalias de Suki al alejarse. Apenas había avanzado unos metros cuando el general echó a andar hacia ella.

—Suki, espera.

Ella se detuvo, pero no lo miró. Sus hombros apenas se movían, como si incluso respirar le costara. Ota se colocó frente a ella y bajó la rodilla al suelo de piedra para estar a su altura.

—Lo que pasó con Kenji... no es tu culpa, ¿de acuerdo?

Suki no pudo ni levantar la cabeza, pero Ota podía distinguir el dolor y el remordimiento tiñendo sus rasgos.

—Eres fuerte —continuó, su tono era más suave ahora—. Mucho más de lo que te imaginas. Lo has demostrado estos días al enfrentarte a Noboru, incluso cuando nadie esperaba eso de ti, ni él mismo.

Suki respiró hondo, su pecho subía y bajaba como si intentara contener un torrente que amenazaba con desbordarse. Ota sintió la necesidad de levantarse y abrazarla, y decidió no reprimirla.

—Esto no te va a romper, lo sé —le susurró mientras rodeaba sus hombros levemente.

Pero sí la rompió. Y lo hizo en ese preciso instante, pues estalló en un sollozo incontenible que constriñó el corazón de Ota.

Un par de minutos después, Suki, aparentemente más calmada, se separó del cuerpo enorme del general. Pronunció un agradecimiento casi inaudible y continuó su camino. El hombre la observó hasta que dejó de ver su silueta. Luego suspiró y giró para regresar a la sala, a tiempo de ver que entraban otro par de monjes y cerraban tras de sí.

Se acercó con cautela y esperó a que terminasen; sin embargo, la puerta de madera de apenas dos dedos de ancho filtraba fragmentos de palabras. No supo por qué, pero aguzó el oído y se pegó al marco con el cuerpo tenso.

—Llevad al cadáver abajo —dijo la voz inconfundible de Noboru, desprovista de cualquier emoción—. Que no quede rastro. Quemadlo junto con la nota. Haced llegar a su familia una disculpa y un saco de monedas de parte de la kitsune.

Ota sintió alivio al escuchar aquello. Al menos, la familia recibiría algo de palacio, por poco que fuera.

—¿Qué hay del otro problema? —preguntó una voz baja, contenida.

—Si hasta ahora no hemos logrado deshacernos de él, es por vuestra torpeza —exhaló el regente lleno de desprecio—. Confundir el veneno en la investigación fue una chapuza. Pero no llegará al monte. Lo sustituiremos por Sogo.

—¿Y si la kitsune se da cuenta? —preguntó otro de los presentes.

—Hablaremos con los artesanos y nos aseguraremos de que esto se haga discretamente —respondió Noboru—. No podemos matarlo. Suki es terca, no lo dejaría pasar. Si él desaparece o muere de

manera sospechosa, lo investigará hasta el final. Y ella tiene una misión que cumplir, no puede permitirse esas distracciones. Sin embargo, si su cuerpo se debilita poco a poco, si simplemente no está en condiciones para subir... Entonces, no habrá más discusión.

Un escalofrío recorrió la columna de Ota. Sabía exactamente de quién hablaban.

Ryuu.

Pero ¿por qué? La semilla de desconfianza hacia Noboru que había sentido en ocasiones previas floreció de golpe, envolviendo su mente como una enredadera venenosa. Lo habían intentado descalificar tratando de atribuirle la muerte de Lili. Habían fracasado, y ahora querían hacerlo caer de otra manera.

¿Qué demonios pretendía el regente? ¿Tanta amenaza veía en Ryuu?

El general entrecerró los ojos. Había seguido a Noboru toda su vida, pero eso ya no era simple precaución. Se trataba de otra cosa.

Eso era miedo. Noboru tenía miedo de Ryuu.

—Entendido, maestro —respondió otra voz.

Ota retrocedió lentamente, asegurándose de no hacer ruido. ¿Debía contárselo a Suki? Era a ella a quien debía lealtad. Pero la kitsune estaba al límite; no podía poner más sobre sus hombros, no después de la muerte de Lili. Así que prometió hacerse cargo él mismo.

18



Durante los días siguientes, el palacio recobró su rutina, al menos en apariencia. El entrenamiento de la Guardia Kitsune volvió a una normalidad agotadora, que se hacía aún más extenuante debido a la falta de energía en Suki. Aunque intentaba ocultarlo, notaba cómo su mirada distante y los silencios prolongados contagiaban su tristeza a los miembros de su guardia. Incluso vio cómo Mei, Haru y Ryuu intercambiaban miradas preocupadas en más de una ocasión. Ninguno se atrevió a abordarla directamente, pero era evidente que la trataban con más cuidado.

Finalmente, el día llegó. Un día que cada año había celebrado junto a su amiga y su hermana. Un día que debería ser alegre, al menos para cualquier habitante del Imperio. Salvo para ella.

Se celebraban fiestas en cada ciudad en su honor. Llegaban regalos ostentosos y excesivos que Suki ni se paró a contemplar.

Hubo una ceremonia del té multitudinaria dirigida por Ada en uno de los salones de palacio al que la joven tuvo que asistir con su kimono rosa ceremonial y su pelo blanco recogido en un moño alto repleto de perlas. Fue triste y desolador para ella. En ningún momento de su vida se había sentido tan sola entre tanta gente.

El atardecer pintaba el cielo con el color de la sangre cuando Suki y su guardia ascendieron a la pagoda de las oraciones. El aire era más fresco a aquella altura, y estaba impregnado de una leve fragancia a incienso que se mezclaba con la humedad de la niebla. Los faroles colgaban en largas hileras alrededor de la estructura, proyectando un resplandor cálido que parecía sacado de un cuento. Desde allí podían ver la ciudad repleta de luces por las celebraciones, con sus tejados apilados como escamas de dragón, y las tres murallas que separaban el palacio del resto del reino. A lo lejos, entre las nubes bajas, se alzaba el monte Tenjou, por donde el sol se escondía. Era imponente y cubría gran parte del horizonte, como un guardián esperando su llegada.

—Es un lugar precioso —dijo Mei acercándose a Suki.

La kitsune hizo una parada en el último escalón, mirando alrededor con una expresión que oscilaba entre la nostalgia y la melancolía.

—Aquí he pasado toda mi vida —murmuró, su mirada perdiéndose en el horizonte—. Siempre dedicada a los dioses, escuchando las plegarias del pueblo, haciéndoselas llegar como oraciones. Pero ahora... es diferente. Hoy estoy aquí para cumplir mi destino..., y no sé si estoy preparada.

Haru se tomó el atrevimiento de pasar su brazo sobre los hombros de su protegida.

—Dirás preparados, somos un equipo —dijo guiñándole un ojo.

Cinco palabras que calentaron el corazón de Suki, congelado por la culpa y el propósito de venganza.

Al llegar al centro de la pagoda, Noboru ya los esperaba. Estaba sentado en el tatami junto a una pequeña mesa a modo de altar, donde el amuleto de jade rojo descansaba sobre un cojín de seda. Los faroles interiores proporcionaban una luz fantasmal que se movía como un reflejo sobre las olas del mar.

—Sentaos.

Los cuatro miembros de la guardia obedecieron, tomando asiento en un semicírculo con las piernas cruzadas. Suki conocía su labor en aquellos momentos, así que bajó las rodillas hasta el tatami al lado de Noboru y frente a sus fieles samuráis.

Una melodía antigua comenzó a salir de su garganta, sorprendiendo gratamente a los presentes con su bonita voz. Mantuvo los ojos cerrados, concentrada en los versos que hablaban de lealtad, sacrificio y el vínculo entre dioses y humanos. De nuevo, su canto acalló todos los sonidos del exterior.

Cuando terminó, Noboru alzó las manos y dio dos palmadas.

—Hoy no solo celebramos el cumpleaños de nuestra kitsune, sino que también forjamos el lazo más sagrado entre ella y sus guerreros. El amuleto de jade que veis aquí no es carmesí por el tipo de piedra, sino por la sangre que ha sido derramada sobre él. En su interior reside el espíritu de un antiguo yokai, el Goryo, conocido como «el demonio de la traición». Este espíritu guarda las promesas que se hacen ante él, asegurando que los juramentos de lealtad se mantengan.

Los ojos de los guardias se dirigieron al amuleto. La piedra roja parecía irradiar un brillo iridiscente, como si algo vivo habitara en su interior.

—Aquellos que juran en falso —continuó Noboru con su voz ronca —, especialmente si sus corazones albergan malas intenciones, sufrirán las consecuencias. El Goryo no tolera la traición. Si alguien rompiera su juramento, su sangre ardería en sus venas hasta consumirlo desde dentro. Este es el vínculo que asegura la lealtad.

»Hoy, al jurar sobre este amuleto, os comprometéis no solo con Suki, sino con la misma esencia divina y demoníaca. Este juramento es eterno, tan firme como las murallas que nos salvaguardan. Tan sagrado como la profecía. Ahora es el momento. Uno por uno, acercaréis vuestra mano y dejaréis que vuestra sangre lo toque. Es un pacto con los dioses, con la kitsune y con el espíritu del Goryo. Él será el guardián de vuestra lealtad. Y si esta se rompe... pagaréis el precio con vuestra propia vida.

Los guardias intercambiaron miradas fugaces, pero ninguno dudó.

—Haru —llamó Noboru, señalando al joven guerrero.

El samurái se adelantó. Su sonrisa habitual estaba ausente, aunque no parecía que fuera por miedo. Había en sus ojos una seriedad que pocas veces teñía su rostro. Se acercó al altar desenvainando uno de sus pequeños puñales con destreza. De él aún colgaba la pulsera que Suki le había regalado antes de su primera prueba. Sin dramatismos, Haru se cortó la palma de la mano y dejó que las gotas de sangre cayeran sobre el jade.

El efecto fue inmediato. La superficie del amuleto absorbió la sangre como si tuviera vida propia, y emitió un resplandor rojo y blanco que creció y luego se desvaneció, dejando tras de sí un leve calor en el aire. Haru respiró profundamente antes de hablar:

—Juro lealtad a Suki, nuestra kitsune, con todo mi ser. Defenderé su vida como si fuera la mía y no descansaré hasta cumplir con mi deber. Que los dioses y el Goryo me castiguen si mi juramento se quiebra. Mi sangre por el Imperio.

Al finalizar, Noboru asintió, aprobando con un leve movimiento de cabeza, y Haru regresó a su lugar, mirando el corte de su mano.

—Mei —llamó el monje, con la misma solemnidad.

La arquera avanzó y, con la punta de una de sus flechas, hizo un pequeño corte en su mano. La sangre cayó sobre el jade, que esta vez emitió un brillo azul oscuro, profundo, como la noche misma. Y luego una luz blanca bailó unos instantes antes de disiparse.

—Juro proteger a Suki y a nuestro propósito, con mi arco y mi vida. Mi sangre por el Imperio.

Mei regresó a su lugar, pues era el turno de Kaito, quien, sin esperar a ser llamado, usó un puñal para derramar unas gotas donde sus compañeros lo habían hecho. Un resplandor amarillo y rojo brilló levemente.

—Mi vida para protegerte, kitsune. Mi sangre por el Imperio.

Con esa simpleza en sus gestos y palabras, volvió a sentarse.

No hizo falta llamar al último, pues Ryuu ya había desenvainado a Sangreluna y, con una delicadeza que parecía imposible para un arma tan pesada, se abrió la piel de la palma de la mano y apretó sus dedos, dejando caer el reguero de sangre sobre el amuleto. Al absorberla, el jade emitió un destello violeta, un color que danzaba en el aire en volutas de humo mezclado con tonos negros, como si reflejara algo peligroso. Suki había previsto que su color sería ese, pues era el mismo que desprendía Sangreluna y que parecía que tan solo ella podía apreciar.

—Juro servir a Suki, con mi espada y mi alma —dijo Ryuu mirando fijamente a la kitsune—. Lo repetiré cuantas veces sea necesario: mi sangre por el Imperio.

El brillo violeta pareció aferrarse al aire un poco más antes de desvanecerse.

Tras los juramentos, Noboru se volvió hacia Suki. Ella respiró hondo y, sin titubear, se cortó la mano y dejó que su sangre se mezclara con la de los demás. No brilló. No emitió ningún color. Pero la sala se oscureció.

Suki colocó ambas manos sobre el amuleto, cerró los ojos y pronunció las palabras finales:

—En nombre de los dioses, acepto vuestro juramento. Que este pacto sea eterno, y que quienes lo quiebren enfrenten las consecuencias que dictamine el espíritu guardián.

El jade emitió un último destello y selló el ritual.

Suki tomó el amuleto y lo fue a depositar sobre las manos de Noboru, pero, en el último instante, su tío se apartó con una mueca.

—Póntelo —dijo alejándose—. Ahora es tu deber portarlo.

Sangreluna vibró en la espalda de Ryuu.

Cuando Suki se lo hubo anudado al cuello, la puerta de papel se deslizó con un crujido suave. Cuatro figuras encorvadas por los años entraron con pasos precisos, envueltos en ropajes naranjas de monje a juego con el resplandor cálido de los faroles. Eran los artesanos, custodios del antiguo arte que transformaba simples materiales en símbolos inmortales. Sus manos, curtidas por los años, eran sus herramientas.

—Ellos son los responsables de dar forma a las máscaras que os acompañarán en vuestro ascenso. Estas máscaras no sirven solo como protección bendecida por los dioses; son el reflejo de vuestro espíritu, la materialización de vuestro juramento. Llevadlas con orgullo. Son parte de vuestra identidad... y os ofrecerán defensa frente a lo que os aguarda en el Tenjou.

Los artesanos se arrodillaron frente al altar, haciendo una flexión profunda antes de desplegar sus herramientas: cinceles, pequeños cuchillos de filo preciso, pinceles con cerdas desgastadas y cuencos

de pintura que parecían contener los mismos colores que había mostrado el amuleto. El aire adquirió un aroma peculiar, una mezcla de madera recién tallada y pigmentos minerales.

El trabajo comenzó de inmediato. Cada pieza de madera se midió con cuidado para encajar en la cara de cada guardián. Como coreografiados, tallaron el material con sus hábiles manos.

—¿Por qué los colores son diferentes para cada uno de nosotros? —preguntó Haru con curiosidad.

Suki, que hasta entonces había estado observando sin emitir una palabra, giró la cabeza hacia él.

—Los colores reflejan vuestra esencia —respondió, contenta de explicar aquello que tanto había estudiado—. El Goryo no solo guarda el juramento. También revela lo que cada uno lleva dentro, aquello que os define.

—¿Y qué significan exactamente? —quiso saber Ryuu.

—Por ejemplo, Ryuu —dijo—, tus colores, violeta y negro, representan el misterio y la dualidad. El violeta es la conexión entre el mundo espiritual y el físico, mientras que el negro es el velo que esconde las verdades que aún no se han descubierto. Eres un enigma.

El samurái aceptó esa descripción sin añadir nada más, y Suki no pudo evitar volverse a sentir como una polilla.

—Haru —continuó la kitsune, volviendo la mirada hacia el joven guerrero—, tus colores, rojo y blanco, reflejan tu espíritu ardiente y tu pureza de intención. El rojo es el fuego de tu valentía, mientras que el blanco es la claridad de tu lealtad. Juntos, simbolizan tu naturaleza protectora: feroz, pero con un corazón inquebrantable.

Haru sonrió, un destello de su habitual jovialidad asomando por un instante.

—¿Y Mei? —preguntó, señalando a la arquera.

—Azul y blanco —dijo Suki, dirigiéndose a ella—. El azul es la serenidad y la precisión. Es el color de quien observa, calcula y actúa. El blanco, como en Haru, refleja tu integridad, pero en tu caso también habla de un cierto desapego. Un equilibrio entre mente y corazón.

Mei asintió con lentitud, su atención fija en los artesanos.

—Y Kaito —añadió Suki—, amarillo y carmesí. El amarillo es el color de la ambición, del deseo de alcanzar las cumbres más altas. Pero el carmesí... representa la pasión y, a veces, el peligro de dejarse consumir por ella.

Cuando las máscaras estuvieron terminadas, cada una de ellas era una obra de arte única; tenían forma de cabeza de zorro y vibraban con los colores que el Goryo había revelado. Las orejas acabadas en pico también eran diferentes en cada diseño. Cada uno de los cuatro guardianes kitsune había sellado su destino.

* * *

Con las máscaras envueltas cuidadosamente, se retiraron cuando la oscuridad rodeaba al palacio. El frío le calaba los huesos a Suki a pesar de las capas de su kimono, y, en la lejanía, el monte Tenjou parecía vigilarlos desde la distancia.

Al llegar a los barracones, Ryuu se acercó a la kitsune con una reverencia.

—Suki.

Ella se volvió hacia él, aunque apenas podía verle en la oscuridad.

—¿Puedes acompañarme un momento? —preguntó, señalando con un leve movimiento de cabeza hacia su barracón.

Suki dudó por un segundo, pero vio que Mei estaba atenta a cada movimiento y asentía en la distancia, un gesto que le confirmaba

que estaría alerta. Accedió a la petición de Ryuu, y juntos caminaron hasta la puerta, donde el muchacho entró solo y regresó casi de inmediato sosteniendo un paquete envuelto en tela de rafia. Extendió las manos hacia ella, ofreciéndoselo.

—Feliz cumpleaños —dijo, tan escueto como siempre, pero con un leve brillo en los ojos que la desarmó.

Suki parpadeó sorprendida al tomarlo. «¿Qué?». Miró el paquete y luego a él.

—¿Por qué me das un regalo? —No supo decir otra cosa.

—Quería hacerlo. Me preocupo por ti. Supongo que estarás destrozada tras lo de Lili y a la vez nerviosa por el ascenso... Solo quería hacerte sentir un poco mejor.

—Muchas gracias... Pero estoy bien —afirmó apartando la mirada, como si así pudiera evitar la conversación.

—Mentir no te queda bien, Suki —dijo él.

—No estoy mintiendo —respondió ofendida.

—Sí lo haces.

Su tono no era acusador. Era un hecho, dicho con la misma certeza con la que afirmaría que la luna salía por las noches.

La joven se abrazó un poco más al paquete.

—No necesito que nadie me analice, ¿sabes?

—No lo hago, disculpa si te ha molestado. Solo digo lo que veo.

—¿Y qué ves?

El chico la observó por un instante, con esa expresión impenetrable que la irritaba y la intrigaba a partes iguales.

—Veo desconfianza en ti; no solo hacia mí, hacia todo.

Hubo un breve silencio. Suki respiró hondo, agotada.

—¿Por qué tú sí puedes intentar sonsacarme cosas y yo no?

—Hazlo —propuso con indiferencia.

—¿Qué esperas del ascenso?

Tardó un par de segundos en responder.

—Cumplir con mi deber.

Suki puso los ojos en blanco.

—¿Ves? Qué respuesta tan original... —dijo con un gesto de resignación—. Sigues sin desvelar nada de ti, de tus anhelos, de lo que buscas.

—Si lo que esperas es una respuesta más poética, no la tengo, lo siento —soltó sin más, aunque su tono era tranquilo y cercano.

—No, lo que busco es algo real.

El chico cogió aire y la miró con intensidad. Una intensidad que no le resultó molesta.

—Mi deber es llevarte al Quinto Templo sana y salva. Pero no pienses que solo tengo esa fría misión. Quiero que estés bien, quiero que mi futura emperatriz no sufra, ni física ni mentalmente. Quiero... descubrirte.

—¿Descubrirme? —preguntó inmediatamente ella, sin poder frenar el rubor que subía a sus mejillas.

—No debe de ser fácil dedicar toda una vida a un destino; eso es algo que tenemos en común.

—¿Y cuál es ese destino al que has dedicado toda una vida? —se interesó.

—Estoy intentando descubrirlo.

Suki bajó la mirada con frustración. ¿Era aquello un juego de palabras? Un viento frío se coló entre ellos, arrastrando las palabras que no habían dicho.

Había muchas cosas que aún no entendía de aquel misterioso alacrán del desierto, pero quería hacerlo. Y eso era peligroso.

—Es tarde...

—Buenas noches, Suki —dijo, dándose la vuelta tras mirar al paquete por última vez—. Feliz cumpleaños.

Antes de que ella pudiera responder, Ryuu desapareció en el interior de su barracón. Suki se quedó allí, con el paquete en las manos, tan quieta que parecía una estatua. En cuanto sintió el viento morderle la piel, apretó los dedos alrededor de la tela y caminó rápidamente hacia su habitación.

Al llegar, cerró la puerta con un movimiento rápido, se sentó en el suelo y colocó el paquete frente a ella. Sus manos temblaban cuando deshizo el nudo, pensando de nuevo en aquellas dos palabras de antes: «Quiero descubrirte». La tela cayó y reveló un conjunto de tres piezas de ropa de samurái, de un negro profundo, con detalles rojos en las mangas y en las costuras. Al desdoblarlo pudo ver, en uno de los lados, un bordado de un pequeño zorro, elegante y hermoso.

Una nota sobresalía del único bolsillo del pantalón:

«Mi familia confeccionó esto para que lo usara si lograba unirme a la Guardia Kitsune, pero creo que el destino tenía otros planes. Ahora te pertenece. Feliz veintiún cumpleaños, Suki».

Dejó escapar un leve suspiro y, antes de que pudiera contenerlas, las lágrimas comenzaron a caer de nuevo. No sabía si lloraba por la calidez del regalo, porque hubiera alguien que sabía perfectamente lo que necesitaba, por el peso de los días pasados o por la incertidumbre de lo que vendría. Pero, en ese momento, se juró de nuevo que no habría más lágrimas.

—Si vuelvo a derramar algo, que sea la sangre de quienes intenten dañarme a mí o a los que amo —dijo en voz alta, quizá para que, esa vez, los dioses la oyesen.

19



Las murallas del palacio parecían respirar con vida propia aquella mañana, llenas de movimiento y ruido. Los pasillos estaban tapizados de enseres y los sirvientes y centinelas iban de un lado al otro llenando los patios de carros y palanquines. Los baúles se amontonaban en pilas y todo el mundo corría en un enjambre organizado. Suki caminaba despacio, casi arrastrando los pies, agobiada con aquel ajetreo donde, por un momento, se sintió como una espectadora en su propia historia. Lo veía de lejos y realmente deseaba no formar parte de él.

Entre el caos, Noboru destacaba dando órdenes a cada uno de los presentes. La verdad era que su tío sabía liderar. Asumir el mando hacía tantos años le había conferido una experiencia que nadie más ostentaba. A su alrededor, los monjes y soldados se movían rápidamente con cada golpe de su bastón. Todo el mundo parecía

tener un propósito, un deber que cumplir. Todos menos ella. Una punzada de soledad le recorrió el pecho. Ese debería ser el momento que compartiera con Lili o con su hermana Aoi. Incluso con Sora. Ellas habrían sabido qué organizar para el viaje, qué decir para hacerla sonreír. Pero ya no estaban.

«No voy a dejar que la pena me consuma —pensó apretando los dientes—. Cumpliré mi misión. Luego encontraré a los culpables de la muerte de Lili y les daré caza. Vengaré a mi amiga».

Siguió caminando hasta que encontró a Ota, quien revisaba un carro lleno de baúles con tanta concentración que apenas notó su llegada. Parecía que su relación con él se había afianzado tras los entrenamientos y había forjado una confianza que ya había demostrado los días previos. Suki se asomó por la parte lateral del carro para hablarle.

—Necesito algo —dijo sin lograr sonreír.

El hombre alzó la vista, sorprendido, pero asintió con cortesía.

—Lo que quieras, kitsune.

Dio la vuelta al carro para comentarle lo que había estado pensando.

—Ropa —soltó en un suspiro—. Pero no los kimonos ceremoniales que han preparado para mí. Quiero algo funcional. Ropa de combate, como la que usaban Sora y su escuadrón, que es mucho más práctica que la ropa de entrenamiento y no es tan tosca. Solo tengo un par de conjuntos..., pero está claro que necesito al menos tres más.

La pausa que siguió fue rara, pero Suki no desvió la mirada. El general dejó el pergamino que sostenía y cruzó los brazos.

—¿Estás segura? No es lo que se espera para tu ascenso.

—No voy a subir en un palanquín, vestida como una muñeca de porcelana —dijo firmemente, agarrándose las manos tras la espalda

para evitar mostrar su nerviosismo—. Voy a subir el Tenjou junto a mi guardia. No soy esa princesita que todos quieren que sea, Ota. No quiero que me lleven; quiero ganármelo.

Por unos segundos, Ota no dijo nada; sin embargo, sus ojos se iluminaron. Suki sabía que el general del ejército no era como Noboru, no tenía el corazón helado.

—Entendido. Te conseguiré lo que pides, porque esa forma de pensar te honra y estoy totalmente de acuerdo contigo. Aunque seguro que te cuesta otra discusión con tu tío.

Suki soltó una larga exhalación.

—Podré soportarlo. Prefiero caer intentándolo que alcanzar el quinto cielo sabiendo que no lo merezco. Tal vez eso me haga idiota..., pero no puedo soportar ser la razón de que otros mueran. No más.

Él sonrió, y esa rara curva en sus labios en alguien tan serio tenía un peso mayor. Para Suki, ese simple gesto fue como encender una vela en medio de la oscuridad, un destello cálido que disipaba, aunque fuera por un instante, la niebla de sus inseguridades.

—Te hace valiente, no idiota. Déjalo en mis manos —confirmó con media reverencia.

Suki continuó su camino, dejando a Ota atrás, con una creciente voluntad apoderándose de ella, a pesar del miedo y de la culpa que aún la afligía. Sus pasos la llevaron a los aposentos de Ada, donde tomaría su última clase antes de partir. Un pinchazo de nostalgia temprana la atravesó al ver a la maestra del té inmersa en alguna pócima o mejunje sobre su mesa. De pronto, supo cuánto la echaría de menos.

Al verla entrar, la mujer de pelo rubio surcado por canas levantó la vista y su ceño fruncido por la concentración se suavizó.

—Aah, Suki, no esperaba verte hoy. Pensé que estarías en medio de los preparativos para el ascenso —dijo mientras señalaba un taburete frente a la mesa.

—¿Sin despedirme de ti? Además, seguro que todavía hay cosas que necesito aprender, Ada. —La joven se sentó frente a ella—. Y... necesito pedirte algo.

Ada asintió sin discusión. Se levantó y deambuló de un lado al otro de la sala, reuniendo una selección de hierbas, frascos y herramientas.

—Hoy repasaremos los antídotos más importantes. Si el monte Tenjou te pone a prueba, necesitarás esto más de lo que crees. Me han dicho que tres sanadores os acompañarán, al menos al inicio, pero no puedes subestimar lo que la montaña puede hacerle a tu cuerpo o a tu mente —expuso mientras distribuía todo sobre la mesa —. Alcánzame el cáliz para la mezcla y la lámpara de fuego.

Con paciencia, comenzó a explicarle nuevamente algunos ingredientes y sus usos. La instó a triturar la raíz de *shikomi*, que servía para contrarrestar venenos paralizantes, y juntas prepararon un bálsamo a base de hojas de *kuromi* para aliviar infecciones y quemaduras. Suki memorizba cada lección con cuidado.

—¿Qué querías pedirme, querida? —preguntó la mujer al acabar su explicación.

—¿Puedo llevarme algunos de tus ingredientes? —preguntó mientras terminaba de mezclar un ungüento en un pequeño tarro de cerámica. Levantó la vista hacia Ada, esperando una respuesta.

Su mentora sonrió y alcanzó algo tras ella.

—Estos son algunas de las plantas, antídotos y bálsamos que ya conoces —dijo entregándole un saco de cuero repleto de tarros en el que también introdujo lo que acababan de preparar—. ¿Creías que no había pensado en todo?

La muchacha se sonrojó ante el despliegue de amabilidad y no pudo hacer otra cosa que abrazarla.

—Gracias, Ada —susurró a su oído—. Gracias por todo lo que me has enseñado.

Cargada con todo ese conocimiento y un sentimiento de añoranza, Suki regresó a su habitación, donde encontró sobre la cama varios uniformes negros con detalles dorados. Parecían confeccionados en un tipo de tejido desconocido para ella. Cuando se puso uno de ellos, comprobó la elasticidad con la que se ajustaban a su cuerpo, ahora más duro tras semanas de entrenamiento. Se miró en el espejo con extrañeza. Esos ropajes tan negros contrastaban con la decoración recargada de su cuarto y del resto de las vestimentas que la habían obligado a usar siempre. Con orgullo, se vio como una samurái, no como un miembro de la realeza. Como una guerrera que se entregaría a su misión, no que se dejaría llevar a través de ella.

«Si el fracaso es mi destino, lo abrazaré con dignidad, de pie, jamás sostenida como una carga», se aseguró.

Al meter todo en el baúl, Suki reparó en la caja roja que guardaba el pergamino que Lili le había dado.

No había tenido tiempo de mirarlo antes. El torbellino de entrenamientos, preparativos y despedidas lo había mantenido relegado a un rincón de su habitación, olvidado, hasta ese momento.

Se sentó en la cama y deslizó los dedos por la tapa de madera lacada. Era un objeto precioso, cuidadosamente sellado, como si hubiese esperado pacientemente a ser descubierto.

Con un clic, abrió la caja. Dentro, el pergamino descansaba enrollado. La tela que lo sujetaba estaba gastada por el tiempo, pero aún mantenía su color carmesí.

Suki lo desplegó sobre la cama. Era grande, y la caligrafía era pequeña y apretada, escrita con trazos firmes pero elegantes.

No había fechas. Solo fragmentos de pensamientos dispersos, apresurados. Pasó los ojos por las primeras frases, con dificultad.

«Mis guardias pelean con maestría, los observo desde la almena porque no me dejan interactuar con ellos».

Suki sintió una punzada de pena. Eso no le había pasado a ella porque se había rebelado. Y ahora sus guardias no solo serían su escolta, sino que la respetaban como guerrera.

Siguió leyendo.

Las frases parecían volverse más apresuradas conforme avanzaban. Como si la autora del pergamino, quienquiera que fuese, hubiese tenido menos tiempo para detenerse y escribir.

Entonces llegó a una entrada que le hizo contener el aliento.

«Lo sentí. Estaba ahí. El kitsune llegó a mí en el momento en que me situé bajo el *torii* del primer templo. El poder empezaba a abandonar a la kitsune previa para asentarse en mí, poco a poco. Y lo noté en mi visión, en mis sentidos...».

Suki tragó y releyó la frase. Y luego otra vez.

La kitsune anterior... en su caso era su abuela.

Desde que ella diera el primer paso en el ascenso, su abuela perdería su poder, y Suki lo iría ganando.

En ese instante lo comprendió con una claridad devastadora: si ella no llegaba al quinto cielo antes de que el poder se agotara por completo, la Purga daría comienzo. Claro..., el equilibrio dependía de que la kitsune estuviera en su lugar antes de que la anterior lo perdiera por completo.

Y ella... ella debía llegar a tiempo.

Siguió leyendo, pero, después de aquello, las anotaciones se volvían más vagas, más escasas. Parecía que la autora no había tenido tiempo de escribir más después del inicio del ascenso.

Suki recorrió con la mirada los últimos trazos. Se preguntó de qué kitsune habrían sido, quién de sus antepasadas había dejado aquellas palabras como un eco en el tiempo.

Fuera quien fuera, le había dado una pista. Y, por primera vez, Suki sintió que no iba completamente a ciegas. Las explicaciones de Noboru solían ser: «Todo está explicado en la profecía». Ahora había comprobado que no era del todo cierto. Había matices y detalles como este que daban un significado más completo a su misión.

Apretó los dedos alrededor del pergamino agradeciendo esa información. No era mucho. Pero era algo. Se lo llevaría con ella.

* * *

En otra parte del Palacio Imperial, cerca de la muralla, los barracones de la Guardia Kitsune estaban siendo desmantelados. Lo único que se escuchaba era el choque metálico de armas siendo empaquetadas y cargadas en carros. Todos trabajaban con diligencia, asegurándose de que nada quedase atrás. Todos salvo Ryuu, que seguía rebuscando entre las sábanas y cojines de su futón con una ansiedad creciente.

—¿Dónde demonios está? —gruñó, revolviendo los restos de lo que había sido su lugar de descanso.

«Perder la máscara el día que te la entregan es el colmo de la torpeza —comentó la voz de su cabeza rebosante de diversión—. Eres todo un espectáculo de inutilidad, si me permites decírtelo».

—No te lo permito —murmuró Ryuu para sí mismo con irritación mientras sacudía una prenda sin éxito.

Con un quejido de frustración, se dirigió a los baños comunes pensando que tal vez la habría dejado allí la noche anterior, a su regreso de la pagoda. Caminó con rapidez, ignorando el caos a su

alrededor, al tiempo que intentaba acallar los pensamientos insistentes de la espada.

«¿Qué pasará cuando la kitsune descubra que su flamante guardia no es capaz ni de cuidar lo que lo identifica como tal? Ah, me lo imagino. ¿Qué será de esas miradas intensitas?».

Ryuu apretó los puños ignorando las palabras. Ya tenía suficiente con la posibilidad de haber perdido lo más importante de su posición. Al llegar a los baños, no encontró nada. Enfrentó las miradas curiosas de los sirvientes que limpiaban el suelo y, sintiéndose fuera de lugar, decidió volver. Sin embargo, al girar hacia la salida, chocó de frente con Ota.

—¿Qué ocurre, novato? —preguntó el general con su habitual tono cortante—. ¿No deberías estar empaquetando tu ropa?

—Sí, ya está lista.

«Vamos, díselo, valiente —se burló de nuevo la voz—. Dile que has perdido lo que te hace oficialmente miembro de la Guardia Kitsune».

Antes de que Ryuu pudiera elaborar una frase, Ota le hizo un gesto.

—Acompáñame —ordenó, sin esperar una réplica.

Ota había sido un excelente maestro en todos los ámbitos. Los había formado en defensa, ataque y estrategia, pero, además de eso, había obtenido el respeto y la admiración de los cuatro miembros de la Guardia Kitsune, por lo que Ryuu lo siguió sin cuestionárselo. Pasaron la primera muralla y cruzaron el patio. Caminaron discretamente por el borde de la muralla Ni, hasta llegar a una puerta bajo un arco de piedra cubierto de musgo. Ota golpeó dos veces, y un chirrido agudo anunció que alguien al otro lado estaba abriendo.

—Soy yo, viejo —susurró el general.

Una mano de dedos arrugados y huesudos surgió de las sombras, sosteniendo una bolsa de tela. Ota la tomó con cuidado y, sin decir nada más, la puerta se cerró tras ellos.

Al girarse, Ota extendió la bolsa hacia Ryuu.

—Esto es para ti —soltó sin más.

El chico no la tomó de inmediato; alternaba su mirada desconfiada entre el general y la bolsa.

—Estabas buscando tu máscara, ¿no es así? No la perdiste. Anoche la sacamos de tu barracón mientras dormías.

«Ah, excelente trabajo como guardia —dijo esa voz sarcástica—. Ni siquiera notas cuando alguien entra a quitarte lo que más valoras. Al menos, confirmamos que no eres inútil, solo idiota».

El rostro de Ryuu se endureció.

—¿Por qué? —preguntó con frialdad.

—Ha sido por una buena causa. Habían envenenado la madera de tu máscara. Si la hubieras usado un par de veces más, tal vez estaríamos enterrándote ahora. Esto —dijo, empujando la bolsa hacia él— es una réplica. Úsala, y no hagas preguntas.

«Ha sido el monje —dijo la voz, totalmente segura de su afirmación—. Es lo más evidente, ¿quién iba a ser si no?».

—¿Noboru? —preguntó sin preámbulos Ryuu.

El nombre cayó como una piedra en un charco. Ota apenas reaccionó, pero la ligera mueca que cruzó su rostro no pasó desapercibida para el guerrero.

—Eso no importa ahora —zanjó el general—. Ahora usarás esta réplica y no dirás nada a nadie, especialmente a la kitsune, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué no debería comunicarle una traición a un miembro de su guardia?

—Porque me encargaré personalmente de esta cuestión —concluyó—. Si le hacemos cargar con más peso, se desmoronará.

Se sostuvieron las miradas por un momento, buscando alguna grieta en la firmeza del otro. Pero Ryuu finalmente asintió con un gesto seco.

—Como ordene, general.

Ota dio un paso atrás, su mirada fija en el samurái.

—Céntrate en tu misión. Nada más importa.

Ryuu tomó la bolsa y la apretó contra su costado. Sin decir una palabra más, se giró para volver al barracón. La sensación de que algo más siniestro se estaba gestando no lo abandonaba, pero si alguien quería jugar con fuego, él sería quien lo apagaría.

20



Gong. Gong. Gong. Y así veintiuna veces, una por cada año de su vida.

Un sonido que Suki llevaba esperando desde que tenía consciencia. No deseando, sino todo lo contrario, rezando para que nunca llegase. Pero el tiempo es algo inevitable, y su destino estaba llamando a la puerta.

La gran procesión comenzó su lento avance hacia la falda del monte Tenjou. La fila era interminable: sirvientes cargando baúles, soldados caminando con pasos marciales, monjes sosteniendo amuletos y estandartes, y aldeanos que se habían reunido solo para ver partir a la kitsune. Suki caminaba en el centro, flanqueada por su guardia. Noboru iba justo a su derecha, con su bastón marcando el ritmo de los pasos, mientras que Ryuu, Mei, Kaito y Haru mantenían

su posición cerca, vigilando los alrededores con la atención de un halcón.

Verse rodeada de tanta gente no hacía sino incrementar su nerviosismo. Nunca antes había podido salir a la ciudad, así que recorrer sus calles siendo el centro de las miradas estaba siendo una experiencia novedosa.

El monte Tenjou se alzaba majestuoso y pacífico a lo lejos, pero temía que el camino hasta allí la desgastase. Igual que el sonido de un grillo, Noboru iba repitiéndole una y otra vez su discurso.

—Recuerda tus rezos diarios, Suki. No podemos comunicar las plegarias de los aldeanos estos días, pero sí podrás cantar las escrituras —repitió, sin siquiera mirar en su dirección—. No olvides que cada templo tiene sus custodios, y cada uno exigirá algo distinto de ti; lo conoces, lo sabes. Los cinco templos no son meros pasos físicos; son pruebas espirituales que desafiarán tu cuerpo y tu alma. No olvides que tu destino está ligado al de todos nosotros.

Ella suspiraba. Al menos, no había comentado nada de su atuendo, así que escuchó con obediencia. Por el camino, pudo ver lo venerado que era su tío, cómo todos seguían sus indicaciones, le besaban la mano y le hacían reverencias pronunciando siempre un «gracias, maestro».

Cuando requirieron su presencia en la vanguardia de la procesión, Ryuu tomó el relevo a su derecha.

—Estás muy callada, kitsune —murmuró.

—Estaba escuchando —respondió, manteniendo la vista al frente.

—¿Escuchando o sobreviviendo al sermón? Por cierto —comentó Ryuu, con un tono más ligero, ante su falta de respuesta—, te queda bien el kimono.

Era el que él le había obsequiado.

Suki bajó la mirada fugazmente hacia la tela, acariciándola con los dedos casi sin darse cuenta. Luego, sin girarse del todo, asintió con un leve movimiento de cabeza como respuesta.

Cuando el grupo estaba ya a mitad del camino hacia el templo situado en la falda del monte, una conmoción en la retaguardia interrumpió la calma. Se alzaron gritos, seguidos del choque metálico de armas. Suki se detuvo en seco; su corazón dio un vuelco mientras veía cómo varios miembros del ejército corrían hacia el final de la fila.

—¿Qué está pasando? —preguntó, mirando a Noboru, que había regresado a su lado.

—Un ataque, probablemente de la Orden de la Purga —respondió —. El grupo debe seguir adelante. Vamos.

Pero Suki no estaba dispuesta a continuar sin más, no sin haber podido detener a los responsables de la muerte de Lili. Se giró hacia Ryuu, quien ya tenía la mano en la empuñadura de su espada Sangreluna.

—Voy con ellos —informó.

Ryuu la miró confuso; seguramente se esperaba todo menos aquello.

—Es peligroso, Suki.

—No soy una figura decorativa. Si vienen a por mí, dejad que me alcancen —ordenó—. Quiero hablar con ellos.

—Suki, detente. Esto no es algo que puedas manejar —dijo Noboru con enfado, colocándose frente a ella.

—Son los mismos que mataron a Lili. Los que intentaron asesinarme, y ahora están aquí, frente a nosotros. —Su mirada se endureció, y, por primera vez, se permitió elevar la voz—. Déjame hablar con ellos, tío, por favor. Si vienen a por mí, quiero saber por qué.

—Tu misión es ascender al monte, no distraerte con quienes no entienden la magnitud de tu propósito.

Suki vio cómo Ryuu apretaba la empuñadura de Sangreluna, sin dejar de observarla con algo de duda en los ojos. Haru y Mei intercambiaron una mirada preocupada, pero no dijeron nada. Kaito se encontraba fuera de la vista, pero Ota, en cambio, dio un paso adelante.

—Tal vez la kitsune tenga razón —dijo el general mientras miraba a Noboru directamente—. Estos ataques no son incidentes aislados. Hay que saber qué y por qué lo quieren, es imposible que su único objetivo sea traer la Purga y que nos destruya a todos, puesto que eso acabaría también con ellos.

—¡Solo quieren el fin de todo! ¿No lo veis? —exclamó el monje—. Pretenden matarla, igual que a su padre.

Aquella afirmación dejó paralizada a Suki en el sitio. Ni siquiera Ota se inmutó. De pronto, un soldado llegó corriendo desde la retaguardia y se detuvo con una reverencia.

—Son cinco, mi general. Los tenemos apresados, no suponen una amenaza. ¿Qué hacemos con ellos?

Suki apenas esperó para responder:

—Traedlos aquí. Ahora.

—No. No es prudente —insistió Noboru.

—Han matado a mi padre, ¿no es lo que has dicho? Han matado a Lili. —El filo en su voz hizo que incluso Ryuu la mirara con algo de respeto renovado en su expresión—. ¿Quieres que sigan matando a quienes me rodean? Porque yo no. Necesito saber si lo único que quieren es la Purga o hay algo más.

Noboru apretó los labios, pero no dijo más. Al poco tiempo, los cinco atacantes fueron llevados ante ellos. Eran jóvenes, apenas mayores que Suki, con ropas desgastadas y rostros marcados por el

frío y la desesperación. Se retorcían en los brazos de los milicianos, sus ojos encendidos con una mezcla de rabia y miedo.

—¿Quién es vuestro líder? —preguntó Suki, su voz firme.

Los jóvenes intercambiaron miradas, pero ninguno respondió.

—¿Cuál es vuestra auténtica misión? ¿Qué queréis de mí? —insistió.

Uno de ellos, un chico de cabello desordenado y mejillas hundidas, alzó la barbilla con desafío.

—¿De ti? No queremos nada de ti, kitsune, solo que desaparezcas. Queremos lo que los dioses han negado a la humanidad —dijo con voz rasposa.

—¿Y eso qué significa? —Suki dio un paso adelante, enfrentando sus miedos—. ¿No fue suficiente con asesinar a mi dama de compañía? ¿Por qué queréis evitar mi ascenso?

Otro de los jóvenes, una chica con un corte sangrante cruzando su mejilla, escupió al suelo y alzó la voz.

—No queremos evitar nada. Queremos que se cumpla. La Purga debe llegar. El castigo debe cumplirse. Por culpa de vosotras, las kitsune, estamos encadenados. Y cada vez que ascendéis, prolongáis nuestro sufrimiento. Nos dais migajas de equilibrio mientras nos mantenéis esclavos de los dioses.

—Esclavos... —analizó Suki con confusión y rabia—. ¿Cómo puede la Purga, que promete destruir todo a su paso y abrir las puertas del infierno, ser algo que anheláis?

El chico avanzó un paso, aunque los soldados lo mantuvieron bajo control. Menos mal que la mayor parte del ejército los acompañaba en esa parte del ascenso.

—La Purga es el juicio, el fin de las cadenas. Las kitsune sois el ancla que nos mantiene atados al yugo de los dioses. Los humanos éramos poderosos en el pasado, podíamos acceder a las cualidades

divinas y manejarlas a nuestro antojo, hasta que tus antepasadas provocaron esto. Y ahora... ¿Qué clase de vida es esta, viviendo bajo sus reglas, temiendo sus castigos, ni una pizca de magia en nuestro interior? Solo amenazados por la posible llegada de unos demonios. La humanidad merece ser libre, aunque eso signifique empezar de cero. Vosotras sois las únicas con poderes porque sois las responsables de este sistema corrupto, y por eso debemos acabar con vosotras.

—¿Y destruirlo todo es vuestra solución? —repitió Suki, con los ojos ardiendo de indignación—. ¿Cuántas vidas estáis dispuestos a sacrificar por una libertad que no entendéis?

La chica se echó a reír, un sonido casi histérico.

—Sacrificaremos lo que haga falta. La humanidad está podrida, y el mundo debe renacer. Vosotras sois el obstáculo. Vosotras sois el problema.

Antes de poder seguir con el interrogatorio, de repente, los cinco jóvenes comenzaron a convulsionar. Sus cuerpos se retorcían al mismo tiempo que caían al suelo uno tras otro. Los soldados retrocedieron alarmados. Suki, horrorizada, dio un paso atrás mientras Ota se agachaba para examinar el cuerpo del primer atacante.

—Han mordido cápsulas de veneno —declaró, con el rostro sombrío.

La kitsune se arrodilló y pudo reconocer rápidamente la espuma negra que manchaba los labios de los jóvenes.

—Es *saiyaku* —murmuró—. Veneno de acción instantánea. Han elegido la muerte... No lo entiendo.

—Porque sabían que el castigo que los esperaba iba a ser el mismo; de esta forma, han podido tener control sobre su final. Eso

dice mucho de sus ambiciones —dedujo Ryuu con un susurro a su espalda.

Suki cerró los ojos un momento, intentando procesar lo que acababa de presenciar. La rabia hervía en su interior. Rabia e impotencia. Finalmente, respiró hondo y levantó los párpados; su mirada se había afilado como un cuchillo.

Ryuu se colocó más cerca, como si quisiera ofrecerle apoyo. Ella lo miró entonces, encontrando en sus ojos una sinceridad que no esperaba.

—Registrad sus cuerpos —gritó de pronto Noboru—, debemos continuar.

* * *

El Tenjou tenía algo que lo distinguía: una energía latente que parecía envolverlos a medida que se acercaban. La tierra vibraba, el aire era más limpio. Pero lo que capturó completamente la atención de todos al llegar a la falda de la montaña fue el inmenso cerezo que crecía a sus pies. Desnudo pero imponente, sus ramas se alzaban como manos vacías hacia el cielo gris.

Decenas de personas aguardaban cerca del templo, a las que se sumaron las casi cien del séquito de la kitsune.

Suki descendió del palanquín donde se había cambiado a su kimono ceremonial. Con tantos ojos puestos en ella y siendo un momento tan único en su vida, había decidido que su atuendo debía estar a la altura de un evento de tal magnitud. Se ciñó bien la capa y sintió cómo una ráfaga de viento le rozaba la piel. No había sido un viento cualquiera; algo en su textura, en su peso, era diferente.

La vibración del suelo se hizo cada vez más intensa. Y, como con un último estertor, un movimiento en las ramas del cerezo hizo que

se sacudiera por completo. Con un crujido suave, los brotes comenzaron a emerger, como si respondieran a su llegada. Uno tras otro, pétalos rosados explotaron llenos de vida, cubriendo las ramas hasta convertirlas en una nube de flores rosadas. El espectáculo silenció a los allí reunidos.

—Es hermoso... —murmuró Haru.

Los demás permanecieron callados, admirando aquella belleza entre ovaciones. Incluso Ryuu, quien rara vez mostraba algo más allá de una máscara de indiferencia, observaba el cerezo con admiración.

Bajo la sombra floral, como resguardada, la Lápida de los Dioses ejercía una atracción oscura en Suki. Era rugosa pero plana y relucía como si la acabaran de limpiar, aunque llevase siglos allí. Las palabras en su superficie parecían antiguas y eternas a la vez, ajenas al paso del tiempo. Dictaminaban su destino.

—La Lápida de los Dioses —dijo Noboru—, aquí comienza tu destino, Suki.

Su tío la abrazó, claramente henchido de orgullo, aunque no lo admitiera.

Suki caminó hacia el *torii* sin esperar a nadie. La estructura en forma de puerta constituía la entrada sagrada y, junto al cerezo, marcaba el inicio del ascenso. El mundo parecía contener la respiración junto con ella.

—Una vez lo cruce, no habrá vuelta atrás —anunció girándose levemente, más para ella que para advertir al resto.

Dio diez pasos más y alzó la vista hacia la inmensa estructura, cuya parte alta apenas rozaba las ramas del árbol. Sus colores rojos contrastaban con el cielo pálido y unos adornos en forma de cintas se mecían con la ligera brisa. Se detuvo justo debajo, cerrando los ojos por un momento. Se sentía una flor más en aquel paisaje. Las

pesadas y adornadas telas que cubrían su cuerpo, en capas superpuestas de colores blancos y rosados, emulaban los pétalos sobre su cabeza. Inspiró profundamente y, al exhalar, comenzó la ceremonia.



Se arrodilló en el suelo rocoso, un movimiento lento y deliberado que parecía conectar su cuerpo con la tierra. De su kimono sacó un pequeño frasco y, con cuidado, vertió unas gotas de un líquido rojo en el suelo. Les ofreció su propia sangre en un gesto de apreciación a los dioses.

—Oh, espíritus del monte Tenjou, protectores del equilibrio y emisarios de los dioses —empezó, ganando seguridad a cada palabra—. Os ruego que nos protejáis en este ascenso, que nos deis la fuerza para cumplir con el destino que habéis marcado y que iluminéis nuestro camino.

Los monjes, liderados por Noboru, comenzaron a entonar un cántico grave y melódico. Sus voces flotaron en el aire, dando vida a las palabras de la profecía inscrita en la piedra. El mensaje era claro: Suki debía completar el ascenso antes de que los pétalos del cerezo, que ahora florecían en todo su esplendor, cayeran. Dos semanas. Ese era el límite.

Mientras las palabras del cántico envolvían el ambiente, Suki sintió algo extraño. Primero fue un escalofrío recorriéndole cada vértebra, pero luego, como un relámpago, una sensación golpeó su interior.

Frente a ella, en el bosque que marcaba el inicio del ascenso, decenas de Kodama emergieron, llenando el aire con sus característicos sonidos. Criaturas que solo habitaban bosques sagrados, yokais benévolos que guiaban a los caminantes mostrándoles la ruta correcta. Como el tictac de un reloj perfectamente sincronizado, movían sus cabezas mientras sus siluetas titilaban como farolillos en una noche de festival. Aquello solo podía considerarse una buena señal.

Sus sentidos comenzaron a afinarse de manera inexplicable y apretó los párpados con fuerza. Podía oír los susurros de las hojas al moverse con el viento, el crujir de la corteza de los árboles, incluso

el leve zumbido de los insectos que revoloteaban cerca del cerezo. Cuando abrió los ojos, la montaña parecía más viva que nunca. Las sombras de los árboles tenían un brillo tenue, como si una energía invisible los envolviera, igual que a los Kodama, y el horizonte se extendía con una claridad hasta entonces imposible.

—¿Suki? —preguntó Ryuu que se encontraba arrodillado frente a ella con Mei a su lado.

Ambos guardianes la observaban con cautela. Ella parpadeó, tratando de concentrarse de nuevo. Las miradas de todo su grupo estaban puestas en su rostro, pero no sabía bien cómo explicar lo que acababa de sentir.

—Mis poderes... han despertado —anunció ante la estupefacta mirada de todos.

21



La oscuridad los rodeó antes de esperarlo, y las hogueras, ya encendidas, chisporroteaban y arrancaban siluetas a los que se encontraban organizando las tiendas para hacer la primera noche a los pies del gran cerezo.

Suki caminaba junto a Mei, observando cada luz, ahora más intensificadas, cada sonido, retumbante en sus oídos, más aguzados a cada momento. Todo se sentía nuevo. Nuevo y... mágico. Incluso pensó que podía empezar a detectar la latencia de los pasos de las personas; todos tenían un ritmo diferente.

—Ese kimono es bonito —comentó Mei, observándola de reojo con una media sonrisa—. ¿Fue lo que te entregó Ryuu ayer?

—Sí... —Suki jugueteó con los pliegues de la tela—. No lo esperaba, la verdad. Nunca me habían regalado nada sin esperar algo a cambio.

Mei asintió, pero no dijo nada de inmediato. El silencio entre ambas no era incómodo; era la clase de pausa que solo existía entre quienes empiezan a entenderse.

—¿Y tu nuevo poder? —preguntó al cabo de un rato, observándola con interés—. ¿Cómo se siente?

—Es... raro. Como si el mundo estuviera más vivo, más nítido. Escucho cosas que antes no oía, percibo movimientos sin siquiera verlos. Es como si una parte de mí siempre hubiera estado dormida, y ahora, de repente, ha despertado.

—Debe de ser aterrador.

—Más que aterrador es raro. Como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo.

Siguieron avanzando por los límites del templo.

—Y hablando de cosas raras —dijo Mei, señalando con la mirada a Ryuu, que estaba limpiando su espada y parecía enfrascado en una conversación consigo mismo.

Suki se fijó en cómo el sol poniente proyectaba una luz cálida sobre la figura del samurái. El cabello suelto le caía sobre las mejillas, afilando sus rasgos. Entonces escuchó su voz sin llegar a entender sus palabras.

—¿Con quién habla?

—Lo he visto hablando solo. Varias veces. No como alguien que reza, más bien... como si estuviera discutiendo con alguien. Y siempre lo hace cuando cree que nadie lo ve. Es extraño.

La mente de Suki activó un recuerdo. Lili le había dicho algo parecido. Pero ya no desconfiaba de Ryuu; no después de haber salvado a Aoi; no tras tomar sus manos y preocuparse por sus heridas; no tras el inesperado regalo de cumpleaños. No desde que sentía esa atracción extraña por él.

—Tal vez tenga un amigo invisible.

Ambas se miraron con la seriedad en sus rostros, como valorando aquella absurda opción, hasta que de repente estallaron en una carcajada.

* * *

Los Kodama se habían retirado al interior del bosque, desde donde brillaban tenuemente. Eso había dejado los alrededores en una oscuridad que parecía poder devorarlos.

Al acudir a la tienda de Noboru, Suki lo vio rodeado de un montón de pergaminos y con uno de sus monjes ayudantes a cada lado. Ellos organizaban toda la logística de la subida, algo admirable y de gran dificultad, claro estaba. Por eso a la kitsune incluso le dio pena lo que iba a comunicarle.

—Creo que deberíamos compartir tienda. Tú, los monjes y el resto del grupo.

Noboru soltó una carcajada seca, como si hubiera escuchado una broma.

—Eso es ridículo. Cada tienda está asignada según un plan meticuloso que hemos organizado durante meses. Alterarlo ahora sería un error.

—Pero...

—Mira, hija —su tío alzó las manos en un gesto exagerado—, llevo planificando esto toda mi vida. Toda tu vida. Trazando un plan en el que tu seguridad fuera lo más importante. Tratando de salvarte incluso de ti misma. No puedes tomar decisiones por tus caprichos.

Había ido adquiriendo una postura aún más rígida tras el ataque inesperado en el palacio, y a Suki no pudo parecerle más evidente en ese momento. Un momento vulnerable, un momento de cruda preocupación por ella.

—No es un capricho, y dudo que altere tanto tus planes simplemente compartir lugar de descanso —rebatió ella—. De hecho, mis poderes kitsune me permiten escuchar más allá de lo humanamente posible. Creo que será lo más seguro para todos; yo puedo oír la amenaza antes que nadie, y así, si estamos cerca unos de otros, podremos defendernos mucho mejor.

Noboru la observó durante un largo momento, como si intentara decidir si ceder o no. Finalmente, soltó un bufido y se giró hacia los monjes.

—Haz lo que quieras, estoy demasiado ocupado con todo esto —suspiró señalando alrededor—. Pero recuerda que cada error que cometas será únicamente tu responsabilidad. Yo ya no me haré cargo de tus imprudencias. —Con esas palabras, volvió a concentrarse en sus pergaminos.

* * *

Un rato después, varios sirvientes se habían afanado para unir cuatro lonas y formar una sola tienda, cuyo interior estaba más abarrotado de lo que Ryuu habría preferido. A su alrededor, Mei y Haru revisaban sus equipos concienzudamente, mientras Kaito, sentado en un rincón, parecía absorto en sus propios pensamientos. Suki y Mei tenían su área más privada, delimitada por un biombo improvisado. Aun así, la presencia de tantas personas en un solo espacio le resultaba sofocante.

Aquella voz que solo Ryuu escuchaba parecía disfrutar de su incomodidad.

«Qué encantador, todos juntitos como una gran familia. Es justo lo que necesitas, ¿verdad? Más ojos sobre ti, más oportunidades para que alguien note lo que escondes».

Ryuu la ignoró y se agachó para afilar una de sus dagas. El roce del metal contra la piedra de afilar era un sonido reconfortante, un recordatorio de que había cosas en el mundo que aún podía controlar. Desde que Suki había ordenado que todos compartieran tienda, el aire estaba cargado de sospechas no dichas y una extraña sensación de camaradería forzada.

—Humm... —murmuró Mei, dejando a un lado su arco—. No parece que nadie esté muy cómodo con la idea de compartir zona de descanso.

Suki, que estaba revisando un pequeño mapa, levantó la vista y la miró directamente.

—No necesitamos que nadie esté cómodo, Mei. Lo que necesito es que lleguemos al Quinto Templo. Todos vivos. Si alguien tiene problemas con eso, puede decírmelo ahora.

Aquel aviso cayó sin que ninguno lo esperara. Haru carraspeó y se encogió de hombros.

—Bueno, mientras nadie ronque demasiado, supongo que sobreviviré.

La risa suave que siguió al comentario alivió brevemente la tensión, pero no lo suficiente como para disiparla por completo. Suki volvió al mapa, y Ryuu decidió que era momento de hablar.

—¿Qué buscas con esto? —preguntó de repente—. No haces nada sin una razón de peso.

La kitsune levantó la vista con gesto de sorpresa.

—Tan solo quiero que todos estemos vivos al final de esto. Y necesito saber que puedo confiar en todos los que me rodean.

Confianza, ese hilo invisible, frágil como la seda y a la vez tan resistente como el acero. Tarda demasiado en nacer, pero basta un instante para romperla. Quizá incluso sea más esquiva que el amor o

cualquier otro sentimiento, porque una vez rota, jamás vuelve a ser tan pura como lo fue al principio.

Ryuu sintió que las palabras iban dirigidas directamente a él. Se obligó a mantener la mirada fija en los ojos de Suki, sin permitir que sus pensamientos lo traicionaran.

«Oh, delicioso —intervino la voz, burlona—. La kitsune quiere confianza, y tú estás lleno de secretos. ¿Cómo crees que terminará esto?».

El samurái cerró los ojos por un momento, intentando acallar los comentarios. Cuando los abrió, Suki ya había vuelto al mapa, pero la sensación de haber sido expuesto no lo abandonó.

En el rincón, Kaito soltó un suspiro audible.

—¿Y cómo se supone que esto nos hará llegar vivos? —preguntó —. No necesitamos estar juntos todo el tiempo para cumplir con nuestra misión. Discúlpame, pero esto parece... innecesario.

Suki lo miró, su expresión se volvió más fría.

—¿Te resulta innecesario, Kaito? Porque a mí me parece imprescindible saber que, si algo sucede, no estaremos dispersos. Si no estás de acuerdo, dime ahora por qué.

El guerrero se tensó, pero mantuvo su postura relajada.

—No he dicho que no esté de acuerdo. Solo que no lo entiendo.

Suki no respondió, y el silencio volvió a apoderarse de la tienda. Ryuu observó el intercambio con atención, archivando mentalmente cada palabra, cada gesto. Algo en la forma en que Kaito hablaba lo puso en alerta. Había un matiz que no le agradaba.

Suki se levantó.

—Esto no es una democracia. Es una decisión. Y ya está tomada.

Con eso, regresó a su espacio de la tienda, dejando al resto en un intercambio de miradas incómodo, pero nadie discutió nada más.

22



El campamento se desperezó temprano con un frío que despertó a los más rezagados. El ruido de los porteadores y los sirvientes recogiendo las últimas tiendas se unía al de los caballos que resoplaban al ser montados.

Ryuu estaba de pie a unos metros del grueso del séquito, mirando fijamente al cerezo. Observó cómo un pétalo rosado se desprendía y flotaba en espiral hasta tocar el suelo.

—Ya ha empezado —murmuró para sí, con un tono alejado de su habitual despreocupación.

Un viento cálido se metió por debajo de su ropa, provocándole un escalofrío. Algo se sentía... diferente. Cerró los ojos y los abrió de nuevo, parpadeando repetidas veces, como si algo le hubiera entrado en ellos. Todo su entorno se veía igual, nada parecía haber cambiado fuera..., sino dentro. Y entonces lo vio.

Halos de colores brillaban alrededor de cada persona del campamento. Algunos eran tenues y frágiles, otros resplandecían con una energía casi cegadora. Parpadeó de nuevo y se frotó los ojos con impaciencia.

—¿Qué me está pasando? —susurró, desconcertado.

«Tus dones evolucionan, Ryuu. Era algo esperado al aproximarte cada vez más al hogar de los dioses. Ahora eres capaz de ver las almas humanas, no solo las de algunos yokais. Su luz, su fuerza..., y, si logras controlar tu poder, su destino».

Ryuu sintió un nudo apretándole el pecho. Su mirada se deslizó entre los miembros de la comitiva, observando los halos que los rodeaban.

—No... —susurró, y el aliento se le quedó atrapado en la garganta al ver algunos halos rojos—. No me digas que...

«Sí».

El guerrero apretó los dientes con rabia. Sabía lo que significaba. Había escuchado sobre ese don antes, sobre el despertar que todos los que eran como él experimentaban. Pero nunca lo había querido. Prefería no verlo, no saberlo. Los halos rojos... eran las almas que estaban próximas a la muerte.

—¿Qué? ¿No puedo salvarlos? —preguntó en un hilo de voz.

«Sabes que esto no funciona así».

No esperaba que ese poder fuera tan terrible. ¿Para qué le servía ver la muerte si no podía evitarla? ¿Por qué los dioses le concedían algo tan inútil y cruel?

Sus pupilas se contrajeron al fijarse en los porteadores que reían entre ellos, a los soldados que ajustaban sus armaduras, a los monjes que caminaban con expresión solemne. Y algunos de ellos, sin saberlo, ya estaban condenados.

Cerró los puños. ¿Acaso querían que fuera solo un espectador? ¿O se suponía que debía aprender a interpretar lo que veía, a descifrar los misterios de las almas antes de que fuera tarde?

Se repuso, sintiendo la tensión en sus músculos. No podía dejar que aquello lo debilitara. Si ese era su destino... lo aceptaría.

Pero no sería solo un observador.

Se obligaría a entender lo que significaban aquellas luces. Aprendería a distinguir sus matices, a leer las señales antes de que fuera demasiado tarde. Si no podía salvarlos, al menos podría prepararse.

La brisa matinal agitó los pétalos caídos a su alrededor. Ryuu alzó la vista al cielo.

El ascenso había comenzado.

* * *

Desde el palanquín dorado, Suki apenas podía ver nada a través de los escasos orificios al exterior. El traqueteo de los porteadores, cada vez más pronunciado conforme avanzaban por el sendero, empezaba a resultar insoportable. Cada bache, cada inclinación del terreno, hacía evidente lo absurdo de llevar un transporte tan pomposo en un camino tan difícil. Finalmente, después de un tropezón que desestabilizó peligrosamente la estructura, abrió la puerta con decisión.

—Deteneos. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

Los porteadores, jadeantes por el esfuerzo, se miraron entre ellos, confundidos, pero obedecieron. Suki descendió sin apenas esfuerzo y se sacudió los ropajes.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó su tío acercándose con rapidez.

—Tío, esto no tiene sentido —respondió Suki, señalando el palanquín—. Es una carga inútil, y yo puedo caminar.

La Guardia Kitsune la escoltaba en pares y a caballo, pero en el momento que vieron a Noboru avanzar con severidad, todos ellos descendieron en un acto reflejo.

—Vuelve a subir. Ahora. No entiendes lo que estás haciendo, Suki. Ese palanquín no es un capricho, es tu escudo.

Por un instante, se sintió más pequeña de lo que era, pero recordó una lección que Sora solía repetirle: «La imagen que los demás tienen de ti no define tu esencia. Es lo que proyectas. Si crees en tu propia fortaleza, tus gestos hablarán por ti, y el mundo empezará a creerlo también. Fingir ser fuerte no es una mentira; es el primer acto de valentía en aras de convertirte en quien deseas ser».

Se repitió aquello; sin embargo, no podía enfrentarse a su tío... ¿O sí? De pronto, el corazón le empezó a bombear con un nuevo ritmo.

—Tío, sé que has pensado en cada detalle de este ascenso, pero esto no es protección, es un sacrificio innecesario.

Su mirada recorrió a los porteadores, a los sanadores, a los cocineros que esperaban instrucciones. Gente sin armas, sin entrenamiento. Sin posibilidad de defenderse.

—Ellos no tienen por qué arriesgarse. No son soldados, no son parte de esta lucha. Déjalos volver a palacio. Pueden estar a salvo.

—¡Este séquito no es un exceso! Es una barrera. Dioses..., me parece increíble tener que estar explicándote esto, Suki. El primer tramo es fácil, y eso es lo que lo hace peligroso. Puede haber ataques de la Orden de la Purga. Y en esta zona baja aún hay yokais salvajes y depredadores. Cuanta más gente te rodee, menos probabilidades hay de que mueras. —Los gritos de Noboru fueron bajando de intensidad—. Además, no entiendes que necesitamos apoyo logístico. Si algo falla, si nos falta algo, si cualquier imprevisto

ocurre, será más fácil resolverlo con ellos aquí. Siempre se ha hecho así hasta el segundo templo. Y siempre se hará así.

Suki resopló. Odiaba aquella palabra... *siempre*. No obstante, si algo tenía claro era que no iba a volver al palanquín. Se negaba.

—De acuerdo, pero no volveré a subir a esa cosa. Vosotros dos —dijo Suki, armándose de valor y señalando a los porteadores—. Llevadlo de regreso y quedaos allí.

Los hombres asintieron, pero Noboru dio un paso al frente y colocó una mano en el brazo de su sobrina para detenerla.

—Ven conmigo —dijo fríamente—. Hablemos en privado.

Antes de que Suki pudiera responder, Ryuu avanzó un paso y se colocó a su lado.

—He dicho en privado —insistió el monje.

—Es mi guardia, no pueden abandonarme, tío —advirtió Suki, y tragó saliva con cierto temor después de los gritos anteriores—. Lo que tengas que decirme será delante de ellos.

Noboru apretó los labios, conteniendo una respuesta. Finalmente, asintió, aunque no soltó el brazo de la kitsune mientras la guiaba unos metros más allá.

—Entonces, al menos que se mantengan al margen. Esto no concierne a nadie más que a nosotros dos.

Ryuu intercambió una breve mirada con Suki, quien le dio un leve asentimiento. A regañadientes, el soldado retrocedió un par de pasos, lo suficiente para darles espacio, pero no tanto como para no escuchar. Suki notó que su postura permaneció alerta y que una mano descansaba casualmente sobre la empuñadura de Sangreluna.

Cuando estuvieron más apartados, Noboru soltó a su sobrina y se giró hacia ella. Había algo extraño en su semblante. La rigidez habitual en sus gestos era más pronunciada, y sus ojos brillaban con

una intensidad inquietante. Con sus sentidos ampliados, Suki pudo fijarse en que su corazón... latía muy lentamente.

—¿De verdad crees que entiendes lo que estás haciendo? —atacó, su tono bajo y ponzoñoso—. Cada decisión que tomas tiene un precio, Suki. Y no eres tú quien lo paga.

Ella apretó los puños, negándose a bajar la cabeza como había hecho hasta entonces.

—Sé lo que estoy haciendo. No voy a dejar que me traten como a una carga inútil, ya ha muerto mucha gente por mí.

Noboru se llevó la mano a la sien como en un gesto para calmarse.

—Vas a hacer lo que se te ordena, que para eso llevo más de una década preparando este momento. Tu abuela subió en palanquín todo el camino, y su abuela antes que ella, y descendió en cada templo para enfrentar los desafíos yokais y ganarse su entrada al quinto cielo.

—¿Ganarse? ¿Mientras otros portaban su peso por la montaña? —preguntó Suki, esa vez con la ofensa tiñendo su cara—. Discúlpame, tío, pero esa no es mi definición de ganárselo.

Noboru torció el gesto y se acercó a Suki para agarrarla con fuerza del hombro.

Ese fue el momento en el que Ryuu lo vio.

Una negrura envolviendo el cuerpo del monje como un velo vivo, un halo de oscuridad que se enroscaba a su alrededor como las garras de un depredador al acecho. No se parecía a las demás auras que había comenzado a ver desde que inició el ascenso. Aquellas destellaban, vibraban, oscilaban en tonalidades que, con esfuerzo, podía empezar a interpretar. Pero esta... esta era diferente. No parpadeaba. No se movía.

Sintió la presión en su mente.

«Eso no es normal, chico».

—No necesito que me lo digas —susurró.

Pero no podía advertir a Suki. No sin levantar aún más sospechas. No sin darle otro motivo para desconfiar de él.

—Tal vez pueda cabalgar conmigo —dijo de pronto la voz de Ryuu desde detrás de ella.

El samurái se adelantó con paso firme para interponerse entre ambos y que Noboru soltara a su sobrina antes de que las cosas se pusieran más tensas.

—Es más útil que viajar en una caja, y yo la protegeré. Sus guardias estamos para eso. Un palanquín puede caer montaña abajo, monje. Es lo más absurdo que he visto en mi vida, y llevo años protegiendo a gente.

Por un momento, Noboru pareció congelarse. Suki vio cómo en sus ojos aparecía un destello fugaz. Sus labios temblaron, como si estuviera luchando por articular algo. Entonces, de repente, su rostro se contrajo en una mueca de esfuerzo.

«Vaya, vaya... El hombre está peleando internamente para no estallar», intervino la voz en la cabeza de Ryuu.

Noboru cerró los ojos, respirando profundamente. Cuando los abrió de nuevo, su mirada parecía más clara, aunque su expresión seguía siendo severa. Soltó un bufido y su tono de voz se volvió más grave.

—De acuerdo. Cabalgará contigo. Pero te lo advierto, samurái: si le sucede algo, cualquier mínimo rasguño, ordenaré al ejército imperial que te ejecute sin dudarlo. Y ponte la máscara.

—No le pasará nada mientras esté bajo mi protección. —El tono firme con el que Ryuu pronunció esas palabras caldeó el pecho de Suki de un modo que la joven no quiso pararse a analizar.

Mientras Noboru se giraba y se alejaba, otro susurro resonó en la mente de Ryuu.

«Esto se pone más divertido por momentos».

El chico no era capaz de apartar la vista del monje, ni siquiera cuando Suki, acomodada detrás de él en la silla de montar, le susurró un agradecimiento.

El ascenso continuaba y, con cada paso, la vegetación se volvía más densa. Los pequeños Kodama poblaban ramas y arbustos, aunque se mantenían a distancia. No se acercaban a los humanos. Simplemente observaban en silencio, moviendo sus cabezas al unísono.

—¿Por qué nos acompañan? —preguntó Kaito, con curiosidad.

—Su presencia es una buena señal —respondió Suki—. Indica que no hay otros yokais peligrosos cerca.

—¿Les tienen miedo a estas cositas tan adorables? —intervino Haru desde su caballo.

Suki esbozó una leve sonrisa. Era cierto: los Kodama resultaban entrañables a la vista.

—Son más que adorables —aclaró—. Estos pequeños espíritus tienen una cualidad única: portan la luz de la luna, por eso brillan. Pero lo más importante es que son los únicos capaces de transformar el jade común en jade lunar. Ese tipo de jade, según se cree, protege de los seres con malas intenciones... o al menos los mantiene alejados.

Haru alzó la mano y echó hacia atrás su manga para mirar lo que adornaba su muñeca.

—Entonces, esto es...

—Exacto —lo interrumpió Suki—. La pulsera que te regalé está hecha de ese mismo jade lunar. Las llaves que debemos recolectar en este ascenso también están compuestas del mismo material. Es

extremadamente escaso, porque los Kodama lo guardan con celo y solo lo ceden para propósitos sagrados.

—No sabes el valor que tiene esa pulsera, Haru —añadió Ryuu desde detrás de Suki, con tono grave.

Haru la miró con una mezcla de asombro y gratitud.

Los Kodama, como si hubieran oído la conversación, emitieron su tenue chasquido característico.

* * *

Pronto quedó claro lo inútil que había resultado el palanquín, si bien montar a caballo junto a Ryuu también era incómodo para Suki. No era una incomodidad mala, sino... extraña. Trataba de mantener los pensamientos y la atención en el camino, ahora que le llegaban tantos sonidos, pero todos estaban llenos de los latidos del samurái. Sus cuerpos chocaban y se rozaban en el traqueteo de la travesía, y eso la ponía nerviosa, acostumbrada al escaso contacto físico con otras personas.

—No pensé que el ascenso fuera tan tranquilo y silencioso —confesó el chico, girando un poco la cara.

—Será mejor no esperar nada —respondió Suki desde detrás—. Si incluso Haru va callado, no me parece que sea algo positivo.

Fue entonces cuando lo vio: un jirón de niebla deslizándose entre los árboles, demasiado baja para ser natural. Comenzó como un susurro. Al principio, era solo un tenue velo, pero pronto se convirtió en un manto espeso que parecía tragarse todo a su paso.

El grupo redujo el paso, con los caballos moviéndose inquietos y algunos de ellos piafando. Noboru, al frente, alzó su bastón unos centímetros para ordenar que avanzaran, como si esa acción pudiera

guiar al séquito a través de la creciente espesura, cuando lo cierto era que la visión tan solo llegaba hasta unos tres o cuatro metros.

Pronto, incluso las siluetas del grupo parecieron desvanecerse, quedando reducidas a sombras. Y, unos minutos más tarde, ante ellos emergió una estructura. Los jirones blancos parecían respetarla, ya que se veía un poco mejor que el resto del entorno.

—Estamos ante el primer templo —anunció Noboru señalando el gran *torii* de piedra gris desgastada con restos de pintura roja y dorada.

Suki desmontó del caballo con ayuda de Ryuu, y sus botas se hundieron de lleno en el suelo húmedo. Miró a Mei, Haru y Kaito, los cuales se colocaron a su alrededor de inmediato.

—Hace más frío aquí —comentó Mei.

—Es la humedad; mira mis rizos, todos estropeados... —se lamentó Haru—, qué desastre. ¿Ahora cómo voy a seguir siendo el más guapo del grupo?

Kaito puso un gesto de asco mientras el resto soltaba una risita.

—Montaremos aquí el campamento —ordenó Ota a sus soldados —. Comunicadlo a toda la fila y que comiencen.

El traqueteo de la gente en movimiento hizo que la niebla se atenuase un poco, como si los humanos, con sus idas y venidas, la disiparan y formaran un círculo de visión ampliada a su alrededor.

Al terminar de desmontar los enseres y desasir los caballos, Suki miró de reojo a Noboru. Se le notaba enfadado, y, a pesar de haberse impuesto sobre él con lo del palanquín, el pánico la atenazaba cuando se trataba de su tío. Él la había preparado, había sacrificado su vida para que ella cumpliera esa misión. Un sentimiento de culpa pasó fugaz por su cabeza, pero desapareció cuando le vio avanzando hacia ella sin ninguna calidez en el rostro.

—Kitsune —dijo el monje, deteniéndose frente a ella y su guardia —. La primera prueba está ante vosotros. Antes de comenzar, es importante que todos porten sus máscaras. No solo son un símbolo, sino también una protección ante el yokai que os espera.

Ryuu miró levemente hacia Ota, buscando confirmación. El capitán hizo un leve gesto con rostro impasible. La voz no tardó en intervenir.

«Si ya eras una amenaza para el viejo monje, se lo va a tomar más en serio cuando vea que no mueres envenenado».

Todos los miembros de la Guardia Kitsune se colocaron las máscaras con movimientos decididos.

—Estamos juntos en esto —dijo Suki poniéndose al frente—. Demostrad que puedo confiar en vosotros.

Un asentimiento unánime siguió a sus palabras. La joven tomó la delantera, dirigiéndose al *torii*. Sentía cómo la niebla volvía a rodearla y algo siseaba más allá. Uno por uno, sus guardias la siguieron. Las máscaras cubrían sus rostros, y sus manos se encontraban listas sobre sus armas. Formaban un escuadrón con un aspecto temible sobre el que la niebla se cerró como una cortina.

—¿Qué clase de prueba será? —preguntó Kaito unos segundos después. Se le notaba nervioso.

Haru, siempre el primero en contestar, se encogió de hombros.

—Si lo supiéramos...

—Lo sabemos —cortó Suki—. Solo hay unos quince grandes yokais que pueden ser convocados para custodiar los templos. Con cada nuevo ascenso, pueden cambiar uno, los cinco... o ninguno. Por eso los he estudiado al detalle.

—Entonces es lo que decía —reiteró Haru—, que no lo sabemos.

—Pero podemos intuirlo. Mira la niebla a nuestro alrededor; es el método de distracción de un yokai en particular —dedujo Suki,

aguzando sus sentidos—. Nos enfrentaremos a un Yurei.

—Arco tenso, mente clara —repetía Mei una y otra vez.

Un escalofrío recorrió a Ryuu, no por el frío, sino por algo más primitivo, más antiguo.

«Yurei... Un espectro ligado a las emociones humanas. Lo más aterrador no es lo que hace, sino lo que muestra. Será divertido», dijo la voz, entre respeto y burla.

—¿Y qué es un Yurei? —preguntó Haru—. Fuera del palacio no es que abunden los libros ni las lecciones sobre yokais, Suki. Necesitamos que nos vayas dando información.

Ella parpadeó, sorprendida. Había dado por hecho que todos lo sabían.

—Perdón, no lo pensé... Es un espíritu atormentado, alimentado por los miedos y culpas de los vivos. Le bastará un segundo para encontrar lo que más temen y envolverlos en ello —recitó de memoria—. Lo más aterrador no es lo que hace, sino lo que muestra. Intentad mantener el foco en el presente.

—Así que, básicamente, nos va a meter en una pesadilla. —Haru cruzó los brazos—. Genial. Me encantan los templos y su hospitalidad.

—Tanto la fe como el miedo exigen que creas en algo que no puedes ver. Intentad mantener el foco en el presente —repitió Suki, mirándolos con seriedad, aunque solo podía ver sus máscaras—. Si os arrastra a sus ilusiones, os perderéis.

«Se masca la tragedia. —La voz hizo una pausa, como si saboreara el momento—. Cuida bien a tu kitsune, Ryuu».

23



La advertencia llegó demasiado tarde. Una presión invisible caía sobre ellos.

—Oh, no —susurró Mei.

El corazón de Suki se aceleró; era como si algo estuviera tirando de un hilo en su mente. Sabía lo que era, conocía la teoría. El yokai intentaba introducirse en sus recuerdos más oscuros. Ella trató de resistirse. Entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando, entre los jirones de niebla, comenzó a formarse una figura. Era Lili.

Pero no era Lili viva. Sus ojos estaban desorbitados, y tenía la piel pálida como la de una muñeca rota. Sus labios se movían, y unas palabras guturales emanaron de su boca: «¿Por qué no me salvaste?».

—No... No... Esto no es real —murmuró la kitsune, retrocediendo un paso.

—¿Qué pasa, Suki? —preguntó Haru, agarrándola para que no cayese hacia atrás.

La figura de Lili avanzó hacia ella, tambaleándose como un títere mal manipulado. Nadie más podía verla. Suki sintió que la sangre se calentaba en sus venas, su respiración se descontrolaba mientras la imagen se volvía más nítida, más opresiva.

«Mi muerte es por tu culpa».

A su lado, Mei dejó escapar un jadeo ahogado. Estaba inmóvil, con los ojos fijos a través de su máscara azul en algo que nadie más podía ver. El arco cayó de su mano y golpeó el suelo sin que ella reaccionara.

—No..., tú no puedes estar aquí —susurró la samurái con voz quebrada. La desesperación se podía ver a través de la máscara.

Haru soltó a Suki y comenzó a mirar frenéticamente a su alrededor, con los cuchillos temblando en sus manos. La tensión de su cuerpo denotaba un terror intenso.

—No otra vez..., no puedo... volver a... —soltaba atropelladamente mientras retrocedía, como si algo invisible lo estuviera acorralando.

Kaito permanecía de pie, pero su respiración era entrecortada, y su cuello se veía rígido. Miraba hacia un punto en la niebla, y susurraba algo imposible de discernir. Las palabras eran demasiado bajas para que Suki las entendiera. Ryuu sintió la energía del Yurei antes de verlo. La niebla a su alrededor parecía vibrar con una frecuencia distinta, como si supiera hacia dónde ir. Luego, lo vio. Una mujer de aspecto terrorífico, con capa blanca en jirones y ojos sin pupila ni iris que le escrutaban hasta el alma. Intentaba provocar sus miedos, pero Ryuu era de piedra, sus años de formación le habían enseñado a cerrar completamente su mente.

«Ahora entiendes por qué los Yurei son tan efectivos. No necesitan tocar a un hombre si pueden romperlo desde dentro».

Ryuu apretó la empuñadura de la espada, pero sabía que no sería suficiente. La verdadera batalla no estaba en el exterior, sino en las mentes de sus compañeros. Centró su atención en Suki, quien seguía atrapada en su visión, las manos cubriéndole la cabeza.

—¡Suki! —gritó en su ayuda.

Rompió la distancia entre ambos y, sin dudarlo, se colocó frente a ella y la envolvió en sus brazos para que dejara de mirar.

—¡No es real! —exclamó, acercándola a su pecho con cuidado—. Mírame, Suki. ¡Mírame!

Suki parpadeó, luchando entre dejarse llevar por la calidez del abrazo de Ryuu o por la culpa que la embargaba ante la visión de Lili.

—No quería, yo no quería —sollozó mirando tras el guerrero e intentando apartarse—. Perdóname, por favor.

—Mírame —insistió Ryuu sacudiendo sus hombros una y otra vez sin éxito—. Solo estoy yo. Aquí. Contigo.

Suki por fin consiguió apartar la mirada de su amiga y que sus ojos inundados hicieran contacto con los de su guardia. Seguía confusa, pero respondió al abrazo apoyando la cabeza sobre su hombro. «No es real... No es real», se dijo, dejándose envolver por la seguridad de Ryuu. La niebla pareció retorcerse, como si el Yurei se sintiera frustrado por la interrupción.

La kitsune fijó su atención en los demás. Mei estaba en el suelo, respirando con dificultad, mientras Haru intentaba recuperar el control de sus manos temblorosas. Kaito parecía petrificado, con los ojos aún clavados en la niebla.

El temblor en Suki cesó, entonces ambos se miraron y supieron que era momento de seguir.

Cuando se separaron, la respiración de la joven, aún agitada, comenzó a calmarse, aunque no porque se sintiera segura, sino por

algo más profundo que surgía de su interior. Una presión y un calor extraño subió por su pecho y se extendió hacia sus ojos, y, de repente, el mundo cambió. Creyó desmayarse; por suerte, Ryuu aún no la había soltado del todo y, gracias a él, pudo estabilizarse.

Al abrir los ojos de nuevo, las pupilas se le dilataron, dejando tan solo una fina línea de sus iris naranjas intensos rodeando un centro tan negro que parecía absorber la luz. Pudo apreciar cómo el blanco de la niebla no era uniforme y comenzó a percibir formas entre sus jirones: contornos borrosos, rostros que aparecían y desaparecían como sombras atrapadas en el aire. Los detalles de lo que antes era impenetrable ahora emergían ante ella, como si la niebla estuviera revelando sus secretos solo a sus ojos.

—¿Son tus poderes, Suki? —preguntó Ryuu.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Es la misma expresión que pusiste bajo el *torii*. Cuéntame qué ocurre.

—Lo veo todo —dijo anonadada.

Los gritos de Mei la sacaron de su ensimismamiento. Sin embargo, fue Kaito el que atrajo su atención. Era el que estaba más cerca, de pie frente a ellos, rígido como una estatua, sus ojos estaban clavados en algo que solo él podía ver. Suki ahogó un grito al darse cuenta de que sus manos sostenían un puñal que apuntaba a su vientre. ¡Iba a hacerse el harakiri! ¡Debían detenerlo antes de que se hiciera daño! Siguió la dirección de su mirada y, gracias a su recién descubierta habilidad, lo vio también: cadáveres. Una línea interminable de cuerpos esparcidos por el suelo, con banderas ondeando débilmente sobre ellos. Las banderas llevaban un emblema desconocido para ella, pero que claramente significaba algo para Kaito.

—Lo siento... —susurraba Kaito, una y otra vez—. Lo siento, lo siento, lo siento. Prefiero morir que seguir vuestros pasos.

Sus manos temblaban alrededor de la empuñadura, y lo poco que se veía de su rostro tras la máscara estaba pálido como la propia niebla.

Suki dio un paso adelante y lo empujó con ambas manos, haciéndole tropezar. De un manotazo, le arrancó el arma y la mandó lejos.

—¡Kaito, esto no es real! ¡Basta! —gritó.

No hubo respuesta. El samurái seguía atrapado en su propia mente, susurrando palabras a los muertos mientras se palpaba los costados en busca de algún otro cuchillo. Ryuu se colocó frente a él, tomó su rostro entre sus manos y, obligándolo a mirarlo, le arrancó la máscara.

—Sal de ahí, Kaito. ¡Mírame!

Nada funcionaba, hasta que Ryuu optó por darle un tortazo sonoro que reverberó en el vacío a su alrededor.

Kaito parpadeó, sus ojos volviendo a enfocarse. Suki vio cómo la ilusión de los cadáveres se desvanecía, y el samurái cayó de rodillas, jadeando. La joven se inclinó hacia él, tocándole el hombro.

—Estamos juntos, venga. No dejes que esto te consuma.

Kaito asintió débilmente, su respiración todavía errática, aunque estaba claramente recuperado. Suki se giró rápidamente hacia Haru, que había comenzado a correr en círculos, su expresión llena de terror.

—¡Haru! —gritó, pero él no respondió.

Una risa sonó a lo lejos, amortiguada por los gritos de Mei, que se intensificaban cada vez más.

«El yokai quiere jugar», advirtió la voz de la cabeza de Ryuu con alerta.

—Démonos prisa, ¡ya! —gritó el chico acercándose a Haru.

Suki volvió a usar su recién adquirida visión para intentar entender lo que lo atormentaba. Lo vio claramente: flechas. El guerrero estaba huyendo de algo o de alguien que no estaba allí; sus movimientos eran desesperados, como si sintiera los proyectiles silbando junto a él.

—¡No! ¡No puedo... No puedo dejar que me alcancen! —gritaba, sus palabras eran un torrente descontrolado.

Suki intentó agarrarlo, pero Haru era rápido, y su estado de pánico lo hacía impredecible. Se tropezaba, se levantaba, daba volteretas y, en ocasiones, lanzaba sus pequeñas dagas en direcciones aleatorias. Ryuu también intentó interceptarlo, pero el chico lo esquivó sin siquiera mirarlo.

—¡No va a funcionar! —dijo Suki, con frustración—. ¡Esas flechas solo están en su mente!

Kaito la miró con preguntas en sus ojos.

—Puedo ver lo que os atormenta, Kaito —confesó ella, a lo que el muchacho se estremeció—. No te voy a juzgar, no conozco tu pasado. Puedes estar tranquilo.

Otro alarido rompió el momento.

—¡Voy a vengaros! —decía Mei entre gritos—. No importa lo que tenga que hacer, ¡os vengaré a todos! ¡Lo juro!

La voz de Mei estaba cargada de una desesperación que perforó el corazón de Suki. Sabía que el Yurei estaba jugando con los miedos más profundos de sus compañeros, arrastrándolos al borde del abismo. Sin embargo, nunca se esperó ver lo que atormentaba a Mei. Niños con la carne desgarrada frente a ella, adultos con las manos ensangrentadas, como si fueran los culpables de aquel crimen tan espantoso.

—Tenemos que sacarlos de esto, van a sucumbir —dijo asustada.

—Tengo una idea —respondió Ryuu, desenvainando a Sangreluna —. Dime qué ves, y yo haré el resto.

Suki miró a Mei, quien seguía inmersa en su dolor. Se había arrancado la máscara, que yacía en el suelo a su lado.

—De acuerdo.

Entonces Suki narró cada detalle de lo que veía, por más escabroso que fuera, y señaló a Ryuu el lugar exacto donde se encontraban aquellas visiones. Respiró hondo, sabiendo que no tenía más opción que confiar en lo que estaban mostrándole sus poderes.

Ryuu escuchó atentamente, mientras sus ojos seguían la dirección que ella señalaba. Su mano apretó la empuñadura de Sangreluna, y en un tono bajo, casi como si hablara consigo mismo, murmuró unas palabras que Suki no llegó a entender. La espada reaccionó de inmediato. Un destello violeta comenzó a recorrer su hoja, que iluminó la niebla con un resplandor fantasmagórico que rebotaba en cada jirón. Suki lo miró con asombro, recordando las otras ocasiones en las que había visto aquel brillo; no obstante, esa vez era diferente. Era más intenso. Vivo.

Quiso preguntar, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, el samurái ajustó la espada en su mano y avanzó con coraje hacia la amenaza que ella le había señalado. La energía violeta que envolvía a Sangreluna parecía moverse por su cuenta, vibrando con un aura inquietante. Por un instante, Suki creyó ver algo más: un destello fugaz, como si el resplandor formara ojos en el filo de la espada.

Ryuu se lanzó hacia la primera visión. Con un golpe rápido, Sangreluna atravesó el aire y se formó un torbellino de niebla oscura a su paso. La energía yokai que se liberó fue absorbida de inmediato por la espada, cuyos destellos se intensificaron. Mei dejó escapar un resuello ahogado y, como si se despertara de una pesadilla, levantó la mirada. Sus ojos estaban rojos, pero la lucidez había regresado.

—Mei, estás bien. Ya ha pasado —dijo Suki, corriendo hacia ella y ayudándola a ponerse en pie.

Al acercarse, vio que se había arañado la cara y el cuello; largos raspones, algunos de ellos con sangre, fruto de la increíble desesperación que la había consumido.

Ryuu, mientras tanto, dio un paso atrás, tambaleándose ligeramente. Respiraba con dificultad y su rostro estaba pálido. Sangreluna vibraba en su mano; el brillo violeta aún danzaba en la hoja como si estuviera viva.

«Estás jugando con fuego. Absorber energía yokai no es gratis».

Ryuu apretó los dientes y tragó saliva, ignorando el comentario, y se giró hacia Kaito.

—Seguid avanzando, hay que salir de aquí ya —ordenó con urgencia.

Kaito asintió y se dispuso a ayudar a las chicas. Haru seguía corriendo en círculos, gritando mientras esquivaba flechas invisibles. Suki dirigió la mirada hacia las sombras que acechaban a Haru, y Ryuu no esperó a que le explicara más. Se lanzó de nuevo, la luz violeta danzaba a su alrededor, como en un baile divino.

Ryuu ejecutó una voltereta lateral en la que la espada cortó el aire en un amplio arco, y aquello que acosaba a Haru se desvaneció en un torbellino oscuro. El joven se detuvo de golpe y sus ojos parpadearon como si acabara de despertar de un mal sueño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz temblorosa.

—Has vuelto con nosotros, y eso es lo que importa —respondió Ryuu. Al momento, se desmoronó, y cayó al suelo de rodillas, soltando a Sangreluna en el esfuerzo de frenar la caída.

Suki se lanzó hacia él con preocupación.

—Ryuu, ¿estás bien? —gritó la joven.

Él no respondió de inmediato. Respiró hondo y se levantó, escondiendo las manos a su espalda, en lo que Suki supuso que era un intento de ocultar el temblor que las dominaba.

—Estoy bien. Sigamos avanzando antes de que el Yurei recupere fuerza —dijo mirando a Haru—. Vamos.

El grupo, aún recuperándose, continuó su camino. Al menos, estaban conscientes y juntos, a pesar de que la niebla no se había disipado por completo. Todos respiraban trabajosamente y, tras lo que pareció una eternidad, unas paredes comenzaron a rodear el lugar donde se encontraban.

Estaban dentro de un templo, el primero de ellos. Debieron cruzar la puerta entre la niebla para llegar al yokai protector sin darse cuenta. Al entrar por una de las aberturas de la pared, hallaron un cofre frente a ellos. La estructura era sencilla, pero irradiaba una energía similar a la del *torii* por el que habían pasado.

Suki se acercó con cautela y lo abrió lentamente. El metal del que estaba construido se sentía frío al tacto, y dentro encontró una llave de jade lunar con tres simples palabras inscritas.

«Un poder renace».

—Creo que la misión era llegar hasta aquí —observó, levantando la llave para que todos la vieran.

La niebla terminó de desaparecer, dejándolos envueltos en una paz que era casi ensordecedora tras el caos que habían vivido. Ahora Suki podía ver las caras pálidas y demacradas de sus guardianes; los labios morados y los ojos con las venas rojas marcadas. Mei era la peor parada, con aquellas marcas de sus uñas que recorrían su cara desde los ojos a la barbilla, como rastros de lágrimas de sangre. A pesar de que habían recuperado la claridad, aún se encontraban en el interior del templo, con sus paredes de piedra que parecían

extenderse sin fin. Olía a humedad, pero no era eso lo que pesaba sobre ellos.

Kaito, de pronto, hizo frenar al grupo en medio de uno de los pasillos.

—¿Qué demonios es esa espada? —preguntó con un tono cortante —. ¿Qué ha sucedido allí atrás?

Ryuu tomó aire antes de contestar, su mano descansaba sobre la empuñadura de Sangreluna.

—Es un arma ancestral —respondió—. Ha estado en mi familia durante generaciones. Su único propósito es protegerme a mí y a quien esté bajo mi responsabilidad.

—Eso no explica nada —lo interrumpió Kaito, dando un paso hacia él—. Vi lo que hiciste. Esa espada... absorbió algo, una energía oscura. No intentes engañarnos diciendo que es solo un arma. Además, por lo que veo, el Yurei no te afectó.

Haru tosió para colarse en la conversación.

—Tranquilo, Kaito. Todos estamos tensos y agotados. No creo que sea momento de pelearnos entre nosotros.

—No estoy peleando, Haru —replicó Kaito, clavando su mirada en Ryuu—. Pero quiero saber si puedo confiar en él. Y en esa... esa cosa.

—Te ha salvado. Bueno, técnicamente nos ha salvado a todos — intervino Suki, inquieta por la tensión que se respiraba entre los guerreros—. Y, además, soy yo quien tiene que otorgar la confianza. Así que continuemos.

Todos asintieron ante el tono autoritario de la kitsune.

—Deberíamos centrarnos en salir de aquí —añadió Mei, tocando la pared de piedra—. Este lugar parece un maldito laberinto. —Ahora con su máscara ajustada firmemente sobre el rostro, miró hacia

arriba—. Deberíamos intentar subir. Desde arriba podríamos ver la salida, ahora que no hay niebla. Busquemos unas escaleras.

Ryuu asintió con semblante sereno.

—Es una buena idea. Haré de avanzadilla.

Hallaron un patio descubierto, amplio y en calma, pero sin rastro de escaleras. Ryuu, siempre eficiente, comenzó a escalar con agilidad felina mientras Haru y Kaito inspeccionaban los muros buscando salientes más accesibles. Mei se adelantó y encontró un punto de apoyo más bajo. Insistió en subir sola a pesar de su evidente debilidad.

Suki, desde el suelo, observaba cada movimiento con atención, memorizando dónde colocaban los pies y las manos. Cuando llegó su turno, aspiró hondo y se dispuso a intentarlo sin ayuda. Pero calculó mal el último salto y, al aterrizar, su pie resbaló en la piedra húmeda. Un dolor agudo recorrió su tobillo como un relámpago, y no pudo evitar soltar un quejido.

—¡Suki! —gritó Haru, girándose alarmado.

Antes de que nadie más pudiera reaccionar, Ryuu ya estaba a su lado, sosteniendo su pierna en alto.

—Te has torcido el tobillo —diagnosticó con calma—. No puedes caminar así.

—Estoy bien —protestó Suki, intentando apoyarse y fracasando al instante.

Ryuu pasó un brazo por debajo de sus rodillas y otro por su espalda, y la levantó en sus brazos con una facilidad insultante. La cercanía hizo que Suki sintiera un calor inesperado subiendo por su cuello. El corazón le latió con fuerza, aunque no supo si era por la vergüenza, la frustración o algo más. No fue capaz de enfrentarse a la intensidad de los ojos de Ryuu tan de cerca.

Pero entonces la realidad la golpeó: ¿qué diría Noboru si la veía así? ¿Cómo iba a demostrar su valía tropezando tan estúpidamente? Ese pensamiento encendió una chispa de ira en su interior.

—No —exigió, levantando la voz mientras intentaba moverse en sus brazos—. Bájame, Ryuu. Ahora.

Él se detuvo en seco, torciendo el gesto como si sus palabras lo hubieran herido; no obstante, obedeció.

—Lo siento, pero tengo que llegar caminando al campamento —explicó Suki, con una mezcla de firmeza y frustración—. Si no lo hago, mi tío me subirá a un palanquín otra vez. ¿Entiendes?

—Entonces apóyate en mí —ofreció él, extendiendo un brazo—. Llegarás caminando, pero no sola.

—Necesitar ayuda no es algo malo, Suki —dijo Mei detrás de ella —. A veces, darse una tregua es el mayor acto de fortaleza. Además, no parece grave, mira. No está hinchado y mueves la articulación perfectamente; en unos minutos seguro que estás mejor.

La kitsune esbozó una leve sonrisa antes de volver su atención al musculoso brazo que le ofrecía Ryuu.

Tras caminar sobre los tejados y los muros ayudándose unos a otros, encontraron la salida. Al otro lado, el campamento los esperaba sin brumas a su alrededor. Había actividad, y todo estaba completamente montado a su regreso. Noboru aguardaba en el centro del claro, charlando con un par de monjes y con las manos cruzadas sobre su bastón.

—¿Qué ha sucedido? —exigió saber en cuanto los vio—. Lleváis horas ahí dentro y parecéis al borde del colapso. ¿Qué habéis encontrado en ese templo?

Suki se adelantó.

—Fue una prueba de voluntad, tío —respondió ocultando su fatiga —. El Yurei. Pero no sucumbimos. Nos mantuvimos fuertes y

logramos salir juntos, como un equipo.

Noboru la miró con los ojos entornados, y Suki notó que, a su lado, Ryuu no apartaba los ojos del monje.

Mientras tanto, Kaito, que había estado quieto a un lado, dio un paso al frente con el rostro crispado.

Haru, con un movimiento rápido pero sutil, le puso una mano sobre el hombro.

—No es el momento, Kaito —le susurró con convencimiento—. Podemos solucionarlo entre nosotros.

El samurái se apartó con brusquedad; su mirada ardía de frustración mientras se giraba hacia Haru. No dijo nada, pero fue suficiente. Suki supo que, por esa vez, se contendría.

—Habéis tardado más de lo esperado, pero lo habéis conseguido —dijo Noboru de nuevo—. Descansad esta noche. Esto solo acaba de empezar.

Suki tragó saliva, disimulando la incomodidad en su tobillo al darse la vuelta.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Noboru, clavando sus ojos en ella—. Estás cojeando.

Suki levantó la cabeza con una sonrisa tranquila, tratando de restarle importancia.

—No, tío. Un simple tropiezo —respondió con naturalidad.

Él asintió lentamente. No insistió, pero su gesto mostraba duda.

—Deja que los sanadores te lo vean, hija. Asegúrate de que no te limite en las próximas pruebas. La montaña tiene muchas caras, y aún no habéis visto la peor de ellas —comentó mostrando una preocupación inesperada.

Apenas estuvieron lo suficientemente lejos del campamento, Kaito se giró bruscamente hacia Ryuu, sin contenerse más.

—Bien. Ahora que estamos a solas, explícanos qué demonios ha pasado ahí dentro.

El tono era una orden más que una pregunta.

—¿A qué te refieres? —Ryuu mantuvo su postura serena.

—Sabes a qué me refiero. No caíste en la ilusión del Yurei. Ni por un segundo. Todos vimos lo que hizo, cómo nos envolvió en nuestras pesadillas. Y tú... —Los ojos de Kaito se entrecerraron con suspicacia —. Tú estabas como si nada.

La misma expresión calculadora estaba en el rostro de Mei.

—Es cierto. Ni siquiera titubeaste. Hasta ahora no te hemos visto con miedo. Ni en las pruebas, ni aquí.

Haru también le observó con atención, como secundando las palabras de su amiga.

Suki, que había permanecido callada hasta ese momento, habló en un tono más pausado.

—No te estamos acusando, pero necesitamos entenderlo.

Ryuu inspiró profundamente. Era evidente que no le gustaba hablar de sí mismo; sin embargo, el peso de sus miradas le empujó a responder.

—En Suna, el desierto de donde provengo, hay yokais que se alimentan de la mente. ¿Sabéis lo que son los espejismos? Pues estos demonios te atrapan dentro de ellos. En los oasis, en las sombras de las dunas..., acechan, esperando un solo pensamiento de debilidad para hundirse en él. —Tenía la atención de todos, juzgándole, evaluándole—. Desde niños nos enseñan a cerrarnos a sus influencias. A construir una barrera en la mente.

Suki estrechó los ojos.

—¿Cómo se cierra la mente?

—Con mucho entrenamiento. Se aprende a controlar los pensamientos, a desviar las emociones antes de que se conviertan

en un ancla para esos seres. Convertimos nuestra mente en un espejo del desierto. Sin puertas, sin caminos.

Kaito chasqueó la lengua.

—¿Quieres decir que podemos aprenderlo?

—Sí, pero no aquí. —Ryuu los miró uno a uno, como dejando claro que no estaba dando una negativa como tal.

—Requiere meditación, tiempo y control. No se aprende en un día, ni en un mes. En Suna, entrenamos desde la infancia. Si queréis aprender, os lo enseñaré cuando el ascenso termine. Aquí no hay paz, no hay tiempo. En el Tenjou todo será caos.

—Yo quiero aprender —dijo Haru animado—. Seguro que todos queremos, ¿no, chicos?

Mei suspiró, pero asintió.

—Si logramos salir con vida, nos lo enseñarás.

La sospecha no se fue de los ojos de Kaito. Pero tuvo que tragarse esa sensación de admiración para procesarla y convertirla en odio.

El viento del atardecer arrastró consigo los últimos restos de niebla del Yurei mientras Suki comenzaba a hacerse una idea de lo que escondía el chico misterioso. Como él había dicho una vez, no eran tan diferentes.

24



El cuarto día había traído con él un cansancio que comenzaba a acumularse en los huesos, como la tierra que se adhiere a una hoja tras una tormenta.

Aquella noche, el convoy había encontrado refugio entre las rocas, un espacio que parecía excavado en la piedra y, al menos, ofrecía cierto resguardo ante la nieve que caía. Pero no era el ulular de los búhos ni el frío lo que mantenía a Suki más alerta de lo normal.

Se encontraba dentro de la tienda común, donde dormía junto a su guardia, ya que, finalmente y tras varios encontronazos, habían acordado que la convivencia conjunta iba a ser totalmente imposible. Los monjes y los soldados terminaron por tener sus tiendas grupales justo enfrente de la suya y sería suficiente. En el interior, apenas iluminado por una linterna de aceite, Suki charlaba con Haru. El

joven estaba sentado con las piernas cruzadas, afilando uno de sus puñales mecánicamente y contando anécdotas.

En momentos como ese era cuando más echaba de menos a Lili. Las conversaciones tranquilas durante la noche, los cotilleos, las historias susurradas...

—Suna tiene que ser uno de los sitios más calurosos del mundo, por eso Ryuu tiene la piel tan morena, ¿no? —Haru dejó el puñal sobre su regazo y suspiró—. Mi región también es calurosa, pero eso sí, si quieres comer bien, no hay mejor sitio. Pescado, arroz, sake caliente...

—Y probablemente la peor humedad imaginable —lo interrumpió Suki, con media sonrisa.

—Vale, sí, también. Pero, mira, compensa con la gente. Al menos, en algunas de las ciudades. Son tan amigables, tan... cercanos. Nada que ver, por ejemplo, con la selva de la que proviene Kaito.

—Sí..., lo he pensado —admitió Suki, que había reflexionado mucho sobre el pasado de todos ellos, estudiando sus lugares de procedencia—. En Jintoku, la gente habla de los guerreros jaguar como si fueran demonios. Dicen que sus ojos pueden ver en la oscuridad y que son capaces de moverse sin hacer el más mínimo ruido. Que matan antes de hacer preguntas.

—Y, sin embargo, aquí está Kaito, gruñendo porque se le ha quemado el arroz en la hoguera y protestando cuando robo parte de su ración.

Haru dejó escapar una risa breve, pero sus ojos se tornaron pensativos.

—No es lo que imaginaba de los jaguares —reconoció Suki—. Se enfada por tonterías, es meticuloso con su equipo, casi obsesivo con su katana... Y, si te fijas, nunca habla de su pasado en la selva.

—Exacto. Lo menciona, claro, porque es su clan y le dio su nombre, pero nunca cuenta historias de su infancia allí.

—Tal vez no quiere contarlas —aventuró la kitsune—. Quizá hay cosas que preferiría olvidar.

Haru pareció meditar sus palabras.

—O tal vez nunca vivió realmente como uno de ellos —susurró—. Tal vez es uno de los suyos, pero no es uno de ellos.

En ese momento, alguien apartó la solapa de la tienda y el aire fresco de la montaña erizó la piel de Suki al instante. Mei entró saludando y fue directa a su baúl. La máscara seguía cubriendo su rostro desde que habían salido del templo. Era algo que a la kitsune le alarmaba cada día más. Se levantó, dejando a medias la conversación con Haru.

—Mei, ¿me acompañarías un momento? —pidió en voz baja.

Ella alzó la cabeza con gesto neutral.

—Claro, ¿a dónde? —preguntó, recogiendo su arco y carcaj.

—Voy a pedir algo a los sanadores. No tardaremos —respondió Suki, intentando sonar casual, y miró a Haru mientras salían—. Volveremos enseguida.

El chico asintió y regresó a su tarea.

Caminaron pausadamente, dejando atrás el crepitar del fuego, que se desvaneció a medida que se acercaban a la zona un poco más alejada donde los sanadores habían montado su área de descanso.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Suki. La pregunta flotó en el aire unos segundos antes de que Mei hablase.

—Sí —respondió la arquera, sin mirarla—. Estoy bien.

—No lo parece —insistió ella, señalando la máscara—. Lo que ocurrió en la niebla..., lo que viste... Mei, estoy preocupada por ti.

La joven frenó en seco con los puños apretados a los costados.

—No quiero hablar de eso, Suki. Es... personal.

—Sé que no quieres. Pero no puedo ignorar lo que pasó. Te vi gritar..., llorar. —Bajó el tono, intentando no sonar acusatoria—. Y yo quiero ayudarte. Es lo que tú misma me dijiste: no está mal pedir ayuda.

—Maldita sea... —dijo resoplando—. No tienes idea de lo que es esto.

—Entonces, dímelo —pidió Suki con suavidad—. Déjame entenderte. Aunque tú seas la que está dando su vida por mí, no pienses que no me preocupo.

Mei fijó sus ojos oscurecidos tras la máscara en Suki, y ella casi pudo jurar que brillaban con lágrimas acumuladas.

—Mi familia... —empezó, con un deje de amargura— sufrió un ataque hace años. Un yokai.

La chica cruzó los brazos sobre su pecho, como si el frío hubiera comenzado a calarle más hondo. Es curioso cómo la mente intensifica las sensaciones físicas cuando el dolor es emocional. Suki no podía ver su expresión a través de la máscara, pero el dolor en sus palabras le decía todo lo que necesitaba.

—No sobrevivieron —añadió, con la voz más tensa—. Murieron unos a manos de otros, sin darse cuenta de que el enemigo real estaba allí, riéndose de ellos... de nosotros. Ese maldito yokai los enloqueció... Ya has visto de lo que son capaces algunos de esos seres demoníacos: juegan con las mentes, distorsionan la realidad, hasta que todo se rompe. Hizo que mi familia se viera como enemigos entre sí. Y los convirtió en eso. Solo quedaron cuerpos. Solo quedaron cadáveres. De nuestra enorme familia, sobrevivimos cuatro. Uno de ellos es mi primo pequeño..., el único al que puedo llamar hermano.

Suki sintió un nudo formarse en su garganta.

—Desde entonces... juré vengarlos —continuó Mei—. Sus muertes son algo que cargo cada día.

Cuando Suki se acercó para mostrarle ánimo, un montoncito de nieve se desprendió de uno de los árboles a su lado, lo que las obligó a continuar caminando.

—Yo... —empezó a decir la kitsune, sin encontrar palabras de consuelo.

—No necesito que me salves de mis recuerdos, Suki. Solo necesito lidiar con ellos. Yo sola.

—Te entiendo, Mei.

—No, no lo entiendes —replicó con hastío, volviendo a levantar sus escudos.

—Sí lo hago —insistió Suki—. Esa misma sensación... arde ahora en mi interior. También noto ese fuego abrasador que, contra toda lógica, no quieres sofocar, porque prefieres dejar que lo consuma todo, hasta lograr la única cosa capaz de extinguirlo: la venganza —respondió la kitsune con una emoción en la voz casi contagiosa—. La Orden de la Purga asesinó a mi familia, y juro por todos los dioses que me vengaré. No estás sola en esto. Ambas buscamos justicia, cada una a su manera.

Mei no respondió de inmediato, pero sus hombros se relajaron, su pecho se distendió ligeramente, como si respirara con más facilidad.

—¿Y tú, Suki? —preguntó entonces, con un tono más tranquilo, pero no menos inquisitivo—. ¿No tienes miedo al ascenso? ¿A lo que pueda suceder después?

La joven fijó la vista en el cielo oscuro.

—¿Después? —repitió—. Una vez me convierta en kitsune, regresaré al palacio para cumplir con mi misión divina. He pasado toda mi vida estudiando para ello, recitando plegarias y enlazando rezos para que lleguen a los dioses. Ya conoces la historia..., debo

restaurar el error de mis antepasados y ser el vínculo de unión. Evitar la Purga. Evitar que las puertas del infierno se reabran.

—Pero tu abuela... —murmuró Mei, pensativa, con temor a tocar un tema tabú—. Ella no está en palacio.

—Sé a lo que te refieres, y creo que conozco los rumores al respecto. Ella regresó al palacio tras su ascenso. Tuvo familia, vivió y reinó. Pero después de la muerte de mi padre... —Vaciló, tragándose la pesada piedra que formaba su dolor—. Según Noboru, la llamaron los dioses cuando mi padre murió. Justo después de que la Orden de la Purga acabara con su vida y con los cuatro guardianes kitsune que intentaron proteger a mi familia. Justo en ese momento, ella subió al quinto cielo, y mi tío quedó como regente. Yo acababa de nacer y... no pude conocerla.

—Bueno, tal vez sea precisamente por eso por lo que está en el quinto cielo, ¿no?

Suki la miró con curiosidad.

—¿Por eso?

—Piensa en ello. Tal vez no fue solo un requerimiento divino —continuó Mei—. Tal vez la alejaron para protegerla. Bueno, a su familia. Para evitar que hubiera más ataques contra vosotros.

Se le erizó la piel de los brazos. ¿Cómo no se le había pasado esa posibilidad por la cabeza antes?

—¿Dices que... la exiliaron por seguridad?

—No sería tan descabellado. —Mei se encogió de hombros—. Si la Orden de la Purga ya había atacado a su familia una vez, ¿qué impediría que lo intentaran de nuevo? En el quinto cielo, nadie podría tocarla. Nadie podría alcanzarla.

La kitsune bajó la mirada, sintiendo la idea asentarse en su mente.

—Eso significaría que no fue una elección, sino una estrategia.

—O una condena —añadió Mei en voz baja—. Porque si la ascendieron para mantenerla a salvo..., significaba no volver a ver a su familia. En realidad, si ella lo eligió, fue un sacrificio enorme.

El corazón de Suki palpitaba arrítmicamente con aquellos pensamientos nuevos, y Mei pareció darse cuenta de la incomodidad generada.

—Pero a ti no te ocurrirá lo mismo —declaró con firmeza, pasándole un brazo por detrás de la espalda con la nueva confianza que estaba naciendo entre ellas—. Porque nos tienes a nosotros para defenderte.

No hubo necesidad de decir nada más, ya que llegaron al refugio de los sanadores. Suki entró a solicitar unas compresas calientes para para aliviar los dolores que la atormentaban aquella noche, fruto de su ciclo mensual.

De vuelta a la hoguera, Mei se excusó.

—Debo abandonarte, kitsune, pero creo que haré mi propia expedición esta noche.

—¿Qué quieres decir?

La guerrera se acercó a su oído.

—Que necesito usar las letrinas antes de que mi vejiga decida tomar decisiones por sí sola. Nos vemos después.

Suki asintió conteniendo media sonrisa, perdiéndose entre las sombras hacia la tienda común.

* * *

Mei bordeó las carpas bajo las luces de las linternas rojas colgadas por el campamento que se meneaban al viento. A lo lejos, los *Kodama* parecían guardianes silenciosos. No podía evitar sentir

escalofríos al ver a esos seres, a fin de cuentas, aunque benévolos, no dejaban de ser yokais.

Pasó por detrás de la tienda destinada a las labores de los cocineros y sirvientes de la comitiva, y el olor a especias inundó sus fosas nasales. Justo tras esta, se encontraban las letrinas, cavadas en el duro terreno nevado y tapadas con grandes telas.

Unos veinte metros más allá, entre los troncos nudosos y oscuros, distinguió la silueta de Ryuu, con la espalda apoyada en un árbol. Estaba de pie y solo. Era su ronda de vigilancia. Mei no pudo ignorar el movimiento de sus labios, como murmurando palabras. Aquello fue suficiente para que un escalofrío le recorriera la nuca.

«Otra vez..., ¿con quién hablará?», se preguntó la guerrera, agazapándose detrás de una pila de leña. La sensación de desconfianza que había crecido en ella volvió a invadirla, clavándose como una espina en su pecho. Observó a Ryuu un instante más, necesitaba saciar su curiosidad. Parecía... discutir. Su mandíbula se tensaba, y los movimientos de su boca eran más bruscos de lo normal.

Antes de que pudiera decidir si acercarse o retirarse, una voz familiar captó su atención. Provenía de la tienda de los cocineros, justo a su espalda. Mei giró la cabeza y aguzó el oído.

—¿Y cuándo, entonces? Tu misión es clara, están esperando —susurró una voz masculina, ronca y cargada de tensión.

—¿Qué es lo que no entiendes? —respondió aquella voz conocida, agitada y ligeramente más fuerte. La reconoció al instante: era Kaito.

Los pies de Mei se movieron solos, colocándose más cerca de la lona. Se pegó a ella, conteniendo el aliento.

—Escucha, el tiempo se acaba —insistió la otra persona con una tos—. Si no hacemos algo ahora, será demasiado tarde. La Orden espera.

Mei sintió un frío distinto, uno que le heló las entrañas. «¿La Orden? ¿La Orden de la Purga?». Se aproximó aún más, queriendo escuchar todas las palabras.

—He dicho que se olviden de mí, ¿entendido? Ya no voy a seguir sus instrucciones. Y si sigues insistiendo, no tendré otra opción que delatarte —amenazó Kaito.

Una risa sarcástica fue la respuesta.

—Oh, no harás tal cosa, porque estarías descubriéndote también a ti mismo.

El silencio que vino tras esa frase fue el detonante. Mei no necesitaba escuchar nada más. Se incorporó ligeramente, con el corazón bombeándole a toda velocidad. Tenía que decírselo a Suki de inmediato. Había errado en dónde depositar su confianza. Esa conversación era demasiado grave para ignorarla. Si de verdad Kaito tenía alguna conexión con la Orden de la Purga, todos estaban en peligro.

Pero, justo cuando giró sobre sus talones en la esquina trasera de la tienda, sintió una presencia. Unos ojos la taladraron antes de que pudiera reaccionar.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Kaito restalló como un látigo en la oscuridad.

Mei no dudó. Salió disparada, empujando sacos y esquivando ramas. Debía llegar hasta Suki. Sin embargo, la adrenalina le jugó una mala pasada, como le solía ocurrir. «Mente clara». La ansiedad le embotaba los oídos y era más propensa al fallo cuando sucumbía a los nervios. Kaito la alcanzó en apenas unos metros y se abalanzó sobre ella. El muchacho tenía una velocidad inaudita, fruto de su infancia en la jungla, como ya había relatado en las pocas ocasiones en las que hablaba de su pasado. Aunque ahora Mei dudaba de que esas historias fueran reales.

—¡Suéltame! —espetó ella, forcejeando sobre la nieve pisoteada. Pero Kaito la inmovilizó con un agarre doloroso, haciendo que se doblara sobre sí misma.

—¿Qué has escuchado? —preguntó él, con voz baja y cargada de amenaza.

—¡Nada! —mintió Mei, apretando los dientes.

Los ojos de Kaito eran tan oscuros que no se distinguían de la noche que los rodeaba, como si una tormenta interna los habitara. Por un instante, pareció debatirse consigo mismo.

—No te metas donde no te llaman —susurró con dureza—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Mei lo miró desafiante, aunque por dentro temblaba.

—¿Qué es lo que no tiene nada que ver con ella? —preguntó una voz grave tras ellos.

25



–¡Que me soltéis! —rugió la voz de Kaito. Suki estaba acostada dentro de la tienda, envuelta en mantas, pero se incorporó rápidamente al ver irrumpir a Ryuu y Mei, que arrastraban a Kaito al interior, sujetándolo con fuerza por las muñecas. El samurái lanzaba golpes en un desesperado intento por liberarse. Haru, que estaba de vigilia cerca de la kitsune, dio un paso adelante, alerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó la chica con los ojos entrecerrados por el sueño.

—Que te lo diga él —respondió Mei.

Empujaron al prisionero, soltando sus muñecas con un gesto seco. Kaito no hizo ningún intento de escapar, aunque su expresión estaba cargada de frustración y rabia contenida.

—¿Qué significa esto? —preguntó Suki.

—Díselo —exigió Mei, cruzando los brazos—. Y no se te ocurra soltar una mentira, sé muy bien lo que escuché.

La expectativa era como una niebla que amenazaba con ahogarlos a todos. Kaito respiró hondo, pero no levantó la mirada.

—Estás exagerando —gruñó con tono defensivo—. No tienes ni idea de nada.

—¿No tengo ni idea? —Mei dio un paso adelante, con los ojos ardiendo—. Estabas hablando con alguien de la Orden de la Purga. ¡Has hecho una promesa a la kitsune! ¡Una promesa de lealtad!

—¿La Orden de la Purga? —repitió Suki en un susurro—. ¿Qué significa esto?

Kaito rechinó los dientes; su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares. Tras un momento, miró directamente a Suki y quiso levantarse; no obstante, Ryuu se adelantó y agarró su cuello con una mano que más parecía una sentencia que ancló sus rodillas al suelo.

—De acuerdo, es cierto —dijo al fin, con la voz rota—. Pero no es lo que parece. Es verdad que... tuve una conexión con la Orden.

—¡¿Qué?! —Haru casi gritó.

—Déjame explicarlo, por favor —rogó él, alzando una mano, que fue interceptada por Ryuu de inmediato, por si acaso. Ambos se dedicaron una mirada de resentimiento, pero Kaito continuó—: Vengo de una familia que ha servido a la Orden de la Purga por generaciones. A pesar de vivir en la jungla y tener nuestras propias convicciones, mi bisabuela se casó con un extranjero, cambiando el rumbo de nuestras creencias. Desde entonces, mi padre..., y su padre antes que él, han dedicado su vida a la Orden. Para ellos, la Purga no es solo una misión, es algo sagrado, el único camino para salvar al mundo de su propia destrucción.

—No puedo creerlo —murmuró la kitsune—. Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque me enviaron. Es largo de contar, pero puedo resumirlo en que yo era el mejor de la estirpe. Al principio, lo acepté como una misión más, algo que cumplir solo para que me dejaran en paz. ¿Qué importaba una vida si el precio era mi libertad? —confesó Kaito bajando el tono, claramente arrepentido—. Tenía que infiltrarme en tu guardia, asegurarme de que no ascendieras al Quinto Templo. Mis órdenes eran claras: actuar solo cuando recibiera la señal, nunca antes. Eso es todo lo que sé. Pero... las cosas cambiaron.

—¿Cambiaron? —espetó Mei, sin poder contener su indignación—. ¿Qué demonios significa eso, Kaito?

—Significa que no soy el mismo que llegó al palacio con esa misión —respondió él con fuerza, clavando sus ojos en los de Suki—. Lo vi todo. Lo que sacrificas, lo que llevas sobre los hombros. Pude sentir cómo nuestro dolor era el tuyo, cómo te esforzabas por ganarte tu puesto, cómo conseguiste que tu guardia superara la niebla en el templo. Vi... quién eres realmente.

Su voz tembló al final, aunque no desvió la mirada.

—Ya no soy uno de ellos. Nunca lo fui realmente, era una obligación. De hecho, intenté huir de sus garras muchas veces, pero... están en todas partes —prosiguió, levantando sus ropas para revelar varias cicatrices en su abdomen, tan lleno de tatuajes como su cabeza—. Al unirme a tu guardia, no solo vislumbré una salida, una libertad que por primera vez parecía real, sino que encontré un motivo para seguir adelante. Mi lealtad es contigo, Suki. Solo contigo. Y si me das la oportunidad, te lo demostraré.

También mostró su pierna, lucía ahora la nueva marca, ganada en el templo para completar el lienzo de su cuerpo. Bajo ella se advertía

una cicatriz hinchada y redonda, todo lo que quedaba de lo que alguna vez debió ser un tatuaje con forma de sol.

No hubo una palabra más. De ninguno. La herida de aquella confesión dolía demasiado.

Entonces, unos aplausos comenzaron a sonar desde la entrada.

—Qué dramática actuación —dijo Noboru desde la entrada, apartando la cortina con un gesto brusco y avanzando hasta ellos.

Con una mirada glacial, escrutó a Kaito como si pudiera ver a través de él.

—¿Qué piensas hacer con este traidor, Suki? —le preguntó su tío —. Porque esto se paga con la muerte.

Respirar se le estaba haciendo más difícil a cada segundo. Se debatía entre varias opciones, pero la sensación de que ninguna de ellas sería la correcta le oprimía el pecho. Las palabras de su tío la atormentaban: «Cada decisión que tomas tiene un precio, Suki. Y no eres tú quien lo paga».

—Kaito —dijo finalmente, mirando de reojo a Noboru—. Si de verdad tu lealtad ha cambiado, entonces demuéstralo.

El joven levantó la cabeza con desconcierto. Suki podía escuchar el latido de su corazón, más rápido que el de ella. Más rápido que el de cualquiera en la tienda.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó en voz baja, como si temiera la respuesta.

Suki se puso en pie, cuadrando los hombros.

—Identifica a los infiltrados. Si realmente has abandonado la Orden, entonces no te importará decirnos quién está traicionando al Imperio.

Un relámpago de algo parecido al pánico cruzó los ojos de Kaito. Miró a Noboru, quien permanecía contemplativo. Luego a Mei, que aún lo fulminaba con desprecio. Y su mirada regresó a Suki.

—No puedes pedirme eso... —dijo con dificultad—. No quiero ser el responsable de ninguna muerte.

—Por lo visto, no le importa tener traidores entre nosotros. La mejor opción es deshacernos de él. Cuando una fruta podrida se queda en el saco, no tarda en arruinar las demás —apuntó el monje.

—No, no —interrumpió Kaito con prisa—. Está bien. Hablaré. Si eso es lo que demandáis de mí, lo haré.

Todos se congregaron mucho más cerca de él, para no perder un solo detalle.

—Uno de los cocineros..., de apellido Hamaguchi. Es con él con quien estaba hablando.

Mei asintió.

—Y... el cuidador de caballos más joven, el que suele quedarse en la retaguardia —continuó—. Se llama Jiro.

Tras esas palabras que le costó soltar, dejó caer la cabeza, derrotado.

—¡Soldados! —llamó Noboru con autoridad, empujando la cortina de la tienda para abrirse paso al exterior—. Traedme a Hamaguchi y a Jiro. ¡Ahora mismo!

Mei se acercó lentamente, con una mirada corrosiva dirigida a Kaito.

—¿Por qué los delatas, Kaito? —preguntó en un murmullo que solo hubiera sido audible para el chico de no ser por el oído aguzado de Suki, gracias a los poderes kitsune que estaban despertando en ella—. Es porque no tienes otra salida, ¿verdad? ¿Tú mismo decides que vale más tu vida que la de ellos? No eres más que un cobarde.

Antes de que nadie pudiera decir algo más, los gritos y el sonido de botas golpeando el suelo anunciaron la llegada del ejército imperial. Dos hombres fueron arrastrados a la tienda, ambos forcejeando y maldiciendo en voz alta.

—¡Esto es un error! —rugió el cocinero, con los ojos desorbitados —. ¡No he hecho nada! ¡Exijo una explicación!

—¡Soltadme! —protestó el otro.

—Kaito —dijo Noboru con una calma helada—. Si tu lealtad realmente ha cambiado, si pretendes servir al Imperio, entonces es tu momento de demostrarlo.

«Oh, no —intervino la voz en la cabeza de Ryuu—, esa mirada... se dispone a dar un buen *show*».

—¿Demostrarlo... cómo? —preguntó con un hilo de voz el chico.

—Ejecútalos. Con tus propias manos.

Todos contuvieron la respiración como si el aire se hubiera extinguido. Suki abrió la boca para protestar; se había quedado tan blanca como su propio pelo, pero Noboru levantó una mano para detener su posible réplica sin dirigirle una mirada.

«Ese hombre disfruta del dolor, del caos —Volvió a oír el samurái —. Pero si intervienes, desatará su rabia. Y no sé qué sería peor».

—No tienes que hacerlo —murmuró Suki de todos modos, dando un paso adelante—. No es necesario llegar tan lejos...

—La lealtad solo tiene valor cuando se prueba con sangre; de lo contrario, no significa nada —replicó su tío.

—De acuerdo, haré lo que sea para demostrártelo, kitsune. Dame la espada —pidió Kaito extendiendo la mano hacia uno de los soldados repentinamente.

El hombre miró a Noboru, quien asintió despacio, como si estuviera disfrutando. La espada fue entregada a Kaito, y su peso pareció hundirlo durante un segundo. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura, y, lentamente, se giró hacia los dos hombres arrodillados.

—¡No! ¡No, por los dioses! —suplicaron desde el suelo los condenados.

—Kaito... —susurró Suki, incapaz de apartar la mirada.

Él no respondió. Avanzó hacia el primero, quien ahora sollozaba y negaba con la cabeza, murmurando plegarias incomprensibles. El samurái levantó el arma.

—¡Por favor, Kaito, no! —gritó Mei de pronto—. ¡No es la solución! ¡NO!

El sonido fue seco y definitivo. Hamaguchi cayó hacia delante, inmóvil. La sangre se esparció en un charco oscuro sobre la tela impermeable del suelo. El silencio volvió a llenar la tienda.

Jiro, el otro prisionero, miró a su verdugo con una mezcla de desprecio y terror, y le dijo algo en un idioma que ninguno de los presentes comprendió. Kaito repitió el proceso, aunque esta vez no hubo gritos.

«Ha pedido a Kaito que haga lo que los dioses esperan de él», aclaró la voz para Ryuu.

Cuando todo terminó, Kaito soltó la espada, que golpeó el suelo sin emitir sonido, y se dejó caer.

—Mi lealtad es tuya, alteza —dijo inmediatamente ante la kitsune —. Lo que fui ya no existe. Como miembro de tu guardia he podido aprender que para convertirte en quien quieres ser, debes sacrificar quien eres. Corté mis lazos con la Orden el día que comprendí tu sacrificio y el peso que portas. Protegerte es ahora mi único propósito, y lo cumpliré, aunque me cueste la vida.

—Y la vida es lo que te va a costar, chico —dijo Noboru—. Lleváoslo.

Todos giraron la cabeza hacia el monje.

—¡No, tío! —gritó Suki—. ¡Ha demostrado su lealtad!

—Lo que ha demostrado es que mataría a cualquiera por salvar su propio pellejo, ¿no te das cuenta?

Kaito apenas reaccionó, con la mirada perdida en la mancha de sangre creciente a sus pies. El moño que recogía su único mechón de pelo se había soltado, y el cabello le caía desordenado sobre la frente tatuada.

—No puedes hacerle nada sin un juicio, y menos cuando aún necesitamos su alma para abrir el Quinto Templo.

El muchacho empezó a gritar.

—Muy bien, Suki. No acabaremos con su vida.

Kaito soltó una exhalación profunda, su pecho tembloroso. Pero la tregua duró menos de un latido.

—Pero no quiero volver a oír una sola palabra de esa sucia boca traidora —continuó Noboru, volviéndose hacia los soldados con un ademán indiferente—. Calentad el hierro.

El grito de Kaito fue inmediato, su voz quebrada por el horror.

—¡No, por favor! ¡Kitsune! —Se giró desesperado hacia Suki, intentando liberarse de los soldados que ya lo sujetaban por los brazos—. Por favor, Suki.

A la joven le dio un vuelco el estómago al escuchar su nombre entre súplicas.

—¡Tío, detente! ¡No puedes hacer esto!

—Oh, claro que puedo. Y lo haré. Has dicho que necesitamos su alma, no su lengua.

Suki, incapaz de enfrentar la situación por más tiempo, salió de la tienda como un vendaval, con los ojos cerrados conteniendo las lágrimas. No miró a nadie mientras atravesaba el campamento, pasando entre tiendas, soldados y sirvientes. El calor del fuego de las antorchas parecía burlarse de ella, pues sentía un frío que no provenía de fuera, uno que se le clavaba en la piel. Pero lo peor era aquella sensación en su pecho, como un peso horrible que no podía sacudirse.

La tranquilidad la inundó de golpe cuando dejó atrás el campamento. Sacó del bolsillo la horquilla con forma de zorro y deslizó los dedos por cada oquedad tallada, evocando el rostro de su hermana..., el de su madre. Respiró hondo un poco más calmada. El aire era más puro allí.

Siguió caminando hasta que los sonidos del mundo quedaron atrás, hasta que solo el crujir de sus botas sobre el suelo pedregoso rompía el silencio, junto a la noche que la abrazaba y los susurros de los Kodama en la distancia. Sin embargo, sus pasos tenían un eco tras ellos, uno que conocía bien. No necesitó volverse para saber quién era. Ryuu.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó el samurái en voz baja, deteniéndose justo detrás de ella—. No debes estar sola, sin escolta. Aunque si lo prefieres, puedo traer a Mei.

Suki giró apenas la cabeza y lo vio ahí, quieto pero firme, con los brazos a ambos lados de su cuerpo marcado por el uniforme y una de las manos sobre la empuñadura. ¿Qué tenía ese chico? ¿Era el aura de misterio que lo envolvía?

La luz plateada de la luna tocaba sus rasgos, haciendo que sus ojos parecieran aún más oscuros en contraste. Entonces lo entendió: era su calma. Una tranquilidad tan profunda que parecía apagar el ruido del caos. Era fácil despojarse del velo del mundo con él cerca. Amortiguaba los gritos que, en ocasiones, anidaban en su mente. Aportaba paz. Pero no cualquier paz. Era la paz absoluta de lo inevitable. La paz de la muerte. Y era reconfortante.

—Puedes quedarte —dijo al fin, volviendo a mirar al horizonte, aunque le costó desprender sus ojos de él.

El tiempo comenzó a deslizarse entre ellos del mismo modo que las nubes parecían deshilacharse en el viento. Permanecieron de pie

bajo el cielo estrellado, cada uno con sus pensamientos, pero unidos por un hilo invisible que ninguno terminaba de comprender.

—Tenía razón... —murmuró Suki de pronto, con un nudo en la garganta—. Mi tío tenía razón..., mis decisiones costarán vidas. Ya han costado vidas. —Su voz se quebró al final. Levantó el rostro hacia las estrellas, buscando consuelo en su inmensidad—. Kaito los mató porque yo lo permití. Si lo hubiera expulsado cuando empecé a desconfiar de él... quizá...

—Pues quizá los infiltrados de la Orden ya habrían acabado contigo. O con todos nosotros —espetó Ryuu.

Suki se cubrió el rostro con una mano, intentando no sentirse tan frustrada, y notó cómo el samurái daba un paso más cerca de ella. Ryuu observó su gesto, sintiendo un impulso casi irrefrenable de acercarse y tomar sus manos, pero se contuvo.

—Lo haces lo mejor que puedes —añadió él, con voz más suave.

—No sé si estoy preparada para esto.

—Nadie lo está. Mira, nada puede destruir al hierro, excepto su propio óxido. Del mismo modo, nada puede destruirte excepto tu propia mente. No dejes que lo haga, no te digas que no puedes.

—Pero es que no puedo, Ryuu. ¿Cómo voy a mantenerme fuerte con todo esto?

—Puedes fingir mantenerte fuerte. Hasta que te lo creas. Todos lo hacemos. —Sus palabras sonaban igual que las de Sora—. Solo seguimos adelante, un pie tras otro, y esperamos no tropezar.

—¿Y si tropiezo?

Ryuu se adelantó, situándose frente a ella, obligándola a bajar la mirada de las estrellas y enfrentar la realidad que tenía delante.

—Entonces, te levantarás. Y si no puedes, estaré ahí para ayudarte. La verdadera fortaleza no está en la ausencia de dudas,

sino en dar un paso más, incluso cuando las voces en tu cabeza gritan que no puedes.

—Hablas como si lo supieras de primera mano —respondió ella de manera directa.

—Porque lo sé —dijo. Una ráfaga de viento sacudió su negra melena e hizo que unos mechones se despeinaran—. Camino a diario entre mis propias sombras. Las mismas que a veces me susurran que me rinda. Pero... aquí estoy...

Antes de que pudiera acabar la frase, Suki posó una mano sobre el brazo del guerrero. Era un toque suave, casi involuntario.

—No quiero desconfiar de ti, Ryuu —murmuró—. Necesito... algo firme en lo que apoyarme. No quiero que lo de Kaito se repita. Así que debo pedirte que me cuentes qué es tu espada.

—Sangreluna... —dijo él, acariciando la empuñadura—. Ha sido parte de mi vida desde que puedo recordar. Es... especial. Aunque no siempre sé si el poder que guarda es una bendición o una maldición.

—¿No te asusta? —preguntó Suki, con un atisbo de cautela en su voz.

Ryuu tomó la mano de la kitsune entre las suyas. La joven las notó cálidas en contraste con lo congelada que sentía la piel. No fue un gesto tierno ni apasionado; fue protector, sólido, como si quisiera transmitirle algo más con ese simple contacto.

—Todo poder asusta si no sabes manejarlo —respondió con gravedad—. Pero lo verdaderamente peligroso no es el poder en sí, sino en lo que nos convierte.

—¿Y a ti en qué te convierte? ¿Qué escondes, Ryuu...? —preguntó Suki, incapaz de apartar su mirada de él.

—Ojalá pudiera contártelo, Suki...

«Noto una perturbación en el ambiente —intervino aquella voz en su mente, alerta—. El monje está vigilando. Será mejor que acabes con este momento tierno, muchacho».

Ryuu soltó la mano fría de la kitsune con suavidad, aunque con una mínima tensión en el rostro, y se dio la vuelta sin soltar la empuñadura de Sangreluna. Suki, que con sus aguzados sentidos había percibido algo entre los árboles, creyó entender por qué el chico volvía a tomar distancia.

—Será mejor que regresemos —propuso el samurái, volviendo a su tono neutral—; debemos estar descansados para mañana.

La luna los acompañó hasta su tienda, ocultándose a cada rato entre los jirones de nubes. Casi todo el campamento dormía.

Suki elevó su brazo para hacer a un lado la lona, pero se quedó inmóvil un momento y se giró hacia Ryuu.

—¿Sabes? He escuchado a mi tío hace un rato, tras la arboleda —advirtió—. Sé que nos estaba espiando. Pero necesitaba... necesitaba saber si podía confiar en ti.

La expresión de Ryuu no cambió.

—¿Y lo has descubierto? —preguntó con rapidez.

Suki estudió cada detalle de su rostro. Los iris negros refulgentes, aquellas cejas pobladas, la mandíbula firme y tensa, enmarcando su cara con los típicos rasgos duros del este. Pero no todo era afilado en esa cara. La comisura de sus labios dibujaba un arco apenas visible.

—No —confesó—. No lo he descubierto.

El chico se llevó el puño al pecho, justo sobre el corazón. Una vez más, ese gesto samurái que, en su silenciosa solemnidad, expresaba más que mil palabras.

Suki fue la primera en romper el contacto visual, girándose en dirección contraria inesperadamente.

—Voy a hablar con mi tío. No puedo permitir que haga lo que ha dicho que va a hacer.

—Te escoltaré.

—No, esto es cosa mía —cortó ella—. Gracias.

Se giró sin esperar respuesta y recorrió los pocos metros que la separaban de la tienda de su tío. Cuando entró, él ya la esperaba sentado sobre su futón.

—Has regresado rápido —comentó él, disimulando.

—Quiero hablar contigo —empezó Suki—. Acepto que Kaito sea encadenado al final del convoy, pero no lo de la lengua.

El monje entrelazó los dedos en su regazo.

—¿Es eso lo que has venido a negociar?

—No hay nada que negociar —replicó ella, dando un paso adelante—. Necesitamos que hable, que nos diga lo que sabe. Y aunque no fuera así, nadie merece eso.

Noboru entrecerró los ojos, tamborileando con los dedos sobre el mango de su bastón.

—Vaya... Creí que te estabas volviendo más astuta, Suki. ¿De verdad crees que mantenerle la lengua es un acto de misericordia? Es el castigo común de los traidores, la amputación de aquella parte de su cuerpo con la que han cometido el delito.

—No ha hecho nada aún —insistió ella—. Ha confesado y ha delatado a otros, pero no ha actuado contra mí nunca. Y ha tenido muchas oportunidades de hacerlo. Si su lealtad es sincera, demostrará su valía en lo que queda del ascenso. A fin de cuentas, lo necesitamos. Pero si lo castigas así ahora, ¿qué te hace pensar que seguirá cooperando?

La expresión de Noboru cambió.

—Hagamos un trato, Suki.

Esas palabras se sintieron como un escalofrío.

—¿Qué trato?

—Le dejaré la lengua intacta. Aceptaré que viaje encadenado, sin más castigo. Pero, a cambio, cuando te ordene que subas al palanquín, lo harás sin protestar.

Suki apretó la mandíbula.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque aún no comprendes lo que está en juego. Cada paso que das es un riesgo. Cada momento que pasas fuera de la protección que te hemos dado, aumenta las posibilidades de que no llegues al Quinto Templo. Y si no llegas, el Imperio caerá en la ruina.

—¿Ruina? —repitió con incredulidad—. ¿Tanto miedo tienes de que no sea capaz de completar mi misión?

—No es cuestión de miedo, sino de estrategia —sentenció él, apoyándose en el bastón para volver a sentarse en el futón—. Crees que este viaje es solo una prueba de tu fuerza, pero no se trata de eso. Se trata de que llegues viva. Y yo me aseguraré de ello, aunque tengas que odiarme por un tiempo.

Suki no sabía qué decir sin estallar en gritos. ¿Que lo hacía por su bien? Cerró los puños, sintiendo la lucha interna en su pecho.

Si decía que no, Kaito perdería la lengua. Si decía que sí...

—De acuerdo —susurró al final, odiando cada palabra que pronunciaba—. Acepto.

Noboru asintió, satisfecho.

—Ahora ve a descansar.

Suki no dijo nada más. Dio media vuelta y salió de la tienda, con una sensación de derrota amarga en la boca.

26



Un paso tras otro, cada uno más costoso que el anterior, marcando un ritmo de avance lento pero constante, fueron sorteando raíces, piedras y diferencias de altura que hacían que parte de la comitiva tuviera que quedarse atrás. La gestión de las tiendas, alimentos, recursos y comodidades se había hecho más complicada cada día. Suki repasaba una y otra vez los días que faltaban para alcanzar la cima del monte Tenjou. Diez días. Diez escasos días. ¿Cómo es que habían empleado cinco en tan solo un templo? El tiempo no parecía suficiente.

Por si fuera poco, Suki no podía evitar sentir que su grupo estaba incompleto, y aunque Haru, Mei y Ryuu no la dejaban sola ni un segundo, la traición de Kaito la había hecho perder el ánimo.

El camino al segundo templo era más largo y arduo que el del primero. Los senderos serpenteantes se alargaban

interminablemente y los cánticos de los monjes, en ocasiones acompañados por la voz de Suki bajo la orden de Noboru, marcaban la letanía del ascenso. Al menos, había parado de nevar.

Cuando el sol comenzó a caer, tiñendo el cielo de un anaranjado tenue, llegaron a un claro que ofrecía una visión parcial del segundo templo. Desde la distancia, Suki pudo distinguir las formas borrosas de un *torii*.

—Haremos campamento aquí —ordenó Ota.

Ryuu, que había ido de avanzadilla con un par de soldados para inspeccionar el templo, regresó al campamento justo cuando los sirvientes terminaban de montar las tiendas. Su ropa estaba salpicada de polvo.

—Todo está en orden —informó, dirigiéndose a Ota, Noboru y Suki —. El templo está vacío, pero hay señales de actividad reciente: huellas de animales, troncos arrastrados. Nada peligroso; al menos, a simple vista.

—Iréis mañana al amanecer —respondió Noboru sin mirarlo—. No enfrentaremos lo desconocido en la oscuridad.

* * *

Con los primeros rayos del alba acariciando las copas de los árboles, Suki ajustó su uniforme, asegurándose de que las placas de armadura que Ota le había proporcionado encajaran perfectamente. Sus tres guardias tomaron posiciones detrás de ella mientras Noboru lideraba la marcha con su bastón marcando el paso sobre el sendero húmedo. El general cerraba el grupo con su mirada vigilante.

Tras unos minutos caminando en la fresca humedad de la mañana, frente a ellos se alzó un camino de *torii*. Los arcos de madera desgastada creaban una intrincada senda que se perdía en

la espesura. Uno tras otro, no eran simples puertas, sino umbrales que parecían marcar la transición a un mundo diferente, un espacio donde lo espiritual y lo físico se entrelazaban.

Suki sintió una respiración agitarse de pronto. Mei estrechaba los ojos detrás de su máscara cuando tomó la iniciativa.

Sin decir nada, avanzó delante de todos con pasos rápidos. El arco ya estaba preparado en sus manos con la cuerda tensa como un reflejo de su estado de ánimo.

—Relájate un poco, Mei, vas a gastar energía innecesaria si sigues así —comentó Haru acelerando el paso para alcanzarla.

La guerrera afiló el tono de improviso.

—¿Relajarme, Haru? No tengo intención de relajarme mientras algo nos acecha.

El tono defensivo de Mei sorprendió a todos, incluso a Suki. Había algo en su voz, algo quebrado, que no era habitual en la arquera. Haru, con expresión desconcertada, levantó las manos en un gesto conciliador.

—Vale, vale —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero recuerda que somos un equipo, ¿vale? No vas tú sola.

Mei no respondió, aunque la forma en que tensó aún más la cuerda de su arco fue suficiente para hacer que Haru retrocediera un paso. Con un suspiro, el chico del sombrero se colocó junto a Suki, quien sabía que Mei estaba lidiando con algo más profundo que solo un templo más.

El camino bajo los *torii* parecía interminable, pero era extrañamente bello a la vez. Ese tipo de hermosura que no se puede apreciar cuando el peligro atenaza los sentidos.

—Manteneos juntos y poneos las máscaras —ordenó Suki—. Siento un ronroneo más adelante. Nos está esperando... y no está solo.

—Ya sabes lo que es —dijo Ryuu.

—Sí, ese sonido solo puede ser de un yokai. Uno que no utiliza la fuerza bruta, sino la propia percepción contra nosotros mismos. Nos intentará destruir desde dentro. Otra vez.

—¡¿Qué has dicho?! —preguntó Mei, de repente acelerada—. ¿Es un Bakeneko?

—Es el Bakeneko —afirmó cautelosa Suki. De pronto, algo hizo clic en su mente. Era el yokai que había destruido a la familia de la chica.

Mei empezó a hiperventilar, y, con más rabia si cabe, encaró el sendero hasta que, al salir del último *torii*, se toparon con un paisaje que congeló sus pasos.

—Espera, Mei —intentó la kitsune, pero la arquera no quería prestar atención a otra cosa que a lo que los esperaba.

Un cementerio se extendía frente a ellos. Las placas de madera con nombres inscritos se alineaban en el suelo mientras lápidas de piedra sobresalían aquí y allá, muchas de ellas torcidas, desgastadas, rotas. Los cementerios antiguos siempre desprendían un aire de misterio, pero en ese había algo más. Una neblina gris cubría el suelo como un manto espeso. Se enroscaba alrededor de sus tobillos, volviéndose más densa y opresiva con cada paso que daban.

—Esto es... inquietante —murmuró Ryuu.

Pero no era solo la visión del campo de muertos lo que les helaba la sangre. Había algo más.

De repente, el ronroneo bajo y perturbador aumentó de volumen y fue por fin audible para todos.

—¿Lo escucháis? —preguntó Haru, girando la cabeza en todas direcciones.

—Está cerca —murmuró Ryuu, desenvainando a Sangreluna.

El ronroneo se transformó en una risa gutural, y de la niebla emergió una figura grotesca. Un yokai. Su forma era alta y felina, pero con rasgos humanoides que lo hacían aún más perturbador. Un pelaje de rayas grisáceas y amarillas se extendía por su cuerpo, ondulando con cada movimiento. Sus ojos, naranjas y rasgados, brillaban con una malicia sobrenatural. Las patas estaban rematadas en garras largas y afiladas. Sencillas, pero letales. Elegantes y mortales a la vez. Para terminar de dibujar su espantoso aspecto, su boca se curvaba en una sonrisa perversa repleta de dientes puntiagudos y adornada por unos bigotes prominentes, rígidos como alambres. Era, a todas luces, una pesadilla viviente.

Suki empezó a sudar, a pesar del aire gélido.

—Vaya, vaya..., ¿qué tenemos aquí? —canturreó el yokai con voz tan seductora como aterradora. Mezclaba lo monstruoso con lo humano en un baile siniestro. Sus ojos refulgentes se clavaban en Mei. Entonces aspiró, como si oliese algo familiar—. Ah... Reconozco ese linaje. No pensé que alguien de tu sangre se volvería a cruzar en mi camino.

Mei se quedó paralizada. La mano que sostenía la cuerda del arco tembló apenas un instante antes de soltarla. La flecha salió disparada, pero no con la precisión de la arquera que todos conocían; pasó rozando la oreja del gigantesco gato-hombre sin causarle el menor daño.

Una risa demoníaca fue la única reacción, profunda y burlona.

—¿Sabes? Fue un espectáculo delicioso, verlos matarse entre ellos por mi voluntad. Mmmm, devorar sus corazones fue exquisito... Creo recordar que el de tu padre fue el más sabroso.

—¡Cállate! —gritó ella con furia descontrolada.

Suki dio un paso adelante, colocándose a su lado, y le puso una mano en el brazo en un intento por calmarla.

—Mei. No sucumbas, por favor.

La arquera no podía apartar la mirada de su objetivo, que volvió a estallar en una carcajada. Disfrutaba del caos que sembraba. Con un movimiento ágil, el Bakeneko dio un salto hacia atrás, confundiéndose con la neblina del paisaje.

—Me encanta jugar con los ratoncitos antes de comérmelos —murmuró su voz desde las sombras, cargada de malicia—. ¡Que empiece el juego!

La figura del yokai desapareció por completo y Mei bajó lentamente el arco, respirando de manera irregular.

—Mei —insistió Suki—. ¿Es el...?

La arquera apretó los labios como si intentara contener una avalancha de emociones. Sabía que no podía negarse a compartirlo ahora que lo tenían delante.

—Sí. Es el Bakeneko que destruyó mi vida —confesó—. Mi familia, mi hogar..., todo lo que era y conocía, lo desgarró desde adentro. No nos atacó con garras ni colmillos. No los necesitó. Se metió en sus cabezas, en sus voces, en sus cuerpos. Jugó con ellos como si fueran títeres rotos hasta que se destrozaron entre sí. Yo lo vi. Vi cómo mi padre golpeaba a mi madre hasta que dejó de moverse. Vi cómo me pedía ayuda mientras le rompía los huesos uno a uno. Vi a mis tíos desgarrarse con las manos desnudas, como bestias.

»Nadie quedó en pie. Nadie, salvo nosotros, los niños. Éramos demasiado pequeños, nuestras mentes aún no estaban lo suficientemente formadas para que él pudiera controlarnos. Pero eso no frenó a nuestros padres. —Su voz se quebró, aunque no se detuvo—. Nos persiguieron. Nos acorralaron. Intentaron matarnos con sus propias manos. Nos arrancaron la piel con uñas y dientes porque creían que aún quedaba un enemigo. Mi padre... nos arrojó cal viva a mi hermana y a mí. Quería quemarnos. Quería acabar con

nosotras. Yo sobreviví. Ella no. Cuando todo terminó..., cuando no quedaba más sangre que derramar, el Bakeneko nos miró. Sonrió. Y entonces, desapareció. Desde ese día... lo juré. No descansaría hasta arrancarle la vida como él nos la había arrebatado a nosotros.

Las últimas palabras sonaron ahogadas. Todos se habían quedado sin aliento ante aquella confesión tan cruda.

—¿Por qué no me lo contaste todo? —preguntó Suki, eligiendo cuidadosamente sus palabras para no sonar acusatoria—. Tal vez podríamos habernos preparado mejor por si aparecía.

—¿Para qué? ¿Para ponerte en peligro a ti también? Mi misión aquí es protegerte, no lidiar con mi pasado —respondió Mei con firmeza, levantando la cabeza y volviendo a tensar su arco—. Pero este enfrentamiento... es algo personal. No puedo permitir que ese monstruo siga vivo. No después de lo que hizo. Te salvaré y al mismo tiempo cumpliré con mi venganza.

Haru, que había estado observando en silencio, dio un paso al frente.

—Vuelvo a repetir: somos un equipo. Si ese bicho está jugando con nosotros, si te ha hecho eso, le devolveremos el golpe juntos. Le mataremos como hizo él con tu familia. Aunque... en realidad nunca nos han dicho que podamos matar a los yokais.

—Tampoco lo contrario... —añadió una voz profunda e inesperada. Una voz que Suki no reconoció.

Todos adoptaron una expresión desconcertada, mirando hacia Ryuu. Todos excepto él.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha dicho eso? —preguntó Haru.

—¿En serio? —inquirió el samurái mirando hacia su espada.

Mei y Suki también clavaron su mirada en la empuñadura de Sangreluna.

—¿Por qué has elegido este momento para hablar en voz alta, Sangreluna? ¿No había otro mejor? ¿En serio? —repitió Ryuu, todavía con expresión incrédula.

—Espera, ¿tu espada habla? —preguntó Mei.

—*Hablar* es un término poco generoso para describirlo, pero lo aceptaré —dijo Sangreluna con un deje de satisfacción—. Solo quería informaros de que la mejor forma de matar a un yokai es revirtiendo su propio ataque. Aunque sugiero que dejemos esta fascinante conversación para después... Porque Haru ya está empezando a cambiar.

Suki sintió un escalofrío recorrer su espalda al escuchar esas palabras. Su asombro apenas tuvo tiempo de manifestarse cuando la voz de Haru sonó, pero esta vez con un filo distinto.

—Vaya, qué conveniente, Ryuu..., ahora nos sales con esto. ¿Cómo podríamos confiar en alguien como tú? —Su tono era ácido; sus palabras, envenenadas—. Lleno de secretos, de misterio... Nos quieres matar a todos, ¿verdad?

Un destello amarillo brilló en los ojos del samurái del sombrero, visible a través de la madera de su máscara roja, y Ryuu retrocedió un paso. En ese momento, Suki supo que estaba creyéndose todo lo que el Bakeneko susurraba en su oído. Ya le había hipnotizado, lo tenía en sus redes.

Suki y Mei comenzaron a asentir, aunque dubitativas. A pesar de que, en el fondo, sabía que una fuerza invisible estaba jugando con las emociones de todos ellos, la kitsune no pudo evitar que una parte de ella se dejase llevar por esa sensación.

—Nunca confié en ti —espetó Mei, entrecerrando los ojos hacia Ryuu—. Y, al parecer, tenía razón...

La fuerza invisible del yokai seguía alimentando la discordia. Era como si un fuego invisible consumiera lentamente la conexión del

grupo, avivando los resentimientos y las dudas.

—Mierda —comentó la espada en voz alta—. Estás perdido.

Haru se lanzó hacia Ryuu.

—Voy a descubrir qué eres en realidad. ¡Muestra tu verdadera cara! —gritó alargando su mano hacia la máscara del chico, decidido a arrancársela.

Ryuu reaccionó con la velocidad de un relámpago y se impulsó en una de las lápidas de piedra, dando una voltereta hacia un lado para evitar el agarre.

Suki, incapaz de apartar los ojos de la escena, se estremeció al escuchar una voz melosa en su oído, tan cerca que parecía susurrarle directamente al alma. Su instinto la hizo girarse bruscamente hacia Mei; se sintió arder con una mezcla de sorpresa y furia, como si una semilla de oscuridad acabara de germinar en su mente.

—Esto era a lo que habías venido, ¿no? —reprochó Suki—. ¿A cumplir tu venganza usando mi ascenso como medio?

Era evidente que el Bakeneko saltaba de una mente a otra, tejiendo su telaraña de caos con deleite; sin embargo, a Suki le estaba costando resistirse a su influencia.

—¿Te crees el centro de todo, kitsune? —siseó la arquera.

El comentario la atravesó como una daga, borrando cualquier pensamiento lógico.

—¿Qué has dicho? —preguntó Suki, dando un paso hacia Mei, su postura desafiante.

La chica no retrocedió y tensó aún más su arco.

—Lo que has escuchado. Te crees intocable. Pero no lo eres.

El Bakeneko canturreó con una satisfacción burlona.

—¡Oh, cómo amo los dramas humanos! Sois tan predecibles. Un pequeño empujón y os destrozáis entre vosotros. Vamos, ¿quién

será el primero en romperse?

Entre tanto, Suki vio por el rabillo del ojo cómo Haru se abalanzaba sobre Ryuu y este le evitaba soltándole un tortazo sobre la máscara. El golpe, en lugar de hacerlo volver a la realidad, lo único que consiguió fue que estuviera más iracundo.

Al otro lado, la kitsune no pudo contenerse más.

—¡Eres una hipócrita, Mei! Desconfiando del resto, lanzando pullas a diestro y siniestro, cuando tú eres la verdadera traidora.

La guerrera levantó su arco y apuntó directamente al corazón de Suki.

—¡Tengo una misión más grande que tus tonterías! —gritó, su voz quebrándose—. ¡Y si tú eres un obstáculo, también puedo destruirte a ti!

Como un suspiro de la propia tierra, el mundo pareció detenerse. El tiempo quedó suspendido y las respiraciones se pausaron. El viento cesó, y una quietud sobrenatural cubrió el cementerio. Todo estaba paralizado. Todo salvo Suki.

Algo dentro de ella estalló. Fue como si una energía ancestral respondiera a la presión de aquel momento crítico. Un destello dorado iluminó su figura, y, ante la mirada incrédula de Mei, la kitsune sintió un cosquilleo entre su cabello al mismo tiempo que algo se agitaba tras ella. La luz cubrió cada centímetro de su piel, como si la fuerza divina de su interior hubiera despertado. Se giró para encontrar que una cola blanca se había desperezado a su espalda. Con gestos temblorosos, se llevó las manos a la cabeza, donde sus dedos se toparon con unas suaves orejas de zorro. Sus ojos anaranjados comenzaron a vislumbrar los cordeles de marioneta que el yokai había anudado a sus cuerpos.

Mei vaciló, apenas capaz de sostener el arco. Parecía que la fuerza que la manipulaba se tambaleaba ante la nueva manifestación de

Suki.

—¡Mei! —llamó la kitsune, cortando con su propia mano los hilos de manipulación cada vez más visibles para ella. Se anclaban a sus muñecas, a sus tobillos. Los agarró con los puños y tiró de ellos con impulso—. ¡No es a mí a quien debes enfrentar! ¡Tu verdadero enemigo está ahí, justo al otro lado!

La chica se rebeló contra la ayuda y empujó a Suki hacia una lápida. La kitsune sintió una punzada en el cráneo y notó cómo una línea de sangre comenzaba a caer de su frente, pero volvió a sacar sus afiladas garras para terminar lo que había empezado. Saltó, usando la potencia de su nueva cola para impulsarse, y, en el aire, cortó los hilos que quedaban anclados a su amiga.

Mei parpadeó, como si saliera de un trance. Su respiración se volvió errática, y su mirada se desvió hacia el verdadero objetivo: el Bakeneko, que observaba desde las sombras con una sonrisa burlona.

—Lo siento... —le susurró a Suki, conteniendo las lágrimas.

A tan solo unos metros, Ryuu había logrado inmovilizar a Haru, que luchaba frenéticamente bajo el control del yokai. Sangreluna, que brillaba con una tenue luz violeta, se dirigió por primera vez a la kitsune.

—¡Suki! Existe una única cosa que puede asustar al Bakeneko más que nada: su propio reflejo.

Mei, ahora libre del control del yokai, levantó la mirada hacia Ryuu, que todavía sujetaba a Haru con esfuerzo, mientras Suki se arrodillaba para ayudar a mantenerlo bajo control.

—No quiero asustarle, Sangreluna —dijo Mei con un tono que heló el aire—. Quiero matarlo.

Ryuu la miró por un instante, como si estuviera midiendo la firmeza de su determinación. Entonces asintió decidido.

—En mi cinturón —indicó con la cabeza, manteniendo a Haru firme contra el suelo—. Hay un pequeño vial de veneno. Tengo decenas de flechas ya impregnadas, pero las he dejado en el campamento. Úsalo para embadurnar las tuyas con él y ten cuidado: una sola gota es capaz de matarte si entra en contacto con tu piel.

Mei no perdió tiempo. Se acercó con precisión y sus dedos encontraron el frasco, que abrió con delicadeza. El líquido en su interior brillaba con un resplandor iridiscente. Mojó cuidadosamente la punta de tres flechas en el veneno, dejó el tarro a un lado y luego las volvió a encajar en su carcaj. Su pulso latía como un tambor de guerra.

Suki deshizo los hilos que amarraban a Haru, quien dejó de forcejear bajo el peso de Ryuu. Sus ojos, que habían brillado con ese amarillo antinatural, recuperaron su tono oscuro habitual, aunque estaban llenos de confusión.

—Lo... lo siento, chicos —dijo llevándose una mano a la frente.

—Mantente atrás —advirtió Ryuu mientras lo liberaba. Su propio cuerpo se tensó con un espasmo involuntario y el tono amarillo empezó a inundar sus ojos.

Haru se colocó al lado de Suki, intentando regresar a una realidad que le había sido esquiva.

—Ryuu, resiste —susurró la espada antes de comenzar a gritar advertencias—. ¡Corred! ¡Ha sobrepasado su barrera mental! ¡No podré contenerlo demasiado tiempo!

—¡Ve ya! —pidió Suki a la arquera—. ¡Lo contendremos!

La espada parecía sumergida en una tremenda lucha en las manos de Ryuu. Sangreluna vibraba entre sus dedos, como si intentara detener un poder que no le pertenecía. ¿Cómo era posible aquello? Pareciera que uno tirase y el otro empujase, una lucha de voluntades, una guerra de poder donde no sabían hasta qué punto

podía ser real. Entonces, Ryuu sonrió. No era su leve sonrisa habitual. Era algo más afilado, más oscuro. Un sentimiento de terror recorrió la espalda de la kitsune. Sabía que no podría hacer nada contra él. Que, si iba por ella, estaba acabada. Intentó usar sus nuevos sentidos, su visión, para localizar los hilos de energía, pero algo no iba bien.

Tras ella, sentía a Mei avanzar con sigilo, repitiendo su mantra como siempre, «Arco tenso, mente clara», para acompasar su respiración.

De pronto, el Bakeneko emergió de entre las lápidas, su forma felina retorcida y perversa. Una sonrisa burlona asomaba en sus labios.

—¿Sigues jugando al heroísmo, ratoncita? —murmuró con crueldad—. Podrías haber sido más lista y simplemente huir, como hiciste tantos años atrás. ¿Qué tal están los demás? Tal vez considere hacerles una visita.

Suki, con la atención dividida entre Ryuu y Mei, vio cómo esta tensaba la cuerda del arco, y la flecha voló. Cortó el aire con un zumbido mortal, pero el Bakeneko saltó ágilmente a un lado, esquivándola con facilidad.

—¿De veras piensas que un pedazo de madera podría matarme?

La segunda flecha salió disparada en un abrir y cerrar de ojos. El yokai giró sobre sí mismo con elegancia, burlando el ataque una vez más. Su risa resonó como un eco macabro en el cementerio.

—Es inútil. Ni siquiera puedes enfrentarte a tus propios miedos, ¿cómo esperas enfrentarte a mí, humana?

De repente, su figura comenzó a distorsionarse. El sonido del viento cambió, y el mundo alrededor de Mei pareció doblarse como un reflejo en el agua. Frente a ella apareció Suki. Su cabello blanco ondeaba al viento, y sus ojos reflejaban una mezcla de decepción y

dolor. La auténtica Suki intentó llamar la atención de su amiga, asegurarle que esa imagen que veía no era ella, pero las palabras parecían atascadas en su garganta.

—¿Por qué me haces esto, Mei? —cuestionó la kitsune con tristeza —. ¿No se suponía que confiaríamos la una en la otra?

Mei titubeó, pero apuntó. No iba a engañarla de esa manera. A pesar de que respiraba agitadamente, reprimió sus miedos, haciéndolos a un lado.

Mientras tanto, Ryuu soltó a Sangreluna de golpe, cambiando de objetivo. Su mirada, ahora más oscura que nunca, se clavó en Haru y, con un movimiento demasiado rápido, se lanzó hacia él.

Suki se apartó de un salto mientras Haru caía hacia atrás, tratando de rodar en el suelo para esquivar a Ryuu, pero algo frenó al guerrero: su pie golpeó un objeto tirado en el suelo y perdió el equilibrio.

—Arco tenso, mente clara, mente clara, ¡mente clara! —repetía Mei entre dientes, ignorando por completo lo que sucedía a su alrededor.

Cerró los ojos por un instante que pareció eterno y, al abrirlos, soltó la flecha.

Ryuu impactó contra Haru en el mismo instante. Un puñetazo cayó sobre la mejilla del chico, y luego otro. Suki trató de cortar sus hilos nuevamente, pero el samurái se movía demasiado rápido, demasiado errático.

La tercera flecha voló certera. Esa vez, no hubo duda. El veneno brilló en el aire antes de impactar directamente en la frente de la falsa Suki. O más bien, del Bakeneko. El yokai soltó un grito inhumano, y su esencia maligna comenzó a disiparse como humo en el aire.

Una corriente de aire se llevó aquella oscuridad sin dejar rastro. Como si nunca hubiera existido.

Los hilos de Ryuu desaparecieron de golpe, inexistentes ahora, y cayó casi fuera de juego sobre Haru, que gritaba con alarma.

Mei se arrodilló, exhausta pero victoriosa, con los ojos fijos en el lugar donde el Bakeneko había caído. Allí, entre las piedras, una llave brillaba con un fulgor suave.

—Lo logré... —susurró incrédula. Temblorosa, se agachó para recoger la llave, aferrándola con ambas manos como si fuera lo único que la anclaba a la realidad.

Suki, inclinada sobre Haru, que yacía inmóvil en el suelo, vio como el orgullo en el rostro de Mei se hacía añicos al girarse y ver lo que había sucedido. Ryuu volvía a recuperar la consciencia junto a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el guerrero con un hilo de voz.

Se tocó la cabeza, desorientado, como si hubiera despertado de un sueño confuso.

—Haru tropezó con el tarro de veneno —soltó Suki con seriedad—. La sustancia ha entrado en contacto con su piel.

—Es el veneno de rana. Afecta al sistema nervioso, pero aún no se ha propagado completamente gracias a la tela —confirmó Ryuu, ya en plenas facultades, tras mirar bajo los párpados inferiores de Haru.

—Arráncala —propuso la kitsune, desesperada—. Si retiramos la piel contaminada ahora, tal vez podamos salvarlo. Pero debemos hacerlo ya.

—¿Arrancarle la piel? —Mei sonaba angustiada.

—Sujétalo —indicó Ryuu—. Va a dolerle, incluso inconsciente.

Sin vacilar, se posicionó junto a Haru, apoyando la pierna afectada con cuidado. Mei, inmóvil, observaba con la culpa reflejada en sus ojos.

La hoja de Sangreluna descendió con la precisión de un bisturí, trazando un corte limpio en la piel infectada, que ya mostraba un tono ominosamente oscuro.

Suki no quería mirar, pero se obligó a hacerlo. Otra persona herida por su destino. Otra vida sufriendo por su misión. El chico del sombrero, el que hacía reír a todos con sus bromas, el que conseguía encender un destello de camaradería incluso en el grupo más frío... Si algo le pasaba, si lo perdían, no estaba segura de poder soportarlo.

La kitsune sintió la bilis subirle por la garganta cuando el calor de la sangre le manchó las manos, pegajosa y terrible, y el olor metálico se hizo insoportable. La mueca de agonía de Haru le golpeó el pecho con más fuerza que cualquier herida. Era una tortura lenta, despiadada, pero necesaria.

Con un movimiento firme, Ryuu desprendió la piel contaminada. El desgarro fue limpio pero brutal.

Haru se arqueó con un espasmo violento, y un gemido ahogado escapó de su garganta. Sus uñas se clavaron en la tierra, su cuerpo entero tembló por el dolor insoportable. Suki no pensó, solo reaccionó. Presionó la herida con rapidez, se arrancó el cinturón que le ceñía la ropa y lo ató con fuerza alrededor de la pierna de Haru para frenar la hemorragia.

El sudor frío perló la frente de la kitsune, aún con las orejas blancas desplegadas. Las manos le temblaban, su respiración era un eco en su cabeza y la saliva se le acumulaba en la boca. Una oleada de náusea amenazaba con hacerle perder el control, pero no podía permitírselo.

—¿Crees que sobrevivirá? —preguntó Mei, aún con la máscara cubriendo su cara.

Suki quería creerlo, tenía que hacerlo. Buscó en su mente, repasó cada enseñanza, cada remedio que había memorizado en su entrenamiento. Había opciones. Tenía que haber opciones.

Porque no pensaba perderle.

—Necesitamos raíz de kudzu y ajo silvestre. Tengo ambos en el campamento. Si no actuamos rápido, podría perder el pie o... la vida.

Ryuu, sin dudar un segundo, se agachó para cargar a Haru sobre su espalda. Mei y Suki se apresuraron a asegurar al herido, levantándolo con cuidado mientras un nuevo quejido escapaba de sus labios. Haru, aunque inconsciente, parecía aferrarse al dolor como una débil conexión con el mundo.

La humedad del aire y el estrecho camino entre los arcos parecían aliarse para entorpecer su avance, pero el grupo no cedió. La respiración de Haru era irregular, pero seguía presente, y sin perder el sombrero a pesar de la situación, lo que daba a Suki un pequeño rayo de esperanza.

A pocos metros de la salida del sendero, un débil murmullo escapó de los labios de Haru.

—¿Dónde... estoy?

—Estás con nosotros, Haru —dijo Mei, tomando su mano, que colgaba sin fuerza desde los hombros de Ryuu—. Aguanta un poco más.

El chico parpadeó con la mirada desenfocada hacia Ryuu, quien lo cargaba con firmeza. Luego, como atraída por una fuerza invisible, su mirada descendió hacia la espada que colgaba del costado del samurái.

—La voz... ¿La espada? Fue... una ilusión, ¿verdad?

La voz clara y sarcástica de Sangreluna intervino:

—¿Una espada parlante? Claro, porque eso es lo más extraño que te ha pasado hoy...

Un sonido entre una risa ronca y un gemido escapó de Haru, aunque su agotamiento no le permitió mucho más.

27



Haru abrió los ojos y parpadeó varias veces antes de enfocar su entorno. El sombrero seguía sin abandonar su mata de rizos. El sonido metálico de las ruedas, acompañado del rítmico trote de los caballos, pareció devolverlo lentamente a la realidad. Sentada frente a él, Suki lo vigilaba de reojo mientras trituraba raíces de kudzu en un cuenco de madera con movimientos precisos.

—¿Qué... ha pasado? —murmuró Haru, intentando incorporarse torpemente. Gimió de dolor al sentir la herida en su pantorrilla.

Suki levantó la mirada y sonrió.

—No te muevas demasiado hoy, ¿vale? Intentaste detener a Ryuu..., y terminaste tropezando con el veneno —explicó mientras aplicaba la cataplasma sobre un paño limpio—. Pero estás bien ahora. Solo necesitas descansar.

Haru trató de mover las piernas, ignorando el consejo, pero su cuerpo no le respondió como esperaba. Gruñó con frustración y una expresión de dolor que tensó todos sus músculos se reflejó en su rostro.

—Ah..., vaya forma de caer más poco heroica, ¿cómo voy a contar esto a mis hijos?

—¡No digas tonterías! Estarás mejor en un par de días —intervino Mei desde el otro lado del carro, con una risita.

Cuando pudo enfocar la vista por completo, Haru la miró, pero su atención rápidamente volvió a Suki. Abrió los ojos con asombro.

—¡Suki! ¡Tienes orejas de zorro!

La kitsune movió los nuevos apéndices sobre su cabeza con soltura. Las puntas, de un ligero tono rojizo, emitían reflejos. Entonces dejó aparecer también su cola, que surgió como un abanico de pelo blanco y carmesí, ondeando con ligereza.

—Guau, y... ¿qué poderes te otorga esa... transformación?

—Por ahora, los mismos que antes, sentidos más agudos, y he podido comprobar que esta cola me aporta agilidad extra. Es increíble lo fácilmente que puedo localizar sonidos y voces, incluso a distancia.

—Lleva toda la mañana dando saltos entre los árboles para probar su «nueva agilidad» —añadió Ryuu con voz seria.

Suki le miró de reojo y arqueó una ceja.

—Tengo que adaptarme a mi nueva habilidad, ¿sabes? —replicó, acariciando suavemente su cola.

—Veo que me he perdido muchas cosas... —suspiró Haru, y dejó caer la cabeza hacia atrás con resignación.

—¡Pero si solo llevas unas horas dormido! —espetó Mei con una pizca de diversión—. Decidimos avanzar lo que pudiéramos hasta el

atardecer para no perder tiempo, ya que salimos bastante más rápido de lo esperado del templo.

Haru se quedó en silencio un momento, como si estuviera reflexionando, hasta que levantó la mirada hacia Mei.

—Y... mataste al Bakeneko, Mei. ¿Cómo te sientes?

Las miradas convergieron en la arquera.

—Completamente liberada —dijo sin añadir más.

Ryuu tosió un poco, seguramente por el olor de la cataplasma, mientras Suki ajustaba la venda en la pierna de Haru. Las hierbas medicinales que había preparado parecían estar funcionando de maravilla. El sistema nervioso del joven respondía al antídoto con rapidez, expulsando cualquier rastro del veneno. A pesar de su recuperación, Haru aún necesitaba ser transportado en el carro, al menos hasta que su pierna afectada recuperara toda su funcionalidad. Ryuu, Mei y Suki cabalgaban junto al vehículo, manteniendo una vigilancia constante sobre el chico.

Haru, ahora con algo más de color en el rostro, se enderezó para mirar hacia fuera.

—Ya casi estoy al día —dijo con su habitual tono jocoso—, aunque creo que nos hemos olvidado del nuevo miembro del equipo.

—Aah, qué encantador que me consideres parte del equipo. Seamos mejores amigos —comentó Sangreluna con sarcasmo.

—No le deis conversación —pidió Ryuu sin paciencia—. No os dejará en paz.

Una sonrisa se asomó a la cara de Suki.

—¿Siempre ha sido así?

—Desde que tengo memoria. Y eso que hasta ahora solo me hablaba a mí, en mi mente. Rara vez la he escuchado en voz alta. Pero parece que le ha cogido el gusto a la compañía.

Sangreluna soltó un chasquido burlón.

—Me siento ofendido, muchacho. He estado contigo toda tu vida, y así me tratas.

—Sí, pues no sé cómo no he perdido la cabeza antes —replicó Ryuu.

—¿Qué eres exactamente? —quiso saber Haru, con una curiosidad cada vez mayor.

Sangreluna emitió un leve zumbido, como si estuviera saboreando la atención.

—Qué pregunta más interesante...

—No le des el gusto de hacerse el misterioso —dijo Ryuu con un suspiro.

—Es un espíritu, ¿verdad? —afirmó Mei con seguridad—. En este Imperio, los espíritus solo acompañan a seres tocados por la divinidad. Como tú, Suki, con el espíritu del kitsune dentro de ti. Solo que a ti no te habla.

—Entonces ¿me estás diciendo que el tipo misterioso no solo es un samurái, sino algo así como un elegido por los dioses? —preguntó Haru.

—No siempre es así...

Los ojos inquisitivos de todos alternaban entre Ryuu y Sangreluna. Antes de que Ryuu pudiera seguir, un ruido de cascos y el murmullo constante de oraciones interrumpieron la conversación. Noboru, que había estado rezando en voz baja durante horas, frenó su caballo junto al grupo.

—Ora conmigo, kitsune. Adelántate y adora a los dioses. Nos acercamos y debemos continuar con nuestras obligaciones.

Suki, frustrada por no poder continuar con la conversación, hizo un gesto a su guardia para que la acompañara. Quería despejar su mente, pero el peso de todo lo que estaba ocurriendo parecía haberse convertido en una tormenta dentro de su cabeza.

Mientras avanzaban, recitó el libro de profecías casi sin descanso hasta que el sol comenzó a descender en el horizonte. Los Kodama volvieron a aparecer de vez en cuando, acompañando sus oraciones. Cada verso salía de sus labios de forma mecánica, aunque su mente no estaba allí. Entre tantos frentes abiertos, una escena en particular no dejaba de rondarle la cabeza: Kaito, arrodillado frente a ella, suplicando otra oportunidad. No sabía si había hecho lo correcto al permitir que Noboru lo apartara del grupo. Su corazón le decía que el guerrero era leal, que su arrepentimiento era genuino; no obstante, su mente, lógica y fría, apoyaba la decisión de su tío.

«Al menos no lo ha sacrificado», ese pensamiento era lo único que le daba algo de consuelo.

—¡No puedes detenerte! —exclamó Noboru la última vez que Suki cesó en su canto—. Cada oración cuenta. ¡Los dioses escuchan, y no lo entiendes!

Ella giró la cabeza hacia su tío, tratando de no dejarse llevar por la irritación. Tropezando levemente mientras ajustaba el ritmo de su caballo, buscó algo en la pequeña bolsa que colgaba de su cintura. Cerró los ojos un instante, inhalando profundamente antes de sacar las dos llaves brillantes y extenderlas hacia él.

—Tío, ¿ves esto? Lo estamos logrando. Tenemos todo bajo control. Dos llaves. Estamos cumpliendo con cada paso, así que tranquilízate, por favor.

Pero Noboru no quiso escucharla. Su mirada se perdió en el horizonte, y su voz se tornó más grave.

—Poco más de una semana... poco más de una semana para salvarlo todo. No sabes lo que he sacrificado por ti. Todo lo que he dejado atrás...

El grupo lo miraba con incomodidad creciente. Los pasos de los caballos se volvieron el único sonido en el ambiente hasta que Suki

estalló.

—¿Y tú crees que yo no he sacrificado nada? —dijo, girando la cabeza hacia su tío, incapaz de contenerse más—. He renunciado a mi vida por esto. Por el Imperio. Cada decisión que tomo lleva el peso de la salvación de todos, y tú me lo recuerdas a cada instante. No soy solo tu sobrina, tío. Soy la kitsune.

Noboru la miró entonces, sus ojos chispeando con un fervor que parecía más alimentado por el miedo que por la fe.

Ryuu, montado un poco más atrás, estrujó ligeramente riendas, considerando intervenir. Sin embargo, la voz de Sangreluna frenó su idea.

«No es el momento, muchacho, pero lo será pronto. Estar tan cerca de la cima lo está volviendo irracional. Atribúyelo todo al fervor religioso, independientemente del aura que ves», aclaró la espada.

—¿De verdad crees que sabes lo que es sacrificarse? —le espetó, levantando la voz desde su caballo—. Todo lo que he hecho, todo lo que he dejado atrás... No tienes ni idea de lo que he sacrificado por ti, por el Imperio. ¡Ni siquiera entiendes lo que está en juego! ¡Reza inmediatamente! —ordenó, señalándola con un dedo—. ¡Que tu voz sea lo único que se escuche en esta montaña!

La comitiva se quedó inmóvil en sus posiciones ante aquellos gritos. Fue Ota quien, en vista de lo que estaba sucediendo, intervino alzando la mano desde su lugar al frente.

—¡Alto! Acamparemos aquí antes de que la luz del atardecer desaparezca del todo.

El grupo comenzó a desmontar con nerviosismo, pero aliviados por la oportunidad de dejar atrás, aunque solo fuera temporalmente, el aire enrarecido que se había creado. Noboru permaneció sobre su caballo por unos segundos más, como si luchara internamente por

recuperar el control. Finalmente, asintió con brusquedad y desmontó sin decir palabra.

Ryuu observó al monje con atención antes de ayudar a Haru a bajar del carro. Sus pensamientos giraban en torno a lo que Sangreluna había dicho. Sin embargo, sabía que no era el momento de desatar más problemas en el grupo, sobre todo considerando que aún tenían que procesar el hecho de que la espada hablaba.

Todo parecía seguir su curso hasta que, de pronto, el grito de un soldado rompió la aparente calma.

—¡El prisionero! ¡Kaito ha escapado!

Suki sintió cómo el campamento entero se agitaba como un avispero a su alrededor. Junto con Ota y su guardia, salvo Haru, que apenas podía moverse, siguió a los soldados más cercanos cuando corrieron hacia el carro donde Kaito había sido encerrado y encadenado.

Lo encontraron vacío. La puerta oscilaba con el viento; la madera había sido forzada y las cadenas colgaban, rotas.

—¿Cómo demonios ha podido escapar? —bufó Noboru, pasándose la mano por su calva cabeza en un gesto de incredulidad—. ¡Estaba encadenado!

—Revisad la zona, ahora mismo. Buscad huellas, cualquier rastro —ordenó Ota a los soldados—. ¡No puede estar lejos!

La mente de Suki ardía en preguntas. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cuándo? ¿Había tenido ayuda? ¿Y si ella casi había confiado en un miembro de la Orden? Había estado a punto de darle una segunda oportunidad. Noboru tenía razón, era una ingenua.

—Esto es un problema —murmuró su tío—. No solo por la seguridad..., sino por la profecía.

El comentario pareció tensar más la situación.

—¿Y si ahora el templo nos rechaza? —cuestionó Suki, casi quebrada. Tanto esfuerzo, tantos años, entrenamiento, vidas..., para que ahora no sirviese de nada.

La pregunta condensó aún más la incertidumbre.

—No vamos a permitirlo —resolvió Ota—. Hay que encontrarlo.

—Envía a todos los hombres disponibles a buscarlo. Porteadores, sirvientes, cocineros... Que peinen la zona. De todos modos, este campamento iba a convertirse ya en nuestra base principal —ordenó Noboru.

Un grupo de soldados partió de inmediato en dirección al bosque, siguiendo las pocas huellas que se distinguían en la tierra húmeda.

Suki sintió un escalofrío al mirar la celda vacía.

Esa noche, las sombras parecían más densas. Tal vez era la falta de Kaito, o el miedo que se había asentado en el corazón de la kitsune. Pero pronto se dio cuenta de que los Kodama no los estaban rodeando, y algo cercano al miedo reptó por su piel.

El cansancio acumulado pesaba sobre todos. Las tiendas eran ya menos numerosas; parte del séquito había quedado atrás en el templo anterior, tal como estaba previsto. Sin embargo, ahora, además del agotamiento, se sumaba la tensión de una cacería incierta. Varios grupos de soldados y sirvientes habían salido en su búsqueda, pero, hasta el momento, no había señales del fugitivo.

Cuando todo estuvo listo, cada uno tomó su lugar sin mucha ceremonia. Tras establecer los turnos de vigilancia, la comitiva cayó en un sueño rápido y pesado, pero el descanso no trajo paz.

* * *

El mundo despertó en medio de una pesadilla.

Suki abrió los ojos, pero lo que vio no fue el techo familiar de la tienda ni la reconfortante silueta de su guardia descansando cerca.

Todo a su alrededor era blanco, opresivo y pegajoso. Un manto de lo que parecía seda cubría su rostro, y unas patas diminutas se movían sin prisa sobre su piel, enviándole escalofríos hasta la médula. Intentó moverse, pero descubrió que su cuerpo estaba completamente atrapado, envuelto en ese material viscoso y resistente. Cada movimiento la comprimía aún más, ahogándola y frustrando cualquier posibilidad de escape.

Un goteo constante, el perturbador sonido de susurros y unas patas correteando embotaban sus oídos como si se encontrase en un túnel y cada eco reverberase en cientos de paredes.

—¿Qué...? —logró murmurar, notando la garganta seca de terror y desconcierto. Aunque sabía muy bien lo que pasaba.

Un grito envió un rayo de adrenalina por su cuerpo.

—¡¿Qué demonios es esto?! —le llegó la voz desesperada de Haru.

Suki giró apenas la cabeza dentro de su prisión de seda, su corazón palpitaba con fuerza. Con el giro, algo se deslizó sobre su cara, permitiéndole la visión suficiente para admirar el campamento entero transformado en un paisaje blanquecino. Cada árbol, cada tienda, cada rincón del terreno estaba cubierto por la misma sustancia. Los caballos permanecían inmóviles, atrapados en su propia red de seda. Desde las ramas altas colgaban figuras humanas, envueltas en capullos que se balanceaban suavemente como frutos deformes de un árbol podrido. Algunos gritaban leves palabras de auxilio.

—¡Haru! ¿Dónde estás? —logró articular, luchando por mantener la calma.

—¡Estoy aquí arriba, cubierto por esta cosa asquerosa! ¡¿Qué es esto?! —vociferó el samurái, exhalando con esfuerzo. Forcejeaba sin éxito contra su prisión.

—¿Estás bien?

—¡Definitivamente no!

—¡Silencio! —La voz de Mei cortó el aire como un látigo desde algún punto cercano—. No sabemos qué nos ha hecho esto, pero si sigues gritando, lo atraerás de nuevo.

Ese «lo» se clavó en Suki como un aguijón de hielo. Sospechaba con inquietante claridad qué ser podía ser artífice de lo que los rodeaba.

Las envolturas de seda oscilaban en el aire, suspendidas en un inquietante letargo, si bien desde el interior de muchas de ellas surgieron voces ahogadas, débiles súplicas de auxilio. No duraron mucho. La seda se deslizó sobre sus rostros como un velo mortal, sofocando cada grito hasta que solo quedó el silencio y el crujir de los hilos tensándose en la brisa.

Un ruido pesado, como de algo enorme desplazándose entre las ramas, hizo que todos se quedaran inmóviles.

Apenas respiraron durante unos segundos.

—Suki..., ¿dónde estás? —La voz de Ryuu alivió profundamente a la muchacha.

—Aquí..., atrapada, como todos —respondió, respirando con dificultad.

—Tengo un plan. Manteneos inmóviles. Si tensáis la seda, os ahogará —aconsejó el samurái, aparentemente conocedor del mecanismo.

Antes de que pudiera exponer su plan, una tos seca llamó la atención del grupo. Desde una rama alta, Noboru estaba colgado bocabajo. Apenas visible tras las gruesas capas de seda, su rostro forcejeaba por articular palabras.

—¡Es... la Jorogumo! —logró decir casi sin aliento—. La mujer araña. ¡Escuchadme! ¡Tenéis que...

No terminó la frase. Una fina capa de seda cayó sobre su rostro, cubriéndolo por completo y silenciándolo.

—¡Tío! —gritó Suki, agitando desesperadamente su cuerpo para liberarse.

—¡No, Suki! —gritó Ryuu—. ¡No te muevas ni un milímetro! Escuchadme, todos. La Jorogumo no es una yokai cualquiera. Es astuta, una cazadora que ha perfeccionado su técnica durante siglos. Si actuamos impulsivamente, caeremos en su juego y será nuestro final. Tenemos que esperar a que acuda aquí, a su nido, y...

—Por favor, no me digas que tu gran idea es hablar con ella. —La voz de Mei sonó como un reproche—. ¿Piensas que podemos hacernos amiguitos de un demonio mientras la kitsune está ahí colgada?

Suki alzó la vista y no pudo creer lo que vio. Imponentes columnas emergían entre las siluetas de los árboles, envueltas en sombras y musgo. No habían montado el campamento en cualquier claro. Sin darse cuenta, habían pasado la noche en el tercer templo. O, al menos, en las ruinas que quedaban de él.

Intentaba pensar, buscar una solución, pero su mente no iba tan rápido como los impulsos de Mei.

—Me niego a quedarme aquí colgada como un trofeo —declaró la arquera con decisión—. O como un jarro de manteca en la despensa de estos bichos.

Ladeó la cabeza bruscamente para apartar una araña, y los palillos fijados en su cabello rozaron las fibras de seda que la atrapaban. Los bordes afilados hicieron un corte leve. Al darse cuenta, volvió a mover la cabeza, guiándola con movimientos calculados y precisos, forzando su cuello más y más.

El capullo se tambaleó hacia los lados, y cuando se soltó la última hebra, cayó al suelo con estrépito. El golpe hizo que la diminuta

apertura que Mei había logrado se resquebrajase. Aprovechó la pequeña libertad para mover el hombro y el codo, empujando contra las capas que la envolvían y forzando la ruptura de las fibras pegajosas entre quejas.

—¡Mei! —exclamó preocupado Haru.

—Estoy bien. —La arquera exhalaba con cansancio, pero no perdió tiempo.

Con el palillo ya en sus dedos, cortó alrededor de su torso con destreza. Una vez que logró liberar la otra mano, arrancó el segundo palillo de su cabello y lo utilizó para continuar cortando las capas restantes y liberar todo su cuerpo.

Cuando estuvo completamente fuera, se puso de pie con rapidez. Le faltaba la máscara, así que Suki pudo ver al fin su cara después de varios días. Las heridas que se había provocado a sí misma en el primer templo estaban cerradas, pero aún se advertían las líneas recorriendo sus mejillas, como si fueran rastros de lágrimas. Su largo cabello desordenado, desasido del moño que siempre lucía, caía sobre su pecho. Alzó la vista, tratando de ubicarse en el laberinto de capullos blancos que colgaban por todas partes.

—¡Decidme dónde estáis exactamente! —gritó, abriéndose camino en la seda con sus armas improvisadas.

—¡Aquí, más a tu izquierda! —indicó Suki con urgencia.

La arquera trepó en dirección al sonido, escudriñando entre las ramas hasta que localizó a la kitsune. Sin dudarlo, se precipitó hacia el capullo.

—¡Sujétate! —le advirtió, como si eso fuera posible. Rasgó la seda clavando uno de los palillos en un movimiento descendente. La prisión se abrió como un cascarón y ambas cayeron sobre la tela pegajosa, que amortiguó el impacto.

Se levantaron rápidamente, jadeando y encaminándose hacia los demás capullos colgantes.

—Ryuu está ahí —dijo Suki, señalando hacia un tronco. Mei simplemente corrió hacia él sin titubear. Cuando empezó a cortar la seda que atrapaba al samurái, este habló con calma desde dentro.

—Escucha —dijo, alzando la mirada y haciendo una pausa—. Se está acercando. Es un error enfrentarse a ella directamente, Mei. No subestimes a la Jorogumo.

—¿Y cuál es tu brillante plan, entonces? —respondió ella, liberándolo con un resoplido.

Ryuu aterrizó con gracia felina, enderezándose de inmediato. Lo bueno de que durmiera con su arma, pensó Suki, era que jamás le podían alejar de ella. Se ajustó la espada a la cintura y miró con seriedad.

—Negociar con ella. La Jorogumo siempre quiere algo. Si logramos atraerla lo suficiente, puede que revele sus intenciones. Solo hay que ofrecerle lo que busca... o, al menos, convencerla de que lo tenemos.

Mei entrecerró los ojos.

—Por ahora, tenemos que reagruparnos. Encontrar un espacio seguro desde donde podamos pensar con claridad —propuso Suki—. Hay que localizar a Haru.

Un susurro seco, como el de madera vieja cediendo, inundó el aire. Desde las sombras del dosel formado por las copas de los árboles, una figura descomunal se recortó contra el leve resplandor del amanecer. Descendió por un hilo de seda, con la gracia de lo que era: un depredador. Pero asignarle ese término era solo un eufemismo; lo que realmente se les acercaba era la encarnación del hambre, un monstruo hecho para acechar, cazar y devorar. Y, sobre todo, para disfrutar con el dolor de cada presa.

28



La Jorogumo era tan fascinante como aterradora, una contradicción viviente entre lo humano y lo demoníaco. Su torso superior, de una mujer que podría haber sido hermosa en otra vida, lucía una piel pálida y traslúcida que parecía brillar como el agua cristalina. Tenía pechos pequeños y descubiertos, tersos y que incluso podían parecer jóvenes. Los cabellos negros y desaliñados caían como una capa, enmarcando un rostro compuesto por ocho profundos ojos almendrados que brillaban con un fuego cruel e insaciable. Una sonrisa voraz dejó entrever colmillos finos y mortales. Su boca era descomunalmente grande en comparación con el resto del cuerpo.

La parte inferior era otra historia. Una monstruosidad arácnida se desplegaba bajo el delicado torso, con un abdomen robusto, cubierto de un exoesqueleto negro y lustroso, que se arqueaba en movimientos hipnotizantes. Ocho patas largas y afiladas emergían

de su cuerpo, cada una terminada en una filosa punta que repiqueteaba al posarse sobre las ramas. Cada una de sus articulaciones exudaba una sustancia viscosa que goteaba al suelo, chisporroteando como ácido al tocar las hojas.

—¡Qué banquete más dulce! —Su voz, melodiosa y venenosa, era como una canción—. Qué honor, kitsune. Gracias por acudir a mi mesa. Es una lástima que seas parte del menú en lugar de una invitada.

Suki sintió que se le helaba la sangre.

—¡Aléjate de ella! —gritó Mei, armada tan solo con sus palillos del pelo y parcialmente cubierta de seda.

La Jorogumo movió sus patas con diversión perturbadora y enfocó sus ocho ojos en su oponente.

—Vaya, ¿y tú, pequeño insecto, te ofrecerás como sacrificio?

—¡Mei! —gritó Ryuu, preparado para defenderla—. ¡Cállate y no la provoques!

Pero la arquera no escuchó. Dio un paso hacia delante irguiendo sus hombros y fijando su mirada en la yokai, como si hubiera aceptado su destino.

—Enfrenté al Bakeneko y cumplí mi misión. Ya no temo morir. Si muero protegiendo a la kitsune, será una buena muerte.

Crac.

—¡AAAAAH! —chilló una voz.

Una rama de la que colgaba una de las cápsulas de seda se partió y cayó con estrépito. Fue bloqueada por un entrelazado de otras ramas más gruesas, que la detuvieron, e hizo vibrar todo el árbol. El sonido reverberó por el bosque.

—¡Haru! —gritó Suki al reconocer la voz.

Todas las miradas, incluida la de la Jorogumo, se dirigieron hacia la cápsula de seda que oscilaba peligrosamente en las alturas. Haru

estaba atrapado dentro, su capullo a punto de desprenderse del árbol a una distancia del suelo que podría matarle.

Suki no dudó. Volvió su mirada hacia Ryuu.

—Quédate con Mei y detén a esa cosa. Yo me encargo de Haru.

El samurái asintió con reticencia, aunque una sombra de preocupación cruzó su rostro. Suki, sin pensarlo, corrió hacia el árbol del que colgaba su amigo y comenzó a escalar.

La corteza era resbaladiza, cubierta de humedad y decenas sino cientos de arañas que trepaban al mismo tiempo que ella. El esfuerzo de subir con las manos desnudas hizo que se resbalara varias veces, rozándose las rodillas y magullándose los codos hasta que un calor familiar recorrió sus brazos. Cerró los ojos sabiendo lo que llenaba su interior y dejándose inundar por aquella magia espiritual. Al abrirlos, sus manos habían cambiado. Sus dedos humanos se habían transformado en patas de zorro cubiertas de un pelaje blanco y rojizo, terminadas en garras afiladas que se hundieron en la corteza con una facilidad asombrosa. Dentro de sus botas, la transformación también había hecho su efecto. Suki hiperventiló, sorprendida, y luego sonrió.

—Gracias... —susurró al aire, o a los dioses, agradecida por ese nuevo regalo.

Miró un instante al suelo, donde el dúo luchaba por mantener a la Jorogumo ocupada, pero el gigantesco arácnido humanoide no era tonto. Alzó la vista hacia Suki, siguiendo cada uno de sus ágiles movimientos. Su mirada, múltiple y siniestra, brilló con curiosidad y malicia.

—Increíble... —murmuró Ryuu al percatarse de la transformación de la kitsune, y, antes de que fuera tarde, comenzó a lanzar piedras a la yokai para desviar su atención.

Con un último esfuerzo, Suki alcanzó la cápsula. Sus recién adquiridas garras cortaron la seda con una facilidad que no pareció gustarle mucho a la yokai, que gruñó en respuesta. Abrió un hueco lo suficientemente grande como para liberar a Haru, que emergió con el rostro pálido pero agradecido.

—Gracias... Ay... —se quejó el samurái con voz entrecortada mientras descendía lentamente, agarrándose a las ramas para evitar una caída fatal. Se notaba que le seguía fallando la pierna afectada por el veneno, pero pudo servirse de su equilibrio para apoyarla lo mínimo posible.

La Jorogumo se movió sin despegar la vista de Suki. El acecho había comenzado. Sin pensarlo dos veces, la kitsune tomó una decisión. Miró hacia el suelo, varios metros más abajo, y, confiando en sus recién adquiridas habilidades, se impulsó y soltó el árbol de un salto.

El aire zumbó alrededor de ella mientras descendía. Sus patas de zorro tocaron tierra con una elegancia que parecía desafiar la gravedad, amortiguando el impacto a la perfección. Ni ella misma podía creer su propia agilidad, pero se dejó llevar por el momento. Se incorporó con una fluidez sorprendente mientras su cola y orejas se agitaban con una energía casi divina.

El grupo, ahora completo, se reunió instintivamente en el centro, entre los restos vacíos del campamento.

La yokai se elevó con elegancia en su hilo, observándolos con sus múltiples ojos brillantes de satisfacción. Una sonrisa burlona curvó sus labios humanos.

—Vaya, el grupo completo contra mí, ¡qué conmovedor! Aunque diría que deberíais ser uno más, ¿no?

Haru, aún recuperando el aliento, cojeó como pudo hacia la tienda más cercana, donde pudo agarrar una katana doble, y, rápido como

un relámpago, lanzó un par de dagas largas a Mei y Suki. Las patas de su enemigo se movieron con rapidez vertiginosa mientras reía de forma escalofriante.

—Venga, hijos míos..., ¡a por ellos!

Con un movimiento de su tórax, invocó una legión de arañas tan grandes como manos que surgieron de entre las ramas. Aquella avalancha negra descendió en cascada, cayendo sobre el grupo con una velocidad aterradora. Se movían con rapidez, trepando por sus ropas y usando la seda para inmovilizarlos.

—¡Sacáoslas de encima! —gritó Haru, sacudiéndose frenéticamente mientras Suki intentaba mantener la calma y aplastarlas con sus nuevas garras.

El caos reinaba, pero fue el grito de Mei lo que cortó el aire como una flecha y les heló la sangre.

La Jorogumo, con la precisión de un depredador experto, había lanzado una de sus patas contra la distraída arquera. El golpe impactó de forma brutal en su vientre, haciendo que se doblase de puro dolor. Una gruesa telaraña se desenrolló en el aire como una red letal contra ella, tan pegajosa que la envolvió en un instante, atrapándola y empujándola violentamente contra un árbol cercano. La seda pronto se tiñó de rojo, empapada por la sangre que brotaba del agujero en el centro de Mei.

La arquera quedó fuera de juego, su cuerpo herido sellado contra el tronco por las capas de seda. Un delgado reguero de sangre se deslizó desde la comisura de sus labios, y un grito ahogado escapó de su garganta mientras luchaba por liberarse.

—¡Ayudadme!

Suki sintió un pánico frío al ver cómo la seda se teñía de rojo. El terror de lo que podía sucederle a su amiga amenazó con paralizarla, pero lo ahogó en su garganta antes de gritar una orden.

—¡Juntos! —rugió Suki al resto, tragando con dificultad al ver a su amiga en esas circunstancias.

—¡Empezad por las patas! ¡Si la inmovilizamos, será más fácil atacarla! —gritó Ryuu, avanzando con Sangreluna en alto.

A pesar del dolor que reflejaba su rostro, Mei, atrapada, pero con suficiente movilidad en los brazos, logró maniobrar para cortar la telaraña que la mantenía presa.

Con la concentración de un guerrero, Haru apoyó la rodilla en el suelo para estabilizarse. Aún le costaba sostenerse sobre la pierna herida. Desde esa posición, lanzó una daga que se incrustó en una de las patas delanteras de la Jorogumo. Con un alarido ensordecedor, la criatura retrocedió.

—¡Bien hecho! —exclamó Suki mientras agitaba sus garras para cortar las telarañas que obstruían su visión.

La araña se tambaleó cuando Ryuu cortó otra de sus patas con un movimiento limpio y preciso.

—¡Sigue perdiendo movilidad! —voceó Haru, desenfundando otra daga mientras se preparaba para lanzar.

Fue ese tambaleo lo que le permitió a Suki, siempre observadora, ver la parte trasera del abdomen del monstruo, que brillaba con un fulgor traslúcido.

—¡Ahí! ¡En el abdomen! ¿Qué es eso?

—¡Debe de ser su punto débil! —contestó Ryuu al verlo.

El guerrero no esperó confirmación. Esquivó una de las patas girando sobre sí mismo en el aire con destreza. Tenía una habilidad innata para aquellas acrobacias. Sangreluna brilló con un destello púrpura durante el salto directo al abdomen de la yokai. Con un grito que parecía provenir tanto del samurái como de la espada, la hundió con todas sus fuerzas en el punto señalado.

Un lamento infernal abotargó los oídos de Suki cuando el exoesqueleto de la yokai explotó, liberando una nube de pequeñas arañas blancas que comenzaron a llover sobre el grupo como una marea viva y escalofriante.

—¡Oh, no! —gimió la kitsune.

—¡Me están mordiendo! —gritó Haru desde el suelo, intentando arrancarse una de esas pequeñas monstruosidades que se aferraba a su brazo.

Suki sintió un dolor agudo en el cuello y la mejilla. Las mandíbulas de las arañas se hundían en su piel, dejando pequeñas heridas punzantes que ardían como fuego líquido. Con desesperación, sus garras de zorro trataban de aplastarlas, pero era un esfuerzo inútil; por cada una que lograba eliminar, otras diez se aferraban a su piel como una infección corrosiva.

Ryuu, que había estado luchando por mantener el equilibrio tras el ataque, giró la cabeza hacia Suki. La furia y la preocupación se reflejaron en sus ojos cuando pasó la mirada por las heridas en la piel de la kitsune.

—Sangreluna, por favor, necesitamos tu poder —susurró Ryuu, apretando la empuñadura de su espada.

Un destello de luz púrpura recorrió la hoja antes de que la voz de Sangreluna resonara con fuerza, dejando a un lado su habitual sarcasmo por una urgencia inusual.

—¡Por fin alguien usa su cerebro! ¡Retroceded todos si queréis vivir!

El grupo, aunque lleno de dudas y todavía desacostumbrado a esa voz, obedeció. Mei, que apenas podía moverse por las heridas y la seda que aún la envolvía, se arrastró tras el tronco de un árbol cercano, respirando agitadamente y todavía sangrando. Haru, con arañas colgando de sus ropas, dio manotazos frenéticos mientras

retrocedía, tropezando con las raíces que sobresalían del suelo. La kitsune se hizo a un lado de inmediato.

Sangreluna resplandeció con un brillo violeta tan intenso que parecía que el cielo mismo había caído sobre ellos en forma de tormenta. De su hoja emergió un humo denso y ardiente que se expandió a toda velocidad, llenando el aire con un calor sofocante. La energía del humo se concentró en un anillo ardiente que pulsó hacia fuera, como una onda devastadora.

El calor se hizo insoportable, y los chillidos agudos comenzaron a llenarlo todo. Una a una, las diminutas arañas se retorcieron en un intento inútil por escapar, hasta que sus pequeños cuerpos se redujeron a cenizas que flotaron como polvo en el aire.

—¿Qué... qué demonios eres, Sangreluna? —murmuró Haru, mirando con asombro cómo las volutas violetas parecían responder a la voluntad de la espada.

—Ah, querido mortal, lo que soy es eficiente —respondió Sangreluna retomando su habitual tono sarcástico.

En el centro de la devastación, la Jorogumo yacía en el suelo, su abdomen destruido y su cuerpo retorcido en espasmos débiles. No estaba muerta, pero sus movimientos eran mínimos. Sus largos dedos semihumanos aferraban con fuerza un objeto pequeño: una llave refulgente con intrincados grabados que se asemejaban a delicadas telarañas.

Suki cambió lentamente hacia su lado más humano, sin aflojar la vigilancia. Los ocho ojos de la monstruosa araña se alzaron. A pesar de estar derrotada, una sonrisa torcida cruzó su rostro.

—No te confíes..., kitsune —murmuró con voz rota—. Las personas como tú... no tienen... un final feliz.

No necesitó responder. Extendió su mano transformada en garras de zorro y arrancó la llave de las manos de la yokai de un tirón. Se

giró con rapidez hacia su grupo, sabiendo que la victoria no podía existir mientras Mei yaciera en el suelo. Cuando se acercó, pudo apreciar la palidez de su rostro. Su vientre estaba manchado de sangre que empapaba el suelo bajo ella.

—¡Mei! —Suki se arrodilló junto a su amiga, tomando su mano fría entre las suyas.

El charco de sangre a su alrededor era alarmantemente grande. La seda que la había mantenido sujeta al árbol había actuado como una venda momentánea, pero al moverse para ponerse a salvo, la herida se había abierto de nuevo, y la sangre había comenzado a brotar como una fuente. Mei no emitió ni un sonido. Su respiración era débil, y sus párpados permanecían cerrados.

—Te pondrás bien, te pondrás bien —le decía la kitsune, más como una súplica que como una promesa—. ¡Liberad a los sanadores! Buscad en qué capullo están y sacadlos.

—Suki... —musitó Haru, recién llegado, colocando una mano en su hombro.

Ella se sacudió con ira.

—¡No voy a perder a otra amiga! ¡Liberadlos ya!

Mientras hablaba, sintió que las orejas de zorro que coronaban su cabeza crecían, alargándose y volviéndose aún más afiladas, mientras su rostro, antes humano, comenzaba a cambiar. La piel dejó paso al pelaje, blanco y rojizo, que parecía resplandecer bajo una luz que no venía de ninguna parte y, a la vez, de todo a su alrededor.

Ryuu pensó para sí, que, a pesar de haber sido testigo de eventos divinos y sobrenaturales, nunca había presenciado nada tan aterrador y a la vez tan hermoso. Y precisamente fue la desesperación de la kitsune la que le hizo que se mantuviera callado.

Un halo rojo rodeaba a Mei hacía unos minutos y aquello no auguraba más que una cosa.

—Suki... —Haru intentó razonar con ella—. Mei está perdiendo mucha sangre.

El sonido que salió de Suki no era humano; un lamento bajo y gutural, como el de un zorro herido. Su pecho subía y bajaba a una velocidad preocupante. No podía aceptar lo que estaba pasando. No podía perder a nadie más.

Desde un metro más atrás, el corazón de Ryuu sucumbió ante las emociones desbordadas de la kitsune. De cierta manera, tenían algo en común. La muerte los rodeaba, y, muy a su pesar, el hacha del verdugo pendía de sus manos sin buscarlo, sin quererlo, y, por supuesto, sin merecerlo.

—Déjame hacer algo —susurró Ryuu, acercándose.

«Espero que no estés pensando lo que creo que estás pensando», dijo Sangreluna, sin expresarlo para todos.

La intensidad del momento, sumada a la transformación de Suki, lo había dejado extrañamente afectado.

Suki se sentía al borde de un abismo, y cuando lo miró, desconcertada por la calma en su voz, tan diferente al caos que recorría su propio cuerpo, encontró comprensión en sus ojos. Como si Ryuu supiera exactamente cómo era enfrentar el poder divino que crecía en su interior.

La sangre seguía brotando del abdomen de Mei, justo bajo sus costillas. Cada gota parecía arrancarle un pedazo de vida.

—Ryuu, no puedes. —La voz de Sangreluna fue audible para todos —. Mi misión es impedir que rompas las reglas.

El samurái movió su cuello para hacerlo crujir cuando una sombra de conflicto cruzó por sus ojos. Pero cuando giró la cabeza hacia Suki y su mirada se detuvo en la lágrima que se deslizaba por su

mejilla, ahora cubierta de pelaje blanco y radiante, la seguridad marcó su rostro, tomó a Sangreluna con decisión y, en un impulso inesperado, la lanzó lejos. La espada rebotó con estrépito.

—¡Eh! —protestó el arma, claramente indignada—. ¡¿Cómo te atreves?! ¡No lo hagas, Ryuu! ¡Tendrá consecuencias!

—Puedo controlarlo —aseguró, ignorando las palabras de la espada y arrodillándose junto a Mei.

Colocó ambas manos sobre la herida y cerró los ojos. El rictus serio en su cara provocó una mirada de duda entre Haru y Suki.

De repente, un calor insólito envolvió el aire y desafió la temperatura helada de la montaña. Era imposible no notarlo, cálido como el humo que había provocado Sangreluna. Igual pero tan diferente.

Tras apenas cinco segundos, Ryuu levantó la cabeza.

—Liberad a los sanadores. Ahora. Y daos prisa. Van a necesitar atender a dos personas.

Haru y Suki se miraron por un breve instante antes de lanzarse a liberar los capullos cercanos. La kitsune sentía el tiempo correr como arena entre los dedos y no pudo evitar mirar de reojo hacia Ryuu mientras rasgaba un tercer capullo. Lo que vio la dejó sin aliento: un halo blanco, suave pero poderoso, emanaba de las palmas del samurái, envolviendo la herida de Mei como si tejiera un delicado puente entre la vida y la muerte. La sangre, antes descontrolada, comenzó a detenerse. La hemorragia cedía, aunque el precio se cobró de inmediato.

—Ryuu... —susurró Suki.

Entonces lo vio caer. El samurái, que parecía imbatible hasta ese instante, se desplomó como una marioneta cuyos hilos habían sido cortados.

29



Un murmullo de voces lo arrancó de la oscuridad. Ryuu entreabrió los ojos, parpadeando contra la penumbra moteada por haces de luz que se colaban a través de la tela desgarrada de la tienda.

Cada fibra de su cuerpo pesaba como si hubiera sostenido el peso de una montaña, pero las palabras a su alrededor capturaron su atención.

—¡¿Y por qué tendría que disculparme?! —protestó Sangreluna con indignación.

—Porque si no lo haces, te haré pedacitos y te convertiré en un collar para el próximo festival de la cosecha —amenazó Haru, agitando las manos con energía.

—Me temo que no tienes la habilidad para ello, ni tampoco el gusto —susurró la espada con un deje sarcástico.

Suki les lanzó una mirada exasperada.

—¡Callaos! Si alguien os oye, tendremos que explicar por qué una espada discute con un humano.

Ryuu intentó incorporarse, pero un dolor agudo en el pecho lo detuvo. Soltó un leve gruñido, lo justo para que Suki girara la cabeza hacia él.

—¡Ryuu! Estás despierto. —Se acercó rápidamente con expresión de alivio. Aunque su transformación había retrocedido, las orejas y la cola de kitsune seguían presentes, y parecía que se movían por voluntad propia.

Haru se sentó sobre el futón a su lado.

—Vaya... veo que ya sois amigos... —comentó Ryuu mirando su espada—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Algo más de un día —respondió Suki, apartando un mechón de cabello blanco que le cubría la frente—. Mei está bien gracias a ti; de hecho, diría que está mejor que tú. Hace poco que se ha quedado dormida. Los curanderos también están agotados; el ataque de la Jorogumo nos dejó con demasiados heridos.

—Dos días perdidos —añadió Haru, con un suspiro teatral—. Y Ota tuvo que bajar hasta el punto de apoyo para traer provisiones y más personal. Ah y tiendas, porque han quedado un poco destrozadas. Esa seda es realmente asquerosa.

Antes de que Ryuu pudiera procesar la información, Noboru entró en la tienda cargando varios cuencos de madera.

—Tomaos esto —anunció, entregando un cuenco a cada uno—. Estas pociones os ayudarán a recuperar energías. Es una fórmula que ha servido a nuestro templo durante generaciones.

Suki tomó el último cuenco, girándolo lentamente entre sus manos.

—¿Qué lleva exactamente? —preguntó, dando vueltas al líquido con un dedo y afinando el olfato.

—Raíces, hierbas y un toque de miel para suavizar el sabor —respondió Noboru sin inmutarse.

Su mirada recorrió a cada uno de los presentes antes de detenerse en Ryuu, quien aún permanecía medio sentado en el futón.

—Todavía no hay rastro de Kaito —agregó entonces, conteniendo un mal humor que era evidente—. Los rastreadores siguen tras su pista, pero después del templo de la Jorogumo es difícil seguirla. Lo único seguro es que nadie ha descendido por los caminos pasando por el campamento anterior. Si sigue en la montaña, tarde o temprano lo encontraremos.

Ryuu vio cómo Suki apretaba los dedos alrededor del cuenco de madera.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó en voz baja, su mirada clavada en el líquido oscuro—. Sin cinco almas, no podremos entrar al Quinto Templo.

Noboru inspiró, aunque no parecía tan preocupado como debería.

—Mandaremos más hombres tras él —afirmó—. Aún queda camino por recorrer, tenemos tiempo. Y tú, Suki, deberías aprender a controlar tu transformación. La cola y las orejas kitsune deben permanecer ocultas. Así eres el blanco perfecto. Reza y conecta con tu kitsune. —Tosió suavemente, llevándose una mano al pecho antes de fijar la mirada en ella. Una mezcla de orgullo y severidad brillaba en sus ojos, esa contradicción constante que siempre habitaba en él —. Siéntelo dentro de ti. Esa es la clave. No es algo ajeno, sino una extensión de ti misma. Debes verlo de esa forma; rebusca en tu interior para dar con esa conexión. Solo entonces podrás controlarlo por completo.

Sintió que esas eran las mismas palabras que había leído en el pergamino de la kitsune anterior, lo que le dio fuerzas.

—Sí, tío, así lo haré.

—Confío en que no tengamos más incidentes. Partimos en unas horas. —Con esas palabras, Noboru se giró y salió de la tienda.

Un leve quejido se escuchó tras ellos. Todos se giraron hacia Mei, que abría los ojos lentamente, con un gesto de confusión.

—¡Qué oportuna eres, Mei! —exclamó Haru con sorpresa—. Mira, esto es para ti.

Puso el cuenco que le correspondía sobre su mesilla y Mei se irguió para apartar la manta que la cubría.

—¿Qué es esto?

—Para recuperar energías —explicó Suki mientras tamborileaba con los dedos sobre el borde de su cuenco—. Huele un poco fuerte, pero mi tío dice que funciona.

Ryuu, que era el que estaba sentado más atrás, no apartaba la vista del líquido turbio de su propio cuenco, observándolo con más que simple desconfianza, y cuando su ceño se frunció levemente, Sangreluna decidió hablar solo para él.

«Haces bien en dudar. No bebáis eso».

—No bebáis eso —repitió Ryuu con firmeza, atrayendo las miradas de todos y frenando a Haru en seco.

Suki, sentada a sus pies, le miró con extrañeza.

—Mmm..., ¿y eso por qué?

—Digamos que tengo mis razones —respondió—. Suki, concédeme esto. Que nadie lo beba hasta que lo verifiquemos.

La kitsune levantó la mirada hacia él. Sus orejas se movieron sutilmente, reflejando su irritación contenida.

—Siempre tienes razones, secretos y medias verdades. Mira, es mi tío, Ryuu. Solo quiere que mejoremos. Puedo olerlo, no hay nada raro. Ginseng, salvia..., lo normal.

Aquel comentario, aunque aparentemente simple, fue afilado.

—Entonces huele los del resto —intervino Sangreluna, esa vez en voz alta, antes de que Ryuu pudiese empeorar la situación—. Si todos huelen igual, tú ganas.

Suki apretó los labios. Detestaba los dilemas morales. Olfatear las pociones sería un acto claro de desconfianza hacia Noboru, algo que no quería admitir ni para sí misma. Sin embargo, también sabía que ignorar la duda podría ser un error fatal.

Tras un debate interno que duró más de lo esperado, asintió con un gesto vacilante y extendió la mano hacia Haru.

—Pásame el tuyo.

El chico levantó una ceja, sorprendido, pero obedeció. Suki llevó el cuenco de madera a su nariz, cerró los ojos y aspiró profundamente. Al instante, su expresión cambió. Cuando volvió a abrirlos, el leve temblor de sus manos delató lo que no quería verbalizar. No necesitaba decirlo en voz alta; su reacción fue suficiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mei, notando el silencio tenso.

Suki no respondió. Simplemente apartó el cuenco, dejando claro que algo no cuadraba. El pulso se le aceleró y su mente se llenó de un torbellino de pensamientos contradictorios.

Había extendido la mano para pedir otro de los cuencos cuando Ota entró en la tienda con porte cansado.

—Necesito manos para la caza. No tenemos suficientes provisiones. Haru, Mei, sois los mejores tiradores. ¿Podéis echar una mano?

Haru se levantó de inmediato, dejando su nueva pócima a un lado. Aún cojeaba.

—Voy yo solo. Mei acaba de despertar y está débil.

La arquera lo fulminó con la mirada y comenzó a incorporarse con firmeza.

—De eso nada. En todo caso estás tú peor. Además, si quiero recuperarme, la acción es la mejor medicina. Arco tenso, mente clara.

Ota asintió, complacido. La chica se levantó con un jadeo doloroso que hizo que Haru se moviera para agarrarla del brazo.

—¿Así es como quieres salir a cazar? Si te desmayas, no pienso cargar contigo.

—Cállate y ayúdame a vestirme, ¿no ves que la herida está curada? —dijo con un suspiro y levantó su camisa, mostrando tan solo una cicatriz hinchada y enrojecida.

—Eso aún puede infectarse, no seas terca.

Bufó al chico con ese brillo en los ojos que prometía hacer frente al dolor. Haru la ayudó, no sin quejas, a ceñirse la armadura antes de salir de la tienda tambaleándose. Los dos que restaban dentro observaron sus sombras desaparecer entre las telas. Suki respiró profundamente, como si tratara de aclarar su mente.

Se giró hacia Ryuu, quien permanecía sentado en silencio, con la mirada fija en la esponjosa cola de la kitsune, que se agitaba sobre las sábanas. Suki cruzó los brazos.

—Mis ojos están aquí arriba —indicó con un gesto seco—. Tú y yo vamos a hablar ahora. Porque necesito respuestas. Y las necesito ya. Ni evasivas, ni excusas.

El samurái levantó la mirada, sorprendido por la intensidad que ardía en los ojos naranjas de Suki. Pero Sangreluna intervino sin permiso.

—Kitsune, no quieras saber más de lo que te conviene.

—Te estoy hablando a ti, no a tu arma parlante —espetó, ignorando a la espada por completo.

Él se pasó la lengua por los labios con calma, midiendo cuidadosamente lo que iba a decir. Sin embargo, Suki no estaba

dispuesta a esperar.

—No puedo confiar en alguien que un día salva a mi hermana y al siguiente tiene veneno en su habitación. Alguien que lleva un espíritu en su espada que brilla con luz violeta y, al siguiente, usa una especie de magia para salvar a Mei. ¿Cómo puedo luchar junto a alguien si ni siquiera sé quién es realmente?

Suki bajó la mirada por un instante, luchando por contenerse.

—He sacrificado todo para estar aquí, Ryuu. Mi vida, mi tiempo, mi libertad, incluso a mi familia. Y no me quejo, porque lo hago por mi gente, por el Imperio. Pero... ¿es mucho pedir que quienes están a mi lado sean sinceros conmigo? ¿Que pueda confiar en ellos sin dudar cada maldito segundo?

Con un movimiento suave, Suki subió las piernas al futón y se sentó frente a él en un gesto que deshacía cualquier barrera de jerarquía. Su postura era íntima, como si intentara mostrarle las partes de sí misma que normalmente mantenía escondidas tras su título.

—La Guardia Kitsune es lo más cercano que he tenido a una amistad. Aunque debería mantener la distancia, he desarrollado un cariño honesto hacia cada uno de vosotros. Pero no puedo seguir adelante si no me dices la verdad. He perdido demasiado, Ryuu. Mi padre, Lili..., en cierto modo a mi madre, incluso diría que a mi abuela... La soledad de ser la kitsune me pesa más de lo que puedo admitir. —Tomó aire con un esfuerzo visible en sus ojos brillantes—. Y ahora tú estás aquí, rodeado de secretos. Si voy a confiarte mi vida, necesito saber quién eres realmente.

Ryuu observó cómo las emociones de Suki lo inundaban todo. Era la primera vez que la veía tan vulnerable, tan despojada de la máscara de realeza. Sabía que, si no hablaba en ese instante, estaría

traicionando esa confianza que ella, con tanto esfuerzo, le estaba otorgando.

—Suki... —comenzó con voz baja y cargada de culpa—. Tienes razón, y... te pido disculpas. Te diré lo que necesitas saber.

Para sorpresa de ambos, Sangreluna no interrumpió. Su usual sarcasmo y comentarios mordaces quedaron ausentes.

El chico respiró hondo, preparando sus palabras para arrancar el velo que había mantenido entre ellos.

—Sangreluna no es solo una espada. Es un espíritu, como bien apuntó Mei. Solo aquellos tocados por los dioses pueden portar algo semejante. En mi caso, él me acompaña, me guía... y me empuja hacia un destino que no elegí, pero que acepto. Ese destino me ha llevado a tu lado, kitsune.

—¿Un destino que no elegiste? ¿Qué significa eso?

Ryuu desvió la mirada por un momento antes de soltar una risa breve, sin humor.

—Significa que nací con una conexión que nunca pedí. Que me dio dones que no busqué. Que, en lugar de hacerme alguien más poderoso, tal vez me hizo alguien más desdichado.

—Pero... si los dioses te eligieron...

—No soy un bendito, Suki —interrumpió él, con un deje de amargura—. No soy alguien destinado a una vida plena y gloriosa. Soy una herramienta. Me dieron un poder que viene con un precio. Siempre lo hay. Como contigo. Dime que tú no eres desdichada.

Ella parpadeó, procesando sus palabras, pero Ryuu no esperó a que respondiera.

—Lo que hice con Mei... —continuó, desviando la mirada hacia donde minutos antes descansaba la arquera— fue darle parte de mi energía vital. Ese... digamos que es uno de mis dones divinos. Un

regalo y una carga que me acompaña. Cuando lo uso, quemo una parte de mi propia vida para salvar a otros.

—¿Y por qué lo hiciste?

Los ojos de Ryuu se clavaron en los suyos, profundos como pozos oscuros.

—Porque sufrías por ella.

Ambos mantuvieron la mirada y un silencio que para nada fue incómodo.

—Hay otra cosa, Suki. Mencionaste que la niña de palacio... era tu hermana.

El mundo pareció dejar de girar para la kitsune. Sus ojos se abrieron con sorpresa, y sus manos volaron para cubrirse la boca como si pudieran atrapar la verdad que se le había escapado sin querer. Su corazón latía tan frenéticamente que incluso Ryuu podía escucharlo.

—Yo... n-no... —tartamudeó, buscando desesperadamente una manera de deshacer el desliz.

Pero Ryuu colocó una mano sobre su brazo. Piel con piel. La conexión fue inesperada, como un relámpago de calor que la recorrió de punta a punta.

—No pasa nada —dijo con voz baja y tranquilizadora—. Ya lo había imaginado. De hecho, quería hablar contigo precisamente sobre eso. Hay algo que vi..., algo que creo que necesitas saber.

Suki lo miró desconcertada, esperando a que continuara.

—El día que tu madre y tu hermana salieron disfrazadas del palacio... —comenzó—, yo estaba en la muralla. No te estaba vigilando ni patrullando. Simplemente no podía dormir y salí a despejarme, pero algo llamó mi atención.

Hizo una pausa y, con un gesto lento, bajó su mano para tomar la de Suki. Sus dedos encontraron los suyos, cálidos al tacto, y los

apretó ligeramente, buscando ofrecer consuelo antes de seguir.

—Vi algo en tu madre... algo que he guardado todo este tiempo porque no estaba seguro de cómo decirlo. Puedo ver las auras de ciertos espíritus y yokais. No sucede siempre, solo con aquellos vinculados a emociones negativas o a la muerte. Y ese día... vi que ella no estaba sola.

Un escalofrío recorrió a Suki.

—¿No estaba sola? ¿A qué te refieres? —preguntó con el labio inferior temblando.

—Tu madre... creo que estaba acompañada por un Kanashibari. Es un yokai asociado a la tristeza y la depresión. No siempre se muestran de forma tangible, pero este... era como una nube. Una nube densa de pesar.

—¿Un yokai... de la tristeza?

Ryuu asintió.

—Estos seres no atacan ni buscan violencia. Se alimentan del vacío emocional de las personas. Encuentran un hogar en aquellos que han sufrido pérdidas o que llevan algo roto dentro de sí. Los cambian..., devoran el resto de los sentimientos. Y tu madre... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Desde la distancia, me pareció que era eso lo que llevaba sobre los hombros.

Suki cambió el gesto de inmediato. Bajó la vista a su regazo, donde su mano seguía cubierta por la de Ryuu. La conexión física no mitigaba la opresión que sentía en el pecho.

Había visto el peso que su madre cargaba, su mirada perdida, sus pasos lentos, pero nunca había considerado que pudiera ser algo más que tristeza humana.

—¿Crees que la está controlando? ¿Que le está haciendo daño?

Ryuu negó con la cabeza.

—No, esos seres no controlan, pero supongo que sí intensifica su dolor.

Suki sintió una punzada en el pecho. Todo tenía más sentido ahora: la ausencia emocional de su madre, su distanciamiento, la actitud derrotista...

—¿Por qué no dijiste nada?

—No era mi lugar. No te conocía entonces como lo hago ahora. Hubiera sido inútil acercarme a alguien de tu posición para advertir sobre algo que tal vez no entenderías. Además, los Kanashibari no son fáciles de ahuyentar. Se quedan hasta que la persona a la que están ligados encuentra una forma de llenar ese vacío... o hasta que se desmorona por completo.

—No sé qué hacer con esta información... —murmuró la joven, con los ojos brillantes.

—No tienes que hacer nada ahora. Pero lo sabrás cuando llegue el momento. Y cuando eso pase... no estarás sola.

Viendo que Suki no se inmutaba, sino que apretaba con más fuerza su mano, se permitió extender el brazo y rodear sus hombros con delicadeza. La kitsune no se resistió. Se dejó caer sobre su pecho, permitiendo que aquel instante la envolviera.

Él no soltó su mano de inmediato. Su mirada se perdió por un instante en la oscuridad del campamento, como si estuviera debatiéndose internamente.

Había algo más. Aquella aura negra.

Apretó los labios y estuvo a punto de hablar, pero entonces la voz de Sangreluna resonó en su mente:

«Aún no es el momento, chico. Acabas de soltarle lo del Kanashibari, y ya has visto su reacción. Si le dices lo de Noboru, colapsará. Y, lo peor, aún no sabemos qué significa».

Ryuu se puso tenso.

—¿Qué pasa? —preguntó Suki ante el cambio en su actitud.

Él la miró, con las palabras en la punta de la lengua, pero se obligó a tragárselas.

—Nada —respondió con un susurro, relajando los hombros—. Solo estaba pensando que será mejor que descanses. Necesitaremos todas nuestras fuerzas.

Dicho esto, Ryuu se apartó lentamente de ella y, sintiendo sus fuerzas algo recuperadas, se dispuso a salir de la tienda para patrullar los alrededores. Sabía que Suki necesitaría un tiempo a solas para procesar lo que le acababa de revelar.

* * *

Cuando se quedó a solas, los pensamientos formaban un remolino incansable. Suki había detectado que Noboru había sustituido los analgésicos por *torikabuto*, una planta cuya toxicidad se revelaba solo con el paso de las horas. Provocaba un debilitamiento tan sutil que podía confundirse con el agotamiento del ascenso. No era un error. Era cálculo. Preciso y silencioso.

Por si eso fuera poco, acababa de descubrir que su madre no solo atravesaba una tristeza eterna, sino que algo la hundía más en la pena.

Y, sin embargo, en medio de esa oscuridad que devoraba la lógica y convertía cada certeza en duda, surgió una chispa. Ryuu había salvado la vida de Mei sin buscar gloria, solo para evitarle dolor.

¿Cómo podía seguir desconfiando de él? ¿Acaso importaban uno o dos enigmas sin resolver cuando sus actos hablaban más alto que sus secretos?

No la fallaría. No la traicionaría. Llevó su mano al pecho, de donde colgaba el amuleto rojo. La promesa al Goryo lo impedía...

«¡Por todos los dioses! ¿Cómo no he caído en ello antes? Tiene la sangre de Kaito. Tal vez... solo tal vez, podría rastrearlo con mis poderes de kitsune. Y lo más importante de todo: si tras el juramento alguna vez hubiera querido hacerme daño, habría muerto desde dentro. No es un traidor».

Kaito podía ser culpable, sí, pero solo por omitir información, no por traición directa.

Guardó esa revelación para sí misma y tomó una decisión. Intentaría buscarlo con lo que tenía. Después del pinchazo de desconfianza que acababa de sentir hacia su tío, no podía permitirse que él lo encontrara antes. Si en su momento había querido arrancarle la lengua, no quería imaginar lo que haría ahora que había huido.

30



Flotando en el aire, los primeros copos de nieve comenzaron a descender como pequeños suspiros helados. No era una nevada agresiva, sino delicada; la montaña quería recordarles su presencia.

Suki observaba el espectáculo desde el borde del campamento acompañada de Mei, con el cabello aún húmedo después de haberlo lavado en un pequeño estanque cercano. Las gotas se deslizaban por los mechones blancos, casi congelándose. Aprovechó para tratar de conectar con su kitsune interior y esconder las orejas, pero tan solo lo conseguía durante unos pocos minutos.

Vestía el traje samurái cortesía de Ryuu, con el pequeño zorro rojo bordado sobre el pecho, que, aunque no tuviera ningún poder, le daba cierta confianza. Además de que le sentaba muy bien. Más tarde, añadiría las placas que formaban la armadura samurái, idéntica a la que todos los demás llevaban.

Había sido una mañana apresurada. Todos recogían las provisiones, plegaban las tiendas y guardaban sus enseres en baúles para montar en los ya escasos carros que los acompañaban. Aquel ajetreo le recordaba que tan solo quedaban cinco días. Cinco jornadas en las que debían completar los dos últimos templos y conseguir las dos últimas llaves.

Ya con el pelo seco y peinado, Suki estaba ajustando las cinchas de su caballo cuando Noboru llegó a grandes zancadas.

—Suki, no montarás hoy.

Ella lo miró de reojo.

—¿Cómo dices? —respondió, ajustando las riendas e ignorándolo deliberadamente.

Noboru señaló detrás de él, y sus palabras se materializaron en forma de un palanquín dorado, más grande y ostentoso que el anterior. La estructura brillaba bajo la nieve, un testamento de lujo que no encajaba en absoluto con el paisaje severo de la montaña. Días atrás había visto un carro transportando algo cubierto, y ahora, por fin, podía ver qué era.

—Es el mismo palanquín que utilizó tu abuela cuando ascendió. Y a estas alturas del camino, es completamente necesario para tu protección —insistió Noboru.

Suki dejó escapar una risa corta, incrédula.

—¿Me estás diciendo que, mientras todos luchan por mantenerse de pie en este terreno, yo debería dejarme llevar como si esto fuera un desfile?

Su tío afiló la mirada, pero se calmó de inmediato. Todo en el mismo segundo.

—No es una petición, Suki. Se trata de protegerte. No eres capaz de armonizar con tus nuevos poderes y, sin tus rasgos kitsune ocultos, serás el blanco de cualquiera que busque dañarte.

—¡No necesito este tipo de protección, tío! —replicó, dejando caer las riendas al suelo.

Ryuu, que había estado observando desde un lado, dio un paso adelante.

—La kitsune no debería ser obligada a hacer algo que va en contra de su voluntad. Puede montar conmigo nuevamente si la seguridad es la prioridad.

—Esto no es asunto tuyo, Ryuu —respondió el hombre, sin siquiera mirarlo.

Suki iba a replicar de nuevo, pero no tuvo tiempo.

—Hicimos un trato, ¿o es que ya no lo recuerdas? ¿Esta es la honradez de la próxima emperatriz del Imperio Aka?

Oh, no. Lo había olvidado. Pero algo bullía en sus venas, una especie de desafío que pugnaba por salir. Dejó vía libre a sus sentimientos.

—¿Quieres hablar de honradez? Entonces explícame por qué los cuencos de la poción de ayer tenían *torikabuto* en lugar de analgésicos comunes.

El ceño fruncido y el rictus que Noboru no pudo contener reflejaron una mezcla de ira contenida y decepción.

—Usé el tallo —dijo al fin, deteniéndose en cada palabra, como si estuviera hablando con una niña de tres años que no entiende nada —. No las hojas, no las flores. El tallo huele igual, pero su concentración es mínima. La justa medida para calmar el dolor físico sin enturbiar la mente, cosa que un analgésico común haría. Entorpecería la voluntad.

Suki no supo qué responder. Se sintió absolutamente ignorante. Todo le quedaba grande, incluso su propio ascenso. Noboru respiró hondo y desvió la mirada.

—Llevo toda mi vida preparando el ascenso. Si uno falla, todos caemos, ¿no lo ves? Ahora, si has dejado de lanzar acusaciones, volvamos al trato que debes cumplir, Suki.

Por todos los kami. Con tantas cosas en la cabeza, el trato que había hecho para salvar la lengua de Kaito se le había escurrido entre los pensamientos, enterrado bajo el peso de todo lo demás. Y en ese momento, enfrentada a la realidad de su propia decisión, no sabía si arrepentirse.

No sabía qué sentir ante la actitud de Noboru, ante su propia testarudez.

Había momentos en su vida en los que, a raíz de lo que pasaba, lo que escuchaba, o simplemente sin razón aparente, algo en su interior se desprendía. Como si una parte de ella, tal vez su mente, tal vez su alma, se alejara del cuerpo, observándola desde una distancia fría e insondable. Un vacío sutil, un escape imperceptible, pero real. Y allí, en ese breve lapso de desconexión, se preguntó cuántas veces más tendría que perder fragmentos de sí misma antes de no reconocerse en absoluto.

Su tío la devolvió a la realidad.

—Subirás al palanquín y continuarás con esta misión. Y practicarás escondiendo tus poderes.

La kitsune inhaló profundamente, llenando sus pulmones con el aire frío de la montaña mientras cerraba los ojos. El desconcierto la dejó sin reacción. Sabía que Noboru lo hacía por su bien, que cada palabra que decía estaba cargada de preocupación verdadera. Al fin y al cabo, él había estado a su lado desde que tenía memoria, guiándola, moldeándola para asumir el peso de su destino como kitsune. Muchos buenos recuerdos de su infancia eran con su tío. Pero un leve pinchazo de duda se alojaba en su pecho, como una

espina que se le clavaba con cada movimiento. Sin embargo, decidió silenciar esa voz interior, al menos por ahora.

—De acuerdo, tío. Subiré, cumpliré mi palabra —afirmó con resignación—. Pero... en cuanto logre controlar mis atributos de zorro, saldré de aquí y cabalgaré con mi guardia.

Su escolta observó en silencio mientras Suki tomaba algo de entre sus pertenencias y subía al palanquín. Mei y Haru compartieron una mirada de preocupación con Ryuu, que no apartaba la vista de Noboru.

Con un movimiento casi ceremonioso, el monje se acercó a la caja dorada y le dedicó una sonrisa que, si lo que intentaba era inspirar tranquilidad, logró todo lo contrario.

—Recuerda, Suki, esto lo hago solo por tu vida, por tu destino.

Tal vez eso fuera una disculpa. Cerró la puerta dorada del palanquín con un asentimiento. El sonido del cierre metálico fue más definitivo de lo que ella habría deseado. Al levantar el palanquín, el meneo inicial fue suficiente para que necesitara agarrarse al techo y a un lateral. Era terriblemente incómodo. A pesar de ser más espacioso que el primero donde pretendían que subiera, daba la sensación de estar confinada en una jaula dorada.

Los cristales de las pequeñas ventanas, de un vidrio denso y turbio, solo permitían el paso de luz, distorsionando las formas exteriores en simples manchas de color que no ofrecían ningún detalle de lo que ocurría afuera. Todo aquello intensificaba su aislamiento, y esa sensación de angustia creciente no le sentaba bien.

Con un suspiro resignado, abrió lo que había llevado consigo: el pergamino de su antepasada kitsune. Leyó y releyó las palabras, pero sus pensamientos vagaban hacia su madre y Aoi cada poco. Hacia la desconfianza que no quería sentir. Hacia los oscuros y

protectores ojos de Ryuu. Hacia Kaito y su huida. Eran tantas cosas que no podría concentrarse.

A medida que el palanquín avanzaba con su traqueteo rítmico, se recostó contra el asiento acolchado, tratando de pausar las dudas que no la dejaban en paz.

Tras unos instantes, decidió concentrar sus esfuerzos en salir cuanto antes: haría lo que decía el pergamino, hablar con su espíritu interior. Tal vez tuviese una voz como Sangreluna y simplemente no había tenido la paciencia de parar a escucharla.

Cerró los ojos y cruzó las piernas en una postura meditativa. El constante vaivén del palanquín dificultaba su concentración, pero, poco a poco, su respiración encontró un ritmo que se sincronizaba con los movimientos. En su mente, visualizó un espacio oscuro y profundo, un lugar donde su espíritu podría aguardar. «Está aquí, en algún lugar. Solo tengo que buscarlo».

Exploró cada rincón de su conciencia, deteniéndose en momentos de duda, observando los fragmentos de sus recuerdos. Se acercó a uno de esos pedazos, uno que brillaba, y un calor inusual comenzó a extenderse desde su pecho. Era suave, reconfortante, como el abrazo del sol en un día helado. Abrió los ojos con lentitud y se sorprendió al ver cómo su piel relucía con el mismo resplandor cálido y etéreo, como si el espíritu del kitsune se hubiera personificado.

—¿Eres tú? —susurró, sintiéndose ridícula por hablarle a la nada. Pero el silencio a su alrededor era absoluto, expectante.

Intentó recordar cómo se sentía cuando conectaba con su poder. ¿No era esto lo que había estado esperando? El pergamino de Lili mencionaba que el espíritu estaba siempre ahí, aguardando ser escuchado.

—Si estás aquí..., si realmente eres parte de mí, entonces muéstrame lo que puedo hacer.

No obtuvo respuesta en palabras, pero la calidez en su pecho se intensificó. Como un aliento contenido, como una llama esperando ser avivada. Suki cerró los ojos de nuevo y se concentró.

«Por favor, oculta mis rasgos», rogó.

Con un gesto vacilante, se llevó las manos a su cabeza y luego a la espalda. No encontró ni las orejas ni la cola que antes se habían negado a desaparecer. «¡Lo he logrado!», pensó con emoción. Prefirió contener su entusiasmo hasta que transcurrieron varios minutos sin que sus rasgos kitsune volvieran a aparecer. «¡Sí, lo he logrado de verdad!».

La curiosidad la empujó a intentar lo contrario. Cerró los ojos de nuevo, sintiendo el calor recorrer su piel una vez más. Deseó que los rasgos aparecieran, y, esa vez, cuando abrió los ojos, descubrió que había ido mucho más allá de lo esperado. Sus manos estaban ahora terminadas en esas garras elegantes y afiladas que la habían ayudado contra la Jorogumo. Además, un pelaje blanco y rojizo radiante cubría sus piernas. Su reflejo en el cristal del palanquín mostraba una figura híbrida, un ser entre lo humano y lo divino. Era una belleza tan impactante que incluso ella misma se sorprendía al contemplarla.

—¿Es este mi verdadero rostro? —susurró, alzando una mano y observando el reflejo con fascinación—. ¿Es esto lo que soy en realidad?

¿Era una humana con un don divino o una criatura divina atrapada en un cuerpo humano? El pensamiento la inquietó.

Por un instante, el miedo se asomó en su corazón. Pero la emoción dio paso a una sensación más contenida. Si había logrado controlar esa transformación, también debía ser capaz de revertirla nuevamente. Cerró los ojos y, con determinación, ordenó que sus rasgos de zorro volvieran a desaparecer. Sintió cómo el calor

retrocedía, dejando su piel desnuda y humana una vez más. Una sonrisa se dibujó en sus labios. «Ahora sí, lo estoy controlando», pensó, y, confiada, decidió probar algo más; no obstante, quería que su tío fuera testigo. Se levantó con intención de abrir la puerta del palanquín, ansiosa por compartir su logro y librarse de viajar en aquella hermética caja.

Sin embargo, justo cuando tocó el metal, el mundo pareció darse la vuelta.

El palanquín volcó bruscamente hacia un lado, y el impacto la tomó completamente desprevenida. Perdió el agarre y cayó hacia la pared opuesta, golpeándose la cabeza contra el marco dorado.

El dolor fue un destello agudo que le nubló la vista por un momento. Le pitaban los oídos y no era capaz de enfocar la realidad. Bajo sus manos notaba cristales rotos. Poco a poco, unos gritos y el sonido de las armas chocando fueron su transición a la oscuridad.

31



Haru sacudía con frustración el ala de su sombrero firmemente colocado en su cabeza mientras sus pasos sonaban sobre la nieve crujiente, seguido de Ryuu y Mei, que cabalgaban uno junto al otro.

—¡Necesito uno nuevo! —protestó, señalando con disgusto las manchas blancas que parecían haberse incrustado en el tejido—. Esto ya no tiene remedio, ¡esas malditas telarañas no se van!

—Quizá si lo dejases a un lado alguna vez, no terminaría así, guaperas —comentó la arquera.

—Ejem... Lo dice la que no quiso quitarse la máscara ni para ir dormir.

Mei acarició la máscara de zorro que colgaba de su cintura, ahora olvidada. Alzó la pieza y la giró entre sus manos.

—En el último templo no las llevábamos puestas..., quizá por eso lo tuvimos tan complicado.

Ryuu recibió un comentario de Sangreluna en su mente:

«Las máscaras no son para protegeros físicamente. Solo ocultan vuestras caras y auras de los demonios, evitando que puedan rastrearos en el futuro; tú lo sabes, ¿no? Algunos son verdaderamente vengativos, ya has conocido al Bakeneko».

Ryuu repitió las palabras para sus compañeros, que respondieron con miradas confusas. Mei, siempre más pragmática, se deslizó la máscara sobre el rostro con movimientos decididos, dejando a la vista tan solo su mirada calculadora.

—No pienso arriesgarme —dijo mientras ajustaba las correas—. Aunque haya acabado con él.

Haru vaciló, observando su propia máscara. Pero antes de decidirse, algo pareció llamar su atención. Ryuu siguió su mirada y vio, a la izquierda del camino, un grupo de ramas rotas que se dispersaba entre la nieve. Frunció el ceño y desmontó rápidamente.

—Un momento... —susurró Haru, que había seguido sus pasos, agachándose para inspeccionar.

Pasó su mirada por los alrededores, no había un solo Kodama a la vista... Raro. A pocos pasos de las ramas, había un patrón inusual: huellas de zapatos marcadas en la nieve. Eran profundas y recientes, con una fina capa de escarcha que no alcanzaba a igualar el terreno a su alrededor. Haru se puso de pie.

—Esto no me gusta.

El samurái del sombrero se encaminó hacia Ota, que marchaba al frente, liderando la comitiva.

—¡Ota! —gritó, dejando atrás a su caballo mientras sostenía una rama rota en la mano como prueba—. Algo no está bien. Mira esto.

El general alzó la mano con un movimiento decidido, deteniendo todo el convoy tras él. Justo unos metros por delante, las cenizas dispersas de una hoguera reciente marcaban la huella de una

presencia que no podía ignorarse. Con inmediatez, ordenó a los soldados formar un círculo defensivo.

—Nos están acechando... —murmuró, ajustando su postura mientras escaneaba los alrededores—. ¡Defended la posición!

De pronto, las auras escarlatas parpadearon en el campo de visión de Ryuu, intensificándose como brasas encendidas en la nieve. Solo él podía verlas. Solo él sabía lo que significaban: una sentencia ya dictada.

No.

Había conseguido revertir el destino de Mei cuando su luz había comenzado a teñirse de rojo. Pero en ese instante, esas manchas carmesís marcaban a demasiados: soldados, sirvientes, compañeros. Cada uno de ellos era un presagio, una cuenta regresiva que avanzaba sin piedad. No podría salvarlos a todos..., pero tampoco se quedaría quieto viendo cómo se apagaban sus vidas.

El aire pareció congelarse con el eco de la orden de Ota, pero no hubo tiempo para más. Desde ambos flancos del camino, figuras encapuchadas emergieron de entre los árboles como sombras letales. Parecían peligrosamente coordinados. El naranja intenso de sus capuchas revelaba su identidad sin dejar espacio a la duda: soldados de la Orden de la Purga.

El caos estalló en un parpadeo.

Los portadores del palanquín, siguiendo las órdenes apremiantes de Noboru, intentaron moverlo hacia el lateral del camino, buscando refugio detrás de un grupo de troncos.

—Vamos, ¡inútiles! —chilló—. Hay que poner a salvo a la kitsune.

El esfuerzo desesperado no llegó a completarse. Una flecha surcó el aire con un silbido, atravesando el cuello de uno de los hombres.

El impacto fue devastador. El portador se desplomó hacia un lado, soltando el soporte sobre su hombro. El palanquín perdió equilibrio,

tambaleándose antes de caer con un estrépito ensordecedor que hizo que Ryuu contuviera el aliento.

¡Crac!

Desde su interior, un gemido débil fue apagado por el resto de los ruidos del descontrol que acababa de despertarse.

El campo de nieve tranquilo se convirtió en un escenario de batalla. Gritos desgarradores y el choque del acero inundaron todo. Los caballos relinchaban con pánico, algunos encabritándose al sentir la violencia que los rodeaba. El caos impedía al samurái acercarse a comprobar el estado de Suki.

—¡A los carros, buscad cobertura! —gritó Ota, dirigiendo a los sirvientes hacia el único lugar donde poder estar a cubierto. Varios obedecieron, escondiéndose entre las lonas, mientras que otros no lograron escapar a tiempo del alcance de las espadas enemigas. Justo eran en los que Ryuu había visto aquel halo.

Noboru, que parecía ajeno al clamor de los caídos, aprovechó la confusión para desaparecer tras el palanquín volcado. Con una sorprendente agilidad para su edad, se agazapó detrás de la pila de troncos, su posición estratégicamente cubierta pero suficientemente abierta como para observar.

Mientras tanto, Ryuu, Mei y Haru formaron un círculo alrededor del palanquín. Los cinco soldados que acompañaban a la comitiva se unieron rápidamente, sus movimientos eran sincronizados. Ota, en el centro de la formación, daba órdenes con voz firme.

—¡Cubrid los flancos! ¡No dejéis que se acerquen al palanquín!

Con destreza, Ryuu saltaba de un lado al otro como si sus piernas fueran resortes. Sangreluna destellaba con cada corte, pidiendo más sangre. La mayor parte de sus tajos eran letales, pero los atacantes seguían llegando, aparentemente sin fin.

Haru, con sus dagas *kunai* en ambas manos, giraba sobre sí mismo constantemente sin moverse de su posición. Aguantaba estoicamente a pesar de que cada una de sus torsiones iba acompañada de un gruñido de dolor por culpa de la herida. Era un remolino afilado, pero le estaban ganando terreno rápidamente. Mei tuvo que cambiar su habitual arco por las dagas largas. La cercanía del enemigo y su reciente lesión no le daban opción a usar su arma predilecta, sus movimientos estaban aún muy contenidos.

Un caballo del bando contrario, asustado por el ruido, se encabritó y arrojó a su jinete al suelo antes de recibir el impacto de la lanza del general del ejército. El animal cayó con un lamento desgarrador, bloqueando temporalmente el paso a uno de los flancos, pero también atrapando a un soldado del Imperio bajo su peso.

—¡No vamos a resistir mucho más! —gritó Haru, bloqueando un golpe dirigido a Mei y devolviéndolo con una estocada al abdomen del atacante.

Ota, viendo una oportunidad, se lanzó contra un grupo de enemigos. Su espada se deslizó entre las defensas de uno, derribándolo; sin embargo, otro logró acertarle en el gemelo con una patada que le hizo caer de rodillas. Ryuu, que no había perdido detalle, logró aparecer a su lado en el momento preciso, interceptando el siguiente ataque con Sangreluna.

—¡Levántate, Ota! ¡No podemos permitirnos perderte! —gruñó el samurái, ayudándole a ponerse de pie mientras repelía a otro enemigo.

La situación era desesperada. El grupo había perdido a media comitiva y dos miembros del ejército imperial, dejando apenas a siete personas en pie para enfrentarse a decenas de atacantes. Mei lanzó su última daga, logrando acertar en el cuello de un enemigo, pero su arsenal se había quedado vacío. Haru jadeaba, su resistencia

disminuía con cada golpe que bloqueaba o desviaba. Parecía que el dolor comenzaba a debilitarlo.

—¡Vamos a caer aquí si no hacemos algo! —gritó el chico del sombrero mientras esquivaba por poco un nuevo envite.

En ese momento, un ulular más alto de lo normal y extrañamente conocido los sobresaltó. Acto seguido, desde lo alto de un árbol cercano, una voz grave rugió:

—¡Agachaos, ahora!

Al reconocer la voz, Ryuu se extrañó; sin embargo, al ver que de pronto el aura del grupo aclaraba su tono, reconoció que aquello era una ayuda. Gritó la confirmación al grupo:

—¡Cuerpo a tierra! ¡Ya!

Los soldados y la Guardia Kitsune se agacharon a la misma vez, obedeciendo la orden instintivamente. Apenas un segundo después, una trampa cuidadosamente preparada se activó. Desde las ramas superiores cayeron troncos amarrados con lianas, formando una red improvisada pero letal. Golpearon con fuerza al grupo de atacantes que avanzaba por el flanco izquierdo, al que no le había llegado el sonido de la orden del bando contrario. Al menos cinco hombres quedaron atrapados bajo el peso de la trampa, algunos desmayados y otros convulsionando.

De entre los árboles emergió una figura de negro, con una cuerda en la mano y una sonrisa audaz en el rostro.

—¡Seguid en el suelo! —gritó mientras soltaba la cuerda para activar la segunda parte de su estrategia.

Otra red cayó desde el lado opuesto, aplastando a un grupo numeroso de enemigos. El efecto fue inmediato: los hombres atrapados por las cuerdas se quedaban paralizados, sus movimientos interrumpidos de manera abrupta para, acto seguido, ver sus cuerpos retorcerse de forma irregular.

—¿Cómo...? ¡Kaito! —gritó Mei—. ¿Qué es eso?, ¿qué les has hecho?

—Veneno —confirmó—. Alejaos de las cuerdas y ayudadme a acabar con los que quedan.

Los latidos de Suki eran como un tambor en sus oídos. Medio consciente, sentía cómo la confusión la envolvía. Notó la visión nublada y los músculos doloridos. Los cristales rotos bajo su cuerpo restallaban si se movía y los sonidos de la batalla se filtraban a través de las paredes doradas. Forzó su cuerpo hacia la puerta, agarró la manilla y empujó con todas las fuerzas que le quedaban, pero seguía trabada.

—¡Luchad! ¡Vamos! ¡Ahora! —instó Ota al ver a todos parados, esperando una explicación de Kaito.

Reaccionaron al unísono, posponiendo las preguntas para más adelante. Se lanzaron contra los pocos atacantes que aún quedaban de pie, cuidando con precisión de no tocar las redes esparcidas por el suelo ni siquiera con sus botas.

—¡Ota, a tu izquierda! —advirtió Haru cuando una figura se deslizó hacia él entre los árboles.

El general giró con la agilidad de un ave de presa, bloqueando el ataque del enemigo con el asta de su lanza. Con un empuje firme de su enorme cuerpo, lo desestabilizó y, de un giro rápido, asestó el golpe final. El sudor brillaba en su frente, y la armadura lucía las marcas de numerosas embestidas, pero mantenía la postura inquebrantable.

Ryuu, con Sangreluna destellando en sus manos, se desplazaba a su lado.

Justo tras ellos, Mei luchaba en corto. Como podía. Cuerpo a cuerpo. Esquivaba y bloqueaba, pues no disponía de armas a su

alcance. Kaito guardaba sus espaldas de los ataques con acero al ver su debilidad.

Un pequeño grupo de desertores huyeron, viendo cercano su inminente final. Ryuu derribó a uno de ellos lanzando un *shuriken* y se volteó justo a tiempo para ver cómo el último atacante trepaba por el palanquín volcado. Ota no dio tregua al tiempo. Con una embestida poderosa, atravesó al hombre con su lanza, arrojándolo a varios metros, espetado por el pecho. No hizo falta más.

El sosiego volvió al campo de batalla, solo acompañado de los jadeos entrecortados de los guerreros, el crujido de la nieve bajo sus pies y el traqueteo de la puerta del palanquín, como si Suki forcejeara por abrir desde dentro. Mei bajó la espada y se acercó.

—¿Suki? —llamó con preocupación.

Quejidos suaves provenían del interior.

—Puerta... —decía—. Abre...

Mei se inclinó sobre la puerta dorada y luchó con el cerrojo, que parecía no ceder.

—¡Está atascado! —gruñó, intentando forzarlo con ambas manos.

Haru y Ota se apresuraron a ayudarla, combinando fuerzas. Ryuu, en cambio, decidió actuar por su cuenta. Sin apartar la mirada de Kaito, avanzó hacia él con Sangreluna en alto, la hoja aún impregnada de sangre. Lo agarró de la pechera con fuerza, levantándolo unos centímetros del suelo.

—¿Cómo demonios explicas esto? —exigió Ryuu, enfadado—. Y, más importante, ¿de dónde sacaste ese veneno?

Kaito no opuso resistencia. Su mirada permanecía fija en el samurái, desafiante pero no agresiva. Con un súbito y certero impulso, lanzó la daga que sostenía hacia un atacante que había comenzado a liberarse de la red. La hoja encontró su objetivo con precisión mortal, derribándolo al instante.

—Os he estado siguiendo —explicó, respirando agitadamente, casi sin dar importancia a lo que acababa de hacer—. No me permitisteis ni hablar, tan solo me encerrasteis en un carro. ¿Pensabais que me quedaría ahí sin más hasta el Quinto Templo? Debía impedir que la Orden pudiera sorprenderos. No podía... no quería renunciar.

Ryuu apretó más su agarre, acercándolo hacia sí.

—¿Y el veneno? —repitió; su voz se tornó peligrosa.

—Estuve cerca todo el tiempo. Cuando escuché lo que le ocurrió a Haru, supe que podía aprovecharlo. Volví al segundo templo después de vosotros y encontré el frasco en el suelo, casi lleno. Lo reconocí al instante y decidí usarlo..., bueno, para las trampas. Lo habíais dejado atrás. Mejor que lo utilizara yo antes de que cayera en sus manos, ¿no?

—¿Y cómo sabías esto? —inquirió Ryuu, señalando los cuerpos esparcidos por el suelo.

—Sabía que nos emboscarían aquí. Es el punto perfecto para acorralar un convoy como el nuestro, la única ruta sin desvíos posibles. Pero los dos días extra que tardasteis en moveros lo desbarataron todo. No estaban preparados para una espera tan larga. Perdieron parte de sus recursos, de su ventaja. Me adelanté y coloqué trampas en los accesos por los que intuía que se moverían primero. Funcionó. Los forzó a dividirse, a asustarse. Lo que visteis fue apenas la mitad del grupo que planeaba caer sobre vosotros. Si no hubiera actuado, ahora estaríamos superados en número.

Ryuu le sujetó con más fuerza, su mirada ardiendo de desconfianza.

—Escúchame —pidió Kaito, sin revolverse—. No soy un traidor. Conocía todos sus movimientos, sus planes. Mi misión era informarles, marcar los tiempos. Pero no lo hice. No desde que iniciamos el ascenso. ¡Lo juro!

Con un empujón brusco, Ryuu lo soltó, pero sus ojos dejaron claro que no estaba convencido.

Mientras tanto, el samurái no perdía detalle de cómo Mei seguía forcejeando con el cerrojo del palanquín; incluso de reojo, podía ver cómo el sudor perlaba sus sienes al intentar abrirlo.

—¡Maldita sea, ábrete ya! —gruñó Haru, frustrado. Con golpes secos, intentaba forzar el marco dorado con la empuñadura de su daga.

—¡Apartaos! —interrumpió Noboru, apareciendo como de la nada. Sin esperar aprobación, se agachó sobre el palanquín—. Solo hay que pulsar y girar a la vez. Fijaos.

Con un simple clic, deslizó el tirador dorado y la puerta cedió hacia el interior con un chirrido de sus goznes. Ryuu, que se había acercado sin dejar de vigilar a Kaito, vio cómo la luz se colaba en el pequeño espacio, iluminando a Suki, que yacía al fondo, aovillada en posición fetal.

—¡Suki! —exclamó Mei, intentando entrar.

Ota frenó a la chica e introdujo sus enormes brazos en el hueco. Levantó a la kitsune con cuidado, sacándola del espacio confinado con evidente esfuerzo. La depositó frente a Noboru.

—Como se te vuelva a ocurrir la idea de meter a la kitsune en una trampa de metal como esta, haré que te replantees seriamente tu fe, monje —amenazó el general; ignorando la posición superior de Noboru. Pero el hombre ni se inmutó.

—Detened a ese traidor y ponedle unos grilletes —ordenó sin reparo, girándose hacia Kaito. Pero ni había soldados suficientes ni fuerzas para atender sus órdenes.

Suki abrió los ojos lentamente. Su visión tardó en enfocarse, pero enseguida revisó a todos a su alrededor.

—¿Estáis bien? ¿Qué... qué hace Kaito aquí?

32



El claro frente al cuarto templo ofrecía un respiro visual tras la penumbra del bosque nevado. La luz de la luna caía en un ángulo pronunciado sobre el campamento. Dos hogueras ardían en el centro de las seis tiendas y, los pocos soldados restantes, patrullaban sin descanso, formando un círculo protector que, aunque reducido, mantenía una sensación de seguridad.

Suki estaba sentada a la puerta de la tienda, sobre una roca, aplicándose una crema en la contusión de la frente y preparando nuevamente la cataplasma para Haru, quien ya mostraba pocos signos de dolor. Mei y Ryuu, aún debilitados por el templo anterior, también recurrieron a las infusiones revitalizantes. Sin embargo, lo que realmente necesitaban para sanar era descanso, algo que todos sabían que no podrían permitirse hasta completar el ascenso.

La sensación de pérdida pesaba sobre Suki de nuevo. Las bajas que habían enterrado tras el ataque no solo eran compañeros, sino recordatorios de todo lo que suponía su ascenso.

Se frotó las muñecas, doloridas por los golpes en el palanquín, y pensó en lo cerca que habían estado de no llegar hasta allí.

Vio a su tío ajustando los pliegues de su tienda, donde dormiría en solitario tras enterrar al último monje que lo acompañaba. La desconfianza era una canción que sonaba cada vez con más intensidad en la cabeza de la kitsune; sin embargo, no podía quitarse de la cabeza el hecho de que, si no hubiera accedido a ser transportada en palanquín, probablemente habría muerto en el caos de la emboscada.

De improviso, Kaito se acercó, con Ota a su espalda manteniendo su vigilancia, y se arrodilló frente a ella. Las llamas de la hoguera cercana iluminaban los tatuajes que decoraban los lados de su cabeza rapada, donde ahora crecía el pelo como briznas de hierba tupida. Aquello le quitaba un poco de fiereza a su rostro. Aunque no había arrogancia ni desafío en sus ojos, solo un sincero arrepentimiento.

—Kitsune, por favor, no pido nada más que una oportunidad para redimirme —comenzó, con la cabeza gacha casi apoyada en el suelo. Suki vio por el rabillo del ojo que el resto del grupo se asomaba desde la tienda, atentos a la súplica—. No espero que confíes en mí de inmediato, ni mucho menos que olvides mi pasado. Pero... no quiero que mi nombre quede grabado como el de un traidor. Lo que hice hoy... quiero que sea el primer paso hacia algo mejor.

Suki se quedó observándolo. Pero Noboru, que se había acercado al oírlos, alzó la voz antes que ella:

—¿Y crees que tienes derecho a pedir algo, después de burlar al ejército y desobedecer? Lo que mereces, Kaito, es una ejecución por

desobedecer una orden real. Has puesto en riesgo a la kitsune reiteradamente. Eso no tiene perdón.

Ota, que mantenía la serenidad como pocas personas, levantó la vista del suelo con enfado.

—Si Kaito no hubiera estado aquí hoy, probablemente estaríamos todos bajo la nieve. Muertos —dijo, marcando con contundencia la última palabra.

—Además... —dijo Suki, sacando con calma el amuleto de jade rojo que siempre llevaba al cuello, oculto bajo la ropa—. Me he dado cuenta de algo: si realmente hubiera querido hacerme daño, el Goryo ya lo habría eliminado. Al fin y al cabo, esa es la esencia de la promesa de lealtad, ¿no?

Los murmullos de aprobación no tardaron en llegar. Incluso un par de sirvientes que despellejaban conejos para la cena se detuvieron un momento para asentir con la cabeza. La Guardia Kitsune, alineada como un muro protector, mostraba claramente de qué lado estaban.

Noboru, dándose cuenta de que no había aliados que compartieran su postura, recorrió con los ojos a los presentes, buscando algún respaldo, pero encontró solo el peso de su propio aislamiento. Se enderezó, intentando recuperar algo de dignidad.

—Solo busco el bienestar de la kitsune —respondió con un tono más contenido—. Ahora no hay tiempo para discutir. Nos queda poco. Cuando enfrentéis el cuarto templo mañana, tan solo faltará la subida al Quinto Templo, pero llevará al menos dos jornadas completas. No podemos demorarnos ni un día más. No podemos permitirnos más retrasos. Debemos juntar provisiones y mantener el ritmo.

Suki no respondió de inmediato, pero la chispa de duda insistía en prender. Por otro lado, sabía que tenía razón en algo: no podían

permitirse más retrasos; y él no solo era el guía espiritual, sino también el guía en la montaña. Era el único que había estudiado todos los mapas durante años y conocía el camino.

Cuando Noboru se alejó, Kaito volvió a dirigir su mirada a Suki.

—Kitsune —rogó, con un deje de esperanza—. Mi lealtad está contigo. Mi sangre por el Imperio.

Sin decir nada más, bajó la cabeza, esperando redención.

Ella respiró profundamente antes de responder. Tras evaluar cada una de las miradas de las personas a su alrededor, le hizo un gesto para que se levantara.

—Te doy una segunda oportunidad, Kaito. Pero no la desperdicies. No habrá una tercera.

El guerrero, visiblemente conmovido, se levantó solo para hacer otra reverencia. Había dejado atrás aquella personalidad brusca que le servía de fachada; al menos, por el momento.

Mei y Haru, testigos de la conversación, intercambiaron una mirada cargada de entendimiento antes de dar un paso adelante. Con solemnidad, ambos colocaron una mano sobre sus pechos, realizando el juramento samurái. Kaito, sorprendido por el gesto, correspondió de igual modo.

—Aunque no dudemos ahora de tu lealtad a la kitsune —dijo Haru —, pienso que ocultar un pasado como ese sí fue una traición. Deberías haber sido honesto desde el principio.

Un asentimiento de Mei confirmó que el samurái hablaba por ambos. El rostro de la arquera aún seguía surcado de las finas líneas de sus uñas, que brillaban en forma de cicatrices. Si su aspecto ya era siempre serio, ahora se tornaba inquietante.

Ryuu, echando su larga melena hacia atrás, apuntó con su dedo a Kaito.

—Tu pasado es tu condena. Haz que tu futuro sea el juicio que te absuelva.

Suki tragó saliva ante aquellas palabras, sintiendo un escalofrío ante la seriedad con la que había hablado. Había algo en la gravedad de su voz, en la intensidad de su mirada, que la dejó momentáneamente sin aliento. Sus ojos se posaron en él, observando la ferocidad que emanaba de su porte: los rasguños en su rostro, la coleta alta con mechones oscuros y el brillo peligroso en sus pupilas. Era salvaje, imponente, y, por un instante, Suki no pudo apartar la vista.

El momento fue interrumpido cuando Ota, que había estado observando desde unos pasos más atrás, avanzó para poner fin a la conversación.

—Está decidido. Kaito se queda, pero eso no significa que no vayamos a ser cautelosos. El primer turno de vigilancia tras la cena lo haré yo con él. Mei, harás el segundo, y Ryuu tomará el relevo hasta el amanecer.

Mei asintió sin objeciones y Haru suspiró aliviado, feliz de poder descansar.

* * *

El cuarto templo era totalmente distinto a los anteriores. Este no se mimetizaba con la naturaleza ni ofrecía señales de la vegetación reclamando su territorio, sino que brillaba como una obra de arte esculpida en mármol. Las vetas rojas que surcaban la piedra blanca daban la impresión de que el edificio mismo sangraba. Tal vez fuera un presagio de lo que se encontrarían.

A medida que el grupo avanzaba en el frescor de la mañana, el aire se comenzó a llenar de un olor a azufre.

Con una cinta blanca cubriendo la herida en su sien, unida a otra anterior, Suki caminaba al frente del grupo. Aunque el golpe en el palanquín no había sido grave, la punzada constante en su cabeza le recordaba lo frágil que podía ser todo. Sus ojos naranjas, ahora más vivos gracias a la transformación parcial, captaban cada detalle del entorno.

Pasaron bajo las enormes puertas principales, esculpidas con patrones intrincados que parecían llamas devorando el cielo. El suelo, liso como el cristal, reflejaba los colores rojos y naranjas que bailaban en las paredes. Tras cruzar un segundo arco, el grupo emergió en un patio descubierto. La temperatura subió de golpe.

El espacio estaba rodeado por altos soportales sostenidos por columnas monumentales, cada una pintada de un rojo tan intenso que parecían moverse. Había algo inquietantemente bello en el lugar.

—Esto no es pintura —observó Haru al acercarse a una. Tocó una columna con cuidado, solo para retirar la mano de inmediato con un gesto de dolor—. Es... ¿fuego?

—Lava volcánica —confirmó Sangreluna—. Deduzco que estamos en la guarida de un Tengu.

—Sí que lo es —asintió Suki.

Desde el centro del patio, donde descansaba una figura roja sobre un pedestal también marmóreo, se alzó un sonido grave. La kitsune dio un paso atrás en respuesta al temblor del suelo. La temperatura seguía subiendo, y un sudor frío le recorrió la espalda.

—Un Tengu... —repitió Mei mientras ajustaba su máscara—. He oído historias sobre estas criaturas. En mi tierra los llaman «el castigo de los arrogantes». Atacan a los débiles de corazón... o a los que se creen invencibles.

—Entonces..., ¿no son del todo malignos? —preguntó Haru.

—No importa lo que parezcan —advirtió Sangreluna, rompiendo cualquier atisbo de esperanza—. En su esencia siempre subyace la sangre demoníaca. Jamás confíes en un yokai, Haru, y mucho menos en un maestro de la guerra como este.

—Armas listas —dijo Kaito poniéndose al frente—. No nos separemos, y no bajéis la guardia.

El grupo avanzó en formación cerrada hacia el pedestal central del patio. En el corazón de aquel espacio envuelto en calor sofocante, la figura alada permanecía inmóvil.

Cada miembro del grupo estaba armado hasta los dientes. Desde *shurikens* hasta dagas, repartidas por los innumerables bolsillos de sus uniformes. Incluso Suki, que apenas había tenido tiempo para practicar con las pequeñas estrellas afiladas, portaba algunas de ellas.

Empezó a oírse una respiración rítmica. Era un aliento regular, grave y pausado, pero tan vibrante que parecía provenir de algo inmenso.

Cuando estuvieron a unos metros del objetivo, giraron para encarar lo que los esperaba allí. La figura roja abrió los ojos de inmediato. Dos orbes amarillos como brasas encendidas fulguraron, iluminando el espacio a su alrededor. Con un movimiento que pareció rasgar el aire, la figura se alzó, desplegando dos enormes alas de plumas negras que se abrieron como abanicos devoradores de luz.

Cuando se extendieron por completo, el grupo sintió un golpe de viento caliente que los hizo retroceder un paso. Definitivamente no era una estatua. Era una criatura de casi tres metros de altura, con un rostro alargado y una nariz que sobresalía en proporciones descomunales. Portaba una armadura que parecía estar forjada en

magma solidificado, y empuñaba una lanza *naginata* cuya hoja curva, que coronaba el palo de madera, brillaba al rojo vivo.

Instintivamente, Suki llamó a su kitsune interior. La respuesta fue inmediata: un calor familiar recorrió su cuerpo y, al instante, sintió que aparecían los rasgos característicos.

—Hmmm... Hola, humanos —dijo el Tengu con tono nasal mientras se desperezaba—. Qué inconveniente vuestra llegada. Parece que hoy no podré disfrutar de mi descanso.

El yokai descendió del pedestal con una gracia maliciosa. De cerca, la criatura era aún más imponente: sus piernas largas y musculosas terminaban en garras negras como la obsidiana, y sus brazos, cubiertos de un plumaje denso, parecían capaces de desgarrar incluso el metal.

Cada pisada hacía estremecer el terreno. Ryuu, junto a Suki, lejos de amedrentarse, dejó que una sonrisa confiada se dibujara en su rostro.

—Chicos, escuchad. Me he enfrentado a varios Tengu antes. Solamente tenemos que arr...

El yokai lo interrumpió con un chasquido de sus largos dedos. El suelo bajo sus pies vibró como si respondiera al llamado del demonio, y un círculo de unos diez metros de diámetro se trazó alrededor de ellos con un resplandor carmesí. Parecía un campo de batalla marcado por el mismo infierno.

—No tan rápido, samurái —interrumpió el Tengu, agitando sus alas de cuervo—. Las reglas aquí son distintas. No necesito más sangre sobre esta piedra, solo entretenimiento. Uno de vosotros deberá enfrentarse a mí en combate singular. Sin armas, sin acero. Lucha cuerpo a cuerpo.

El grupo intercambió miradas tensas mientras procesaban lo que acababan de escuchar. Mei fue la primera en protestar.

—¡Eso es una locura! ¿Esperas que alguno de nosotros venza sin armas contra... eso? —Señaló las enormes garras del yokai y sus alas, que parecían capaces de golpear con la fuerza de una tormenta.

El Tengu no pareció inmutarse por la indignación de la arquera. En su lugar, se giró hacia Suki; sus ojos amarillos destellaron con una curiosidad insidiosa.

—¿Por qué no lo intentas tú, pequeña kitsune? ¿Eres tan poderosa como dicen tus leyendas?

Suki intentó mantener la compostura, pero el Tengu no le dejó margen para reaccionar. Giró su cuello de forma antinatural y acercó su rostro al de ella. Su aliento cálido, con un leve aroma a azufre, rozó su piel. Ante la cara de terror de la kitsune, dejó escapar una risa nasal que transmitió oleadas de ecos por el patio.

—Entonces, ¿quién será el valiente que intente arrebatarme esto? —preguntó el Tengu, sosteniendo entre sus largos dedos una llave. Pendía de un cordón negro en su cuello, y su resplandor parecía fundirse con la piel del ser.

Fue Ryuu quien dio el primer paso hacia el círculo con su mirada fija en el yokai.

—Lo haré yo.

Sin embargo, antes de que pudiera dar otro paso, Kaito se movió con rapidez. Colocó una mano firme sobre el hombro de su compañero y lo detuvo.

—No, Ryuu. Esta vez, seré yo. Yo lucharé por Suki.

Ryuu se giró para confrontarle, pero el samurái no se lo permitió.

—Estáis agotados, heridos, débiles. Habéis enfrentado más templos que yo y... Algo me dice que mi destino era enfrentarme a este desafío. Recuperaré la confianza perdida, tan solo permitidme que esta sea la forma.

Suki observó la escena, indecisa. Sus ojos buscaron a Ryuu, esperando su reacción. Su propia decisión dependía en parte de lo que él dijera o hiciera. Luego, miró hacia Haru y Mei, quienes intercambiaron una breve mirada antes de asentir, como si quisieran transmitir que el guerrero merecía esa oportunidad.

Ryuu soltó un leve suspiro y habló a Kaito con seriedad.

—La vida rara vez da segundas oportunidades, pero hay que ser muy valiente para buscarlas a pesar de todo. Honra tu perdón.

Kaito asintió, se despojó de la capa superior de su uniforme y la arrojó al suelo. Su torso quedó al descubierto, marcado por cicatrices y músculos que hablaban de años de combate y resistencia. El calor era abrumador, con las llamas reflejándose en las vetas rojas del mármol, y el sudor no solo corría por la espalda de Suki, sino que perlaba la frente de todos. Kaito se abrochó las placas de la armadura directamente sobre su piel desnuda; aunque el calor era sofocante, la protección era indispensable.

—Así que este es mi oponente, ¿eh? —se burló el Tengu con una sonrisa torcida—. Muy bien, humano. Veamos si puedes entretenerme.

33



El enorme demonio extendió sus alas llenando el aire con un aleteo seco. El viento que generó agitó la ropa de todos los presentes y levantó pequeñas volutas de humo del círculo de fuego que los rodeaba.

—Presta atención, humano —advirtió el yokai—, aquí solo hay una regla: sin acero. Ah, y... no puedo prometer ser misericordioso.

—No necesito tu misericordia —respondió desafiante el samurái.

Suki sintió una punzada de miedo al observar a Kaito adoptando una postura defensiva, con los puños levantados y los pies firmemente plantados en el suelo. El contraste entre ambas figuras era abrumador. No pudo evitar que le temblaran las manos, trasluciendo el miedo que sentía por su guardia.

—Los Tengu son menos temibles de lo que parecen. Son fuerza bruta y arrogancia, pero la estrategia no es su fuerte —la tranquilizó

Ryuu.

Aquello apaciguó un poco la inquietud de Suki. Miró a Kaito nuevamente, ahora con una pizca de esperanza.

El Tengu avanzó con lentitud; sus garras rozaban el suelo de mármol y soltaban chispas que bailaban en el aire cargado de calor. Parecía disfrutar prolongando la expectación. Luego, sin previo aviso, atacó con un salto que dejó un rastro abrasador. Kaito apenas tuvo tiempo de esquivar, rodando hacia un lado para evitar el impacto de las garras del yokai.

—¿Prohíbes el acero y te vales del fuego? ¡¿Esa es la lucha justa que predicas, monstruo?! —bramó el samurái, con la mirada fija en las peligrosas llamas.

El ser de piel roja respondió con un golpe seco contra el suelo, que se agrietó bajo su fuerza descomunal.

—No te falta razón —admitió con voz grave—. Luchemos de manera justa.

Al terminar de hablar, el calor abrasador que los envolvía comenzó a disiparse, y la temperatura descendió drásticamente, llenando el aire de una calma sofocante.

—¡Vamos, Kaito! ¡Tú puedes! —gritó Haru, apretando los puños con fuerza.

Kaito aprovechó el despiste momentáneo para lanzar un golpe directo al torso de su oponente. Su puño se encontró con una resistencia casi pétrea, pero el impacto hizo que el yokai retrocediera un paso.

—Nada mal para un humano —comentó el Tengu, tocándose el lugar del golpe como si evaluara el daño.

La criatura chasqueó la lengua con irritación y, sin previo aviso, desplegó sus alas con tal fuerza que el viento azotó a Kaito y lo hizo trastabillar hacia atrás. Aprovechando su momentánea pérdida de

equilibrio, el Tengu se deslizó con una rapidez imposible y lanzó un rodillazo brutal al estómago del guerrero. Kaito sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones, pero logró articular algo:

—Tram... poso...

—Oh, disculpa —respondió el Tengu con una sonrisa ladeada—, no mencionaste nada sobre las alas.

—¡Sé tan honrado como exiges de los demás, yokai! —espetó Suki desde la distancia, indignada.

Antes de que Kaito pudiera recuperarse, el Tengu giró sobre su propio eje y asestó un golpe descendente con ambas manos, como si intentara aplastarlo contra el suelo de mármol. Él reaccionó en el último instante, rodando de lado y lanzando una patada ascendente que impactó justo en la articulación de la pierna del yokai.

—Ni haciendo trampas podrás conmigo —aseguró el chico.

La criatura emitió un siseo agudo. Aceptaba el desafío.

La batalla cobró intensidad rápidamente. Kaito, aunque en clara desventaja física, compensaba con agilidad y estrategia. Calculaba cada movimiento y caída, cada esquive. Incluso cuando el yokai logró asestarle un golpe que lo hizo caer al suelo, el chico se levantó con una sonrisa desafiante.

La kitsune sentía el gran peso de la responsabilidad otra vez sobre sus hombros. No podría soportar que muriera por ella, pero admiraba lo dispuesto que estaba a obtener su perdón. Incluso Ryuu, a pesar de sus reservas, no podía ocultar un atisbo de respeto en su mirada.

—Se acabaron los preámbulos, humano —rugió el monstruo levantando la nariz—. Mi paciencia se agota.

Kaito no se dejó amedrentar. Corrió hacia él y saltó lanzando un golpe directo al estómago de la criatura, que giró sobre sí misma, esquivando el ataque y contratacando con una patada que impactó

en el costado de Kaito y lo envió al suelo peligrosamente cerca de las llamas.

—Demasiado lento —se rio, avanzando hacia él.

El guerrero tatuado se levantó, alejándose del fuego crepitante, y esquivó una serie de ataques encadenados que parecían una danza letal. No buscaba igualar la velocidad de la criatura; estudiaba cada uno de sus ataques, desmenuzando el patrón para hallar la abertura perfecta.

Suki se concentró en los movimientos del yokai y notó que, del lado izquierdo, siempre alzaba mucho más el brazo, un hueco perfecto para impactar en sus costillas. Era un margen diminuto, pero suficiente. Esperó que Kaito también lo hubiera percibido. El guerrero, que no dejaba de burlar los ataques de la criatura, consiguió colarse en su guardia. En cuanto el Tengu volvió a lanzar su combinación de puñetazos, Kaito se movió como un resorte. Su talón voló directo al punto vulnerable e impactó de lleno.

El yokai se retorció de dolor, pero la victoria tuvo un precio. Con un giro impredecible, lanzó una dentellada que atrapó el codo de Kaito, haciéndole chillar de dolor y constriñendo el corazón de la kitsune.

—¡Kaito! —gritó Mei, dando un paso hacia delante, pero Ryuu se interpuso.

—Es su lucha —dijo el samurái con seriedad, aunque su mano apretaba el mango de Sangreluna a punto de traicionar sus propias palabras.

Con una energía que nadie supo de dónde provenía, Kaito agarró la nariz del yokai y, sosteniéndola con su puño libre, comenzó a lanzar patadas contra su pecho en un remolino imparable. Golpe tras golpe. Nadie dijo una palabra al ver cómo el brazo mordido colgaba inútilmente, igual que el de un muñeco roto. Nadie osó interrumpir

cuando, a pesar de ello, el chico se abalanzó hacia el cuello del Tengu y le arrebató la llave que colgaba de él. Y, por supuesto, no se atrevieron a comentar nada cuando la lanzó en un movimiento triunfante y cayó al suelo al mismo tiempo que él.

Con un rugido de furia, el demonio se tambaleó sobre sus propias patas, hundiendo su rodilla en el suelo para no caer.

El grito de dolor de Kaito fue mayor. No reunía el valor ni la fuerza de mirar el estado de su brazo, y se dejó caer en el suelo para recuperar el aliento.

El yokai, aún tambaleante tras el combate, subió a su pedestal y dejó caer las alas con un suspiro pesado.

—Humano... —murmuró con voz rasposa, con su silueta desdibujándose poco a poco—. Eres más fuerte de lo que aparentas. Has demostrado tu valía. —Su cuerpo comenzó a desvanecerse en una bruma rojiza y su voz resonó con una risa seca y burlesca—. Pero la victoria no os dará un camino fácil.

Entonces, antes de desaparecer por completo, golpeó el suelo con toda su furia. La piedra crujió como si estuviera viva cuando, en un abrir y cerrar de ojos, enormes grietas se extendieron como venas hacia el grupo. El mármol rojo se resquebrajó y, desde las profundidades, un resplandor anaranjado emergió con un calor sofocante. El sonido de la roca cediendo y la lava ascendiendo llamó al pánico.

Las grietas se expandieron como una telaraña maldita, el mármol rojo se fracturó bajo sus pies, y el suelo comenzó a colapsar en bloques flotantes de piedra que se bamboleaban al filo de la destrucción sobre una lava burbujeante que emergió desde las profundidades, ansiosa por devorarlos.

Todos se tambalearon sin saber dónde agarrarse para no caer.

—¡Los soportales! —gritó Suki, con la voz cortando el caos—. ¡Es la única parte que no se está hundiendo, tenemos que llegar allí!

Pero el verdadero problema era Kaito.

Su brazo derecho colgaba inerte, despedazado y retorcido, con huesos visibles a través de la carne destrozada. La sangre manaba en torrente y formaba un charco a su alrededor que se mezclaba con la piedra roja.

—¡Maldición! —exclamó Haru ya junto a él, sin saber por dónde presionar la herida—. ¡No podemos moverlo así, está perdiendo demasiada sangre!

El suelo se quebró en más pedazos con un estruendo, y una gran sección del templo se hundió, dejando al grupo atrapado en una plataforma casi flotante, el fragmento más grande que aún resistía. Pero no duraría mucho.

—¡Tenemos que cruzar ya! —exclamó Mei.

No tuvo otra opción que moverse al ver cómo se desprendía el suelo sobre el que estaba. En un movimiento ágil, aprovechó el impulso de la inclinación y saltó hacia los soportales. Sus pies alcanzaron la seguridad antes que nadie.

—¡Ryuu, ayúdame! —Suki tomó una decisión en ese instante—. Tengo una idea. Toma a Kaito y salta. Ya. Te ayudaré a cruzar.

El samurái asintió con rapidez, confiando en la kitsune. Se agachó y tomó el cuerpo de Kaito en sus brazos, empapándose en su sangre caliente. La tela rasgada de su uniforme se tiñó de escarlata mientras aseguraba su agarre de la forma que pudo, no sin dolor para el herido.

Suki flexionó las piernas, sintiendo la energía fluir por cada fibra de su cuerpo.

—Voy a impulsarte para que llegues, ¿de acuerdo? Tan solo salta.

Algo más de tres metros los separaban de la zona segura, pero el samurái obedeció, casi sin carrerilla y gracias a los firmes músculos de sus piernas, se lanzó al aire.

Sin dar tiempo a dudas y con un gemido de esfuerzo, Suki embistió por detrás con toda la suavidad que pudo y con la potencia de su nuevo poder kitsune.

El salto fue brutal. Ryuu voló por los aires, con Kaito firmemente sujeto entre sus brazos, y aterrizó al borde de los soportales. Su pie derecho tocó el suelo seguro... pero el izquierdo quedó fuera.

Gritó al sentir que el peso de Kaito lo arrastraba hacia atrás. La gravedad iba a ganar ese combate.

—¡Suki!

Ella había tenido que retroceder para coger impulso, lo que había sido una pérdida de tiempo. No iba a llegar.

Antes de que fuera demasiado tarde, Mei tiró de los brazos de Ryuu, poniéndolos a salvo.

La kitsune, viendo que cada vez el espacio que la alejaba de la seguridad era mayor, saltó. Los nervios de ver a Ryuu al borde de la muerte la habían despistado y el vacío se abrió bajo ella.

Tal vez había sido demasiado confiada. Demasiado ingenua. Un metro la separaba del suelo estable y no iba a llegar; la parábola de su salto ya iba en descenso cuando la lava reflejó su figura en un brillo rojo abrasador. Como el de la sangre. Como el de la muerte.

Pero su nuevo instinto de zorro divino se activó y su cola se disparó hacia delante.

Se enroscó con tenacidad alrededor de una de las columnas de los soportales y la sostuvo con toda su fuerza.

Detuvo su caída, pero el tirón la hizo chillar de dolor. Aún no estaba a salvo. Sentía cómo los músculos de su espalda se tensaban

al máximo mientras la piel de su cola se abrasaba con el calor de la columna y con el esfuerzo de sostener su propio peso.

—¡Suki, aguanta! —Ryuu intentó incorporarse, depositando a Kaito con cuidado sobre el suelo.

Ella, con los dientes apretados, forzó a su cuerpo a moverse. Usando su nuevo apéndice como ancla, se balanceó para darse impulso y se lanzó hacia delante en un último esfuerzo para aterrizar de rodillas junto a Ryuu.

Estaban a salvo.

O, al menos, lo estarían si lograban estabilizar a Kaito.

Haru, por su parte, saltó de pedazo de piedra en pedazo de piedra. Antes del último brinco, miró a su alrededor, evaluó la distancia, y saltó sin ceremonias.

Pero no estaba del todo recuperado. Su pie no se apoyó como debería y su peso se inclinó peligrosamente hacia atrás.

Suki vio que algo caía junto a él.

Su sombrero.

Lo vio descender a cámara lenta, flotando suavemente hasta tocar la superficie de la lava. En cuanto la paja trenzada rozó el fuego líquido, comenzó a chamuscarse. Haru gritó con frustración, se agarró con una mano a la orilla y alcanzó el gorro con el último empujón de fuerza que le quedaba antes de que quedase inservible.

—¡No pienso morir sin sombrero! —soltó, jadeando.

No hubo tiempo para celebraciones.

La luz rojiza de las columnas se apagó lentamente, devolviendo el entorno a un tono más apagado, casi grisáceo.

—Kaito... —susurró Suki, llevándose una mano a la boca, horrorizada por el estado en que se encontraba.

Él regresó a la consciencia y sonrió débilmente, con una mezcla de orgullo y resignación.

—Casi... no siento nada. He perdido el brazo..., y tal vez la vida..., pero mi honor... Mi honor no se lo lleva la muerte. Por ti lo que sea, kitsune..., por tu ascenso.

Mei y Haru le sujetaron cada uno por un lado como pudieron para que no perdiera el sentido. La arquera, con lágrimas contenidas, colocó un brazo bajo sus hombros mientras Haru presionaba la herida con un trozo de tela de su camisa.

Suki miraba a Ryuu sin saber qué hacer; no podía permitir que alguien que había luchado por ella muriera así.

—¡Está perdiendo demasiada sangre! —dijo Haru con voz rota—. ¡Tenemos que hacer algo!

Un brillo violeta bañó a todos los presentes.

—Debemos actuar de inmediato si queréis que viva —dijo Sangreluna—. Su herida debe cauterizarse. Para ello hay que cortar el brazo por completo. La amputación es la única forma de detener la hemorragia y evitar la infección.

Ryuu apretó los dientes, mirando la espada que sujetaba con gesto vacilante.

—¿Cortar el brazo? —repitió Haru, incrédulo, mientras apretaba con fuerza la tela sobre la herida.

—Morirá en minutos si no frenamos el sangrado —insistió Sangreluna—. Mi hoja puede estar lo suficientemente caliente como para sellar la herida al instante. Pero cada segundo que perdemos lo acerca más a la muerte.

Suki tiritaba a pesar del calor, dominada por el miedo y la culpa ante lo que estaba sucediendo.

—Ryuu. Por favor, hazlo. Sálvalo.

Él asintió. Miró a Kaito, que, a pesar del sudor que le bañaba el rostro y el dolor evidente, consiguió esbozar una tenue sonrisa. Un

arma creada para segar vidas, ahora destinada a salvar una. La ironía no se le escapaba a la kitsune.

—¿Listo para otra cicatriz? —le preguntó Ryuu, intentando aligerar el ambiente.

Kaito asintió, su voz ronca por el esfuerzo.

—Hazlo rápido.

Ryuu colocó otro trozo de tela entre los dientes del herido y sostuvo a Sangreluna con ambas manos. Miró de nuevo a Kaito durante dos segundos y, con un movimiento rápido y certero, cortó el brazo destrozado justo a la altura de la articulación. El siseante sonido del acero encendido atravesando la carne fue apagado por un grito desgarrador, pero Ryuu no se detuvo. Giró la espada inmediatamente. Sangreluna destelló con un fulgor violeta que iluminó los rostros tensos del grupo. Al contacto de la extremidad con la parte plana de la hoja, un humo espeso y negro comenzó a elevarse, acompañado del olor acre a carne quemada. El sonido de la piel burbujeando y sellándose era tan visceral que Mei y Haru, incapaces de soportarlo, apartaron la mirada, a punto de vomitar. Suki, por su parte, se obligó a mirar; era lo mínimo que le debía al guerrero.

Sostuvieron el cuerpo de Kaito por la espalda mientras este se agitaba en espasmos involuntarios hasta que se desmayó de puro dolor.

34



–Dime qué necesitas —le ofreció Haru a Suki, arrodillado frente a ella y sacudiéndose los copos finos de nieve que se enredaban en su flequillo desordenado.

—Tráeme mi bolsa marrón —pidió la kitsune—. En la que tengo todos los frascos.

Ryuu había depositado el cuerpo inerte de Kaito sobre un futón fuera de la tienda, junto al fuego. Suki estaba tapando el cuerpo de su guardia con dos mantas cuando recibió la bolsa. Buscó con urgencia algo que lo ayudase.

Noboru avanzó hasta contemplar desde una esquina, tal vez dando un margen prudencial para que todos se calmaran.

—Necesitamos reducir la inflamación, antes de nada —ordenó Suki, mientras sacaba un frasco que contenía un ungüento verdoso y

lo destapaba rápidamente. Añadió un par de gotas de un líquido transparente y trituró unas hojas con movimientos acelerados.

—El frío hará su parte; al menos, tenemos eso de nuestro lado —dijo Ryuu, sentándose cerca para recuperar el aliento.

El sonido de madera chocando tras ellos reveló que Ota, siempre práctico, estaba comenzando a recoger y organizar.

—¡No podemos perder más tiempo aquí! —vociferó, dirigiéndose a los pocos ayudantes que quedaban—. ¡Junta esos troncos y átalos bien! ¡Tú, ven aquí, necesitamos revisar el equipo de escalada ahora mismo!

Con un sudor nervioso cayendo por sus sienes, Suki aplicaba con cuidado el antiinflamatorio sobre la herida de Kaito. Su expresión era de concentración absoluta mientras extendía la mezcla sobre la piel ennegrecida y la envolvía con vendas limpias. Luego, pidió que lo incorporaran ligeramente para poder colocarle un pañuelo húmedo sobre las vías respiratorias con una sustancia que le ayudaría a recobrar la conciencia.

—Kaito no puede seguir adelante en estas condiciones —sentenció por fin el monje—. Es un riesgo, tanto para él como para todos nosotros. No podrá completar el ascenso.

—Necesitamos a todos... —Suki levantó la cabeza bruscamente cuando un murmullo débil cortó el aire.

—No me pienso quedar —susurró Kaito con la poca fuerza que tenía.

Abrió los ojos con dificultad, y, a pesar de que su rostro estaba pálido y cubierto de sangre, su expresión mostraba una obstinación feroz. Con un esfuerzo que parecía sobrehumano, levantó ligeramente la cabeza y fijó su mirada en Suki.

—Subiré con la kitsune..., aunque me cueste la vida.

Noboru frunció el ceño, y Haru soltó una risa amarga.

—Al final sí que te va a costar la vida si sigues forzándote así —dijo el muchacho del sombrero acercándose más a él.

—No seas insensato —declaró Noboru—. En tu estado, no durarás ni una hora en la próxima etapa del ascenso. Y no vamos a arriesgarlo todo por una necedad.

Sin prestar mucha atención a la negativa de su tío, Suki echó una cucharada de miel a un cuenco lleno de hierbas y buscó un pellejo de agua para completar la infusión antes de calentarla.

—Entonces nos aseguraremos de que no sea una necedad —replicó sin mirarle—. Si Kaito dice que puede continuar, lo hará. Le necesitamos. No hay otra opción. Pero a partir de ahora, debemos viajar más ligeros. Dejad todo lo que no sea esencial. Solo llevaremos lo imprescindible.

Con un gesto de incomodidad, Noboru se levantó y se marchó.

¿Por qué se oponía? ¿Siempre tan obstinado con la profecía y ahora no veía que necesitaban su alma para llegar al quinto cielo?

No hubo objeciones de parte del resto. Trabajaron en silencio durante la siguiente hora, pero no tardaron en darse cuenta de que no estaban preparados físicamente para continuar.

Todos necesitaban descansar para curar sus heridas o simplemente para recuperar horas de sueño antes de afrontar el verdadero desafío.

Así que, tras una noche de descanso esencial para recuperar algo de vitalidad, el amanecer se los encontró dejando atrás las tiendas, las provisiones más pesadas y cualquier cosa que no fuera vital para la subida. Los caballos se quedarían en el campamento, resguardados lo mejor posible. Cada uno cargaba con dos sacos de dormir, algo de leña seca para las hogueras y picos de escalada. Las reservas de alimento y las armas esenciales iban atadas firmemente

a sus cuerpos, junto con capas gruesas de abrigo que apenas les permitían moverse.

—Esto va a ser un infierno gélido —dijo Ryuu, ajustándose las correas de las botas armadas con pinchos que ahora parecían su única defensa contra el hielo—. A partir de ahora, la montaña será nuestro peor enemigo.

Un total de siete personas alcanzarían el quinto cielo: Suki, su guardia, Ota y Noboru quedaron como los últimos en enfrentarse al monte Tenjou.

El equipaje de Kaito y de Ota fue distribuido entre el grupo para que el general del ejército imperial pudiera llevar al herido sobre su espalda. El guerrero oscilaba entre la inconsciencia y el dolor, pero se aferraba con empeño a su decisión de continuar.

Noboru repasó la ruta sobre su último mapa antes de liderar la marcha. Su bastón le servía de ayuda para subir por el terreno cada vez más traicionero. El frío no hacía concesiones; mordía con cada ráfaga de viento, que parecía traer cuchillas invisibles. A medida que ascendían, el aire se volvía más delgado, haciendo de cada respiración un esfuerzo y convirtiendo el silencio en un peso compartido. La pendiente era cada vez más traicionera, con grietas ocultas bajo la nieve endurecida y rocas resbaladizas que los ponían a prueba constantemente.

A lo lejos, la imponente pared de hielo que los separaba del último templo brillaba bajo la luz tenue del atardecer. Aún parecían faltar varias horas para alcanzar el enorme muro, y nadie decía una palabra. Suki temía que, si abría la boca, se le congelase la saliva a pesar de llevar capas y capas de ropa, bufandas y gorros para cubrirse.

Cuando la carga del cansancio se volvió insoportable y las sombras comenzaron a devorar el poco resplandor que quedaba,

encontraron un pequeño refugio: una gruta en un saliente rocoso. No hizo falta que nadie lo sugiriera. Como si una voluntad común los impulsara, todos se dirigieron hacia allí y dejaron caer lo que portaban sobre el suelo helado. Incluso Kaito, que bajó de la espalda de Ota con un quejido ahogado de dolor, pareció aliviado por la pausa.

Aunque la roca era fría e inhóspita, ofrecía algo de protección contra el viento helado que rugía fuera. Haru y Ota se agacharon junto al montón de leña seca que habían traído consigo, intentando encender un fuego.

—¿De verdad sabes lo que estás haciendo? —preguntó Ota con una ceja alzada, observando cómo Haru peleaba con el pedernal.

—Por supuesto. Solo estoy... evaluando mi estrategia —respondió el chico con una sonrisa nerviosa insistiendo una y otra vez. De pronto, saltó una chispa que prendió en las ramas más pequeñas.

Ota dejó escapar un suspiro y comenzó a soplar con cuidado sobre las llamas incipientes hasta que el fuego creció lo suficiente como para iluminar el interior de la gruta. La luz tenue transformó el espacio. Las sombras danzaban sobre las paredes rocosas, y el calor, aunque leve, comenzó a mermar el frío implacable que los había acompañado durante todo el día.

Sin intención de colaborar, Noboru tomó asiento cerca de la entrada, con las piernas cruzadas y el bastón descansando sobre su regazo. Cerró los ojos y adoptó una postura de meditación.

Suki lo observaba de reojo, pero pronto apartó la mirada hacia Mei, quien parecía perdida en sus propios pensamientos.

—Voy a buscar un lugar..., ya sabes —dijo en voz baja, señalando con la cabeza hacia abajo.

Mei entendió de inmediato.

—No os alejéis demasiado —les advirtió Ryuu, que había avanzado hasta el lado de Suki—. Yo voy a examinar los alrededores.

Cuando la kitsune giró la cabeza para responderle, sus ojos se encontraron con los de él, y la atraparon en un momento de intensidad que no había anticipado.

—Humm..., Ryuu —empezó ella, vacilante.

—Dime, ¿necesitas algo?

Un impulso hizo que la mano de Suki se posara sobre el pecho del samurái. A pesar de que estaba cubierto de capas y capas de tela que se interponían entre su piel y la de la kitsune, el gesto llevaba consigo una calidez que ambos percibieron. Durante un instante, las palabras quedaron suspendidas entre ellos.

—Ten cuidado y no te alejes —murmuró al fin Suki.

—¿Te preocupas por mí?

Ella bufó.

—Me preocupo por todos los miembros de mi guardia.

Ryuu dio un respingo vagamente disimulado.

—Entonces es un alivio saber que cuento con la misma preocupación que Haru y Mei.

—Exactamente la misma —respondió ella con demasiada rapidez.

—¿Aunque haya ocultado ciertas cosas?

—Sí.

—¿Aunque tu tío desconfíe de mí?

—Sí.

—¿Aunque...?

—Sí, Ryuu —espetó Suki, finalmente mirándolo a los ojos—. Aunque seas irritantemente misterioso, aunque tomes decisiones sin consultarme, aunque a veces parezcas demasiado tranquilo cuando las cosas se desmoronan. Me preocupo por ti, ¿vale?

Ryuu pareció sorprendido ante su intensidad, y, sin rastro de duda en su gesto, subió la mano para cubrir la de ella. Sus ojos permanecieron conectados, y, por un instante, el frío del exterior dejó de existir. Apretó sus dedos.

—Ejem.

Mei tosió justo al lado de ellos, rompiendo el momento como si cortara un hilo invisible.

Ambos se separaron rápidamente, girándose en dirección opuesta con incomodidad. Suki, con las mejillas encendidas, se dirigió hacia la arquera mientras Ryuu se ajustaba la capa con firmeza.

—Voy hacia el oeste, a ver qué encuentro —anunció el samurái, sin mirar hacia atrás.

Apenas había dado unos pasos cuando Mei le dio un codazo a su protegida.

—Conque te preocupas por él, ¿eh? —insinuó destilando ironía.

—Cállate —soltó Suki, pero la media sonrisa que acompañó sus palabras solo avivó la diversión de Mei.

* * *

El eco de sus voces se perdió en el aire mientras Ryuu se alejaba. Frente al horizonte donde el sol se escondía, el samurái no pudo evitar regresar a aquella mirada intensa, a la calidez de su mano, que había sentido incluso a través de las capas... Había algo... Tragó saliva, intentando sofocar el calor que crecía en su interior, y se concentró en el camino.

Las nubes se habían desplazado hacia abajo, como un manto de algodón que ocultaba el mundo inferior, y el último destello del sol teñía el cielo de pinceladas rosadas y naranjas. Era un espectáculo casi irreal, un respiro de belleza en la adversidad.

Ryuu llegó a un risco que ofrecía una vista despejada del mar de nubes. Se quedó en aquel balcón natural, dejando que la brisa congelada despeinara su cabello. Su respiración formaba pequeñas volutas de vapor que desaparecían al instante en el aire helado. Lentamente, desenvainó a Sangreluna y la sostuvo frente a él. La hoja destelló, devolviéndole su propio reflejo. En ese espejo frío y metálico, Ryuu vio su rostro: cansado, con ojeras enmarcando sus ojos y con rastros de pequeñas contusiones y cortes. Pero las heridas físicas eran lo de menos. Lo que realmente sangraba estaba oculto, enterrado profundamente en su interior.

—No puedo hacerlo, Sangreluna —susurró, conteniendo un nudo que apretaba su pecho—. No voy a ser capaz de cumplir esta misión.

La espada se tomó su tiempo. Ryuu cerró los ojos, esperando, pero lo único que escuchó fue el eco de su propia respiración irregular. Tras unos segundos, la voz de Sangreluna se filtró en su mente.

«Claro que puedes hacerlo. Siempre has cumplido tus misiones, nunca has fallado. Por eso te eligieron a ti».

Ryuu exhaló con fuerza y clavó la espada en el suelo helado con un movimiento decidido. El crujido de la nieve al romperse bajo la hoja resonó a su alrededor, como si el paisaje mismo reaccionara a su frustración.

—Lo sé. Pero esta vez es distinto. Esta vez... hay mucho más en juego. No se trata solo del Imperio, sino... —Hizo una pausa, las palabras atascadas en su garganta.

La espada soltó un sonido que parecía una mezcla entre un suspiro y una risa burlona, una vibración que solo él podía entender.

«Admitámoslo, chico. Lo que hay distinto aquí no es el Imperio, ni siquiera el peso de la misión. Es tu corazón. Son tus sentimientos.

Algo que te enseñaron a reprimir durante años y que ahora te está jugando una mala pasada».

Ryuu se pasó una mano por el cabello. Se sentó junto a la espada como si fuera una vieja compañera. Dejó que los colores del cielo fueran un bálsamo. El viento helado arañaba su piel, pero el calor interno que sentía era mucho más abrasador.

—No es solo eso —continuó, aunque sabía que Sangreluna no se tragaría esa mentira.

—Claro que lo es —habló en voz alta para dar más peso a sus palabras—. ¿Qué otra cosa podría ser? Si no quieres admitirlo, no lo hagas... Pero esta misión debes cumplirla.

El samurái apoyó los codos en las rodillas y dejó caer su cabeza.

—Sé que no puedo fallar. Sé lo que hay en juego. Pero tampoco puedo...

—Tampoco puedes herirla, ¿verdad?

—No sé si estoy haciendo lo correcto. Por primera vez en mi vida, siento que no estoy seguro de nada.

El silencio que siguió fue más pesado que cualquier respuesta. Finalmente, la espada habló de nuevo, con una ironía amarga.

—Bienvenido al mundo de los mortales, chico —dijo con un deje de ironía—. Pero recuerda: no importa cuántos sentimientos nublen tu juicio, la misión sigue siendo la misma. La traición ya mancha tu honor, ahora solo tienes que elegir a quién traicionas.

Ryuu se permitió unos minutos de reflexión, contemplando cómo el sol besaba las nubes en su despedida, como si el astro rey pudiera despejar su incertidumbre. Cuando regresó a la gruta, lo hizo con una decisión tomada.

* * *

La primera claridad del día apenas delineaba los pinos lejanos cuando comenzaron a prepararse para el ascenso. Los restos del desayuno, un breve bocado para mantener las fuerzas, quedaron junto con los leños sobrantes en la gruta. Noboru, inusualmente activo, se movía entre ellos asegurando arneses, revisando picos de escalada y ajustando nudos como si cada detalle fuera cuestión de vida o muerte. Suki percibió que Mei lo observaba con una mirada escéptica, pero no dijo nada.

Tras una hora de caminata por un terreno irregular y cubierto de hielo, llegaron al pie del muro. Suki alzó la vista y el aire helado pareció quedarse atrapado en su pecho. La pared se alzaba como un gigante desafiante, lisa en su mayor parte, pero salpicada de pequeñas oquedades y salientes que parecían marcados a propósito. Desde lo alto, los tejados rojizos del templo asomaban como una promesa lejana. Debían alcanzarlo ese mismo día.

—Es más grande de lo que imaginé... —murmuró Haru, doblando el ala del sombrero.

—Esta es la etapa final —comentó Noboru, señalando una grieta que parecía ser el inicio de una ruta—. Por este lado hay un camino marcado. Usaremos las oquedades para descansar si es necesario, y debemos seguir el sendero excavado en el hielo. Solo espero que ninguno de vosotros tenga miedo a las alturas.

La kitsune respiró profundamente, pero no hizo ningún comentario. El grupo comenzó a colocarse los arneses. Noboru pasó entre ellos, ajustando nuevamente los enganches con una precisión casi obsesiva. Mei apartó ligeramente el brazo cuando se acercó a ella, pero finalmente permitió que revisara su equipo. Sus miradas se cruzaron, y la arquera apartó la vista al instante. Su desconfianza era evidente, y Suki no sabía qué pensar al respecto.

La claridad del cielo despejado les daba un pequeño respiro del clima implacable que habían enfrentado hasta entonces.

—Antes de subir, repasemos la estrategia —propuso Ryuu en el momento que ajustaba el arnés alrededor de su cintura.

La kitsune se giró hacia él, dejando escapar una pequeña nube de aliento en el aire helado. Lo observó mientras se colocaba los crampones con precisión, asegurándose de que cada hebilla estuviera perfectamente ajustada.

—Abriré la marcha —continuó Ryuu—. Iré primero para asegurar los anclajes y marcar el camino más estable. Mei, tú me seguirás. Eres ágil y rápida, y necesitas estar cerca en caso de que algo se desmorone. Haru, salvarás las espaldas de Mei y te asegurarás de que la cuerda entre los dos no se tense demasiado. Noboru va detrás, y Ota, tú llevarás a Kaito y cerrarás la formación. Iremos sujetándonos a los enganches que vaya colocando en la pared de hielo. Uno a uno.

—¿Y yo? —preguntó Suki, alzando una ceja, claramente esperando un lugar en la cadena.

Ryuu la miró, y sus ojos se suavizaron ligeramente.

—Irás detrás de mí, kitsune. Es el lugar más seguro, y si algo sucede, podré ayudarte rápidamente. Debemos ir atados el uno al otro. Así, si algo ocurre, ninguno de los dos caerá.

—O caeremos los dos —replicó ella con sarcasmo.

Ryuu esbozó una pequeña sonrisa, que desapareció tan rápido como había aparecido.

—Nunca te dejaría caer.

Ota, que había estado observando la interacción, carraspeó para llamar la atención del grupo.

—Eh, no quiero interrumpir ni nada, pero... ¿no sería mejor si vamos todos sujetos a la misma cuerda? Al menos así, si uno

resbala, los demás pueden sostenerlo.

Noboru, que terminaba de ajustar su equipo en un rincón, levantó la vista con una expresión que denotaba cierto fastidio.

—No. Es una mala idea —intervino con firmeza—. El camino que os señalé tiene oquedades cada ciertos metros, y es suficientemente seguro si cada uno se concentra en su propio avance. Si vamos todos atados, aumentan las probabilidades de que un error arrastre al grupo entero. Ata dos pájaros juntos, no podrán volar ni aunque ahora tengan cuatro alas.

Ota no pareció convencido y cruzó los brazos.

—Pero si vamos separados, quien resbale no tendrá a nadie que lo respalde. ¿Eso no es igual de arriesgado?

Suki, que había estado ayudando a Ryuu a ajustar el último enganche de su arnés, levantó la cabeza y miró a ambos.

—Tiene sentido lo que dice Ota —intervino decidida—. Si nos mantenemos conectados reduciremos el riesgo de que alguien quede aislado si algo sale mal.

Noboru gruñó, irritado.

Mei, que hasta ese momento había estado probando la tensión de la cuerda entre sus manos, dio un paso adelante.

—Yo creo que Suki y Ota tienen razón. Ir separados puede parecer más seguro en teoría, pero si algo inesperado sucede, necesitamos poder apoyarnos los unos en los otros. No tiene sentido arriesgarnos más de la cuenta.

Noboru entrecerró los ojos, a punto de replicar, pero finalmente se limitó a soltar un bufido.

La guerrera lanzó una mirada fugaz hacia el monje antes de volver su atención a su arco, que había guardado cuidadosamente.

—No confío en que el hielo sea tan estable como parece —murmuró—. Cualquier movimiento en falso podría desestabilizarlo.

—Por eso debemos mantenernos en sincronía —insistió Ota—. Nadie se adelanta ni se queda atrás. Y si alguien resbala, el resto debe estabilizarlo inmediatamente. ¿Entendido?

Todos asintieron, ajustando los últimos detalles de sus equipos. Las cuerdas entre ellos estaban firmemente anudadas, creando una cadena que los conectaba a todos. El peso de la misión colgaba literalmente de cada anclaje.

—¿Listos? —preguntó Ryuu, colocando un pie en el primer saliente y comprobando la resistencia del hielo bajo su peso.

—Listos —respondió Suki, siguiéndolo de cerca mientras sus crampones crujían contra la superficie helada.

35



El grupo comenzó el ascenso con maniobras cuidadosas y calculadas. Ryuu lideraba, colocando los anclajes y asegurándose de que cada paso fuera firme antes de avanzar. Suki, apenas unos metros detrás, lo observaba atentamente e imitaba sus movimientos con atención. Mei mantenía su arco bien sujeto, lista para cualquier eventualidad, mientras Haru murmuraba algún comentario nervioso sobre cómo prefería enfrentarse a un yokai antes que a aquella pared helada.

Desde atrás, Ota llevaba a Kaito a cuestas, quien permanecía callado, pero obstinadamente consciente.

La pared parecía interminable y, aunque el cielo seguía despejado, el frío era terrible. Tardaron varias horas tan solo para avanzar unos pocos metros. Suki no podía evitar agarrarse de vez en cuando al brazo de Ryuu cuando adelantaba un poco la posición.

A mediodía alcanzaron la primera oquedad donde la pared se curvaba lo suficiente para ofrecer resguardo. Ryuu se detuvo y ayudó a Suki a asegurarse antes de mirar hacia los demás.

—Primera parada. Recuperemos un poco el aliento.

Las respiraciones entrecortadas formaban nubes blanquecinas en el aire helado. Suki apoyó la espalda contra la roca; sentía cómo el frío traspasaba las capas de ropa, pero necesitaba recuperar el aliento antes de continuar.

Mientras todos se acomodaban, Haru se sentó al fondo de la pequeña cueva. Abrió los labios agrietados.

—Casi se me congelan hasta los hue...

—¡Haru! —gritó Mei exhausta, pero con una risa.

—Los huesos, Mei, ¡los huesos! ¿Qué pensabas que iba a decir?

Por un instante fugaz, una pequeña risa se escapó entre ellos, como un fuego que luchaba por mantenerse encendido en medio de la tormenta. Pero el momento se desvaneció tan rápido como había llegado. Un siseo helado atravesó el aire, robando cualquier atisbo de esperanza.

—¿Qué es eso? —preguntó Ota desviando la mirada.

—Ventisca. Y suena cerca —confirmó Ryuu—. O seguimos ahora o no llegaremos.

Asintieron y continuaron avanzando, pero la furiosa tormenta de nieve que se desató los obligó a retroceder tras haber andado apenas unos metros, así que regresaron al único lugar donde podían guarecerse.

El imprevisto les robó la mayor parte de la tarde, dejándolos sin más opción que pasar la noche allí. Con apenas un bocado para alimentarse, sabían que despertarían extenuados al día siguiente. Sin embargo, la alternativa era peor: morir congelados y atrapados contra una pared de hielo.

Cada vez que Suki pensaba en el tiempo, el corazón le daba un vuelco. ¿De verdad podían lograrlo? El clima jugaba en su contra, y si ya era una tragedia enfrentar la Purga, hacerlo entre hielo y ventiscas rozaba lo imposible. Como siempre que la ansiedad le cerraba el pecho, las imágenes se agolpaban en su mente: su familia, el palacio, su reino... y, ahora, también su guardia. No podían permitirse ir más lento. Tenía que acelerar.

Gracias al poder de su conexión con el espíritu kitsune, Suki era capaz de emitir calor a través de su transformación. De esa forma logró ofrecer algo de calidez al grupo, ayudada discretamente por Sangreluna y un don semejante. Sin embargo, el calor que generaban no era suficiente para combatir del todo el frío implacable que los envolvía. Después de una noche infernal soportando las gélidas temperaturas, no dudaron en ponerse en marcha en cuanto apareció la primera luz del amanecer.

—Mis pies me duelen como si fueran de piedra —murmuró Mei mientras intentaba ponerse en marcha.

—Muévelos —respondió Ryuu con tono seco—. En cuanto los hagas trabajar, recordarán cómo caminar.

La chica hizo caso y empezó a avanzar, aunque torpemente al principio. Miró al cielo, donde el azul parecía prometer calma.

—Al menos el clima nos da un respiro.

—No cantes victoria —advirtió Ryuu con pesimismo—. Aquí, un cielo azul solo significa que la tormenta espera a que te confíes demasiado.

El camino excavado apenas ofrecía un ancho de cuarenta centímetros, suficiente para colocar un pie tras otro, pero no para errores. Las cuerdas los conectaban como un único ser al que cualquier fallo podía arrastrarle al fin. Todos tenían los dedos ya entumecidos y los labios agrietados.

Noboru no hacía otra cosa que apremiar al grupo.

—¡Debemos llegar a la cima hoy, no queda tiempo! —insistía con desesperación—. ¡No os detengáis ni un segundo! ¿Acaso no entendéis lo que está en juego?

En un par de horas, sorprendentemente, y tal vez por la constante insistencia del monje, habían avanzado un buen tramo. La respiración más trabajosa provenía de Ota, que llevaba a un inconsciente Kaito sobre su espalda. El muchacho había vuelto a perder el sentido a causa del dolor, o tal vez por una incipiente infección ralentizada por el frío glacial. El general lo sujetaba con firmeza, agarrándose con sus poderosas manos a la pared congelada y a la cuerda que los sostenía.

El accidente ocurrió en un instante. Suki, distraída por un crujido que pensó que provenía del hielo bajo sus pies, resbaló súbitamente. Se aferró a la cuerda y recuperó el equilibrio no sin esfuerzo. El corazón le latía con tanta fuerza que sintió que se le escaparía del pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Ryuu, volviéndose hacia ella y alzándola por la cintura.

—Sí... sí. Solo ha sido un susto —respondió, retomando su posición—. Suerte que decidimos anclarnos los unos a los otros...

Suspiraron de alivio, a pesar de que el peligro no había pasado. Apenas habían avanzado unos metros cuando lo impensable sucedió. Todos habían llegado a un pequeño saliente salvo Ota, quien, confiado en la estabilidad de la ruta, pisó en el mismo lugar que había hecho resbalar a Suki. Pero esa vez, el hielo cedió bajo su peso. En un segundo, el general perdió el equilibrio y quedó colgando en el vacío, arrastrando tras de sí a Kaito, aún atado a su misma cuerda. Los gritos ahogados de ambos rasgaron el aire helado, y las cuerdas tensadas vibraron bajo la presión.

—¡Sujetadlos! —exclamó Suki, tirando de la cuerda con todas sus fuerzas, la desazón inundando su pecho.

En ese segundo se dieron cuenta. La cuerda que sostenía a Ota y Kaito no estaba amarrada a Noboru como todos habían creído, tal y como habían pactado, sino únicamente a uno de los anclajes incrustados en la pared por Ryuu. Una frágil conexión que no sabían si aguantaría.

Haru se arrodilló en el borde, pero Ryuu lo detuvo de inmediato.

—¡No te acerques demasiado! El amarre que los sostiene está soportando mucho peso, cualquier movimiento podría romperlo —advirtió.

Las miradas se dirigieron a Noboru, que estaba más cerca del borde. Podría extender su mano, ofrecer su arnés como punto de anclaje. Pero no lo hizo. Se quedó quieto, observando la escena con una expresión que nadie pudo descifrar del todo.

—¡Tío! —vociferó Suki, con la desesperación creciendo en su voz —. ¡Haz algo, por favor! ¡Ayúdalos!

El monje alzó una mano, pidiendo calma, pero no se movió.

—Si me acerco, caeremos todos. —Su voz era dura, como si intentara imponer lógica a la situación.

Ryuu sintió la vibración de Sangreluna en su costado. Pero no le hacía falta la advertencia de la espada. Vio claramente el brillo en los ojos del monje, una chispa que reconoció al instante. Y no solo eso, el aura alrededor de los cuerpos de Kaito y Ota era demasiado clara. Los ojos de Ryuu le estaban diciendo que morirían. Pero no le valía. Tenía que salvarlos.

—No los ayudas porque no quieres —escupió Ryuu, firme como el acero. Algo en su mirada afilada, que iba de Noboru a Ota y Kaito, hizo que a Suki la recorriera un escalofrío—. Esto te beneficia, ¿verdad? Quieres que caigan.

El monje se giró hacia él, con una expresión de incredulidad que, por alguna razón, la kitsune supo que era fingida.

—No tenemos tiempo para más tonterías —espetó mientras alargaba la mano en la que llevaba una piqueta, que usó contra el frágil anclaje que sostenía dos vidas.

Golpeó una vez.

Crac.

—¿Qué demonios haces, monje? —vociferó Ryuu—. ¡Basta! ¡Para! ¡Ánclalos a tu cuerda, a nuestra cuerda!

Suki trató de decir algo, pero tenía la garganta bloqueada por el impacto de lo que estaba viendo: a su propio tío acabando con su guardia. Alguien que había ejercido el papel de padre para ella. El regente del Imperio cometiendo un homicidio ante sus ojos. No podía creerlo, no sabía qué hacer, qué decir, cómo actuar.

Crac.

El halo escarlata rodeó a Ota y Kaito. Imparable. Y Ryuu se sentía inútil. Su estúpido poder no servía para nada. Vería a sus compañeros caer. A sus amigos. Porque ya eran sus amigos. Una conexión que jamás había sentido antes con nadie y de la que se dio cuenta en ese instante, cuando sus vidas pendían literalmente de un hilo. De una cuerda. De un monje que escondía algo.

Los gritos hicieron eco en la misma pared que sostenía a Ota y Kaito.

El anclaje comenzó a ceder bajo los golpes. El hielo crujió. Haru, desesperado, intentó avanzar por encima de Noboru, pero Mei lo detuvo con un gesto rápido.

—¡No te muevas, Haru! ¡Que nos caemos!

La cadena de cinco se tambaleó peligrosamente con el tirón de Haru. Noboru, en lugar de actuar, se aferró a la pared de hielo y

observó mientras Ota luchaba por sujetarse a un saliente con todas sus fuerzas.

—¡Lanzadme otra cuerda! —suplicó el general viendo su final cerca—. Ryuu, fija otro anclaje en la pared y balancea una cuerda hasta nosotros.

Kaito, pálido como la nieve, solo podía mantenerse colgado de Ota.

Clac.

Noboru seguía con su empeño y, al estar anclado al resto, nadie podía hacer nada sin arriesgar las vidas de todos.

Ryuu giró hacia la pared y rápidamente comenzó a trabajar. Tomó un enganche metálico y lo ancló como venía haciendo durante el camino, primero picando para hacer el hueco suficiente para introducirlo y luego girándolo hasta que el hielo cedía levemente. Ya estaba. Tiró del soporte para probar su resistencia y, con una sacudida final, pasó el cabo de la cuerda por el aro.

Pero tardó demasiado.

Craaaac. Nunca nada había sonado tan definitivo.

El soporte que sostenía a Ota y Kaito cedió bajo el último bastonazo de Noboru.

Suki se transformó de inmediato. Un aura dorada la envolvió como un destello y sus rasgos se modificaron. Se deshizo de las cuerdas con sus propias garras, y las clavó a la pared justo a sus pies. Alargó una de sus manos hasta casi rozar la cuerda de los hombres que caían a una muerte segura.

Pero no fue suficiente. No reaccionó a tiempo.

La caída fue tan rápida que apenas tuvieron tiempo de gritar. Ambos cuerpos fueron tragados por la profundidad del abismo. El sonido del impacto no llegó, solo el vacío los envolvió.

Suki aulló de dolor, aún aferrada a la pared con su pelaje brillando. Miraba la ausencia, hacia la nada donde acababan de estar sus amigos. Las lágrimas brotaron de sus ojos, tan calientes y feroces que ni el frío las pudo congelar. El sonido del hielo al romperse quedó grabado en su mente. Otra cicatriz imposible de borrar.

Ryuu, visiblemente afectado, la ayudó a subir e incorporarse a la fila. Las garras, muchas de ellas partidas y ensangrentadas por aferrarse al hielo afilado, desaparecieron en primer lugar, dando paso a unas manos humanas moradas por la congelación y cubiertas de heridas. El chico le ató una nueva cuerda a la cintura sin tiempo que perder.

—¿Por qué...? —murmuró ella, incapaz de hacer otra cosa que apretar los puños de rabia. Pero pronto alzó la voz, rota y cargada de desconsuelo—. ¡¿Por qué has hecho eso?!

Su tío no se inmutó. Seguía pegado a la pared.

—Dejad de hacer drama y continuad. Sus vidas no importan.

—¡¿Que no importan, viejo?! —gritó Haru, con los ojos vidriosos y el rostro desencajado por la ira contenida—. ¡Los has matado! Con tus propias manos. ¡Los has matado!

Noboru giró hacia Haru, sus facciones estaban rígidas.

—¿Qué esperas que diga? ¿Que pida perdón? Mi deber es hacer que Suki llegue a cumplir su ascenso. Cuando algo es un lastre, hay que deshacerse de ello.

—¡Eso no es protegerme! —chilló Suki—. ¡Ellos también eran mi guardia, mi gente! ¡Los necesitábamos! Ota me enseñó a usar una espada cuando nadie más quería, y Kaito... Kaito estaba dispuesto a dar su vida por este ascenso, su alma. ¿Y tú? ¿Por qué lo has hecho?

—Suki... —empezó Noboru con el mismo tono pretencioso de siempre—. Hay sacrificios que deben hacerse para cumplir con un

propósito mayor. Ellos eran prescindibles. Tú no lo eres. Sigues sin entender el peso de la misión.

—¡No me hables del peso de la misión! —le interrumpió Suki, intentando dar un paso hacia él y volviendo a desestabilizar al resto —. Yo soy la kitsune. Yo cargaré con ese peso. Pero tú... Tú acabas de mostrarme que no eres alguien en quien pueda confiar. No después de esto. No solo has matado a mis amigos, has arruinado la misión. Sin su presencia, las puertas no se abrirán.

—Ay, qué inocente eres, Suki... ¿Crees que no está todo pensado?

Los copos de nieve que traía el viento que comenzaba a levantarse empezaban a escocer sobre las mejillas.

—¡Eres un monstruo sin corazón! —gritó desconsolada.

La ventisca se intensificó en ese instante, y la cortina de nieve le impidió ver la expresión que cruzó el rostro de su tío.

—Debemos seguir adelante. Si no avanzamos ahora, la ventisca nos atrapará, y será el final para todos. Estamos a pocos metros de la cima —urgió Ryuu con una voz firme, aunque el dolor era evidente en sus ojos—. Haru.

El grupo permanecía inmóvil, con la espalda contra la roca y los pies firmemente anclados al camino helado, tan cerca del abismo que cada respiro parecía un desafío a la gravedad. Haru alzó la mirada hacia su compañero.

—Suelta tu enganche —le dijo Ryuu.

El impacto de aquellas palabras hizo que Haru lo mirase como si no hubiera oído bien. Suki, incapaz de procesar con rapidez, sintió su mente debatirse entre el deber y la justicia. Soltar el enganche significaba dejar a Noboru sin ningún apoyo, sin margen de seguridad. Y, sin embargo, ¿no había hecho él algo peor a Kaito y Ota? El corazón de Suki clamaba que sería justo abandonarlo, que lo

merecía. Pero esa misma decisión la desgarraba: Noboru era su tío. Su familia.

—Suelta el enganche, Haru —repitió Ryuu con autoridad—. Hazlo ya.

Noboru mostró una sonrisa que parecía fuera de lugar, casi burlona. Con una calma desconcertante, se llevó la mano a la solapa interna de su capa y, al sacarla, dejó que algo pequeño y brillante se volviera el centro de las miradas.

—Claro. Suelta el enganche, Haru —dijo con una calma calculada. Entre sus dedos sostenía un objeto—. Suéltalo y habrá consecuencias.

Lo volteó para que Suki lo reconociera. Su delicado diseño con un zorro y una flor de cerezo era inconfundible. Se llevó la mano al cabello para asegurarse de que el suyo seguía en su lugar. Lo que significaba que ese era una de las réplicas que había regalado a su madre y su hermana.

—¿Cómo...? —La voz de Suki se quebró.

—No creo que estéis en posición de dejarme atrás —escupió en un reproche—. Ves por qué, ¿no, hija?

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó con miedo, la congelación llegando peligrosamente a su lengua.

Noboru sostuvo el adorno entre sus dedos, como si se regodeara en la reacción de su sobrina. La luz reflejada por el hielo arrancó un destello al zorro blanco que lo ornamentaba.

—¿Ves qué valiente puede ser tu ignorancia? No estarán a salvo si yo no regreso.

El halo negro creció alrededor del monje a ojos de Ryuu.

El samurái permaneció impasible, comprendiendo de pronto la amenaza que suponía aquel prendedor de cabello. No tardó en darse cuenta de que el riesgo era demasiado alto para Suki.

—¿Dónde están, tío? ¿Les ha ocurrido algo?

—Están protegidas. Pero todo depende de ti.

Quiso gritar, exigir respuestas, atacar si era necesario, pero Ryuu había agarrado su mano con delicadeza, devolviéndole un mínimo de control sobre sí misma.

El adorno colgaba peligrosamente sobre el abismo, y Suki sintió cómo sus piernas comenzaban a temblar. Su rostro se tornó un mosaico de emociones contenidas: miedo, rabia, impotencia. La amenaza era clara. El broche cayó, girando sobre sí mismo, hasta desaparecer en la neblina helada igual que lo habían hecho sus amigos.

—¡No! —gritó Suki, dando un paso hacia delante, pero Ryuu la volvió sujetar con fuerza por el brazo.

Sus amigos no entendían lo que ocurría.

—¿Qué demonios haces? —exclamó Haru, incapaz de contenerse más—. ¿Qué intentas demostrar?

—Solo os recuerdo lo que está en juego. —Su tono despreocupado era como veneno—. Ahora, ¿seguimos adelante o preferís seguir congelándoos aquí? Os recuerdo que somos los justos para abrir la puerta, no os conviene llegar arriba sin mí.

Lo había pensado todo.

Suki cerró los ojos, que soltaban destellos naranjas de ira, buscando en su interior un control que estaba a punto de perder. Inspiró profundamente, dejando que el aire helado quemara su garganta. Al abrirlos, su mirada se clavó en Noboru con una promesa. Una que cumpliría.

—No lo soltaremos. No es momento de juicios. —Su voz no tembló, aunque por dentro sentía que se derrumbaba—. Llegaremos arriba y allí decidiremos. Seguimos adelante.

Un gesto de rabia cambió la expresión de Ryuu, sus labios se tensaron como si estuviera a punto de protestar. Sin embargo, se tragó sus palabras. Con un leve asentimiento de cabeza, aceptó.

—Vamos. Avanzad.

Noboru sonrió, como si aquello fuera un triunfo personal, y ajustó su arnés.

—Juro que vas a pagar por esto —murmuró Haru entre dientes, pero se limitó a seguir las instrucciones de Ryuu.

Mei, aunque no habló, afianzó sus guantes y revisó las ataduras antes de continuar el avance.

Suki no se permitió pensar; si lo hacía, la realidad la aplastaría. Su tío acababa de amenazarla con la vida de su hermana y su madre. Había matado a Ota, a Kaito. Sus nombres le oprimían el pecho. Estar en una pared helada a decenas de metros de altura era lo único que evitaba que se desmoronara por completo. El duelo tendría que esperar.

El viento comenzaba a rugir con más fuerza, arañando su piel expuesta. Cada paso requería un esfuerzo titánico, no solo físico, sino también mental. Mei, detrás de Suki, tensaba la cuerda que las unía con tanta fuerza que sus manos parecían fusionarse con el arnés. Haru, más atrás, mantenía su mirada fija en el suelo, su habitual sonrisa estaba ausente. Ryuu lideraba la marcha, sin mirar atrás.

—No puedo creer que... —Mei se rompió antes que nadie, su voz ahogada por el viento—. Que estén muertos.

Suki cerró los ojos por un segundo, dejando que las palabras la atravesaran. El dolor que había estado reprimiendo subió a su garganta como una marea, pero lo contuvo. No podía permitirse derrumbarse. No ahora.

Porque justo entonces los alcanzó la ventisca.

El viento rugió como una bestia liberada de su jaula y los envolvió sin aviso, cegándolos en un torbellino de blanco furioso. La nieve se arremolinaba a su alrededor con tal violencia que incluso respirar se volvió una batalla. El frío no era solo un enemigo; era un asesino insidioso que mordía la piel expuesta, se filtraba por las capas de tela y helaba la sangre en sus venas.

Suki entrecerró los ojos, sin apenas ver más allá de un par de metros. Todo era un caos blanco, indistinto, sin cielo ni suelo. Las ráfagas eran cuchillas invisibles que le atravesaban la carne, y sus labios agrietados se partieron al intentar hablar. La sangre, que ni siquiera salía cálida, se mezcló con el hielo en su rostro.

—¡No podemos seguir así! —gritó Mei, su voz devorada por el viento.

—¡No hay otra opción! —respondió Ryuu, aunque apenas se lo oía entre el rugido que los rodeaba.

Los crampones resbalaban en la superficie traicionera. Cada paso era un juego de azar con la muerte donde las probabilidades estaban en su contra.

Suki apretó los párpados. Sus globos oculares se congelaban y ya no podía ver nada. Pero el camino estaba ahí, tenía que estarlo. Su sangre ardió con un leve resplandor dorado e invocó todo su poder, todos sus sentidos. Se obligó a escuchar, a sentir más allá del viento, del hielo quebrándose, del vacío.

Allí.

—¡A la izquierda! —gritó con todas sus fuerzas.

Ryuu no dudó. Dio un paso en la dirección que ella había indicado y encontró firmeza bajo sus pies. Avanzó.

—¡Ahora derecha! ¡Más adelante hay una pendiente!

La capacidad extrasensorial de Suki se volvió la única guía en medio del infierno helado.

Mei tropezó. Haru tiró de ella justo a tiempo.

—¡No veo! —gimió la chica, la voz rasgándole la garganta por el frío.

El monje seguía adelante sin una palabra.

—¡Gira! El camino se estrecha —jadeó Suki hacia Ryuu.

Las piernas le pesaban, sus músculos gritaban de agotamiento, pero no se frenó. Nadie lo hizo.

Entonces, tras minutos de condena, el suelo bajo sus pies cambió.

La inclinación cesó.

El viento se silenció y, de repente, ya no había nada más que escalar. Habían llegado a la cima.

Suki cayó de rodillas, su cuerpo temblaba violentamente. Mei y Haru se desplomaron junto a ella, jadeando. Ryuu permaneció de pie un instante más, tambaleándose y mirando a su alrededor.

36



El cambio fue tan repentino que a Suki le costó entenderlo al principio. Ante ellos se alzaba un templo que apenas podían distinguir a pesar de su magnífica construcción en rojo y dorado. Cuando sus ojos se adaptaron al nuevo ambiente, pudo ver detalles tan intrincados que parecían haber sido tallados por manos divinas. La puerta, entreabierta, parecía invitarlos a entrar. Al contrario de lo que esperaba, no fue la arquitectura lo que la dejó atónita, sino el cambio de clima abrupto.

El suelo, antes cruel e inestable, ahora era firme y uniforme, recubierto de una fina y homogénea hierba. El viento helado, que momentos atrás había intentado arrebatarles la vida, desapareció como si nunca hubiera existido. En su lugar, una calidez desconcertante los envolvió. La kitsune tenía la sensación de haber cruzado un umbral invisible.

—¿Lo sentís? —preguntó Haru, rompiendo la atmósfera con su voz ronca. Se miró las manos, rajadas por mil lugares, y alzó la vista, como si quisiera asegurarse de que no estaba soñando—. Hace... calor.

No podían creerlo. La temperatura en la cima era primaveral, un contraste imposible con la brutalidad que acababan de vivir.

—Esto no es natural —murmuró Mei mientras con manos temblorosas arrancaba los fragmentos de hielo atrapados en su cabello—. Debe de ser la cercanía de los dioses...

Avanzaron para contemplar los dos cerezos que enmarcaban el templo. Sus ramas desnudas estaban salpicadas por apenas tres flores. Esos pétalos restantes eran el reloj divino que marcaba el final de su misión. Seguramente, al mismo tiempo, cientos de metros más abajo, a los pies del Tenjou, el mismo número de pétalos se balanceaban marcando el fin.

Sin decir nada más, comenzaron a despojarse de las capas de abrigo que apenas los habían mantenido con vida en su ascenso. Cada prenda que caía al suelo parecía un peso menos sobre sus cuerpos exhaustos, pero también un recuerdo del infierno que acababan de atravesar. Las telas gruesas y empapadas sembraron el suelo bajo los cerezos.

Suki dejó su capa con cuidado bajo uno de los árboles, mostrando respeto hacia el lugar. Aunque sus manos temblaban, rebuscó en su mochila hasta encontrar el pequeño frasco de bálsamo que había preparado días antes contra el frío.

—Venid aquí —ordenó—. Quitaos los guantes y las botas. Necesitamos tratar las quemaduras antes de que empeoren.

Les tendió el frasco y, uno por uno, Mei, Haru y Ryuu se acercaron para tomar un poco de la crema y frotarla en sus extremidades

destrozadas, intentando devolverles algo de vida. Sus rostros mostraron una expresión de alivio inmediato.

Noboru avanzó un paso, extendiendo la mano como si también esperara su turno. Pero Suki le dio la espalda. Sus ojos naranjas ardían con una frialdad que incluso en ese ambiente cálido parecía capaz de congelar.

—Tú no mereces absolutamente nada —le espetó con tanta fuerza que hasta Haru dejó de masajear sus dedos para mirarla, sorprendido—. Deberíamos haberte dejado en mitad del muro.

—Te mataría inmediatamente si no fueras familia de la kitsune —soltó Mei asqueada.

—Ah, pero no podrías, me necesitáis para acceder al quinto cielo. Cinco almas, ¿recuerdas?

—De mis guardianes —replicó Suki, haciendo especial énfasis en la última palabra.

—Bueno... —empezó el monje.

—¡Maldito traidor y mentiroso! —espetó Ryuu—. Has matado a dos personas. Personas que, voluntariamente, han dado la vida por Suki. Que han sangrado por ella. Que han muerto por la misión. Y tú... les has robado sus vidas. Siempre has mirado desde la distancia, fingiendo que no tienes las manos manchadas de sangre cuando las tienes cubiertas hasta los codos. En serio, Suki, solo dame una orden y lo ejecuto aquí mismo. No es un guardián ni podrá serlo.

—No es tan literal... —siguió Noboru—. Uno de los guardias de tu abuela murió, y atravesaron la puerta divina usando a uno de los soldados que los acompañaba.

—¿Eres tan retorcido que has hecho esto solo para acceder tú mismo? —dedujo Mei antes que nadie.

Sangreluna vibró ligeramente en su funda, un gesto apenas perceptible, pero suficiente para que Ryuu notase su reacción.

«Pérfido —comentó solo en su mente—. Planeó la traición desde las sombras, manipulando hasta el último paso».

—¿Cuánto tiempo llevas tramando esto, Noboru? —inquirió Suki, como si hubiera escuchado a Sangreluna—. ¿Cuánto tiempo llevas viéndolos como sacrificios en lugar de guardianes? ¿Cuál es tu objetivo?

Se preguntó si sería simple añoranza de su propia madre, si quería reencontrarse con Kaya. O si, tal vez, su ambición era otra.

«Ahora vemos que el aura negra es la maldad que emana cada poro de su piel».

Un temblor imprevisto que sacudió el suelo bajo sus pies puso fin a la conversación. Fue breve, pero suficiente para que todos buscasen equilibrio. Justo delante de ellos, un pétalo rosado cayó en un descenso lento y etéreo, posándose en el suelo como una advertencia.

—Es un aviso —dijo Suki.

—El tiempo se agota —intervino Noboru, y su tono autoritario regresó con fuerza—. Apenas deben faltar unas horas para completar el ascenso, Suki, cruzaste a las dos de la tarde. No podemos quedarnos aquí.

Suki lo miró de reojo, frunciendo el ceño con desdén.

—No vuelvas a abrir la boca —le advirtió conteniendo su rabia hirviente, y luego se giró hacia su guardia—. Haru, ¿puedes moverte ya? Si estás recuperado, ayúdame a atarle las manos. Entrará esposado. No permitiré que actúe a sus anchas ni un segundo más.

El monje bufó con desprecio.

—¿Esposarme? Sin mí ni siquiera habrías llegado aquí.

—Y sin ti, Ota y Kaito seguirían vivos —replicó Mei con indignación —. ¿Y quién sabe cuántos más? Ya has oído a la kitsune. Una palabra más y yo misma te cortaré la lengua. Además, disfrutaré haciéndolo.

Noboru se atrevió a sonreír, enseñando los dientes. Y Haru, sin pensarlo dos veces, le soltó un puñetazo que le hizo tambalearse. Luego se centró en las ataduras.

Mientras la violencia bullía como lava entre todos, en firme contraste con el frío que acababan de dejar atrás, Suki sintió que algo dentro de ella se quebraba definitivamente. Todo lo que alguna vez había sentido hacia su tío —respeto, lealtad, cariño— desapareció por completo. El hombre que tenía delante no era el guía que había prometido protegerla ni el familiar que había influido tanto en su vida. Lo que quedaba era alguien que había traicionado todo lo que ella representaba. Ya no podía reconocerlo como familia, y, lo más importante, ya no le importaba.

Sus amenazas eran ahora inservibles. Cuando se convirtiese en kitsune, buscaría a su madre y a su hermana. Las encontraría, aunque tuviera que recorrer todo el Imperio. Y él no tendría el poder para detenerla. Ya no. Esa certeza era lo único que mantenía su resolución intacta.

Terminaron de vestirse con la última muda seca que portaban, que no mitigaba el cansancio acumulado, pero ayudaba de cierta manera. Utilizaron el agua restante para asearse ligeramente, un intento desesperado por sentirse algo más humanos antes del último tramo de su viaje. Las provisiones que quedaban eran escasas: un puñado de frutos secos y unos pedazos de carne dura. Los masticaron con rapidez y prepararon sus armas para afrontar su destino.

La perfección del templo frente a ellos resultaba desconcertante. La madera roja parecía absorber la luz del sol y devolverla en un brillo casi sobrenatural. Era difícil de creer que algo tan pulcro existiera en la cima de una montaña que había exigido tanto para ser conquistada. Con la máscara kitsune ya cubriendo sus rasgos, Mei rozó con los dedos la barandilla, como para confirmar que era real.

Subieron los escalones y, al cruzar la entrada, el interior del templo los recibió con un vacío desconcertante. Todo el suelo estaba cubierto por tatami amarillo tan impecable que podría haber sido colocado ese mismo día. Las paredes, desnudas. Sin puertas, sin ventanas.

—Esto no puede ser todo —exhaló Haru, volviéndose violentamente hacia el monje—. ¡Maldito traidor! ¿Dónde está la puerta? ¿Dónde está el quinto cielo? ¿Has planificado todo para llegar a un punto muerto? ¿Para matarnos uno a uno y acceder solo tú? ¿Es ese tu plan?

Empujó al monje, haciendo que cayese al suelo al estar atado. Haru lo volvió a alzar con ira.

—¿O acaso quieres más? ¿Seguir siendo el emperador? ¿Tomar el poder absoluto? ¿Matar a tu propia sobrina si eso significa alcanzar el quinto cielo?

Aquello provocó una mueca de Suki.

—Estás muy nervioso —escupió Noboru alzando una ceja con indiferencia—. Te vas a atragantar con tu propia rabia.

La mano de la kitsune aterrizó sobre el hombro del chico, pero no para calmarle, pues ella necesitaba también aquellas respuestas.

—Haru, mira.

Una luz brillante como el mismo sol inundó la sala de golpe, obligándolos a cubrirse los ojos. Mei reaccionó instintivamente,

cargando su arco con una rapidez impresionante y tensando la cuerda mientras sus ojos buscaban un objetivo entre la cegadora luminosidad. Haru y Ryuu, que sujetaban a Noboru, no tardaron en colocarse las máscaras y empujar al monje al suelo. La luz comenzó a disiparse y una figura se alzó frente a ellos, emergiendo del resplandor.

La yokai que apareció era una amalgama de formas y colores que parecían desafiar la biología. Una mezcla espantosa y a la vez coherente, imposible de imaginar si no lo estuvieran atestiguando sus ojos.

Su cabeza, parecida a la de un mono con rasgos felinos, estaba marcada con patrones rojos tatuados en la piel. Le proporcionaban una ferocidad enigmática. El cuerpo, robusto y rayado como el de un tigre, irradiaba una fuerza inhumana, mientras que, completando aquel lienzo pesadillesco, una cola de serpiente se movía con una gracia letal, silbando en el aire.

Suki retrocedió los pasos que había dado, clavando la vista en la criatura. Sus labios se entreabrieron.

—Conozco a esta yokai... Es la Nue. Incluso hay un tapiz en el palacio con su imagen; ha sido custodio de los templos durante varias generaciones.

Ryuu levantó su espada, colocándose entre Suki y la Nue, mientras Mei tensaba su arco.

—Entonces..., ¿algún plan? —preguntó Haru tomando posición también.

Los ojos verdes del ser se movían de uno a otro, analizando, buscando algo invisible para el resto. Su gruñido bajo se arrastró por el aire haciendo que a Suki se le erizase la piel.

El rostro de la yokai se relajó de forma antinatural. Con movimientos deliberadamente lentos, el ser se sentó sobre sus

cuartos traseros, flexionando las patas delanteras y comenzando a afilar sus garras en el tatami impecable. El sonido era tan discordante como una hoja arañando cristal, y sus labios se curvaron en una mueca que quizá era una sonrisa, o algo peor.

—Bienvenidos al Quinto Templo, humanos —dijo con voz de mujer, arrastrando las eses como si las saboreara. Su mirada se detuvo en Noboru, que aún estaba en el suelo. Un brillo burlón iluminó sus ojos —. Oh..., veo que hay tensiones entre vosotros. Disputas, resentimientos... Me encantan los traumas y dramas humanos. No por nada soy la guardiana del templo de las mentiras. O, si preferís, del templo de las verdades.

La Nue inclinó la cabeza, fingiendo pensarlo, mientras seguía afilando sus garras.

—Aunque, claro, es un juego divertido. Mentiras, verdades... Al final, ambas son solo máscaras que os colocáis para enfrentaros a este patético mundo. Aquí, esas máscaras no os servirán de nada. Este lugar saca lo que sois realmente. Aquí afloran ambas cosas en un festival irónico que vamos a disfrutar mucho.

Nadie supo qué decir, qué argumentar. Suki miraba las paredes buscando posibles salidas o detalles que se les hubieran escapado. La criatura dejó de rasgar el tatami, levantó una de sus patas delanteras y admiró sus garras.

—Hablemos de mi poder —continuó, como si no esperara reacción alguna—. Aquí cada uno de vosotros deberá decir la verdad más oculta en su interior. Esa que jamás habéis contado. La que escondéis incluso de vosotros mismos. Sabéis a cuál me refiero, ¿verdad? Exacto. Esa que acaba de pasar por vuestras mentes, queridos. Justo esa, y no otra.

Sus ojos brillaron con satisfacción.

—Si no lo hacéis, moriréis al instante. Pum. Como un rayo. Ni siquiera tendréis tiempo para un último pensamiento. Esa es mi gran habilidad. Como veis, mis garras son solo un adorno..., aunque admito que son preciosas, ¿no os parece?

Flexionó los dedos, haciendo un movimiento teatral, y dejó que una carcajada ronca escapara de su garganta.

—Ahora, sed buenos y pensad bien lo que vais a decir. Ah, y no intentéis mentir. Puedo sentirlo antes incluso de que lo hagáis. —Su cola de serpiente se movía acercándose y alejándose—. Así que..., ¿quién será el primero en confesar su verdad? ¿Quién tendrá el valor de enfrentarse a lo que realmente es?

El grupo permaneció inmóvil, atrapado entre el miedo y la incredulidad.

Suki avanzó un paso hacia la Nue, tal vez demasiado valiente.

—Como kitsune y líder del grupo, yo seré la primera en enfrentarme a mi verdad —anunció, su voz clara pero cargada de responsabilidad.

Una sonrisa pintó de nuevo la cara de la Nue, pero Haru alzó la máscara, descubriendo su rostro, y avanzó.

—No. Yo empezaré —exigió—. Fiarnos a la primera nunca puede ser nuestra opción. No podemos arriesgarnos a que te pase algo, Suki. Si esto va a ser un juego macabro, seré el conejillo de Indias.

Ella frunció el ceño, dispuesta a replicar, pero Haru continuó hablando mientras ajustaba su sombrero desgastado y maltrecho tras el templo anterior, bajándolo levemente como si necesitara un último resguardo antes de lo que iba a decir.

—Además, hay algo que siempre quise contaros. Algo que he ocultado por mucho tiempo, y que pertenece a mi pasado. Es la razón por la que estoy aquí, en la Guardia Kitsune.

Con un paso decidido, el chico se colocó frente a la yokai. Su figura delgada parecía demasiado frágil frente al monstruo.

—Yo seré el primero, Nue.

La guardiana del templo enrolló la cola alrededor de sus piernas.

—Ah, el valiente que quiere desvelar su alma antes que nadie. Qué honor. Vamos, pequeño, desata esa verdad que te consume. Ah, sí..., puedo verla. Mmm... La mentira tejida en tu ser. Bueno, mentira, verdad inconfesable... ¿acaso no son lo mismo? Ocultar lo que eres a los demás, esconderte detrás de máscaras. Anda, habla.

Haru cerró los ojos un instante, reuniendo el coraje necesario para arrancar de su interior aquello que había guardado celosamente. Cuando los abrió, su voz salió clara, sin titubeos.

—Maté a mis padres. Los asesiné a sangre fría, y no me arrepiento de ello.

Un impacto invisible recorrió a sus compañeros. Mei retrocedió medio paso mientras sus ojos se abrían de par en par. Ryuu tan solo afiló su mirada. Suki, en cambio, ni se inmutó.

La Nue emitió una carcajada, enseñando sus colmillos largos y afilados.

—Oh, ¡esto es delicioso! La verdad siempre tiene un regusto exquisito, ¿no creéis? Pero aquí falta algo... Algo importante. La razón. No querrás omitir detalles, porque ya sabes lo que pasa si no cuentas todo.

Tras un segundo, Mei, incapaz de contenerse, preguntó con la voz rota:

—¿Por qué, Haru? ¿Por qué lo hiciste?

Haru exhaló todo el aire en sus pulmones, como si una mano invisible hubiera estrujado su pecho. Giró la cabeza tratando de respirar de nuevo, aunque no levantó la mirada. Sus dedos

apretaron el borde de su sombrero, como si el objeto pudiera protegerlo de la reacción del grupo.

—Porque lideraban el clan como tiranos. Eran dictadores que sacrificaban a cualquiera que les llevara la contraria. Yo era su hijo, pero también su peón. Querían que siguiera sus pasos, que heredara su «reino», como lo llamaban..., incluso que me casara con alguien a quien no amaba, todo para afianzar su control. Cuando me negué, mi padre intentó matarme. Me abrió la puerta de la muralla, con la promesa de dejarme marchar si era capaz de huir. Una lluvia constante de flechas disparadas por sus acólitos comenzó a caer sobre mí. Tras su juego demencial, cuando, a pesar de sus intentos, sobreviví, me estaban esperando al otro lado para devolverme a la aldea. Y este fue su regalo. —Haru levantó una mano al sombrero y se lo quitó con lentitud. Hizo a un lado su cabello desordenado revelando una cicatriz que cruzaba su cráneo, profunda y rugosa, un carácter que significaba esclavo, sirviente—. Cuando vi que no había escapatoria, tomé una decisión. Los maté antes de que ellos me mataran a mí.

La sala pareció contener la respiración. Suki sintió aquellas palabras demasiado adentro, ahora por fin comprendiendo lo que le atormentaba en las visiones del primer templo. Las flechas.

—Ah, la justicia según el propio dictamen de un hijo —dijo la Nue —. Fascinante. Pero, dime, ¿alguna vez miraste atrás? ¿Te preguntaste si había otra salida? ¿Otra forma de librarte de tus cadenas sin ensuciarte las manos de sangre?

Haru sostuvo la mirada de la Nue, una sombra que la kitsune no había visto antes pasó por sus ojos.

—Muchas veces. Pero si volviera atrás, lo haría de nuevo. No me arrepiento, porque fue mi libertad lo que gané. La mía y la de

cientos de personas que vivían bajo su yugo. Y sin esa libertad, no estaría aquí, protegiendo a Suki.

La Nue dejó escapar un gruñido bajo, una mezcla de aprobación y deleite.

—Excelente, humano. Una confesión interesante. Has pasado. Veamos si tus compañeros son igual de... entretenidos. ¿Quién será el siguiente?

37



La sala se llenó de una extraña tensión mientras la yokai observaba al grupo con sus ojos inquietos, como si pudiera leer directamente sus almas.

Ryuu seguía con la cabeza baja. La voz de Sangreluna hablaba solo en su mente.

«No puedes ser el siguiente, chico. Esto no estaba en el plan, y no puedo protegerte si dejas que tus secretos vean la luz».

Los dedos de Ryuu crujieron al apretarse contra sus palmas, parecía estar conteniéndose para no reaccionar. Aun así, Suki casi podía leer el conflicto que lo atenazaba en su rostro. ¿Se habría equivocado al confiar en él?

Decidida, dio un paso al frente.

—Yo seré la siguiente —anunció. Sus guardias no se interpusieron.

La Nue ladeó la cabeza con diversión.

—Excelente, la kitsune se ofrece como sacrificio. Qué predecible... Aunque, debo admitir, tienes un aura intrigante. Vamos, pequeña, dime esa verdad que escondes.

Suki cerró los ojos un momento, buscando en su interior lo que debía confesar. Como kitsune, su vida había estado marcada desde el principio; no había muchas cosas que pudieran clasificarse como secretos y, aun así, cuando la Nue había hablado de mentiras contadas, de verdades no dichas, algo había chispeado en su interior. Una sensación que había intentado reprimir pero que ahora surgía con fuerza, reclamando ser escuchada.

Había un fuego que ardía en lo más profundo de su alma. Su corazón sentía una atracción que no podía negar, una conexión más intensa de la que compartía con el resto de su guardia. No sabía si era amor. Ni siquiera estaba segura de lo que significaba esa palabra, porque jamás había tenido el lujo de experimentarla. Pero lo que sentía era igual de poderoso que el odio que la carcomía al recordar cómo le habían arrebatado a Lili de su vida. Era igual de fuerte que la sensación de responsabilidad que la aplastaba cada vez que pensaba en su hermana y su madre, ambas dependiendo de ella.

Ese sentimiento era tan intenso como las ganas que tenía de completar su misión y, por primera vez, vivir en paz. Pero, al mismo tiempo, era diferente. Era un latido constante, una llama que ardía en un rincón de su alma al que nunca había querido asomarse del todo.

—Bueno..., hay una cosa que... No sé cómo expresarla. Realmente no tengo secretos, pues siempre he estado expuesta, pero hay algo que ha llegado hace poco y... —Carraspeó, formando la frase en su cabeza—. Siento algo especial por Ryuu —dijo finalmente, abriendo

los ojos. Aquellas palabras parecían quemarle en los labios—. Aunque no sé lo que es.

El samurái, al escucharla, levantó la mirada de golpe, pero la chica lo vio solo por el rabillo del ojo, pues no se atrevió a girarse. No quiso ver las caras de sus compañeros, ni mucho menos la de su tío, cuya presencia parecía volverse cada vez más insignificante para ella. Sin embargo, el silencio que cayó tras su confesión era tan denso que podía sentirlo sin darse la vuelta para comprobarlo. Haru, frente a ella, esbozó una sonrisa.

Noboru, por su parte, dejó escapar un resoplido despectivo, murmurando algo solo audible para sí mismo.

Suki sintió un cosquilleo en su estómago y continuó:

—No sé qué es lo que siento por él. No sé si es amor o algo diferente. Lo único que sé es que esta sensación me impulsa a seguir adelante, a afrontar cada día sin importar lo difícil que sea. En medio de toda la responsabilidad, del miedo y de la rabia que llevo dentro, él es lo que me hace sentir que puede haber algo más allá de esta misión, algo más allá de mí misma. Es lo único que he mantenido en silencio, lo único que nunca he compartido con nadie.

Hizo una pequeña pausa, mirando de reojo hacia atrás, pero sin ver ninguna reacción.

—No hay más secretos en mi interior. Mi vida ha estado trazada desde que nací, cada paso dictado por otros. Sin embargo, esto... esto es mío. Es lo único que no pertenece a los dioses, ni a mi linaje, ni a esta misión. Es algo que no pedí, que no busqué, pero que está ahí. Y, aunque me asusta, no puedo negarlo.

La Nue se levantó ligeramente, su imponente figura proyectaba una sombra que se extendía por la sala. Una mueca se dibujó en su rostro mientras movía su cola de serpiente con un ritmo hipnótico.

—Vaya aburrimiento —soltó, arrastrando las palabras con desprecio—. Me imaginé que la gran kitsune, la salvación del Imperio, tendría secretos que romperían familias, destruirían amistades o incluso desatarían guerras. Pero parece que tu vida ha sido tan vacía y solitaria que lo único que tienes para darme es un enamoramiento ridículo.

La criatura dejó escapar una carcajada que retumbó como un trueno en el templo.

—Enhorabuena, has pasado. Pero me has aburrido soberanamente. Qué decepción.

«No pierdas el enfoque. No estás aquí para sentimentalismos. Esto es un juego cruel, y si te dejas llevar por emociones, todo lo que has construido se desmoronará. Recuerda lo que está en juego, y decide si estás dispuesto a arriesgarlo».

El samurái intentó bloquear la voz de Sangreluna, pero no era posible.

Suki pasó tras la Nue, cruzando la sala con pasos pesados y una expresión que intentaba mantener imperturbable, aunque por dentro estaba hecha pedazos. Haru la miró con media sonrisa y se colocó a su lado, tocándole el hombro suavemente. Desde el otro lado podía ver a Ryuu, pero notó que él no levantaba la mirada, y algo en su pecho se retorció. Su silencio dolía. Dolía mucho. ¿Acaso esperaba ser correspondida? «Idiota e ilusa», se recriminó mentalmente, intentando sacudirse el pensamiento de la cabeza. Era absurdo preocuparse por eso en un momento como aquel, con todo lo que estaba en juego.

Noboru, Mei y Ryuu quedaron frente a la yokai. No hacía frío allí dentro, pero un escalofrío pareció recorrerlos cuando las garras de la Nue rasgaron otra vez el tatami del suelo.

Sin previo aviso, Mei dio un paso al frente y se puso el puño sobre el corazón mirando a Suki, un apoyo silencioso. No había lugar para titubeos en su postura, ni para los adornos en sus palabras.

—Ya conocéis todo de mí —comenzó secamente, como una flecha recién tensada en su arco—. Mi secreto era la venganza contra el Bakeneko, pero la verdad tras eso es mucho peor. Fui yo quien lo atrajo a nuestra aldea. Por deseos infantiles, por una idiotez que ahora carece de sentido, yo fui la causa de que todos murieran.

La confesión cayó como un trueno mientras la Nue movía su cabeza simiesca hacia delante, sus ojos brillando con un interés renovado.

—Robé el libro de rituales e invoqué a un espíritu que me diera suerte en la competición de arco. Pero, sin saberlo, fue un yokai lo que llamé. Tonta de mí, ofrecí todo en bandeja a cambio. Creedme cuando os digo que me fustigo cada día —continuó Mei, sin apartar la mirada de la criatura para impedir que se burlara—. Una triste competición de arco, por el simple hecho de que había otra niña que me ganaba siempre. Por envidia. Por ambición. La venganza no tiene el sabor dulce que imaginé, porque la verdadera culpable de todo... sigo siendo yo. He sido yo desde el principio. Pero debo vivir con ello, o morir por el peso de la culpa. Y he elegido vivir. Vivir para vengarme y, ahora, para dar mi vida por la kitsune y su misión. Así que no os atreváis a juzgarme duramente, porque yo misma lo hago cada noche, sin descanso.

Suki contuvo el aliento, un nuevo escalofrío le recorrió la nuca. Había sospechado que Mei llevaba una carga más pesada de lo que decía; sin embargo, escucharla así, sin filtros, era otra cosa. Esa confesión era cruda, desnuda de cualquier adorno, y hacía que la kitsune se sintiera culpable por no haberla adivinado antes, por no

haber leído entre líneas la gravedad del dolor que su compañera cargaba.

La Nue, en cambio, reaccionó de una forma completamente opuesta. Dejó escapar una carcajada entrecortada.

—Vaya, vaya... —gruñó entretenida—. Gracias por esta jugosa confesión, humana. Conque eres otra asesina, ¿eh? Ya veo en tus ojos que ni siquiera te valdría con matar a todos los yokais que pueblan el Imperio para saciar tu culpa. Bastante tienes para ti misma, honestamente. Pero, bueno..., enhorabuena. Has pasado la prueba.

La criatura se sentó sobre sus cuartos traseros y empezó a jugar con su cola de serpiente, como si tuviera que buscar otro entretenimiento.

—Agh..., humanos. No me vais a dar diversión real... Qué asco de día.

Mei no dijo nada, simplemente caminó hacia el otro lado de la sala. Apenas llegó junto a Haru, él la envolvió en un abrazo inesperado. Todos vieron cómo el guerrero inclinaba la cabeza y le susurraba algo al oído. Ella exhaló sonoramente, como si aquellas palabras le dieran alivio.

Suki miró aquella escena, una mezcla de admiración y tristeza brillaba en sus ojos. Mei había pasado la prueba, pero no era la misma persona que había dado el paso al frente momentos antes. Haru, por otro lado, parecía entenderla de una manera que nadie más podía, pues compartía el peso de la muerte.

Como si fuera parte de la arquitectura del lugar, Ryuu permaneció en su sitio. Sangreluna no dejaba de susurrar en su mente.

«Lo has visto, todos llevan sus cicatrices a la luz, todos exponen sus heridas. Y tú, chico... Tu verdad no es una simple herida. Tu verdad es una traición que los destrozará a todos».

La Nue se acomodó en su posición. Sus ojos, profundamente burlones, recorrieron a Ryuu con un deleite casi macabro, como si ella también escuchase la voz en su cabeza y estuviera esperando el espectáculo.

—Venga, muchacho, tú, con esa aura tan oscura que parece devorar la luz. Es tu turno. —Su voz era un ronroneo burlón, cargado de una anticipación cruel—. Veo la duda en tus ojos, ese peso insoportable en tu pecho. Sabes lo que pasa si no dices esa verdad... Esa mentira..., eso que gira y gira en tu mente..., uff, parece tan delicioso. Creo que, finalmente, voy a divertirme.

Sangreluna rugió en su mente con una insistencia que nunca había sentido antes:

«¡No lo hagas, chico! Lucha contra la Nue, róbale la llave si es necesario, pero no lo digas. Esto no es parte del plan. Nada bueno saldrá de mostrarles la verdad».

Un rayo restalló contra el tatami, a escasos centímetros de Ryuu. Se impulsó hacia atrás de un salto al tiempo que una mancha negra adornaba el suelo.

—No tenemos todo el día —advirtió la yokai—. La próxima pienso acertar.

La verdad pesaba como una montaña y Ryuu sabía que, tarde o temprano, saldría a la luz. Tal vez esa era la única oportunidad para controlarla, para decirla en sus términos antes de que alguien más la descubriera. El grupo necesitaba escucharla de él, no de otro. Inspiró profundamente y levantó la cabeza. Su mirada se clavó en la de la Nue.

—Soy... soy un *shinigami*.

El aire en la sala pareció cristalizarse. Haru fue el primero en reaccionar.

—¡¿Qué?! —gritó con incredulidad y rabia—. ¡¿Eres un maldito espíritu de la muerte?!

La yokai chasqueó la lengua repetidamente para llamar su atención.

—No, no, aquí no valen las medias verdades. Vamos, sé que hay algo más bajo esa capa de seriedad... ¿No es así?

Ryuu alzó una mano, intentando apaciguar la tormenta, aunque sabía que no tenía ninguna autoridad real.

Otro rayo, esta vez aún más grande, cayó a sus pies, chamuscando la túnica de Noboru, que agitó sus manos violentamente para apagar la llama y se alejó arrastrándose.

—Vale, vale. Déjame terminar —dijo dando un paso atrás—. Mi existencia no es como la vuestra. Soy humano, pero solo en parte. Una gota de sangre divina fluye en mis venas. Una sola, como en la kitsune. Fui entrenado para recibir los dones que me concedieron los dioses, poderes sobre la vida y la muerte. Pero poderes absolutamente limitados a la voluntad divina. Mi misión es llevar la muerte a quienes ellos decidan, cuando ellos lo determinen.

Necesitó detenerse para tragar. Hacer una pausa para soltar la bomba final, aquella que sabría que marcaría un antes y un después en todos los presentes. La Nue volvió a levantar la mano amenazadoramente.

—Y mi misión... es acabar con la vida de la kitsune una vez alcance su ascenso y sus plenos poderes. Una vez sea una kitsune completa, debo matarla.

—¿Qué? —se escuchó.

Pero no provenía de Suki, ella tenía los ojos abiertos como si lo que sucedía ante ella fuera un sueño. O más bien una pesadilla.

Nadie se movía, aunque las emociones en sus rostros decían más que cualquier palabra. Noboru rompió el hechizo del momento,

levantándose bruscamente con un dedo acusador.

—¡Lo sabía! —gritó, su rostro deformado por una mezcla de furia y satisfacción—. Sabía que eras una amenaza. Sabía que ocultabas algo, por eso intenté matarte tantas veces y no lo logré. Tú eras el que debía morir en el ascenso, no Kaito. ¡Traidor!

—¡¿Por qué la sangre del Goryo no te mata a pesar de tus intenciones?! —preguntó Mei con absoluta incredulidad—. ¿Es porque eres un *shinigami*?

—No —respondió el chico, sobre el que caían todas las miradas—. No es por eso.

Devastada como estaba, la mente de Suki era un torbellino, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo. Si a Noboru, con su rostro desquiciado tras confesar su intento de homicidio, o a Ryuu, el chico que creía conocer, al que quizá amaba, pero cuya misión era acabar con su vida. Su pecho subía y bajaba desesperado con una presión que le impedía pronunciar palabra. Se sentía idiota, pero sus pasos tensos la llevaron hacia él.

—¿Has dicho que... —gimió, su voz rota entre incredulidad y rabia — vas a mat-matarme?

La Nue, deleitada por el caos que había sembrado, se interpuso entre ellos con una carcajada que rebotó en las paredes del templo como un terremoto.

—Ah, no, pequeña humana. Debes esperar aquí, en tu lugar. Tu querido amorcito ha pasado la prueba, pero a qué precio, ¿eh? Dime, ¿le mirarás igual ahora? Aunque, bueno... —dejó escapar otra risa profunda y retorcida—, no creo que puedas mirarle una vez te haya matado, ¿no es así? ¡Menuda recua has escogido como guardianes! Parece una broma. Todos ellos asesinos..., qué bonito cuadro.

Ryuu no apartó los ojos de Suki, ignorando las palabras de la yokai, despreciando todo excepto la tormenta que veía en ella. Intentó dar un paso hacia delante, su mirada suplicante, pero antes de que pudiera hablar, algo cambió en el ambiente. Un calor llenó la sala, una energía dorada estalló.

Suki estaba cambiando.

Sus orejas de kitsune y su cola aparecieron con un brillo etéreo, y las garras que ahora adornaban sus manos se clavaron en el tatami, dejando marcas profundas. Sus ojos, dorados y naranjas como el fuego más puro, ardían con una intensidad que quería consumir la montaña entera. No era solo ira; era traición, era dolor, era la fuerza de alguien que había sido quebrada y ahora se alzaba, peligrosa, imparable.

—No vas a pasar a este lado. No. —Sus palabras eran definitivas.

Ryuu levantó las manos en un gesto de súplica, ignorando las miradas acusadoras de Haru y Mei. Ellos dieron un paso atrás, sus expresiones eran una mezcla de asombro y precaución. Resentimiento también. Noboru, arrodillado en el suelo, parecía más impresionado por el poder que emanaba de su sobrina que preocupado por el destino que Ryuu había confesado que estaba intentando torcer.

—Suki, escúchame —dijo Ryuu, con una voz rota que no parecía pertenecerle. Ella giró la cara—. Escúchame. No quiero hacerte daño, nunca quise en realidad. Por eso el juramento de lealtad no se volvió en mi contra. No voy a cumplir esa misión, ¿me oyes? Jamás.

Suki negó con la cabeza, sus labios temblando mientras retrocedía un paso.

—Me has engañado. Todo este tiempo... —Se quebró en la última palabra—. Todo ha sido una mentira.

Desde el suelo, Noboru, con la mirada encendida por la furia, el miedo y la arrogancia, se intentó alzar bruscamente. Sus gritos fueron latigazos.

—¡Vosotros sois la guardia de la kitsune! —vociferó, señalando a Haru y Mei—. ¡Reducid a la amenaza! ¿Qué hacéis? ¿La vais a dejar correr más peligro? ¡MATADLE!

La Nue, observando la escena con un deleite perverso, se paseó con calma. Sus ojos, verdes y llenos de una inteligencia malsana, se clavaron en Noboru como si lo estuviera diseccionando con la mirada. Parecía haber olvidado el poder de la yokai en el templo, pero se lo recordaría gustosamente. El monje, aún arrodillado y con las manos atadas, trató de mantener la compostura cuando se le acercó, pero su respiración irregular traicionaba su tensión.

—Aquí la única que puede derramar sangre soy yo, viejo —susurró la Nue, con una voz que parecía deslizarse como veneno líquido—. Y no te preocupes, ahora es tu turno. Quiero tu verdad, la mentira que has escondido en lo más profundo de tu alma. Habla.

Noboru se removió, tratando de apartarse, pero un dedo extendido de aquel monstruo ya se deslizaba por su cara abriendo la carne a su paso. Sus ojos buscaban a los miembros de la guardia, intentando encontrar un atisbo de apoyo. Pero solo halló desdén, incluso en Suki, cuya mirada dorada era ahora una pared infranqueable.

—Yo no soy parte de e-esta prueba —balbuceó—. Esto no es para mí. Yo no soy la guardia, no soy uno de ellos.

—Ah, claro, claro. Siempre hay alguien que se cree especial. Pero no, querido humano. Aquí deben llegar cinco a jugar conmigo, y tú eres el quinto. O confiesas tu verdad, o..., bueno..., ya sabes... acabaré contigo.

Otra risa escapó de su hocico.

Noboru alzó la mirada con desafío, ignorando por completo a la yokai que lo acechaba.

—¡No entendéis nada! ¡Debéis matarle! —rugió, dirigiéndose a la Guardia Kitsune—. ¡Es una amenaza! ¡Es un *shinigami* enviado para destruirla! ¡No podéis quedaros ahí sin hacer nada!

—¿Para qué? ¿Acaso pretendes que no podamos acceder al Quinto Cielo? Y precisamente hablas tú de amenaza, viejo... —respondió Haru con dureza—. ¿Cuántas veces nos has intentado matar sin que lo sepamos? No vengas a darnos lecciones de lealtad. Si alguien aquí es una amenaza, eres tú.

La Nue soltó un suspiro teatral.

—Odio repetirme... —dijo—. O hablas o mueres. Aunque, claro, también puedes morir si hablas. Eso es lo mejor de todo. Me encanta mi trabajo.

La atención se centró en Noboru, quien, contra todo pronóstico, se levantó a pesar de sus ataduras. Su mirada no reflejaba arrepentimiento ni miedo, sino algo más oscuro.

—No confesaré nada —dijo, con una mueca de dolor—. Prefiero la muerte.

—Vaya, vaya, vaya... —canturreó la Nue, acercándose como un gato acechando. Le rodeó con ojos examinadores—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Dos almas dentro de una?

Todos se paralizaron ante esas palabras. Suki sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies. ¿Dos... almas? Su pulso se disparó, y un escalofrío recorrió su espalda, mientras las gotas de sudor le resbalaban por la frente. Nadie supo qué decir mientras las muecas de Noboru se hacían más evidentes. Un grito salió de su garganta. Uno que no era humano.

La garra de la Nue atrapó el cuello del monje, elevándolo en el aire.

—¿Qué se supone que eres? Al final las cosas se ponen interesantes, ¿eh...? Qué maravilla de espectáculo —susurró, inclinándose hasta que sus ojos quedaron al nivel de los de Noboru —. Me encanta que me sorprendan, casi nunca sucede. Y dime, ¿qué vas a hacer?, ¿quién quiere hablar primero, la cáscara o el huésped?

Soltó su garganta para permitirle hablar, pero él no emitió una palabra. Solo ruidos sordos, lucha interna, movimientos espasmódicos y, después, sangre cayendo como lágrimas de sus ojos. Lo que tenía dentro pulsaba por escapar, y Ryuu podía verlo, podía sentirlo. Quería matarlo.

—Has dictado tu sentencia con el silencio.

Con un simple chasquido de sus dedos, el cuerpo de Noboru se desplomó bajo un rayo. Toda su energía arrancada. Cayó al suelo con un golpe sordo, su vida escapando sin más ceremonia. Ni un grito, ni un último aliento; solo la muerte.

Haru fue el primero en reaccionar. No le importaba el monje, sino Suki. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver su rostro. No había lágrimas, ni furia contenida, ni rastro alguno de dolor. Era una máscara fría, dura como el acero, impenetrable.

—Suki... —murmuró Mei, acercándose con cautela—. ¿Estás bien?

Pero la kitsune no respondió. Su mirada se dirigió a la puerta que acababa de aparecer al otro extremo de la sala, ignorando tanto el cuerpo de su tío como a sus compañeros.

—Ábrela y danos la llave —demandó a la Nue—. Y tú, Ryuu, te quedas aquí. Ya no te necesitamos; de todos modos, no tenemos almas suficientes para cruzar la puerta.

Ya no importaba. Nada importaba.

Contuvo las lágrimas que amenazaban con traicionarla. No lo habían logrado, pero al menos saldría con la cabeza en alto... con un

último resto de dignidad.

Haru y Mei intercambiaron miradas de desconcierto, pero Ryuu, sorprendido, dio un paso hacia ella, desafiando la distancia que Suki intentaba imponer.

—Suki, por favor..., escúchame —rogó. Alzó una mano hacia ella, intentando alcanzarla, pero la kitsune dio un paso atrás, evitando cualquier contacto.

La voz de Sangreluna interrumpió el momento.

—Kitsune..., escúchalo. Si queda en ti algo de lo que has confesado a la yokai, míralo a los ojos y aprecia la verdad en ellos.

Ella cerró los ojos por un instante, luchando contra el torbellino de emociones. Pero cuando los abrió de nuevo, su mirada estaba fija en la de la Nue, ignorando deliberadamente a Ryuu.

La criatura sonrió, mostrando sus colmillos afilados, y avanzó hacia ellos con una llave brillante en su garra.

—Pasad, humanos. Esta es la quinta llave —dijo con un tono que casi parecía condescendiente—. Frente a vosotros está la puerta al quinto cielo. Debéis atravesarla portando todas las llaves.

La puerta se abrió con un chirrido profundo, revelando un pequeño lago frente a ellos. El agua era tan clara que reflejaba el cielo cubierto de nubes como un espejo, y en el centro del lago se alzaba un *torii* refulgente hecho de jade lunar blanco como la nieve. Dotaba al lugar de una belleza casi irreal, mística. Divina.

Suki avanzó, dando un paso fuera del templo. Sabía lo que la esperaba más allá. Kaya, su abuela, la kitsune que debía cederle su poder y con ello completar su ascenso. Su destino estaba a unos pocos pasos, y todo lo que había sucedido hasta entonces parecía desdibujarse frente a la magnitud del final.

—Mmm..., suerte —siseó la yokai. Su cola de serpiente se enrolló y desenrolló, chasqueando contra el tatami—. No lograréis nada sin

cinco almas, el infierno se abrirá.

Todos estaban al borde de su límite emocional.

—Hemos llegado hasta aquí para nada —dijo Haru con pesadumbre.

Después de todo lo que habían soportado. Después de todas las vidas perdidas, los sacrificios y el dolor. Nadie pudo decir nada.

Sangreluna, sin embargo, no guardó silencio.

—Ha dicho almas, no cuerpos —susurró.

Suki llevó la mirada hacia Ryuu, luego hacia la espada colgada en su cadera. Había tantas capas de traición en el aire que le parecía imposible decidir qué hacer. Y, aun así, ¿qué le quedaba por perder? Tal vez esa trampa funcionara. Tal vez no. Pero confiar en él... eso era otra historia.

—Suki —intentó nuevamente Ryuu, dando un paso hacia ella.

—Ya he dicho que no puedes venir —replicó sin mirarle, como si el contacto visual fuera suficiente para romper lo poco que quedaba de su cordura.

—Si no voy... si no vamos ambos, no podréis pasar —insistió Ryuu mirando hacia su espada—. Hay una quinta alma aquí.

—¿Por qué íbamos a confiar en ti después de lo que acabas de confesar? —soltó Mei, interponiéndose entre ambos como un escudo.

Ryuu respiró hondo.

—Porque lo que quiero y lo que debo hacer son dos cosas distintas. No os estoy pidiendo confianza. Os estoy diciendo lo que ya sabéis: que, si me dejáis atrás, todo habrá sido en vano. No cumpliréis la misión.

Suki lo miró sintiendo que caminaba por un filo. Haru, Mei y ella miraban a Ryuu desde el lado exterior de la puerta, mientras que él

seguía dentro. ¿Podía arriesgarse? ¿Podía confiar una última vez para evitar la Purga?

—¿Y cómo sé que no aprovecharás el momento para terminar lo que viniste a hacer?

—Porque mi misión ya no importa. Lo único que me importa eres tú. —Volvió a dar otro paso, bordeando a Mei—. Sé que no es el mejor momento ni el mejor lugar, Suki, pero también estoy enamorado de ti. ¿Cómo podría pensar en dañarte cuando lo único que siento al mirarte es que daría mi vida entera por verte sonreír de nuevo?

La tierra tembló. El *torii* relucía como si el tiempo mismo les gritara que se movieran. Sangreluna, desde la cadera de Ryuu, cortó el momento:

—¡Los pétalos, kitsune! Se agota el tiempo.

Suki cerró los ojos, respirando profundamente para calmar el caos que se desataba dentro de ella. Cuando los abrió, había una decisión grabada en ellos.

—Ryuu, vienes con nosotros. Pero escucha bien esto: si haces un solo movimiento que me haga dudar, acabaremos con tu vida en cuanto tu alma ya no sea necesaria. Alcanzar mi meta es lo único que importa ahora.

Ryuu asintió aceptando su juicio.

El lago ante ellos era de una perfección irreal. Suki echó una última mirada al templo donde había quedado el cuerpo inerte de su tío y sacó las llaves de su bolsillo para repartirlas, entregando dos a Ryuu para que colocase la última en la empuñadura de Sangreluna. La quinta alma que les daría acceso.

Cinco almas. Cinco llaves. Un destino.

Ya no había vuelta atrás.

38



La estructura irreal del *torii* blanco era mucho más grande de lo que parecía cuando recorrieron los doscientos metros que los separaban de la orilla. Era como si realmente se tratase de un portal al cielo. Reflejaba la luz tenue que lograba atravesar las nubes, y el agua cristalina del lago duplicaba su imagen, haciendo que el camino pareciera tanto un inicio como un final. Suki fue la primera en avanzar. Entre sus dedos temblorosos bailaba la llave, que parecía pesar tanto como su responsabilidad. Cuando su pie rozó la superficie del agua, un destello carmesí comenzó a serpentear al contacto, vibrante y sinuoso, como sangre recién derramada. Se extendió en ondas por todo el lago, danzando con vida propia y tiñendo de color bermellón toda la superficie.

Todos avanzaron tras ella, entrando al agua con cautela. Bajo sus pisadas, el lago comenzó a vibrar, arrancando de sus cuerpos

destellos rojos que se entrelazaban. Así, el reflejo cristalino del cielo se transformó en el brillo que envolvió a cada uno de ellos al entrar, haciéndolos parecer figuras etéreas en medio de un sueño. Ryuu bajó la hoja de Sangreluna hasta que tocó el agua y le ocurrió lo mismo que al resto. Las pequeñas ondas dibujaban símbolos abstractos que relucían bajo la superficie.

—¿Qué es esto...? —preguntó Haru con voz ronca.

Quedaron deslumbrados ante la intensidad del resplandor. El lago, que habían creído profundo, empezó a vaciarse en cuestión de segundos, como tragado por un desagüe invisible. El agua carmesí se precipitó hacia el *torii*, tiñéndolo de un resplandor sangriento, y el jade lunar se encendió en un rojo rubí brillante. Con un último remolino silencioso, el fondo quedó al descubierto: un pavimento de piedra blanca surcado de antiguos caracteres conocidos que se extendían hasta la base del *torii*, ahora resaltado con intensidad.

Con curiosidad y reverencia, Mei avanzó un paso, se arrodilló y dejó que sus dedos rozaran las inscripciones. Al instante, las palabras salieron de sus labios sin que pudiera detenerlas mientras se iluminaban. El resplandor se desplazó hacia el *torii*, abriendo un ancho portal blanco entre sus columnas ahora rojizas.

—Sin que el último pétalo toque el suelo, la kitsune, en su mayoría plena, cumplirá su ascensión al quinto cielo, o la Purga será la cruel condena...

La última sílaba apenas había abandonado su boca cuando un grito desgarrador quebró el aire. Pero no era un grito de dolor, sino uno de guerra. Ese tipo de sonido que sale del pecho y no de la garganta. Una lluvia de flechas cayó sobre ellos desde el templo que habían dejado atrás. El silbido de las puntas cortó el aire con precisión letal. Los cuatro se movieron como si fueran uno.

Suki se tiró al suelo, hecha un ovillo y llamando a su kitsune interior, mientras Haru y Mei se posicionaron frente a ella y elevaron sus armas para bloquear los proyectiles. Las saetas chocaban contra el suelo de piedra y las hojas de sus katanas con un sonido metálico que reverberaba.

—¡Al suelo! ¡Nos disparan desde el templo! —gritó Ryuu, alzando a Sangreluna para desviar un proyectil que venía directo hacia él.

Eran solo cuatro arqueros, pero la posición y el elemento sorpresa les daban una clara ventaja. Desde su situación elevada sobre el techo, los tiradores recargaban sus arcos con una eficiencia escalofriante, sus ojos parecían estar fijos en su objetivo: ellos.

Mei soltó un gemido cuando una flecha golpeó su pecho, pero se trataba de un proyectil desviado por Haru. Aunque no logró penetrar, rebotó en su pechera con suficiente fuerza como para hacerle tambalearse y arrancarle el aliento.

—¡Mei! —exclamó Suki, girándose hacia su arquera con el corazón en un puño.

—No ha sido nada, mantente agachada —dijo ella, cubriéndola.

¿Cómo podía estar pasando aquello? Si se encontraban a tan solo unos metros de su destino... ¿Por qué todo conspiraba en su contra? Ni siquiera habían tenido opción de admirar la luz oscilante que prometía llevarlos al quinto cielo. Aquella superficie blanca, como agua en vertical, que aguardaba haciendo pequeñas ondas a que accediesen a su interior.

Desde la puerta del templo que acababan de abandonar, una figura emergió entre las sombras con una risa gutural que silenció todo. La carcajada se metió en su cabeza, igual que un viento helado; igual que un parásito horadando su piel, sus venas, su sangre. Se abría paso al exterior con rapidez.

Era... ¿Noboru?

Pero algo no estaba bien.

—Oh, por todos los dioses... —murmuró Haru; su rostro perdió todo el color que tenía—. ¿Cómo es posible que esté vivo?

El tiempo pareció congelarse mientras Noboru, o lo que quedaba de él, se acercaba con movimientos rígidos y antinaturales. Parecía costarle, como si estuviera adaptándose a un nuevo estado. Sus ojos, ahora pozos negros, no mostraban ni rastro del hombre que habían conocido. Las sombras parecían bailar alrededor de su cuerpo, una niebla densa que se aferraba a su figura como si fuera una extensión de él mismo.

Suki, plenamente transformada y con las orejas de kitsune alzadas, retrocedió. Sus ojos de un brillo naranja intenso refulgían con algo más que incredulidad: había miedo, y había rabia.

—Noboru...

—Eso no es Noboru —dijo Ryuu afilando su tono y elevando a Sangreluna.

—No..., no es él —confirmó la espada, de la cual aún colgaba la llave—. Ese cuerpo es solo un contenedor, y la presencia oscura que fluctúa a su alrededor ha tomado el control absoluto. Eso no es vida; es una marioneta, un cascarón poseído. Lo que murió fue su alma humana, la que, por lo visto, todavía permanecía dentro.

—Lo veo —afirmó Ryuu.

Las garras de la kitsune destellaban bajo la luz dorada de su transformación cuando asintió.

—Yo también. Es como una sombra que lo envuelve..., pero es densa, real. Peligrosa. Demoníaca.

Mei miró a ambos con frustración. Agarró del brazo a Suki y a Haru para dirigirlos tras una de las grandes rocas que plagaban la explanada.

—¿Contenedor?, ¿presencia? —preguntó la arquera, agachándose y colocando una flecha en posición. Tomó una de las que estaban impregnadas en veneno y protegidas en su carcaj—. No veo nada más que un cadáver caminando.

Sangreluna habló de nuevo.

—No es algo que puedas ver. Supongo que, al ser ahora una plena presencia demoníaca, tan solo aquellos que portan sangre divina pueden percibirla. La sentí dentro de él hace días, pero estaba eclipsada, casi escondida.

—¿Y por qué no dijisteis nada antes? —gruñó Haru con reproche.

—Porque no sabíamos que era un maldito demonio —aclaró la espada—. Y estaba contenido. No siempre salía. Era como si el humano aún luchase. Tal vez... ambas almas convivían, tomando el control alternativamente. Además, con todo lo que teníamos por delante, decidimos no preocuparos con ello.

—¿Cómo íbamos a saber que llegaría a esto? —cortó Ryuu agachándose—. Parece que subestimamos su poder.

—¡¿Subestimasteis?! —gritó Haru, desviando otra flecha que pasó tan cerca de su rostro que dejó un corte en su mejilla—. ¡Dioses! ¿A un maldito demonio se le subestima, Ryuu?

Suki levantó una mano parando la discusión justo cuando una flecha sobrepasó la gran piedra que los protegía.

—¡Corramos hacia el *torii*! —ordenó decidida—. Esa cosa no puede seguirnos al otro lado.

—¡¿Y si puede?! —preguntó Haru, bloqueando otro proyectil con gesto desesperado.

—No tenemos otra opción —respondió ella.

Con un asentimiento, Ryuu se posicionó al lado de la kitsune con su cuerpo tenso dispuesto a protegerla hasta el portal.

—Yo cubro la retaguardia —declaró. Sus ojos no abandonaban los movimientos erráticos del que antes había sido Noboru, ahora una sombra deformada y letal.

Alrededor del lago, las luces de los Kodama añadían el toque final que transformaba la escena en una visión propia de las leyendas.

El demonio que controlaba al monje vociferó con una voz retumbante y llena de desprecio.

—¡No corráis demasiado...! —gritó mientras hacía un gesto a uno de los soldados que acababan de llegar—. Matadlos a todos. Pero no toquéis a la kitsune.

Un grupo de recién llegados, claramente miembros de la Orden de la Purga, como revelaba su uniforme de capucha naranja, se unieron a la carga de flechas, que cruzaban el aire como una lluvia mortal. Haru y Mei apenas podían protegerse, ya que corrían de espaldas hacia el *torii*, esquivando los proyectiles que les rozaban la ropa. Suki, en medio del pánico, estaba dividida entre el temor y la necesidad de llegar al portal.

—¡Maldita sea! —espetó Haru, girando sobre sus talones para desviar otra flecha, que esta vez se clavó en su sombrero y se lo arrancó—. ¿Cuántos de estos fanáticos hay?

—¡No te pares, Haru! —le espetó Mei, con el arco tenso para devolver el ataque—. ¡Sigue corriendo! ¡Aaah!

Ese último grito no fue normal.

Suki, impotente, vio cómo una oscuridad ya conocida se movió alrededor de la guerrera como en un parpadeo, arrancando de su mano la llave e hiriendo su costado con algo afilado.

Mei cayó con una rodilla en el suelo y su compañero acudió a socorrerla. Sangraba. Tenía una herida abierta entre las costillas que le hizo perder no solo la concentración, sino el aliento.

—¡Cúbreme, Ryuu!

Pero el samurái tenía la seguridad de Suki en sus manos.

Sin esperarlo, un grupo de Kodama apareció frente al dúo, cegando con su brillo a los atacantes y frenando por un instante las flechas. Suficiente para que Haru y Mei se refugiaran tras una piedra e improvisaran una venda que contuviera la hemorragia.

Los espíritus del bosque estaban de su lado. Pero fue en ese breve respiro cuando la amenaza se hizo más tangible.

—¡Por la Purga! —gritó un encapuchado desde lo alto de una roca, tensando su arco con furia.

Suki apenas tuvo tiempo de girarse cuando la flecha silbó a su lado. Le rozó la oreja con tal precisión que le cortó un mechón de cabello blanco, que flotó en el aire antes de caer al suelo. El impacto la desestabilizó, y por poco no perdió el equilibrio hacia atrás.

Ryuu se colocó frente a ella tras comprobar que no estaba herida.

Noboru se volvió lentamente hacia el fanático, sus ojos convertidos en agujeros de furia.

—He dicho que no toquéis a la kitsune —gruñó. Y la sombra se desató.

Una ráfaga oscura emergió de su cuerpo y se abalanzó sobre el traidor que había desafiado su orden. En un suspiro, la negrura lo envolvió, lo alzó en el aire y lo desgarró con un estallido seco. Solo quedó el eco del grito ahogado del encapuchado, y luego, nada. Una lluvia negra cayó como ceniza donde había estado.

Noboru bajó la mano con lentitud, su figura temblaba por el esfuerzo. Ríos de lágrimas negras se deslizaban de sus cuencas ahora vacías. Luego, se giró de nuevo hacia Suki.

Corrieron hacia el *torii* en un intento de huir de aquello, pero una risa gutural y espeluznante se movió hacia ellos como en un aleteo. Noboru emergió de la nada, transportándose en el aire hasta bloquear su camino. De cerca se podía distinguir que su figura aún

conservaba vestigios de humanidad, pero solo en forma; una masa de sombras ondulantes se alzaba y giraba desde su cuerpo como una tinta viscosa, evaporándose levemente tras arrancar una vida. Los pozos negros que eran sus ojos destilaban un odio insondable, y un destello rojo como brasas encendidas brillaba en el centro. Su rostro ya no era el del monje que Suki había conocido toda su vida, el de su tío. Ahora era una máscara deformada por la oscuridad, espantosa y llena de pura maldad.

—Oh, mi querida Suki... —dijo, su voz un susurro abrasivo que raspaba como garras sobre piedra. Parecía agotado, tal vez ese transporte le había drenado fuerzas—. Tantos años moldeándote, formándote, protegiéndote... Todo para que ahora, en este momento final..., me hayas abierto el camino y tú no entres. Mmm..., esto sabe demasiado dulce. Y seguro que tú también sabes así, pero no te devoraré. Sin embargo, no pretendo ser bondadoso con tu abuela.

¿Su abuela? ¿Qué pretendía ese monstruo con su abuela?

—¿Años? —preguntó sin querer escuchar su respuesta.

—Ah..., toda la vida, sobrina. —Pronunció esa palabra con placer evidente—. Dentro de este cuerpo, viendo o controlando; dependía de la voluntad de tu querido tío.

Ryuu dio un paso adelante y cubrió a Suki con su propio cuerpo. Sangreluna brilló intensamente con un fulgor violáceo que parecía luchar contra las sombras que rodeaban a Noboru. El *torii* estaba a tan solo cinco metros. Cinco metros hasta su destino.

—¡Suki, corre hacia el *torii*! —pidió Ryuu—. Nosotros lo detendremos. Yo lo detendré.

—¿Detenerme? —dijo el ser sombrío, claramente intentando ganar tiempo y recuperándose—. Esto es mucho más grande de lo que

unos simples humanos podéis imaginar. De lo que un *shinigami* puede lograr.

El grupo de fanáticos envueltos en armaduras negras con capuchas naranjas habían detenido sus proyectiles y en ese momento se acercaban para frenarlos. Sus gritos eran como un cántico de guerra.

—¡La Purga vendrá! ¡Por la Purga!

Eran casi una docena, y parecían no tener nada que perder. Mei derribó a dos de un solo lanzamiento y Haru defendía la posición con sus *kunai* en alto, evitando que se adelantaran.

—¡Suki, corre hacia el *torii*! —repitió Ryuu—. Yo me encargo de tu tío.

La kitsune se encogió ante la sola mención de aquello como su tío. Se veía incapaz de decidir si podía confiar en Ryuu. Cada fibra de su ser le gritaba direcciones opuestas: correr, luchar, confiar, desconfiar.

—Vaya, así que el *shinigami* quiere jugar a proteger a la kitsune. Pensé que el juego era al revés... Los dioses, tan predecibles, enviando a sus «ángeles de la muerte» a por mí. Pero ¿sabéis? —Una sonrisa retorcida se dibujó de nuevo en su rostro—. He ganado el juego. Tengo una llave y entraré al quinto cielo. Por fin.

El suelo rugió en respuesta. Hizo que todos se tambalearan, incluido el ser que portaba ahora el cuerpo de Noboru. Aquello confirmó que ese poder no provenía de él.

Inmensas grietas comenzaron a extenderse por el terreno, como si la tierra estuviera tratando de liberarse de algo que la comprimía desde abajo.

—¡He ganado el juego! —volvió a gritar con un fervor casi extático, mientras daba un paso hacia delante, cada vez más cerca del *torii*. Sus sombras ondulaban con frenesí, iba recuperando fuerzas.

Otro rugido terrorífico retumbó en cada uno de ellos. El lamento de algo gigantesco, algo que estaba despertando.

Suki sintió el instinto y miró hacia atrás, por encima del tejado del templo donde sobresalían las ramas del cerezo. Vacías. El último pétalo ya no estaba.

Miró a Mei y Haru, que intentaban frenar la marea enemiga, luego al monstruo que se acababa de girar para cruzar el *torii*, y, por último, a Ryuu, el chico que le agitaba el corazón. El samurái, el *shinigami*, o quien quiera que fuese, que le robaba el aliento. El mismo que ahora, en un movimiento tan rápido que apenas pudo reaccionar, la agarró de la cintura.

—¡No te sueltes! —gruñó.

Corría con la velocidad inhumana que seguramente le confería su condición. El mundo alrededor de ellos se desmoronaba: el rugido de la tierra, los gritos de los soldados, el eco del cántico de la Purga. Todo se desdibujaba mientras avanzaban. Las grietas se abrían a sus pies, y el temblor hacía que el equilibrio fuera una tarea casi imposible, pero él no se detuvo. Ignoró el dolor, el caos, incluso el peso de la desconfianza de Suki.

—¡No os detengáis! —gritó Mei con un hilo de voz, disparando otra flecha que se clavó directamente en el pecho de un enemigo que se desplomó al instante. El vendaje que se había anudado rápidamente había parado la hemorragia y aún podía defenderse, aunque fuera desde el suelo.

A unos pasos de ella, Haru luchaba cuerpo a cuerpo con otros dos contrincantes con movimientos ágiles pero desesperados, esquivando una espada y desarmando a su oponente con un golpe certero en la muñeca. Los Kodama titilaban alrededor, como si fueran parte de su arsenal.

El suelo se fragmentó. Grietas profundas comenzaron a abrirse, extendiéndose como venas oscuras que amenazaban con tragarlos. Ryuu tropezó momentáneamente cuando una de las fracturas apareció justo bajo sus pies, pero, con un impulso sobrehumano, su rodilla tocó el suelo, estabilizándolo antes de levantarse de nuevo. Sangreluna relució en su ayuda.

Por encima de ellos, las nubes se tornaron negras como el azabache y comenzaron a girar en un vórtice sobrenatural. Una abertura se formó en el cielo, semejante a una gigantesca boca preparada para tragárselos. Pero una luz rojiza los cegó.

—¡No! —gritó Suki cuando vio cruzar al cuerpo de Noboru. El *torii* pareció reaccionar, intensificando su brillo carmesí mientras el ser cruzaba el umbral.

Lejos de amedrentarse, Ryuu se impulsó, y, de un salto que desafiaba toda lógica, atravesó el aire como una flecha lanzada por los mismos dioses. Su figura, con Suki en brazos, se lanzó hacia el portal, justo cuando una voz ancestral pronunciaba las palabras del juicio final:

«El pacto ha sido quebrado; la Purga da comienzo».

39



Antes de sobrepasar la línea del mundo real y el divino, todo se detuvo. Suki vio cómo el cielo respondía al juicio de los dioses: un rayo descendió con una fuerza abrumadora, golpeando a uno de los guerreros de la Orden que avanzaba hacia Mei y Haru. El impacto fue tan violento que el hombre cayó al instante, dejando tras de sí solo un olor a ozono y cenizas.

—¡Dioses! —murmuró Haru, retrocediendo mientras intentaba proteger a Mei ante el nuevo enemigo.

Pero los rayos no se detuvieron. Uno tras otro, descendían del cielo con una precisión implacable, golpeando a los atacantes como si fueran piezas de un tablero que los dioses habían decidido barrer. Los gritos de los soldados se entremezclaban con el rugido ensordecedor de los truenos, y el suelo temblaba bajo la intensidad de cada impacto. Era el apocalipsis.

Y entonces, Ryuu y Suki se precipitaron hacia el portal. El caos que los rodeaba desapareció para dar paso a una calma irreal.

Emergieron a un paisaje que parecía arrancado de un sueño distorsionado. El suelo sobre el que habían caído era liso y blanco, de una textura marmórea pero carente de brillo, como si el tiempo lo hubiera desgastado hasta hacerlo mate. Una alfombra de pétalos de cerezo rosados cubría la superficie, formando un manto tan inquietantemente bello que parecía imposible que algo natural lo hubiera creado. A pesar de su delicadeza, los pétalos parecían inmóviles; ni un solo soplo de viento circulaba en el lugar. Levantaron la cabeza. Sobre ellos, el cielo era un espejo del exterior: nubes negras y densas giraban en un remolino irreal, y en su centro, la grieta se abría, hambrienta. Pero ahí no había rayos, no había terror.

El primero en ponerse de pie fue Ryuu, escrutando alrededor en busca de aquello que perseguían segundos antes. Suki, aún aturdida, se levantó tras él.

Unos metros más adelante, en el centro de aquel espacio etéreo, una silueta parecía no encajar con el entorno. Era una figura maltrecha, extremadamente delgada, que descansaba sobre un simple colchón de aspecto rudimentario y vestía ropajes de color blanco. Su postura era extraña, como si tuviera cientos de años.

Y, justo en el espacio que los separaba, se empezó a hacer sólida la figura que había sido Noboru. El ser negruzco les tapaba parte de la visión. Se giró con una lentitud teatral.

—¡Detente! —gritó Ryuu.

De nuevo esa carcajada profunda y gutural. «¿Por qué reirán tanto los demonios? —pensó Suki—. ¿Qué crueldades anticipaban sus oscuros pensamientos?».

El ser ladeó la cabeza con un movimiento imposible, girándola completamente hacia ellos con un crujido seco que habría partido el cuello de cualquier humano. La masa de oscuridad que lo envolvía se agitó, bailando a su alrededor. Era imposible distinguir dónde terminaba el cuerpo mortal que había sido Noboru y dónde comenzaba aquella viscosidad maligna y etérea, como si ambos se hubieran fundido en una sola entidad corrupta.

—¿Crees que podéis detenerme, *shinigami*? —dijo con esa voz que parecían garras raspando el suelo—. Una simple kitsune, sin siquiera haber completado su ascensión, no es más que un insecto ante mí. El tiempo se ha agotado, y todo ha salido conforme a mi plan. Segundo por segundo, pieza por pieza. Y tú... —la criatura alzó un brazo, señalando a Ryuu con un dedo ganchudo, envuelto en sombras líquidas—, un insignificante ángel de la muerte, ¿qué puedes hacer contra mí?

—No eres el primer demonio del que me deshago —escupió Ryuu alzando a Sangreluna.

El samurái no dudó, se lanzó al ataque con una estocada precisa, dirigida no a la masa de sombras, sino al cuerpo humano que aún servía de anclaje a la criatura. Pero la figura se movió con una rapidez antinatural, esquivando el filo de Sangreluna con un giro fluido, como si el aire mismo lo impulsara.

Ryuu no se detuvo. Se deslizó en círculos a su alrededor. Giraba, cortaba, atacaba sin tregua, como un ciclón de filo imparable. Su espada relucía con destellos violáceos, dejando estelas en el aire con cada embate. Pero el demonio danzaba entre los golpes, su forma fluctuante se desvanecía antes de cada impacto.

Justo detrás de la confrontación, algo se movió, captando por un instante el interés de Suki. Pero el ser oscuro volvió a hablar, reclamando de nuevo toda su atención.

—Escucha bien, pequeña criatura —continuó el demonio, rezumando satisfacción—. Yo fui un dios. Sí, un dios de los demonios, pero un dios, al fin y al cabo. Mi tiempo en las sombras no ha sido un castigo, sino una preparación. Años, siglos, he pasado horadando las tinieblas, haciéndolas mías, convirtiéndome en su amo y señor. Ahora, estoy a solo unos pasos del lugar que una vez llamé hogar.

La negrura a su alrededor pulsaba con cada palabra.

Ryuu volvió a la carga, ignorando las palabras vacías de su enemigo. Atacó sin piedad, forzando a la criatura a retroceder. Cada golpe era más feroz; cada movimiento, más rápido, hasta que logró acorralarlo. Entonces el demonio se desvaneció en una ráfaga de sombras para reaparecer tres metros más allá.

Desde allí, los observó con una sonrisa torcida, una mueca calculada para infundir temor. Pero Ryuu le devolvió una sonrisa de satisfacción.

Suki también lo notó: las sombras que lo rodeaban se agitaban con menos fuerza; su movimiento era más errático, más lento. Ahí estaba su límite. Teletransportarse le costaba energía. La monstruosidad giró la cabeza hacia la kitsune, y ella comprendió al instante lo que pretendía. Sin necesidad de palabras.

—La grieta está abierta. El cielo se ha roto, y todo gracias a ti. Pronto, uno de ellos bajará —dijo, y una sonrisa maliciosa deformó su rostro al tiempo que miraba hacia Suki—. ¿Y sabes lo que haré? Tomaré su poder. Sí, pequeña kitsune, ni siquiera un dios será capaz de resistir la oscuridad que he contenido durante tanto tiempo. Seré algo más que ellos, más grande que cualquier cosa que hayas imaginado. Seré un titán. Invencible. Indestructible.

Mientras hablaba, su voz se volvía cada vez más intensa. El cielo parecía responder a sus palabras con su remolino.

La visión de ese futuro provocó un escalofrío en Suki. Y, de nuevo, percibió que la figura del colchón se movía. Lentamente, como si cada articulación estuviera oxidada, el cuerpo maltrecho se irguió, revelando una figura humana cuyos huesos sobresalían casi por encima de la piel. Suki la analizó con más detalle. Cabello blanco y desordenado que caía en mechones quebradizos sobre unos hombros encorvados. En apariencia, era débil, pero en cuanto puso sus ojos en los intrusos, una energía diferente desbordó aquella fragilidad física. Sus iris eran naranjas, casi dorados.

Kaya. Era su abuela. Esos rasgos eran inconfundibles, idénticos a los de Noboru, a los de su padre Yukio, y, en consecuencia, a los suyos propios.

—¿Qué eres? —preguntó Kaya. Esa voz enérgica no parecía pertenecer a ese cuerpo huesudo.

El revoltijo de sombras que entorpecía la visión de Suki y Ryuu se volvió hacia la voz. Los ojos de la anciana brillaron en reconocimiento.

—¿Noboru? ¿Hijo? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué es esta... esta monstruosidad?

Por un instante, un eco de confusión cruzó el rostro del ser. Pero fue fugaz, y lo reemplazó rápidamente por esa sonrisa cruel. Antes de que pudiera responder, Kaya alzó la vista y sus ojos se encontraron con Suki. Su expresión cambió por completo, mutando al reconocimiento y la comprensión.

—Suki... —murmuró, su voz expresaba sorpresa—. Eres tú..., mi nieta. Mírate..., todos los poderes kitsune ya han migrado de mi cuerpo al tuyo. Eres una kitsune plena.

El corazón de la chica se saltó un par de latidos. Solo podía mirar a Kaya, como si todo lo demás hubiera desaparecido. Por un

momento, solo existían ella y la mujer que había deseado conocer toda su vida.

—A-abuela —susurró, casi temblando. Intentó cerrar la distancia que las separaba, pero antes de que pudiera dar un solo paso, la sombra oscura que rodeaba al ser se agitó violentamente, como una ola de tinta derramándose en el aire.

—Noooooo. No tan rápido, pequeña —canturreó el demonio, y, molesto, se dirigió a la mujer—. ¿De verdad no me reconoces, vieja? ¿Acaso tu memoria es tan frágil como tu cuerpo? Porque deberías saber quién soy. Tú me invocaste. Tú me liberaste.

La expresión de Kaya pasó de incredulidad a horror.

—No... No puede ser —murmuró, llevándose una mano al pecho —. ¡¿Qué ha pasado?! Yo... Yo no quería...

El enfado del ser oscuro se desvaneció al saberse de nuevo el centro de atención. «Criaturas ambiciosas y egocéntricas», pensó Ryuu, tomando nota mental.

—Oh, claro que querías —continuó el demonio, arrastrando cada palabra—. Tus deseos egoístas me dieron vida. Tu inocente nieta me hizo llegar aquí... El cielo se ha fracturado, el mundo se tambalea y el caos está a un suspiro de distancia.

—¿Deseos egoístas...? —cuestionó Ryuu, a un par de pasos de Suki. Sabía que la criatura estaba usando la conversación para recuperar energías. No iba a atacarlos, así que lo aprovecharía.

—Sí, *shinigami*, egoístas. ¿Quién más podría querer desafiar las leyes de los dioses y la naturaleza? Solo un humano tonto y desesperado. Pero, ah, ¿no es esa la verdadera esencia de vuestra especie? Anhelar lo imposible sin importar el precio. Y el precio siempre llega.

Incapaz de contenerse más, Suki intentó dar otro paso hacia su abuela; su mano se extendió entre el temor y el anhelo. Quería

sentirla, tocarla, confirmar que estaba allí, que era real. Pero la masa viscosa y oscura que envolvía al demonio se extendió como una garra y bloqueó su avance. Se enroscó alrededor de su brazo, apretando con una fuerza que la hizo tambalearse y caer al suelo.

—¡Suki! —gritó Ryuu, acercándose.

El breve contacto con la sustancia dejó una marca en su piel, una leve quemazón que Suki sintió como un ardor helado.

—No tan rápido, pequeña —gruñó el demonio mostrando los dientes—. Debes aprender que alguien como ella no merece a su familia. No después de lo que os hizo.

Suki transformó todo su cuerpo y lanzó un zarpazo feroz que desgarró la nube de oscuridad. Pero su victoria fue efímera. La negrura parpadeó y volvió a formarse casi de inmediato. La kitsune se retorció al notar los restos de aquella sombra adheridos a su piel.

—¿Qué hizo? ¡Si vas a hablar, hazlo de una vez! —chilló enfurecida.

El demonio se inclinó hacia ella, llenando su campo de visión.

—Oh, claro que sí, lo vas a saber —susurró con una falsa inocencia que era aún más aterradora—. Pero tú no marcas los tiempos, sobrinita.

Ante esa respuesta, la kitsune perdió la poca paciencia que le restaba. Volvió a atacar. Su golpe no fue dirigido a las sombras, sino al cuerpo, al contenedor, al hombre que una vez fue su tío. El demonio no lo vio venir. Un gruñido rasgó su garganta mientras se echaba hacia atrás, trastabillando por el impacto.

Era poderoso, pero Suki sabía que no quería contratacar para no perder energía. Eso lo hacía vulnerable.

Y esa certeza encendió algo en la kitsune. Sin darle un respiro, cargó de nuevo, usando su cola como un látigo furioso. La

embestida fue brutal; lo golpeó en el torso y lo lanzó por los aires, apartándolo de su camino hacia Kaya.

El demonio reaccionó demasiado tarde. Intentó transportarse antes de tocar el suelo, pero no pudo evitar el impacto al reaparecer.

Ryuu no se movió, se mantuvo alerta.

—Abuela..., ¿qué significa todo esto? —murmuró Suki, arrodillándose frente a ella.

La mujer tragó saliva con dificultad, algo que se notó demasiado en su cuerpo tan esquelético.

—Cariño..., hace muchos años hice un pacto. Un pacto con un demonio porque tu padre, mi hijo..., murió en un ataque al palacio. Tú acababas de nacer, Suki. Eras tan pequeña... No quería que crecieras sin un padre. Lo hice por la familia. Por mi hijo... Lo hice por ti.

El aire abandonó el pecho de Suki. Y el suelo tembló como reaccionando a la confesión. Un olor a lluvia inundó el aire y los pétalos que tupían el suelo se balancearon. La temperatura en el quinto cielo se elevó ligeramente cuando el demonio se alzó en el aire. Ahora flotaba. Una estrategia para evitar más ataques, para evitar debilitarse.

—¿Cómo que un pacto? —quiso saber la joven.

Kaya asintió, sus ojos brillaban con lágrimas que se negaban a caer, como si incluso su tristeza estuviera atrapada en el tiempo.

—Un pacto con una entidad demoníaca, los únicos que pueden devolver cuerpos a la vida. Pero los dioses me castigaron. Se sintieron agraviados por mi decisión.

—¡Y encerraron aquí a la kitsune! —interrumpió la oscura criatura desde lo alto, su voz estalló en carcajadas—. Aunque eso me obligó a esperar veinte largos años..., ha valido la pena. Cada día de

espera, cada alma que devoré para hacerme más poderoso, todo por este momento. ¡El sacrificio ha merecido la pena!

Ryuu se arrodilló junto a Suki con una mano sobre su hombro. Ambos observaban a Kaya mientras las piezas del rompecabezas se acomodaban en la mente de la joven. Sangreluna, vibrante y ansiosa, zumbó con fuerza desde la cintura del samurái.

—Ryuu..., la kitsune... —murmuró impaciente.

—Ahora no —la cortó él en voz baja, concentrado en todo lo que empezaba a encajar.

—Solo quería que viviera..., que tú, Suki, tuvieras una familia completa —argumentó Kaya, ignorando al demonio—. Sabía que mi pacto sería castigado, y estaba dispuesta a asumirlo. Pero jamás pensé que llegaría a esto.

Ryuu dirigió su mirada al demonio, el entendimiento brillaba en su mirada.

—Tomaste el cuerpo del padre de Suki, ¿no es así? Engañaste a la kitsune. No lo devolviste a la vida, tan solo lo ocupaste. Lo usaste para tus propios fines. Como estás haciendo ahora.

El demonio ronroneó con deleite y un trueno estalló sobre sus cabezas. El caos llegaba al quinto cielo.

La esencia oscura burbujeó como una amenaza.

—¡Aah, qué inteligente, *shinigami*! Por supuesto que tomé el cuerpo de Yukio. Pero ¿quieres saber algo aún mejor? —Lentamente, con una teatralidad enfermiza, señaló el cuerpo de Noboru. Disfrutaba siendo el protagonista—. Este de aquí..., su querido hermanito gemelo... Oh, qué tragedia... Enseguida descubrió mi plan e intentó deshacerse de mí. Pero ¿sabes qué hice? Cambié de cuerpo. Invadí el suyo justo cuando quemaba el cadáver de Yukio con sus propias manos. ¡Ah, qué gozo! ¡Cómo lloraba mientras las

llamas consumían la carne y yo me introducía en él! Qué desgarrador, qué patético. Pero, para mí, qué conveniente.

Suki sintió cómo el mundo se fracturaba a su alrededor. Kaya sollozaba sonoramente, pero la criatura no había terminado.

—Lo que siguió fue ridículamente fácil. Para encubrirlo todo, me deshice de la maldita Guardia Kitsune, de los tres que quedaban. Fue sencillo manipular al consejo, hacerles creer que había sido la Orden de la Purga... Los humanos sois tan maleables cuando buscáis desesperadamente respuestas. Por desgracia, Noboru no era como Yukio. Luchaba. Me costó mucho más invadirlo por completo. Durante años, solo lograba asomarme en momentos clave, lo suficiente para mover mis hilos, para filtrar información a la Orden de la Purga, para manipularlos y hacerlos mis aliados en este gran plan de ascenso. Aunque la Orden... Ah, qué inútiles resultaron. No eran confiables, y más de una vez pusieron en peligro el plan. Solo los necesitaba para lograr acceder sin sospechas. Pero casi arruinan todo durante el ascenso.

Suki apenas respiraba, incapaz de procesar lo que estaba escuchando. Toda su vida había sido una mentira.

—Al principio fue muy decepcionante verme tan limitado por la resistencia de Noboru. —Las sombras que lo envolvían vibraron con un escalofriante regocijo—. El pacto solo me permitía tomar cuerpos con lazos de sangre directa, así que no podía saltar a otro huésped más influenciable. Pero no importó, porque, al final, Noboru me sirvió mejor de lo que jamás imaginé. Logré que se convirtiera en regente. Desde ahí, acumulé todo el poder que anhelaba. Y ahora... todo está listo para que este sea mi último paso.

De pronto, su mueca de satisfacción se tornó en un rostro terrorífico y fijó su mirada en Suki, como si la analizara con una curiosidad morbosa.

—Intenté entrar en ti tantas veces que he perdido la cuenta..., pero la divinidad que corre por tus venas me lo impidió. —Su sonrisa se ensanchó con diversión oscura—. Fue frustrante al principio, créeme. Estabas tan indefensa, eras tan pequeña, y, aun así..., algo dentro de ti me rechazaba. Algo más grande que tú misma. Y eso, pequeña kitsune, solo hizo que te deseara todavía más. Y al final mira si me has servido, porque, después de todo..., he ganado.

La cabeza de Kaya se inclinó lentamente hasta apoyarse en el suelo, como si el peso de sus errores finalmente la hubiera aplastado.

—No... No podía imaginar todo e-esto... —balbuceó—. Yo solo quería... salvaros.

El demonio rio entre dientes y su sombra danzó como si celebrara una victoria.

—Los pactos de sangre son eternos, vieja. Y debo admitir que ha sido satisfactorio. Oh, sobre todo aquellas veces que arrebataba algo valioso... Eso hacía mis sombras más oscuras, más profundas, más poderosas.

«¿Podemos atacar, Ryuu?», el *shinigami* sintió la voz en su cabeza. Sangreluna estaba preparada.

—Espera —susurró.

—El alma de tu madre, Suki... —prosiguió—. Ha sido, junto a la tuya, la única que ha luchado, la única que me he propuesto devorar y no he conseguido. Durante tantos años, se ha resistido. Ni siquiera darle otra hija la hizo vulnerable.

El mundo entero dio un vuelco. Suki parpadeó, perpleja, y su respiración se volvió errática, ¿había entendido bien?

—¿Qué estás diciendo? —murmuró, temiendo comprenderlo.

El demonio estaba gozando con la conmoción que había sembrado, girando en las alturas, moviendo su oscuridad.

—El cuerpo de Noboru..., gemelo del de Yukio, fue mi mejor disfraz. —Su voz bajó, casi confidencial, pero goteando crueldad—. Intenté confundir a tu madre, enredarla en mis sombras, consumirla. Pero fue inútil. Esa mujer era demasiado brillante. No podía matarla; necesitaba consumirla por completo. Pero se me resistió, jamás se volvió vulnerable. El humano con el que compartía cuerpo, tan tozudo, me dio, sin quererlo, una idea fabulosa cuando vi cómo me miraba tu madre. Al cuerpo idéntico al de su amado y fallecido esposo. Pude ver el anhelo, la añoranza. Encontré el punto débil y jugué con él como mejor supe. Pero no mostró un atisbo de debilidad, ni siquiera cuando la dejé embarazada.

Un grito ahogado escapó de los labios de Suki. La boca le sabía a sangre. Sus manos temblaban mientras una ola de rabia y horror la atravesaba.

—¡Mientes! —gritó, lanzándose hacia el demonio con una furia que no había sentido antes. Pero Ryuu la detuvo, sujetándola con fuerza—. Aoi no puede ser tu hija.

—Suki, no... —susurró, aunque era evidente que él también luchaba contra su propia ira.

El ser oscuro sonrió, observándolos con su vacío infinito.

—Las conservé a ambas, eran mi mejor arma para mantenerte a raya. Pero esa luz que no pude devorar... me molestaba, así que decidí apagarla, rodeándola de mi oscuridad para siempre. Viva, pero sin ganas de vivir a la vez. Taaaaan gratificante.

—Así que era eso —musitó Ryuu.

El demonio hizo una pausa, como si estuviera saboreando su próxima revelación.

—La que sí fue fácil de devorar fue tu querida Lili. Sus gritos fueron como una melodía.

El aire pareció partirse en dos cuando Suki dejó escapar un grito desgarrador, y su voz se rompió bajo el peso insoportable de la confesión.

Un relámpago iluminó las nubes oscuras, seguido casi de inmediato por otro, como si el cielo respondiera al caos desatado en la Tierra. El demonio alzó su voz hacia lo alto.

—¡Vamos, bajad! ¡Oh, poderosos dioses! ¡Tomad el mundo, traed la Purga!

—Ryuu, si bajan será imposible contenerlos —informó la espada.

Suki, atrapada entre la rabia y el dolor, volvió a lanzarse hacia la masa sombría con las garras fuera. Esta se elevó un poco más e ignoró el ataque.

—Te advertí que no te movieras, niña. Aunque, pensándolo bien..., quizá si acabo contigo acelere la llegada de los dioses, ¿no crees? Además, tu alma..., oh, seguro que sería la joya de mi colección.

—Ryuu... —insistió Sangreluna. Suki, perdida en el odio y la ira, apenas les prestaba atención; solo tenía ojos para el demonio que había destrozado su vida.

—Prepárate. Ya —susurró el samurái.

La presión de la oscuridad aumentó, acercándose hacia Suki, rodeándola y aprisionándola.

—¿Crees que vendrán a salvarte? —continuó el demonio, lanzando un tentáculo de negrura—. Ay..., realmente no deseaba matarte. Creo que incluso te tomé algo de cariño... tras tantos años juntos.

La luz violácea de Sangreluna estalló con una intensidad cegadora. Demandaba atención.

—Te destruiré, monstruo... —murmuró Ryuu, clavando sus ojos en el demonio.

La criatura se giró hacia él, como si por primera vez reparase en su presencia y la considerase insignificante. Soltó a Suki

violentamente y cambió de objetivo.

—¿Qué vas a hacer, *shinigami*? ¿Matarme? ¿A mí? Soy más antiguo que los dioses a los que sirves. Soy más fuerte que cualquier cosa que hayas enfrentado.

Ryuu no respondió. Sangreluna vibró nuevamente, y la voz resonó una vez más.

—No basta con matarlo. Tan solo acabarías con el recipiente. Y eso tal vez lo haga migrar al cuerpo de Suki.

—No puede, el espíritu kitsune está dentro de ella.

—Mírala, lo está perdiendo.

Suki, desde el suelo, supo que la espada tenía razón. Las orejas y la cola todavía eran visibles, pero el resto de su piel se volvía humana poco a poco.

—No se ha completado el ascenso a tiempo, los dioses la están despojando de su espíritu kitsune.

Suki trataba de incorporarse, mirando al demonio con ira y los dientes apretados.

—Ryuu, la raíz de todo está en el pacto. Debes romperlo. Tu misión era matar a la kitsune. Pero siempre habíamos pensado en la kitsune equivocada.

El samurái miró a Suki con la comprensión reflejada en sus ojos. La muchacha, ahora completamente humana, intentaba procesar la brutal revelación de que su hermana era hija de un demonio, de que su tío había sido ese demonio todo ese tiempo, y apenas logró entender las implicaciones de lo que decía Sangreluna.

Con un rugido, la grieta en el cielo comenzó a expandirse, y el viento llegó, levantando los pétalos en un remolino furioso.

El tiempo se acababa.

40



La grieta en el cielo se expandió como una herida abierta que parecía devorar la luz del día. Las nubes oscuras, cargadas de lluvia, comenzaron a derramar sus lágrimas, mojando el suelo bajo ellos. Cada gota parecía un latido. El demonio alzó su esencia negra hacia lo alto, ansioso por aquello que estaba llegando.

—¡Vamos, os estoy esperando! —clamó—. ¡La Purga se volverá contra vosotros!

La vibración de Sangreluna se volvió ensordecedora y su brillo violeta fue tan intenso que iluminó incluso las nubes.

—¡No tan deprisa! —El rugido de su voz atrajo incluso la atención del demonio—. Yo también fui un dios..., aunque no tan grande como los que están por venir. Ni tan poderoso como tú.

—¿Quién habla? —demandó el demonio.

Ryuu frunció el ceño, llevando la espada frente a sus ojos. Refulgió aún más.

—¡¿Un dios?! Siempre has sido mi espíritu protector, enviado para que cumpliera con mi deber como *shinigami*.

Suki, con la mirada perdida entre la grieta y la espada, bajó los ojos hacia Sangreluna, confusa. Luego desvió la mirada hacia su abuela. Comenzó a arrastrarse hacia ella, lenta y silenciosa, aprovechando la distracción que se había formado.

Sangreluna continuó, su luz pulsaba al compás de sus palabras, a través de las gotas de lluvia:

—Mi castigo fue justo. Me encerraron aquí por mi crueldad con los humanos, mucho antes de que existiera el pacto kitsune. En aquellos tiempos, solo conocía la sed de sangre y la necesidad de castigar. —Pareció suspirar—. He vivido anclado a tu vida, Ryuu. Durante años, mi severidad te hizo más fuerte. Pero, con el tiempo..., empecé a comprender a los humanos.

—¡Pfff! ¡Ja, ja, ja! ¿Es una espada lo que está hablando? —se burló el ser con desprecio absoluto—. Un arma manejada por un humano... ¡Qué existencia más patética!

Ryuu ignoró la provocación, pues intentaba procesar lo que acababa de escuchar, sin perder de vista a Suki, quien, mientras tanto, avanzaba lentamente hacia su abuela. Estaba ya completamente empapada y los pétalos se pegaban a su piel. Por suerte, el demonio, absorto en su propia altivez, no parecía darse cuenta de sus movimientos.

La espada se dirigió entonces a la mente del *shinigami*:

«Ryuu, sabes lo que debes hacer. Tu poder es llevar la muerte, y este pacto de sangre... su raíz está aquí. Completa tu misión y salva a la humanidad. —No lo ordenaba, era más como un ruego—. La grieta puede cerrarse, aunque necesitará mucho poder. Yo no seré

capaz de combatir lo que está por llegar, pero puedo sellar la grieta e impedirlo. Puedo hacerlo, pero el precio va a ser mi propia existencia».

Los ojos de Ryuu se abrieron de par en par y se le secó la boca. El demonio seguía riéndose, soltando insultos dirigidos a la espada.

—No puedes sacrificarte —pidió en voz baja. No quería aceptar lo que venía.

«Voy a usar lo que queda de mi poder. Cada batalla que has ganado conmigo me ha hecho más fuerte. Ahora, esa fuerza se convertirá en el muro que detendrá la Purga. Pero no puedo hacerlo solo».

Ryuu se quedó inmóvil.

—No..., tiene que haber otra forma. —Su voz era casi suplicante.

«No la hay —respondió Sangreluna solo para él—. Esto es lo que debo hacer. Pero también debes cumplir con tu misión. Kaya es la kitsune que debe morir. El pacto debe romperse. Es la única manera».

Ryuu enfocó la vista de nuevo en la anciana. Suki la rodeaba en un abrazo lleno de desesperación y ambas lloraban. No sería capaz hacerlo. Las lágrimas de ambas parecían detener el tiempo, congelando al guerrero en una batalla interna que no podía ganar. Sabía lo que debía hacer, pero su corazón se rebelaba ante la idea. No podía arrancar a Kaya de los brazos de Suki. No podía ser él quien le arrebatara a su familia cuando por fin la había encontrado.

«Tienes que hacerlo, chico. Si no lo haces, mi sacrificio será en vano. Este demonio no solo sembrará el pánico, sino que os matará a todos. No podréis detenerlo».

Ryuu cerró los ojos, sus manos temblaban. La presión era insoportable.

—No puedo...

El cielo rugió sobre ellos, y la grieta finalmente cedió. Un sonido ensordecedor atravesó el aire, como si la misma realidad se desgarrara. Las nubes se arremolinaron, formando un vórtice oscuro, y de ellas emergió una mano inmensa hecha de fuego y sombras. La enorme extremidad atravesó la grieta, extendiéndose hacia el mundo mortal con una intención inconfundible: destrucción.

«Es el momento, Ryuu. —La voz de Sangreluna sonó más fuerte esta vez, su tono lleno de urgencia—. Adiós, *shinigami*, gracias por aportar un sentido a mi castigo».

Antes de que Ryuu pudiera reaccionar, la espada se deslizó de sus manos y cayó con estrépito. Pero no se quedó allí mucho tiempo. La luz violácea que siempre la había rodeado se desprendió con una intensidad cegadora, subiendo hacia el cielo a una velocidad inhumana, forzando a la colosal mano a retirarse.

—¡No! —gritó Ryuu, extendiendo la mano hacia ella como si pudiera detener lo inevitable.

La luz se elevó, directa hacia la grieta. El demonio, al ver las intenciones del espíritu de la espada, lanzó sus sombras tras la luz.

En el instante en que el color violeta alcanzó su objetivo, comenzó a expandirse, cubriendo metro a metro la abertura en el cielo. Sangreluna estaba cumpliendo su promesa, pero el demonio de sombras, con un rugido que sacudió la tierra, extendía toda su oscuridad hacia la grieta, hasta dejar el cuerpo humano atrás, olvidado.

La luz violácea y la negrura estallaron en un combate que envolvía el cielo entero. Los relámpagos comenzaron a caer, surcando el aire como lanzas divinas, mientras las nubes se agitaban en una batalla visual de proporciones apocalípticas, como olas contra un acantilado.

El cielo pareció a punto de partirse en dos durante unos segundos eternos, pero, poco a poco, las nubes comenzaron a cerrarse,

uniéndose con esfuerzo mientras la grieta se encogía centímetro a centímetro.

Desde las alturas, un silencio inquietante emanaba de los dioses, cuyas formas eran apenas perceptibles entre las sombras y luces celestiales. No descendían, ni intervenían. Solo observaban, con una distancia que parecía indiferencia.

Ryuu miró al cielo, su rostro lleno de frustración y rabia.

—¡Haced algo! —gritó hacia las alturas—. ¡Si sois tan poderosos, intervenid!

Sin embargo, los dioses no respondieron. En su lugar, la voz de Sangreluna, cambiada ligeramente debido al esfuerzo, irrumpió en su mente como una marea.

«No van a romper el equilibrio cuando un pacto creado por manos humanas lo está desestabilizando. Destrúyelo. ¡Ya!».

—¡ACTUAD! —insistió el *shinigami*, sin poder asumir lo que Sangreluna le pedía—. ¡Solo miráis mientras el mundo cae en pedazos!

«Te han enviado a ti, Ryuu, tú eres su respuesta».

Ryuu miró a Suki, que sostenía a Kaya entre sus brazos.

La chica de la que estaba enamorado depositó a su abuela en el suelo. Alrededor del cuerpo de la anciana, una luz roja comenzó a brillar, tan solo visible a los ojos del *shinigami*. La luz que le indicaba que esa alma debía trascender. Salvó los pasos que los separaban y se arrodilló frente a ellas. El rostro de la mujer estaba pálido, pero su expresión había cambiado. Era consciente de lo cerca que estaba su final, de que tan solo su sacrificio podría salvarlos.

—Hazlo —dijo Kaya con firmeza—. Siempre supe que tenía que pagar con mi vida. Es culpa mía. Mi error. Haz lo que tengas que hacer.

Suki levantó la cabeza y se separó de su abuela. Alzó las manos y empujó a Ryuu, que, sorprendido, cayó hacia atrás sobre el suelo encharcado. Antes de que pudiera levantarse, Suki se abalanzó sobre él.

—¡No! ¡No lo voy a permitir! —gritó, golpeando el pecho inmóvil del samurái, que no trató de resistirse—. Tiene que haber otra forma.

El miedo, como un ancla, es capaz de hundir sus garras de hierro en el alma, de inmovilizarla, de arrastrarla al abismo. Por suerte, existen cosas que lo pueden reemplazar y volverlo más manejable. Como la furia. Esa furia voraz que Ryuu sabía que ardía en las entrañas de Suki, tan intensa y reprimida que, al dejarla ir, se quedó vacía.

Kaya negó con la cabeza, alargando una mano huesuda para agarrar el brazo de su nieta con suavidad.

—Ya no hay otra forma, Suki. —Sus palabras eran un susurro lleno de dolor—. Por favor, déjalo. Si esto detiene el pacto, si esto salva el mundo..., entonces acepto mi destino.

—No puedo perderte ahora, abuela...

Ryuu sentía su corazón a punto de romperse. Se volvió a poner de pie y dio un paso hacia ellas, luego otro, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para ver las lágrimas de Kaya mezclarse con la lluvia.

—Perdóname... —murmuró el guerrero, apenas capaz de articular las palabras.

En ese instante, un último rugido resonó en el cielo. Sangreluna liberó una explosión final de luz que hizo retroceder al demonio, cerrando una gran parte de la grieta. Pero aún quedaba un fragmento abierto, una rendija que el demonio usaba para mantenerse conectado al mundo.

Era el momento. Ryuu sabía lo que debía hacer, el aura alrededor de Kaya era clara. De un movimiento rápido, levantó la espada, ahora mucho más ligera sin la presencia divina en ella. El brillo violáceo que quedaba era tenue, pero suficiente.

Y con un grito de Suki, que podría haber despertado a los mismos dioses, se lanzó hacia Kaya, completando el último sacrificio necesario para salvarlos a todos.

Pero la grieta no se cerró.

A pesar de que la oscuridad se fue difuminando como resultado de la rotura del pacto, un fragmento del abismo seguía abierto, tembloroso, como un ojo celeste incapaz de cerrarse por completo. El resplandor violeta de Sangreluna había desaparecido, dejando solo un vacío inquietante donde antes había habido una barrera divina.

Los relámpagos se escapaban de aquel pedazo de cielo desgarrado, chispazos de poder que caían sin rumbo. Y Ryuu ya no sabía qué más hacer.

* * *

«No es suficiente».

El pensamiento se clavó en la mente de Suki como un cuchillo. El pacto estaba roto, el juicio no se había detenido. La grieta seguía ahí y parecía pulsar, como queriendo desgarrarse de nuevo.

Su pecho subía y bajaba con fuerza; su respiración entrecortada por el llanto contenido. Tenía los labios partidos, la piel fría como la piedra, el alma en carne viva. Pero aún estaba de pie.

Todavía podía hacer algo.

Llevó una mano a su pecho, temblorosa, sintiendo la vibración de su propio poder acumulándose al abandonar el último resquicio del

cuerpo de Kaya. Siempre había estado ahí, incompleto, latiendo en su interior, esperando a ser llamado.

Era el momento. Cerró los ojos y dejó que todo su ser se abriera.

El dolor de la pérdida, la muerte de sus amigos, la verdad devastadora de su vida, la traición de aquel en quien había confiado. La imagen de su abuela cayendo en los brazos de una muerte inmerecida; su última mirada, con una súplica de perdón en sus ojos.

Todo.

Todo lo convirtió en energía, en un solo punto de su ser.

La transformación fue inmediata. Su cuerpo se elevó envuelto en un fuego dorado que crepitaba como una tempestad. Sus orejas se afilaron, y sus ojos ardieron como brasas vivas. La sangre kitsune en sus venas se encendió con una fuerza que nunca había sentido antes. Con la fuerza de una última vez.

El cielo tronó en respuesta.

Con un grito que le desgarró la garganta, Suki alzó las manos hacia la grieta y liberó todo lo que tenía dentro. De su pecho emergió una luz abrasadora, un torrente de energía que tomó la forma de una saeta dorada. Una flecha hecha de todo su sufrimiento. De cada cicatriz, de cada lágrima, de cada grito de impotencia. De toda su vida. De todo su poder, a punto de ser liberado.

La flecha de energía pura se disparó hacia el cielo con una velocidad vertiginosa, atravesando la grieta como un clavo ardiente hundiéndose en la piel del mundo.

El aire se comprimió de golpe; la lluvia se detuvo en el aire como si el tiempo hubiera dejado de moverse. Y entonces... la grieta empezó a cerrarse.

No de golpe. No con violencia. Sino con un susurro de alivio.

El cielo se fue sellando centímetro a centímetro, como si el mundo estuviera inhalando profundamente tras un ahogo eterno. Como si los dioses, por primera vez en siglos, hubieran escuchado una súplica.

Suki cayó de rodillas, su cuerpo convulsionaba por la pérdida de energía, su vista se nubló.

Pero había funcionado.

Por primera vez, había sido suficiente.

41



El cielo se agitaba como una tela rasgada en el viento. La grieta, que momentos antes era un monstruo de boca terrorífica, se terminó de cerrar, como cosida y replegada sobre sí misma. Desde el suelo, Ryuu abrazaba a Suki mientras ella recuperaba la conciencia. Se quedaron unos segundos así, calmando su respiración y observando cómo las nubes se retorcían y creaban remolinos. ¿Podía algo tan caótico ser hermoso? Tal vez la verdadera belleza surge donde todo lo demás perece; en aquello que, aun siendo catastrófico, captura nuestra mirada y nos deja sin aliento.

Bajo aquel apoteósico cielo y frente a ellos, un destello dorado lo iluminó todo. Era el cuerpo de Kaya, que se desprendía delicadamente de los brazos de la Tierra y comenzaba su último ascenso. Aquel que no tenía vuelta atrás. En un remolino de partículas luminosas, su forma se iba desvaneciendo gradualmente

hasta que solo quedó un rastro de luz que se alzó y se fundió con el firmamento como la última puntada de aquella costura. Cerrando el cielo. Sellándolo. Los últimos fragmentos de la grieta desaparecieron justo cuando las luces de Kaya se dispersaron en la nada, y, para sorpresa de todos, el cielo quedó despejado y con una extraña calma.

Suki se alzó sin saber cómo actuar. De pie junto a Ryuu, observaba las nubes, que regresaban a su habitual calma, con lágrimas silenciosas recorriendo su rostro. Sin sus garras, sin su forma kitsune, parecía más pequeña y frágil que nunca. Su abuela se había sacrificado por el bien de todos, redimiendo con su muerte los errores de toda una vida. Sangreluna había dado su vida también, o su existencia, al menos. Y ella... ella se había quedado vacía.

—Se acabó... —susurró, aunque no estaba segura de si se dirigía a los dioses, al samurái erguido a su lado o a la misma montaña que había sido testigo mudo de aquel final.

Ryuu no respondió. Sus ojos estaban fijos en lo que había sido Sangreluna; el arma descansaba ahora en su mano. Rota.

Debería estar manchada de sangre, pero tal vez lo que había dentro de Kaya ya no era humano, sino un vacío tan grande capaz de romper un arma en varios pedazos. La espada, antes vibrante y viva, ahora yacía en un silencio mortal. Era únicamente un objeto fracturado, sin la luz violácea ni la voz que había sido su guía durante toda su vida. Con pesar, Ryuu recogió los fragmentos, los guardó y envainó lo que quedaba de ella con un profundo vacío reflejado en su rostro.

Era el momento de regresar. Ambos se miraron una última vez antes de apartar la vista de lo que quedaba detrás de ellos. El cuerpo de Noboru, destrozado y sin vida, y el lugar donde Kaya

había hecho su sacrificio, quedaban atrás como ecos de un pasado que no podían cambiar. Ryuu se agachó y recogió las dos llaves junto al demonio, junto con la suya y la de Sangreluna. Suponía que Suki llevaría la suya.

Con pasos torpes, se dirigieron a la entrada del quinto cielo. El *torii*, dorado desde esa parte de la realidad en lugar de rojo, seguía iluminado. Un dolor que no era físico envolvía a Suki, pero el deber la llamaba a seguir adelante.

Al cruzar la puerta entre mundos, un olor metálico le inundó de lleno las fosas nasales. El suelo estaba cubierto de cuerpos, guerreros de la Orden de la Purga, fulminados por los rayos que habían descendido desde el cielo. Entre la carnicería, de pie con los ojos alertas y las armas listas, estaban Mei y Haru, esperando ansiosos la aparición de Suki y Ryuu. Sus ropajes negros tenían marcas de pelea, algo que también se reflejaba en sus caras agotadas.

—¡Suki! ¡Ryuu! —exclamó Mei, acercándose hacia ellos con una mano oprimiendo su costado mientras Haru, sombrero en mano, observaba los alrededores y se acercaba más despacio.

La arquera abrazó a Suki con la fuerza que le quedaba, rompiendo la posible línea de confianza que quedaba entre ellas. Haru las miró con una mezcla de alivio y seriedad en el rostro y abrazó a ambas.

—¿Estáis bien? —preguntó el guerrero al soltarlas. Se acercó al otro superviviente y le dio un par de palmaditas en la espalda, como si estuviera haciendo un chequeo de posibles heridas.

—Estamos vivos —respondió Ryuu, devolviendo el gesto de su compañero y señalando alrededor—. En cambio, ellos no pueden decir lo mismo.

—No pudimos entrar... —explicó Mei—. Después de que cruzaseis, el *torii* dejó de iluminarse... Se cerró. Noboru nos había arrebatado

las llaves a ambos, y, con las cinco llaves dentro, nadie más podía entrar. Entonces el cielo... estalló. Los rayos comenzaron a caer, uno tras otro, sin descanso. Acabaron con todos estos bastardos.

Haru asintió.

—Interrogamos a un par de ellos antes de que murieran. Con sus cuerpos completamente quemados, suplicaban su final, así que... aprovechamos su dolor. Confesaron que estaban a las órdenes de Noboru.

—Ya lo sabemos... —dijo simplemente Suki.

—Les... les prometió que él mismo mataría a la kitsune para traer la Purga, a cambio de que se encargaran de acabar con tu escolta. Lo siento, Suki... —A Mei le costó decir aquellas palabras.

Una maldición salió de la boca de Ryuu.

—¿Y... cómo llegaron aquí? —preguntó Suki, mirando los cuerpos en el suelo.

Mei señaló hacia la parte izquierda de lo que había sido el lago. En ese lateral, unas piedras se estrechaban y parecían ser el inicio de un camino.

—Subieron justo por el otro lado del Tenjou. Noboru se lo había callado convenientemente. Era un acceso mucho más sencillo, sin templos ni pruebas. Es cierto que nosotros no podríamos haber subido por allí, ya que el camino para obtener las llaves era el que recorrimos, pero ¿cuánto nos habría ayudado que aquí arriba nos esperase una delegación para ayudarnos con la pared helada? En cambio, fueron los miembros de la Orden de la Purga los que aprovecharon esos caminos.

Suki volvió a sentir el frío de la traición recorriendo su nuca. Noboru no solo los había traicionado, sino que había manipulado cada detalle desde el principio. Había enviado a esos hombres para asegurarse de que su plan se cumpliera, sin importarle las vidas que

costara. Pero se recordó que ya no era su tío, en realidad, no de manera completa.

—Era un monstruo... —murmuró.

—Bueno, al menos no lo consiguió. Vosotros lo detuvisteis, ¿no es así? —preguntó Haru, esperando una explicación.

Suki asintió y les contó sin demasiado detalle lo sucedido en el quinto cielo. Terminó el relato con ayuda de Ryuu, ya que el dolor de perder a su abuela le constreñía el pecho.

Con el sigilo de un búho, la noche empezó a caer sobre sus cabezas. Ninguno de ellos tenía fuerzas para iniciar el descenso sin un descanso. Por suerte, los Kodama indicaron con su presencia que el mejor refugio era en el interior del templo. Confiaron en aquellas criaturas, que, sin duda, habían sido de ayuda.

La oscuridad se rompía solo por la tenue luz de los espíritus del bosque. Las paredes de madera bloqueaban el viento y les daban una sensación de protección.

En una de las esquinas, un pequeño acceso los llevó a un almacén donde encontraron futones, mantas y provisiones. Fue un hallazgo inesperado, casi un pequeño milagro. O tal vez estaba planificado de esa forma para que la kitsune y su guardia pudieran descansar tras cumplir su misión.

Sin decir mucho, el grupo se acomodó en aquel espacio. Las mantas y futones amortiguaron la dureza del suelo, y la comida, consistente en encurtidos y carne seca, les dio suficiente energía para enfrentar las próximas horas. Ryuu trató de curar a Mei, pero se dio cuenta de que su poder también se había extinguido. Suki trató su herida y durmieron una junto a la otra, mientras Haru se ofreció para tomar la primera ronda. El *shinigami* haría la segunda, aunque ninguno de los dos pudo realmente descansar.

Cuando el amanecer tiñó el cielo de un gris pálido, despertaron uno a uno con los cuerpos aún pesados por la fatiga. Sin embargo, no podían permitirse más tiempo allí. Tras empaquetar las mantas y provisiones que quedaban, iniciaron el descenso.

El sendero que tomaron era el mismo que los hombres de la Orden habían usado para llegar: un camino más corto y menos exigente que el que ellos habían atravesado para ascender. A pesar de ser menos peligroso, el terreno rocoso y las pendientes ocasionales les recordaban que seguían en una montaña.

Parecía que les tomaría varios días, así que se aseguraron de parar ocasionalmente y buscar refugios antes del atardecer. Llevaban una amplia experiencia a sus espaldas, por lo que no fue un reto demasiado severo. Por las noches, encendían fogatas para cocinar pequeñas presas que Haru y Mei lograban cazar y para protegerse del frío. Nada podía compararse con la subida del muro helado, pero aún era invierno, y la altitud era considerable.

Cada vez que se sentaban alrededor del fuego, las conversaciones volvían, como un ciclo inevitable, a los eventos del quinto cielo. Se lamentaban, intercambiaban piezas de información y trataban de comprender lo sucedido.

La segunda tarde, Suki y Ryuu estaban preparando la hoguera mientras Mei y Haru cazaban algún conejo. La montaña se encontraba tranquila, y tan solo el chasquido de piedra contra piedra rompía el silencio.

—He intentado llamarlo —dijo Suki mientras acercaba un poco de yesca al fuego ya prendido entre las manos del samurái—. Pero no responde.

Ryuu levantó la vista, sin necesitar preguntar a lo que se refería.

—Yo también lo he intentado... —dijo claramente frustrado—. Mis dones, mi espíritu de *shinigami*... ya no están.

Suki suspiró y abrazó sus rodillas, buscando algo de consuelo en su propia postura.

—¿Qué somos sin ellos? —preguntó, aunque no esperaba una respuesta.

Él no dijo nada al principio. Miró sus propias manos, recordando el peso de Sangreluna cuando aún contenía una chispa divina. Ahora, era solo un trozo de metal roto, sin alma, tal y como él mismo se sentía. Se acercó un poco a la chica.

—Suki... —comenzó, pero ella lo interrumpió.

—No puedo confiar en ti, Ryuu. Ni siquiera ahora que no eres un *shinigami*. —La tristeza teñía sus palabras—. Me dolió la traición. Siento que he vivido siempre en una mentira.

—Lo sé. Y no sabes cuánto lo siento... —Su voz tuvo un temblor casi imperceptible—. Mi vida siempre giró en torno a un solo objetivo. Todo lo que hice, todo lo que fui, se definió por mi don. Nunca lo cuestioné, solo seguí adelante porque eso era lo único que conocía.

Suki soltó una risa amarga.

—Tenías razón al decir que eso era en lo que nos parecíamos. —Hablaba mientras sus dedos jugueteaban con una rama con la que trazaba líneas en la tierra—. Pero eso no lo hace más fácil. Me mentiste, Ryuu. Y no solo eso..., mataste a mi abuela.

El remordimiento le tiñó el semblante.

—Lo sé.

—Lo comprendo, sé que tenía que ser así —admitió Suki, apartando su vista hacia las llamas, evitando mirarle a él—. Pero cada vez que te miro, no puedo evitar recordar el momento en que le clavaste la espada.

Ryuu, lentamente, extendió sus manos hacia las de ella, pero dudó un instante antes de tocarlas, como pidiendo permiso. La joven

no mostró oposición, así que las tomó entre las suyas y las apretó con suavidad.

—No puedo cambiar lo que hice. Pero estoy dispuesto a tratar de que me veas de otra forma. No... no sé lo que siento —confesó con su respiración acelerada—. Nunca había sentido algo así por nadie. No importa si tienes tu poder kitsune o no. No importa si eres la líder del Imperio o una simple sierva de los dioses. No importa nada.

Ella por fin alzó la mirada para encontrarse con el fuego reflejado en los ojos de Ryuu.

—Te veo como realmente eres, Suki. Y eso... eso es lo que me gusta.

La joven tragó sonoramente, dejando que aquella confesión flotara entre ellos al son del crepitar del fuego. Retiró sus manos despacio, pero no apartó la mirada.

—Aún no sé si puedo perdonarte..., lo siento.

Ambos dejaron el tiempo pasar, mirando hacia las llamas sin una palabra más. La herida seguía abierta, pero, gracias a aquella conversación, algo había comenzado a sanar.

* * *

Tras cuatro noches de caminata extenuante, el grupo finalmente llegó al templo situado a los pies del Tenjou, alcanzando casi al atardecer el sendero de piedra que los había visto iniciar un camino lleno de propósitos y ahora los veía regresar, desgastados y transformados por el peso de lo que habían vivido.

La comitiva los esperaba al pie del templo. Soldados, sirvientes y emisarios aguardaban su llegada, con miradas que oscilaban entre el alivio y la incertidumbre. Sin embargo, algo había cambiado. Y no era solamente que los cerezos tenían sus ramas vacías, sino lo que

encontraron bajo ellos: la piedra sagrada, la Lápida de los Dioses que contenía la profecía, estaba partida por la mitad. Una grieta sangrante la dividía en dos pedazos.

Suki y Ryuu avanzaron hacia aquella visión. Ambos sabían lo que significaba la fractura.

—Ahí está la respuesta... —murmuró el chico.

Suki recorrió con la palma de la mano las dos mitades, que aún se encontraban semierguidas, aunque claramente separadas. La profecía había sido quebrada, y, con ella, según parecía, desaparecía el castigo, pero ¿se mantendrían cerradas las puertas del infierno? ¿Acaso los dioses iban a proteger a la humanidad?

—No sé si nos han redimido... —susurró Suki, mirando sus manos vacías, incapaces de invocar su espíritu kitsune.

Ryuu tocó su espada con gesto apenado.

Por un momento, los dos se miraron, compartiendo algo que nadie más entendería.

El convoy los recibió con respeto, pero también con preocupación. Las pérdidas habían sido devastadoras, y cada rostro que faltaba era un peso más en sus corazones. Un peso que nunca desaparecería; quizá otras alegrías podrían aliviarlo, si bien estaba destinado a permanecer ahí, eterno e inamovible. Aun así, no había tiempo para lamentos prolongados. Suki, con la cabeza en alto y la ayuda de los miembros de su guardia, lideró al grupo de vuelta al palacio.

El trayecto de regreso no lo hicieron por el camino real, sino por rutas secundarias para evitar posibles ataques, ya que no tenían claro que la Orden de la Purga fuera a rendirse a pesar de lo sucedido, y no querían arriesgarse a que, por simple venganza, reiterasen sus ataques. Las conversaciones eran escasas, pero la algarabía y los agradecimientos se fueron sumando a cada ciudad, pueblo o casa que visitaban por el camino. En todos aquellos

rostros, Suki se dio cuenta de lo que realmente significaba que hubiese cumplido su misión. Había asegurado la supervivencia de la humanidad. Cada una de esas personas, sus padres, sus hijos, sus nietos, vivían gracias a ello. Era un consuelo, a pesar del precio.

Cuando llegaron al palacio tras una noche en el camino, la atmósfera estaba cargada de una tensión que no se esperaban encontrar. Las noticias de la fractura de la piedra sagrada ya habían llegado, y los murmullos corrían como un río caudaloso. Pero las aguas de ese río parecían infestadas de cocodrilos.

Suki descendió de su caballo bajo las miradas inquisitivas de los ciudadanos y los miembros del consejo, muy distintas a lo que se había encontrado de camino. Podía sentir el juicio en sus ojos, el escepticismo arraigado en cada gesto. Aunque había regresado con vida, muchos dudaban de su éxito. Para ellos, la piedra rota era un símbolo de fracaso, no de ascenso.

Entró al salón principal del palacio con el paso firme de la emperatriz que ahora era. De la gobernante que iba a seguir cumpliendo con su destino. Y lo hizo seguida de Ryuu, Mei y Haru. Los miembros del consejo ya estaban reunidos, como si estuvieran aguardando su llegada.

—Alteza —comenzó uno de ellos, poniéndose en pie para tomar la palabra. No obstante, ella alzó la mano, exigiendo silencio.

Caminó hasta el frente y habló, dejando atrás a la Suki complaciente, a la Suki callada y obediente que se habían acostumbrado a observar. Ahora dejaba paso a la Suki que el Imperio necesitaba.

—No estoy aquí para justificarme —declaró—. Estoy aquí para tomar el mando que me corresponde.

Un murmullo recorrió la sala.

—Disculpe, kitsune, no sabemos lo que ha ocurrido en el ascenso. El cielo se abrió y cientos de rayos cayeron sobre el Imperio —intervino la consejera de Protocolo, haciendo exagerados gestos con la mano—. Cuentan que la piedra está rota, y eso... Eso nunca había ocurrido antes.

—Estáis todos a salvo y el infierno no ha abierto sus puertas. Os repito que no os debo explicaciones —replicó Suki con firmeza—. Lo que ocurrió en el Tenjou no es asunto vuestro. La Purga se ha detenido, el ascenso está completado. No voy a dejar que nadie me cuestione ni intente manejarme.

—Pero el maestro Noboru dejó claras las...

Los tres miembros de su guardia dieron un paso al frente, posicionándose al lado de Suki.

—El maestro Noboru ha fallecido, y, aunque no lo hubiera hecho, la ley divina dictamina que es la kitsune quien guía al Imperio tras su ascenso.

La sala se llenó de tensión. Algunos consejeros se movieron incómodos en sus asientos, mientras otros la miraban con desafío.

—Junto al consejo —apuntó uno de los miembros.

—Sin duda, pero a mi consejo lo escojo yo, que no se os olvide nunca. Vamos a centrarnos en las prioridades inmediatas —continuó, retomando el control de la conversación—. Mandaré a todo el ejército si es necesario, pero debemos encontrar a mi madre y a Aoi.

—¿Esa es la prioridad? —preguntaron al fondo.

Suki los fulminó con la mirada.

—Desplegad a todo el ejército. Quiero patrullas buscando por cada rincón hasta traerlas de vuelta. Que busquen en primer lugar al norte, en el hogar de Lili.

El consejo intercambió miradas, pero ninguno se atrevió a contradecirla.

—El ejército estará bajo el mando de mi guardia por el momento. Comunicadlo a las tropas de inmediato, y que salgan hoy mismo liderados por Mei y Haru.

Y, con esa resolución, giró sobre sus talones y salió de la sala, dejando a su escolta a cargo de la situación.

—Las encontraremos —le prometió Haru antes de irse.

* * *

Suki subió a la pagoda de las oraciones, ese lugar que conocía mejor que cualquier otro, como si formara parte de ella misma. Caminó sintiendo bajo sus pies el crujido suave del sendero de grava que serpenteaba entre los árboles. El lugar era silencioso, pero no de ese tipo de silencio que pesa, sino del que escucha, el tipo de calma que pertenece a un lugar sagrado. Junto a la ornamentada pagoda, se extendía un pequeño jardín. La tumba de su padre descansaba bajo un espino blanco que siempre florecía fuera de temporada, como si no supiera seguir las reglas del resto del mundo. Era allí donde Suki sentía que las palabras podían alcanzar a los muertos.

Se arrodilló frente a la lápida con un movimiento más instintivo que consciente. Cerró los ojos un instante, dejando que las imágenes de Kaya inundaran su mente: su abuela de cabello blanco, su expresión severa y a la vez tierna, rota pero valiente al final.

—Padre..., ella está contigo ahora.

No esperaba respuesta; sin embargo, el aire pareció agitarse, como si el jardín respirase. Suki se puso de pie y miró alrededor, buscando algo que pudiera servir para marcar el lugar simbólico de Kaya junto a Yukio. Madre e hijo. Caminó entre los árboles hasta encontrar una pila de madera. Escogió tres con cuidado, probando

sus pesos en las manos, y regresó al lugar donde había estado arrodillada.

Con movimientos precisos, limpió los tablones con las mangas de su kimono, sucio por el viaje. Los caracteres del nombre de su abuela vinieron a su mente casi automáticamente. Se inclinó para grabarlos. Línea a línea iba marcando la madera. Y fue entonces cuando lo notó: sus dedos no eran dedos. Eran garras. ¿De qué otra forma si no podría estar tallando la madera? Contuvo la respiración. Parpadeó y miró su mano con incredulidad, moviéndola como si no fuera suya. Las garras brillaban con un resplandor suave.

—¿Qué...? —jadeó, dejando caer la madera—. Pero... mi poder... no puede ser.

«¿Por qué no puede ser, kitsune?», preguntó una voz que inundó cada hueco de su mente. No era algo que escuchara con los oídos, sino algo que sintió en lo más profundo de su ser.

—¿Quién...? —murmuró, aunque una parte de ella ya sabía la respuesta.

«No te sorprendas tanto».

Suki cerró los ojos y dejó escapar una risa corta, nerviosa. No podía creerse que estuviera escuchando esa voz de nuevo.

—¿Sangreluna?

«Claro que soy yo. ¿O acaso esperabas a alguien más?».

Suki parpadeó, procesando las palabras mientras un torrente de emociones la atravesaba: alivio, asombro y una pizca de emoción.

—Pero... yo pensé que habías... desaparecido.

«Casi. Ayudé a cerrar el cielo, sí. Pero ese acto también me redimió de mis pecados del pasado. Recuperé mi poder divino y, con él, he convencido al resto de los dioses de devolverte el tuyo».

Todo tenía sentido y, al mismo tiempo, parecía imposible.

—¿Por qué? —preguntó finalmente—. ¿Cómo los convenciste?

«Solo tuve que contarles cómo se sentía ser un humano en tu situación. Tú terminaste de demostrarlo cuando forjaste una saeta con todo tu dolor. Tu espíritu kitsune fluye de nuevo en ti, gracias a ti misma. A tu valentía, a tu fortaleza. Pero lo que hiciste en el Tenjou, aunque fue suficiente para salvar a la humanidad, no bastó para salvar el equilibrio. Ahora tienes una responsabilidad con tu gente y, por eso, los dioses te devuelven tu espíritu interior. Ya no como un castigo, sino como un don».

—Entonces..., ¿los dioses están satisfechos con el resultado?

«En cierto modo. No olvides que todo tiene un orden. Cada cosa que sucede está escrita. Ellos realmente nunca quisieron la Purga. Todo lo que han buscado siempre es que el bien prevalezca sobre el mal. Y... que todos los humanos sigan temiéndolos, claro. Los dioses somos un poco soberbios, es intrínseco a nuestra naturaleza. Pero sssh, yo no te he dicho eso».

Suki dejó escapar un suspiro, mitad risa, mitad quejido. Aunque la explicación de Sangreluna era extraña, ya que ponía a los dioses en una posición de espectadores del caos, algo que no era lógico.

—¿Por qué no intervinieron? Si no querían la Purga, ¿por qué no hicieron algo antes? Tal vez... salvar a mi abuela, por ejemplo. Impedir que un demonio entrase en mi tío...

«Porque no pueden. —La voz de Sangreluna se volvió más grave, como si le estuviera revelando algo que no debía compartir—. Porque su papel no es intervenir directamente, sino mantener el equilibrio. Los dioses no son defensores ni guerreros. Son el tejido que une la existencia, las fuerzas que aseguran que el caos y el orden coexistan. Cada uno tiene un propósito, desde garantizar la continuidad del tiempo hasta preservar la vida y la muerte como partes inevitables de todo».

Suki miró extrañada hacia el horizonte.

—Pero si son tan fundamentales..., ¿no deberían haber podido hacer algo más?

«Piensa que, al fin y al cabo, fue gracias a la intervención de un *shinigami*, enviado por los dioses, que el espíritu kitsune fue eliminado, que el pacto se rompió... sin desatar la Purga. No es que los dioses no puedan hacer nada. Si actuaran directamente, romperían el equilibrio que deben proteger, las realidades colapsarían. Su poder no es infinito, y con cada intervención se arriesgarían a destruir más de lo que salvaran. Por eso otorgan sus dones a los humanos, como el espíritu kitsune o el *shinigami*. Ya sea como algo impuesto o como un regalo. Es para que seáis vosotros quienes os enfrentéis a lo que os pertenece».

Suki permaneció en silencio, procesando las palabras. Había esperado algo más sencillo, una razón más tangible.

—Entonces..., eso quiere decir que... ¿los dioses confían en nosotros?

«Confían lo suficiente como para dejar el mundo en vuestras manos. Pero no os equivoquéis, pequeña kitsune. Los dioses os observamos, os juzgamos, y si alguna vez el balance corre verdadero peligro, encontraremos una manera de actuar, tal y como se ha hecho en esta ocasión».

El aire pareció enfriarse, y, como notándolo, Sangreluna agregó en un tono más cálido:

«Pero, al final, Suki, la verdadera fortaleza no está en su poder, sino en el vuestro. Vosotros sois quienes decidís si el mundo se mantiene en equilibrio o cae en el caos. Los dioses simplemente os guían desde las sombras».

Suki asintió lentamente, comprendiendo finalmente lo que Sangreluna le decía. Había esperado respuestas claras, pero lo que

obtenía era una verdad mucho más compleja de lo que había imaginado.

—Así que la Purga...

«Puede llegar, como ya ocurrió cuando tu antepasada la provocó. Pueden abrirse las puertas del infierno si los dioses se sienten atacados u ofendidos. Pero, esta vez, no fue necesario. Cumplisteis el castigo durante siglos y, en esta ocasión, vosotros mismos la habéis evitado. Habéis demostrado que aún sois dignos de caminar entre las sombras y la luz. Aunque yo he ayudado bastante, para qué mentir».

Una carcajada de Sangreluna destensó el ambiente enrarecido que se había creado.

—Sangreluna, si puedo preguntarte una última cosa...

«Pregunta, kitsune».

—Si fuiste castigado, ¿cómo volviste a ser un dios?

«Porque la redención es el mayor regalo que los dioses otorgan a los humanos. Y también me lo concedieron a mí. En forma de espada, en la Tierra, mis poderes desaparecieron. Un castigo terrible para un dios, estar al servicio de un simple mortal. Os odiaba, detestaba las formas imperfectas que sois. Pero luego os comprendí. La imperfección guarda sorpresas que amortiguan vuestros defectos y ensalzan vuestras virtudes. Al ayudaros, demostré que podía trascender mi antigua crueldad. Ahora estoy aquí, como un guía. No olvides esto: errar es humano, pero perdonar es divino. Y tu abuela es el perdón que pide la humanidad por su error, por eso los dioses te devuelven tu espíritu kitsune, para que termines de demostrar vuestra valía, vuestra redención. Tal y como hice yo. Ryuu, en cambio, terminó su misión, por eso su espíritu *shinigami* no regresará. Por fin merece una vida completamente suya, y merece tu perdón».

La voz pareció desvanecerse, sin dejar hueco a ninguna pregunta más, pero no sin añadir una última frase:

«Vive sabiamente, pequeña. Ahora es tu turno de guiar a los demás. Eres la última kitsune».

Suki se quedó mirando al infinito durante lo que parecieron minutos. Cuando pudo procesarlo, volvió a tomar la madera para que sus garras completaran el nombre de Kaya con precisión. Colocó la pieza junto a la lápida de su padre, como un símbolo no solo de honor, sino de reconciliación con el pasado.

Grabó los nombres de Kaito y Ota en los otros dos pedazos.

Los miró con nostalgia y clavó los tres tablones alargados con una piedra en el suelo junto a la lápida de su padre. Se inclinó y cerró los ojos, murmurando una oración por cada uno. Respiró hondo y se levantó, lista para afrontar lo que los dioses pedían.

Esa vez no era solo Suki quien bajaba las escaleras. Era la kitsune en todo su esplendor. Su espíritu interior fluía con una energía vibrante, visible en la luminosidad de sus ojos, las orejas en lo alto de su cabeza, sus garras desplegadas y la forma elegante en la que su cola se movía con una gracia hipnótica.

Cuando cruzó los pasillos, las miradas se alzaron, los murmullos se extendieron como ondas en un estanque. Pasó entre los soldados, los sirvientes y los consejeros. Ella sabía lo que decían, lo que pensaban. Captaba cada palabra con su afinado oído. No necesitaba responderles con palabras. Su simple presencia como kitsune ya era suficiente para disipar las dudas.

Mandó reunir a todas las personas con un mínimo de autoridad en la sala del trono. Mientras esperaba, se cambió de ropa y se aseó debidamente.

Los nobles y consejeros que habían dudado de ella aguardaban expectantes, y todos ellos se asombraron al verla emanar tal

majestuosidad cuando se sentó en su trono.

—Acallad los rumores que puedan existir —ordenó—. Dentro de tres días, celebraremos los Días de la Kitsune. Serán dos jornadas completas donde todo el Imperio celebrará la conexión divina reestablecida, renovada. La Purga ha sido detenida, y hemos demostrado que somos dignos del perdón de los dioses. Y así lo celebraremos cada año durante dos días donde se honrará a los caídos.

No esperó aprobación de nadie, ni la necesitaba.

Abandonó la sala con la misma seguridad con la que había entrado, aunque en su interior aún sentía el escozor de lo que había perdido. Al cruzar uno de los pasillos principales, una figura familiar hablaba con un par de miembros del ejército. Esa coleta alta y el resto de pelo suelto que caía sobre sus hombros anchos y firmes solo podían pertenecer a Ryuu.

Se giró hacia ella. Sus ojos oscuros recorrieron cada detalle de su forma kitsune. Había algo en su mirada que Suki no podía descifrar del todo, pero que hizo que su corazón se acelerara.

—Estás... —comenzó Ryuu, pero no pudo continuar.

Ella arqueó una ceja, esperando.

—Estás impresionante —terminó finalmente, con una honestidad que la hizo sonrojar a pesar de todo.

Ella cruzó los brazos, fingiendo indiferencia.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó, aunque su tono tenía un matiz juguetón.

Ryuu dio un paso, luego otro, hasta que solo quedó un último paso entre ellos.

—Mi espíritu *shinigami*... —continuó él, su voz casi un susurro— no ha vuelto. Lo he intentado, he buscado esa conexión que siempre estuvo ahí, pero no queda nada.

—¿Y eso te preocupa?

Ryuu negó lentamente con la cabeza, una sonrisa cansada apareció en sus labios.

—Al principio pensé que sí. Me he pasado toda la vida siguiendo esa voz, esa fuerza. Era mi propósito, lo que me definía. Pero ahora... no. Estoy seguro de que no lo necesito. Hay algo mucho más importante.

Suki ladeó la cabeza, claramente intrigada.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

El samurái avanzó hasta eliminar cualquier distancia entre ellos. Sus ojos oscuros se encontraron con los de Suki, y esta vez no hubo rastro de duda en su mirada.

—Tú. —La palabra salió de sus labios con una convicción que dejó a la chica sin aliento—. Mi misión ya no es cumplir un destino que me fue impuesto. Mi misión eres tú.

La kitsune sintió cómo un nudo se formaba en su garganta. No esperaba esa respuesta, y la intensidad con la que lo había dicho la dejó más vulnerable de lo que jamás admitiría. Hizo que su cuerpo regresara a su forma humana entre un resplandor dorado que los iluminó a ambos, y habló.

—Ryuu... —comenzó a decir, pero él la detuvo.

—Déjame terminar, por favor —dijo con una voz que parecía una caricia—. He cometido errores, demasiados. Te mentí, te traicioné... y le quité la vida a alguien que amabas. Pero lo único que me ha quedado claro después de todo esto es que no importa quién seas, si la kitsune del Imperio o una simple humana. No importa si tengo mi don o no. Lo único que importa eres tú. Aunque no me perdones, aunque me odies. Mi corazón es tuyo.

Suki cerró los ojos un instante, dejando que sus palabras calaran, aunque había algo que tenía que saber antes de que siguiera con

aquello.

—Sangreluna...

Ryuu parpadeó, confundido.

—¿Qué pasa con Sangreluna?

—Me habló, Ryuu. Me dijo que tu espíritu *shinigami* no regresaría porque tu misión ya había terminado. Pero también me pidió que te perdonara... Soy... soy consciente de que, sin lo que hiciste, nada de esto habría funcionado.

El chico levantó la mano para rozar suavemente la barbilla de Suki. Al no encontrar resistencia, deslizó los dedos hasta su mejilla en un gesto delicado.

—¿Y... podrás perdonarme?

Suki lo observó durante un largo momento, sintiendo el calor de su palma en la cara.

—No es tan simple. —No habló con frialdad, pero hay veces que la honestidad puede ser más helada que un témpano—. Es una herida reciente. No sé si seré capaz de olvidar... La escena aún se reproduce una y otra vez en mi cabeza..., ya sabes... Aunque sé que no lo hiciste por maldad. Pero es tan difícil...

Suki era consciente de que, a menudo, los pensamientos irracionales y negativos se imponían con una fuerza aplastante a todo lo demás, creando un escudo de oscuridad que protege al corazón incluso de la verdad. Aun así, luchaba contra todo lo que se agitaba en su interior.

Ryuu no intentó defenderse.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo hacerte ver que no soy eso que se repite en tu mente?

No hubo respuesta, porque ni siquiera ella la conocía; solo una lágrima resbaló silenciosa desde su párpado. El chico la recogió con

un dedo, un simple gesto que pareció romper las barreras que aún quedaban entre ellos.

—Lo eres todo para mí —dijo él con una emoción que no podía disimular—. No sé si puedo demostrarlo con palabras o acciones. Solo sé que estaré aquí, siempre, para ti.

Suki permitió que la venda que cubría su desconfianza se aflojara al fin. Se puso de puntillas para eliminar la distancia entre ambos. El aire pasó a ser compartido y, en un suspiro, sus labios se fusionaron con los de Ryuu.

Se entregaron a un beso lento y apasionado. Cargado de todo lo que habían perdido y ganado; de palabras no dichas, de miedos e inseguridades. Pero, sobre todo, lleno de una intensidad que hacía que todo lo demás se desvaneciera. Sus labios sellaban una promesa.

Cuando finalmente se separaron, Ryuu la miró con una leve sonrisa.

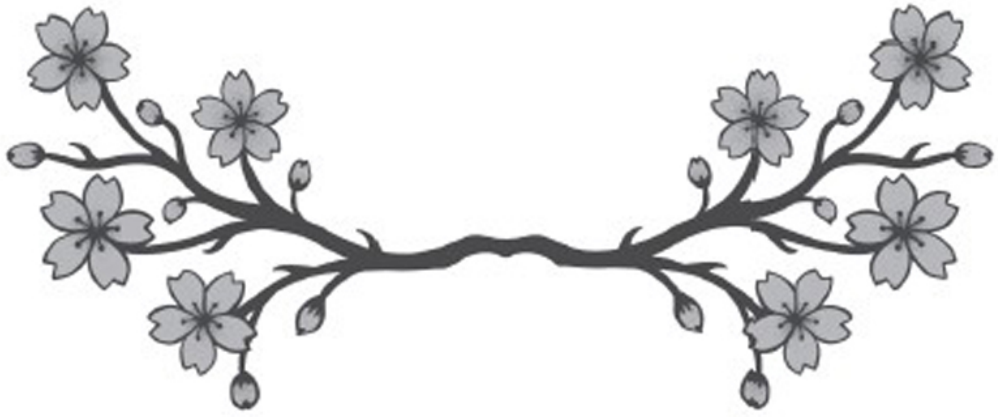
—¿Eso significa que me das una oportunidad?

Con las mejillas ardiendo, Suki lo miró de una manera en la que jamás lo había hecho antes.

—Significa que quiero ver qué haces con ella.

Por primera vez en mucho tiempo, Ryuu sintió que su mundo, aunque cambiado, tenía un propósito que realmente valía la pena.

Epílogo



Dos días después de que los soldados partieran con órdenes claras en dos escuadrones, uno dirigido por Haru y otro por Mei, la ansiada noticia llegó al amanecer: la madre y la hermana de Suki estaban de regreso, escoltadas y a salvo.

Suki, junto a Ryuu, no perdió tiempo y salió a su encuentro en la puerta de la muralla Ni. Intentó mantener la compostura y no correr con desesperación, porque su corazón ya iba a una velocidad imparable. Por primera vez en días, no sentía que el peso del mundo descansaba sobre sus hombros.

Cuando las puertas se abrieron, un pequeño grupo de soldados, con Mei y Haru a la cabeza, entró escoltando a tres figuras familiares. Su madre caminaba con la frente en alto, su porte digno, pero con una expresión, que Suki no recordaba haber visto en años, más suave. Aoi, en cambio, iba con pasos ligeros, casi saltarines,

mirando alrededor en su busca. Aunque agotadas y embarradas, emanaban felicidad.

Suki no esperó más. Avanzó hacia ellas, seguida de cerca por el samurái.

—¡Aoi! ¡Madre! —gritó.

Su hermana fue la primera en correr y lanzarse hacia ella. El abrazo se prolongó durante segundos. Luego, aún en sus brazos, se separó mirando asombrada hacia la kitsune.

—¡Tus orejas son increíbles, Suki! —exclamó, tocando suavemente las orejas de zorro que sobresalían entre el cabello blanco de su hermana—. ¿Puedo tener unas? ¡Por favor!

Suki rio, dejando que el entusiasmo de Aoi se convirtiera en su medicina.

Su madre, por su parte, caminó más despacio hacia ellas. Su rostro reflejaba algo que la joven no pudo identificar al principio, pero que reconoció cuando la abrazó: orgullo, puro y sincero.

—Estoy tan orgullosa de ti, Suki.

La kitsune sintió cómo las lágrimas amenazaban con salir.

—Gracias, madre.

Cuando se separaron, pudo notar algo diferente en ella.

Ryuu, observando desde un lado, intercambió una mirada breve con Suki. Ambos sabían lo que significaba esa ligereza: la oscuridad se había disipado. Habían decidido no compartir la verdad sobre el padre de Aoi con nadie más, ni siquiera con Mei y Haru. Mantendrían la vigilancia en silencio, siempre atentos a cualquier señal de peligro, pero sin cargar a la niña con un conocimiento que no necesitaba.

Suki, sin embargo, no pudo evitar comentar mientras volvía a abrazar a su madre:

—Lo sé, madre. —Su voz era baja, íntima—. Y no pasa nada.

Su madre asintió, agradecida, y cerró los ojos mientras le devolvía el abrazo, esa vez más fuerte.

Sora, tras ellas, esperaba su turno con postura firme. Su querida aprendiz, ahora toda una kitsune, le sonrió moviendo la cola. Ambas se fundieron en un emotivo abrazo. Suki, impaciente, quiso saber todos los detalles.

—Contadme qué pasó durante estas semanas.

—Estamos vivas porque mantuvimos la cabeza fría. Tu madre y tu hermana fueron increíblemente valientes. —Hizo una pausa antes de añadir, con un toque de ironía—: Aunque Aoi intentó «ayudarnos» más de lo que habría sido prudente.

La niña se llevó las manos a la cara conteniendo una carcajada, claramente sin remordimientos.

—¡Quería ser útil!

Sora puso los ojos en blanco, pero su expresión reflejaba el cariño que había desarrollado por la pequeña durante el viaje.

—Gracias, Sora. No tengo palabras para agradecer lo que has hecho.

Sora inclinó la cabeza, aceptando el reconocimiento con humildad.

—Era lo que debía hacerse. Pero no fue fácil. Ahora sabemos, gracias a Mei, que fue Noboru quien envió a su propia gente tras nosotras.

—¿Cómo les disteis esquinazo?

Sora cruzó los brazos, su postura rígida y profesional.

—Logramos defendernos gracias a mi escuadrón, pero fue una lucha dura. Nos vimos obligadas a abandonar los caballos y los suministros, y tuvimos que caminar durante dos días para asegurarnos de que no nos siguieran.

—Yo... —empezó Aoi con la voz que ponía cuando no quería ser castigada—. Perdí el pasador de pelo, Suki, ¡lo siento! Pero lo usé

para defenderme, te lo prometo; se lo lancé a un malo a la cabeza, y estoy segura de que le di porque salió corriendo.

Su madre asintió con una sonrisa.

—No pasa nada, bichito, lo hiciste genial —dijo Suki, también sonriendo, liberada de aquella angustia que pesaba sobre ella desde que Noboru le había enseñado aquel pasador.

—Nos refugiamos con la familia de Lili —continuó Sora—. Fueron amables y cuidaron de nosotras.

—¿Dónde está Lili? —preguntó Aoi.

Suki negó lentamente con la cabeza, sin poder decir nada más. Su hermana comenzó a llorar, y la chica no pudo evitar dejarse llevar de nuevo por el dolor de la pérdida. Se abrazaron durante unos minutos que parecieron eternos. Luego tuvo que serenarse; aún había demasiado que hacer.

Sora intentó devolver el enfoque al presente.

—Quedan miembros de la Orden de la Purga en activo. Es solo cuestión de tiempo antes de que intenten algo más, aunque sea por venganza.

Suki alzó la cabeza, con una mirada afilada.

—Entonces, terminaremos con ellos. No dejaremos que esta amenaza persista.

—Quiero que sepas que estoy lista para liderar esa carga —dijo Sora con una reverencia—. Ha sido un duro golpe conocer que Ota ha caído, pero, si me lo permites, asumiré la capitanía de toda la milicia imperial. Mi prioridad será erradicarlos completamente.

Suki sabía que era la más indicada para ese puesto. Había salvado a su familia, la había entrenado cuando nadie más se atrevía, había sido su mentora y amiga.

—Tienes mi confianza, Sora. Haz lo que sea necesario. Mañana haré el nombramiento en el consejo. —La kitsune sostuvo la mirada

firme de Sora, sabiendo que sus palabras eran más que una promesa, eran una orden que marcaría el futuro del Imperio—. Mientras tanto, debéis descansar, pues mañana es un día de celebración y habéis llegado a tiempo para el comienzo.

* * *

Los Días de la Kitsune comenzaron a la mañana siguiente con un aire de esperanza renovada. Las calles de la ciudad estaban adornadas con farolillos rojos y dorados, y las risas y cánticos de los ciudadanos sonaban en cada rincón. Por primera vez, Suki decidió salir del palacio y caminar entre ellos, algo que ninguna líder kitsune había hecho antes. Lo hizo en su forma de zorro divino, escoltada por su guardia personal, pero no para imponer autoridad, sino para compartir su esencia con quienes había salvado.

A su paso, los ciudadanos se arrodillaban en señal de respeto; sin embargo, Suki les ofrecía una sonrisa cálida y palabras tranquilizadoras, animándolos a levantarse.

En un momento, mientras caminaba entre la multitud, vio a Haru y Mei tras ella con sus manos entrelazadas. Suki no pudo evitar sonreír, sintiendo que el mundo, aunque herido, comenzaba a sanar.

Desde entonces, el Imperio cambió. Suki, junto a su madre, su hermana y su guardia personal, gobernó con sabiduría y equilibrio, aprendiendo de los errores del pasado y apoyándose los unos en los otros. Pero un año después, cuando se acercaban los Días de la Kitsune, sintió la llamada del quinto cielo. Decidió regresar, esta vez acompañada por Ryuu, Mei, Haru y Azumi, ahora miembro activo de su guardia. Llevaban consigo las cinco llaves.

Cuando alcanzaron el templo en la cumbre y abrieron el *torii* que conectaba con el quinto cielo, encontraron lo que siempre había

estado allí: un horizonte infinito.

Una vez allí, Suki se arrodilló.

—Kami-sama, dioses protectores, he venido no solo a devolver las llaves, sino a reclamar el legado que hemos perdido y agradecer vuestro perdón. Los humanos no somos perfectos, pero somos fuertes. Y aunque erramos, siempre luchamos por corregir nuestros errores. Si alguna vez dudasteis de nosotros, espero que nuestras acciones os hayan demostrado de qué estamos hechos.

El silencio que siguió fue absoluto. Hasta que, con un viento cálido, un pétalo rosado cayó frente a ellos. Al tocar el suelo, un crujido movió la montaña.

Suki supo que su respuesta era afirmativa, así que volvió a pedir una última cosa, pero lo hizo solo en su cabeza.

Un segundo pétalo se balanceó en el aire hasta descender sobre el otro.

Suki sonrió y susurró un agradecimiento.

Al llegar al templo a los pies del Tenjou, siempre acompañados de pequeños Kodama juguetones, vieron que había alcanzado su objetivo. La lápida, antes fracturada, ahora lucía completa, con grabados nítidos y resplandecientes. Pero la profecía era distinta.

El linaje kitsune cumplió con su juicio,
el Imperio estará a su fiel servicio.
Los dioses observan el legado humano,
perdonan dejando el sino en su mano.

Suki se despojó por fin de aquello que había colgado de su cuello durante un año entero: el amuleto del zorro que albergaba al Goryo, la promesa maldita que la ataba a su guardia. Lo ofreció en silencio a uno de los espíritus brillantes del bosque, esas criaturas cuya esencia transformaba el jade común en jade lunar.

Las manos del Kodama se extendieron con suavidad, como si ya conociera la voluntad de Suki, como si leyera sus pensamientos. No supo si fue el gesto, la quietud o la mirada velada de nostalgia, pero algo en aquel espíritu le resultaba extrañamente familiar.

Apenas lo rozó, el Goryo se deshizo sin emitir sonido en una voluta de humo rojo, denso como sangre evaporada. La promesa eterna que encadenaba a los miembros de su guardia se rompió en un suspiro.

—Sois libres —dijo Suki, alzando la mirada hacia los tres—. No me debéis servilismo. Podéis elegir vuestras vidas.

Los tres dieron un paso a la vez y se situaron frente a ella. Haru fue el primero en llevar el puño al pecho, el gesto *hara* de promesa samurái.

—Nunca dejaremos de ser tu guardia —dijo con firmeza—. Mi sangre por el Imperio, siempre.

Mei y Ryuu lo imitaron, y repitieron aquel lema. Sin mediar más palabras, los tres se fundieron con ella en un abrazo.

Las últimas sombras que acechaban el corazón de Suki se desvanecieron. En ese instante, supo con certeza que no caminaba sola.

Esa misma noche, bajo la tenue luz de la luna que bañaba los pasillos del palacio, Ryuu estaba apoyado en el marco de una ventana, contemplando el jardín cubierto por una lluvia de pétalos de cerezo. Suki entró en la sala con pasos suaves y se colocó a su lado.

—¿En qué piensas? —preguntó, dejando caer la cabeza sobre el hombro de él.

Ryuu se giró hacia ella, sus ojos oscuros encontrando los suyos.

—El segundo pétalo que cayó en el quinto cielo... —Se cruzó de brazos, su tono pensativo—. ¿Cuál era su propósito?

Suki levantó la barbilla, entrecerrando los ojos con una sonrisa traviesa.

—¿El segundo pétalo? —repitió, fingiendo indiferencia—. Solo pedí algo pequeño.

El chico se separó y alzó las cejas. Ella, divertida por su expresión, decidió terminar con el misterio en un susurro, como si estuviera compartiendo un secreto:

—Les pedí que aprobasen nuestra unión.

Ryuu parpadeó, sorprendido al principio, pero rápidamente su expresión cambió a una sonrisa radiante y una emoción incontenible. La envolvió en un abrazo soltando una carcajada y levantándola del suelo en un giro.

—¿Nuestra unión? —repitió, bajándola suavemente—. ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

Suki apoyó una mano en su pecho, alzando la mirada hacia él con la misma chispa de desafío que siempre mostraba.

—Porque quería ver tu reacción.

Él no pudo evitar volver a reírse mientras bajaba su rostro al de ella, sus labios encontrándose en un beso.

En ese momento, bajo la luz de la luna y el aroma del cerezo en flor, el pasado se desvaneció. Solo quedaba el futuro. Uno que estaban dispuestos a construir juntos. Aunque el cielo se quebrara. Aunque los dioses voltearan la mirada.

El mañana solo les pertenecía a ellos.

FIN

Agradecimientos

No hay libro que haya leído más veces en mi vida que este. Para llegar así a tus manos, ha atravesado un largo camino lleno de esfuerzo. Mucho mucho esfuerzo. Y no me refiero solo al trabajo técnico o narrativo, sino al más agotador de todos: el mental. Por eso he querido sembrar esta historia de pequeñas lecciones. Encontrarás frases y enseñanzas que, si no las tomas al pie de la letra, pero las adaptas a tu camino, quizá te ayuden a construir tu propia filosofía. Tu propio estoicismo.

Así que, antes que nada, mis agradecimientos son para Suki, Ryuu, Haru, Mei y todos los personajes que me han acompañado. Me han enseñado paciencia, me han desesperado y los he amado a partes iguales. Y, sobre todo, gracias a mí misma, por no rendirme. Por pulir esta historia una y otra vez hasta que se convirtió en lo que es hoy: lo que acabas de leer, o estás a punto de descubrir.

Gracias a mi padre, Javier, por leerlo en incontables ocasiones, por creer en esta ascensión más que nadie. Por pensar una y mil veces en esa profecía y volverse loco con su rima. Este va por ti.

A mi marido, Jon, por intentar comprender esta fantasía tan llena de símbolos, nombres raros y caos emocional. Por la santa paciencia de aguantar mis idas y venidas mientras lo escribía, y por abrazarme cuando no podía más. Por aquel viaje a Japón, donde, de su mano y bajo un paraguas, surgió el primer «¿y si...?» de esta historia.

A mi madre, que, aunque piense lo contrario, le agradezco infinitamente que interrumpa mis sesiones de escritura o corrección

para contarme cualquier cosa. Me ayuda a desconectar, siempre.

A Mery, por ser ancla y refugio. Por ser ese rayito de sol tras un día frío. A Fernando, por enseñarme a ponerme una capa antibalas. A Andreíta y su eterna sabiduría, que a veces es más efectiva que cualquier medicamento. A Judit, Carol y Lau, por estar siempre ahí con su apoyo incondicional. A Montse, gracias por poner la guinda a este pastel.

A mis tíos, Mariher y Raúl. Vuestro apoyo significa más de lo que creéis. Los domingos con vosotros son un oasis en el desierto.

Gracias a Espadas y más por cederme la katana para la foto de autora y por ser la mejor tienda de espadas de España.

Y, por supuesto, a vosotros, mis lectores y lectoras, que volvéis a confiar en mí: gracias. Sois mi guardia kitsune, elegida sin pruebas mortales, pero no por ello menos valiente.

Nos vemos en la próxima historia.

Si quieres saber más sobre la novela y acceder a contenido exclusivo, escanéa este código QR.



Mi sangre por el imperio
Laura Díaz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Jenn Rubio, 2026

© Laura Díaz, 2026
Ilustraciones de interior: © Laura Díaz, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-270-5451-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta